



IMPEDIMENTA

DAVID LODGE

Un hombre con atributos

Traducción de Mariano Peyrou



UN HOMBRE CON ATRIBUTOS



DAVID LODGE

*Traducción del inglés a cargo de
Mariano Peyrou*



IMPEDIMENTA

Título original: *A Man of Parts*

Edición en ebook: febrero de 2019

Copyright © David Lodge, 2011

Copyright de la traducción © Mariano Peyrou, 2019

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-14-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

David Lodge vuelve a librerías con la monumental biografía literaria y pasional de H. G. Wells. Un impactante e hilarante testimonio literario de toda una época.

*«Esta novela de David Lodge va directa al corazón de la historia...
Es pura diversión.»*

Evening Standard

*«Esta es la mejor novela de David Lodge en años: divertida,
conmovedora, expansiva; una fusión perfecta entre historia y
erudición.»*

The Mail on Sunday

*A Jim Crace, que adivinó el tema de este libro
antes de que hubiera escrito ni una palabra.*

Atributos SUSTANTIVO PLURAR 1. Habilidades o talentos: *un hombre con muchos atributos*. 2. Genitales.

Collins English Dictionary

Se imaginaba que en algún lugar lo esperaba una comprensión absoluta, una serie perfecta de reacciones que recorrerían toda la gama de sus sentimientos y sensaciones, desde los más poéticos hasta los exclusivamente físicos, una relación tan bella y transfiguradora que no solo ella —no hacía falta decir que todo esto se encarnaba en una mujer— sería completamente hermosa bajo su luz, sino que también él sería completamente hermoso y se sentiría tranquilo, lo que resulta aún más increíble... Con ella no tendrían lugar los remordimientos, los fallos de la memoria, las limitaciones; solo habría felicidad, solo harían las cosas más felices... La mitad de toda la gente imaginativa que hay en el mundo se deja llevar por esta clase de creencias con la misma facilidad con que los patitos se lanzan al agua. No dudan de su veracidad más de lo que un camello sediento duda de que llegará a un manantial de un momento a otro.

Esta convicción es tan tonta como la de un camello que esperara beber alguna vez de un manantial que saciara su sed para siempre.

H. G. WELLS, *El señor Britling lo entiende muy bien*

Una mente joven es como un campo verde, está llena de posibilidades, pero una mente vieja se parece cada vez más a un cementerio atestado de recuerdos.

H. G. WELLS, Diarios, 28 de abril de 1942

Casi todo lo que sucede en esta narración está basado en información obtenida de fuentes fidedignas; *basado* en un sentido amplio, es decir, que es *deducible* de lo que afirman dichas fuentes y *coherente* con ello. Todos los personajes son retratos de personas reales, y las relaciones que estas mantuvieron fueron como se relata en estas páginas. Las citas de sus libros y otras publicaciones, sus discursos y (con muy escasas excepciones) sus cartas reproducen sus palabras. Pero, como novelista, me he tomado ciertas licencias a la hora de representar lo que pensaban, lo que sentían y lo que se decían, y he imaginado muchos detalles circunstanciales que la historia no ha registrado.

D. L.

PRIMERA PARTE

1

En la primavera de 1944, Hanover Terrace, una bonita hilera de casas adosadas de Nash situada en el costado oeste de Regent's Park, muestra claramente los efectos de la guerra. Su fachada de estuco color crema, que no se pinta desde 1939, está toda manchada, llena de grietas y descascarillada; muchas ventanas, destrozadas por las bombas o por las ondas sísmicas provocadas por los cañones antiaéreos de Primrose Hill, se encuentran selladas con tablones; al final de la hilera, una casa, que fue alcanzada por una bomba incendiaria, parece una concha destripada y tiznada de hollín. La elegante arcada que recorre toda la edificación por delante de las puertas de las casas y que sirve de porche comunitario está muy deteriorada, al igual que las enormes columnas dóricas que sujetan el principal atractivo del inmueble, su rasgo distintivo: un frontispicio en el que se enmarcan las estatuas de unas figuras clásicas inmersas en distintas actividades prácticas y artísticas. Dos de ellas han perdido la cabeza, y a una le falta un brazo. La diosa que originalmente se hallaba en la cima del frontispicio, sujetando un globo terráqueo, ha sido retirada por constituir un peligro potencial para la gente que pasa por abajo, pues podría derrumbarse de repente como consecuencia de una explosión; en cuanto a las barandillas de hierro forjado, elegantemente pintadas de negro y oro, que solían separar la vía de servicio y sus arbustos del Círculo Exterior¹ del parque, las cortaron hace ya mucho tiempo para fabricar municiones.

Durante la guerra, solo una casa, el número 13, ha estado ocupada de manera permanente por su propietario, el señor H. G. Wells. En la época de los intensos bombardeos de 1940 y 1941, solían tomarle el pelo afirmando que tal vez el número de su casa le diera mala suerte; él, coherente con el desprecio que manifestó por la superstición a lo largo de toda su vida,

reaccionó pintando un número 13 aún más grande encima de la puerta principal. Se negó obstinadamente a abandonar el país, diciendo que Hitler (o, si estaba en compañía de varones, «ese cabrón de Hitler») no lo haría salir corriendo, y se quedó en Hanover Terrace mientras, uno tras otro, sus vecinos se escabullían rumbo a refugios rurales, mucho más seguros, dejando que sus casas fueran ocupadas por subarrendatarios o se quedaran vacías.

Mientras tuvo la capacidad física de hacerlo, H. G. no abandonó su costumbre de ponerse un casco y subir al tejado de Hanover Terrace para contemplar los incendios, movido en parte por cierto sentido del deber patriótico y en parte por su consideración para con la alfombra de Aubusson que tenía en la sala de estar. También le proporcionaba una sombría satisfacción observar desde una posición privilegiada, por decirlo de algún modo, el cumplimiento de la profecía que había hecho mucho tiempo atrás, en 1908, en su novela *La guerra en el aire*: que las batallas del futuro estarían dominadas por las fuerzas aéreas y que implicarían la destrucción de ciudades y la masacre de la población civil por medio de bombardeos indiscriminados. Desde luego, se había equivocado al imaginar que esta estrategia se llevaría a cabo con aeronaves gigantes, del tamaño de transatlánticos, en vez de con aviones, pero, teniendo en cuenta el estado de la ingeniería aeronáutica en 1908, su suposición no había sido absurda en absoluto y, desde luego, tampoco lo pareció cuando, unos años más tarde, los zeplines alemanes surcaron el cielo nocturno sobre Inglaterra. La editorial Penguin consideró que *La guerra en el aire* seguía siendo lo bastante relevante, en relación con la guerra en la que el mundo estaba inmerso, para reeditarla en 1941, con un breve prólogo del propio autor; el texto concluía con un epitafio que este deseaba que se grabara en su lápida: «Os lo dije, *malditos* imbéciles».

Ahora ya no puede subir a contemplar los incendios, pero no importa, pues apenas hay ocasión de hacerlo. En la primavera de 1944, casi nunca suenan las sirenas. La inesperada reanudación de los ataques nocturnos alemanes, a comienzos de año, no resultó ser más que una represalia simbólica por los tremendos bombardeos de ciudades alemanas que habían emprendido las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses. Al poco tiempo, dejaron de producirse. Ahora solo de vez en cuando sufren algún ataque fugaz por parte de algún cazabombardero que pasa volando bajo para escapar a la detección del radar, a la luz del día, y es raro que llegue hasta el centro de Londres. La

Alemania nazi tiene cuestiones militares más importantes que resolver: ha de intentar resistir como sea al avance de las tropas rusas desde el este y ha de prepararse para rechazar la invasión de la Francia ocupada, que es inminente, como todo el mundo sabe. Londres vuelve a ser un lugar seguro, y uno tras otro, los inquilinos de Hanover Terrace van llegando sigilosamente a reclamar sus casas, bajo la mirada de desprecio de H. G., que ha estado aquí todo el tiempo, ciñéndose a su rutina, escribiendo sus libros, contestando cartas, saliendo a dar su paseo diario: cruzar la calle e internarse en el parque, y visitar el zoo o la rosalada, o bajar por Baker Street hasta el Club Savile, en Brook Street, deteniéndose para echar un vistazo en la librería Smith's, que está de camino.

Últimamente ha renunciado a estas excursiones; incluso la rosalada se encuentra demasiado lejos para él. No se siente bien. No tiene fuerzas. No tiene apetito. Se levanta tarde y se sienta en un sillón que hay en la salita, o en la solana, un balcón acristalado que da a la parte trasera de la casa, con una manta sobre las rodillas, y lee y dormita de forma intermitente. Se despierta, sobresaltado, por el ruido que hace el libro al caer al suelo, o cuando Marjorie, su nuera, que se ha convertido en su secretaria desde que murió su mujer, entra con unas cartas que hace falta contestar, o simplemente para asegurarse de que se encuentra bien. Por las tardes va a visitarlo su hijo mayor, Gip, el marido de Marjorie, o Anthony, el hijo natural que tuvo con Rebecca West y que nació el primer día de la Primera Guerra Mundial. Es consciente de que estas tres personas entran y salen y lo observan con gestos de preocupación. Desde hace ya algún tiempo, cuenta con una enfermera que pasa la noche en la casa; ahora, su médico, lord Horder, le ha recomendado que contrate también a una enfermera de día. Se pregunta si se está muriendo.

Una noche de abril, Anthony West llama por teléfono a su madre. Ella está en su casa, en Ibstone House, la única ala superviviente de una mansión de la época de la Regencia, con su propia granja adosada y situada en el campo, cerca de High Wycombe. Allí vive Rebecca con su marido, Henry Andrews, un banquero y economista que ahora trabaja en el Ministerio de la Guerra Económica.

—Me temo que tengo malas noticias —dice Anthony—. Horder nos ha dicho que H. G. tiene cáncer de hígado.

—¡Ay, Dios! —dice Rebecca—. ¡Qué horror! ¿Él lo sabe?

—Todavía no.

—No irás a decírselo, ¿verdad?

—Bueno, lo he estado hablando con Gip. Pensamos que deberíamos decírselo.

—Pero ¿por qué?

—H. G. siempre ha creído que hay que enfrentarse a los hechos. No le tiene miedo a la muerte. Lo ha dicho muchas veces.

—Una cosa es decirlo...

—No creo que debamos discutir esto por teléfono, Rac —dice Anthony, empleando el apodo que adquirió ella cuando se casó con Henry y empezaron a llamarse «Ric» y «Rac», como los dos perros protagonistas de unos cómics franceses—. Me habría gustado ir y decírtelo en persona.

—¿Porque te sientes fatal?

—Porque pensaba que *tú* te sentirías fatal.

—Bueno, claro que me siento fatal —dice Rebecca, refrenándose ligeramente. Sus conversaciones solían estar salpicadas de pequeñas acusaciones y refutaciones, implícitas o inferidas, que con frecuencia crecían y se volvían más punzantes.

—Ahora mismo no puedo ir a Ibstone —dice Anthony—. Andamos cortos de personal en el Lejano Oriente, y estoy muy ocupado.

Anthony trabaja como redactor en la sección de la bbc que se ocupa del Lejano Oriente. Entonces pasa a resumir el pronóstico de Horder: quizá haya cierta mejoría, pero lo más probable es que a H. G. le quede un año de vida como máximo. Vuelven a discutir sobre si habría que decírselo o no, y al final Rebecca cuelga el teléfono muy irritada. Se mete en su estudio y escribe en su diario una entrada que concluye así: «Mi principal preocupación es que esta noticia suponga un golpe demasiado duro para Anthony. Yo he hecho las paces con H. G. No he olvidado las cosas tan crueles que me hizo, pero nuestro cariño mutuo es auténtico y sigue vivo». Escribe su diario con un ojo puesto en sus futuros biógrafos, que sacarán citas de él.

Anthony llama por teléfono a Jean, una morena joven y guapa de pechos sublimes que trabaja de secretaria en Bush House² y con la que mantiene una apasionada aventura, y le cuenta la noticia. Ella se muestra comprensiva, pero

no logra penetrar del todo en el estado anímico de Anthony porque no conoce a H. G., y él no puede presentársela, ni a su padre ni al resto de la familia, porque está casado con Kitty, que lleva la granja y cuida de sus dos hijos mientras él trabaja en la bbc, y Kitty, por el momento, no está al tanto de la existencia de Jean. Cuando está en Londres, Anthony se aloja en un apartamento situado en la esquina del jardín trasero del número 13 de Hanover Terrace, construido en el antiguo establo. En la familia, este apartamento se conoce con el nombre de «la casa del señor Mumford», por un antiguo inquilino que se marchó hace tiempo y que probablemente ya haya fallecido.

—¿Ya le has contado a tu esposa lo nuestro? —le pregunta Jean a Anthony, bajando la voz para que su compañera de piso, Phyllis, no la oiga. Su aventura se consume principalmente en este piso, situado, de un modo de lo más conveniente, cerca de Bush House, durante los ratos que consiguen arañarle al día cuando ambos están libres y Phyllis se encuentra en el trabajo.

—Todavía no.

—¿Cuándo se lo vas a contar?

—Tengo que esperar al momento adecuado.

—Nunca va a haber un momento adecuado. Tienes que contárselo y ya está.

—Ahora no puedo. Estamos tratando de asimilar lo de H. G.

—Bueno...

—Te quiero, Jean.

—Yo también. Pero detesto tener que estar escondiéndonos.

—Ya lo sé, pero debes tener paciencia, cariño —dice él.

Unos días más tarde, Marjorie llama a Rebecca y le pide que vaya a ver a H. G.

—¿Crees que le va a parecer bien? —pregunta Rebecca.

Las heridas resultantes de su separación en 1923 o 1924 (ninguno tuvo nunca claro cuándo fue definitivo), tras una relación apasionada y tormentosa que se había prolongado a lo largo de una década, ya han cicatrizado, y los dos mantienen una relación cordial desde hace unos cuantos años, pero saber que él sufre de una enfermedad que puede ser mortal convierte una visita en una situación potencialmente estresante.

—Dice que le gustaría verte —dice Marjorie.

—En ese caso, iré —dice Rebecca—. ¿Sabe lo de su...?

—Sí —dice Marjorie.

Rebecca lleva consigo un cesto con huevos y mantequilla y queso de la granja de Ibstone House, un gesto de generosidad que el ama de llaves acoge muy agradecida.

—El señor Wells ya no tolera los huevos deshidratados, se los prepare como se los prepare —dice—. Pero a lo mejor un huevo fresco pasado por agua sí que lo tienta.

H. G. ha pasado mala noche y, cuando llega Rebecca, todavía no está listo para verla, así que la llevan al gran salón del primer piso para que espere. A ella nunca le ha gustado esa casa: es muy elegante, pero fría y más bien sombría, con sus oscuros suelos de parqué barnizado y sus paredes beis, y está amueblada con un buen gusto un tanto impersonal, como si se tratara de un hotel caro. Hay una alfombra de Aubusson en la sala de estar y un caballo de terracota de la dinastía Tang sobre la repisa de la chimenea, pero solo son muestras de la riqueza del dueño, no de su personalidad. H. G. nunca tuvo mucho gusto para los elementos visuales, reflexiona Rebecca. Estaba obsesionado con la funcionalidad de la arquitectura doméstica, pero siempre le resultó indiferente la decoración; era un fanático de la fontanería, pero no tenía demasiado criterio para juzgar una obra pictórica. A la casa le falta un toque femenino. Moura Budberg, que era su amante cuando alquiló la casa en 1935, fue muy inteligente al negarse tanto a casarse como a vivir con él, y no ha tenido sucesora. Incluso su estudio —Rebecca le echa un vistazo de camino al cuarto de baño—, con su escritorio de caoba, sobre el que reposan una lámpara de lectura con una pantalla verde y una pesada base en forma de zigurat, un tintero a juego y una almohadilla secante forrada en cuero, podría ser el despacho de un director de banco, salvo por las dos carpetas de papel manila que descansan sobre la bruñida superficie del mueble: están dobladas y arrugadas por el uso, una a cada lado de la almohadilla, y tienen aspecto de contener manuscritos, no cuentas.

En el baño de la planta baja, Rebecca examina su rostro de cincuentona en el espejo, buscando nuevas arrugas, y se peina el pelo encanecido. Se pone un poco más de pintalabios, se empolva la nariz y se retoca las cejas tras humedecerse el dedo, sintiéndose un poco tonta por semejante despliegue de

vanidad; pero una siempre quiere tener el mejor aspecto posible al encontrarse con un antiguo amante, por mucho que esté enfermo y al borde de la muerte. Rebecca descubre, divertida, un cuaderno y un lápiz en lo alto de un armario que hay junto al inodoro. H. G. siempre ha tenido la costumbre de dejar cuadernos diseminados por todas las casas en las que ha vivido, para poder anotar cualquier idea que se le ocurriese antes de olvidarla. Le echa un vistazo al cuaderno, pero todas las páginas están en blanco.

La salita a la que la hacen pasar cuando H. G. ya está listo es más acogedora que el salón, pero él se halla preocupado y deprimido, con la moral muy baja. Lo encuentra tirado en un sillón, junto a un fuego más bien lánguido. Lleva los pies bien protegidos, con unas pantuflas del 38 que asoman por debajo de la manta que le cubre las piernas. Anthony y Gip le han dicho que tiene cáncer, pero no cuál es el pronóstico.

—Quiero saber cuánto me queda —afirma con voz quejumbrosa—, pero no me lo dicen. Ni siquiera Horder.

—Eso es porque no lo saben. Puede que vivas años, Jaguar.

Mucho tiempo atrás, cuando eran amantes, se llamaban «Pantera» y «Jaguar» al acostarse y al escribirse cartas, y ella piensa que a él le agrada escuchar ese nombre, pero, para su consternación, H. G. se disgusta todavía más. Una lágrima le gotea desde un ojo, baja por su mejilla y se pierde en las raíces del bigote, ahora canoso y un tanto ralo, con el que cuando estaba en la flor de la vida solía cosquillear las partes íntimas de la anatomía de Rebecca.

—No me quiero morir, Pantera —dice.

—Nadie quiere.

—Ya lo sé..., pero tenemos que hacerlo. Por supuesto, hay que hacerlo. Me avergüenzo de mí mismo. —Se incorpora en su asiento, sonrío, estira un brazo y le aprieta la mano—. Gracias por venir a verme.

—Te he traído unos huevos de la granja.

—Eres muy amable —dice él—. Bueno, ¿cómo estás? ¿Estás escribiendo?

—Solo textos periodísticos. No puedo concentrarme en nada más enjundioso con esta guerra que no se acaba nunca...

—Pero lograste terminar *Cordero negro, halcón gris* a pesar de los bombardeos.

—Tenía que hacerlo, pero me quedé agotada. ¿Y tú, Jaguar?

—Bueno, voy emborronando páginas. Tengo un par de cosas en marcha, pero no estoy seguro de que vaya a poder terminarlas. De todas maneras, ya no le intereso a nadie.

—Qué tontería —dice Rebecca, cumpliendo con su deber.

H. G. le pregunta por Henry.

—Está trabajando duro en el ministerio, planificando la reconstrucción para cuando acabe la guerra —dice Rebecca—. Tengo que decir que es muy reconfortante ver la confianza con que mira el futuro mientras todos los demás nos pasamos el día mordiéndonos las uñas, preocupadísimos por el presente. ¿Qué tal Moura?

—Está en el campo, con Tania.

—¿Ha venido a verte desde que...?

—¿Desde que Horder dictó la sentencia de muerte?

—¡No digas eso, Jaguar!

—Le pedí a Gip que mantuviera a Moura al margen por el momento. Ella tampoco se encuentra muy bien últimamente, y se ha ido a casa de Tania para descansar un poco y tratar de recuperarse. No quiero molestarla si no es necesario.

—Entiendo.

Rebecca sopesa esta información. No sabe si debe sentirse halagada o utilizada ante el hecho de que la hayan llamado a ella para consolar al afectado H. G. antes que a su amante, si es que Moura todavía lo es. La naturaleza de su relación siempre ha sido un enigma, para H. G. en la misma medida que para los demás, según él mismo afirma.

—La verdad —dice—, me daba miedo que, si se enteraba de que me estoy muriendo, se presentara aquí con ese carácter ruso que tiene, como un personaje de Gorki, y que se pusiera sentimental con el brandy y me dejara todavía más deprimido de lo que ya estoy.

—Te entiendo muy bien —dice Rebecca, sonriendo.

Es cierto que Moura, la baronesa Budberg, parece un personaje sacado de una novela rusa. Siempre cuenta historias melodramáticas y difíciles de creer, llenas de amores trágicos y todo tipo de aventuras: que tuvo que ir de Rusia a Estonia caminando sobre el hielo en la época de la Revolución para reunirse con su primer marido y sus hijos; que él fue asesinado en su finca y después

ella se casó con el barón para conseguir un pasaporte estonio, haciéndose cargo, a cambio, de sus deudas del juego, y que se divorció de él poco después; que fue amante del agente secreto británico Robert Bruce Lockhart, y que ambos fueron sospechosos de formar parte del complot de 1918 para asesinar a Lenin, pero que consiguió la protección de Maxim Gorki cuando este la contrató como secretaria. Rebecca sabe que este último detalle es cierto, ya que H. G. se hospedó en casa de Gorki cuando viajó a Rusia en 1920. A su vuelta, le confesó que se había acostado con Moura, que vivía en aquel apartamento de Petrogrado, y aquello provocó una de sus peleas más fuertes. Años después de que su relación terminara y Jane, su esposa, muriera, H. G. volvió a encontrarse con Moura, decidió que era el amor de su vida, la ayudó a instalarse en Inglaterra e intentó en vano convencerla para que se casara con él. Anthony, que siente una gran simpatía por Moura y que aprueba su relación con H. G., cree, sin embargo, que ella es una espía soviética, sospecha que mucha otra gente comparte. Rebecca no sabe qué pensar al respecto: aunque Moura tal vez fuera una Mata Hari en otros tiempos, es difícil ver en ese papel a la señora de cincuenta años ligeramente desaliñada que es hoy en día. De todos modos, Rebecca, que siempre se muestra muy crítica con la Rusia soviética, intenta mantenerse a una distancia prudencial de Moura.

Estos pensamientos y recuerdos cruzan la mente de Rebecca mientras charla con H. G. sobre temas ligeros y neutros, hasta que se da cuenta de que él tiene los ojos casi cerrados.

—No quiero cansarte —le dice—. Me voy a marchar.

Se levanta, se agacha y le da un beso en la mejilla. Ya no es tan suave y rolliza como en tiempos, pero la piel todavía le huele, de un modo sutil y agradable, a nueces, como cuando se hicieron amantes. En una ocasión, Somerset Maugham le preguntó, con una sonrisa que casi parecía una mueca desdeñosa, cuál era el secreto del atractivo sexual de H. G.: un hombre que la doblaba en edad, no especialmente guapo, de solo metro sesenta y cinco de altura y más bien regordete. «Olía a nueces —contestó ella—, y retozaba como un animalito.»

Cuando se dispone a marcharse de la casa, sonriendo ante el recuerdo de aquel comentario, Rebecca se encuentra en el vestíbulo con Gip, que acaba de llegar, y su sonrisa se desdibuja. Lo regaña porque Anthony y él le han dado un

disgusto a su padre al contarle que se está muriendo.

—No dejaba de hacer preguntas —dice Gip—. No me gusta mentirle. A Frank y a mí nos educó para que dijéramos la verdad. Esa es la base de la ciencia.

Gip es profesor adjunto de Biología Marina en la University College de Londres.

Se miran fríamente y con mutuo desagrado. Rebecca casi siente náuseas cada vez que lo ve, por lo mucho que se parece a su madre, la menuda, delicada y discreta Jane, que vivió aferrada a su marido a pesar de las numerosas infidelidades de este y que le inspiró un inquebrantable sentimiento de lealtad. Por mucho que lo intentó, Rebecca nunca logró convencer a H. G. de que se divorciara de Jane. Desde luego, a él le venía muy bien tener a una esposa que se preocupara por que él disfrutase de todas las comodidades y recibiera en casa a sus amigos y le pasara a máquina sus manuscritos y le llevara las cuentas mientras él se marchaba cuando le daba la gana y se acostaba con quien le apetecía, pero ninguna mujer que tuviese un poco de amor propio habría tolerado una situación semejante. Rebecca nunca dudó de que, si Jane le hubiera dicho a H. G. que tenía que elegir a una de las dos, él se habría divorciado y se habría casado con ella. Y ella habría sido la cónyuge perfecta para él: estaba a su altura en el plano intelectual y se habrían ahorrado mucho sufrimiento, a ellos mismos y al propio Anthony.

—Anthony también estaba de acuerdo con que se lo dijéramos... —dice Gip.

—Ya lo sé —dice Rebecca—. Pero creo que se arrepiente de haberlo hecho. Cuando hablo con él por teléfono, lo noto muy alterado.

—Bueno, está disgustado, como es lógico —dice Gip—. Anthony está muy unido a H. G.

—Anthony tiene un complejo de Edipo invertido... —estalla Rebecca—. Quiere matar a su madre y casarse con su padre desde que descubrió de quién era hijo. Como tuve que criarlo yo, fue a mí a quien echó la culpa por mandarlo a un internado, donde lo marginaban y se burlaban de él y lo pasó fatal, mientras que H. G. siempre fue como un tío encantador y venerado que aparecía de vez en cuando en su automóvil, cargado de regalos, y se lo llevaba al teatro y a restaurantes.

—Sí, bueno... —dice Gip—. Anthony debió de pasarlo muy mal.

—¡La que lo pasó mal fui yo! —exclama Rebecca, casi gritando.

A solas en la salita, H. G. se queda con la mirada fija en el fuego, preguntándose qué dirá el mundo de él cuando muera. Los obituarios, por supuesto, ya están escritos. Teniendo en cuenta su edad y su eminencia, deben de llevar años en los archivos de los periódicos, y los deben de revisar y actualizar periódicamente, de forma que estén listos para publicarse en cuanto llegue el momento. El momento ha llegado bastante antes de lo que esperaba cuando, en 1935, escribió un «auto-obituario» humorístico para un programa de radio de la bbc. Se publicó en el *Listener* y después apareció en diversos periódicos de todo el mundo. «El nombre de H. G. Wells, que falleció ayer por la tarde de un ataque al corazón en el Hospital de Paddington a los noventa y siete años, no dirá mucho a las generaciones más jóvenes —comenzaba—. Pero aquellos que ya eran adultos en las primeras décadas del siglo actual, que guardan memoria de esos años y que compartieron las variadas lecturas propias de la época quizá recuerden algunos de los títulos de sus libros, e incluso puedan encontrar en el desván uno o dos ejemplares de sus obras. Sin duda, fue uno de los más prolíficos “escritorzuelos literarios” de su tiempo...» Se imaginaba a sí mismo a comienzos de los años sesenta, «encorvado, andrajoso, descuidado y, últimamente, un tanto obeso», cojeando por los jardines de Regent’s Park con un bastón y hablando solo. «“Algún día”, se lo oía decir, “escribiré un libro, un libro de verdad”.» Este texto se concibió como un *jeu d’esprit*, un encantador ejercicio de burla de uno mismo, y así se leyó en general. Pero hoy en día no parece demasiado equivocado.

Desde luego, los obituarios reales, que aparecerán a su debido tiempo, serán largos y respetuosos, y rendirán homenaje a sus múltiples logros, sus ciento y pico libros, sus miles de artículos, la originalidad de sus primeras novelas científicas como *La máquina del tiempo* o *La guerra de los mundos*, la polémica generada por su visión de las relaciones sexuales en novelas como *Ann Veronica* (las anomalías de su propia vida sexual quedarían discretamente ocultas), el cálido humor, al estilo de Dickens, de novelas como *Kipps* o *La historia del señor Polly*, la impresionante exactitud de muchas de sus predicciones (la inexactitud de muchas otras se dejaría de lado con gran tacto), el éxito global de su *Esquema de la historia universal*, los escritos periodísticos que produjo durante dos guerras mundiales y que tanto

levantaron la moral del país, sus tratos con importantes hombres de Estado, su presidencia del PEN Club Internacional, su incansable lucha a favor de la ciencia, de la educación, de la erradicación de la pobreza, de la paz, de los derechos humanos, de un Gobierno Mundial... Sí, hay muchas cosas sobre las que pueden escribir. Pero habrá un inevitable *decrescendo* en los elogios, una sensación de anticlímax, una superficialidad y un hastío claramente perceptibles en la crónica de los últimos veinticinco años, además de que se sobrentenderá que publicó demasiados libros en dicho periodo, y de una calidad cada vez menor. Todo el énfasis se pondrá en la primera mitad de su vida; digamos que hasta el año 1920. Esa es la fecha en que acabó su influencia, según escribió George Orwell en un artículo que apareció en la revista *Horizon* hace unos años: «La gente pensante que nació en el cambio de siglo es, en cierto sentido, una creación de Wells (...). Dudo que nadie que se dedicara a escribir libros entre 1900 y 1920, al menos en inglés, tuviera tanta influencia como él en los jóvenes». Recuerda estas palabras sin ninguna dificultad, pues ha releído muchas veces dicho artículo, «Wells, Hitler y el Estado mundial», como quien se toquetea una antigua herida que no ha dejado de doler.

—Pero ese es un logro bastante impresionante, ¿no? El haber creado toda una generación de gente pensante...

En los últimos tiempos, oye esta voz con frecuencia, pero, cuando mira a su alrededor, se da cuenta de que no hay nadie más en la habitación, de modo que debe de estar en su cabeza. A veces la voz es cordial, a veces desafiante, a veces inquisitiva pero neutra. Expresa cosas que él ha olvidado o reprimido, cosas que se alegra de recordar y cosas de las que preferiría no volver a oír hablar, cosas que sabe que dicen a sus espaldas y cosas que probablemente dirán de él en el futuro, cuando ya haya muerto, en biografías y memorias y tal vez incluso en novelas.

—Desde luego, es algo de lo que sentirse orgulloso, ¿no?

—No por la forma en que lo planteó Orwell. Dijo que lo que me hacía parecer un profeta inspirado en la época eduardiana ahora me convertía en un pensador superficial y deficiente. Dijo que desde 1920 había estado malgastando mi talento matando dragones de papel.

—Y también afirmó, si no recuerdo mal: «Pero no es poca cosa, a fin de cuentas, tener un talento que malgastar».

—Eso no fue más que una pequeña concesión, un intento de sacar el aguijón al final. Probablemente lo añadiese en el momento de corregir las pruebas, cuando recordó que Eileen nos había invitado a Inez y a mí a cenar.

Había conocido a Orwell por medio de la novelista Inez Holden, que en aquel momento —1941— tenía alquilada la casa del señor Mumford. Unos días antes de la cena, le dio el último número de *Horizon*, donde estaba el ensayo sobre él, diciéndole:

—Creo que deberías leerlo antes del sábado, H. G., porque George dará por hecho que lo has visto. No te lo tomes a mal. De verdad que te admira.

El artículo lo había disgustado. Empezaba atacando sus primeros trabajos periodísticos, realizados durante la guerra. Desde luego, se había mostrado imprudente al sostener que el ejército alemán estaba acabado justo antes de que empezara a devastar Rusia, pero lo que realmente le dolía era la afirmación de que «muchas de las cosas que Wells ha imaginado, y por las que ha trabajado, se encuentran allí, en la Alemania nazi. El orden, la planificación, la promoción de la ciencia por parte del Estado, el acero, el hormigón, los aeroplanos. Todo eso está allí».

—Y es cierto que allí tienen todas esas cosas, ¿no?

—Sí, pero con un propósito completamente distinto. Es como una parodia de lo que yo defendí e intenté propiciar, como ya le dije en esa cena.

Se había llevado la *Horizon* consigo para rebatir el artículo y, en cuanto llegó, vio que Orwell tenía a mano otro ejemplar; evidentemente, estaba preparado para un duelo. Se sentaron a la mesa frente a frente y fue comentándole el texto a Orwell párrafo por párrafo, mientras Inez y Eileen los escuchaban, nerviosas, y el otro invitado, William Empson, se emborrachaba. Al final de la noche la cosa quedó más o menos en empate, pero poco después, en una charla por la radio, Orwell dijo que H. G. Wells pensaba que la ciencia salvaría el mundo, cuando era mucho más probable que fuera la causa de su destrucción. Enfurecido por este segundo asalto, H. G. le envió una nota a Orwell a través de la bbc: «Yo no digo eso en absoluto, pedazo de mierda.

Lee mis primeras obras».

—**¿Como por ejemplo?**

—Como *La isla del doctor Moreau*. Como *Cuando el dormido despierte*. Como *La guerra de los mundos*. No es la ciencia lo que salva a la Tierra de los marcianos. Es la suerte de que estos no son inmunes a las bacterias infecciosas terrestres.

—**Pero en otros libros afirmas que emplear la ciencia puede salvar el mundo.**

—Emplearla, sí. El progreso siempre depende de un empleo benigno de la ciencia. Pero nuestros intelectuales literatos nunca han tenido ninguna fe en esa posibilidad. Eliot, por ejemplo, que se encuentra en el polo opuesto a Orwell en todo lo demás, está de acuerdo con él a este respecto.

—**T. S. Eliot te elogió bastante en ese artículo que salió en la New English Review.**

—Pero el tono general era condescendiente, y terminaba diciendo: «El señor Wells, al haber apostado todo su dinero al futuro cercano, camina muy cerca del abismo de la desesperanza». Los cristianos como Eliot nunca han esperado de la humanidad nada mejor que bombardeos y campos de concentración, porque creen en el pecado original. Por lo tanto, pueden quedarse contemplando tranquilamente el fin de la civilización, con los pies encima de la mesa, mientras esperan el Segundo Advenimiento.

—**¿Por qué te irrita tanto esa gente?**

Mira fijamente el centro del fuego, que brilla débilmente bajo una capa de ceniza gris blancuzco.

—Porque temo que tengan razón. Es cierto que me hallo muy cerca de la desesperanza.

* * *

—Ya está el viejo mascullando otra vez —le dice la enfermera de día a la enfermera de noche cuando esta empieza su turno.

—¿Sobre qué?

—Ni idea —dice la enfermera de día—. Solo entiendo alguna que otra

palabra de vez en cuando. Una de las que más repite es *obituario*.

—**¿Sigues dándole vueltas a lo de tus obituarios?**

—Creo que a los ateos que padecen una enfermedad terminal se les debería permitir leer sus obituarios. De un modo confidencial, por supuesto, y sin derecho a respuesta, salvo quizá para corregir datos o hechos objetivos.

—**¿Por qué solo a los ateos?**

—Bueno, si crees en la vida después de la muerte, uno de los mayores anhelos debe de ser descubrir qué pensaban realmente de ti tus contemporáneos, escuchar ciertas conversaciones a escondidas, como un fantasma, leer tus obituarios por encima del hombro de la gente... Salvo que los periódicos lleguen al cielo. O al otro lado. Mientras que nosotros nunca lo sabremos. Es muy frustrante.

—**¿Qué es lo que te gustaría saber? ¿Si te consideran un gran escritor?**

—No, por Dios. Abandoné esa ambición hace mucho tiempo. Eso es para Henry James y gente así. Destruí el concepto de grandeza literaria en *Boon*, ¿te acuerdas? «Descenso de la producción de Grandeza debido a la excesiva cantidad de nuevos escritores y al aumento del público lector, que habrá de reducirse creando títulos nobiliarios hereditarios para Novelistas, Poetas y Filósofos (...). Se les otorgará el Premio Nobel por orden de antigüedad...»

—**¿Y, entonces, qué? ¿Un gran pensador? ¿Un gran visionario? ¿Un gran hombre?**

—No soy un «gran» nada. El concepto de grandeza es una trampa mortal del Romanticismo decimonónico. Conduce al surgimiento de tiranos como Hitler. Debemos valorar lo colectivo más que lo individual, trabajar para la Inteligencia de la Raza Humana, no intentar imponerle nuestra voluntad personal. Esto es algo que llevo diciendo los últimos treinta años, pero nadie me ha tomado en serio. De lo contrario, no nos habríamos metido en el lío en que nos encontramos ahora, ni estaríamos reduciendo Europa a escombros.

—**Es posible que salga algo bueno de la guerra. Esa idea de crear una organización de las Naciones Unidas, por ejemplo. Los obituarios deberían reflejar que tú has contribuido a eso.**

—Ojalá fuera así. Pero, en cualquier caso, el Gobierno Mundial todavía está muy lejos. Y, si no se produce un cambio en la mentalidad colectiva, esa

organización será tan inútil como la Liga de las Naciones.

Poco después de visitar a H. G., Rebecca invita a Anthony a tomar el té en su club de Londres, el Lansdowne. Hace tiempo que no se ven, y el aspecto de su hijo le produce una impresión desfavorable. Tiene treinta años y resulta atractivo, pese a que es corpulento y un tanto entrado en carnes, pero hoy tiene las mejillas más gordas que de costumbre, casi hinchadas, y el pelo, que le cae lacio sobre la frente, pide a gritos un buen lavado y un buen corte. Lleva la ropa arrugada y mugrienta, sin duda porque vive gran parte del tiempo fuera de casa, alejado de los cuidados maternales de Kitty. Cuando empiezan a hablar de H. G. y de si estuvo bien contarle que tiene un cáncer incurable, la forma de hablar de su hijo le resulta melodramática y falsa: hace comentarios ofensivos tratando de que parezcan compasivos. Le coge la mano y le dice:

—No quiero hacerte daño, Rac, es lo último que deseo, pero me parece que no deberías implicarte en el bienestar de H. G. La verdad es que hace mucho tiempo que dejaste de ser el centro de su vida.

—Lo sé perfectamente —dice ella, indignada—. Hice todo lo necesario para dejar de ser el centro de su vida hace veintiún años. ¿A qué viene todo este teatro?

—Solo me refería a que H. G. está mucho más unido a Gip y a Marjorie que a ti —dice él—. Son ellos quienes deben tomar las decisiones que consideren necesarias.

—No tengo por qué fingir que estoy de acuerdo con ellos... —dice Rebecca.

Cuando le pregunta por Kitty y los niños, le da la impresión de que Anthony se pone a la defensiva, como si estuviera ocultando algo. Muy pronto descubrirá de qué se trata.

A mediados de mayo, Rebecca recibe una breve nota de Kitty, diciendo que Anthony le ha pedido el divorcio. «Ha sido totalmente inesperado. El domingo pasado, después de cenar, cuando los niños se durmieron, me dijo que había conocido a una mujer en la bbc y que quería casarse con ella. “Es una lástima, mi amor, porque ya estás casado conmigo”, le dije. Pensaba que estaba de broma, pero no.»

Rebecca se siente consternada y furiosa. Aprecia y admira a Kitty, que es

una pintora talentosa y una mujer muy bella; Anthony la rondó y conquistó de una forma de lo más romántica en 1936, pidiéndole que se casara con él en su segunda cita e insistiendo en las siguientes hasta que ella se rindió. A Rebecca, en aquel momento, le pareció un gesto impulsivo y soñador típico de Anthony, pero, por una vez, la cosa salió bien. Kitty, que era más mayor y considerablemente más madura que él, lo convenció para que renunciara a su deseo de convertirse en pintor, ya que nunca sería realmente bueno; le aconsejó que se dedicara a la escritura, como sus padres, y, aunque todavía no ha creado nada importante, ha mostrado cierto talento reseñando novelas para el *New Statesman*. Anthony y Kitty siempre han parecido felices juntos, sobre todo desde que él resolvió el conflicto, provocado por la guerra, entre sus principios pacifistas y su rechazo a dar la impresión de que eludía su deber patriótico. Se hizo granjero especializado en lácteos, una ocupación apartada del mundo. Se adaptó muy bien, al igual que Kitty, pero hace alrededor de un año aceptó una oferta de empleo a tiempo parcial en la bbc, pues le pareció una colaboración más digna con el esfuerzo bélico que estaba realizando el país; aquello propició el estúpido encaprichamiento que hoy lo aqueja.

—¿Quién es esa mujer? —le pregunta Rebecca a Anthony por teléfono, pero él se niega a decírselo—. Quiero conocerla —dice Rebecca.

—Pues no puedes —responde él—. Esto no tiene nada que ver contigo, Rac. Es algo entre Kitty y yo.

—¿Cómo puedes siquiera pensar en abandonar a esos dos niños maravillosos? —dice Rebecca, refiriéndose a Caroline, de dos años y medio, y a Edmund, de uno, a los que adora.

—Bueno, tú quisiste que H. G. abandonara a sus hijos, ¿no? —le contesta Anthony.

Rebecca cuelga el teléfono de golpe, hecha una furia, y después se arrepiente, porque tenía más preguntas que hacerle. Por ejemplo, ¿está H. G. enterado de esta última locura de su hijo natural?

H. G. está enterado, desde luego, porque Anthony se la cuenta, y recibe una severa reprimenda sobre los males del divorcio que lo coge por sorpresa.

—Pero tú te divorciaste de tu primera mujer —señala— y fuiste feliz con la segunda, me parece.

—Eso no tiene nada que ver —le dice su padre, y su voz se eleva hasta

convertirse en un chillido agudo, como le pasa siempre que se pone nervioso —. Isabel y yo no teníamos hijos.

—Kitty y yo nos repartiremos el tiempo para que los dos podamos estar con los niños —dice Anthony—. No es nada vengativa. La verdad es que se ha mostrado muy razonable con todo este asunto.

—Es más de lo que te mereces —le dice H. G.—. Eres un idiota. No te entiendo. Nunca te he entendido.

—Me he enamorado —dice Anthony. H. G. suelta un bufido de desdén—. Precisamente tú, de entre todos los hombres, deberías entenderme —añade Anthony.

H. G. se queda en silencio y, al mirarlo, Anthony se da cuenta de que tiene los ojos cerrados. No hay forma de saber si está dormido o finge estarlo, pero no se mueve cuando Anthony le coloca bien la manta, para que le tape los pies, y sale de la habitación sintiéndose muy desdichado. Se encuentra con la enfermera de noche en la cocina, charlando con el ama de llaves, y le dice que va a regresar a la casa del señor Mumford.

* * *

—**Supongo que tiene algo de razón.**

—¿Qué?

—**Tú has tenido un montón de líos amorosos a lo largo de tu vida.**

—He tenido un montón de líos, pero la mayoría no fueron de amor. Por lo que a mí respecta (y fue también así para casi todas esas mujeres) no se trataba más que de dar y recibir placer. La idea de que tienes que fingir que estás enamorado de una mujer para tener relaciones sexuales con ella (una idea que le debemos al cristianismo y a la ficción romántica) es absurda. No ha causado más que frustración física y miseria emocional. El deseo sexual es constante en un hombre o una mujer saludable, y necesita satisfacerse constantemente. El amor, el verdadero amor, es poco frecuente. Como ya dije en *Experimento en autobiografía*, solo he amado a tres mujeres en mi vida: Isabel, Jane y Moura.

—**¿No amaste a Rebecca?**

—Estuve *enamorado* de ella, y, antes, de Amber. Pero eso es un asunto

diferente. El más peligroso de todos.

—**¿Por qué es peligroso?**

—Porque crees que al fin has encontrado a la compañera ideal, un alma gemela para la vida y para la cama...

—**Lo que llamas la «amante-sombra» en la «Posdata» secreta que escribiste para tu autobiografía.**

—Exacto.

—**Habías estado leyendo a Jung.**

—Sí, pero no es la misma sombra de la que habla Jung. Es una persona, alguien que encarna todo lo que le falta a tu personaje, con quien podrías conseguir la realización perfecta que siempre has soñado. Pero, cuando crees que la has encontrado, el sentido común salta por la ventana. Es como si hubieras tomado una poción, o estuvieras hechizado. Como los amantes de *Sueño de una noche de verano*. Es una especie de locura. Si eso es lo que le ha pasado a Anthony, se va a dar un buen batacazo.

Anthony sale por la puerta de atrás de la casa, que ya está completamente a oscuras, y baja por el sendero con una linterna tapada con un trapo para que dé poca luz. Avanza mientras inhala el aroma de los jacintos y los lirios del valle que ya están en flor, aunque ahora no se los ve, y llega al muro que hay al final del jardín. Desafiando las regulaciones que establecen que hay que apagar todas las luces, dirige el rayo de luz de la linterna hacia arriba y apunta al fresco que H. G. ha dibujado en la pared con rayas de pintura negra, en ese estilo caricaturesco que él llama «picshua».³ La obra representa el ascenso y la caída de los Señores de la Creación, una serie de figuras de perfil que comienza con unos monstruos prehistóricos y termina con unos señores con sombrero de copa. Debajo ha escrito: «Hora de marcharse».

En el muro hay una puerta que a Anthony le recuerda un cuento de H. G. Trata sobre un hombre que, en su infancia, descubrió que una puerta de una calle cualquiera de Londres daba a un jardín paradisíaco, lleno de sol y flores y gente agradable; después se pasó el resto de su vida deseando volver sin conseguirlo. No hay ningún paraíso detrás de esta puerta; solo la casa del señor Mumford, un apartamento bastante pequeño que habría que redecorar, amueblado con diversos trastos que Anthony recuerda de Easton Glebe, la mansión que H. G. tenía en Essex y que él solía visitar en los años veinte,

cuando le daban vacaciones en el colegio: un sofá descolorido con una raja en el tapizado, una mesa plegable, una biblioteca giratoria y —colgado juguetonamente de la pared, como si fuera un trofeo— un maltrecho palo de hockey, recuerdo de los múltiples y tumultuosos partidos que organizaba H. G. en su juventud para los invitados que acudían a sus fiestas los fines de semana. Se trata de objetos triviales y en mal estado, pero las visitas a Easton Glebe que evocan eran realmente paradisíacas a ojos de aquel infeliz escolar.

Anthony llama a Jean, pero la línea está ocupada, probablemente por Phyllis, la compañera de piso de Jean, que tiene interminables conversaciones con su madre casi todas las noches. Se sienta en el sofá descolorido y, para pasar el rato, saca de la biblioteca giratoria una gruesa antología de cuentos de H. G. y busca «La puerta en el muro».

Empieza así: «Una noche de confidencias, hace menos de tres meses, Lionel Wallace me contó esta historia». Lionel Wallace era un exitoso político de cuarenta años que, cuando tenía cinco o seis, se había escapado de casa y se había perdido por las calles de West Kensington. Llegó hasta una puerta verde que había en un muro alto y blanco, todo cubierto de hiedra, y, al abrirla, se encontró en un jardín encantado. «Había algo en aquel ambiente que transmitía alegría, que fomentaba una sensación de ligereza y optimismo y bienestar; había algo allí que hacía que sus colores resultaran limpios y perfectos y sutilmente luminosos. En cuanto uno entraba en él, se sentía deliciosamente alegre (...) allí todo era hermoso.» Dos panteras muy cordiales se acercan al pequeño y una frota la oreja contra su mano, ronroneando como un gato. Una chica alta y rubia lo coge en brazos y empieza a besarlo, y después lo lleva de la mano por un camino sombreado hasta un palacio con fuentes y toda clase de cosas bellas; allí se encuentra con otros niños y se entregan todos juntos a juegos maravillosos, aunque luego no será capaz de recordar cuáles eran. Por supuesto, nadie cree su relato y lo castigan por mentir y por haber salido de casa solo. Durante el resto de su vida, anhela regresar a aquel jardín, pero, cuando busca la puerta en el muro, no es capaz de encontrarla y, cuando, en diversas ocasiones, pasa junto a ella por casualidad, no se detiene para entrar porque tiene algo urgente entre manos, como un examen para optar a una beca en Oxford, una cita con una mujer de la que depende su honor o un debate crucial en el Parlamento. En los últimos tiempos, estas oportunidades se han vuelto más frecuentes. «Tres veces en un

año se me ha ofrecido esa puerta, la puerta que conduce a la paz, al placer, a una belleza inimaginable, a una bondad que nadie ha conocido sobre la tierra. Y la he rechazado.»

Cuando Anthony llega a este punto de la lectura, suena el teléfono. Es Jean. Le molesta que lo interrumpa cuando le faltan solo una o dos páginas para llegar al final del relato, que ya no recuerda, y no acierta a saludarla con su habitual toque de ternura en la voz.

—¿Te pasa algo, cariño? —le pregunta Jean.

—No. Es solo que estaba muy metido en un cuento de H. G.

—Vaya, lamento interrumpirte —dice ella con ironía—. ¿Quieres que te llame más tarde?

—No, no, claro que no —dice él—. Estoy un poco de mal humor, la verdad. El viejo me acaba de echar una buena bronca.

Entonces le hace un breve resumen de su conversación con H. G.

—Vaya cara que tiene, ¿no? —dice Jean—. Él nunca ha sido precisamente un modelo de fidelidad matrimonial, por lo que me has contado.

Anthony suelta una risita seca.

—Pues no. Pero no le ha gustado nada que se lo recordara.

—Quizá deberías presentarnos —dice Jean—. Si es tan susceptible, a lo mejor yo podría intentar ganármelo.

—Ahora no, cariño... —dice Anthony con cierta ansiedad—. Todavía no.

Cuando terminan de hablar, regresa inmediatamente al cuento para averiguar qué le pasa a Wallace. Ah, sí, ya se acuerda. Lo encuentran en el fondo de una excavación que están haciendo para ampliar el metro de Londres. Se habían dejado abierta una puerta de la valla temporal que rodeaba la obra y él había entrado. La caída había sido mortal. No estaba claro si se trataba de un accidente o de algo deliberado, pero esto último parecía más probable. «Nosotros vemos el mundo común y corriente, la valla y el hoyo. Desde nuestro punto de vista cotidiano, abandonó la seguridad de la luz del día para internarse en la oscuridad, en el peligro, en la muerte. Pero ¿fue eso lo que él vio?»

Entretanto, en la salita de la casa principal, el interlocutor se ha convertido en interrogador.

—¿Solo has amado a tres mujeres en tu vida? ¿A Isabel, Jane y Moura?

—Sí.

—**Dos esposas y una amante.**

—Quise casarme con Moura tras la muerte de Jane.

—**Pero ella se negó.**

—Sí.

—**Quizá le diese miedo que no quisieras tener relaciones sexuales con ella después de casaros.**

—¿Qué quieres decir con eso?

—**Bueno, tus dos matrimonios fueron un fracaso en el plano sexual, ¿no es así?**

—Yo hablaría de decepción más que de fracaso.

—**¿Isabel te decepcionó en la cama?**

—Cuando nos casamos, yo estaba hambriento de sexo, y ella no fue capaz de responder a mis necesidades. Yo era un amante inexperto y ella, una joven profundamente convencional.

—**Así que no tardaste en buscar otras mujeres con las que tener relaciones sexuales más excitantes, ¿no? ¿Como esa pequeña ayudante que tenía ella?**

—Ethel Kingsmill. Aunque yo no la busqué. Fue ella quien tomó la iniciativa. Pero sí, me mostró que había mujeres que tenían un apetito similar al mío.

—**Y un año más tarde, más o menos, dejaste a Isabel por una alumna tuya, Amy Catherine Robbins, a la que, curiosamente, le cambiaste el nombre por el de Jane.**

—No me gustaba *Catherine*, que era el que usaba ella porque no le gustaba *Amy*, así que le puse un nombre nuevo.

—**Pero no era un nombre muy romántico, ¿verdad? Ninguna connotación erótica. Piensa en «Plain Jane»⁴ o en Jane Austen...**

—¿Qué me dices de Jane Eyre? Era muy apasionada.

—**¿Te gusta esa novela?**

—No, ya que me lo preguntas. Pero...

—**Dejaste a Isabel por Jane, y al final te casaste con ella, pero, como**

dices en tu Autobiografía, Jane resultó ser tan decepcionante en la cama como Isabel. ¿No es extraño que intercambiaras a una esposa sexualmente cohibida por otra? Como podría haber dicho Oscar, «si pasa una vez, es mala suerte; si pasa dos veces, parece un descuido».

—¿Adónde quieres llegar?

—Quizá secretamente, inconscientemente, nunca quisiste tener a una mujer muy sexual como esposa. Quizá solo disfrutas verdaderamente del sexo cuando es salvaje, ilícito, cuando estás cometiendo una transgresión. Quizá Moura lo sospechase.

—¡Eso es absurdo!

—¿De verdad?

—Está hablando solo otra vez —le dice Marjorie a Gip cuando él pasa por Hanover Terrace una tarde, como hace habitualmente, de camino a casa desde el University College. En silencio, ella lo lleva hasta la puerta de la salita, que está entreabierta, y él se queda unos minutos de pie en el pasillo, escuchando. Solo alcanza a comprender unas pocas palabras y frases, pero el ritmo dialógico de la voz del anciano le recuerda a algo que solía hacer su hermano Frank cuando era pequeño.

—Hablaba con un amigo imaginario —le cuenta Gip a Marjorie, ya de vuelta en la habitación que ella usa como despacho—. Yo solía escucharlo sin que se diera cuenta, porque, si pensaba que lo estaban observando, se callaba inmediatamente. Cuando tenía alguna idea rondándole la cabeza (si había hecho alguna travesura, por ejemplo, y se preguntaba si lo iban a pillar o si debía confesar), la debatía con aquel otro chico, inventando argumentos para las dos posturas. A mí me fascinaba. Era como escuchar un radioteatro, aunque en esa época no había radio, claro. A lo mejor H. G. hace algo parecido, pero en una especie de segunda infancia.

—Bueno, es una teoría interesante —dice Marjorie—. Tenemos que preguntarle a Frank qué le parece, la próxima vez que venga.

El hermano menor de Gip, un realizador de documentales que ahora se dedica a la labor social de buscar alojamiento para familias cuyos hogares han sido destruidos en los bombardeos, pasa mucho tiempo yendo y viniendo de su casa de campo a Londres, por lo que solo va de visita a Hanover Terrace de vez en cuando. La responsabilidad de cuidar a H. G. ha recaído sobre todo en

Gip y en Marjorie, pero ellos no se quejan. Ambos lo adoran.

Unos días después, Rebecca vuelve a visitar a H. G. Dice deplorar el irresponsable comportamiento de Anthony. H. G. le cuenta que ha hecho todo lo posible para disuadir a su hijo de abandonar a su familia y que no lo ha conseguido.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no se conforma con tener una aventura, como todo el mundo? —se queja Rebecca—. A Kitty no le habría importado, si él lo hubiera llevado con discreción. Ella misma me dijo algo parecido el otro día, hablando por teléfono.

—Estoy totalmente de acuerdo —dice H. G.—. Pero Anthony es bobo, melodramático e infantil. Lo que no tengo muy claro es si esto se debe a una debilidad innata del carácter o a que hubo algún fallo en su educación.

—Espero que no me estés culpando a mí —dice Rebecca.

—Pienso que su existencia es solo culpa mía.

Los dos se quedan callados un momento, recordando las circunstancias en que Anthony fue concebido: un abrazo apasionado en la sala de estar del piso que él tenía en Saint James' Court, las manos debajo de la ropa de ella, su ardiente respuesta..., pero había una criada en el apartamento, lo que evitó que la llevara a su dormitorio, donde guardaba los preservativos, así que H. G. siguió adelante, con la intención de recurrir al *coitus interruptus*, pero, en el momento crucial, perdió el control. Los dos están pensando lo mismo. ¡Cuánta tristeza, cuántos enfados y frustraciones y recriminaciones a lo largo de tantos años, como consecuencia de aquel breve espasmo de placer! Y todavía no se han terminado...

—Si Anthony insiste en seguir adelante con esa estúpida idea del divorcio —dice Rebecca—, creo que deberías modificar tu testamento y dejarle algo de dinero a Kitty.

—Yo también he estado pensando en eso —dice H. G.—. Lo suficiente como para que los niños puedan vivir holgadamente.

—Aunque tendrán que vivir sin un padre —dice Rebecca.

H. G. se encoge de hombros.

—No puedo hacer nada más.

En el viaje de vuelta a casa desde Marylebone hasta High Wycombe, en un

aburrido vagón de primera clase que comparte con tres ancianos hombres de negocios tocados con bombín y que, de vez en cuando, levantan la vista de los periódicos de la tarde para echarle un vistazo, Rebecca se siente abrumada por el terror, por la sensación de ser víctima de una maldición, la de los padres negligentes, que se extiende a lo largo de varias generaciones. Su padre abandonó a su familia cuando ella tenía ocho años; se marchó a Sudáfrica para poner en marcha algún negocio indefinido y desapareció sin dejar rastro; de pronto, su esposa se encontró sin apenas medios y a cargo de Rebecca y sus dos hermanas. Después ella misma tuvo que criar a Anthony sola, y es cierto que contó con un generoso apoyo económico por parte del padre, pero H. G. mantuvo las distancias y conservó su independencia. Y, ahora, Anthony quiere dejar a Kitty, para que críe ella sola a sus hijos. ¿Y qué recompensa recibían las madres cuyas vidas se habían visto limitadas y frustradas por esa responsabilidad? Se convertían en el blanco del rencor de sus hijos, esa era la recompensa que recibían. Rebecca nunca perdió la esperanza de que su querido papá regresara algún día junto a su familia con una explicación honorable para justificar su ausencia, como el padre de *Los chicos del ferrocarril*⁵ (¡cómo había llorado con el final de ese libro!); pero, cuando tenía trece años, se enteraron de que había muerto. Más adelante, su madre le contó que había sido un mujeriego incorregible, que seducía a las empleadas domésticas que trabajaban en su propia casa y que frecuentaba la compañía de prostitutas. Rebecca reconoce, mirándolo en retrospectiva, que fue una niña difícil y una adolescente alborotadora: siempre estaba peleándose con sus hermanas y criticando a su madre. Y Anthony era igual: idolatraba a su padre, al que consideraba un héroe, y le echaba la culpa de su miserable existencia a ella. No le cuesta nada imaginarse a los pequeños Caroline y Edmund, dentro de unos años, cometiendo el mismo error, adorando a Anthony e infligiéndole el mismo inmerecido castigo a Kitty, mientras esta lucha por criarlos, sacar adelante la granja y, si tiene suerte, encontrar un poco de tiempo para su arte. El feminismo que Rebecca ha defendido durante toda su vida adulta ha supuesto una liberación sexual para las mujeres —o al menos para las más atrevidas—, pero no ha corregido el desequilibrio fundamental que existe en las relaciones entre hombres y mujeres: el instinto femenino de criar a su prole y el instinto masculino de sembrar su simiente con promiscuidad. En realidad, H. G. es solo una versión más inteligente y más competente de su

padre. Incluso Henry la ha decepcionado a este respecto. Siempre se ha mostrado amable y protector con ella, siempre ha admirado y apoyado su obra (y la acompañó en su periplo por las agrestes tierras yugoslavas, donde tuvieron que viajar en trenes mugrientos y dormir en hoteles infestados de pulgas, cuando ella se estaba documentando para *Cordero negro, halcón gris*), tiene unos modales impecables y suficiente dinero como para que ella pueda mantener cierto nivel de vida, es el marido perfecto en todos los sentidos, salvo porque tiende a encapricharse de jovencitas guapas y no le ha hecho el amor desde 1937.

—¿Por qué ya no me haces nunca el amor? —gritó Rebecca una noche, en la oscuridad, tumbada junto a él en la cama.

Pero él estaba dormido, o fingió estarlo, y no dijo nada. Desde entonces, ella también se ha buscado sus amantes, por supuesto, aunque ahora no tiene ninguno. Piensa, abatida, que quizá su vida sexual haya llegado a su fin.

En junio, la guerra da un giro espectacular, tanto en el frente interno como en el extranjero. El 6 de junio tiene lugar la invasión aliada de Francia, largamente esperada. No sucede, como se pensaba, en Paso de Calais, sino en las playas de Normandía. El entusiasmo y la incertidumbre se apoderan de toda la nación. Las noticias sobre el acontecimiento están estrictamente controladas por el Gobierno, y la población recibe cada nuevo dato con una ansiosa avidez. Al cabo de unos días, parece que la operación ha sido un éxito: las fuerzas aliadas han logrado afianzar su posición y les llegan refuerzos y suministros a través de los ingeniosos puertos Mulberry, contruidos antes del desembarco e instalados en la playa. Sin duda, se trata del principio del fin de la guerra. Ha habido que esperar mucho desde que Churchill afirmó, como es bien sabido, que la batalla de El Alamein era el final del principio. Pero entonces, cuando la gente está empezando a relajarse y a celebrar el fin de la contienda, el monstruo de Hitler, como un rey diabólico en una pantomima, saca una nueva arma de su arsenal para demostrar que todavía no está acabado: la V1, como la llamó Goebbels, la primera de las dos *Vergeltungswaffen* («armas de represalia») diseñadas para vengarse de los bombardeos de ciudades alemanas por parte de los aliados. (Todavía no se sabe cómo será la V2.) Las V1 son unas aeronaves pequeñas y no tripuladas, pintadas de un aciago color negro, que se componen de dos alas

cortas y anchas y un fuselaje con forma de bomba, que transporta una tonelada de potentes explosivos. Funcionan propulsadas por un motor de reacción, que va montado sobre el fuselaje como el mango de una plancha y produce un zumbido muy característico, razón por la que los ingleses las llaman «bombas zumbadoras» o «abejorros». En un momento determinado, el motor se apaga y el arma cae al suelo. Los angustiosos segundos de silenciosa incertidumbre que transcurren entre el apagado del motor y el ruido de la explosión, cuando el misil impacta contra su azaroso objetivo, suponen un nuevo motivo de estrés para los muy sufridos londinenses.

Se trata de una innovación en el ámbito del combate aéreo que H. G. no ha previsto. Las V1 vuelan rápido y bajo a cualquier hora del día o de la noche, cuando revelan su presencia por medio de un chorro de fuego que sale del reactor. Los cañones antiaéreos apenas pueden hacer nada contra ellas, y solo los cazas Spitfire y Typhoon, de reciente creación, son capaces de igualar su velocidad y de abatirlas o darles un golpecito en las alas para que, girando fuera de control, caigan al mar o en campo abierto (una maniobra difícil, pero dispararles implica el riesgo de que, al estallar, el misil se lleve por delante también al avión propio). La ofensiva de las V1 comenzó el 13 de junio, y a finales de mes ya se habían lanzado dos mil quinientas, de las cuales alrededor de un tercio cayeron o fueron derribadas sobre el canal de la Mancha y otro tercio sobre el sudeste de Inglaterra; solo el tercio restante logró alcanzar Londres. La cifra aumentó en julio. Da la impresión de que está empezando otra etapa de bombardeos intensos. Surgen planes para evacuar a las mujeres y los niños de la capital. Los arrendatarios de Hanover Terrace se escabullen de nuevo a sus refugios rurales. Varios amigos y conocidos instan a H. G. a irse a un lugar más seguro, pero él rechaza desdeñosamente sus sugerencias. La ofensiva de las V1 parece tener un efecto tonificante en su salud. Aumenta su apetito. Recupera la movilidad: vuelve a caminar por la casa e incluso, cuando hace buen tiempo, da breves paseos por el parque.

Un día, Moura va a visitarlo sin previo aviso y entra en la casa empleando su llave, de modo que le da una sorpresa, muy agradable, por cierto, aunque parece un tanto azorada. Ha llegado a Londres esa misma mañana desde la casa de su hija, que está cerca de Oxford, y se ha encontrado con que la onda expansiva de una V1 había hecho estallar las ventanas de su apartamento. Dice

que la impresión ha sido muy fuerte y pide un brandy para tranquilizarse.

—Deje la botella —le ordena al ama de llaves cuando le lleva la copa, y le guiña un ojo a H. G. Su capacidad para beber brandy es legendaria. Cuando pronuncia las palabras *Hanover Terrace* con su peculiar acento anglo-ruso, suena como *Hangover Terrace*,⁶ pero él no recuerda haber visto nunca a Moura con resaca, a diferencia de aquellos que intentan seguirle el ritmo con la bebida.

—¿Por qué no te instalas aquí hasta que tu apartamento vuelva a ser habitable? —propone él, pero ella le dice que no con la cabeza y se sirve otro brandy.

—No. Voy a volver a casa de Tania.

A él ni se le ocurre que Moura quiera huir de las VI. Con que uno creyera que ha hecho frente y sobrevivido a la mitad de los peligros mortales que ella afirma haber superado... Bueno, pensándolo bien, probablemente solo la mitad sean ciertos, así que digamos una cuarta parte: con que uno creyera que ha hecho frente a una cuarta parte de los peligros mortales que afirma haber superado, resultaría imposible cuestionar su valor y su osadía.

—Puedes disponer de la habitación de invitados todo el tiempo que quieras —continúa él.

Ella le dice que no con el dedo.

—Aigee.⁷ Estás intentando romper nuestro acuerdo.

Habitualmente era él quien imponía los términos de los «tratados» (así solía llamarlos) que establecía con sus mujeres, pero con Moura había sido diferente. Este tratado provenía de mediados de la década de 1930. Ella quería ser su amante y aparecer a su lado en público, pero no estaba dispuesta a casarse ni a vivir con él. Cuando, tras una de sus numerosas peleas, él le dijo, muy malhumorado, que en tal caso quería que le devolviera la llave de su casa, ella se la entregó al instante. Un tiempo después, ella se la pidió para alguna cuestión concreta y él nunca le dijo que se la devolviera, de modo que ella conservó la libertad de ir y venir cuando le pareciese oportuno. Si hacían el amor en Hanover Terrace tras pasar una velada juntos, después ella se marchaba a su casa en un taxi. Cuántas veces se había quedado él mirándola desde la cama, mientras le pedía uno por teléfono y ella se vestía a la tenue luz de una lámpara de mesa. Se lo ponía todo menos el corsé, que enrollaba y metía en una bolsa de papel antes de marcharse, porque no quería tomarse

tantas molestias para un viaje en taxi.

—¿Alguna vez te dejaste el corsé en el taxi? —le pregunta H. G. de repente.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando te ibas a casa después de que hiciéramos el amor aquí, nunca te ponías el corsé. Solías llevártelo en una bolsa de papel. Me estaba preguntando si alguna vez te lo dejaste en el asiento trasero del taxi, y qué habría hecho el taxista con él en caso de encontrarlo.

Sonríe, pero Moura no parece divertida. Quizá no le guste que le recuerden que necesita usar corsé. Era una mujer esbelta y flexible cuando se conocieron, pero ahora, con la madurez, se ha vuelto rolliza y su cuerpo presenta abundantes curvas.

—¿Qué tonterías dices, Aigee...! —exclama—. Hablemos en serio. ¿Cómo estás realmente?

—Me encuentro mucho mejor —contesta él—, y, ahora que te veo, mejor aún.

No ve la necesidad de contarle el diagnóstico de Horder, del que está empezando a desconfiar.

—¿Y las bombas voladoras? ¿No te dan miedo?

—Ni un poquito.

—Pero tienes que hacer que cubran las ventanas. Prométemelo.

Él accede a regañadientes, porque la casa se va a volver oscura, pero siempre le quedará la solana acristalada, pues no hay forma de protegerla de la onda expansiva de las bombas.

Durante el mes de julio, escribe regularmente a Moura para asegurarle que está sobreviviendo a los bombardeos de las VI con buen ánimo: «Moura, pequeña y encantadora Moura, estoy haciendo todo lo que me dijiste que hiciera. Y lo que me dijiste que no hiciera, no lo estoy haciendo. Y por ello sigo vivo, aunque esta tarde ha pasado un abejorro que, por lo visto, debe de haber impactado en el fin del mundo, porque no lo he oído más (...). Con todo el amor de mi corazón, Aigee»; «Querida Moura, anoche cayó uno cerca, pero hemos seguido todas tus instrucciones escrupulosamente. Ahora vivimos en una casa cubierta de tablonos de madera y sin ventanas. En el plano físico, me

siento cada vez más fuerte. Con muchísimo cariño y todo mi amor, tu leal Aigee»; «Adorada Moura mía, las bombas robot caen en cantidades cada vez mayores, pero, gracias a que obedezco meticulosamente tus instrucciones, no he sufrido daño alguno (ni tampoco ningún otro habitante de la casa) (...). Sigo trabajando y soy más autónomo cada día (...). Te quiero, cariño; como siempre, tuyo, Aigee». Las constantes referencias a las instrucciones de Moura de sellar las ventanas están pensadas para otorgarle una especie de estatus de esposa en relación con las disposiciones domésticas. Él siempre ha tenido miedo de la soledad, de no contar con una mujer que se dedicara en cuerpo y alma a su bienestar, y no ha perdido del todo la esperanza de convencer a Moura, algún día, para que se mude a Hanover Terrace.

A veces se sienta delante del escritorio, en su estudio, abre una de las dos carpetas de papel manila que hay sobre él y hojea unas pocas páginas del texto mecanografiado que contiene. Entonces anota o corrige algo con su pluma. Estas dos obras, en las que lleva trabajando simultáneamente unos meses, reflejan las oscilaciones de su estado de ánimo. Una es un texto corto titulado *El paseo feliz*. Comienza así: «Sueño mucho más de lo que soñaba antes de que esta caótica guerra invadiera mi tiempo de vigilia» y pasa a narrar un sueño recurrente basado en el paseo diario que solía dar por el parque cuando se encontraba bien.

Sueño que estoy en la puerta de casa, a punto de ir a dar una vuelta, como de costumbre. Salgo y de repente me doy cuenta de que hay un recorrido posible que he pasado por alto hasta ahora. ¡Es curioso que nunca lo haya seguido, pero ahí está! Y en un santiamén me encuentro andando con más vigor que nunca, colina arriba y valle abajo. Son escenas de una felicidad que ya no esperaba volver a disfrutar nunca más.

Se trata de una alegre fantasía en prosa, una reelaboración carnavalesca de su cuento «La puerta en el muro». Está en deuda con la idea de «sueño real» que aparece en *Peter Ibbetson*, de George du Maurier, y más aún con el cuento «El mejor de los lugares», de Henry James. Todas estas obras son mitos seculares relacionados con la trascendencia, con la recuperación del paraíso. «No hay muertos en este mundo de liberación, y yo no odio a nadie.» El

protagonista se encuentra y mantiene una amistosa conversación con Cristo, cuyo «desprecio y asco por el cristianismo superan las posibilidades de su vocabulario más extremo»; también afirma que su principal error fue tener discípulos. «“Elegí a esos doce casi al azar. ¡Menuda pandilla! Me han dicho que incluso en esos Evangelios que usted ha mencionado se habla de ellos de un modo muy poco halagador.”» A veces sueña con «un mundo puramente arquitectónico. Contemplo frontispicios gigantes, vastas extensiones de paisajes magníficamente proyectados, carreteras en movimiento que pueden llevarlo a uno donde quiera, en vez de que sea uno quien avance por ellas...». Pero a diferencia de los futuristas paisajes urbanos de sus utópicas obras de ficción, que los lectores parecían considerar fríos e inhumanos —así están concebidas en la película de Korda *La vida futura*—, en su sueño «se consiguen cosas nuevas, interminables y maravillosas, pero no se pierde nada que un corazón humano haya amado». El protagonista termina en los Campos Elíseos, debatiendo sobre «lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero» con un grupo de poetas, pintores y artistas, pero este capítulo, con el que probablemente termine el libro, todavía está inconcluso.

El tono del otro texto es muy diferente. Se titula *La mente ya no aguanta más*.

Este escritor tiene buenos motivos para creer que su mundo ya no aguanta más (...). El final de lo que consideramos la vida está próximo y resulta inevitable. Aquí explica las conclusiones a las que lo ha llevado la realidad, y piensa que quizá os interese tenerlas en cuenta (...). En este escrutinio, tenemos, en primer lugar, la abrupta manifestación de que hay un límite, hasta ahora insospechado, de la capacidad de ajuste material (...). Este escritor está convencido de que estamos en un callejón sin salida y no hay manera de dar un rodeo o de seguir adelante. Hemos llegado al Final (...). El límite del desarrollo disciplinado y secular de la vida antes parecía inamovible, de modo que era posible anticipar el porvenir. Pero dicho límite se ha alcanzado y sobrepasado, y nos hemos adentrado en un caos increíble (...). Ahora los acontecimientos se suceden en una secuencia de la que no nos podemos fiar en absoluto. Nadie sabe lo que nos deparará el mañana, pero nadie, salvo un filósofo científico y moderno, puede aceptar del todo esta ausencia de fiabilidad. E, incluso en su caso, el

hecho de que no exista nada fiable no afecta a su conducta cotidiana. En ese sentido, es uno más entre la multitud. La única diferencia es que él va por el mundo cargando con la desagradable convicción de que todas las formas de vida están a punto de extinguirse (...). Eso no le impide desarrollar afectos e intereses, ni sentirse indignado ni nada semejante (...). La mente no puede aguantar más, y sin embargo este drama cotidiano seguirá su curso porque constituye el maquillaje habitual de la vida y no hay nada con lo que reemplazarlo.

Nada podría ilustrar esta paradoja más vívidamente que la crisis matrimonial de Anthony y sus repercusiones. Mientras el futuro de Europa pende de un hilo en Normandía, donde las fuerzas aliadas han quedado atrapadas y se ven incapacitadas para avanzar a causa del mal tiempo, que ha destrozado uno de los puertos Mulberry, ha impedido que el ejército invasor cuente con apoyo aéreo y ha convertido en cieno los senderos de tierra de la campiña normanda, mientras las V1 cruzan el cielo del sudeste de Inglaterra a toda velocidad, haciendo un ruido infernal y en un número cada vez mayor, para caer mortíferamente, como grandes aves que hubieran sufrido un ataque al corazón, sobre los tejados de Londres; mientras todos estos acontecimientos, que el filósofo científico interpreta como señales y augurios, tienen lugar, lo que más ocupa la mente de Anthony y Rebecca y Kitty y sus allegados, sobre lo que hablan por teléfono y escriben cartas obsesivamente, es el drama de su vida privada. ¿De quién es la culpa? ¿De Anthony o de Kitty? ¿O de la Otra? ¿Qué puede hacerse? ¿Cómo acabará todo esto?

Rebecca organiza un encuentro entre Anthony y Henry con la esperanza de que los serenos consejos de su marido sean más eficaces que los suyos a la hora de hacer entrar en razón a Anthony. Anthony acepta, pero después anula la cita. Rebecca critica su actitud evasiva y señala que el asesoramiento de Henry puede serle de utilidad en relación con ciertos aspectos económicos del acuerdo de divorcio que ha propuesto.

—Entonces, que Henry hable con Kitty —dice Anthony, y les organiza un almuerzo a comienzos de julio en el Carlton Grill.

Aunque ella no ha sido invitada, Rebecca insiste en acompañar a Henry, y él, que sabe cuánto puede llegar a alterarse cuando se enfada, no se opone. Kitty, que ya está harta de recibir cartas de Rebecca en las que esta se muestra

comprensiva, condena el comportamiento de Anthony y adopta el papel de su principal aliada y protectora, se siente molesta ante la inesperada aparición de su suegra en el bar del Carlton Grill y contraataca tomando partido por Anthony en la conversación que tiene lugar a continuación. Kitty es cuatro años mayor que Anthony, pero el hecho de ser una rubia de muy buen ver le aporta seguridad, así que se niega a adoptar el papel de esposa herida y parece tomarse la situación con filosofía.

—Estas cosas pasan —dice—. Los hombres a veces se enamoran.

—Pero Anthony no está actuando de una manera normal —replica Rebecca—. Cada vez que hablo por teléfono con él me doy cuenta de que no está en sus cabales.

—Qué curioso, eso mismo dice Anthony de ti —dice Kitty con acritud—. Y me gustaría que no le dieras la lata con lo de Caroline y Edmund.

—Supongo —responde Rebecca— que tengo derecho a decirle que se arrepentirá de abandonar a sus hijos, ¿no?

—No —dice Kitty—. Eso es asunto nuestro.

—¿Ni siquiera puedo darle mi opinión? —pregunta Rebecca.

—No —dice Kitty—. Eso es problema mío, no tuyo. No deberías interferir.

Henry tose y dice que va a ver si ya está lista la mesa. Pero no hay ninguna mesa para ellos —por lo visto, hubo un malentendido entre Anthony y Henry con relación a quién iba a hacer la reserva—, de modo que toman un taxi en dirección al Ritz. De camino, Kitty continúa provocando a Rebecca, comentando que Anthony al fin está dando señales de madurez y que seguramente se le pasará su encaprichamiento actual. Rebecca dice que está actuando como una tonta, que Anthony es muy irresponsable y emocionalmente inestable. Durante el almuerzo, apenas prueban bocado y, cuanto más defiende Kitty a Anthony, más histérica se pone Rebecca criticando a su hijo. Es malo y vil y solo genera sufrimiento a los que tiene a su alrededor. Hay algo vulgar en su esencia. Desearía no haberlo traído al mundo. Desearía que estuviera muerto. Poco a poco, los comensales de las mesas vecinas se van quedando en silencio, asombrados y fascinados por ese torrente de vituperios tan elocuente. Al final, Henry llama con un gesto al maestresala y los dos acompañan a Rebecca fuera del restaurante y la meten en un taxi rumbo a la estación de Marylebone. Henry regresa junto a Kitty para disculparse y terminar su

almuerzo.

—Me temo que Rebecca está sometida a una gran presión —dice.

Cuando, esa noche, Kitty le cuenta este episodio a Anthony por teléfono, él se balancea en su silla, gime y se ríe cerrando con fuerza los ojos al imaginarse la escena, medio horrorizado y medio eufórico por poder justificar de un modo tan pleno los prejuicios que tiene contra su madre. Al relatarle la historia a Jean, la adorna, como haría un novelista, para realzar su efecto, de manera que, en su versión, Henry y el maestresala levantan a Rebecca de su asiento y la sacan del restaurante mientras ella da patadas en el aire, sin dejar de chillar maldiciones contra Anthony, hasta que las puertas batientes se cierran tras ella, un detalle que le agrada tanto que llega a creer que realmente sucedió. A Jean, en cambio, el episodio le parece más preocupante que divertido.

—Creo que nunca voy a atreverme a conocer a tu madre —dice—. Es como entrar en una casa donde sabes que hay una bomba que puede explotar en cualquier momento.

—No te preocupes, cariño —le dice Anthony—. Ya se calmará.

Y, de hecho, cuando Henry regresa a Ibstone esa noche, se encuentra a Rebecca en un estado de ánimo relativamente tranquilo. La reprende por cómo se ha comportado en el restaurante del Ritz y la acusa de atacar a Kitty sin que hubiera ninguna provocación previa.

—Lo siento. He perdido los estribos —dice Rebecca—, pero en realidad me ha provocado bastante. Creo que no has oído todo lo que me ha dicho; ya sabes que te estás quedando sordo, Ric.

Ha descubierto que esa es una manera magnífica de hacer callar a Henry, ya que es innegable que su capacidad auditiva se está deteriorando y, por lo tanto, nunca puede estar seguro de no haberse perdido alguna parte crucial de la información.

A finales de julio llegan, por fin, buenas noticias del frente occidental. Las fuerzas acorazadas norteamericanas se apoderan de la península de Cotentin, logran que las defensas alemanas instaladas en Saint-Lô se dispersen, se extienden por toda Bretaña y se lanzan hacia París, logrando liberarla el 25 de agosto sin que los alemanes opongan resistencia. Las tropas británicas y

canadienses toman Caen y avanzan a toda prisa hacia el noreste de Francia. H. G. acuerda publicar una parte de *El paseo feliz* en la revista *Leader* en octubre. Pero, en septiembre, la esperanza de que la guerra concluya pronto se desvanece debido al oneroso fracaso de las fuerzas aéreas en su intento por hacerse con tres cabezas de puente sobre el Rin, en Arnhem. Durante el mismo mes, la segunda de las *Vergeltungswaffen* de Hitler, la V2, se lanza sobre Londres. No hay absolutamente ninguna manera de defenderse de estos enormes cohetes que cuentan con una cabeza explosiva de novecientos kilos, y resulta muy difícil advertir su llegada, ya que viajan a cinco veces la velocidad del sonido. Si uno levantara la vista en el momento preciso, vería un pequeño resplandor rojo en el cielo unos segundos antes de que se produjera un estallido devastador en la calle, en el bloque de oficinas o en la tienda que tuviera la mala suerte de recibir el impacto, pero eso es todo. En cierto sentido, las V2 son menos aterradoras que las V1, porque no se dan esos instantes de espantoso suspense ni ofrecen ninguna posibilidad de ponerse a cubierto. Puede que tu destino esté escrito en la cabeza explosiva o que no lo esté; y, si lo está, nunca lo sabrás. Esto genera una especie de fatalismo en la población, cierta tendencia a ignorar el zumbido de un misil salvo que se oiga muy cerca, o a recibir el sonido de su detonación con un mero encogimiento de hombros o con una mueca. H. G. previó la evolución de los misiles en sus primeros libros, pero no imaginó que alcanzarían este nivel. Cierra la carpeta de *El paseo feliz* y abre la que contiene *La mente ya no aguanta más*.

Hasta ahora, la repetición parecía una de las leyes fundamentales de la vida. La noche seguía al día y el día seguía a la noche. Pero en esta nueva y extraña fase de la existencia en la que está entrando nuestro mundo, se ha vuelto evidente que los acontecimientos ya no se repiten. Duran y duran hasta convertirse en un misterio impenetrable, en una oscuridad ilimitada y carente de voz, contra la que la obstinada ansiedad de nuestras mentes insatisfechas puede luchar, pero solo hasta verse derrotada por completo.

No hay manera de salir, ni de dar un rodeo ni de seguir adelante.

Entretanto, la crisis matrimonial de Anthony continúa sin resolverse. Kitty, muy tranquila, se niega a cooperar en la consecución del divorcio, y Anthony se da cuenta de que no tiene ganas de forzar la situación. Una tarde, mientras

está sentado en silencio junto a H. G., perdido en oscuros pensamientos sobre Jean, Kitty y los niños, tratando de resolver mentalmente unas ecuaciones morales y emocionales que no parecen tener solución, Anthony mira a su padre, que estaba dormitando en su sillón, y se sobresalta al ver que sus brillantes ojos gris azulado están abiertos y clavados en él.

—¡Hola, H. G.! —le dice—. ¿Ya estás despierto?

—Pareces preocupado —dice su padre.

—Pues claro... No quiero hacerle daño a Kitty, ni a los niños. Solo quiero lo mejor para todos.

—Entonces, ¿no es por esos nazis de la bbc?

—¿Qué nazis?

—Los que te están chantajeando.

Tras unas cuantas preguntas más, Anthony descubre que H. G. cree que unos agentes nazis se han infiltrado en la bbc y lo están manipulando.

—Eso es completamente absurdo, H. G. —protesta Anthony.

—¿En serio? —pregunta su padre con escepticismo, y vuelve a cerrar los ojos.

Anthony no tarda demasiado tiempo en deducir que esa grotesca fantasía proviene de Rebecca. Tras la publicación en 1941 de *Cordero negro, halcón gris*, un libro de medio millón de palabras, lleno de información topográfica, etnográfica y cultural de Yugoslavia, se la empezó a considerar una autoridad sobre dicho país. En aquel momento, Gran Bretaña apoyaba al Gobierno monárquico en el exilio y la campaña de resistencia contra la ocupación alemana liderada por el general serbio Mijailovich, y Rebecca era notoriamente pro-Serbia. Pero, ahora que el apoyo de los aliados, por decisión de Churchill, ha derivado hacia los partisanos comunistas del croata Tito, se siente aislada y vulnerable ante los ataques de los periodistas y políticos de izquierda. Le ha comentado esta preocupación a Anthony alguna vez, insinuando que la facción pro Tito del Ministerio de Exteriores quizá pretenda atacarla arrojando sospechas sobre el trabajo de su hijo en la bbc. Él, en su momento, no le hizo ningún caso a aquella idea paranoica, tan típica de su madre, pero ahora ve que hay una conexión entre aquello y los delirios de H. G., de modo que coge inmediatamente el teléfono.

—Rac, ¿le has dicho tú a H. G. que unos nazis infiltrados en la bbc me están chantajeando?

—Por supuesto que no. ¿De dónde has sacado semejante idea?

—¿No has hablado en ningún momento con H. G. sobre mi puesto en la bbc?

Hay una breve pausa antes de que Rebecca responda, un poco a la defensiva:

—Bueno, como sabes, me preocupa que mis enemigos puedan aprovechar tu historial para desacreditarte y comprometerme...

—¿A qué te refieres con mi «historial»?

—Saben que fuiste pacifista durante un tiempo, y probablemente habrán descubierto que estuviste bajo vigilancia policial, como sospechoso de espionaje, al principio de la guerra.

—¡Eso fue una auténtica farsa, y lo sabes muy bien, Rac!

Kitty y él habían empezado a levantar sospechas porque invitaron a unos amigos belgas a su granja de Wiltshire. Alguien oyó que hablaban flamenco y pensó que se trataba de alemán, se interpretó el movimiento de unas cortinas como señales codificadas y la granja fue registrada, en busca de pruebas incriminatorias, por unos rústicos agentes de policía que, con el ceño fruncido, se incautaron de los libros extranjeros que tenía Anthony, de sus mapas y de sus guías e incluso de una colección de soldaditos de juguete que le había regalado H. G. cuando era niño.

—Puede que a ti te pareciera una farsa, pero, si suspendieron la investigación, fue porque yo tenía algunos amigos en las altas esferas, como Harold Nicolson o Harold Laski —dice Rebecca.

—Pero ¿has hablado de esto con H. G. últimamente?

—Quizá se lo haya mencionado, sí —admite ella.

—Bueno, pues él lo ha convertido en una teoría conspirativa bastante enloquecida, con infiltrados nazis y todo. Cree que la bbc me está chantajeando. Te agradecería mucho que le abrieras los ojos.

—Bueno, lo intentaré... Pero mucho me temo que sea un principio de demencia senil.

—Hazlo de todos modos —dice Anthony, y cuelga el teléfono de golpe.

Nunca sabrá si al final ella ha hablado del tema con él o no. Le jura a su padre que no hay ninguna clase de conspiración en su contra, pero, aunque cuenta con el apoyo de Gip y Marjorie, H. G. continúa aguijoneándolo con

alusiones ocasionales a «tus amigos nazis de la bbc». Anthony no es capaz de discernir si estos comentarios desagradables son fruto de la demencia senil o de una malicia consciente. En cualquier caso, se trata de una fuente de fricción adicional que le provoca dolor y, desde luego, no ayuda a mejorar su relación con su madre.

Pero de repente, en octubre, la crisis matrimonial de Anthony concluye. Una tarde, tras hacer el amor en el apartamento de Jean, acostado en la cama entre las sábanas revueltas, fumándose un cigarrillo y observando cómo Jean se pone las medias no sin antes examinarlas con mucha atención por si se le hubiera hecho alguna carrera, Anthony comenta que H. G. va a modificar su testamento para dejarles algo de dinero a Kitty y a los niños en caso de divorcio. Esta información desconcierta a Jean.

—¿Ese dinero saldrá de lo que te iba a dejar a ti? —pregunta.

Anthony le dice que sí, y que le parece justo. Jean no está de acuerdo. No entiende por qué ese dinero debe deducirse de la herencia de Anthony, ya que su padre debe de ser muy rico.

—No es tan rico —le dice él—. H. G. ya no gana tanto con sus libros y, cuando ganaba mucho, se lo gastaba y lo regalaba alegremente.

—Razón de más para que te asegures de recibir lo que te corresponda de lo que quede —dice Jean.

Anthony la acusa de ser una interesada. Ella se ofende. Tienen una pelea terrible y ella le pide que se marche. Él le dice que no va a volver. Ella dice que le parece estupendo. Nadie puede saber si el testamento de H. G. fue el verdadero *casus belli* o si ambos ya estaban hartos de la relación y buscaban algún pretexto para terminarla.

Anthony sigue viviendo en la casa del señor Mumford porque Kitty, como es comprensible, se muestra reacia a que vuelva de inmediato al hogar, y le pide un tiempo de reflexión. Anthony le cuenta a Rebecca, un día en que ella va a visitarlo, que tiene la esperanza de volver con su mujer. Rebecca se siente aliviada y hace las paces con Anthony, en cierta medida. H. G. está contento de no tener que preocuparse más por el asunto. Quiere pensar sobre su vida, libre de distracciones.

Cuando el año va tocando a su fin, a medida que el aire es cada vez más frío y los apagones para dificultar los bombardeos sumen a Londres en una

oscuridad y una melancolía preindustriales cada vez más temprano, la energía renovada que había sentido durante el verano empieza a desaparecer. Se vuelve más taciturno e introvertido. Las enfermeras, la cocinera y el ama de llaves, la mujer que acude a diario a limpiar y su pequeño núcleo familiar formado por Marjorie, Gip y Anthony observan cómo deja pasar el tiempo despatarrado en su sillón de la salita, con la mirada perdida, hablando entre dientes, o sentado en el estudio frente a su escritorio, hojeando papeles, levantándose de vez en cuando para coger algún libro de la estantería, o hurgando entre las cartas y fotografías de los cajones y los archivadores. No saben qué se le pasa por la cabeza. La mente es una máquina del tiempo que viaja hacia atrás, por medio de los recuerdos, y hacia delante, por medio de las profecías, pero él ya ha dejado de hacer profecías. Su mente ya no aguanta más; no soporta la visión del caos que implica el porvenir. Se dedica a mirar atrás, a su vida. Tomada en su conjunto, ¿ha sido un éxito o un fracaso? Para intentar contestar esta pregunta, resulta útil contar con una segunda voz. Puede, por ejemplo, entrevistarse a sí mismo sobre su pasado, planteando preguntas sencillas y contestándolas extensamente, como solía hacer en la época en que los periodistas todavía se interesaban por él.

2

—**Veamos... ¿Cuándo y dónde naciste?**

—El 21 de septiembre de 1866 en Atlas House, un edificio situado en la calle mayor de Bromley. Es una localidad común y corriente, Bromley, a medio camino entre una ciudad y un pueblo; se encuentra a unos quince kilómetros al sur de Londres y pronto será engullida por este. «Atlas House» era el nombre, ridículamente pretencioso, de una tienda de porcelanas. A mis padres los estafó un pariente y se quedaron a cargo de ese negocio, que nunca fue rentable. Ninguno de los dos tenía aptitudes para el comercio. Mi madre había estado empleada en una gran mansión como dama de compañía antes de casarse, y mi padre había trabajado como asistente del jardinero en la misma finca. Se le daba muy bien jugar al cricket y, ya casado, se hizo profesional y jugó en el Kent. Eso les reportó unos ingresos adicionales, y empezaron a vender equipamiento de cricket en la tienda, pero no les fue demasiado bien. ¿Quién va a ir a una tienda de porcelanas a comprar un bate de cricket?

—**¿Cuál es tu primer recuerdo?**

—Estar mirando por la ventana enrejada de la cocina de casa y ver los pies de la gente que pasa por la calle. Vivíamos en la parte de encima y de detrás de la tienda, y la casa se encontraba en una pendiente, de modo que la cocina y el fregadero quedaban por debajo del nivel del suelo. Toda la casa era oscura, estrecha e insalubre. Había una escalera que resultaba verdaderamente peligrosa de lo empinada que era, y que llevaba desde la sala de la parte de atrás hasta la cocina y el fregadero, donde había un único grifo de agua fría que funcionaba con una bomba. En el patio se abría un canalón, y las aguas residuales de la casa se iban filtrando en una fosa séptica que se encontraba debajo de la letrina, a unos pocos metros del pozo del que procedía el agua fresca que iba a la bomba.

—Pero a los treinta y cuatro años ya te iba tan bien que pudiste construirte una casa muy espaciosa frente al mar, en Sandgate, cerca de Folkestone. La diseñó un prestigioso arquitecto...

—Yo también participé en el diseño. Fue la primera casa particular del país en la que cada dormitorio contaba con su propio baño. Eso fue idea mía, y tuve que luchar muchísimo contra Voysey para conseguirlo. Pero, si no me hubiera criado en esa casa espantosa y tan mal hecha de Bromley, probablemente no se me habría ocurrido construir algo como Spade House. Esa experiencia me generó una obsesión, que me ha durado toda la vida, por la arquitectura doméstica, y un gran odio hacia las casas mal diseñadas que se extienden, como una lepra de ladrillo y mortero, por todos los barrios que se edificaron en Inglaterra a finales del siglo xix. Mi pobre madre se mataba limpiando Atlas House, intentando que tuviera un aspecto decente, pero era una tarea imposible. Había termitas detrás del papel de la pared y en el mobiliario. Podías aplastar alguna si la veías, pero no había manera de librarse de ellas definitivamente.

—Entonces, criarse en la pobreza...

—No era auténtica pobreza. No pasábamos hambre, pero sí teníamos una dieta muy pobre, lo que me impidió crecer más y me volvió muy propenso a las enfermedades. No me dejaban invitar a mis amigos a jugar a casa porque verían que no podíamos permitirnos contratar a un empleado doméstico, ni siquiera a la más humilde criada, y acabaría enterándose todo el barrio. Mis padres se apretaron el cinturón y ahorraron todo lo que pudieron para enviarme al colegio privado más barato que hubiera, tratando de evitar la vergüenza de que su hijo fuese a una escuela pública, donde quizá habría tenido mejores profesores.

—¿Eras consciente de que tenías talentos que tu entorno te impedía desarrollar?

—Vagamente. Gracias a los libros, descubrí que había, en algún lugar, un mundo más interesante, más gratificante, pero yo no tenía ninguna esperanza de poder acceder a él.

—¿Cuál dirías que fue el peor momento de tu vida en esa época?

—Bueno, hay mucho donde elegir... Pero creo que fue el día en que me presenté en el Southsea Drapery Emporium⁸ para entrar como aprendiz. Tenía quince años, y aquel era el segundo sitio en el que probaba. Había dejado el

colegio a los catorce, porque mis padres no podían permitirse seguir pagándolo, aunque la Bromley Academy era lo más barato que había. Cuando yo tenía unos once años, mi padre tuvo un accidente y se rompió la pierna. Eso supuso el final de su carrera como jugador de cricket, y a partir de entonces el dinero empezó a escasear bastante. Mi madre había decidido que yo iba a ser vendedor de telas, como mis dos hermanos mayores, pero yo me portaba tan mal en Windsor, el primer sitio en el que entré de aprendiz, que me despidieron al cabo de unos meses. En esa época, mi madre ya había regresado a Up Park, la gran mansión cerca de Midhurst, en West Sussex, donde había trabajado antes de casarse. Le ofrecieron el puesto de ama de llaves, lo cual supuso un golpe de suerte de lo más inesperado, y pudo alojarme ahí durante un tiempo. Estuve en periodo de prueba con un boticario de Midhurst, y ese trabajo me parecía más interesante, pero mi madre no podía hacer frente a los costes, que eran más altos, de modo que no duré mucho allí. Pero sí lo bastante como para que me enviaran al instituto de Midhurst para recibir clases particulares de latín (y poder entender las prescripciones y las etiquetas de los frascos) y, cuando la familia de Up Park se empezó a hartar de mi presencia constante, mi madre me metió de interno en el instituto y pasé allí unas semanas, mientras ella buscaba otra tapicería donde pudiera entrar de aprendiz. Tenía una fe casi religiosa en esa rama del comercio. Pero yo ya había degustado algo similar a la verdadera educación en el instituto de Midhurst y había descubierto la biblioteca de Up Park, un sitio maravilloso, con montañas de libros tan altas que había que trepar por ellas con una escalera portátil, libros como *Los viajes de Gulliver* o *La república*, de Platón. En el desván que había al lado de mi dormitorio encontré las piezas de un antiguo telescopio reflector. Conseguí montarlo y lo instalé frente a la ventana de mi cuarto para mirar los cráteres de la luna. Tal vez *Los primeros hombres en la luna* se originara entonces. Los propietarios de Up Park usaban muy poco la biblioteca y absolutamente nada el telescopio, pero yo pude atisbar su forma de vida civilizada y ociosa, y eso estimuló mi mente adolescente y me mostró toda clase de horizontes que hasta la fecha habían permanecido ocultos para mí. No sabía qué quería de la vida exactamente, o qué podría lograr, pero tenía claro que quería algo más gratificante que trabajar en una tienda... ¿Por dónde iba?

—**Tu segundo intento como aprendiz en un taller de tapicería.**

—Sí. Por eso mi primer día allí fue tan deprimente. Porque era la segunda vez. Me acuerdo de cuando llevé mi maleta a la habitación donde dormían los aprendices y los ayudantes de menor categoría. Era un sitio de lo más lóbrego. Había ocho camas de hierro y cuatro lavabos con el esmalte descascarillado, formando una línea sobre la tarima desnuda. Me quedé esperando a que apareciera alguien y me enseñase las instalaciones, aunque ya sabía de antemano cómo iban a ser: el comedor situado en un sótano sin ventanas e iluminado por unas lámparas de gas desnudas, con las paredes húmedas debido a la condensación y el olor al repollo de la noche anterior que había permanecido flotando en el aire. Allí desayunaría yo pan con mantequilla a las ocho y media de la mañana, después de haberme pasado una hora trabajando en la tienda para que todo estuviera listo en el momento de abrir, y allí regresaría para cenar tras haber dedicado un largo día a cargar fardos de tela y a mostrarme servil con los engreídos clientes y a recibir órdenes de los jefes de departamento. «¡A ver, Wells!» Eso era lo que solían gritar cuando querían algo de ti. Las ventanas del dormitorio daban a un anodino y estrecho callejón sin salida que parecía el patio de una prisión, y al asomarme a él me sentía como un viejo recluso que hubiera vuelto a la cárcel para cumplir una segunda condena. Una condena de cuatro años, ya que mi madre había pagado casi toda mi formación por anticipado. Ese fue mi peor momento.

—**¿Y cuál dirías que ha sido el punto de inflexión más importante de tu vida?**

—Salir de allí. Ese sitio era exactamente como me había temido. Si has leído mi novela *Kipps*, sabrás cómo era aquello. Pagaban un salario miserable, y resultaba peor que trabajar en una fábrica o en una mina, donde el trato sería tan duro como el trabajo, porque teníamos que imitar el refinamiento de los clientes. Yo sentía que me asfixiaba en ese ambiente de falso refinamiento y efectivo para pequeños gastos. ¡Qué expresión tan evocadora, *efectivo para pequeños gastos*! Todo era pequeño en ese mundo: las ideas, las conversaciones, los flirteos, las ambiciones. Era como si se midieran las verdades eternas en metros y centímetros, y después se cortaran y se calculara su precio con absoluta precisión, sin fallar ni en un céntimo. La conducta de los empleados tenía que ser intachable, no solo durante las horas de trabajo, sino también en nuestro escaso tiempo libre; de lo contrario, uno podía verse despedido de inmediato. El miedo a quedarse «sin techo», como

solía decirse, y caer al abismo de la pobreza no solo afligía a los aprendices, sino también a los dependientes; afligía a todo el mundo menos al jefe, y muy pocos albergaban la esperanza de llegar a ser jefes algún día. En la novela hay un personaje muy melancólico que se llama Minton, un aprendiz que ya tiene cierta experiencia, y que le dice a Kipps: «Te aseguro que estamos en una cañería bendita, y tenemos que arrastrarnos por ella hasta la muerte». Es una frase sacada de la vida real, solo que el tipo que me la dijo habló de una «cañería maldita». Estuve ahí dos años, pero luego me harté. Sabía que la única manera de salir de aquella cañería era por medio de la educación. Yo era listo, pero no había recibido ninguna educación. Pensaba con nostalgia en la breve temporada que había pasado en el instituto de Midhurst y sabía que había personas a las que llamaban «asistentes», que se dedicaban a dar clases a los alumnos más jóvenes mientras ellos mismos recibían clases a su vez. Así que escribí al director, un hombre llamado Byatt, y le pregunté si podía incorporarme al instituto en calidad de guía. Byatt sabía que yo era listo porque había sido él quien me había dado clases de latín, y se había sorprendido mucho al ver que yo aprendía más latín en cinco semanas que la mayoría de sus alumnos primerizos en un año. Pensó que podía serle de utilidad, así que me ofreció un puesto de alumno-profesor, sin paga, pero con alojamiento y comida incluidos. Un domingo, que era mi día libre en el trabajo, recorrí a pie los veintisiete kilómetros que había hasta Up Park y le conté a mi madre lo que quería hacer. Por supuesto, ella se opuso. Lloró y discutió y me suplicó que hiciera «un último intento» en el negocio de las telas. Creo que lo que más le preocupaba no era que fuera a perder lo que había pagado de antemano, sino que el futuro era incierto para un profesor sin cualificación alguna, y, por encima de todo, el hecho de que su hijo apostatará del mundo de las telas.

—¿Y tu padre? ¿Qué dijo él?

—Se puso furioso ante la idea de perder ese dinero, pero su opinión no importaba nada. Cuando mi madre volvió a Up Park, él se quedó solo en Atlas House, simulando que se encargaba de la tienda hasta que al final se declaró insolvente. La verdad es que se quedó destrozado después del accidente; el cricket era su vida, y se le daba bien. Es el único jugador que ha conseguido eliminar a cuatro bateadores sucesivos en toda la historia del cricket profesional. Lo puedes ver en la revista *Wisden*. Pero mi madre siempre tuvo

una personalidad más dominante y era ella la que tomaba todas las decisiones. Yo seguía siendo menor de edad y Byatt no podía contratarme sin su consentimiento. Ese domingo por la tarde tuve que volver a Southsea, pero le dije que, si no me dejaba ir a Midhurst, me mataría.

—**¿Lo decías en serio?**

—Creo que sí. En Southsea había pensado mucho en el suicidio, y había llegado a la conclusión de que el mejor método consistía en morir ahogado. Era la única otra manera de salir de la cañería, que yo supiera. Mi madre se dio cuenta de que no bromeaba y eso la impresionó. Era una mujer muy religiosa y, como buena seguidora de la Iglesia baja anglicana, consideraba que el suicidio era un pecado mortal, mientras que yo no tenía tales escrúpulos; nunca le había profesado una gran fe al Dios cristiano, ni siquiera de niño, y la había perdido completamente alrededor de los quince años.

—**¿Por algún motivo en especial?**

—Los domingos solía ir a varias iglesias de Portsmouth, para comparar los distintos servicios, y un día entré en la catedral católica y escuché el sermón sobre el Infierno que estaba dando no sé qué monseñor, vestido con una larga falda. Me pareció muy desagradable lo que dijo. Era algo sádico, pensado para aterrorizar a la gente. ¿Conoces el sermón que sale en el *Retrato del artista adolescente*, de Joyce? Era igual. Muchos años más tarde, volví a leer ese libro, y me trajo recuerdos muy vívidos de aquella mañana de domingo. Ese día, en la Catedral de Portsmouth, fue cuando perdí la poca fe religiosa que me quedaba. Solía asustar a los demás aprendices haciendo comentarios ateos en el dormitorio y desafiando a Dios a que me matara lanzándome un rayo, si es que existía.

—**¿Le contaste a tu madre que ya no eras creyente?**

—No, aunque probablemente ella lo supuso cuando la amenacé con suicidarme. Por suerte, Byatt mejoró su oferta y propuso pagarme un salario de veinte libras al año, que aumentaría a cuarenta el segundo año si mi rendimiento era satisfactorio. Mi madre cedió. Dejé el Southsea Drapery Emporium y entré en el instituto de Midhurst. Irónicamente, tuve que acceder a hacer la confirmación poco después de entrar, porque a todos los profesores del centro se les exigía que fueran miembros de la Iglesia anglicana. Yo detestaba la idea de pasar por esa ceremonia tan absurda, de tener que fingir, pero no había alternativa. Ha habido otros puntos de inflexión en mi vida, pero

este fue el fundamental. Toda mi carrera surgió de aquel acto de fe en mis posibilidades, de la insistencia en recibir una educación.

—**¿Tu rendimiento en el instituto de Midhurst fue satisfactorio, entonces?**

—Desde luego que sí... Byatt era un buen hombre, y me siento muy en deuda con él, pero también me explotó hasta cierto punto. Participaba en un programa de ciencias que el Ministerio de Educación estaba poniendo en práctica en aquella época y recibía una subvención económica por cada examen que aprobaran sus alumnos: cuatro libras por un sobresaliente, dos libras por un notable, etc. Byatt me apuntaba a todo lo que se le ocurría, y yo tuve que empollarme una cantidad increíble de materias: fisiología, botánica, geología, matemáticas, química, física... Adquirí un conocimiento básico sobre casi todas las ciencias modernas. Era bastante elemental, pero luego me vino muy bien. Me estudié un montón de libros para aprobar esos exámenes. Pero no solo los aprobaba: saqué sobresaliente en casi todas las materias a las que me presenté. Yo estaba contento, desde luego, y Byatt, encantado, pero no me di cuenta del logro que suponía aquello hasta que me propusieron que solicitara una beca para estudiar en la Escuela Normal de Ciencias de South Kensington y me la dieron; solo había cinco para todo el país. El pobre Byatt se puso furioso porque había presentado la solicitud sin decírselo, y me acusó de incumplir mi contrato, pero la oportunidad de estudiar con el gran Thomas Huxley era demasiado buena como para perdérsela. Fue la primera vez que me di cuenta de que mi mente tenía una capacidad de asimilación superior a la normal.

—**Pero el subtítulo de tu autobiografía es Descubrimientos y conclusiones de una mente muy normal.**

—Sí, bueno, un poco de modestia siempre agrada al público británico...

—**¿Y cuándo te diste cuenta de que podías dejar huella en el mundo con tus obras literarias?**

—Cuando salió *La máquina del tiempo*, sin ninguna duda. Hasta entonces yo solo había sido un mero periodista: escribía artículos e historias y bocetos que estaban hechos a la medida del mercado. Había abandonado la carrera de profesor. En aquella época, en la década de 1890, hubo un gran florecimiento de periódicos y revistas, y, si tenías la capacidad de producir ideas frescas y cierta facilidad con la pluma, podías ganarte la vida decentemente trabajando

por tu cuenta. Pero resulta que, en 1894, varias de mis fuentes de ingresos habituales (las revistas y los editores a los que les interesaba mi trabajo) se secaron y empecé a tener problemas de dinero. Fue una época difícil. Jane y yo estábamos esperando a que me dieran el divorcio de Isabel, y nos habíamos ido de Londres porque ella tenía problemas de salud, igual que yo, y nos instalamos en Sevenoaks, bajo la recelosa mirada de una casera que no tardó en descubrir que estábamos viviendo en pecado; pero no podía acusarnos de nada sin admitir que había leído mi correspondencia, de modo que se limitó a hacernos la vida imposible... Bueno, pues esa era la situación cuando recuperé el borrador de una historia que había escrito en su momento, «Los argonautas crónicos» (no tiene mucho gancho, ¿verdad?), y lo reescribí completamente. Ese borrador se convirtió en la novela *La máquina del tiempo*. Por suerte, William Henley, que ya había sacado algunas cosas más en otras publicaciones, pero que llevaba una temporada sin trabajo, fue nombrado director de una revista nueva llamada *New Review*, y contrató *La máquina del tiempo* para publicarla por entregas. Me ofreció cien libras por ella. ¡Cien libras! Eso para nosotros era una fortuna. Y, cuando se publicó como libro, tuvo un éxito enorme. Recuerdo que una revista, creo que la *Review of Reviews*, decía: «El señor H. G. Wells es un genio». No se puede pedir más, tratándose de un primer libro. Nunca ha estado descatalogado desde entonces.

Abre la puerta de cristal de una de las bibliotecas de su estudio, donde guarda las primeras ediciones de sus novelas, y saca *La máquina del tiempo*, un librito en octavo publicado por Heinemann, con una encuadernación de tela gris pálido y el título y un dibujo de una esfinge impresos en morado en la cubierta. Se trata de una costumbre que ha tomado últimamente: se acerca a las bibliotecas, coge uno de sus libros antiguos y lo abre al azar para ver qué tal se lee, como quien pone una muestra en un tubo de ensayo y lo levanta para observarlo al trasluz. Pero esta prueba en realidad no es azarosa, ya que el libro se abre por donde lo ha abierto muchas otras veces, en uno de sus pasajes favoritos, en el que el viajero a través del tiempo va acercando su máquina, que está situada en una playa, cada vez más a la desaparición del sol y al final de la vida en la tierra.

Viajé así, deteniéndome de vez en cuando, a grandes saltos de mil

años o más, atraído por el misterio del destino de la tierra, contemplando con una extraña fascinación cómo el sol se iba volviendo más grande y opaco en el cielo del oeste y la vida en la vieja tierra se desvanecía. La oscuridad aumentaba rápidamente. Oí el suspiro de una ola procedente del borde del mar. Más allá de estos sonidos carentes de vida, el mundo estaba en silencio. ¿En silencio? Resultaría difícil expresar su quietud. Todos los sonidos humanos, los balidos de las ovejas, el piar de los pájaros, el zumbido de los insectos, el revuelo que constituye el ruido de fondo de nuestra vida... Todo eso había cesado (...). El cielo estaba absolutamente negro. Aquella inmensa oscuridad me causó horror (...). Entonces, como un arco incandescente, apareció en el cielo el borde del sol. Me bajé de la máquina para recuperarme. Me sentía mareado e incapaz de afrontar el viaje de regreso. Al ponerme de pie, aturdido y confuso, volví a ver aquella cosa que se movía en el banco de arena —ya no había ninguna duda de que era una cosa que se movía— contra el agua roja del mar. Era una cosa redonda que tendría el tamaño de una pelota de fútbol, o quizá fuera más grande. Unos tentáculos colgaban de ella. Parecía negra contra el agua que se agitaba con furia, intensamente roja, y cada cierto tiempo daba un pequeño salto. Entonces sentí que estaba a punto de desmayarme. Pero un miedo espantoso a quedarme allí tirado, completamente indefenso bajo aquel crepúsculo remoto y horrible, me dio fuerzas para volver a subirme al sillín.

—**El sillín...**

—Sí. Es curioso que me inspirara en una bicicleta para imaginarme una máquina del tiempo, ¿verdad? Supongo que hoy en día me basaría más bien en un coche, o en un avión. Pero la época en que escribí este relato era la época de la bicicleta. Solo había prototipos de automóviles, y los aviones todavía no existían. Para la mayor parte de la gente, la bici era la cumbre del transporte mecanizado. Desde luego, constituía un medio de transporte en el que se podía confiar. Y hay algo poético en la bicicleta, algo ligeramente mágico. Una vez vi un dibujo de un hombre pedaleando, con su bicicleta montada sobre unos rodillos, para hacer ejercicio, y eso me dio la idea: el tiempo pasaba, y él tenía la ilusión del movimiento mientras las ruedas giraban, aunque el hombre permanecía siempre en el mismo lugar. Pero imaginemos que en realidad se

estuviera moviendo a través del tiempo, y que el aspecto del lugar, por lo tanto, cambiara...

—**¿Te parece que se lee bien en la actualidad?**

—Tengo que decir que sí. Se lee bastante bien. Es un libro que pertenece a esa época, desde luego, a la década de 1890, al periodo finisecular, a esa etapa que llaman decadentismo. El pesimismo se puso de moda entre los literatos, y por aquel entonces yo quería que me tomaran en serio como escritor, que me consideraran un autor literario. Recuerda ese lánguido diálogo del *Dorian Gray* de Wilde: «Fin de siècle», dice uno de los personajes. «Fin du globe», contesta otro. *La máquina del tiempo* plasmaba ese estado de ánimo. Pero todavía me pone los pelos de punta esa cosa negra y con tentáculos que va dando saltitos cerca de la orilla del mar, en las aguas rojas: el último vestigio de la vida animal en el planeta, después de que la evolución haya desandado todo su camino.

—**Es una imagen desoladora.**

—La entropía es desoladora. Antes o después, el sistema solar se quedará sin energía y cesará la vida en la Tierra. Pero, en realidad, todavía falta mucho tiempo para eso, tanto que no vale la pena preocuparse, porque antes de llegar a ese punto los seres humanos se habrán exterminado unos a otros o se habrán marchado del planeta para colonizar algún otro lugar del universo.

—**¿Qué crees que es más probable?**

—En este momento, la primera opción, sin duda. Y cuando escribí *La máquina del tiempo* habría dicho lo mismo. Pero después, durante unos cuantos años, me sentí más optimista en relación con el futuro de la humanidad y nuestra capacidad para sobrevivir incluso a la muerte del planeta.

—**Como dijiste en la conferencia que diste en la Royal Institution en 1902, «Llegará un día en que ciertos seres que en este momento están latentes en nuestros pensamientos y escondidos en nuestras entrañas se pondrán de pie sobre la tierra como uno se pone de pie sobre un escabel, y se reirán y extenderán las manos entre las estrellas».**

—Sí. Esa conferencia causó bastante revuelo.

—**¿Fue eso lo que hizo que la Sociedad Fabiana se interesara por contratarte?**

—Aquello ayudó, desde luego, pero ya estaban interesados desde antes. Habían leído *Anticipaciones*, que se había publicado el año anterior.

Cruza la habitación hasta la biblioteca de las primeras ediciones, saca el grueso volumen en octavo, encuadernado en rojo, y lo abre por la primera página.

—*Anticipaciones de la influencia del progreso mecánico y científico en la vida y el pensamiento humano*, para decir el título completo.

—**En ese libro te mostrabas bastante optimista con respecto a las mejoras de la vida humana que traería el progreso científico.**

—Sí.

—**Pero en *La máquina del tiempo*, en la historia principal, que transcurre en un futuro lejano...**

—El año 802 000 d.C.

—**Cuentas que la humanidad, para entonces, se ha dividido en dos razas...**

—Pensándolo bien, es un futuro demasiado lejano. Dudo mucho que la civilización humana vaya a sobrevivir tanto tiempo.

—**Dos razas: los Eloi, un pueblo improductivo y pastoral que vive una vida aparentemente idílica, elegante e indolente en la superficie de la tierra, y los industrioses Morlocks, caníbales que se dedican a trabajar en unas fábricas subterráneas durante el día y emergen solo por la noche para sacrificar a los Eloi, a quienes crían como si fueran ganado, para alimentarse de su carne... Es una especie de sátira oscura sobre el sueño socialista de acabar con el capitalismo industrial: el proletariado se ha convertido en la clase dominante, pero explota a las clases altas de un modo especialmente horrible. ¿Qué sucedió para que pasaras, en un lapso de cinco años, más o menos, de esa visión pesadillesca a las confiadas predicciones de *Anticipaciones*, en las que hablabas de un sistema social benévolo, alcanzable al cabo de un siglo, en el que todo el mundo sería de clase media y viviría en un paraíso suburbano con su automóvil y sus electrodomésticos, gracias a los cuales la gente podría ahorrarse un montón de trabajo?**

—La respuesta más corta es que empecé a ganar algo de dinero gracias a *La máquina del tiempo*. Escribí ese libro tras treinta años de vivir en la pobreza, con una dieta miserable y problemas de salud, y si transmitía una visión desoladora del futuro a largo plazo era porque mi propio futuro a corto

plazo me parecía desolador. Tenía un pulmón defectuoso (una posible tuberculosis) y un riñón estropeado. Jane no estaba mucho mejor. Ninguno de los dos pensaba que fuera a vivir más de diez años. Cuando llegó el éxito de *La máquina del tiempo*, le saqué todo el partido que pude, produciendo novelas y cuentos como un poseso para aprovechar el poco tiempo que creía que me quedaba. Ese mismo año, 1895, publiqué otra novela, *La visita maravillosa*, y un libro de cuentos. Al año siguiente, dos novelas: *La isla del doctor Moreau* y *Ruedas de fortuna*. En el 97 salieron *El hombre invisible* y otro libro de relatos, y *La guerra de los mundos* en el 98. Dejo sin mencionar los incontables artículos periodísticos y reseñas. Algunas de esas obras de ficción eran tan oscuras y aterradoras como *La máquina del tiempo*. Me seguía gustando atemorizar a mis lectores, perturbar su complaciente confianza en «lo de toda la vida» mostrándoles lo delgado y frágil que nos parecería el barniz de la civilización si sucediera alguna catástrofe completamente imprevista, si nos invadieran unos alienígenas procedentes de Marte o un cometa inmenso entrara en el sistema solar y amenazara con impactar contra la tierra, como en mi cuento «La estrella». Pero siempre acababa indultando al mundo (el cometa pasaba de largo, los marcianos morían a causa de las bacterias) y transmitiendo la idea de que, al final de aquellas historias, el horror y el sufrimiento daban lugar a una nueva solidaridad entre los seres humanos.

Entretanto, nuestra vida (la de Jane y la mía) mejoraba rápidamente. Mi divorcio se hizo efectivo el mismo año en que se publicó *La máquina del tiempo*, de modo que pudimos casarnos y nuestra calidad de vida empezó a aumentar. Nos mudamos de una casa a otra, de una localidad a otra, hasta que acabamos en Sandgate. En pocos años había ganado el dinero suficiente como para construirme una casa allí, y en una ubicación excelente, pero seguía pensando que no disfrutaría de la vida durante demasiado tiempo. Hice que al diseñarlo situaran algunos dormitorios en la misma planta que los salones porque estaba seguro de que muy pronto me quedaría inválido y tendría que ir en silla de ruedas, conque no podría subir ni bajar escaleras. ¡En serio! Pero, para cuando la casa estuvo terminada, Jane y yo ya habíamos empezado a notar los efectos benéficos de haber pasado unos cuantos años comiendo bien, respirando el aire del mar, haciendo ejercicio y viviendo en una casa con todas las comodidades. Recorriamos grandes distancias a pie y en bicicleta.

Aprendimos a nadar y a jugar al bádminton y al tenis. Nos volvimos fuertes y saludables. Poco a poco, nos dimos cuenta de que nuestras vidas se estaban extendiendo hacia el futuro mucho más de lo que nunca habíamos imaginado, y de que se iban llenando de maravillosas posibilidades. Me dije (sin tantas palabras, pero esta era la idea subyacente): si yo he podido transformar mi vida de este modo por haber tenido un poco de suerte con la escritura, ¿no sería posible transformar la vida de la mayoría de los hombres (y de las mujeres) organizando la sociedad de un modo más racional? Es la pobreza, la mala alimentación, la mala salud lo que hace que tengan que arrastrarse por la cañería hasta la muerte, y lo que hace que mueran antes que quienes disfrutaban de unas condiciones de vida más ventajosas. El hecho de haber escapado de la cañería me volvió más radical, me infundió el deseo de coger a nuestro arteriosclerótico sistema social por el pescuezo y darle una buena sacudida: hacerle ver que las cosas no necesariamente tenían que organizarse de manera que la mayor parte de los hombres y las mujeres vivieran pasando estrecheces y llevando a cabo trabajos monótonos en los que no tuvieran ninguna implicación personal. No hacía falta una revolución violenta para modificar eso, sino una revolución en la forma de pensar. Aplicando la inteligencia científica y el sentido común a los mecanismos de la sociedad industrial, podríamos lograr, pacíficamente, una distribución más equitativa de los beneficios que dicha sociedad genera. Era un argumento que resultaba muy atractivo para los fabianos, que se consideraban socialistas pero rechazaban el modelo marxista de alcanzar el socialismo por medio de la lucha de clases, así que me invitaron a que me uniera a ellos. Desde mi punto de vista, ellos me podían proporcionar el canal más adecuado para hacer llegar mis ideas a la gente que tenía que oírlos. Éramos aliados naturales, o eso me parecía en 1903, cuando entré en la Sociedad Fabiana.

—**Pero esa alianza no duró mucho.**

—No.

—**¿Por qué?**

—Por varios motivos, que en retrospectiva parecen evidentes, pero que no lo eran en su momento. Estábamos de acuerdo en que la pobreza, o casi pobreza, en que vivía la mayor parte de la gente era intolerable, y en que hacía falta que el Estado redistribuyera la riqueza apropiándose de muchos de los cometidos y de los recursos que se encontraban en manos de los propietarios

del capital y de los terratenientes. Todos pensábamos que esto podía lograrse por medio de la legislación y no de la revolución. Pero los fabianos confiaban en algo que llamaban «impregnación»; es decir, querían presentar sus ideas por medio de publicaciones y debates para que, gradualmente, fueran impregnando el pensamiento de los políticos y los principales partidos. La palabra clave era *gradualmente*.

—**De ahí viene el nombre de la Sociedad.**

—Sí, el nombre viene del general romano Fabio Cunctator. *Cunctator* significa «el que retrasa». La elección de ese nombre dice mucho de la Sociedad. Creo que, en el fondo, los miembros de la Sociedad nunca desearon un estado socialista, sobre todo los más prósperos. Les gustaba pensar que estaban contribuyendo a su realización en un futuro lejano, pero la idea de vivir de verdad en un estado así, sin sirvientes, por ejemplo, sin propiedad privada, les daba mucho miedo en su fuero interno. Yo era más impaciente. Yo quería presenciar un cambio real.

—**¿Estabas dispuesto a renunciar a Spade House y a tus sirvientes?**

—En el sistema que yo había concebido, no habría tenido que renunciar a la casa. Simplemente le habría pagado un alquiler al Estado por vivir en ella, en vez de ser su propietario. Y, en cuanto a los sirvientes, en *Anticipaciones* expliqué que un diseño racional de las viviendas y la invención de ciertos artilugios para ahorrar trabajo doméstico (calefacción central, máquinas de barrer eléctricas, lavavajillas automáticos, etcétera) los volverían innecesarios.

—**Pero tú todavía tienes sirvientes.**

—Bueno, no vivimos en un estado socialista, ni en nada parecido a la sociedad tecnológicamente avanzada que yo había imaginado. ¡No vas a pillarme con tanta facilidad! He recibido muchas críticas por parte de gente de izquierda, sobre todo del Partido Laborista o de los sindicatos, por disfrutar de un nivel de vida alto y afirmar que soy socialista, y yo siempre contesto lo mismo: estoy dispuesto a renunciar a mis privilegios cuando lo hagan todos los demás, y, entretanto, no veo ninguna razón para privarme de ellos voluntariamente. Lo más extravagante que he hecho en mi vida fue trabajar gratis durante innumerables horas para la causa socialista.

—**Dices que estabas impaciente por ver un cambio real. ¿Qué creías que debía hacer la Sociedad Fabiana?**

—Bueno, al principio pensaba que deberían trabajar más activamente con el movimiento laborista y presentar candidatos al Parlamento, pero después cambié de opinión. Me di cuenta de que el Partido Laborista, mientras estuviera controlado por los sindicatos, sería siempre una fuerza esencialmente conservadora, obsesionada con el aumento de los salarios y la mejora de las condiciones laborales, sin cuestionar nunca la naturaleza y la organización del trabajo. Fui llegando a la conclusión de que los cambios progresistas solo tendrían lugar si se fortalecía una nueva élite política, un grupo de gestores entregados que contaran con una sólida formación científica y se encargaran de gobernar el Estado.

—**¿Hablas de los que en Una Utopía moderna llamabas «samuráis»? ¿Los guardianes del Gobierno Mundial?**

—Sí, pero ya había esbozado esa idea en *Anticipaciones*; la denominé la «Nueva República». Después la llamé la «Conspiración Abierta». Es siempre la misma idea: la visión de una sociedad global y justa, gobernada de un modo racional, en la que la guerra, la pobreza y todos los demás males de la civilización humana serán erradicados.

—**Pero no para todo el mundo. No para los eternamente pobres, los desempleados, los retrasados, los criminales, los adictos a la bebida o al juego... a los que llamaste «Gente del Abismo».**

De repente, en vez de una entrevista, la conversación parece un interrogatorio.

—No, para ellos no. Las personas física o mentalmente incapaces de aprovechar las nuevas oportunidades para tener una vida feliz y útil para la sociedad tendrían que ser...

—**¿Eliminadas?**

—Bueno, no se les podría permitir que vivieran como parásitos del resto de la comunidad, evidentemente. Habría que disuadirlos de que se reprodujeran, o impedirselo.

—**Como escribiste en Anticipaciones, «Darles igualdad supone hundirse hasta su nivel; protegerlos y estimarlos supone dejarse avasallar por su fecundidad».**

—Exacto.

—Y también escribiste: «La nación que con mayor determinación detecte, eduque, esterilice, deporte o envenene a su Gente del Abismo (...) será, sin duda, la más poderosa o dominante en el año 2000». ¿Lo de envenenar a la gente no es una sugerencia un tanto escandalosa?

—Lo estás sacando de contexto. Escucha el pasaje completo: «La nación que con mayor determinación detecte, eduque, esterilice, deporte o envenene a su Gente del Abismo; la nación que con mayor sutileza controle el juego y la decadencia moral de las mujeres y los hogares que el juego trae consigo de manera inevitable; la nación que por medio de regulaciones, impuestos de sucesiones y otras medidas inteligentes logre expropiar a las familias ricas e incompetentes y acabar con ellas, permitiendo al mismo tiempo el libre desarrollo de las ambiciones individuales; la nación, en una palabra, que sea capaz de convertir la mayor proporción de su irresponsable adiposidad en músculo social será, sin duda, la más poderosa o dominante en el año 2000».

—¿Cuál crees tú que será?

—No tengo ni idea. Parece que Gran Bretaña no. Tal vez China, si logran erradicar su pasión por el juego.

—Pero lo de envenenar a la gente... ¿Ahí no estás abogando por el asesinato?

—Pensaba más bien en la eutanasia, en un final voluntario e indoloro. Habría que convencer a esa gente, que no alberga ninguna esperanza de tener una vida feliz y plena, de que la muerte es la alternativa preferible. La palabra *envenenar* fue una elección desafortunada, de la que me he arrepentido con frecuencia. Me la han echado en cara muchas veces, sobre todo últimamente, desde que nos enteramos de que los nazis estaban gaseando a los gitanos y a los deficientes mentales.

—Y a los judíos. Sobre todo a los judíos, en realidad.

—Nunca me ha parecido que los judíos fueran indeseables como colectivo. Lo digo de un modo bastante categórico en *Anticipaciones*. Aquí, en la página 316: «Realmente no comprendo la excepcional antipatía que tiene la gente hacia los judíos». Y paso a enumerar todas las cosas que la gente achaca a los judíos y afirmo que se pueden encontrar en la misma medida en otras razas. Soy antisionista, pero no antisemita.

—¿Qué me dices de la página siguiente? Donde dice «¿En cuanto al resto, esas muchedumbres de gente negra y morena, mestiza y amarilla,

que no cumplen con la nueva necesidad de eficacia? Desde mi punto de vista (...) deberían marcharse». ¿Marcharse adónde? ¿Te refieres a morir, o a ser eliminados?

—A que mueran o a que se extingan. Es evidente que nuestro planeta no puede proporcionar una calidad de vida deseable para todos sus habitantes si la población global continúa incrementándose como lo está haciendo en este momento, sobre todo en algunas partes de África y de Oriente. Tendrá que establecerse una autoridad mundial capaz de controlar el aumento de la población recurriendo a un medio o a otro: a los anticonceptivos, a la esterilización o a la eutanasia. Si eso no funciona, las hambrunas o las guerras causadas por la escasez de comida y agua producirán el mismo resultado, pero de un modo más brutal.

—¿Los fabianos pusieron alguna objeción a estas partes de Anticipaciones?

—No, que yo recuerde. En aquella época, la eugenesia estaba bastante de moda entre la gente de izquierda.

—Entonces, ¿no fue ese el motivo por el que te distanciaste de ellos?

—No. Fue más bien por una cuestión de políticas y de personalidades. Y de sexo. Básicamente, no podían aceptar mis ideas sobre el sexo. Bueno, no tanto las ideas como el hecho de que las pusiera en práctica.

—¿A qué te refieres?

—Es una larga historia.

SEGUNDA PARTE

1

Es una historia muy larga que comienza años antes de que oyera hablar por primera vez de la Sociedad Fabiana, y es otra voz la que la narra en su cabeza; no la de un interlocutor ni la de un interrogador ni la de un entrevistador, sino la de un novelista, un novelista que al mismo tiempo se parece y no se parece a como era él en esos años en que escribía novelas cuasiautobiográficas, una tras otra, sobre hombres que buscaban alguna clase de explicación para entender qué fallaba en el mundo humano y qué podía hacerse para redimirlo y cómo podrían desempeñar un papel principal en ese proceso de redención. Superficialmente, esta terminología religiosa podría parecer contradictoria con la hostilidad que, a lo largo de toda su vida, ha sentido hacia la religión institucionalizada, hacia el represivo y temeroso protestantismo de la Iglesia baja anglicana que profesaba su madre, por ejemplo, o hacia el dogmatismo reaccionario de la Iglesia católica, pero siempre ha considerado su sensación de que tenía una misión que cumplir como algo esencialmente religioso, lo que con frecuencia pasmaba o escandalizaba a sus amigos y conocidos laicos cuando lo explicaba en estos términos. La consagración a cualquier idea que subordine las aspiraciones del individuo al bien colectivo —la idea del socialismo, por ejemplo, o la del Gobierno Mundial— es, en su opinión, esencialmente religiosa. El concepto de «lo religioso» no implica lealtad a una Iglesia, ni siquiera a un Dios, aunque hubo un periodo de su vida, que le avergüenza recordar, en que trató de incorporar a Dios en su plan para salvar al mundo de la autodestrucción. Esto se aprecia en libros como *Dios, el rey invisible*, publicado en 1917, un volumen que nunca ha sacado de su biblioteca para echarle un vistazo, pues tiene claro que no se llevaría una sorpresa muy agradable.

De todas sus novelas sobre hombres que intentan comprender qué es lo que

falla en la sociedad contemporánea y encontrar un rol útil que puedan desempeñar en ella, la mejor es *Tono-Bungay*, publicada en 1909; de hecho, él la considera su mejor novela de cualquier género, si se la juzga con un criterio literario. Las novelas que escribió después fueron más polémicas y digresivas y, con la excepción de *Ann Veronica*, que se centraba en su heroína, sus personajes principales eran seres sumamente moralistas y sin ningún sentido del humor, por lo que en privado las llama «novelas mojigatas». *El nuevo Maquiavelo*, *Matrimonio*, *Amigos apasionados*, *La investigación sublime* son algunos de sus títulos. Los protagonistas de todos estos libros eran hombres que estaban a medio camino entre la juventud y la madurez y que, hasta cierto punto, constituían versiones idealizadas de sí mismo: más altos, más guapos, procedentes de una clase social superior y considerablemente más quisquillosos en sus relaciones con el sexo opuesto. Estos hombres siempre se topaban con un conflicto entre su sensación de tener una misión, que podía ser intelectual o política, y su deseo de entablar una relación con una mujer determinada, que, por lo general, resultaba ser un obstáculo para el cumplimiento de la misión. Para superar dicho obstáculo, el protagonista no tenía más opción que convencer a la mujer de la importancia de la misión o morir o realizar un acto de renuncia.

Las mujeres, y su relación con ellas, constituían el elemento central de los problemas que tuvo con los fabianos. Las diferencias de opinión entre él y los líderes de la Sociedad Fabiana sobre los medios y los fines políticos solían generar conflictos, pero fue su conducta sexual lo que causó la ruptura definitiva y lo que, después de esta, continuó dificultando sus esfuerzos solitarios para que el mundo entrara en razón. Las mujeres, y las relaciones con ellas, aparecían en sus novelas de un modo muy reconocible, aunque no del todo veraz. La lujuria, un elemento muy importante en su propia vida sexual, estaba casi completamente ausente en estos libros; solo se insinuaba de vez en cuando, y de una manera muy discreta y velada, en medio de un discurso amoroso elevado y romántico en el que lo principal era la locución «Ay, mi amor...»: la elipsis daba a entender que se ocultaban allí emociones muy intensas que el lector se veía obligado a imaginar sin ayuda. La satisfacción de la lujuria no podía, desde luego, describirse de una manera veraz en una obra de ficción sin que su autor fuera acusado de pornógrafo, y él no era uno de esos novelistas modernos, como James Joyce o D. H. Lawrence,

que se habían esforzado por ampliar los límites de lo que se permitía explicitar. Aunque *Ann Veronica* había sido denunciado en la prensa y desde los púlpitos por ser un libro depravado y depravador cuando apareció en 1909, aquello se debió a que la joven y virginal protagonista afirmaba con franqueza que quería tener relaciones sexuales con el protagonista, que era un hombre casado, no a que hubiera una descripción de su eventual placer compartido. En ese sentido, la novela era tan pura como los *Cuentos de Shakespeare* de los hermanos Lamb. De hecho, él nunca había sentido ninguna necesidad de describir el acto sexual en sus obras; se trataba de un tipo de discurso que prefería mantener en privado, confinado en las cartas de amor y las conversaciones de alcoba. Ni siquiera la posdata secreta que había añadido a su autobiografía, consistente en unas memorias de su vida sexual que sus albaceas debían publicar después de su muerte y cuando todas las mujeres que se mencionaban allí también hubieran fallecido, era nada reveladora en cuanto a lo que hacía en la cama con ellas. Esto se debe en parte a que el manuscrito fue pasado a máquina por Marjorie, y había ciertos límites con respecto a la cantidad de información de esa clase que un hombre podía compartir con su nuera, por muy sincero que fuese y por muy desinhibido que se mostrara a la hora de hablar de su sexualidad. El novelista que lleva dentro no tiene este tipo de inhibiciones, pero lo que le interesa no es la mecánica de la cópula, sino el modo en que funciona el deseo sexual en la vida de un hombre, en su vida; cómo en algunas ocasiones se trataba de una mera necesidad brutal e impersonal de una mujer, casi de cualquier mujer mínimamente atractiva, que se aliviaba en cuestión de minutos, y cómo en otras podía convertirse en una lacerante obsesión por una mujer concreta, con unos episodios de deseo y de celos que lo atormentaban durante meses y años y que interrumpían y perturbaban su importante proyecto de mejorar la vida de la comunidad.

Ha debido de estar con muchas más de cien mujeres —con algunas, solo una vez—, y ha olvidado los nombres de la mayoría de ellas. Nunca ha logrado determinar si su impulso sexual era más fuerte que el de otros hombres o si simplemente ha tenido más éxito que ellos a la hora de satisfacerlo. Tal vez ambas hipótesis sean ciertas. ¿De dónde venía, pues, ese apetito sexual? No hay ninguna causa genética ni ambiental que resulte evidente. Al leer el diario de su madre, tras la muerte de esta, no encontró

ningún indicio de un despertar erótico en el relato de sus primeros años de casada, solo el placer que le proporcionó la maternidad a aquella joven fuertemente imbuida de un devoto sentimiento cristiano. Su padre era un hombre de apariencia viril y con una mayor inclinación al placer que su esposa, pero su pasión era el deporte, en particular el cricket, y, a la hora de hacer vida social, Joe Wells iba al pub en busca de compañía masculina. Cuando ya fue lo bastante mayor como para fijarse en esta clase de cosas y reflexionar sobre ellas, en la adolescencia, el matrimonio de sus padres le pareció absolutamente carente de sexo: dormían en habitaciones separadas y, si aquello era, como él empezó a sospechar más adelante, un método de control de natalidad, su padre parecía someterse a él sin oponer resistencia. Sus hermanos, por lo que él sabía, habían sido muy poco aventureros en materia sexual. En su hogar nunca se habló de nada relacionado con el sexo. Su familia era el microcosmos de una sociedad matriarcal: cuatro hombres gobernados por una mujer pequeña y decidida que imponía un rígido código de decoro puritano tanto en las palabras como en los actos. Por otro lado, las anécdotas y los chistes obscenos que circulaban en el colegio solían producirle rechazo más que excitación. ¿Qué podía explicar, pues, el inveterado e inagotable deseo que sentía por las mujeres, que comenzó incluso antes de que supiera nada sobre la vida y persistió hasta la vejez?

* * *

Lo primero que lo afectó en este sentido fueron estímulos virtuales, ideales y clásicos: las figuras alegóricas que representaban las naciones del mundo en las viñetas políticas que Tenniel publicaba en *Punch*. Su padre solía llevarle los números encuadernados de esta revista, junto a muchos otros libros que sacaba de la biblioteca del Instituto de Literatura de Bromley, durante la temporada en que, a los siete años, tuvo que pasar unas semanas recluido en el salón de Atlas House porque se había roto una pierna. Un joven muy simpático y cordial, alardeando de su fuerza en el campo de cricket de la localidad, había lanzado al pequeño Bertie por los aires por pura diversión, pero no había logrado cogerlo después, de modo que este había caído sobre la estaca de una tienda de campaña y se había roto la tibia. Era una curiosa coincidencia que el padre y el hijo se rompieran la pierna con apenas unos

años de diferencia, en ambos casos con consecuencias trascendentales: catastróficas para el primero, liberadoras para el segundo. Y es que esa orgía de lecturas promiscuas (el niño devoró entonces libros de historia, historia natural, divulgación científica y aventuras, además de los números encuadernados de *Punch*), en un hogar en que esta actividad normalmente se consideraba una forma de pereza, sentó las bases de su futura carrera de escritor. Gracias a las viñetas de *Punch*, desarrolló un precoz interés por la política nacional e internacional, pero la personificación de las naciones — Britannia, Erin, Columbia, La France— como hermosas diosas semidesnudas, con los pechos y los muslos descubiertos, también despertó en él ciertas sensaciones que por aquel entonces no sabía nombrar. Todas las mujeres que conocía iban siempre impenetrablemente tapadas, desde la barbilla hasta los pies. Los dibujos de Tenniel le proporcionaron por primera vez un indicio de lo que podía hallarse debajo de todas esas capas de tela. Más adelante, en la adolescencia, aumentó sus conocimientos inspeccionando las reproducciones en yeso de las estatuas clásicas que encontró en el Palacio de Cristal de Sydenham: diosas incluso menos vestidas que las figuras de Tenniel, con paños esculpidos justo en el momento en que empezaban a deslizarse desde sus espléndidas caderas, y más impactantes si cabe gracias a su tridimensionalidad. Se llevaba aquellas imágenes femeninas a casa almacenadas en la memoria, y por la noche se consolaba en la cama imaginándose las de carne y hueso, deseando que los paños se les terminaran de caer de las caderas. Aquellas imágenes, si se acostaba panza abajo y presionaba el pene contra el colchón, hacían que saliera un delicioso chorro de lefa (como la llamaban los chicos más groseros del colegio) sin que él tuviera que sufrir la culpa que iba ligada a la masturbación. No es que en aquella época conociera las palabras *pene* o *masturbación*, pero, cuando su madre, tras deshacer su cama para la colada, le preguntaba con severidad si había estado «tocándose», podía contestarle que no sin necesidad de mentir.

Estos encuentros con mujeres virtuales le generaron cierta devoción hacia las idealizadas formas femeninas y el deseo de abrazar el cuerpo desnudo de una mujer hermosa, estando desnudo también él. Dicho deseo se volvió más intenso cuando se topó, en la biblioteca de Up Park, con una antigua edición de *El paraíso perdido*, de Milton, encuadernada en cuero e ilustrada con

grabados, en uno de los cuales se veía a Adán y a Eva en el Paraíso antes de la Caída. Los largos tirabuzones de Eva solo le tapaban los pechos a medias, y la flor que llevaba en la mano apenas le cubría las partes íntimas, mientras que la entrepierna de Adán quedaba oculta por la rama de un retoño que, con muy buen tino, habían plantado justo allí. Tenía el brazo extendido para guiar a Eva hacia la «Alcoba Nupcial» y, aunque Milton era exasperantemente impreciso sobre lo que había sucedido, y además lo envolvía todo en un estilo poético de lo más majestuoso, sonaba muy apasionante:

*... fascinado contemplo,
y fascinado toco; aquí sentí por vez primera la pasión,
conmoción extraña, pues ante todos los demás placeres
me siento indiferente, superior, y solo flaqueo
ante el encanto de la poderosa mirada de la belleza.*

Pero pasaron muchos años antes de que pudiera cumplir su sueño del abrazo entre dos amantes desnudos, años durante los que sus experiencias sexuales fueron aumentando muy lentamente. Lo furtivo de tales experiencias le resultaba tan excitante como frustrante la imposibilidad de consumar: siempre tenían lugar a través o por debajo de la ropa. Por ejemplo, con Edith, la hija menor de Alfred Williams, un «tío» lejano que dirigía un colegio en Wookey, Somerset; había pasado una temporada en su casa a los catorce años, entre sus dos etapas de aprendiz, echando una mano en las aulas sin recibir ningún salario a cambio. Edith, que era varios años mayor que él y sentía un interés obsesivo por el sexo, materia de la que no tenía experiencia práctica pero sí abundante información, asumió la responsabilidad de poner a prueba sus conocimientos sobre la cuestión y de corregir sus equivocaciones con un grado de detalle que parecía excitarla tanto como lo avergonzaba a él. Un caluroso día, cuando estaban sentados a orillas de un río, bajo un sauce, ella se tumbó sobre la hierba, cerró los ojos y le dio permiso para tocar entre sus piernas, por debajo de la falda, y enterarse de cómo eran las mujeres. Fue entonces cuando él descubrió que tenían vello púbico. La sensación le resultó bastante impactante y le hizo retirar la mano con una brusquedad de la que se arrepintió al cabo de un rato, pero cuando trató de repetir el experimento, ella le dio una bofetada.

Tuvo otras experiencias igualmente desconcertantes en la residencia de Westbourne Park, donde vivió durante su primer año en la Escuela Normal de Ciencias. Irónicamente, fue su madre quien lo mandó allí porque conocía a la madre de la casera, una mujer muy devota de Midhurst. Pero la casera no tenía los elevados valores morales de sus padres y regentaba una residencia de lo más libertina, en la que el domingo se consagraba a los ritos del Himen en vez de a los de Jesús: tras el almuerzo, un asado que se acompañaba con cerveza rubia y negra, enviaban a los niños con la criada a la Escuela Dominical y la casera y su marido y un matrimonio de huéspedes se retiraban a sus habitaciones para «echarse» un rato, aunque no sin antes intercambiar unas cuantas bromas e insinuaciones sobre lo que implicaba ese término, y dejaban al muchacho en compañía de una joven llamada Aggie que tenía cierto parentesco con la casera. «¡Sed buenos!», les gritaban las parejas a los dos jóvenes cuando se marchaban, y les sonreían con una lascivia que claramente constituía una incitación a que no lo fueran. Incluso Aggie parecía esperar lo que sucedía después, aunque imponía unos límites muy estrictos a la exploración de su persona que el muchacho llevaba a cabo. Él la acariciaba en el sofá y trataba de desabrocharle algunos de los botones y ganchos con que ceñía sus vestimentas. «¡Ay! ¡Para! ¡Eso no! ¡Ahí no! —solía decirle, dándole bofetadas e intentando sujetarle las manos—. ¿Qué clase de chica te has creído que soy?» Sin embargo, nunca se indignaba de verdad, ni se marchaba de la habitación; parecía que le gustaba pasarse la tarde oponiendo resistencia, conteniendo los avances de él, como si aquello fuera un deporte de salón muy reconocido, una especie de lucha sedentaria. Él no sabía por qué insistía tanto, ya que ella no era guapa y tenía la cabeza más bien hueca, pero los domingos por la tarde, en invierno, no había nada mejor que hacer ni ningún sitio donde ir si no tenías dinero, como era su caso.

La propia casera parecía mostrarse más receptiva. Un día, entró en la habitación del joven y se sorprendió, o simuló sorprenderse, al encontrarlo allí. Llevaba una bata bastante amplia, sin abotonar por el cuello, de modo que él pudo contemplar sus pechos bamboleándose libremente cuando ella se inclinó sobre la cama, y, al darse cuenta de que la estaba mirando, se apretó la almohada contra el torso con coquetería. Entonces se sucedieron las bromas y un forcejeo juguetón por la almohada, durante el que él consiguió introducir la mano por debajo del vestido de ella. La casera lo reprendió por su impudicia,

pero no le quitó la mano.

—Se diría que ya eres un hombre, por esa forma de comportarte que tienes —dijo ella.

—Es que ya soy un hombre —le contestó él con atrevimiento.

No añadió «Y estoy necesitado de una mujer», pero albergaba la esperanza de que ella pudiera satisfacer dicha necesidad a su debido momento. Por suerte para él, antes de que eso sucediera —y probablemente lo metiera en un lío bastante desagradable—, lo sacó de la casa una sobrina de su padre que trabajaba en unos grandes almacenes de Kensington, a la que habían pedido que velara por su bienestar. Esta mujer captó rápidamente el tono moral que reinaba en la residencia y organizó el traslado del joven a la pensión que regentaba su tía Mary en Euston Road. Allí conocería él a su prima Isabel, en la que concentraría todos sus anhelos románticos y eróticos durante los siguientes seis o siete años.

Estaba merendando con la tía Mary y su hermana Bella en el salón de la pensión de Euston Road, durante una visita previa a instalarse allí, cuando se abrió la puerta y una joven de su misma edad entró en silencio y se detuvo, dubitativa ante su presencia.

—Este es tu primo Bertie, Isabel —le dijo la tía Mary. Él se levantó y le estrechó la mano, que le pareció un poco fría y muy suave, y ella sonrió con timidez y murmuró unas palabras de bienvenida. El muchacho pensó que su prima era extraordinariamente hermosa y que lucía un aspecto maravillosamente limpio y fresco, pese a que llevaba todo el día trabajando en Regent Street, donde se dedicaba a retocar fotografías. Tenía unos rasgos muy delicados y unos profundos ojos castaños. Su pelo era moreno, espeso y rizado. Llevaba un vestido sencillo, estilo prerrafaelita, de lana azul oscuro que permitía advertir una cintura delgada y un pecho bien formado. La idea de que iba a vivir en la misma casa que aquella preciosidad lo llenó de alegría.

La casa solo ofrecía una mejora con respecto a la de Westbourne Park: en el baño había una especie de géiser sumamente temperamental, que funcionaba a gas y que escupía y goteaba agua caliente sobre una bañera que los residentes podían emplear una vez por semana a una hora determinada. Pero las dos casas eran del mismo tipo, que se replicaba miles de veces por todos los barrios del centro de Londres: se trataba de edificios que imitaban, a una

escala más pobre, las mansiones urbanas de la clase alta, y que originalmente habían sido construidos para familias de clase media que vivían con sus criados y, por lo tanto, no se adaptaban bien al uso que se les daba en algunos casos, ya que no estaban diseñados para alojar a múltiples residentes. La habitación que el joven ocupaba en el ático de la casa de la tía Mary no tenía chimenea ni ninguna otra forma de calefacción. En invierno, por debajo de la puerta, que no cerraba bien, entraba una corriente helada. El frío también atravesaba los tablones del suelo, desprovistos de alfombra o moqueta. A veces no le bastaban los calcetines, de modo que se envolvía los pies con su ropa interior y se ponía a estudiar metiéndolos en el cajón de abajo de la cajonera. Sin embargo, la presencia de Isabel en la casa hacía que todas estas imperfecciones y privaciones le parecieran soportables.

El hecho de que fueran primos hacía que resultase natural que pasaran el rato juntos con frecuencia, sin despertar la sospecha, en sus mayores, de que aquello era algo más que una amistad común y corriente. Por la mañana, salían de la casa a la vez, y él acompañaba a Isabel a Regent Street, hasta el local del fotógrafo para el que ella trabajaba, antes de dirigirse a South Kensington. Los domingos, Isabel se vestía con sus mejores galas, él se ponía el sombrero de copa y el frac que había adquirido, con descuento, en el Southsea Drapery Emporium, y se iban a caminar por Regent's Park, o a ver una galería de arte o a la iglesia. ¡Sí, a la iglesia! Isabel no era muy devota, pero consideraba que ir a la iglesia de vez en cuando constituía una muestra de respetabilidad convencional, y él la quería lo suficiente como para aguantar los tristes himnos y los aburridos sermones, preferiblemente en un banco atestado de gente, donde pudiera apretarse contra su prima y sentir el muslo de ella contra el suyo.

Isabel se quedaba impresionada con las cosas que él decía, pues no se parecían a nada que ella hubiera oído antes; el joven hacía numerosas referencias a ideas radicales, de las que se había imbuido asistiendo a las veladas socialistas que organizaba William Morris en Hammersmith, y a cuestiones científicas de lo más sorprendentes que había aprendido en la universidad: los males del capitalismo industrial, la inmensidad del universo, las pruebas fósiles que demostraban la teoría de la evolución... Ella no podía aportar a aquellos apasionados soliloquios nada más que una ocasional

expresión de asombro y de tímida duda (se negaba a creer, por ejemplo, que algunas de las estrellas que contemplaba en el cielo ya no existieran y que lo que veía solo era la luz que habían emitido antes de su extinción, que llegaba a la tierra tras recorrer millones de kilómetros a través del espacio), pero aceptaba las eruditas disquisiciones de él como una especie de homenaje a ella, como una prueba de su amor. A él, por su parte, le bastaba con que Isabel fuera su novia, y con poder proyectar en ella todos sus vagos sueños y sus imprecisas ambiciones. Tenía muy claro que no era un buen partido. Por culpa de su alimentación, escasa y poco equilibrada, estaba tan delgado que daba lástima. Había una fotografía en la que se lo veía junto al esqueleto de un gran simio, en el laboratorio del profesor Huxley, y no resultaba fácil asegurar que él tuviera más carne bajo su ropa andrajosa que la grotesca reliquia que aparecía a su lado. Plenamente consciente de sus defectos físicos, se sentía agradecido por poder salir con una chica tan guapa agarrada a su escuálido brazo. Se besaban y acariciaban cada vez que surgía la ocasión, pero, si él se volvía demasiado ardiente, ella encontraba alguna manera, infinitamente más delicada que las de Aggie, para librarse de esos abrazos que la incomodaban. Él tuvo que aceptar que el cortejo sería largo y casto: dadas la personalidad de Isabel y su relación de parentesco, resultaba imposible concebir una alternativa.

El joven había superado con muy buenas notas los exámenes de primero, pero la cantidad de tiempo que pasaba con Isabel durante su segundo año de carrera hizo que descuidara los estudios, que además se habían vuelto menos interesantes desde que las brillantes clases del profesor Huxley habían sido sustituidas por las de un profesor de Física seco y aburrido. Por las tardes, hacía un repaso breve y apresurado de lo que tuviera que estudiar y se escapaba de su habitación helada para ir en busca de Isabel a la salita, donde ella se encontraba sentada junto al fuego, siempre dispuesta a charlar con él. Y, cuando mejoró el tiempo, salían a dar un paseo vespertino por el parque. Como consecuencia, suspendió uno de los exámenes de segundo, y obtuvo resultados mediocres en los demás. Tuvo miedo de perder la beca y la posibilidad de seguir estudiando, pero le permitieron pasar a tercero. A pesar de estas señales de advertencia, no se aplicó diligentemente a preparar los exámenes finales. Le interesaba más leer libros sobre socialismo, dar provocativos discursos en el club de debate de la universidad, poner en

marcha una revista estudiantil, escribir cuentos, ensayos y poemas y otras actividades extracurriculares, incluyendo cortejar a Isabel.

No tendría que haberse sorprendido cuando suspendió dos trabajos ese verano, con lo que tuvo que abandonar la universidad sin obtener el título; pero se sorprendió, además de sufrir un gran golpe. Aquello fue un duro revés, una experiencia humillante que le minó la moral y que lo obligaba a posponer indefinidamente la posibilidad de casarse con Isabel. Pagó parte de su disgusto con ella cuando le dio la noticia. Se encontraban en Regent's Park, sentados en un banco, un anochecer de verano. Él estaba despatarrado con las manos en los bolsillos, sin juntarlas con las de ella, como solía hacer, mirando el lago con aire sombrío.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Bertie?

—Tendré que ponerme a dar clases en un colegio privado —dijo él.

—¿En Londres?

—En cualquier sitio donde no sean muy quisquillosos con la cuestión de las titulaciones. De hecho, probablemente sea mejor cuanto más lejos esté.

—¿Por qué? —Ella lo miró con inquietud.

—Como no tenemos ninguna perspectiva realista de casarnos, preferiría no tener que sufrir viéndote a diario —dijo él, no porque pensara que ella se arrojaría a sus brazos y le propondría mitigar su frustración, sino por un cruel deseo de hacerla compartir su propia amargura. Y le salió bien. Ella se echó a llorar en silencio y no dijo nada. La melancólica campana del guarda del parque, que indicaba que iban a cerrar las puertas del Círculo Interior, marcó el final de su idilio.

Después de haberse presentado en numerosas instituciones pedagógicas, una de ellas le ofreció un puesto de profesor asistente en un lugar llamado Holt Academy, que estaba cerca de Wrexham, en Gales. El folleto que editaba este centro era prometedor, pero la realidad resultó profundamente desalentadora: las aulas estaban destartaladas; la comida, asquerosa; la habitación, sucia; el director era un incompetente y los alumnos, hijos de los granjeros de la zona en su mayoría, no tenían ningún interés por aprender nada. Unas miasmas de monotonía provinciana flotaban por encima del pueblo y la anodina campiña que lo rodeaba. Un par de días después de su llegada, el joven le escribió a un amigo y colega de la universidad, Arthur Simmons. En la carta, apenas

ocultaba su desaliento tras un montón de divertidos errores y faltas de ortografía: «Estoi aquí en este barrio horrible y quisiese estar muerto. Los alumnos son bobos y reboltosos en grado sumo y el laboratorio de química no merece tal nombre». Un mes más tarde, logró escaparse de allí, pero fue gracias a un percance que estuvo a punto de cumplir su retórico deseo de muerte. Uno de los patanes a los que tenía por alumnos le hizo una falta malintencionada durante un partido de fútbol, provocándole una lesión que hizo que excretara sangre un rato más tarde. Al cabo de unos días de reposo, volvió al aula, pero empezó a toser sangre y se desmayó. Daba la impresión de tener un riñón destrozado, pero el médico de la localidad pensó que tal vez también padeciera tuberculosis. Su madre logró que lo llevaran a Up Park para que pasara allí el periodo de convalecencia. Sufrió otra hemorragia casi en cuanto llegó, lo cual parecía confirmar el diagnóstico.

La temporada que pasó convaleciente no fue totalmente ociosa. Aprovechó una vez más la oportunidad de cultivar su mente en la gran biblioteca de Up Park, y, cuando se marchó de allí y se refugió con un amigo de la universidad que vivía en las Staffordshire Potteries,⁹ una zona que tenía la improbable reputación de ser saludable para los tuberculosos, hizo algunos intentos de escribir; entre otras cosas, terminó un primer borrador de un relato sobre viajes en el tiempo. Pero se hundió en la autoconmiseración ante la perspectiva de morir sin haber cumplido sus aspiraciones, y sin haber tenido nunca contacto carnal con una mujer. Más tarde descubrió que, como la tuberculosis es una enfermedad casi indolora, provoca una peligrosa apatía en sus víctimas, y se dio cuenta de que se había dejado seducir por las comodidades que ofrecía la muerte cuando en realidad estaba comenzando a recuperar las fuerzas.

El punto de inflexión tuvo lugar a finales de la primavera de 1888, un día de sol radiante, cuando salió a dar un paseo por un pequeño bosquecillo que había en los alrededores de Stoke, donde las humeantes chimeneas de las fábricas de cerámica quedaban fuera del alcance de la vista y los jacintos salvajes florecían con profusión. Se cruzó con una chica muy bonita y se quitó el sombrero, mirándola a los ojos con sincera admiración. Ella le sonrió tímidamente y siguió andando por el sendero. Él se dio la vuelta para mirarla y apreció el movimiento de sus caderas por debajo de la falda. Se acostó sobre la hierba, a la orilla de un río, entre los jacintos, y estuvo un rato disfrutando

de su perfume embriagador. Se imaginó haciendo el amor con aquella chica tan bonita, desnudos bajo los árboles, como Adán y Eva en su alcoba nupcial, y después sustituyó a la joven por Isabel en su mente. Entonces se dijo: «He estado muriéndome durante casi dos terceras partes de un año. Ya es suficiente». Regresó inmediatamente a Londres y empezó a buscar trabajo.

De repente, se sintió lleno de una renovada energía, ambiciones y confianza. A lo largo de los dos años siguientes, consiguió un empleo como profesor en un colegio privado de Kilburn, y después un puesto mucho mejor pagado en una facultad que formaba parte de la Universidad de Londres, dedicada a la enseñanza a distancia para los alumnos que no podían asistir a clase. Allí se hizo insustituible creando material educativo y editando el periódico de la facultad, y empezó a dar clases de Biología a los alumnos asentados en Londres. Antes de que pasara mucho tiempo ya tenía un sueldo de trescientas libras al año. Se inscribió, a su vez, en la universidad a distancia, y se licenció en Ciencias, en la especialidad de Zoología, con matrícula de honor. De este modo, superó la humillación que había supuesto su expulsión de la Escuela Normal de Ciencias. Comenzó a planificar su carrera, que se centraría en la educación, pero no había renunciado a sus ambiciones literarias y logró que le aceptaran un ensayo de especulación científica titulado «El redescubrimiento de lo único», que era el desarrollo de un artículo que había escrito para el club de debate al que había pertenecido, en la *Fortnightly Review*, una publicación tan prestigiosa como progresista. Le envió la carta de aceptación a Simmons con una nota exultante en la parte de atrás: «¿Es esta la paloma que lleva una rama de laurel en el pico? ¿Es el primer atisbo que tiene el peregrino de la ciudad blanca y brillante? ¿O un espejismo?». No era un espejismo, pero todo aquel esfuerzo le pasó factura a su salud y tuvo otros dos episodios graves, uno de ellos con otra hemorragia. En ambas ocasiones, volvió al trabajo tras breves periodos de convalecencia, con el mismo celo de siempre, empujado por la necesidad de ahorrar suficiente dinero como para poder casarse con Isabel y consumir al fin su amor por ella.

Pese a aquella triste conversación que habían mantenido sentados en el banco de Regent's Park, no se habían separado formalmente cuando él se marchó de Londres, porque nunca se habían comprometido formalmente. Durante el tiempo que pasó en Holt y en Stoke, él le escribía de vez en cuando

cartas en las que la trataba como a una amiga más que como a una amante, y ella le contestaba en el mismo tono; pero, cuando regresó, retomó el hilo de su antigua relación como si nunca se hubiera interrumpido. Isabel, por su parte, no había tenido ningún otro novio. El joven no tardó en instalarse una vez más en la pensión de la tía Mary. A medida que prosperaba, la familia fue aceptando que Isabel y él se casarían en algún momento; él, viviendo tan cerca de ella, esperaba con creciente impaciencia que llegara dicho momento.

Se imaginaba su noche de bodas excitado y anhelante, pero también un tanto angustiado por su falta de experiencia. Una noche, tras haberse quedado trabajando en la universidad hasta tarde, en vez de irse a casa como de costumbre, obedeció al impulso de ir andando hasta el West End, en busca de una prostituta. La mujer que eligió resultó no ser tan joven y atractiva como le había parecido cuando lo abordó provocativamente en una calle oscura, detrás del Haymarket. Lo condujo por una escalera sucia, compuesta de unos tablones que crujían a cada paso, hasta una habitación estrecha, apenas amueblada, y encendió una lámpara de gas. Él advirtió que se trataba de una mujer madura, con una expresión de cansancio en un rostro excesivamente maquillado. Cuando ella le dedicó una sonrisa profesional, se dio cuenta de que le faltaba uno de los dientes delanteros. La mujer se desnudó sin coquetería y se sentó en cuclillas encima de una palangana de agua para lavarse con un andrajoso trozo de tela, como si sus partes íntimas no fueran más interesantes ni sensibles que un plato sucio. A pesar de todo, lo desvergonzado de su comportamiento le resultó excitante al joven, y se quedó mirando fijamente, hipnotizado, eso que solo había conocido por medio del tacto bajo la falda de Edith.

—¿Es que no vas a quitarte la ropa? —le preguntó ella. Y, como él dudó, añadió perspicazmente—: Es tu primera vez, ¿verdad, cielo?

—Sí —murmuró él, y se dio la vuelta para quitarse la chaqueta, los zapatos, los pantalones y los calzoncillos.

Se dejó puesta la camisa: aquel no era el abrazo ideal, idílico, con el que había estado soñando tanto tiempo, aquel que requería que ambos amantes estuvieran desnudos; se trataba solo de un ensayo mecánico del mismo. Su pene erecto asomaba groseramente entre los faldones de su camisa a pesar de los esfuerzos que hacía por ocultarlo.

—Vaya, sí que la tienes grande para lo pequeño que eres —dijo la mujer, echándose en la cama y abriéndose de piernas.

Ese fue el primer indicio que tuvo de que estaba excepcionalmente bien dotado, ya que no había tenido la oportunidad de compararse con otros varones desde que era un niño. Animado por aquel comentario, se tumbó encima de la mujer y empezó a embestirla en la entrepierna con su miembro tieso, pero sin efecto alguno, hasta que ella se lo cogió con mano experta y lo introdujo en su interior. El acto concluyó al instante con una eyaculación imparable e intensamente placentera, pero pudo llevarse a cabo. Ya era un hombre. Isabel pareció notar lo siguiente vez que él la miró: se ruborizó y bajó la mirada, como si en la de él hubiera percibido el brillo de una nueva sabiduría vital, la existencia de una nueva dimensión en su deseo por ella, algo que la acobardaba.

Volvió a recurrir a prostitutas en alguna otra ocasión, solo por el alivio físico que le proporcionaban. Empleaba unos preservativos de goma que conseguía en las barberías más sórdidas y en las boticas clandestinas, siempre de proveedores muy cuestionables; lo hacía en parte para prevenir infecciones y en parte para acostumbrarse a usarlos, ya que no tenía la intención de empezar a tener descendencia en cuanto se casara.

—Imagínate que tenemos niños, Bertie —le dijo Isabel en una ocasión, tratando de convencerlo para que esperaran un poco más de tiempo y poder, así, ahorrar más dinero.

—No va a pasar eso —dijo él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Hay cosas que uno puede usar.

—¿Cosas? —repitió ella, asustada, como si se imaginara que habría instrumentos duros y puntiagudos implicados.

—Unas fundas de goma —dijo él—, para que se las ponga el hombre.

—Ay, Bertie —murmuró ella, ruborizándose y tapándose la cara con las manos—. No.

¿Qué quería decir con aquel monosílabo? «¿No las uses?» «¿No me avergüences hablando de esto?» Hasta mucho después, no se le ocurrió que probablemente quisiera decir: «No pienses que yo estoy tan deseosa de tener relaciones sexuales como tú».

Se casaron por la Iglesia el último día de octubre de 1893. Para aplacar su conciencia laica por medio de un acto simbólico, el novio trató de convencer a

Isabel de que se casaran primero en el Registro Civil, aunque sabía perfectamente que ni ella ni su madre accederían. Isabel había expuesto con claridad cuáles eran sus condiciones para casarse: que hubiera suficiente dinero en el banco para poder vivir en una casa decente y que la boda se celebrara «como Dios manda». Él había satisfecho la primera alquilando una casa de ocho habitaciones en Wandsworth, un barrio deslucido pero respetable situado al sudeste de Londres, y no estaba dispuesto a posponer por más tiempo su unión poniéndole trabas a la segunda. Hubo un banquete de bodas — en realidad, fue más bien una merienda-cena— para familiares y amigos en un restaurante que estaba muy cerca de la iglesia, pero no se fueron de luna de miel. Pasaron la noche de bodas en su hogar.

El apasionado abrazo de los cuerpos desnudos con el que él había estado soñando durante tanto tiempo no tuvo lugar. A Isabel le daba vergüenza mostrarse ante la deseosa mirada de su marido. Pasó primero al baño —su casa contaba con un baño adecuado, con un sistema muy eficaz para calentar el agua— y, cuando le tocó a él, ella aprovechó para vestirse y meterse en la cama matrimonial, tapándose con las sábanas hasta la barbilla. Cuando él se disponía a meterse en la cama, ella le pidió que antes apagara la luz, y, cuando él se quitó el pijama y la tomó entre sus brazos, se dio cuenta de que ella estaba envuelta en un camisón de lino que se negó a quitarse.

—No quiero, Bertie. No me obligues —suplicó.

Él tuvo que levantarle los pliegues de lino y enrollárselos en los muslos para poder penetrarla al fin, y ella soltó un resuello de dolor cuando él le rompió el himen y eyaculó, casi tan rápido como con su primera prostituta. A la mañana siguiente, muy temprano, a la tenue luz que entraba a través de las cortinas, tiró las sábanas de la cama, le subió el camisón a Isabel, pasándoselo por la cabeza sin que ella dejara de protestar, y la tomó de nuevo con apasionada ansiedad, intentando, en vano, despertar en ella alguna reacción de reciprocidad. La joven hizo gestos de dolor y gimoteó débilmente debajo de él mientras su marido entraba y salía, y eso fue todo de lo que fue capaz. Cuando él se derrumbó y se apartó de ella, Isabel tiró de la sábana para volver a taparse y se dio la vuelta, llorando.

—Lo siento, mi amor —dijo él, consternado, y la abrazó para consolarla —. No quería hacerte daño.

—Ya lo sé, cariño —murmuró ella, secándose los ojos con una esquina de

la sábana—. Sé que tienes que hacerlo.

Al cabo de unos minutos, se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda, y volvió a ponerse el camisón.

Y aquello, lamentablemente, estableció las pautas de su vida íntima. Él empezó a mostrarse condescendiente, intentando tener en cuenta la inocencia y la falta de experiencia de ella y confiando en que, con el tiempo, empezaría a sentir placer al hacer el amor y le devolvería las caricias, pero ella siguió manteniendo una actitud pasiva cuando tenían relaciones sexuales. Las consideraba una especie de agresión autorizada, decretada de manera inescrutable por el Creador para la propagación de la raza humana, y que las mujeres debían soportar. Él se preguntaba sombríamente si todas las mujeres que no eran prostitutas compartían aquel punto de vista, pero esta hipótesis fue placenteramente refutada una tarde por la señorita Ethel Kingsmill, una joven que trabajaba retocando fotografías con Isabel, de la que era ayudante y alumna. Desde la boda, Isabel había estado trabajando en casa para su antiguo empleador de Regent Street, donde solía ir a buscar y llevar el material una o dos veces por semana, y su madre, la tía Mary, se había mudado con ellos para echar una mano con las tareas domésticas. Como él mismo también trabajaba en casa, necesitaban las ocho habitaciones. Ethel entraba y salía con frecuencia, y siempre le sonreía con simpatía y lo saludaba amistosamente cuando se cruzaban por el pasillo o en las escaleras. Era bastante atractiva, con su aire vivaz y un tanto confuso. Tenía una figura bonita y su forma de vestir era más llamativa que la de Isabel: blusas a rayas con las mangas abombadas y faldas muy ceñidas a las caderas. Cuando se lo encontraba en las escaleras, de camino al taller de fotografía que habían montado en el piso de arriba, se movía con cierta coquetería y lo miraba con un toque de picardía y descaro. Poco a poco se fue convenciendo de que la pequeña Ethel Kingsmill no era una virgen inocente, y de que sentía cierto interés por él.

Una tarde, mientras estaba corrigiendo unos ejercicios de Biología en su estudio, llamaron a la puerta, y, ante su invitación a pasar, Ethel Kingsmill abrió y entró en la habitación.

—Voy a prepararme una taza de té, señor Wells —dijo—. ¿Quiere otra para usted?

—Eres muy amable —dijo él—. La tía Mary suele traerme una más o menos a esta hora.

—Se ha ido de compras —dijo Ethel—. Al West End.

—Ah, ¿sí?

—Y la señora Wells está en la tienda de Regent Street.

—Sí, lo sé. Hoy le tocaba ir.

Se miraron, conscientes de que estaban solos en la casa.

—Bueno, ¿y tú qué estás haciendo? —preguntó él.

—La señora Wells me ha dejado trabajo, pero ya lo he terminado —dijo ella, y añadió con atrevimiento—: ¿Y qué está haciendo usted?

—Corrigiendo unos trabajos de mis alumnos —dijo.

—¿Puedo verlos? —Sin esperar a que le dieran permiso, Ethel se acercó al escritorio en el que él estaba sentado y miró por encima de su hombro el trabajo que estaba corrigiendo con tinta roja. Leyó el título en voz alta, *La fertilización de las plantas con flores*, y soltó una risita—. Es sobre la reproducción de las plantas, las semillitas y todo eso, ¿verdad?

—Algo así —dijo él.

Levantó la vista hacia ella y le sonrió desde su silla.

—Creo que los seres humanos nos lo pasamos mejor con lo de la semillita —dijo ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Se sorprendería.

Hubo un largo silencio durante el que se miraron a los ojos, intentando descubrir los pensamientos y las intenciones del otro.

—No creo que me sorprendiera, ¿sabes? —dijo él.

Le cogió la mano repentinamente, tiró de ella hasta que quedó sentada sobre sus rodillas y la besó en los labios. Ella respondió apasionadamente.

—Creo que esto es lo que venías buscando —dijo él—. ¿Me equivoco?

—Siempre me has gustado —dijo ella—, desde el primer día que vine. ¿No te habías dado cuenta?

—Me lo ha parecido, últimamente —dijo él—. Y debo decir que tú también me gustas a mí, Ethel. ¿Qué hacemos?

Ella se le acercó y le susurró al oído:

—Lo que tú quieras.

Él sacó su reloj de bolsillo y lo miró haciendo cálculos.

—Son las tres y cuarto —dijo—. ¿Cuándo ha salido la tía Mary?

—A las dos. No va a volver hasta las cuatro, como muy pronto, porque le gusta tomar el té fuera. Y la señora Wells nunca vuelve antes de las cuatro y media.

—Pareces tenerlo todo pensado —dijo él, sonriendo—. ¿Vamos al sillón?
El corazón le latía con fuerza debido a la excitación.

—Vas a tener cuidado, ¿no? —dijo ella mientras él la llevaba a la otomana donde solía echarse a leer o a descansar un rato—. No quiero meterme en líos.

—No te preocupes —dijo él—. Usaré protección.

—Estupendo —dijo ella.

Guardaba los preservativos en un cajón de su escritorio, bajo llave. Los sacó y, cuando se dio la vuelta, ella ya se había quitado la falda, las enaguas y el corsé, y los estaba colocando cuidadosamente sobre una silla. La visión de Ethel allí de pie, vestida con recato de cintura para arriba e impudicamente desnuda de cintura para abajo, lo inflamó aún más. Entonces se arrodilló, le bajó las bragas y hundió la cara en su vientre. Ella se rio. ¡Se rio! Isabel nunca se reía cuando él le hacía el amor; tampoco, por cierto, hablaba ni se movía. Aquella chica levantaba las caderas como respuesta a sus embestidas y gritaba «¡Ah! ¡Me encanta, me encanta, me encanta!» mientras llegaba al clímax de su placer, duplicando el de él.

No se desnudaron del todo por si Isabel o su madre regresaban antes de lo previsto y tenían que volver a vestirse apresuradamente. Pero, por lo demás, aquel encuentro sexual fue todo lo que él siempre había soñado sin siquiera saber si existía. No se trataba del rapto solemne de la alcoba nupcial —ese era un sueño distinto—, sino del sexo como liberación y recreo, con una compañera entusiasta, sin vergüenza, sin culpa y sin ningún compromiso. Sin votos, sin promesas, sin declaraciones de amor codificadas que justificaran el acto, porque este no necesitaba justificación alguna. Acababan de terminar de ponerse la ropa cuando oyeron que la puerta de entrada se cerraba tras la tía Mary. Él se llevó el dedo a los labios y Ethel salió discretamente de la habitación, deteniéndose solo para lanzarle un beso desde la puerta. Él la oyó bajar las escaleras, saludar a la tía Mary y decirle que justo iba a poner agua a hervir para hacer un té. ¡Qué descaro el de aquella chica!

Esa noche, se metió en la cama junto a Isabel cuando ya estaba dormida, y, antes de dormirse él mismo, se preguntó, soñoliento, si entre las dos mujeres no habría habido alguna conversación velada, indirecta, sobre el matrimonio y

las relaciones sexuales; si, por ejemplo, Isabel no habría hecho alguna referencia oblicua a que él «era muy exigente en ese sentido», de donde Ethel habría inferido que quizá agradeciera una compañera más entusiasta, y si no habría sido eso lo que la había envalentonado para entrar en su estudio aquella tarde. Fuera cual fuera la explicación, le dio las gracias a Afrodita Urania por la visita. Esa noche durmió muy bien.

Albergaba la esperanza de repetir la experiencia, pero —tal vez por casualidad, tal vez porque Isabel o la tía Mary sospechaban algo— Ethel y él nunca volvieron a quedarse solos en la casa hasta que ella terminó su formación, alrededor de un mes más tarde. Aquel encuentro permaneció en su memoria como un episodio luminoso y un incentivo para buscar otras oportunidades similares. Tendría muchas, con el tiempo, pero de momento se sentía asfixiado por las preocupaciones y las responsabilidades familiares. Su madre, que padecía una sordera grave y era cada vez más incompetente como ama de llaves en Up Park, fue despedida de su puesto con una indemnización de cien libras y, a regañadientes, se instaló con su marido en la casita de campo que su hijo había alquilado para su padre cerca de Up Park cuando la tienda de Atlas House se declaró en bancarrota. Sus dos hermanos también tenían problemas en sus respectivas carreras y necesitaron su ayuda. Al cabo de poco tiempo, se encontró a sí mismo gastándose una tercera parte de sus ingresos en su familia.

Se sentía cada vez más oprimido por el papel que las circunstancias y las expectativas de sus parientes le estaban imponiendo: el papel del que mantiene a toda la familia, el del marido que trabaja duro, el del hijo y hermano responsable y solícito, que trabaja durante cada hora de vida que le concede Dios. Recorría la línea verde del metro —llamada District Line—, entre Wandsworth y Charing Cross, en vagones atestados de hombres casados que se sentían tan agobiados y oprimidos como él; avanzaba a toda prisa por las abarrotadas aceras de las calles Strand y Kingsway en dirección a la sede de la Universidad a Distancia, situada en Red Lion Square; escribía cartas, corregía ejercicios, daba clases de Biología y luego regresaba a casa por la tarde, y en el metro, cuando tenía la suerte de conseguir un asiento, seguía trabajando con los papeles en equilibrio sobre las rodillas; y después de cenar se retiraba a su estudio para avanzar con un manual de biología que estaba

escribiendo y con el que esperaba ganar suficiente dinero como para mitigar la ansiedad que le generaban todas sus obligaciones económicas. Cuando al fin se metía en la cama, cansado pero tenso, y necesitaba el alivio que proporciona el sexo para relajar el cuerpo y liberar la mente, Isabel ya solía estar dormida; y si no lo estaba, o si él la despertaba con un abrazo inoportuno, ella se limitaba a someterse pasivamente, advirtiéndole que no hiciera ruido porque su madre, que ocupaba el dormitorio que quedaba al otro lado del descansillo, podía oírlos, ya que tenía el sueño muy ligero.

La decepción erótica que supuso su matrimonio le resultó aún más amarga porque, al haber pasado su largo noviazgo obsesionado con el deseo que sentía hacia Isabel y que tenía que contener, no se había dado cuenta de que las ideas que tanto le interesaban, como la educación científica, las reformas sociales y económicas y las diversas escuelas de pensamiento socialista que se centraban en alcanzar estos fines, a ella le resultaban indiferentes, cuando no le despertaban una abierta hostilidad. Isabel era incorregiblemente convencional en lo referente a sus valores y ambiciones. Solo quería vivir de un modo modestamente confortable e impecablemente respetable, con una casa agradable, un mobiliario agradable y una ropa agradable. *Agradable* era, precisamente, su adjetivo favorito para expresar aprobación. Y ella era agradable, cosa en la que todo el mundo coincidía, incluido su marido. Era dulce, amable, leal, generosa. Pero él se dio cuenta con horror de que eran totalmente incompatibles, tanto en el cuerpo como en el alma. ¿Por qué demonios se habían casado? Todo era culpa del sistema social, que depositaba su opresivo peso en una moralidad trasnochada, basada en arcaicos dogmas religiosos, que impedía a los jóvenes explorar su sexualidad libremente antes de adquirir un compromiso permanente. Con aquel estado de ánimo, era propenso a admirar a sus alumnas de la universidad, y en particular a una que se incorporó a su clase de Biología práctica en el semestre de otoño de 1892. Su nombre, en la lista, aparecía como Amy Catherine Robbins, pero ella se hacía llamar «Catherine» por sus amigos, y para él, por supuesto, era «la señorita Robbins». Se trataba de una chica extraordinariamente guapa, no muy distinta de Isabel, pero tenía el pelo más claro y su cuerpo era más delicado y frágil. Su familia estaba varios niveles por encima de Isabel y él en la escala social —clase media media, en vez de media baja— y había recibido una educación bastante mejor que la de ellos. Cuando entró en su clase, iba vestida

de luto por la reciente muerte de su padre, que evidentemente había dejado a su mujer y a su hija en una situación de penuria, y su intención era conseguir el título de profesora para poder mantener a su madre, lo cual la investía, ante los ojos de él, de cierto patetismo heroico. También le encantaba su aspecto, realzado por la ropa negra, y lo impresionaban la agudeza de su mente y la fluidez de su forma de hablar.

La señorita Robbins vivía con su madre en Putney, no lejos de Wandsworth, de modo que solía ir andando con él hasta la estación de Charing Cross, al acabar la clase, para coger allí la línea verde. Un día, él le propuso ir a tomar un té a la Aerated Bread Company, una cadena de salones de té que tenía un local en la calle Strand, y ella aceptó sin dudarle ni un instante. Aquellos salones eran relativamente nuevos y funcionaban muy bien: se trataba de establecimientos limpios y decorosos en los que un hombre y una joven que no fuera acompañada podían sentarse a charlar sin que ninguno de los dos tuviera motivos para avergonzarse. Fue entonces cuando él se enteró de que el padre de ella había muerto en un accidente en la vía del tren, cerca de Putney.

—No está nada claro lo que pasó. Lo encontraron al lado de la vía. Por lo visto, lo atropelló un tren —dijo Catherine—. A lo mejor estaba tratando de cruzar, porque solía ir a caminar por los bosques que hay cerca de allí. Según el diagnóstico del forense se trató de un accidente, pero es imposible no preguntarse si de verdad lo fue, sobre todo porque su situación económica era muy mala. Pero nunca le he dicho ni una palabra de esto a Madre, ni a nadie más.

Salvo a su tutor, por lo visto. Él se sintió impelido a hacerle una confidencia similar.

—Yo a veces me pregunto si mi padre no trató de quitarse la vida... —le dijo, y le contó el accidente, bastante improbable, en el que Joseph Wells se había roto la pierna al caerse de una escalera que estaba precariamente apoyada en un banco, en el patio de Atlas House. Según le había explicado su padre, estaba tratando de podar una vid que crecía junto a la pared de atrás de la casa, una actividad inusualmente estúpida para él—. Si no pretendía quitarse la vida, creo que actuó con una negligencia deliberada: le daba igual morir o seguir viviendo. Como tendero no le iba nada bien, y como jugador de cricket ya no estaba en su mejor momento.

Entonces se dio cuenta de que nunca había compartido esa idea con nadie.

En la mirada atenta de aquella joven de ojos claros había algo que inspiraba confianza y suscitaba confidencias.

Detenerse a tomar algo y charlar con la señorita Robbins en el salón de té de la abc se convirtió en una costumbre. No tardó en descubrir que a ella no solo le interesaba la ciencia, sino también la literatura moderna y las ideas radicales, como a él. Había leído las obras de Ibsen y *El alma del hombre bajo el socialismo*, de Oscar Wilde. Aspiraba a ser una Nueva Mujer, la expresión de moda en aquel momento, y creía vehementemente en el derecho de las mujeres a recibir una educación superior, a votar y a montar en bicicleta vestidas con pololos. Cuando él defendió un subsidio estatal para la maternidad que permitiera a las esposas ser económicamente independientes de sus maridos, dando a entender con sutileza que era idea suya, y no de Tom Paine, ella estuvo a punto de desmayarse de admiración. Afirmaba ser una librepensadora en lo referente a la religión, y estaba a favor del amor libre, la idea según la cual la unión de un hombre y una mujer que se quieran de verdad no debería verse obstruida ni regulada por el Estado ni por la Iglesia. Él era consciente de que ella se había encaprichado y de que había un elemento de riesgo en su creciente intimidad, pero, como se sentía tan insatisfecho con su vida matrimonial, pensó que tenía derecho a disfrutar de la devoción de una alumna guapa e inteligente, y consideraba que sus encuentros en el salón de té de la abc eran pequeños oasis de ocio civilizado en medio de un desierto de responsabilidades y trabajo duro.

El trabajo duro, en cualquier caso, le pasó factura, como suele suceder. A mediados de mayo, cuando iba —solo, en aquella ocasión— hacia Charing Cross, tratando de llegar lo antes posible a casa, empezó a toser y acabó vomitando sangre en el baño de hombres del vestíbulo de la estación. Logró llegar a su hogar, pero se derrumbó y se metió en la cama. Llamaron a un médico que le prescribió pastillas de opio y bolsas de hielo para el pecho. Isabel avisó a la universidad de que iban a tener que cancelar las clases de su marido durante el resto del año académico; íntimamente, él supo que tendría que abandonar la enseñanza para siempre y tratar de ganarse la vida con la escritura. La señorita Robbins se presentó en la casa unos días después y, muy nerviosa, preguntó por su salud. Isabel había salido, y la tía Mary fue al dormitorio del enfermo para transmitirle los buenos deseos que le había enviado su alumna.

—Esa joven parecía muy preocupada —comentó.

—Sí, bueno, el sentimiento es mutuo —dijo él—. Parece que ella también tiene tuberculosis.

—¿De verdad? Pobrecilla, qué pena —suspiró la tía Mary—. Una chica tan guapa.

Él le dio las gracias a la señorita Robbins por medio de una carta, en la que dibujó una caricatura de sí mismo sentado en la cama, en pijama, con un aspecto lamentable y desaliñado, y en la que la invitaba a volver a visitarlo una semana más tarde. Entonces su mujer estaría en casa y él tal vez pudiera bajar las escaleras y charlar un rato con ella. Durante toda la convalecencia, y después de esta, siguieron escribiéndose, y ella iba a visitarlo de vez en cuando.

Isabel se dio cuenta de que aquella chica lo adoraba, pero por lo visto no se sintió amenazada, y de hecho hacía bromas sobre el asunto. Él pensaba que comprendía las razones por las que a su mujer no le molestaba la presencia de la señorita Robbins. Por un lado, era muy joven, y por otro, tenía una salud delicada. Cuando estaba con él, no coqueteaba en absoluto, y siempre se mostraba muy respetuosa con Isabel y su madre. Él sabía que no era una persona fácil de cuidar cuando estaba enfermo, por lo que suponía que las mujeres de su hogar recibirían de buen grado a cualquier visitante que acudiera con regularidad a distraerlo con cotilleos de la universidad y conversaciones intelectuales. En cualquier caso, le dijeron que su salud mejoraría si se alejaba un poco más de Londres, y en agosto alquiló una casa, imitación del estilo Tudor, en Sutton, donde se podía respirar un aire que soplaba impoluto desde las North Downs. Aquel lugar no quedaba muy cerca de Putney, y las visitas de Catherine se volvieron cada vez más infrecuentes, sobre todo a partir del comienzo del nuevo año académico. Un día, Isabel hizo un comentario al respecto con cierta complacencia, y añadió:

—Espero que haya encontrado un buen novio.

—No lo creo —contestó él, y después afirmó con rapidez—: Bueno, puede que tengas razón. Pero es una estudiante muy seria. Está centrada en sacarse el título.

De hecho, estaba bastante seguro de que Catherine no había encontrado un buen novio porque, sin que Isabel lo supiera, seguía viéndola con frecuencia en Londres.

Por aquel entonces, dedicaba mucho tiempo a escribir cuentos y artículos humorísticos para periódicos y revistas. No tuvo demasiada suerte con los cuentos, de modo que los artículos eran su principal fuente de ingresos. Mientras convalecía en Eastbourne, en junio, había leído una novela de J. M. Barrie, titulada *Cuando un hombre está soltero*, que le había resultado muy estimulante: en ella aparecía un personaje que explicaba que la manera más fácil de publicar, si uno trabajaba como periodista por cuenta propia, era escribir ensayos breves y entretenidos sobre temas corrientes como pipas, paraguas y macetas. El convaleciente escribió inmediatamente una pieza titulada «Acerca del arte de quedarse junto al mar» y se la mandó a su prima Bertha Williams, la hermana mayor de Edith, que trabajaba de secretaria, para que se la pasase a máquina. Después la envió a la *Pall Mall Gazette*, cuyo director la publicó sin demora y le pidió más textos similares. Durante los siguientes meses, escribió unos treinta artículos sobre temas como «El cubo del carbón», «Ruidos de animales» y «El arte de ser fotografiado». No se trataba de la forma más elevada de composición literaria, pero era un principio, y pagaban bastante bien, teniendo en cuenta el tiempo que tardaba en escribir los artículos. Los publicaba en diversas revistas y tenía que viajar a Londres bastante a menudo —la casa estaba situada cerca de la estación de tren de Sutton, lo que resultaba muy conveniente— para cultivar su contacto con los directores de las publicaciones, llevarles sus manuscritos y conseguir nuevos encargos, y, aunque había renunciado a su puesto en la Universidad a Distancia, seguía manteniendo la relación con esta institución y de vez en cuando colaboraba con sus antiguos empleadores. Estos viajes le proporcionaban numerosas oportunidades para ver a Catherine e invitarla a almorzar en algún restaurante o a tomar el té en el salón de la abc. Cuando hacía buen tiempo, se iban a pasear por los jardines del muelle, junto a la estación de Charing Cross.

Una tarde especialmente calurosa de noviembre de aquel año, 1893, se hallaban sentados el uno junto al otro en un banco frente al Támesis, que estaba a punto de alcanzar la pleamar y por donde se veían pasar, como de costumbre, las barcazas, los transbordadores, los barcos recreativos y la basura en dirección al mar.

—Es como una frontera, el río —comentó él—. Fíjate en la diferencia que hay entre los edificios de esta orilla y los de ahí enfrente. —Señaló el

contorno bajo e irregular de los embarcaderos, las grúas, los almacenes y las fábricas de chimeneas humeantes que había en la orilla sur—. Tenemos el Parlamento a la derecha y Somerset House a la izquierda; una arquitectura noble, solemne, cara, que dice: «Esto es Londres, esto es histórico, aquí es donde está el poder». Y lo del otro lado del río es como un barrio bajo, como un suburbio industrial, un montón de edificios plantados de cualquier manera, caóticamente, para cubrir las necesidades del comercio sin ningún tipo de planificación, sin que nadie se haya preocupado por su apariencia ni por lo que le conviene a la gente que trabaja en ellos. Y detrás de esos edificios hay auténticos barrios bajos con edificios de apartamentos en que la gente vive en una miseria espantosa y, detrás de ellos, calles y calles atestadas de casas exactamente iguales, o de chalets adosados divididos en apartamentos a pesar de que no fueron concebidos para ello, que no son mucho mejores. Hay enormes extensiones de Londres que son así (el East End, por ejemplo), pero este es el único lugar donde ambos mundos se contraponen de una manera tan clara. Este puente tan grande y tan feo —hizo un gesto hacia la mole oxidada del puente ferroviario de Charing Cross— es como un brazo de hierro, el brazo de las masas desfavorecidas que tratan de dar un puñetazo, por encima del agua, en la cara de la clase dirigente inglesa. Pero el brazo no es lo bastante largo como para llegar a su objetivo, o el impacto queda amortiguado, y el brazo se convierte en un mero conducto para los esclavos asalariados que entran en la City y salen de ella cada día... ¡Me temo que la metáfora se me ha ido de las manos! —Soltó una carcajada y se volvió para mirar a Catherine, que lo estaba observando, arrobada.

—¡No, es maravilloso! —dijo—. Es maravilloso escucharlo hablar. ¡Qué suerte tiene la señora Wells!

—La señora Wells no está muy interesada en mis ideas, me temo... —respondió él con ironía.

Entonces se hizo un silencio durante el cual ambos sopesaron las implicaciones de aquel comentario. Él sacó su reloj de bolsillo y lo miró con atención.

—Debería ir a tomar el tren para volver a casa —dijo.

—Dele recuerdos a la señora Wells —dijo Catherine.

—Catherine...

Él utilizaba su nombre de pila cuando estaban solos, aunque nunca la había

invitado a ella a llamarlo «Herbert» o «Bertie». No le gustaba mucho el primero de esos nombres, y el segundo habría sonado demasiado informal. Ella había solventado aquel delicado problema prescindiendo de llamarlo por ningún nombre.

—¿Sí? —dijo ella, animándolo a continuar hablando.

—La señora Wells no sabe que nos vemos cuando vengo a Londres. —Vio un destello de emoción en los ojos de ella—. Creo que es mejor que no se entere. Podría malinterpretar la naturaleza de nuestra amistad.

—Por supuesto —dijo Catherine, bajando la vista—. Lo comprendo.

—Muy bien.

Él se puso de pie y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, pero ella se quedó sentada.

—Pero para mí es más que una amistad —dijo, sin mirarlo—. Yo lo amo.

Él volvió a sentarse, suspiró y tomó la mano de ella entre las suyas.

—Catherine... Estoy casado.

—Lo sé —dijo ella, mirando al frente como si estuviera pronunciando un discurso de memoria—. No espero nada de usted. No espero que deje a su esposa y huya conmigo. Sé que no hay ninguna esperanza. Pero quería que lo supiera. Y, ahora, ya puede tomar el tren y volver a su casa —terminó, echándose a llorar.

Entonces, por supuesto, él tuvo que consolarla. Volvió a cogerle la mano y, de la manera más delicada posible, le explicó que, aunque valoraba mucho su aprecio y se sentía conmovido por el hecho de que lo tuviera en tan alta estima, no había nada que pudiera hacerse al respecto, salvo que dejaran de verse, cosa que él lamentaría mucho.

—¡No, no, eso no! Me moriría —dijo ella—. Siento haber dicho nada. He sido una idiota.

—No, has sido un encanto. Pero deberíamos hacer borrón y cuenta nueva.

—Ella asintió con la cabeza—. Y ahora de verdad que me tengo que ir a tomar el tren —dijo—. Y tú también.

* * *

Durante los días y las semanas siguientes, se acordó con frecuencia de aquella

conversación, que quedó fijada como un contrapunto tácito y compartido de sus posteriores conversaciones. Estaba bastante seguro de que, si intentaba seducir a Catherine, lo conseguiría, simplemente porque ella no tendría la suficiente fuerza de voluntad como para resistirse, pero pensaba también que las consecuencias serían graves. Aquella joven no era como Ethel Kingsmill, una mujer con experiencia y sin ataduras, con quien uno podía darse un agradable revolcón sin ningún compromiso. Catherine era virgen. Él nunca había conocido a una chica que fuera al mismo tiempo tan intensamente virginal, por sus modales y su aspecto, y tan desinhibida a la hora de debatir cuestiones como el amor libre y el control de la natalidad. Y, desde luego, ella no estaría dispuesta a entregar su virginidad a cambio de nada que no fuera amor incondicional. Tampoco podía imaginársela satisfecha en el papel de amante secreta, compartiendo a su enamorado con la esposa de este. No; si tenía una aventura con ella, no tardaría en salir a la luz y sería un bombazo. Por lo tanto, debía contenerse, aunque era difícil resistir la tentación de tomar a aquella joven entre sus brazos y besarla cuando estaban solos, bajo los árboles de un parque, o en algún callejón, ya de noche, en las oscuras sombras que se formaban entre las lámparas de gas. Él se sentía satisfecho de sí mismo por contenerse, pues era consciente de que otros hombres serían mucho menos escrupulosos, sobre todo los que pertenecían a los ambientes literarios y bohemios en los que ahora se movía. Y a veces, cuando su sensación de estar atrapado en un matrimonio que nunca le resultaría satisfactorio crecía hasta volverse casi insoportable, se permitía especular sobre si un bombazo no sería la mejor solución para todos los implicados. «No espero que deje a su esposa y huya conmigo», había dicho ella, pero aquella declaración negativa había dejado el rastro de una declaración positiva en su conciencia, un rastro que él no era capaz de borrar. ¿Y si efectivamente huía con ella? ¿Acaso las consecuencias serían peores que el lóbrego futuro, truncado por su mala salud, que se extendía ante él como un callejón sin salida, estrecho y rodeado por altísimos muros?

En esa coyuntura, la propia Catherine decidió tomar la iniciativa: a mediados de diciembre, los invitó a Isabel y a él a pasar un puente en casa de su madre, en Putney. Muy educadamente, le envió la invitación a Isabel, que de todos modos se quedó perpleja al recibirla.

—¿Por qué nos habrá invitado? —dijo, pasándole la hoja a su marido

mientras desayunaban.

—Solo por ser amable —dijo él, examinando rápidamente la carta, que lo había desconcertado tanto como a su mujer—. Como dice aquí, apenas nos ha visto desde que nos trasladamos a Sutton. Y a su madre le gustaría conocernos.

—¿Y qué vamos a hacer ahí todo un fin de semana? —preguntó Isabel.

—No sé —dijo él—. Charlar, comer, dar paseos, jugar a las cartas... Lo que suele hacer la gente en esos casos.

—Nosotros nunca invitamos a nadie a pasar unos días en casa, salvo que sea de la familia —dijo Isabel, lo cual era cierto.

—Bueno, quizá debiéramos hacerlo —dijo él—. Quizá debiéramos recibir más invitados. Si no, nos vamos a quedar atrapados por la rutina.

Suponía que Catherine no lo había consultado antes de enviar la invitación para que él no pudiera disuadirla. Pero ¿cuál era su verdadera motivación?

Durante aquel fin de semana, quedó claro que, consciente o inconscientemente (él se inclinaba por la primera opción), Catherine estaba tratando de que la relación que tenían saliera a la luz, intentando provocar una crisis, y una especie de decisión. Llevaba un atuendo de lo más encantador y elegante y fue una anfitriona de lo más atenta; en este sentido, su madre parecía satisfecha de permanecer en un segundo plano.

—Lo ha preparado todo Amy —decía la señora Robbins, haciendo un gesto autocrítico, cuando alguien elogiaba la comida o las medidas que se habían tomado para que los invitados se encontraran a gusto—. Todo es cosa de Amy. Es una chica con muchísimos recursos. La verdad es que no sé lo que haría sin ella.

Se trataba exactamente de la actitud que adoptaría si quisiera alardear de una hija casadera ante un posible pretendiente. Por otra parte, sin hacer ni decir nada que fuera flagrantemente revelador, Catherine transmitía, por medio de innumerables matices en su forma de hablar y en su conducta, que tenía una relación muy íntima con él. Demostró que conocía a la perfección sus gustos culinarios: qué clase de mermelada prefería ponerles a los *muffins*, cuántos minutos había que dejar hervir un huevo y si le gustaba más la pata o la pechuga del capón asado. Le pedía que confirmara los comentarios que hacía ella sobre diversas cuestiones relacionadas con Londres, incluyendo menciones al salón de té de la abc que había en la calle Strand, y se notaba que aludía a sitios donde habían estado juntos y a momentos que habían

compartido. Mencionaba libros que él le había prestado y discusiones que habían tenido sobre ellos. La señora Robbins no parecía extrañada ante aquel grado de familiaridad, dando por hecho (suponía él) que su hija lo había adquirido en casa de los Wells, pero él se daba cuenta de que a Isabel le resultaba sorprendente y perturbador. Se sintió a un tiempo alarmado y entusiasmado ante el pequeño drama que se estaba representando delante de la viuda, que no tenía ni idea de lo que sucedía. ¿Hasta dónde se atrevería a llegar Catherine? ¿Cómo reaccionaría Isabel a aquella provocación?

Por la noche, cuando se retiraron a la habitación de invitados, Isabel comenzó a interrogarlo de inmediato.

—Parece que esa chica y tú os veis mucho en Londres.

—¿Catherine? La veo de tiempo en tiempo, cuando tengo que ir a la universidad.

—¿Y al salón de té de la abc de la calle Strand?

—Está cerca de Charing Cross. Alguna vez hemos ido andando juntos hasta la estación y nos hemos parado a tomar un té.

—¿Y desde cuándo la llamas «Catherine»?

—No lo sé, no me acuerdo —dijo él, como si se tomara la cuestión a la ligera—. Desde que no es alumna mía. «Señorita Robbins» me suena demasiado formal. ¿Por qué lo preguntas?

—Si no lo ves, es que estás ciego —dijo Isabel—. Esa chica está tratando de echarte el lazo.

Él soltó una carcajada forzada.

—No seas boba, cariño. Solo está siendo agradable.

Él no empleó el adjetivo favorito de ella con ironía, pero esa palabra provocó que Isabel soltara unos cuantos comentarios muy poco elogiosos sobre Catherine, y en un tono de voz que él tuvo que suplicarle que bajara para que no los oyeran. Después, se metió en la cama callada y mohína, y le dio la espalda sin desearle siquiera buenas noches.

El ambiente no mejoró en absoluto al día siguiente. Durante el desayuno, Isabel trató a Catherine con educación pero con frialdad, e incluso la poco perceptiva señora Robbins pareció notar vagamente que algo no iba del todo bien. Por su parte, él se sintió obligado a compensar el mal humor de su esposa haciendo un esfuerzo extra por resultar divertido y amable, pero como solo podía conseguirlo interactuando con Catherine, respondiendo a sus

comentarios y haciéndole bromas, las sospechas de Isabel crecieron aún más. Habían acordado de antemano que irían de excursión a los Kew Gardens, pues Catherine había señalado que los invernaderos ofrecían una gran posibilidad de entretenimiento a salvo de las inclemencias del tiempo invernal, pero aquellos edificios llenos de árboles exóticos, vides, arbustos, plantas en flor y cactus también le proporcionaron una excelente oportunidad para exhibir sus conocimientos botánicos y conversar con él sobre las particularidades de las diversas especies. La pobre Isabel quedó excluida de estos diálogos por su ignorancia de la terminología y se vio obligada a ir a la zaga de los dos científicos, manteniendo una conversación completamente inane con la señora Robbins. Él sabía que Isabel estaba muy enfadada, pero se sentía incapaz de hacer algo al respecto, o quizá simplemente no le apeteciera. Lo cierto es que se lo estaba pasando muy bien recorriendo los invernaderos junto a una chica guapa que sabía lo que estaba viendo y que podía hablar sobre ello, y no veía ninguna razón para renunciar a aquel placer, que le proporcionaba una vívida sensación de cómo debía de ser tener por compañera a una mujer así, a alguien que comparte tus intereses y preocupaciones, que te ayuda con tu trabajo y se identifica con tus ambiciones.

Durante el camino de regreso a Sutton, Isabel guardó un silencio ominoso y se limitó a contestar con monosílabos, en el mejor de los casos, a sus comentarios. Pero, cuando llegaron a casa, dio rienda suelta a sus emociones, afirmando que se sentía dolida y humillada por la manera en que él se había comportado con Catherine. Su marido se defendió contestándole que estaba montando un escándalo exagerado y pidiéndole que fuera razonable.

—¿Exagerado? ¿Que sea razonable? —repitió Isabel—. Es evidente que esa chica está enamorada de ti. La cuestión es: ¿tú estás enamorado de ella?

La franqueza de la pregunta lo sorprendió.

—No lo sé, no me he permitido plantearme esa idea —dijo, pero, mientras hablaba, se dio cuenta de que no estaba diciendo la verdad. Catherine era lo único brillante de su vida monótona y gris; sus encuentros con ella eran lo único que realmente anhelaba; era la única persona que nunca lo aburría ni irritaba—. Creo que es posible que me haya enamorado, sí —dijo.

—Bueno —dijo Isabel—. Pues tienes que elegir entre las dos.

Formuló el ultimátum serena, clara y decididamente. Si él quería seguir casado con ella, debía prometerle que la eliminaría de su vida y nunca

volvería a verla. De repente, su destino, su futuro, que había llegado a parecerle aburrido y predecible, estaba abierto a posibilidades nuevas, emocionantes y peligrosas. Se dio la vuelta y empezó a andar por la salita para ocultar lo que tal vez pareciera una expresión de euforia.

—Esto es muy repentino, Isabel —dijo—. Tendré que pensarlo.

Ella se levantó de la silla.

—No me tengas mucho tiempo esperando —dijo—. Entretanto, dormiré en la habitación de invitados.

Al día siguiente, a primera hora de una mañana con abundante neblina, fue a Londres y se quedó merodeando por los alrededores de la universidad hasta que apareció Catherine. Ella se sorprendió al verlo.

—Tenemos que hablar —dijo él.

—Tengo clase en el laboratorio —contestó ella.

—De acuerdo, esperaré.

—No, vámonos —dijo ella, notando su urgencia por hablarle—. Me saltaré la clase.

Fueron a Lincoln's Inn Fields y deambularon por los senderos de grava, ya que los bancos estaban demasiado mojados como para sentarse. Era un día gris, lleno de una humedad que goteaba desde las ramas sin hojas de los árboles. De entre la neblina surgían abogados con togas negras y ujieres con montones de documentos legales, que se quedaban mirándolos como si percibieran la situación dramática que estaban viviendo y luego volvían a sumergirse en la bruma. Le contó a Catherine que Isabel le había dado un ultimátum.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo ella en un susurro apenas audible.

—No puedo renunciar a ti —dijo él.

—¡Oh! —murmuró ella. Se tambaleó y estuvo a punto de caerse.

Él la tomó entre sus brazos y la besó.

—Te quiero, Catherine.

—Y yo te quiero a ti, ya lo sabes —dijo ella, pegándose mucho a él—. Soy tan feliz.

—Pero escúchame, cariño. No va a ser fácil. Va a ser muy difícil. Vamos a vivir «en pecado», como suele decirse.

—No me importa. Será un matrimonio de dos espíritus puros.¹⁰

—Eres un encanto —dijo él, y volvió a besarla—. Pero va a ser un escándalo. Tu madre se va a quedar destrozada.

—¡Ay, pobre Madre! —exclamó Catherine, pero soltó una especie de carcajada—. Sí, se va a disgustar, pero ya me las arreglaré.

—Toda tu familia se va a poner furiosa. Me van a tildar de seductor desalmado.

—No pueden impedirme que haga lo que quiera. Tengo veintiún años.

—Eres maravillosa —dijo él, y la besó una vez más.

—Dime lo que debo hacer —dijo ella.

—Por ahora, nada. Primero tengo que hablar con Isabel. Después buscaré algún sitio donde podamos vivir. Y luego, lo antes posible, tienes que venir a vivir conmigo. Lo mejor sería que no le dijeras nada a tu madre, que te marcharas de casa y le dejaras una carta. De lo contrario, intentará retenerte, por mucho que tengas veintiún años.

—¿Quieres decir... que me fugue de casa? —Sus ojos brillaban debido a la emoción romántica que despertaba esa palabra.

—Exacto.

—Pero no antes de Navidad —dijo ella—. No podría soportar dejar a Madre sola en Navidad.

A él le pareció muy bien, ya que faltaba poco más de una semana para Navidad. La acompañó de vuelta a la universidad, y después, tras un discreto apretón de manos, pues habría sido una insensatez abrazarla en aquel entorno, se marchó. Regresó a Charing Cross y tomó el tren hacia Sutton.

Isabel aceptó su decisión con tristeza y resignación.

—Ya sabía a cuál de las dos ibas a elegir —dijo—. Nunca he sido lo bastante lista para ti, Bertie, y nunca lo seré.

—No es eso, Isabel —dijo él, aunque para ser más sincero tendría que haber dicho: «No es solo eso»—. Es que no encajamos bien como amantes. Ya sabes a qué me refiero. A lo mejor es porque somos primos. Yo te quiero, pienso que eres una mujer maravillosa y hermosa, pero nuestro amor se parece más al de dos hermanos que al de un matrimonio.

—¿Y crees que ella te satisfará en ese aspecto?

—Eso creo, sí —dijo él.

—¿Te has acostado con ella?

—¿Por supuesto que no! —dijo él—. No es de esa clase de chicas.

—Bueno, espero que seas feliz, Bertie —dijo ella.

Curiosamente, nunca admiró a Isabel tanto como en aquella semana en que su matrimonio se vino abajo. Le habría resultado más fácil separarse si ella hubiera interpretado el papel de la esposa ofendida, si lo hubiera insultado, le hubiera tirado cosas y pegado y se hubiera permitido tener un ataque de histeria. La dignidad y la calma que mostró Isabel durante la crisis hicieron que él se sintiera culpable por abandonarla. Además, un día en que Isabel y la tía Mary discutían en voz alta, se enteró de que esta última, lejos de apoyar a su hija, pensaba que estaba actuando como una tonta: «ahuyentándolo —según dijo— por un pequeño flirteo con una jovencita boba». Aunque estaba muy decidido, hubo momentos en que flaqueó, y, si Isabel hubiera reaccionado a su comentario sobre el amor fraternal que había entre ellos desnudándose ante él en el dormitorio e invitándolo a tomarla todo lo salvaje y apasionadamente que quisiera, nadie sabe lo que habría podido suceder. Pero comportarse de ese modo no formaba parte de su naturaleza, así que él siguió preparando su partida.

Acordó con Isabel que le remitiría una determinada cantidad de dinero todos los meses.

—Eso bastará hasta que nos divorciemos —dijo ella.

La palabra *divorcio* produjo un ligero escalofrío en el ánimo de él.

—¿Es necesario que nos divorciemos? —preguntó—. ¿Es necesario que metamos a la ley y a unos abogados en lo que es esencialmente una cuestión privada y emocional?

—¿No quieres casarte con esa chica, entonces? —dijo ella, sorprendida.

—No creemos en la institución del matrimonio —dijo él.

—Bueno, pues yo sí —dijo Isabel.

Él captó la insinuación de que quizá ella quisiera volver a casarse algún día, y la idea le pareció tan perturbadora que la apartó a toda prisa de su mente.

Regresó a Londres para buscar un lugar donde vivir con Catherine y encontró un par de habitaciones en la planta baja de una casa adosada situada en la calle Mornington Place, en Camden Town. Volver a vivir en una pensión le resultaba un tanto deprimente; tenía la sensación de haber dado un paso atrás, de regresar a una época anterior de su vida. Pero no había ninguna

esperanza de alquilar algo mejor, ya que en el futuro próximo tendría que mantener a Isabel además de a Catherine. Se metió en un café cercano y le escribió una carta a Catherine, dándole la dirección del lugar y pidiéndole que se reuniera allí con él en el Boxing Day.¹¹

«No le des la dirección a tu madre, por supuesto. Dile que puede escribirte a la oficina de correos de Camden Town. Ponte un anillo cualquiera en el anular y acuérdate de que para nuestra casera eres la señora Wells», le escribió. Incluso los apóstoles del amor libre tienen que ser discretos. Volvió andando hasta Charing Cross, y en la calle Strand pasó junto a algunos escaparates engalanados con llamativos adornos navideños, llenos de regalos. El sonido de los villancicos que anunciaban consuelo y alegría en Trafalgar Square llegaba débilmente a sus oídos.

Habría deseado que su crisis matrimonial tuviera lugar en otra época del año, ya que la llegada de la Navidad y de los rituales y festejos asociados a ella parecía un comentario irónico y burlón sobre la tristeza que reinaba en su hogar.

—¿Es necesario que hagamos una cena de Navidad? —dijo, consternado al ver cómo preparaban un pavo en la cocina el día de Nochebuena.

—Algo tendremos que comer —dijo Isabel, encogiéndose de hombros—, así que bien puede ser un pavo. A mi madre le encanta el pavo, siempre está deseando que llegue este momento.

—Con tal de que no tiremos cohetes ni nos pongamos sombreritos de cartón —dijo él, pero se arrepintió inmediatamente de su sarcasmo, cuando Isabel le echó una mirada que sin duda alguna significaba: «¿Y quién tiene la culpa de que estemos pasando unas navidades espantosas?».

Los tres —Isabel, la tía Mary y él— cenaron pavo asado y las guarniciones habituales casi en silencio. Su baúl ya estaba listo y esperaba en el vestíbulo. Se marcharía al día siguiente. Después de la cena, tuvo ganas de vomitar.

Salió a hurtadillas de la casa a primera hora de la mañana. Isabel dormía, o al menos seguía en la cama. Él no se sentía capaz de despedirse de ella en persona, y le dejó una nota con el mensaje más cariñoso que pudo escribir sin parecer un hipócrita. Transportó su baúl hasta la estación en una carretilla y le dio un chelín a un maletero para que la llevara de vuelta a la casa. En la taquilla, por costumbre, pidió «un billete de ida y vuelta a Charing Cross»,

pero se corrigió rápidamente y compró un billete sencillo. Una vez que estuvo sentado en el tren y este empezó a moverse, se sintió más animado. Ante él se desplegaba una nueva vida, llena de riesgos e incertidumbres, pero también de libertad. Y había un nuevo cuerpo femenino, esbelto, maleable, núbil, que iba a estrechar entre sus brazos y al que le mostraría los placeres del amor físico.

Catherine llegó a primera hora de la tarde en un cabriolé con dos maletas. Estaba pálida y nerviosa, y se arrojó a sus brazos en cuanto estuvieron solos, aferrándose a él como quien se aferra a un mástil en medio de una tormenta marina. Pasaron unos minutos antes de que pudiera hablar.

—He tenido que hablar con Madre —dijo al fin—. No podía dejarle una carta. Me parecía una cobardía.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó él.

—¿Tú qué crees? Ha empezado a gemir y a llorar y se ha puesto de rodillas y me ha suplicado que no me fuera contigo. Ha sido terrible.

—Pobrecita mía —dijo él—. Pero has venido. ¡Eres una chica muy valiente!

—No se le ha pasado la histeria hasta que ha llegado mi coche y le he dicho que iba a ir a buscar a la señora de al lado para que la cuidara. Entonces se ha recompuesto rápidamente. La idea de tener que explicárselo todo a una vecina...

—Es más eficaz que las sales volátiles —dijo él con una sonrisa, y después corrigió su expresión, pensando que a lo mejor a ella le parecía un comentario demasiado frívolo.

—La he dejado postrada en el sofá, apretándose un pañuelo empapado en colonia contra la frente. Por suerte, la prima Jemima y su marido van a ir a tomar el té esta tarde, así que contará con su apoyo.

—¡Té! —dijo él—. Qué gran idea. Le voy a pedir a nuestra casera que nos haga un té. Té con *muffins*.

La casera, que era alemana, parecía suponer que Catherine y él se habían casado hacía muy poco, si es que lo habían hecho, y probablemente no le costó mucho llegar a esta conclusión, teniendo en cuenta que ellos se trataban de una manera bastante cohibida. En cualquier caso, mostró una muy buena disposición hacia ellos —casi demasiado buena, de hecho— y les llevó el té con *muffins*, y después la cena, dedicándoles numerosas sonrisitas de

complicidad y haciendo abundantes gestos con la cabeza y con las manos. La forma en que los miraba expresaba una gran satisfacción, y se regodeaba y frotaba las manos de tal modo que resultaba casi indecente; él se dio cuenta de que su escrutinio amilanaba e incomodaba a Catherine. Tenía la impresión de que, si la señora Scholtze hubiera podido colarse en su dormitorio sin que nadie la viera, habría esparcido pétalos de rosa sobre la cama.

Él había decidido de antemano que no intentaría consumir su unión aquella primera noche. Catherine ya había sufrido bastante estrés, y él quería evitar a toda costa repetir la debacle de su noche de bodas con Isabel. Además, no sentía una necesidad tan apremiante como en aquella ocasión, cuando había dado rienda suelta a un deseo contenido durante años. Después de que la señora Scholtze se llevara las bandejas de la cena, dándoles las buenas noches de tal modo que casi se la veía salivar, él cerró la puerta con llave, y Catherine, al oír el chasquido de la cerradura, lo miró con una especie de tensa solemnidad, como si se estuviera armando de valor para hacerle frente a una dura experiencia. Él la abrazó y le dijo:

—Querida niña, creo que no deberíamos convertirnos en amantes en el sentido más pleno de la palabra esta misma noche. Esperemos hasta que estés más descansada y relajada. Esta noche limitémonos a dormir abrazados. ¿Te parece bien?

—¡Oh, sí! —dijo ella al instante, con una expresión de alivio.

Sus dependencias se hallaban en lo que antaño había sido el comedor de la casa, que se había dividido por medio de unas puertas plegables que dejaban cerradas permanentemente para crear una sala de estar en la mitad delantera y un dormitorio en la trasera. Él dejó que ella se desvistiera y se metiera en la cama antes de entrar en el cuarto. Catherine se había soltado el pelo, que se extendía sobre las almohadas, y llevaba un camisón abotonado hasta el cuello. Le sonrió y volvió la cabeza decorosamente hacia la pared cuando él empezó a desvestirse. Se puso la camisa larga de dormir antes de quitarse los pantalones y los calzoncillos, apagó la vela y se acostó junto a ella. Cuando él la abrazó, ella se acurrucó a su lado soltando un suspiro de satisfacción y, si notó la erección a través de la ropa de dormir de ambos, no se sintió intimidada. Tal vez no supiera de qué se trataba. Pero cuando él comenzó a acariciarle la espalda a través de la fina tela del camisón, y dejó que su mano fuera bajando y se posara en las nalgas de ella, Catherine se puso tensa, como

si se hubiera sobresaltado. Él pensó que se debía a que nadie había tocado esa parte de su cuerpo desde que era un bebé. Retiró la mano y la colocó en un lugar más respetable. Ella, evidentemente agotada por las emociones y los grandes esfuerzos del día, se durmió muy pronto, y él se quedó despierto, planeando la manera en que, a su debido tiempo, la poseería. Un placer postergado es un placer potenciado, pensó.

* * *

Al final se postergó más de lo que había previsto. Al día siguiente, Catherine no pudo resistirse a ir a la oficina de correos de Camden Town para ver si su madre le había enviado alguna carta. Y sí, lo había hecho, pero, cuando se alejó del mostrador con el sobre en la mano, la joven vio a Reginald, el marido de la prima Jemima, mirándola con una expresión triunfante. Le habían tendido una emboscada. Catherine salió de la oficina de correos a toda prisa, pero él la alcanzó en la calle y le exigió que lo llevara al sitio donde estaba alojada, para enfrentarse al «canalla que te ha seducido».

—No me ha seducido... Me he ido con él por voluntad propia —dijo—. Si acaso, fui yo la que lo sedujo —añadió con osadía.

—Debería darte vergüenza. Tu madre está fuera de sí. No puede parar de llorar. Estamos muy preocupados por su salud mental. Léelo tú misma —dijo Reginald, señalando la carta.

—Lo leeré cuando me venga bien —le contestó ella—. Y, ahora, haz el favor de dejarme en paz o tendré que llamar a la policía.

Le dio la espalda y se marchó velozmente, y él no trató de detenerla. Cuando le contó todo aquello al «canalla que la había seducido», al llegar a la casa de Mornington Place, reía y lloraba al mismo tiempo.

Él elogió su valor y le dijo que era su «heroína». Le propuso que se fueran de inmediato a la cama e hicieran el amor, pero ella contestó que estaba demasiado disgustada por el incidente, y su perturbación fue aumentando mientras leía la carta de su madre, llena de manchas a causa de las lágrimas.

—Dice que se va a suicidar.

—Qué tontería. Te está haciendo chantaje emocional —dijo él.

—Ya lo sé, pero tengo que comprobarlo.

Catherine partió inmediatamente hacia Putney y le envió un telegrama ese mismo día: «madre fatal stop quedo con ella uno o dos días stop confía en mí stop todo mi amor catherine».

A pesar de las palabras que aparecían al final del mensaje, él temió que, una vez de vuelta en el hogar familiar, la presionaran para que se quedara allí y renunciara a él, sobre todo si sus parientes descubrían que seguía *virgo intacta*. Comenzó a lamentarse por haber sido tan caballeroso y considerado con su sensibilidad de doncella, ya que parecería un idiota, y desde luego se sentiría como tal, si de pronto se encontraba solo en una destartalada casa de huéspedes londinense tras haber abandonado a su esposa sin estar seguro de poder contar con su amante. Estas dudas se convirtieron en alarma al día siguiente, cuando Reginald y su hermano Sidney fueron a verlo, tras haber conseguido de algún modo la dirección de Mornington Place. Aquellos dos hombres, que resultaban intimidatorios por su gran tamaño, iban vestidos como enterradores, con sombreros de copa, abrigos negros y guantes de terciopelo negros, y profirieron vagas amenazas de iniciar acciones legales contra él —acusándolo de secuestro o de seducción— si no firmaba un documento en el que se comprometiera a no volver a mantener ningún tipo de contacto con Catherine. Él se rio en sus caras y les dijo, aparentando más confianza de la que realmente sentía, que nada podría interponerse entre Catherine y él. Fue todo un alivio que ella regresara al día siguiente y se indignara al enterarse de la intervención de sus parientes, de la que no sabía nada.

—Es horrible —dijo—. No tienen ningún derecho a interferir.

—Entonces, ¿no les diste tú la dirección? —le preguntó él.

—Claro que no —dijo ella—. El tío Reginald debió de seguirme hasta aquí desde la oficina de correos de Camden Town. ¿Pensabas que iba a decirles dónde vivimos?

—No, no —dijo él—. Voluntariamente no, pero se me ocurrió que a lo mejor te habían amenazado.

—No se lo habría dicho ni aunque me hubieran aplastado los pulgares —dijo Catherine.

En aquel momento, ella se le antojó una de esas mártires vírgenes que aparecen en las pinturas antiguas desafiando serenamente a sus torturadores. De repente, sintió una abrumadora gratitud por su entereza y un profundo

alivio por que hubiera regresado junto a él, y la estrechó entre sus brazos.

—Esta noche haremos el amor —le susurró, y ella murmuró unas palabras de consentimiento.

2

—Pero aquella no fue la extática experiencia compartida que esperabas, ¿verdad?

—En realidad, no esperaba eso. Le dije que la primera vez quizá le doliera, pero que después sentiría placer, cada vez más, a medida que pasara el tiempo.

—Pero no fue así.

—No. Ella lo intentó. Lo intentó por mí, esa noche y en las noches siguientes. Lo intentó mucho más que Isabel. Se quitaba el camisón para complacerme. Me permitía dejar una vela encendida sobre la cómoda cuando hacíamos el amor. Pero era como enseñarle a nadar a alguien que le tiene pánico al agua. Se quedaba quieta, debajo de mí, con todos los músculos de su cuerpo en tensión, y me echaba los brazos al cuello, aferrándose como si le fuera la vida en ello, como si tuviera miedo de ahogarse. Con el tiempo, se fue volviendo un poco más maleable, un poco más receptiva, pero no demasiado. Cuando viajamos por primera vez al extranjero (en el 98, a Italia), compré un ejemplar de las *Posturas* de Aretino en una librería de Florencia, pero ella no quiso ni mirarlas, y aún menos ponerlas en práctica.

—¿Ella tuvo alguna vez un orgasmo?

—No, no lo creo. A veces, cuando ya llevábamos una buena temporada casados, después de hacer el amor, me decía que lo había disfrutado, pero nunca me lo terminé de creer. Simplemente era poco lujuriosa. En cambio, para mí, el sexo es el alegre alivio de la lujuria. Es algo animal. Cuando estoy en la cama con una mujer, me gusta comportarme como un animal, morderla y lamerla y forcejear con ella antes de tomarla. Jane detestaba eso, no era capaz de jugar a que éramos animales. Era demasiado frágil, demasiado delicada, demasiado escrupulosa.

—**Pero tú ya sabías qué clase de chica era antes de fugarte con ella. Catherine no era muy sensual.**

—Creo que pensaba que yo provocaría su despertar sexual. Y al principio, cuando no lo logré, supuse que se trataba de un efecto de su educación, que era represiva y remilgada, centrada en ser «respetable» de una manera fanática. Le habían transmitido la típica moral inglesa, provinciana y de clase media, propia de la Iglesia baja anglicana, y ella se había rebelado contra eso con la mente, gracias a todo ese rollo de la Nueva Mujer, pero no con el cuerpo. Y, además, nuestro entorno no era el más adecuado para una iniciación sexual. Aquellas dos habitaciones en Mornington Place, sin baño, y con una casera que se comportaba como una alcahueta... Nos largamos de allí en cuanto pudimos. Jane encontró un sitio en Mornington Street, a la vuelta de la esquina; la casera parecía más agradable, pero las habitaciones eran casi idénticas y tampoco había baño. Teníamos una bañera minúscula en la que uno apenas cabía de pie. Para divertirme, solía fastidiar a Jane espiándola a través de la ranura que quedaba entre las puertas plegables mientras se aseaba delante del lavabo, y le preguntaba si quería que entrara a frotarle la espalda. En realidad, éramos como un par de niños jugando a las mamás y a los papás. Nos sentíamos pletóricos por la audacia que habíamos mostrado al desafiar al mundo. El hecho de vivir juntos sin estar casados hacía que hasta el coito más decoroso pareciera intrépido. Estábamos llevando a cabo una especie de revolución similar a la de los Shelley, contra un orden social hipócrita y represor, y nos vanagloriábamos de haber expresado el rechazo que sentíamos hacia los bienes materiales y de habernos liberado de los deberes y las responsabilidades. Pero no llevábamos una vida ociosa, ni mucho menos. Nuestra casera nos traía la comida en una bandeja, de modo que teníamos libertad para pasarnos el día leyendo y escribiendo, si queríamos. Jane me ayudaba a documentarme para mis artículos periodísticos, los escribía con buena letra y se los mandaba por correo a mi prima para que los mecanografiara.

—**No siguió con sus estudios. No se sacó el título.**

—No pudo. Habría causado un escándalo enorme en la universidad. Pero empezó a ir a clases de mecanografía para poder pasar ella misma mis manuscritos, de forma que no tuviéramos que gastar dinero en eso. Y también escribió algunas cosillas que se publicaron después de que yo las puliera un

poco. Éramos un equipo. Esperábamos el correo con gran emoción, preguntándonos si alguno de los sobres nos traería la aceptación de uno de nuestros textos, o incluso un cheque. Necesitábamos dinero desesperadamente, y el periodismo parecía la mejor manera de conseguirlo, hasta que se publicó *La máquina del tiempo* y me di a conocer. Entonces dejamos atrás las habitaciones alquiladas y nos instalamos en nuestra primera casa de verdad, en Woking. Después nos mudamos a otra en Worcester Park. Esta era impresionante, una casa con nombre, además de número. Se llamaba «Heatherlea». Y, en vez de un jardincito, tenía un terreno de medio acre. Allí saboreamos las mieles del triunfo. Me refiero al triunfo sobre la gente que se había opuesto a nuestra unión y que había intentado separarnos. La madre de Jane, que había vendido su casa, nos ayudó con los gastos y se instaló con nosotros en Worcester Park durante un tiempo. Por fin aceptó nuestra relación cuando me divorcié de Isabel y me casé con Jane. En cuanto llegó la sentencia de divorcio, empezó a mostrarse encantada con que estuviéramos juntos. Los dos pensábamos que no tenía sentido seguir viviendo en pecado solo por principios, ya que combatir los prejuicios que giraban en torno a aquella cuestión nos llevaba demasiado tiempo y energía.

—**¿No te preocupaba casarte por segunda vez con una mujer que no te satisfacía sexualmente?**

—Creo que todavía no había llegado a esa conclusión respecto a Jane. O quizá no quisiera admitirlo ante mí mismo. Todo lo demás nos iba estupendamente, así que no quería sacar a la luz ese problema, y Jane tampoco. Los dos conspiramos para ignorarlo durante unos años. Fuimos creando un idioma privado y una especie de mitología para evitar hacer frente a la verdadera naturaleza de nuestras relaciones conyugales. Nos llamábamos con nombres cariñosos y hacíamos todo tipo de payasadas; a veces inventábamos poemas malos, y yo hacía caricaturas. Ella era «Bits» o «la señorita Bits», una mujer dominante y práctica, y yo era «Bins» o «el señor Bins», un personaje con un carácter más débil, que metía la pata todo el tiempo y le tenía mucho miedo. Aquello empezó cuando nos fuimos a vivir juntos y continuó durante nuestro matrimonio. Todavía recuerdo algunos de esos poemas:

*Dios es alucinante y tal es su Piedad
que el Debilucho Bins se ha vuelto orondo, Obeso,*

*y ya no pierde pelo, ni sufre nada de eso,
y ha de felicitarlo por su enorme bondad.*

Este terminaba así:

*A Dios, modestamente, elevo yo mi canto.
(Pero más amo a Bits; a Él no lo quiero tanto.)*

Nos divertíamos mucho con estas cosas. La diversión servía para reemplazar la lujuria que faltaba en nuestro matrimonio.

—**Y entonces buscaste la lujuria en otra parte. ¿Cuándo empezaste?**

—Creo que fue cuando vivíamos en Woking, por medio de Sidney Bowkett, un viejo amigo de la época de Bromley. No nos habíamos visto desde que terminamos los estudios, pero un día leí una noticia en el periódico sobre un dramaturgo que se llamaba así, al que habían acusado de plagio. Supe que tenía que ser él, porque ese nombre es bastante raro y porque de niño siempre estaba deseando subirse al escenario. Había estado de gira, en provincias, con una obra supuestamente basada en *Trilby*, de George du Maurier, que, como todo el mundo sabe, tuvo un éxito enorme en Londres, con Beerbohm Tree en el papel protagonista. No me acuerdo de lo que pasó en el juicio (creo que perdió), pero le escribí una carta y un día se presentó en nuestra casa de Woking. Se sorprendió mucho al descubrir que su viejo amigote del colegio era el novelista emergente H. G. Wells. Él se había casado con una judía de ojos azules muy atractiva, una actriz que se llamaba Nell de Boer, y vivían en una casa de campo en Thames Ditton, no muy lejos de nosotros, así que empecé a verlo con frecuencia. Solíamos ir a dar paseos en bicicleta por los caminos de Surrey, hablando de la vida, de arte y de mujeres, sobre todo de mujeres. A Bowkett se le daban muy bien las mujeres, o al menos eso quería hacerme creer, y me agasajaba con relatos muy vívidos de sus conquistas. A Frank Harris, otro conocido de aquella época, también le gustaba alardear de estas cosas. Eran conversaciones muy groseras, pero excitantes. Comencé a anhelar algo más interesante, en ese sentido, que lo que tenía en casa, y lo obtuve antes de que pasara mucho tiempo. Con Nell Bowkett, de hecho, en una ocasión en la que me presenté en su casa y Sidney se había ido a la ciudad por algo relacionado con el teatro. O quizá no se tratara de trabajo; Nell no se hacía ilusiones con respecto a la fidelidad de su

marido, y estaba decidida a vengarse, y yo estaba dispuesto a ayudarla, todas las veces que fuera necesario. Unos años después, cuando escribí *Kipps*, me inspiré en ellos para unos personajes cómicos bastante dickensianos, los Chitterlow, aunque para entonces ya se habían separado. La aventura con Nell Bowkett fue el primero de mis adulterios. De cuando estaba con Jane, quiero decir. Tampoco le había sido fiel a Isabel, desde luego. Primero pasó lo de Ethel Kingsmill, y después de ella tuve otras relaciones esporádicas. Le fui fiel a Jane hasta que Bowkett se presentó en Woking y empezó a meterme ideas en la cabeza.

—**Pero esa etapa de fidelidad no duró mucho, ¿verdad? Menos de dos años desde que te fugaste con ella.**

—Es cierto. Pero no fue hasta un tiempo después cuando empecé a aprovechar todas y cada una de las oportunidades que se me presentaban para «conseguir» mujeres.

Le costó un tiempo superar la inseguridad que había arraigado en él debido a sus orígenes humildes, a su pequeña estatura, a sus dolencias crónicas y a su voz chillona, de la que nunca logró erradicar por completo cierto vestigio «plebeyo»; tardó en darse cuenta de que su éxito y su fama crecientes lo volvían atractivo para las mujeres. Hasta que se instaló con Jane en Sandgate y comenzó a construir Spade House, no empezó a tomar conciencia de ese hecho, y para entonces su cada vez mayor bonanza compensaba de sobra sus defectos físicos. Nunca sería alto ni guapo, pero ahora pisaba fuerte con sus pies pequeños y elegantemente calzados, tenía un suave brillo en la piel y lucía unos músculos fuertes, ya que hacía ejercicio con regularidad. Incluso su bigote se había vuelto más contundente, pues había adquirido lustre y densidad. Diversas mujeres le dijeron que la mirada de sus ojos azul grisáceo, ligeramente rasgados, era muy penetrante y que ejercía un poder casi hipnótico sobre la persona en que se posaba. Además, en el juego de la seducción, le daba confianza la certeza de que, en cuanto se quitara la ropa, su *membrum virile* («el Honorable Miembro de Sandgate», como lo llamaba a veces bromeando con sus amantes) se alzaría imponente para celebrar la ocasión. Pero sobre todo era el glamour de su reputación literaria, y la posibilidad de disfrutar de una relación íntima con el hombre que había detrás de sus libros, lo que atraía a las mujeres más impresionables como un

imán atrae las limaduras de hierro. En la mayor parte de los casos, descubrió que solo tenía que pedir para recibir, y a veces eran ellas las que pedían primero. Por ejemplo, aquella mujer australiana —no recordaba su nombre, solo los rizos dorados que tenía arriba y abajo y la forma en que su cuerpo parecía estar marcado como un mapa, con zonas, claramente definidas, de piel pálida y piel bronceada— que se encontraba de visita en Londres y que le había escrito por medio de su editorial para contarle lo mucho que había gozado leyendo *Kipps*. También lo invitaba a ir a verla al hotel donde se alojaba para pasar unas horas con ella, con la esperanza de que los dos disfrutarían del encuentro. ¡Y eso después de leer *Kipps*, una obra protagonizada por uno de los personajes más inocentes, desde el punto de vista sexual, de la narrativa contemporánea! No se equivocaba: disfrutaron mucho aquella tarde.

Tras instalarse en Sandgate, solía pasar dos o tres días a la semana en Londres, y dormía en un pequeño apartamento que había alquilado en Clement's Inn. Se reunía con editores y directores de diversas publicaciones, quedaba para comer o para cenar con amigos y asistía a fiestas del mundillo literario. Así conocía a mujeres que estaban deseosas de tener relaciones sexuales con él, y como eran maduras y tenían experiencia, además de una actitud tan franca y hedonista como él, aquellas actividades no daban lugar a repercusiones desagradables. Mujeres como Ella D'Arcy, por ejemplo, una pelirroja de ojos verdes que escribía relatos irónicos y elegantes y solía publicar en *The Yellow Book*, o la novelista Violet Hunt, que ya no era tan hermosa como cuando Ellen Terry afirmó que parecía «sacada de un Botticelli pintado por Burne-Jones», pero que seguía siendo muy atractiva, y a quien consoló tras el triste final de una larga historia de amor. Aquellas damas, discretas y sofisticadas, no dieron pie a ninguna situación embarazosa, ni le proporcionaron una notoriedad no deseada. Fueron las jóvenes, las jóvenes vírgenes que querían iniciarse en los misterios del sexo con un escritor célebre y pensador radical, las que le complicaron la vida y le generaron dificultades profesionales, enturbiando su imagen pública: Rosamund, Amber, Rebecca... Y también estuvo Dorothy, Dorothy Richardson, aunque ella dudó más que las demás antes de pedirle que la liberara de la carga de la virginidad, y fue mucho más discreta respecto a las consecuencias.

—Volveremos a las jóvenes vírgenes a su debido tiempo. Todavía quedan por contestar algunas preguntas sobre las esposas. En tu autobiografía dices que Isabel pensaba que «hacer el amor no era más que una atrocidad cometida contra el género femenino, que siempre se muestra reacio», pero en otro punto del mismo libro, hablando de la incapacidad de Jane para satisfacer tus necesidades sexuales, dices: «no surgió entre nosotros una fijación sexual como la que yo todavía tenía con mi prima». ¿No es contradictorio?

—No me lo parece. La frigidez de Isabel me frustraba y me generaba una especie de resentimiento hacia ella, y yo me vengaba por medio de infidelidades banales, pero no la volvía intrínsecamente menos deseable ante mis ojos. En mi autobiografía admití que, incluso cuando me estaba organizando para fugarme con Catherine, bien habría podido cambiar de idea si Isabel hubiera hecho un esfuerzo por ligarme a ella.

* * *

No descubrió lo fuerte que era aquel vínculo hasta tres años más tarde. Isabel y él se escribían de vez en cuando para tratar asuntos prácticos relacionados con su divorcio, pero no se volvieron a ver hasta 1898. A comienzos de aquel año, ella le escribió contándole que había comprado un pequeño criadero de aves cerca de Virginia Water y que estaba pensando en regentarlo con ayuda de su tía Bella. Le dijo también que había leído *La guerra de los mundos* fascinada. «¿De qué clase de mundos fantásticos sacas esas ideas? Y además las presentas de una forma tan realista. Es una maravilla.» Unos meses más tarde, volvió a escribirle diciendo que tenía dificultades para hacer frente a unos pagos y que necesitaba ayuda. La suma de dinero que le pedía no era muy grande, y él podría haberle enviado un cheque sin ningún problema, pero sentía una irresistible curiosidad por volver a verla, de modo que un día se metió la chequera en el bolsillo y recorrió en bicicleta la distancia que había entre Worcester Park y el criadero. Para entonces ya era un ciclista avezado, y un viaje de unas dos horas de duración no le parecía gran cosa.

No estaba en absoluto preparado para el efecto emocional que le produjo aquel encuentro. En parte, fue por el entorno; ella parecía sentirse en paz en el campo, cuidando de sus pollos. Cogía a sus preferidos en brazos, les

acariciaba las plumas y los llamaba por sus nombres. Después lo llevó a dar una vuelta por el jardín, mostrándole las hortalizas y las flores que había plantado y agachándose de vez en cuando para arrancar algún hierbajo o estirándose para podar las flores marchitas de los rosales. Estaba más guapa y juvenil que nunca, y él se dio cuenta de que su sitio era aquel mundo pastoral, y no las calles lóbregas y sucias de Londres, donde él la había cortejado. No le guardaba ningún rencor por haberla dejado, y tampoco tenía celos de Jane, y él se dio cuenta de que muy pocas mujeres se habrían mostrado tan magnánimas en su situación. Pasaron un día maravilloso, conversando distendidamente. Ella había leído la mayoría de los libros y cuentos que había publicado en los últimos años, y le profesaba una admiración sencilla y sincera. Él no podía creerlo, pero sintió que se estaba enamorando de nuevo y que lo poseía la alocada idea de recuperarla y revertir todo lo que había sucedido. Dejó que pasaran las horas, de modo que se hizo demasiado tarde para volver a casa antes del anochecer; ella tuvo que invitarlo a pasar la noche, y, cuando la tía Bella se fue a la cama, él trató de persuadirla de que hicieran el amor. Ella se quedó mirándolo, completamente atónita.

—¿Qué dices, Bertie? ¿Te has olvidado de que nunca te he complacido en ese aspecto?

—Pero fue todo culpa mía. En esa época yo era un amante torpe e impaciente. Ahora sería distinto. Podría compensarte por todas esas noches de infelicidad. Déjame que te lo demuestre, por favor.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —se limitó a decir ella.

Él oyó a la tía Bella andando en su dormitorio, en el piso de arriba, y pensó que tal vez aquel fuera el motivo por el que Isabel dudaba.

—Podemos ir al granero —dijo—. He visto un montón de heno sobre el que podríamos tumbarnos. O al campo, ya que estamos, puesto que esta noche no llueve.

—Creo que has perdido el juicio, Bertie —dijo ella con firmeza, como una madre que le hablara a un niño tozudo—. Estamos divorciados y tú te has vuelto a casar. Punto final.

Le hizo la cama en el cuarto de invitados. Él se quedó muy inquieto, durmió mal y se despertó temprano. Trató de escabullirse de la casa sin molestarla, como había hecho en Sutton aquella triste mañana del Boxing Day, pero ella lo oyó, bajó a la cocina e insistió en prepararle el desayuno.

—No puedes hacer un viaje tan largo en bicicleta con el estómago vacío —le dijo, siempre sensata.

Él le entregó el cheque que pensaba dejar sobre la mesa, por una cantidad que, según dijo ella, era demasiado. En cualquier caso, la convenció para que lo aceptase. Se abrazaron y él se echó a llorar entre sus brazos. Isabel se quedó en la puerta de la casa, diciéndole adiós con la mano mientras él se alejaba pedaleando, indiferente a la belleza del cielo al alba y de la lechosa neblina que se elevaba desde los campos, sintiéndose exhausto y vacío, convencido de que había perdido la única posibilidad que se le iba a presentar en la vida de ser feliz para siempre, y de que él era el único responsable.

Con el tiempo, llegaría a agradecer que Isabel se mostrara tan cuerda y sensata, consciente del lío moral y emocional en el que se habrían metido si ella hubiera accedido a sus ruegos. Cinco o seis años más tarde, se enteró de que ella había vuelto a contraer matrimonio; de hecho, llevaba casada un año. Supuso que le había ocultado esa información por empatía: sabía que él se disgustaría al enterarse, como de hecho sucedió. Durante varios días, se sintió atenazado por unos celos enloquecedores. La idea de que otro hombre poseyera aquel cuerpo, y quizá le proporcionara el placer que él no había logrado generar, le resultaba intolerable. Destruyó todo lo que conservaba de Isabel, todas las cartas, todas las fotografías, todos los recuerdos de cualquier tipo; hizo con ellos un holocausto en el jardín de Spade House, ante los ojos de su perplejo hijo de dos años y de los de Jane, que lo contemplaba desde una ventana de la casa; ella sabía muy bien lo que estaba haciendo y por qué, y tuvo el buen juicio de no decir nada.

Unos años más tarde, en la época en que estuvo enamorado de Amber Reeves, volvió a encontrarse con Isabel y descubrió que la «fijación sexual» había desaparecido, esta vez para siempre. Desde entonces pudo mantener con ella una relación amistosa y distendida en la que no había ni un ápice de celos ni de deseo. Isabel y Jane hicieron buenas migas, e Isabel empezó a quedarse con ellos, de vez en cuando, en Spade House, y más adelante en Easton Glebe. En esas ocasiones solía ayudar a Jane a mecanografiar sus manuscritos y a ordenar sus papeles. Cuando él veía las cabezas de las dos, muy cerca, realizando estas tareas, se sentía muy complacido. Le parecía que el hecho de que los tres pudieran disfrutar pasando un rato juntos era un homenaje a su madurez, a su civilidad y a su buen juicio, después de todas las tormentas

emocionales del pasado.

—Es interesante que emplearas a varias de tus mujeres como secretarias o amanuenses cuando ya no tenías relaciones sexuales con ellas. Además de Isabel, y de Jane, por supuesto, también estuvo Amber, que te ayudó con Esquema de la historia universal en los años veinte y con El trabajo, la riqueza y la felicidad de la humanidad en los treinta, y le pagaste a Dorothy Richardson para que revisara y corrigiera tus libros durante muchos años...

—En la mayor parte de los casos fue un acto de amistad, para echarles una mano económicamente.

—Pero eso también te permitía sentir que, en cierto modo, seguías poseyéndolas, que eran tus pensionistas, como las concubinas ancianas de un harén.

—¡Qué idea tan ridícula! Jane empezó a hacer labores de secretaria desde el principio. Era su trabajo y le gustaba hacerlo. Dorothy realmente necesitaba el dinero en los años treinta, cuando la venta de sus novelas empezó a caer. Le pagué cincuenta libras para que revisara el manuscrito de mi *Experimento de autobiografía*, para que detectara fallos y sugiriese mejoras, y ella lo hizo muy contenta. Amber estaba encantada de colaborar en esos libros que has mencionado. En cuanto a Isabel, la ayudé económicamente durante toda su vida, de distintas maneras, aunque cuando volvió a casarse yo ya no tenía la obligación legal de darle ni un penique. Ella expresaba su gratitud ayudando a Jane cuando se quedaba con nosotros en casa.

—De todos modos, al examinar tu vida, resulta inevitable apreciar ciertos comportamientos recurrentes. Una vez que has poseído a una mujer, te has casado con ella o has logrado que sea tu amante, te cansas de ella más o menos rápido; el hecho de que esté a tu disposición la vuelve menos satisfactoria sexualmente, y entonces empiezas a buscar a otra, u a otras, para poder sentirte excitado, apasionado, liberado. Isabel volvió a ser deseable cuando ya no estaba casada contigo.

—No tengo ningún problema en admitir que en mi vida sexual necesito novedades y variedad. Y no solo en mi vida sexual, en realidad, sino en todas las dimensiones de mi vida. Tengo un temperamento muy inquieto. En mi autobiografía lo llamo el «impulso de fuga»: en cuanto me asiento en un lugar

o en una relación, también empiezo a sentirme atado y constreñido, y necesito escapar. Esto, más que la frustración sexual, fue el motivo por el que dejé a Isabel y huí con Jane, y, cuando volví a ver a Isabel, unos años más tarde, y la encontré preciosa y en la flor de la vida, tuve la revelación de que lo insatisfactorio de nuestra vida sexual había sido culpa mía, porque en aquella época yo era un amante inexperto e insensible, y sentí un deseo avasallador de reparar mis errores y revertir el pasado. Era una idea absurda, pero no particularmente egoísta. Y no me cansé de Jane como amante porque nos casáramos. Fuimos sexualmente incompatibles desde el principio, y con el tiempo tuvimos que enfrentarnos a este hecho. Podríamos habernos divorciado, pero en todos los demás sentidos encajábamos a la perfección, y nos sentíamos felices de estar juntos, así que llegamos a un acuerdo. Seguiríamos casados, Jane seguiría siendo mi amada esposa, la solícita madre de mis hijos, la dueña de mi hogar y la encargada de todas las cuestiones domésticas, la amable anfitriona de mis amigos, la indispensable gerente de mis negocios, y yo tendría aventuras ocasionales y discretas con otras mujeres, *passades*, como dicen los franceses: caprichos pasajeros. Era una solución muy civilizada.

—Sí, eso es lo que dices en tu autobiografía. Pero no fue tan claro y simple como suena, ¿verdad? Pensemos, por ejemplo, en la carta que te escribió tras el nacimiento de Gip. Una carta de amor.

—No la recuerdo.

—Sí que la recuerdas. La que iba firmada por «tu desvergonzada esposa enamorada». Todavía la conservas. Sabes muy bien dónde está.

Se levanta de mala gana y se dirige a un archivador donde guarda, en orden cronológico, toda la correspondencia de Jane y otros documentos relacionados con ella, y encuentra la carta sin dificultad. No figura en ella ninguna fecha, pero dice «Spade House». La lee.

—«Querido, querido, querido, querido... No me olvides. No me falles. Amado mío, no dudes. Cree en mí un poco, hasta que yo te haga creer del todo, hasta que pueda darte pruebas. Ay, cuánto te quiero y qué ganas tengo de lo que nos espera. Amado, querido. Tu (desvergonzada) esposa enamorada.»

—Eso no parece escrito por una mujer que ha llegado a un «acuerdo»

con su promiscuo marido.

—No, todavía no habíamos llegado a esa etapa.

—**Y tampoco parece escrito por una mujer frígida. ¿A qué crees que se refería con «desvergonzada»?**

—No lo sé. Me lo pregunté, en su momento.

* * *

Recibió aquella carta en la oficina de correos de Ramsgate unas tres semanas después del nacimiento de Gip. El parto había sido largo, doloroso y complicado, y a él la experiencia le había resultado profundamente triste y molesta. De aquel modo, pues, servía el acto del amor, una de las sensaciones más deliciosas que ofrece la vida, a los ciegos propósitos de la Naturaleza: con sangre y sudor y gritos de dolor. Él no había estado presente en el parto, por supuesto, pero había oído los gritos de Jane desde su estudio, y había visto las pruebas de su sufrimiento en cuanto le permitieron entrar en el dormitorio: las sábanas manchadas de sangre en el cesto de la ropa sucia y el rostro pálido de Jane sobre la almohada, su expresión de agotamiento, su pelo lacio y oscuro a causa del sudor. El médico lo felicitó y la enfermera le sonrió mientras mecía al recién nacido y se lo ponía delante de la cara. Él sintió un estremecimiento, una mezcla de asombro y maravilla, al ver a su hijo, y una ola de ternura hacia su esposa, que lo había traído al mundo, y la besó solemnemente en la frente. Pero casi al mismo tiempo tuvo lugar otra reacción. Todo su hogar comenzó a girar en torno al nuevo residente. Su alimentación, sus deposiciones, su sueño, su llanto eran objeto de un interés y unas preocupaciones inagotables, y, de los debates que todo ello propiciaba, él quedaba excluido. El baño diario del bebé era un ritual que generaba una especie de éxtasis religioso en las mujeres que se ocupaban de él, entre las que muy pronto se incluyó su suegra. El hogar que había ideado para que fuera su refugio, un lugar adecuado para el trabajo productivo y el ocio civilizado, se transformó de repente en algo a medio camino entre una guardería y un hospital. Apareció entonces el «impulso de fuga». Sintió un deseo irresistible de escapar de la asfixiante atmósfera de domesticidad centrada en el niño; de montarse en su bicicleta y marcharse pedaleando lo más lejos y lo más rápido posible.

Jane no se mostró muy contenta cuando, unos días después del parto, él le dijo que se disponía a irse de viaje en bicicleta. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por cuánto tiempo?, preguntó. Él le respondió que iba a visitar a sus padres para contarles que ya eran abuelos, y que después no sabía dónde iría ni cuándo volvería. Solo sabía que tenía que marcharse, probablemente por dos o tres semanas. Jane se enfurruñó. Dijo que no comprendía cómo podía abandonarla sin ningún motivo de peso en un momento semejante, y que tampoco su madre ni las criadas lo entenderían. Sería muy embarazoso y humillante para ella. Él le dijo que lo sentía, pero que tenía que marcharse, y eso fue lo que hizo a la mañana siguiente. Cuando entró en la habitación de Jane para despedirse, ella estaba acostada en la cama, descansando, y no le contestó, y cuando trató de darle un beso ella giró la cara y el beso le cayó en la oreja. Él puso un par de libros y un mínimo de ropa y de productos de aseo en las alforjas de su bicicleta y partió a la ventura con una sensación de alivio enorme. Tras visitar a sus padres en Liss, en el condado de Hampshire, donde ahora vivían en una casa mejor que la que tenían cerca de Up Park, se dedicó a explorar Sussex y Kent, evitando las carreteras principales, eligiendo los senderos tranquilos que atravesaban agradables campiñas y durmiendo en posadas rurales o en pensiones ubicadas junto al mar. Escribía postales con frecuencia, dándole a Jane el nombre de su siguiente destino, y en cada una de sus escalas recibía las cartas de su esposa, cuyo tono pasó con rapidez de frío a cálido. Estaba claro que era presa de un pánico cada vez mayor, y que temía que la desagradable sensación que le había provocado su súbita partida pudiera desembocar en un distanciamiento permanente.

Sus relaciones sexuales habían quedado interrumpidas debido al embarazo de Jane, una abstinencia facilitada por el hecho de que, en Spade House, él tenía la costumbre de dormir en la salita que lindaba con el dormitorio principal. Solía levantarse pronto, con la cabeza llena de ideas para alguna obra que estuviese escribiendo, y podía encender la luz, ponerse una bata y sentarse a trabajar en su escritorio sin molestar a Jane; a veces incluso hasta la hora del desayuno. Cuando tenía ganas de acostarse con ella, lo cual podía deberse a algo que hubiera leído o escrito durante el día, o a algún encuentro con una mujer deseable pero inalcanzable, o cuando una mirada o un comentario de Jane le hacía ver que había pasado un tiempo considerable desde la última vez que había manifestado su amor de esa manera, se acercaba

a ella mientras se preparaba para irse a la cama y le decía: «¿Quieres que esta noche vaya a tu habitación?». Ella siempre respondía con una sonrisa recatada y un asentimiento de cabeza, salvo que fuera el momento inapropiado del mes. Él resolvió que la costumbre que tienen los matrimonios de clase alta de dormir en habitaciones separadas era muy recomendable, no solo por la libertad que le proporcionaba para trabajar de madrugada, sino porque permitía que el acto sexual conservara cierta aura romántica que la proximidad rutinaria del lecho conyugal tendía a disipar. El ejercicio de los derechos maritales se convirtió en algo semejante a una cita, lo cual le provocaba un escalofrío morboso y garantizaba que tuviera una erección, mientras se desvestía en su cuarto, al pensar en Jane, acostada debajo de las sábanas en la habitación de al lado, recién bañada y perfumada, esperándolo. Se dio cuenta de que a ella también le gustaba esa forma de proceder, y de que ahora Jane temía que él nunca volviera a cruzar la puerta que separaba sus habitaciones. «Ay, cuánto te quiero y qué ganas tengo de lo que nos espera. (...) Tu (desvergonzada) esposa enamorada.» En Ramsgate, sentado en la cama de su cuarto alquilado, se sintió a un tiempo excitado y desconcertado por la carta. Ella nunca le había hablado en esos términos cara a cara. Evidentemente, lo que quería decir era que estaba deseando reanudar sus relaciones sexuales. Pero ¿qué significaba eso de «desvergonzada»? ¿Que comenzaría a cooperar con entusiasmo y aceptaría las variantes que él la había instado a probar, siempre en vano, en el pasado?

Cuando volvió a casa, tuvo lugar una reconciliación emocional, pero pasó algún tiempo hasta que Jane le dio a entender que ya se había recuperado por completo de los efectos físicos de aquel complicado parto, y que estaba dispuesta a recibirlo de nuevo en su cama. Él, por su parte, se mostró diligentemente tierno y delicado al hacerle el amor las primeras veces, pero, cuando se empezó a mostrar más intrépido, ella volvió a sentirse tan infeliz como de costumbre. O bien había escrito la carta «desvergonzada» bajo la presión de unas emociones que se desvanecieron en cuanto él regresó al hogar, o bien solo quería decir, al emplear ese epíteto, que no se avergonzaba de rebajarse ante él para conservar su amor. Por lo tanto, reanudaron sus relaciones tibias y convencionales, y no pasó demasiado tiempo antes de que ella se quedara embarazada de nuevo. Los dos estaban de acuerdo en que el pequeño George Philip, al que en la familia llamarían «Gip», debería tener un

hermano o una hermana. Al final resultó ser un hermano, y con el tiempo los niños llegaron a convertirse en excelentes compañeros de juegos.

—Y en ese momento volviste a huir de casa en busca de libertad, ¿no? Te fuiste con Graham Wallas a recorrer los Alpes suizos a pie durante un mes, justo antes de que naciera Frank.

—Bueno, a medida que se acercaba el momento del parto, Jane y yo empezamos a ponernos nerviosos. No nos habíamos olvidado de lo mal que lo había pasado cuando nació Gip. Pensé que sería mejor que me largara (que diera rienda suelta a mi «impulso de fuga» de antemano, por decirlo así) y que volviera a tiempo para el parto. Todo salió muy bien: disfruté de unas vacaciones excelentes y volví a casa feliz y en plena forma, preparado para afrontar todos los trastornos domésticos que supone la llegada de un bebé.

—Tras haberte entretenido con un par de complacientes sirvientas durante el viaje.

—Sí. Wallas se escandalizó. Me reprochó mi conducta libertina. Como muchos otros fabianos de toda la vida, tenía principios liberales, pero en el fondo era muy puritano.

—¿Le contaste a Jane lo de las sirvientas?

—Creo que no.

—Y, entonces, ¿cuándo llegasteis a tu «solución muy civilizada»?

—No estoy seguro. Ha habido veces en que lo he calificado de «tratado», pero no nos sentamos a la mesa un día y cerramos un acuerdo. No ocurrió así. Quizá le dijera algo después de alguna riña, o más probablemente le escribiera una carta, cuando estaba de viaje (por lo general, solíamos ser más sinceros cuando nos comunicábamos por carta que cuando hablábamos en persona); supongo que en ese mensaje le conté que la quería mucho y que dependía mucho de ella, pero que también necesitaba estar con otras mujeres de vez en cuando, por una cuestión puramente física, y que no quería engañarla ni restregárselo por las narices, de modo que le proponía que lo aceptáramos y disfrutásemos del resto de cosas maravillosas que constituían nuestro matrimonio. No lo aceptó de inmediato, pero tampoco rechazó la idea, y solíamos volver al tema de vez en cuando. Una noche (era una noche de verano, me acuerdo de que aún había luz y el jardín estaba bañado por el resplandor de la puesta de sol) estábamos sentados en silencio en la sala de

estar de Spade House. Yo leía y ella cosía, y de repente dijo, como si hubiéramos estado debatiendo la cuestión hacía un momento, aunque en realidad el tema no había salido en bastante tiempo: «No me molestaría siempre y cuando supiera qué estás haciendo, quiénes son la mujeres con las que sales. Pero tendrías que ser completamente franco conmigo. Detesto la idea de que me engañes. Detesto la idea de que la gente lo sepa y sienta pena por mí o se ría a mis espaldas». Por supuesto, acepté muy contento. Fue un gran alivio para los dos. Hasta entonces, yo solo le había ocultado mis *passadespor* un deseo descaminado de evitarle el sufrimiento. Creo que esa noche fue el punto de inflexión. Desde entonces, nuestra relación fue mucho más agradable.

—¿Quién fue la primera mujer de la que le hablaste a Jane?

—Creo que debió de ser Dorothy. Pero ese fue un caso especial, porque era amiga de Jane.

Dorothy Richardson había sido amiga íntima de Jane en el colegio: Southborough House, una institución de Putney que contaba con un nivel excelente, a juzgar por aquellas dos exalumnas, y con un currículo sorprendentemente liberal. Habían perdido el contacto tras abandonar la escuela, pero, una vez que estuvo cómodamente instalada en Heatherlea, Jane sintió un deseo impulsivo de reanudar la relación y le escribió a Dorothy proponiéndole que se vieran en un salón de té de Londres (el mismo local de la abc, por cierto, en que había comenzado su historia de amor con él). Regresó a casa muy entusiasmada con el reencuentro y muy impresionada con la historia de Dorothy, que le contó a él en cuanto se hubo quitado el sombrero y el abrigo.

—¡Pobre Dorothy! Su padre se arruinó de repente hace unos años y tuvo que declararse en bancarrota. Igual que Papá, solo que, en vez de su padre, fue su madre la que cayó en una depresión terrible y se cortó el pescuezo con un cuchillo de pan, aprovechando un momento en que Dorothy, que la estaba cuidando, había tenido que salir unos minutos. ¿Puedes imaginarte algo más espantoso? Pero parece que lo ha superado. En cualquier caso, la he invitado a comer el domingo que viene. Te va a encantar. Creo que es muy lista. Lee mucho.

—¿Ha leído mis libros? —preguntó él.

—No lo creo, pero sabe quién eres, claro. Se ha quedado muy impresionada cuando le he dicho que estoy casada contigo.

Dorothy se presentó el domingo a la hora acordada y resultó ser no solo muy lista, sino también guapa. Tenía una belleza rígida, como de muñeca, con un semblante solemne que se encendía de tanto en tanto, cuando sonreía y se le marcaban encantadoramente los hoyuelos. Llamaba a Jane «Amy», que era como se la conocía en el colegio, aunque, por lo visto, su mote allí era «Perky». Él no pudo contener la risa ante aquella revelación y Jane reprendió a Dorothy por haberla soltado.

—Ahora me va a tomar el pelo hasta la muerte —dijo.

—No lo haré, Perky —le dijo él, provocando que Dorothy sonriera con sus correspondientes hoyuelos.

Le gustó observar cómo Jane disfrutaba presumiendo de su nueva casa y de su nuevo marido ante su antigua amiga del colegio, y cómo Dorothy se mostraba más interesada por el marido que por la casa. Era evidente que le había echado un vistazo a su obra desde su cita con Jane, e hizo al respecto algunos comentarios inteligentes, pero sin mostrarse aduladora. Confesó su ambición por escribir también ella algún día, aunque por el momento se ganaba la vida trabajando de recepcionista en una clínica dental de Harley Street.

La visita fue todo un éxito. Los tres la disfrutaron, cada uno por motivos distintos, y, a partir de entonces, Dorothy nunca declinó una invitación a repetirla. Cuando el matrimonio se mudó a Sandgate, Dorothy iba con frecuencia a pasar el fin de semana a Spade House, a veces sola y a veces como parte de un grupo más grande, y escuchaba las conversaciones sobre literatura y política de los demás invitados con un aire ligeramente escéptico, aportando de vez en cuando algún comentario cáustico. Él quedó impresionado por el hecho de que no se sintiera intimidada ante la presencia de luminarias locuaces de la talla de Bernard Shaw, Arnold Bennett, Frank Harris o Fordie Hueffer, y solo gradualmente llegó a darse cuenta de que la confianza que mostraba Dorothy estaba basada en un invulnerable egocentrismo. Sentía un interés insaciable por ella misma, por su conciencia y por su identidad, y el resto del universo quedaba relegado en importancia, incapaz de alcanzar el estatus de aquel ser supremo.

Claramente, él la fascinaba, pero se trataba de una fascinación en la que

parecía haber tanto antagonismo como atracción. Discutía con él constantemente, atacando su fe en la ciencia y el progreso, que consideraba una muestra de pobreza espiritual y personal. Por su parte, ella no tenía una identidad ideológica coherente: asistía de vez en cuando a las reuniones de los fabianos, tenía un amigo anarquista —un judío ruso exiliado llamado Benjamin Grad, cuyas afirmaciones citaba de vez en cuando— y durante una época apeló, en contra del marido de su amiga, a los argumentos de un metafísico idealista de Cambridge que se llamaba McTaggart. Le escribía largas cartas en las que exploraba ingenuamente sus pensamientos y sus lecturas, y él le contestaba con brevedad pero presteza, animándola a desarrollar sus ideas por medio de ensayos o cuentos. Por debajo de aquellos diálogos intelectuales, estaban jugando al gato y al ratón, y los dos eran conscientes de ello, aunque ella no pareciera dispuesta a admitirlo. Cada vez que él aprovechaba que se encontraban solos para cogerle una mano o pasarle el brazo por la cintura, ella se soltaba con gran serenidad y continuaba la conversación sin alterar su ritmo. Él no estaba acostumbrado a encontrarse con esa clase de resistencia en las mujeres que evidentemente se sentían atraídas por él, y eso lo estimulaba a hacer un esfuerzo aún mayor por seducirla.

Una tarde de comienzos de 1905 en que estaban paseando por las praderas de Folkestone —Jane se había quedado en casa cuidando a Gip, que tenía fiebre—, pensó que había llegado el momento propicio. Los sorprendió una repentina tormenta que ascendía desde el oeste por el canal de la Mancha y se refugiaron en un albergue que daba al mar. No era temporada de turistas, por lo que estaban solos. Él dirigió la conversación hacia el tema de las relaciones sexuales, o, como solían llamarlo los expertos que lo trataban en la prensa o desde el púlpito, la cuestión sexual. Ella, como de costumbre, empezó a hablar de sí misma.

—Yo soy virgen, ¿sabes? —dijo con una candidez impresionante.

—¿De verdad, Dorothy? Me sorprendes —dijo él, aunque no era cierto—. Ese joven con el que vas a veces, Benjamin... Pensaba que seríais amantes.

—No, Benjamin no quiere acostarse conmigo salvo que nos casemos, y yo no tengo ganas de casarme.

—¿Le propusiste acostarte con él sin estar casados y él se negó...? —Dorothy asintió con la cabeza—. Parece que Benjamin es un anarquista bastante raro —continuó él—. En realidad, hay que ser un joven bastante raro,

al margen de cuáles sean tus convicciones, para rechazar a una chica como tú.

—Sí, es bastante raro —dijo ella—. Una vez estuvo un año en un manicomio.

—Ah —dijo él—. Entonces haces bien en no querer casarte con él.

Le pasó el brazo por encima de los hombros y ella no se zafó, por lo que sintió que se renovaban sus esperanzas.

—No es que desee desesperadamente acostarme con él, más bien todo lo contrario. Nos llevamos genial sin tener relaciones sexuales. Pero a veces me pregunto si no debería tener esa experiencia, si quiero ser escritora. —Se volvió hacia él y lo miró con solemnidad—. ¿Tú qué piensas?

—Pienso que sí, que deberías —dijo él.

Se inclinó hacia delante y la besó en los labios. Ella no se resistió ni trató de apartar la cara, pero tampoco respondió. Aceptó el beso, pensativa, como quien prueba una comida nueva y deja que el sabor permanezca en el paladar mientras decide si le gusta o no.

—No —dijo—. No podría..., contigo no. Jane es mi amiga.

—A Jane no le molestará. Creemos en el amor libre —dijo él.

Ella se quedó pensando un momento y después se puso de pie.

—No, no me sentiría bien. Ya ha dejado de llover. ¿Volvemos?

Pero, unos días más tarde, él recibió en el Reform una carta de Dorothy en la que le decía que acababa de volver de unas maravillosas vacaciones en Suiza y que le gustaría que se vieran en Londres en alguna ocasión. Ella solo podía tener un motivo para escribirle al club: evitar que Jane reconociera su letra en el sobre y sospechara algo. Era evidente que había cambiado de idea.

La llevó a cenar a un restaurante del Soho que le había recomendado Frank Harris y que tenía unos reservados a los que se podía acceder sin tener que pasar por el comedor principal. Tocabas un timbre que había junto a una puerta sin cartel alguno, en la calle, y un camarero te abría y te conducía escaleras arriba hasta una habitación con una pequeña mesa redonda, preparada para dos comensales, con un decantador de vino y un par de vasos que brillaban debajo de una lámpara de araña, unas cortinas de terciopelo rojo corridas delante de las ventanas y un diván en la sombra, más allá del círculo de luz, donde podías relajarte después del festín...

—**Dorothy describió esa habitación en su novela** La mano izquierda del amanecer.

—Y con mucha exactitud, teniendo en cuenta que la escribió veinticinco años después. Debió de tomar algunas notas en cuanto llegó a su casa esa misma noche.

—**También describió cómo os desvestisteis después de cenar, y cómo tú estuviste tarareando una melodía desafinada en voz baja mientras doblabas tu ropa, y que ella descubrió que no le gustaba tu cuerpo cuando te vio desnudo. «Su cuerpo no era hermoso. Ella no pudo encontrar nada que adorar (...) junto con la ropa habitual, algo de su esencia parecía haber desaparecido.»**

—Sí, lo vi en su cara. Debo decir que aquello me desconcentró bastante. Lo cierto es que nunca me he creído el David de Miguel Ángel, pero al menos estoy mejor dotado que él. Realmente me desalentó la manera en que se me quedó mirando. Me pareció extraordinariamente tranquila para ser una mujer que estaba a punto de perder la virginidad. Se hallaba ahí de pie, completamente desnuda, con las manos a ambos lados del cuerpo, y no daba muestras de vergüenza ni de timidez ni de deseo. Fue como una ducha fría justo en el momento en que uno menos la necesita. Por primera vez en una situación semejante, tuve miedo de la impotencia. Y ella pareció notarlo, porque se ablandó y se me acercó y me dio un abrazo, y después dijo una cosa muy rara.

—**«Acaba de nacer mi bebé.» Sale en la novela. ¿A qué se refería?**

—No tengo ni idea. En el libro queda claro que ella tampoco lo sabía. Yo me limité a repetírselo y después le dije: «Acostémonos abrazados y ya está», y eso fue lo que hicimos. Nos tapamos con una manta y dormimos un par de horas, y después nos vestimos y fuimos a un sitio italiano que ella conocía y tomamos un café.

Más tarde, cuando él la acompañó al taxi y le puso en la mano una moneda de un soberano para que pagara la carrera, le dijo:

—Ven a Sandgate este fin de semana.

—No puedo, voy a ir a ver a mi hermana —contestó ella, a lo que él replicó:

—Entonces, ven el fin de semana siguiente.

Dorothy accedió. Él sabía que debía actuar lo antes posible para compensar la debacle de aquella noche, y era muy consciente de la conversación que había tenido hacía poco con Jane, cuando ella le exigió que fuera franco con respecto a las mujeres a las que veía. Aún no había hecho la prueba de contarle nada semejante, pero mientras tomaba café con Dorothy, sin apenas prestar atención a cómo esta parloteaba con el *padrone*, se le ocurrió que aquella era una buena ocasión para hacerlo.

Al día siguiente, mientras pasaban el rato sentados en la sala de estar después de la cena, él con su periódico y Jane con su costura, le dijo:

—Ayer vi a Dorothy en Londres. La invité a cenar.

—¿Ah, sí? ¿Cómo está?

—Muy bien. Ha vuelto hace poco de unas vacaciones estupendas en los Alpes berneses.

—Qué bien. Creo que necesitaba unas vacaciones. La última vez que vino, me pareció que estaba agotada. Pronto va a parecer una vieja solterona.

—Pues esa es la cosa, precisamente. Está cansada de ser virgen.

Jane levantó la vista del calcetín que estaba zurciendo y lo miró fijamente.

—¿Eso te lo ha dicho ella?

—Parece que su novio ruso es un pusilánime y no quiere complacerla. Quiere que yo le haga el amor.

—¿Y tú quieres?

—Sí —dijo sencillamente él—. Sabrás que siempre ha habido una especie de atracción sexual entre nosotros...

—Desde luego. Está obsesionada contigo.

—Pero ella nunca lo admitiría. Eso siempre ha sido como una barrera entre nosotros, una fuente de irritación y de frustración. Por eso siempre estamos discutiendo: la discusión es una sublimación del sexo. Por eso siempre hay una especie de tensión en el ambiente cuando viene ella. Me gustaría librarme de esa tensión.

—Pues deberías hacerlo —dijo Jane, y volvió a centrarse en el calcetín.

Los dos se quedaron un momento en silencio.

—La he invitado a que venga dentro de dos fines de semana —dijo él.

—Muy bien —dijo tranquilamente Jane—. No tenemos ningún plan para ese fin de semana.

—Estupendo —dijo él, y pasó la página del periódico.

No volvió a hablarse del tema, y él tampoco le dijo nada explícito a Dorothy cuando ella se presentó en la casa el sábado acordado, pero los tres eran plenamente conscientes de lo que iba a suceder. Dieron el paseo rutinario de después de comer y charlaron de libros mientras tomaban el té, como de costumbre, pero a él le pareció que se movían como si estuvieran en trance y hablaban como si recitaran unas palabras que hubiesen memorizado de antemano. Después de cenar, las dos mujeres interpretaron un par de dúos de piano para él, como muchas otras veces, mientras él las observaba repantingado en su sillón, reflexionando sobre la curiosa relación que ellas mantenían. Disfrutaban compitiendo para ver quién era más lista y haciéndose comentarios mordaces. Dorothy se burlaba de Jane por meterse demasiado en su papel de ama de casa quisquillosa y le decía que siempre estaba mullendo los cojines y alisando las cortinas y colocando bien las flores de los jarrones. Por su parte, Jane criticaba a Dorothy por vivir en un mundo de fantasía, por ser poco práctica, por su pasiva aceptación de aquel trabajo que tenía, afirmando que así no se iba a ningún lado. A él siempre le daba la impresión de que en realidad no se caían nada bien, de que ni siquiera se habían caído bien de niñas, y, sin embargo, existía entre ellas una simbiosis que era más fuerte que el hecho de caerse bien o no, y que se plasmaba en el espectáculo que daban cuando se ponían a tocar el piano, concentrándose y colaborando para complacerlo a él. Se sentía como un pachá que hubiera hecho llamar a sus dos esposas favoritas del harén, y durante unos momentos se permitió soñar que las gozaba simultáneamente aquella noche, aunque resultaba difícil imaginarse a dos mujeres menos dispuestas a participar en una orgía.

Lo que siguió tuvo lugar de manera silenciosa y discreta. Él acompañó a Jane a su habitación para darle las buenas noches, la besó solemnemente y se retiró a su dormitorio, donde estuvo leyendo durante una hora. Después, vestido apenas con una bata, recorrió lentamente el pasillo hasta el otro extremo de la casa, donde se encontraba el cuarto de invitados. Dorothy, como él esperaba, no había cerrado el pestillo. Entró en silencio y cerró la puerta a su espalda.

—Aquí dentro hace frío —dijo—. Debe de haber una ventana abierta.

Ella no dijo nada, pero se movió en la cama e hizo un ligero ruido para indicarle que estaba despierta. La habitación estaba casi completamente a

oscuras, pero él no encendió la luz ni descorrió las cortinas; no tenía ninguna gana de permitir que ella lo viera desnudo de nuevo. Logró llegar a tientas hasta la cama y dejó caer la bata al suelo. Sus ojos se habían ido acostumbrando a la oscuridad, de modo que la vio levantar las sábanas y se metió en la cama junto a ella. Ella estaba desnuda, y acostada sobre una toalla, un detalle considerado, aunque también ligeramente clínico: era como una paciente tumbada en una mesa de operaciones. Él hizo lo que había ido a hacer y concluyó rápidamente. No fue nada extático; no esperaba que lo fuera. Salió de la cama y se puso la bata.

—Buenas noches, querida —le dijo, y se inclinó para besarla.

—No estoy aquí —dijo ella. Era la primera vez que hablaba.

—Ya regresarás —dijo él— y será mejor. No les des ninguna importancia a estos preliminares.

De hecho, no volvieron a acostarse en Spade House nunca más. Se vieron un par de veces en un sórdido hotel que estaba cerca de la estación de Paddington, pero Dorothy siempre parecía indecisa sobre si realmente quería tener una aventura con él. Después se mudó, instalándose en un apartamento de un solo dormitorio que compartía con una compañera de un club de mujeres al que se había unido, una solterona empedernida de cuarenta años que se llamaba señorita Moffat. Era como si quisiera asegurarse de que no podría recibirlo en su cama, y él empezó a perder la paciencia. Lo único positivo que salió de todo aquel asunto fue que su acuerdo con Jane ahora parecía tener una base más sólida.

—Pero después de eso no le hablaste de todas las mujeres con las que estuviste...

—Pues no, de todas no. Pero cuando estaba con alguien que ella conocía, o que podría conocer, o de la que podía oír hablar, se lo contaba. Marcó una gran diferencia. Creo que ella se sentía mejor, más fuerte, por estar enterada. Es curioso. Con el tiempo, llegó a aceptar que tuviera amantes duraderas y *passades*, y de hecho hasta me daba consejos sobre ellas y les escribía cartas muy cordiales y les enviaba regalos. Había gente que pensaba que aquello era extraordinario: extraordinariamente tolerante o extraordinariamente depravado. En cualquier caso, era coherente con los principios del amor libre por los que ambos nos habíamos guiado al fugarnos juntos.

—Así que era una especie de matrimonio abierto, pero solo abierto por tu lado.

—Jane no quería tener amantes.

—¿Estás seguro? Escribió algunos cuentos sobre mujeres que se sentían atrapadas, cuyo matrimonio no era nada satisfactorio, que anhelaban tener alguna aventura romántica. Tú los recopilaste en *El libro de Catherine Wells*. ¿Podemos echarles un vistazo?

Se dirige a la biblioteca y coge *El libro de Catherine Wells. Con introducción de su marido, H. G. Wells*, publicado en 1928, un año después de que ella muriera de cáncer. En Chatto & Windus hicieron una edición muy bonita. Los tres retratos fotográficos de Catherine en distintos momentos de su vida no aparecen impresos en la página, sino colocados como en un álbum de fotos. ¡Qué guapa era!

—Pero qué triste se la veía siempre en las fotos, incluso en las más espontáneas, cuando no estaba posando. ¿Tienes alguna en la que salga sonriendo?

—No lo sé.

—Si tuvieras alguna, lo sabrías.

—Recuerdo que sonreía y se reía muchas veces. Con eso me basta.

—Uno de sus últimos cuentos, «En un jardín vallado», es muy interesante: ahí hay un eco de tu cuento «La puerta en el muro», solo que, en el caso de ella, el jardín es una cárcel, no un paraíso. La protagonista está casada con un poeta y literato soso y egocéntrico llamado Bray que le cambia el nombre por uno que le gusta más, igual que tú llamabas Jane a Catherine, y que no la satisface sexualmente...

—Pero porque le hace el amor «con gran delicadeza y reverencia», lo cual no es mi estilo en absoluto.

—Bueno, pero esa es la típica forma que tienen los escritores de ocultar sus fuentes autobiográficas, ¿no? Basta con invertir los hechos: en vez de un amante demasiado rudo, uno demasiado tímido. Jane aprendió ese truco de ti. Y, en cualquier caso, eso no afecta al asunto central del cuento, que es que la protagonista está insatisfecha sexualmente, de modo que, cuando se presenta en su casa un fotógrafo joven y guapo para

hacerle un retrato a su marido, que está ausente, ella se enamora al instante. «¡Mi compañero! ¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!», piensa, y decide tomar la iniciativa la siguiente vez que lo vea, pero él no vuelve a la casa y ella no lo ve nunca más. Como consecuencia, decide buscar la satisfacción en la maternidad. La última frase del cuento es: «Pero lo que ella deseaba no era tener un bebé de Bray».

—Sí, bueno, admito que, cuando leí ese cuento, sentí una punzada de desasosiego. Se publicó en una revista que tenía muy poca circulación, pero me imaginaba que iba de mano en mano entre mis amigos (y mis enemigos) y que todos se reían de mí. «¡Jane se ha vengado, está claro!», «H. G. ha encontrado la horma de su zapato». Cosas así. Por supuesto, no le dije nada a Jane sobre ese aspecto del cuento. Ella me enseñó el manuscrito del primer borrador, como hacía siempre, y yo me limité a hacerle algunos comentarios de carácter estrictamente literario. Me acuerdo de que cuestioné lo de «¡Mi compañero! ¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!». Me pareció un tanto impropio, algo digno más bien de D. H. Lawrence, pero ella no quiso cambiarlo.

—No habría sido nada justo que protestaras por el contenido, teniendo en cuenta que tú hablabas muy a menudo de matrimonios insatisfechos en tus novelas, y que algunas de las esposas se parecían a Jane en unas cuantas cosas.

—Desde luego. Ella tampoco protestó nunca por eso. Nuestro acuerdo incluía que yo era libre de emplear situaciones o episodios procedentes de nuestra vida en mis libros. Si uno escribe sobre la vida en el mundo contemporáneo, no tiene más remedio que recurrir a su experiencia. Pero ese cuento y algunos otros suyos me hicieron pensar, con bastante tristeza, sobre todo después de su muerte, que había cierto anhelo romántico insatisfecho en Jane (o, mejor dicho, en Catherine). Por eso titulé el libro *El libro de Catherine Wells*.

—Catherine era la mujer que tenía unas aspiraciones románticas insatisfechas. La parte de sí misma que reprimió al aceptar que le cambiaras el nombre y empezaras a llamarla «Jane».

—Esa es una manera un poco hostil de plantearlo. Yo no creo que tuviera una libido que reprimir. Como digo aquí, en mi introducción a los cuentos, «El deseo está ahí, pero no se trata de un deseo activo y enérgico, sino de un deseo

de belleza y dulce compañía. Hay un amante que nadie ha visto nunca, cuya existencia no está demostrada, en el centro de este deseo. La frustración ronda este deseo».

—Pero imagínate que hubiera sido más activo y enérgico. Imagínate que no se hubiera quedado frustrado indefinidamente. Imagínate que se hubiera buscado un amante.

—Entonces yo habría enloquecido de celos.

—Lo admites.

—Otelo habría palidecido a mi lado.

—A pesar de creer en el amor libre.

—Creo en el amor libre como un ideal al que hay que aspirar. Por desgracia, siempre existe el riesgo de que se derrumbe a causa de los celos. Yo prediqué en contra de los celos en muchos de mis libros, pero nunca pude librarme de ellos del todo. En algunas ocasiones, me poseyeron por completo —cuando Isabel volvió a casarse, por ejemplo, o cuando Moura volvió a Rusia en el 34 para ver a Gorki y me mintió al respecto—, pero Jane nunca me provocó una reacción semejante.

—Fuiste muy afortunado.

—Es cierto.

Curiosamente, el único momento en que temió haber descubierto una infidelidad de Jane fue unas semanas después de que ella muriera, en octubre de 1927, y justo después de una etapa en que, debido a su enfermedad terminal, se sintieron más unidos de lo que habían estado en años. Él se encontraba en el sur de Francia —en esa época solía pasar buena parte del año allí— cuando recibió un telegrama de Frank en el que le contaba que a Jane le habían diagnosticado un cáncer incurable. Ella había estado sintiéndose mal durante un tiempo, pero no le había dado mucha importancia y, en un gesto típicamente suyo, se había sometido a una operación exploratoria sin decírselo, para no causarle molestias. Él regresó inmediatamente a su casa de Easton Glebe y pasó los cinco meses siguientes junto a Jane, mientras ella iba empeorando poco a poco. Su fortaleza, su paciencia y su falta de autocompasión le parecían admirables, y trató de cuidarla lo mejor posible. Ella solo quería sobrevivir lo suficiente para ver casado a Frank, pero lamentablemente falleció el día anterior a la fecha en que estaba programada

la boda, que se iba a celebrar en Easton porque la novia procedía de allí. La pareja se casó en la intimidad, se cancelaron los festejos y se organizó un funeral, a la semana siguiente, al que él invitó a una gran cantidad de amigos y en el que dio bastante la nota, ya que estuvo sollozando ruidosamente mientras un amigo suyo, el especialista en lenguas clásicas T. E. Page, leía un panegírico que había escrito él pero que no se sentía capaz de leer. «Hoy nos hemos reunido en esta capilla —comenzaba— para despedir a nuestra muy querida amiga, Catherine Wells. Nos aqueja una profunda tristeza, pues la muerte se la llevó en medio de la vida, cuando todos esperábamos poder contar durante muchos más años con su valentía y su dulzura. Falleció víctima del cáncer, ese enemigo aún indómito de la felicidad humana. A lo largo de los meses fueron flaqueando sus fuerzas, pero nunca flaquearon ni su valor ni su bondad. Hasta el final, afrontó su destino con serenidad, y dedicando una sonrisa amable y constante a todos los que la atendieron.»

Desde hacía unos cuantos años, Jane tenía alquilado un pequeño apartamento en Bloomsbury, no lejos del Museo Británico. Era una especie de refugio, un sitio únicamente para ella. Ni él ni ningún otro miembro de la familia habían entrado allí nunca. Jane no lo empleaba con demasiada frecuencia, y rara vez pasaba allí más de unas horas. Lo usaba para escribir. Le resultaba difícil, según decía, escribir sus propios textos cuando estaba en la casa de Easton o en el piso que tenían en Londres, rodeada de diversas pruebas de lo prolífica que era la carrera literaria de su marido, y siempre atareada ayudándolo a gestionar su ingente obra. Él lo entendía y la animó a que alquilara aquel apartamento y dispusiera de «una habitación propia», como titularía Virginia Woolf, unos años más tarde, un libro que se convertiría en uno de sus favoritos de esta autora. Al pagar la renta, le había dicho a Jane, en broma, que confiaba en que no emplearía aquel apartamento como nidito de amor, generando en ella, como única respuesta, una débil sonrisa y un gesto de negación con la cabeza. Él nunca había tenido la más mínima sospecha de que ella pudiera hacer nada semejante hasta el día, poco después del funeral, en que, mientras se ocupaba melancólicamente de poner orden en algunos asuntos de Jane y de deshacerse de sus efectos personales, abrió el cajón del escritorio de su mujer, sacó un llavero donde figuraba la dirección de Bedford Place y se dirigió hacia allí para recoger todas sus pertenencias.

Durante el viaje, lo afligió el temor a descubrir en el apartamento alguna

prueba de una vida romántica secreta, de un amante con el que quizá ella se viera allí sin que él lo supiera. Se dijo que aquella era una idea ridícula, pero no logró quitársela de la cabeza. Tal vez fuera su propia imaginación de escritor lo que alentaba esa sospecha, pues era precisamente el tipo de giro que se le ocurriría a un novelista: un adúltero empedernido tiene que hacer frente a la evidencia de que su sumisa mujercita le ha puesto los cuernos cuando ya no puede acusarla... O tal vez todo fuera producto de su mala conciencia, que lo castigaba con aquellos perturbadores pensamientos por no haber amado lo bastante a Jane mientras aún vivía. Fuese cual fuese el motivo, estaba lleno de recelos y casi temblando cuando llegó a la casa, hasta el punto de que no le resultó nada fácil meter la llave en la cerradura del portal ni en la del apartamento de Jane.

En cuanto entró, sin embargo, sus temores se desvanecieron. El apartamento era pequeño y estaba escasamente amueblado. Había un estrecho diván cama, un escritorio y una silla junto a la ventana, una butaca, una estantería llena de libros y una cómoda. Había algunos grabados en las paredes, bodegones y marinas, y un jarrón con unas flores secas sobre la chimenea, al lado de una estufa de gas. Todo estaba muy ordenado: la cama quedaba oculta bajo una colcha que se ajustaba perfectamente al colchón, los cojines que había encima de ella se hallaban distribuidos de forma simétrica y todo el material de escritura estaba dispuesto con meticulosidad sobre el escritorio. Era una habitación que denotaba castidad con tanta elocuencia como la celda de una monja. En los cajones del escritorio, encontró los manuscritos de los cuentos y poemas de Jane. Ella ya se los había enseñado, en su mayor parte, y los que él nunca había leído no contenían ningún indicio de amoríos insospechados. Sin embargo, en conjunto, aquellos textos sugerían un melancólico arrepentimiento, una pesarosa conciencia de que había una zona de la vida, la zona de la pasión, que a su autora le había sido vedada. Se trataba de una insinuación que brotaba de esas páginas escritas a mano, una insinuación tan delicada e intangible como el ligero rastro del perfume favorito de Jane, que flotaba en el aire de la habitación cerrada. Sentado frente a su escritorio, él decidió recopilar sus mejores textos en un libro que sería un homenaje a su mujer.

—Y, entonces, ¿cuándo dejasteis Jane y tú de tener relaciones

sexuales?

—No lo sé. No me acuerdo. No fue algo que acordáramos explícitamente. Los intervalos entre un acto y otro se fueron volviendo cada vez más largos, y al final dejamos de acostarnos.

—**Pero debes de tener una idea aproximada de cuándo fue.**

—Probablemente en 1907 o 1908. Quizá en 1909.

—**En la época de tus aventuras con Rosamund Bland y Amber Reeves.**

—Pero no es que Jane se pusiera celosa ni se enfadara conmigo por estar con esas chicas y me dijera: «No vuelvas a mi habitación nunca más». De hecho, siempre fue una buenaza. En aquella época, yo no habría podido sobrevivir sin su apoyo, sobre todo durante mi aventura con Amber. Esa relación estuvo a punto de destruirme, ¿sabes? Me volví loco de ansiedad. Me parecía que todo aquello por lo que había trabajado durante la década anterior se me estaba yendo completamente de las manos: mi carrera literaria, mis objetivos políticos, mi vida privada..., y todo al mismo tiempo.

—**Bueno, tú te lo buscaste.**

—Sí, yo me lo busqué.

TERCERA PARTE

1

En 1902, ya había alcanzado una posición con la que no habría podido soñar diez años antes, ni siquiera cinco. Poseía una casa que había diseñado un arquitecto siguiendo sus instrucciones, y aunque la construcción de la misma había ido acompañada de numerosas y pequeñas frustraciones y demoras, dándole la impresión de que en aquella rama no se habían logrado grandes mejoras desde la construcción de las pirámides, a la vista del resultado final quedó claro que la espera había merecido la pena. La casa estaba diseñada pensando en la comodidad y la funcionalidad, y no, como tantas otras, en que sirviera para alardear del estatus social de su propietario. El alzado frontal era sencillo, y el porche y la puerta principal tenían proporciones modestas. Lo más interesante que se veía desde las ventanas de ese lado era el funicular de Sandgate, que funcionaba gracias a un ingenioso sistema de energía hidráulica y que transportaba pasajeros hasta lo más alto de las praderas de Folkestone; se trataba de algo fascinante para quienes tuvieran una mentalidad técnica, pero no resultaba nada pintoresco. El principal atractivo de la casa era su parte de atrás, que daba al sur y cuyas superficies de yeso grueso pintadas de blanco reflejaban la luz y absorbían el calor del sol. También había una terraza muy tentadora y dos zonas de césped, una de las cuales era lo bastante grande como para jugar al bádminton. Más allá del borde del jardín, el terreno se hundía abruptamente, y entre los árboles se veía el canal de la Mancha. En el límite de la propiedad que daba al oeste, de espaldas a la casa, había una pequeña construcción de ladrillo con el techo bellamente azulejado. La idea de Voysey era que fuese el cobertizo del jardinero, pero él se apoderó rápidamente de ella y la convirtió en un segundo estudio. Durante los meses de verano, cuando hacía buen tiempo, solía levantarse al amanecer e instalarse allí a escribir unas cuantas horas antes de desayunar, levantando

la vista de su bloc de vez en cuando para disfrutar del paisaje: se veía cómo iba cobrando vida Sandgate High Street, lejos, muy abajo, y cómo la boscosa colina que se alzaba tras la aldea se iba iluminando al salir el sol, y cómo rompían en silencio las olas en la playa de guijarros que se extendía hacia el oeste, junto a la bahía de Saint Mary, hasta llegar a Dymchurch. Al inhalar la dulce y fresca brisa marina que entraba por la puerta, a veces recordaba el dormitorio de Mornington Street, donde tenía un pequeño escritorio apretado entre la cama y una cómoda, y desde el que se veía un patio de lo más sórdido rodeado por los muros tiznados de otras casas idénticas a la suya, y reflexionaba, lleno de satisfacción, sobre lo lejos que habían llegado Jane y él desde entonces.

En términos literales, Londres solo estaba a unos ciento diez kilómetros de distancia, y, aunque la South Eastern Railway Company lograba apañárselas para que el viaje durara dos horas y cuarto, este no resultaba lo bastante tedioso como para disuadir a sus amigos de que fueran a pasar allí un fin de semana; de hecho, solían tener muchos invitados. Iba Gissing, iba Bennett y, cuando empezaron a rondarlo los fabianos, Beatrice y Sidney Webb iban también, así como los Shaw y otras celebridades pertenecientes a la Sociedad. Él disfrutaba recibiendo a amigos y conocidos de la metrópolis, alternando las partidas de bádminton con las conversaciones literarias y las bromas, y Jane era una anfitriona muy eficiente, aunque un tanto nerviosa. No es que la localidad careciera de sus propias celebridades. Henry James vivía en Rye, no lejos de allí, y tenían una relación muy cordial desde que Jane y él llegaron a la zona en el año 98, cuando estuvo postrado en New Romney durante la última fase de sus problemas renales. Allí, el riñón dañado había dejado de funcionar por completo y él se había quedado con solo uno sano, que desde entonces había cumplido con su cometido a la perfección. James y Edmund Gosse, que estaba de invitado en su casa, fueron a visitarlo en bicicleta desde Lamb House y le preguntaron amablemente si necesitaba apoyo financiero del Royal Literary Fund. Se pusieron muy contentos, además de quedar visiblemente impresionados, cuando él les dijo que no y les contó que estaba pensando en instalarse en la zona y construirse una casa con los derechos de autor que cobraba por sus novelas.

Por fortuna, al principio de su breve carrera como crítico teatral para la *Pall Mall Gazette*, unos años antes, había reseñado positivamente la

desastrosa obra de James *Guy Domville*, y esto permitió que surgiera entre ellos una amistad basada en la admiración mutua y —debido a que la naturaleza de sus obras era tan diferente, y tan amplia la distancia que los separaba en edad— en una feliz falta de rivalidad. Dicha amistad se ejerció, sobre todo, por correspondencia, puesto que James siempre encontraba alguna excusa para declinar las invitaciones a Spade House, tal vez por miedo a no ser capaz de elogiar la casa de manera convincente (la información de que todas las habitaciones tenían cuarto de baño parecía perturbarlo), pero esto quedaba compensado con creces por las extravagancias barrocas de su estilo epistolar: «Usted, con una magnanimidad tan notoria como para resultar cegadora, me envió el verano pasado un volumen hermoso y desalentador que nunca le agradecí como merecía, debido a que fui incapaz de hallar la combinación adecuada de minutos y términos para hacerlo; y después, con plena conciencia de que este bochorno me había reducido prácticamente a una trémula papilla, me lanza este rayo que ha acabado conmigo del modo en que, abrumado por la angustia, le estoy relatando». De esta forma tan impresionante se disculpaba James por no haber acusado recibo de *Cuando el dormido despierte* antes de recibir *Cuentos del espacio y del tiempo*. Habían tomado la costumbre de intercambiar ejemplares de los libros que iban publicando y elogios sobre ellos. Las alabanzas de James siempre quedaban matizadas por alguna reserva que se insinuaba solo levemente y que aparecía disfrazada de elogio. «Voy reescribiendo su libro a medida que lo leo, lo cual es el más alto homenaje que mi maldita impertinencia puede rendirle a un autor», le escribió James tras leer, con bastante demora, *La máquina del tiempo*. En cualquier caso, a él le gustaba tener aquella conexión íntima con el exponente más distinguido, aunque no más popular, en lengua inglesa de la concepción de la novela como forma artística.

Había otros dos novelistas de creciente reputación que vivían en la misma zona de Inglaterra, donde el este de Sussex limita con el oeste de Kent, a los que pronto conoció y apreció: Ford Madox Hueffer y Joseph Conrad, que eran amigos entre sí y escribían obras en colaboración de vez en cuando. Al verlos juntos, parecía improbable que colaboraran: Hueffer, alto y rubio, llevaba bigote y era informal y extrovertido; Conrad, por el contrario, era bajito y moreno, llevaba barba y tenía una actitud bastante hosca. Él, en la intimidad, los apodó la Morsa y el Carpintero, por los prominentes dientes delanteros de

Hueffer. «Fordie», como lo llamaban familiarmente, siempre estaba tratando de captar a otros escritores para que se sumaran a su causa, la modernización de la escritura en lengua inglesa, y el polaco Conrad, capitán de navío retirado, aportó a su proyecto una seriedad característica de la Europa continental y un cofre del tesoro lleno de experiencias aventureras, aunque se le escaparan los matices de la comedia costumbrista inglesa.

—Querido Wells, ¿a qué viene tanto alboroto con Jane Austen? —solía preguntarle, frunciendo el ceño y gesticulando—. ¿Qué le ven? ¿A qué viene tanto alboroto?

El hecho de que James, Hueffer, Conrad y él vivieran en la misma zona parecía augurar el surgimiento de un nuevo grupo literario, al que durante un tiempo se sumaron Stephen Crane, un escritor norteamericano joven y brillante, autor de *El rojo emblema del valor*, y la hermosa Cora, que se hacía pasar por su esposa pero que en realidad estaba casada con otro hombre y que, según los rumores, había regentado un burdel en el salvaje oeste de los Estados Unidos. Los Crane habían llegado a Inglaterra en 1897 y habían alquilado una mansión enorme y destartada en Brede, cerca de Rye, donde celebraron una memorable fiesta de Nochevieja que comenzó el 31 de diciembre de 1899 y se extendió a lo largo de tres días de comilonas, brindis, juegos y actuaciones teatrales. Henry James estaba invitado pero declinó prudentemente. Asistieron tantas personas que todos los hombres y mujeres tuvieron que compartir los dormitorios, aunque, eso sí, segregados por sexos. A diferencia de Spade House, Brede Place solo tenía un cuarto de baño, que estaba reservado para las damas, por lo que a primera hora de la mañana podía verse a los caballeros dirigiéndose a un bosquecillo cercano, abstraídos y con aire pensativo, fingiendo no darse cuenta de la presencia de los demás. A pesar de estos inconvenientes, la mayor parte de los invitados disfrutó del evento. El pobre Crane, por su parte, ya estaba evidentemente muy enfermo de la tuberculosis que acabaría con su vida seis meses más tarde en una clínica suiza. Él echó mucho de menos a Crane; lo consideraba un hombre valiente y encantador, cuya muerte, trágicamente prematura, lo hacía sentirse aún más afortunado, ya que pensaba que bien podría haber sido él quien falleciera de un modo semejante.

Por lo tanto, ahí estaba él en 1902, el orgulloso propietario de Spade

House, un paterfamilias con un hijo rebosante de salud, muy respetado en la comunidad local (le habían pedido que fuera magistrado del distrito), disfrutando de una intensa y variada vida social, teniendo relaciones cordiales con un círculo cada vez más amplio de escritores y pensadores importantes y siendo cada vez más valorado, también él, como escritor y pensador. *Anticipaciones* se estaba vendiendo tan rápido como si fuera una novela, y la conferencia que dio en la Royal Institution en enero, «El descubrimiento del futuro», se imprimió a toda velocidad para las hordas que no habían podido conseguir entradas para el acto. Pero aquel mismo año escribió otro libro muy distinto que dejó perplejos a muchos de sus nuevos admiradores, una novela corta titulada *La dama del mar*. Se trataba de una variación del mito de las ondinas que jugaba a combinar elementos fantásticos y realistas incompatibles, pero cuyo tema era serio. Una familia de clase media, los Bunting, que vivían en una casa frente a la playa de Sandgate, veían un día a una bella joven nadando en el mar. Parecía hallarse en dificultades, de modo que la rescataban y la llevaban a la costa envuelta en una manta, que ocultaba una cola. Todo el mundo se quedaba fascinado con ella, especialmente un joven llamado Charteris, destinado a tener una exitosa carrera política en las bancas liberales del Parlamento. Charteris se enamoraba de la sirena, para consternación de su prometida, Adeline, que adoraba las novelas de la señora de Humphry Ward y estaba muy comprometida con la mejora de las condiciones de vida de los pobres, una ambición de la que se burlaba la dama del mar: «¿Cuáles son las condiciones de vida de los pobres? Un monótono echarse sobre la cama de la existencia, un miedo constante a las consecuencias de sus actos que los perturba constantemente, porque ignoran que todo es un sueño (...). ¿Y qué le importan a ella las condiciones de vida de los pobres, al fin y al cabo? Con lo que ella sueña es con hacer el bien de una manera llamativa, con afirmarse, con controlar los asuntos de los desfavorecidos entre agradecimientos y elogios y bendiciones». El enigmático lema de la dama del mar era: «Hay sueños mejores». Charteris vacilaba entre el llamado del deseo y el llamado del deber, y al final sucumbía al primero y se sumergía bajo las olas abrazado a la dama del mar.

La idea de escribir este libro surgió de una experiencia que él mismo tuvo en la playa de Sandgate en el año 1900. Mientras se estaba construyendo Spade House, alquilaron una casa vacacional llamada Arnold House, que

formaba parte de una fila de edificaciones cuyos jardines traseros se extendían hasta la costa, lo cual resultaba muy conveniente para que pudieran bañarse juntas personas de ambos sexos, actividad que todavía se consideraba un tanto atrevida en la conservadora Sandgate. Una mañana en que hacía muy buen tiempo, salió a dar un paseo por la playa aprovechando que había marea baja, y, cuando ya regresaba a la puerta de su jardín, oyó unos gritos de «¡Tío Bertie!» que procedían del mar. Se volvió y vio, avanzando hacia él desde la orilla, donde rompían las olas, una imagen de una belleza trascendental, una encarnación de *El nacimiento de Venus* de Botticelli.

Era May Nisbet, la hija de E. F. Nisbet, que era el crítico teatral del *Times* en la época en que él escribía reseñas para la *Pall Mall Gazette*. Nisbet, de hecho, había escrito una crítica devastadora de *Guy Domville* que todavía hacía sufrir a Henry James cuando la recordaba, pero él nunca le había confesado que conocía personalmente al crítico. Se habían visto bastantes veces en los estrenos, y Nisbet, periodista con experiencia, se había encariñado con él y le había dado unos cuantos consejos sobre el oficio. Con el tiempo habían llegado a tener una relación lo suficientemente íntima como para que Nisbet le confiara que tenía una hija ilegítima en un colegio de Goudhurst, en el condado de Kent, y, cuando, de repente, cayó enfermo, le había enviado un mensaje que comenzaba diciendo «Mi querido Wells», en el que le suplicaba que cuidara a aquella chica tras su muerte, que había acontecido al poco tiempo. Por lo tanto, él había seguido pagando el colegio, había invitado a la chica a Sandgate alguna vez a pasar unas vacaciones y le había dicho que lo llamara «tío Bertie». Cuando se hizo cargo de ella, era una adolescente desgarbada y llena de granos, pero aquel verano, ya con diecisiete años, se había convertido en una belleza impresionante. Ahora, caminando hacia él con un traje de baño mojado e iluminada por el sol de la mañana, parecía una joven diosa. Su bañador era el de una colegiala, carecía de las florituras y los faralaes propios de la alta costura, y le quedaba bastante pequeño, motivo por el cual resultaba todavía más revelador. La cubría desde el cuello hasta la mitad de las pantorrillas, pero se le adhería como una segunda piel a todos los contornos de su cuerpo perfecto y joven, hasta el punto de que él pudo advertir, cuando la chica se le acercó sonriente, los pezones de sus protuberantes pechos. Parecía el paradigma de la feminidad joven, limpia, saludable y ligeramente bronceada, y él sintió una ola de deseo

irrealizable hacia ella.

—Buenos días, tío Bertie —le dijo, quitándose el gorro de baño y dejando que su larga melena le cayera sobre los hombros—. ¿No te bañas?

—*No, quiero arrancarte ese traje de baño y lamer el agua salada de cada centímetro de tu delicioso cuerpo y después hacer el amor aquí en la arena con urgencia, en éxtasis, como un sátiro con una ninfa en alguna isla del Egeo* —quería decirle, pero lo que dijo fue—: Quizá más tarde. Prefiero meterme en el agua cuando la marea está más alta.

Tal vez ella se diera cuenta de que él la estaba mirando fijamente mientras le hablaba, porque se sonrojó y se puso a buscar con la mirada la toalla y el albornoz que había dejado en un punto más alto de la playa.

—Más me vale entrar y cambiarme —le dijo.

—Sí, no vayas a coger frío —dijo él, y no pudo evitar añadir—: Te has convertido en una mujercita preciosa, May.

Ella volvió a sonrojarse, sonrió tímidamente y murmuró algo parecido a «Gracias». Él se quedó observándola mientras se alejaba por la playa, apreciando los alternativos ascensos y descensos de cada nalga por debajo del faldón que las ceñía, hasta que encontró su toalla y su albornoz sobre unas piedras secas y se cubrió. Solo entonces se volvió para mirarlo y saludarlo con la mano. Él le devolvió el saludo.

May tenía ciertas aptitudes para la música, por lo que él le había propuesto pagarle los estudios de maestra escolar de música; ella había aceptado muy agradecida. Pero al margen de aquello, era una chica más bien boba y poco imaginativa, cuyo único atractivo residía en su belleza física. Si él se hubiera aplicado en seducirla, probablemente lo habría logrado, pero, por supuesto, la idea estaba descartada por una cuestión de honor y de sentido común. Durante el resto de aquellas vacaciones, se limitó a flirtear con ella de una forma cariñosa y paternal, entreteniéndose al ver el estado de vergüenza, placer y confusión en que la sumía incluso el más discreto de sus piropos. Pero la imagen de May surgiendo de entre las aguas como Afrodita permaneció en su interior y, a partir del deseo que había despertado en él aquella mañana, inventó la historia de la dama del mar y su atractivo fatal.

El significado de la historia es ambiguo; ni siquiera su autor estaba muy seguro de cuál era. La dama del mar era inmortal, pero su inmortalidad suponía una carga para ella. Envidiaba a los seres humanos «porque tenéis un

final a la vista», pero también los criticaba porque «empleáis muy mal el poco tiempo del que disponéis». Su atractivo de sirena resultaba fatal para el protagonista, pero ella decía las mejores frases del libro. ¿Se trataba de una fábula que ilustraba el efecto destructor del amor sexual o que celebraba su capacidad para la trascendencia? Su autor no lo tenía del todo claro. Era como si, vacilante en el umbral de una nueva etapa de su vida, se hubiera visto repentinamente afligido por una serie de dudas y estuviese tratando de resolverlas y superarlas por medio de aquel relato fantástico. Le salió bien, ya que al final del año decidió ingresar en la Sociedad Fabiana y, de ese modo, se comprometió con una causa política radical. Tenía plena conciencia de que podría haberse instalado en Spade House para labrarse cómodamente una carrera literaria. Si seguía ese camino, lo esperaba un futuro de trabajo tranquilo y gratificante, alterado ocasionalmente por entretenidos cotilleos e intercambios de elogios en instituciones y eventos literarios, lo cual, con el tiempo, lo llevaría a ser nombrado caballero y a recibir un puñado de títulos honorarios, pero sabía que eso no le resultaría satisfactorio. Seguiría escribiendo, sí, pero ya había experimentado la emoción que supone tener ese tipo de éxito, y la perspectiva de pasarse el resto de la vida esforzándose meramente para mantener su lugar en el orden jerárquico de la literatura sacando un libro tras otro no le interesaba en absoluto. Quería lograr algo más, algo que alterara la vida de la gente que no leía novelas literarias, y para eso debía implicarse en cuestiones políticas. Quería dejar el mundo mejor de lo que estaba en el momento de su nacimiento. Con el tiempo, llegaría a pensar en la dama del mar, y en la transfigurada May Nisbet que la había inspirado, como precursoras de otras jóvenes que, al entrar en su vida, le habían impedido llevar a cabo esa misión.

En esa época vivía en la casa de al lado una familia muy amigable, los Popham. Él se había tomado la libertad de emplear algunos de sus rasgos para hacer el retrato de la familia Bunting, de *La dama del mar*. El hermano de la señora Popham, que iba de vez en cuando a visitarlos, era Graham Wallas, profesor en la recientemente fundada London School of Economics, y fue él quien lo introdujo en la órbita de los fabianos. Se cayeron bien en cuanto se conocieron, pues tenían muchas ideas y aspiraciones comunes, aunque temperamentalmente eran como el día y la noche. Al escritor le pareció loable

el propósito de Wallas de crear una «Gran Sociedad» por medio de la educación, mientras que Wallas se entusiasmó por la visión radical de una Nueva República que aparecía en *Anticipaciones*. Wallas, que era mayor que él, se había unido a la Sociedad Fabiana un par de años después de su fundación en 1884, y era miembro de su ejecutiva desde entonces, aunque en los últimos tiempos, según le había confesado, su influencia había menguado a medida que los Webb y Bernard Shaw adquirían mayor preeminencia.

—Me parece que los fabianos han perdido el rumbo —le dijo en una ocasión, durante un largo paseo por la playa de Sandgate—. Da la impresión de que no logramos tomar una postura común en relación con los temas más serios. No estuvimos unidos con respecto a la Guerra de los Bóeres. No estuvimos unidos con respecto a la reforma arancelaria. No estuvimos unidos con respecto al sufragio femenino. Siempre estamos metidos en debates interminables y nunca llegamos a nada. El número de miembros de la Sociedad ha caído bastante por debajo de los setecientos, menos de los que hemos tenido nunca, y casi todos son de mediana edad o ancianos. Necesitamos nuevas ideas, Wells, y yo no soy el único de la Ejecutiva que piensa que usted puede ser el hombre que nos las aporte. Puedo decirle que Shaw y los Webb están leyendo *Anticipaciones* con gran interés. Me gustaría presentárselos.

—Ya conozco a Shaw —dijo él—, aunque dudo que él me recuerde. Volví a casa dando un paseo con él después del estreno de *Guy Domville*, de Henry James. En esa época los dos éramos críticos teatrales.

—Tanto mejor —dijo Wallas—. Apuesto a que lo recuerda. —Y añadió, llevado por sus escrúpulos—: O lo haría si me gustara apostar. —Había perdido la fe cristiana cuando estudiaba en Oxford, pero la educación evangélica que había recibido había dejado su impronta en él.

También le llegó una propuesta por carta. Edward Pease, el secretario de la Sociedad Fabiana, le escribió preguntándole si conocía a los Webb; «son los pioneros de su Nueva República. Llevamos años viviendo de la concepción de la política que tiene Webb. Queremos contar con más gente que también pueda pensar en lo que tenemos por delante, y por eso he recibido con alegría sus *Anticipaciones*». Él invitó a los Webb a pasar un fin de semana en Spade House y las educadas declaraciones de aprecio mutuo, por lo visto, dejaron satisfechas a ambas partes. Después los Wells fueron invitados a cenar

a la casa de los Webb en Londres. La invitación se repitió en varias ocasiones, aunque por lo general iba él solo. Sabía que nunca podría querer a los Webb y se preguntaba si alguien los querría y si ellos querrían a alguien, aparte de el uno a la otra, a su tibia manera. Wallas le dijo que habían pasado su luna de miel en Dublín, estudiando la historia de los movimientos sindicales irlandeses, y esta información no le resultó nada sorprendente. Cuando uno los veía por primera vez, parecían una pareja mal avenida; ella era alta y esbelta y de clase media alta, mientras que él era bajito, rechoncho y de clase media baja. Sin embargo, constituían un equipo formidable. Sidney tenía mentalidad de funcionario, con su capacidad inagotable para el trabajo más meticuloso y para asimilar y relacionar datos y estadísticas. Beatrice era más inteligente e intuitiva. Pero hablaban, o más bien escribían, con una única voz (sus distintos acentos revelaban su muy diferente procedencia social) y parecía que nunca publicaban nada en lo que no figuraran los nombres de los dos. También conocían a una cantidad impresionante de gente influyente, a la que ponían en contacto organizando cenas en un club llamado Co-efficients, del que él pasó a formar parte cuando ellos lo invitaron. En una de las cenas en casa de los Webb, estuvo con Herbert Asquith (uno de los faros del Partido Liberal), John Burns (el líder sindical), el matrimonio Shaw y lady Elcho (una de las «Almas», un círculo de aristócratas ilustrados cercanos al primer ministro, el conservador Balfour). Esta última lo invitó a una fiesta en Stanway, una casa encantadora del siglo xvii que los Elcho tenían en los Cotswolds y donde solían organizar reuniones que duraban todo un fin de semana.

Jane lo acompañó y, apabullada por el reto que suponía relacionarse con toda aquella gente, se quedó muy impresionada al ver la confianza con que él afrontaba un evento social de esa magnitud. Sabía no mostrarse sorprendido cuando los criados te deshacían las maletas al llegar y cuánto dejarles de propina cuando te marchabas el lunes por la mañana. Sabía cuándo tenías que subir a tu habitación para cambiarte para la cena y exactamente cuánto tiempo antes de que esta se sirviera había que bajar a la sala de estar.

—Sé cómo hay que hacer estas cosas porque siempre las observaba desde el punto de vista de los criados cuando era niño —le explicó.

Aquella era una de las razones por las que recordaba con gratitud las épocas que había pasado en Up Park, como aprendiz delincuente y como maestro de escuela convaleciente, mientras su madre fue el ama de llaves de la

mansión. La casualidad había querido que comprendiera bien la historia y la estructura de la sociedad inglesa, lo cual, en circunstancias normales, no era algo a lo que habría podido aspirar un joven de su clase social. Up Park, una casa solariega con un ejército de sirvientes, los deferentes aparceros que trabajaban allí, los respetuosos aldeanos de la zona y sus numerosos acres de terreno —robados, confiscados o cercados en un pasado remoto, heredados por unos pocos privilegiados que eran sus dueños como por derecho divino—, constituía la clave para entender Inglaterra. Encarnaba un sistema social civilizado pero rígidamente estratificado que apenas había sufrido modificaciones en los últimos doscientos años y que asumía que perduraría eternamente, ignorante de que el cambio social y económico estaba minando sus cimientos. Él, por su parte, había empezado a darle vueltas a la idea de escribir una novela que examinara el impacto destabilizador de la nueva oligarquía industrial y comercial sobre la aristocracia y la alta burguesía terrateniente, pero todavía habría de pasar algún tiempo antes de que consiguiese escribirlo. Por el momento, le interesaba más la urgente necesidad política de distribuir de una manera más equitativa el usufructo de la tierra y los beneficios de la Revolución Industrial, y la Sociedad Fabiana daba la sensación de ser el mejor instrumento disponible para llevar a cabo ese proyecto.

Ingresó en la Sociedad en febrero de 1903, auspiciado por Graham Wallas y Bernard Shaw. Shaw recordaba muy bien el paseo que habían dado juntos por el West End hasta Camden Town tras el tristemente célebre estreno de *Guy Domville*, cuando el desgraciado autor, al salir a saludar al final de la función, recibió un fuerte abucheo por parte del público.

—Usted me contó entonces que acababa de vender una historia llamada *La máquina del tiempo* por cuatrocientas libras —dijo Shaw cuando Wallas los presentó por segunda vez en la sórdida oficina que la Sociedad Fabiana tenía en un sótano de Clement's Inn, cerca de Fleet Street—. Ese título me impactó mucho, así como la cuantía de sus honorarios, que era superior a lo que yo he cobrado jamás por una obra, y he seguido con interés su carrera desde entonces. Le ha ido muy bien, debo decirle.

—Y a usted también —contestó él.

Cuando se conocieron, a Shaw le costaba bastante que estrenaran sus obras, pero en los últimos años había alcanzado un gran reconocimiento, y se

lo consideraba el más interesante dramaturgo británico contemporáneo, además de muy ameno; los teatros se llenaban cuando programaban sus piezas.

—Nos ha ido bien a los dos —dijo Shaw—, pero yo he tardado más tiempo.

Había diez años de diferencia entre los dos, y Shaw parecía estar empeñado en adoptar una actitud paternal hacia el nuevo fichaje de la Sociedad, lo cual le resultaba más fácil debido al hecho de que era casi treinta centímetros más alto.

—Me alegro de tenerlo a bordo, Wells —dijo, mirándolo con una benevolencia acentuada por su barba rojiza—. Necesitamos reorganizarnos. Necesitamos sangre nueva entre los miembros. Usted es el hombre ideal para atraer a gente joven.

Todo aquello era muy halagador, pero tuvo la sensación de que Shaw quería utilizarlo para hacer reformas en la Sociedad, reformas que consideraba necesarias, pero que no podía emprender sin enemistarse con sus antiguos amigos de la Ejecutiva, y que trataría de frenar cualquier propuesta que considerara demasiado radical.

No tenía la menor intención de convertirse en una marioneta de Shaw, pero no dio ningún motivo de alarma a los fundadores del movimiento —«la Vieja Guardia», como se llamaba informalmente a los veteranos de la Ejecutiva— cuando presentó su primer texto ante la Sociedad. «La cuestión de las áreas administrativas científicas en relación con los proyectos municipales» era más interesante de lo que su título (que podría haber sido ideado por Sidney Webb o como una parodia de su estilo) prometía: se trataba de un desarrollo de los argumentos que ya había expuesto en *Anticipaciones*. En el texto se defendía que el aumento de velocidad de las comunicaciones en el mundo moderno estaba volviendo obsoletos los conceptos tradicionales de fronteras regionales y nacionales, lo cual conduciría, de manera inevitable, al establecimiento de un Gobierno Mundial. Pero no resultó nada polémico, pues esa posibilidad era demasiado remota como para perturbar a los fabianos. Entre los nuevos amigos que lo felicitaron tras su primer discurso estaban dos antiguos incondicionales de la Sociedad, Hubert y Edith Bland.

* * *

Graham Wallas les había presentado al matrimonio Bland unos meses antes en Dymchurch, una localidad costera situada a pocos kilómetros de Sandgate, donde Hubert y Edith tenían una casa de vacaciones.

—Tiene que conocer a los Bland —le había dicho Wallas al poco de empezar a tratarlo. Evidentemente, pensaba que aquello sería un incentivo para él y que incrementaría las posibilidades de que se uniera a los fabianos. Y no se equivocó: Jane y él casi nunca habían hecho unos nuevos amigos tan rápidamente y con tanto entusiasmo.

Él estaba deseando conocerlos desde que Wallas comentó que Edith era la escritora de literatura infantil «E. Nesbit», autora de *Los buscadores de tesoros*. Llevaba más de una década oyendo hablar de una tal E. Nesbit, que escribía poesía y cuentos, sobre todo para niños, pero nunca se había interesado por sus libros. No leía poesía contemporánea, todavía no tenía niños a los que entretener y la narrativa para adultos de E. Nesbit que había hojeado no le había parecido demasiado buena. Pero un día de 1898 o 1899, cogió un ejemplar de la *Pall Mall Magazine* y empezó a pasar las páginas distraídamente hasta que se fijó en el primer capítulo de *Los buscadores de tesoros*, cuyo arranque le llamó mucho la atención:

Hay ciertas cosas que debo contarte antes de empezar a contar lo de la búsqueda de tesoros, porque he leído algunos libros y sé lo horrible que es cuando una historia empieza diciendo: «¡Maldición! », dijo Hildegarde. “Vamos a fenecer en la casa de nuestros ancestros”», y entonces algún otro personaje dice otra cosa, y durante un montón de páginas no sabes dónde está esa casa, ni quién es Hildegarde, ni nada de nada. La casa de nuestros ancestros está en Lewisham Road.

Al leer esto, soltó una risita, admirado, y no porque en ese momento estuviera escribiendo una novela llamada *El amor y el señor Lewisham*. Había tomado el apellido Lewisham de una estación ferroviaria de la línea que va desde Bromley hasta Charing Cross, y lo había elegido simplemente por la aliteración.¹² Continuó leyendo:

Es una casa adosada y tiene un jardín, no muy grande. Somos la familia Bastable. Somos seis, además de Padre. Nuestra madre murió y, si crees que no nos importa solo porque no te cuento muchas cosas sobre ella, es que no tienes ni idea de cómo son las personas. Dora es

la mayor. Luego viene Oswald, y luego Dicky. Oswald ganó el premio de latín en la escuela preparatoria, y a Dicky se le dan muy bien las sumas. Alice y Noël son gemelos y tienen diez años, y Horace Octavius es el menor de mis hermanos. Es uno de nosotros el que cuenta esta historia, pero no te voy a decir de quién se trata. Bueno, a lo mejor lo digo al final. Mientras te cuento la historia, puedes intentar adivinarlo, pero seguro que no lo logras.

Le pareció que esta era una forma extraordinariamente fresca y original de escribir para niños, y que los adultos también disfrutarían del libro al leérselo a sus hijos. Los niños reaccionarían con interés ante el estilo coloquial y verosímil del joven narrador, y los adultos (y tal vez los niños más mayores o sofisticados) reaccionarían con interés ante la parodia literaria y el anticlímax de «la casa de nuestros ancestros está en Lewisham Road», frase en la que se pasa en un instante de lo sublime a lo vulgar. Este doble efecto se mantenía a lo largo de todas las entregas, que él fue leyendo intermitentemente en la *Pall Mall Magazine*. La situación, resumida, era que al padre le iban mal los negocios y andaba escaso de dinero, de modo que los niños ideaban maneras de restablecer la fortuna familiar a partir de libros de cuentos que leían, y que, por lo tanto, eran completamente imposibles y los llevaban a meterse en líos, aunque de vez en cuando también recibían inesperadas recompensas gracias a la amabilidad y la sabiduría de algunos adultos. No quedaba del todo claro — la novela contaba con una ambigüedad muy inteligente en este sentido— si los niños creían de verdad que sus planes funcionarían o si para ellos solo se trataba de una especie de juego que los compensaba, y estaba possibilitado, por la muerte de su madre. Los placeres de la ficción se situaban en un marco de realidad hasta el último momento, cuando un giro descaradamente improbable y sentimental permitía que la historia desembocara en un final feliz. El narrador (que resultaba ser Oswald) comentaba, dejando desarmado al lector: «No puedo evitar que se parezca a las historias de Dickens, porque así fue como ocurrió. La vida real a veces se parece a los libros».

La obra funcionó muy bien entre el público, lo cual no lo sorprendió en absoluto. De hecho, fue el primer gran éxito de E. Nesbit, que se consolidó rápidamente con una secuela, *Los seremos buenos*, y otra historia, *Cinco niños y eso*, en la que aparecían otros personajes. Lo que sí lo sorprendió fue descubrir que la autora era mujer.

—Siempre había pensado que «E. Nesbit» era un hombre —le confesó cuando se conocieron—. Los escritores que firman con sus iniciales en vez de con sus nombres de pila suelen ser hombres. Como yo, por ejemplo.

—No soy la primera escritora que emplea ese recurso para que le presten atención cuando le envía un manuscrito a un editor, señor Wells —contestó ella—. Y no seré la última. ¿A qué nombre pensaba que correspondía la *E*?

—A Ernest —dijo él, sin pensárselo demasiado.

—Espero no parecerle una autora seria¹³ —dijo ella.

—No, no, al contrario —se apresuró a decir él—. Fue precisamente su sutil sentido del humor lo primero que me gustó de su libro.

Llegaron a ser bastante amigos, y él a veces la llamaba «Ernest». Edith era una mujer que inspiraba diversos apodos cariñosos y burlones, como «Madam», «duquesa» o «tía», surgidos de cierta tendencia al autoritarismo que había en su manera de relacionarse con los demás.

Si los Bland fueran personajes que él hubiera creado para una de sus novelas, no les habría puesto ese apellido de ninguna manera.¹⁴ Edith era alta, escultural, imponente y hermosa. Tenía un exuberante pelo castaño, levemente rizado y recogido simétricamente a ambos lados de la cabeza. De joven debía de haber sido una auténtica belleza prerrafaelita, y aunque a los cuarenta y tantos años tenía un cierto aspecto de señora, resultado de la maternidad, todavía, cuando estaba tranquila, recordaba a las doncellas lánguidas y pensativas de Rossetti. Solía llevar vestidos largos y amplios de vivos colores y numerosos brazaletes de plata; Bland se los había ido regalando para celebrar la publicación de cada nuevo libro. Fumaba sin parar y se liaba ella misma los cigarrillos con una serie de artículos que llevaba a todas partes en una caja de cartón en la que se podía distinguir el nombre de un conocido fabricante de corsés. Ya liados, los insertaba en una larga boquilla que les proporcionaba un aura teatral extra a sus gestos. En algunas ocasiones especiales se fumaba un puro. Pero también era energética y atlética: disfrutaba jugando al bádminton, nadando, practicando equitación y montando en triciclo. Él sentía que en muchos sentidos eran almas gemelas. Edith era tan prolífica y adicta al trabajo como él, y también a ella le gustaba escribir su cuota de palabras a primera hora del día, para lo cual se sumía en un estado de intensa y solitaria concentración, y tener tiempo libre para hacer ejercicio o divertirse durante el resto del día, rodeada de gente, cuanta más, mejor. Como él, era

impulsiva e inquieta, se aburría fácilmente y tenía cierta propensión a los cambios de humor súbitos.

Hubert Bland tenía una personalidad igualmente idiosincrásica e impactante, pero era más difícil combinar sus diversos elementos para formar un personaje coherente e interpretable. Había formado parte del pequeño grupo que se escindió de una organización idealista y utópica llamada «The New Life» para fundar, en 1884, la Sociedad Fabiana, de la que había sido tesorero honorario desde entonces, pero no era un fabiano típico. Sus opiniones conciliaban, de un modo bastante extraño, argumentos progresistas y reaccionarios: pensaba que los fabianos deberían tratar de crear un partido socialista independiente y ayudó a Annie Besant a organizar la famosa huelga de mujeres que trabajaban en la fábrica de cerillas Bryant & May, pero al mismo tiempo era un ferviente imperialista y se oponía al sufragio femenino afirmando que, cuando lograran acabar con el capitalismo, el voto no sería necesario. Decía que era católico y que se abstenía escrupulosamente de comer carne los viernes, pero nunca se lo vio en misa los domingos. Su aspecto era muy llamativo, pero rozando la caricatura: la caricatura de un colérico coronel retirado, por ejemplo, o de un financiero *tory*. Era un hombre alto y corpulento. Tenía las cejas y el pelo canosos, pero su bigote, en cambio, era muy oscuro, probablemente teñido. Solía tener un gesto lúgubre, con las comisuras de los labios hacia abajo. Llevaba un monóculo a través del cual lanzaba miradas intimidatorias a cualquiera que le llevara la contraria. No era un hombre con el que uno quisiera pelearse, ya que practicaba el boxeo con asiduidad y, según Wallas, tenía un rifle en su casa de Londres, con el que a veces hacía demostraciones de fuerza consistentes en bajarlo de su estante empleando solo un brazo y cogiéndolo como si se tratara de una pistola. Normalmente llevaba una levita negra y un sombrero de copa, y se presentaba como hombre de negocios, aunque, si uno le preguntaba, se quedaba con la impresión de que solo lo decía porque durante una época había trabajado en un banco. En realidad era periodista y ensayista, y bastante bueno; tenía un estilo amable y grácil y una amplia cultura, y había pasado muchos años escribiendo regularmente una columna en el *Sunday Chronicle* de Mánchester, que tenía una gran cantidad de lectores muy fieles en el norte de Inglaterra. Había colaborado con su esposa en diversos proyectos literarios y periodísticos desde que se casaron, pero, en los últimos tiempos, Edith había

pasado a ser la principal fuente de ingresos del hogar, lo cual suponía un cambio de estatus que tal vez a Hubert no le hiciera demasiada gracia, y que seguramente tratara de compensar fanfarroneando y mostrándose autoritario.

A él no le caía bien Hubert, pero toleraba sus rarezas para no poner en riesgo su amistad con Edith. Los Bland eran unos diez años mayores, y habían procreado más jóvenes de lo que lo había hecho él. Tenían cuatro hijos: Paul e Iris, que tenían veintidós y veintiún años, respectivamente, cuando las dos familias se conocieron; Rosamund, que tenía dieciséis, y John, que tenía tres. Habían tenido otro hijo, llamado Fabian, que en aquel momento tendría diecisiete años si no hubiera fallecido trágicamente dos años atrás, durante una operación para extirparle las adenoides. Los dos hijos mayores eran bastante poco sociables: Paul era tímido e Iris, muy callada. Rosamund, en cambio, era una chica extrovertida y atractiva, con una figura muy desarrollada para su edad. John era demasiado pequeño para poder valorar su personalidad, pero parecía un compañero de juegos adecuado para Gip. Lo cuidaba una niñera y ama de llaves llamada Alice Hoatson, a la que en la familia llamaban «Ratona», que era también la ayudante de Edith y su amiga. Todos la trataban como a un miembro más de la familia y no como a una criada, e iba con ellos a todas partes. A pesar de la diferencia de edad, los Wells y los Bland tenían mucho en común. Ambas parejas habían alcanzado una próspera posición económica por medio de la escritura, sin la seguridad que proporciona tener una renta ni haber recibido una educación formal de clase alta (ni Hubert ni Edith habían ido a la universidad); ambas eran sociables y gregarias, y ambas, a pesar de las diferencias existentes entre sus ideas sobre algunas cuestiones particulares, tenían una visión progresista del mundo y compartían los mismos ideales de cambio. Pero los Bland exhibían un estilo extravagante y un desdén bohemio por las convenciones, lo cual le hacía sentir que, en comparación con ellos, Jane y él eran un tanto provincianos y burgueses. No llegaba a envidiarles su estilo de vida —que era demasiado insensato y escandaloso para su gusto—, pero codearse con ellos añadía un agradable toque de color y cierta variedad interesante a su existencia y a la de Jane.

Dymchurch, donde las dos familias solían encontrarse, era una plácida aldea, protegida de la brisa marina por su baja elevación, que había sido bendecida con una magnífica playa de arena. Los Bland llevaban años yendo

todos los veranos. Al principio, alquilaban habitaciones, y después adquirieron una casita de campo. Pero para apreciar del todo la gran complejidad de la vida de los Bland, había que tratarlos también en su casa de Londres. No es que se encontrara en Londres, propiamente dicho —estaba en Eltham, en el condado de Kent, y rodeada de campo—, pero Londres se iba acercando lenta e inexorablemente. Además, la localidad estaba conectada con la metrópolis por medio de trenes que paraban en una estación situada muy cerca de la casa, lo cual resultaba de lo más conveniente; de hecho, recibía su nombre de ella: Well Hall.

Edith, que había criado a sus hijos en una serie de casas adosadas como la que tenían los Bastable en Lewisham Road, cada vez más grandes y mejor equipadas, pero siempre comunes y corrientes, había encontrado la casa de sus sueños: Well Hall era una morada perfecta para alguien que se dedicaba a escribir libros, y en particular, libros para niños. Construida en el siglo xviii con ladrillo rojo, estaba cubierta de una tupida hiedra, lo cual tal vez supusiese una mejora, ya que no era una casa especialmente bonita, aunque desde luego era única y estaba situada en un emplazamiento de interés histórico.

—La vivienda original, de estilo Tudor, perteneció a la familia Roper —le contó Edith cuando le enseñó la finca por primera vez—. La hija predilecta de Tomás Moro, Margaret, se casó con William Roper, y se dice que trajo aquí la cabeza de su padre después de que lo ejecutaran y que la enterró en el jardín.

—¿En serio? ¿Dónde? —preguntó él con mucho entusiasmo.

—Bueno, nadie lo sabe —dijo Edith—. ¿Por qué le interesa tanto?

—He estado leyendo *Utopía*, el libro de Moro —dijo—. Estoy pensando en escribir una utopía moderna, y me he dedicado a investigar los modelos clásicos. El de Moro es el mejor con diferencia.

—Y tenemos un fantasma —dijo Edith.

—¡Claro! —dijo él—. Imagínese un lugar como este sin un fantasma. Sería como una casa moderna sin cañerías.

—La verdad es que no me importaría que pusieran unas cañerías modernas en Well Hall —dijo ella—. Pero ya nos hemos gastado una fortuna para conseguir que el sitio resulte habitable. Estaba completamente destartalado cuando lo compramos.

—¿Y el fantasma? ¿Es el de Tomás Moro, que anda buscando su cabeza?

—No. Puede que sea el de Margaret. Esa mujer (porque estoy segura de que se trata de una mujer) se dedica a tocar la espineta, muy bajito, en la habitación de al lado. Siempre es en la habitación de al lado, esté usted donde esté. Pero no da miedo en absoluto. A veces, cuando estoy trabajando muy intensamente, oigo un débil suspiro y tengo la sensación de que está mirando lo que escribo por encima de mi hombro, pero cuando me doy la vuelta no hay nadie.

—¿Y es un suspiro de satisfacción o de decepción?

—A veces una cosa y a veces la otra.

—Probablemente sea una proyección de sus propios sentimientos con respecto a lo que está escribiendo.

—Sí, imaginaba que me iba a decir eso. Usted no cree en fantasmas, ¿verdad?

—No, pero reconozco que son muy útiles para los autores de obras de ficción—dijo él.

Well Hall tenía tres plantas y una desvencijada terraza en la parte trasera que daba a un jardín lo bastante grande como para que cupieran una pista de tenis y una de bádminton, rodeado por tres de sus lados por un foso donde se podía nadar y montar en bote en verano y patinar en invierno, los días en que helaba. Había arbustos detrás del foso, dos grandes cedros en los que se posaban y ululaban unas lechuzas, un huerto bastante descuidado y algunas dependencias externas que se empleaban para alojar a los invitados cuando se ocupaban todos los dormitorios de la casa, cosa que sucedía de vez en cuando, ya que los Bland organizaban eventos a gran escala. Cuando tenían invitados a cenar, estos iban en tren desde Cannon Street, haciendo transbordo en Blackheath, y con frecuencia perdían el último tren de vuelta, bien porque la cena empezaba demasiado tarde, bien porque se estaban divirtiendo demasiado con los entretenimientos subsiguientes —bailes, charadas, adivinanzas, la gallinita ciega— como para marcharse. Si uno estaba invitado a pasar el fin de semana, lo más recomendable era coger uno de los primeros trenes del día y apropiarse de una habitación antes de que llegara el grueso de los invitados. La cena se servía en una mesa muy larga que se instalaba en el enorme vestíbulo, junto a la puerta delantera, de modo que esta quedaba cerrada y se ponía una nota que daba la bienvenida a los invitados con el mensaje «La puerta delantera está atrás». Los domingos por la tarde se

organizaban con regularidad unos simposios políticos en los que participaban oradores como los hermanos Chesterton o Hilaire Belloc, que debatían con Shaw y Bland y otros jóvenes fabianos ante un público que podía estar formado hasta por cuarenta personas.

A veces él observaba en Bland ciertas señales de preocupación por el elevado coste de toda aquella hospitalidad, pero, como era el tremendo éxito de Edith lo que en realidad la financiaba, no podía plantear ninguna objeción. A ella le encantaba el papel de anfitriona generosa y siempre estaba escoltada por al menos un hombre que no dejaba de darle muestras de adoración. La gente especulaba y cotilleaba sobre hasta qué punto eran platónicas esas relaciones. Se rumoreaba que había tenido un apasionado romance, años atrás, con el poeta Richard Le Gallienne, y que había amenazado a Bland con escaparse con él después de una pelea, y, según Wallas, antes de eso había estado un tiempo enamorada de Bernard Shaw.

—Creo que él le correspondió hasta cierto punto —le dijo Wallas—, porque sabía que Bland no era el más fiel de los maridos, pero no quiso involucrarse demasiado. Sin embargo, ella lo persiguió bastante. Solía abordarlo en el Museo Británico, y él consiguió mantenerla alejada de su hogar llevándola a dar unos agotadores paseos por todo Londres.

Bland seguía sin ser un marido demasiado fiel, a juzgar por los cotilleos que circulaban entre los miembros de la Sociedad Fabiana; sin embargo, conciliaba esta conducta con declaraciones públicas a favor de la moral sexual, lo cual constituía uno de los múltiples enigmas de su personalidad. En cualquier caso, el suyo era un hogar muy poco convencional. Muchas veces, su amigo se preguntaba con asombro qué pensarían los entusiastas compradores de los libros de E. Nesbit, en los que aparecían niños de respetables familias de clase media, si entraran de repente en Well Hall y pudieran ver a su autora presidiendo una de sus fiestas.

En 1904, Edith obtuvo otro gran éxito con *El fénix y la alfombra*, publicado, como de costumbre, justo a tiempo para Navidad. Este libro dotó a su obra de una nueva dimensión al combinar lo fantástico y lo reconocible como real con gran naturalidad y de un modo más hábil, él mismo tuvo que admitirlo, que *La dama del mar*. Le escribió una carta, jocosamente dirigida a la «Señora Frenética», en la que la felicitaba de corazón: «Siga todas las

navidades, sin dejar pasar ni una, publicando libros así, y se convertirá en toda una institución británica de aquí a seis años. Nada podrá impedirlo. Todas las familias que se respeten a sí mismas comprarán automáticamente sus obras y se hará más rica de lo que ni los más codiciosos pueden soñar, y yo me daré de cabezazos contra el suelo en señal de admiración por la facilidad con que brota su arte».

Él acababa de terminar, no sin ciertas dificultades, una novela llamada *Kipps*, que tenía un tono de realismo cómico al estilo de Dickens y con la que llevaba luchando varios años. En realidad era la historia de su vida o, mejor dicho, de lo que habría podido ser su vida si él hubiera carecido de talento, inteligencia y fuerza de voluntad. Arthur Kipps, como Bertie Wells, era un desdichado aprendiz que trabajaba en una tapicería, en una localidad junto al mar, y que no albergaba ninguna esperanza de escapar, gracias a su esfuerzo, de una vida de trabajo monótono y miserable. En cierto momento, una herencia imprevista le permitía adoptar el estilo de vida de un caballero, pero, al no contar con una educación adecuada ni con ningún don innato, resultaba ser completamente incapaz de desempeñar ese rol, y acababa explotado y humillado por toda la gente fina con la que se relacionaba. En determinada fase de la escritura de esta novela, había pensado que Kipps podría convertirse al socialismo y hallar así la redención, pero, a medida que se fue involucrando en los debates políticos de la Sociedad Fabiana, le pareció más difícil fusionar ese tipo de discurso con la voz autoral, cómica y cordial, que caracterizaba el libro que estaba escribiendo. En esa misma época también estuvo trabajando en *Una Utopía moderna*, que era un texto mucho más apropiado para canalizar sus ideas políticas, de modo que decidió que Arthur Kipps debería alcanzar la felicidad, al final, casándose con una criada y dedicándose a regentar una pequeña librería. Cuando le envió el manuscrito a Pinker, su agente, admitió que la última sección de la novela era «traviesa (...) una cosa llena de flecos y parches, aunque llevada a buen término con bastante pericia». Estaba convencido de que los dos primeros tercios eran lo mejor que había escrito en ese estilo, y no tenía ninguna duda de que también eran lo más divertido. Asimismo, pensaba que, una vez que los lectores se hubieran enganchado al libro, pasarían por alto muchos de sus defectos. La reacción de Pinker confirmó estas ideas, y la editorial Macmillan aceptó inmediatamente el libro para publicarlo en otoño de 1905.

Una Utopía moderna se publicó antes, durante la primavera de ese mismo año, y causó un revuelo considerable, especialmente entre los fabianos. Seguía la línea de *Anticipaciones* al afirmar que la humanidad disponía de los medios para erradicar la pobreza y las enfermedades, y que para hacerlo solo faltaban voluntad y sentido común. «La ciencia es un criado muy competente que no sabe a cuál de sus amos, maleducados y pendencieros, obedecer, y que les ofrece recursos, artefactos y remedios que ellos no utilizan porque son demasiado estúpidos», afirmaba, pero era aún más atrevido cuando se ponía a reflexionar sobre qué clase de sociedad podría crearse si esas ideas se combinaran con un cambio radical en el sistema de gobierno. Su principal estrategia narrativa consistía en aplicar la teoría que les había escuchado a algunos físicos especulativos: que tal vez existieran otros universos paralelos al que conocemos. Imaginemos que fuera posible pasar de uno a otro, donde uno podría encontrarse con su mundo, pero mejorado, y conocer a su doble, mejorado también. Esto era lo que les sucedía al narrador de *Una Utopía moderna* y a su acompañante, un botánico bastante estúpido. En un determinado momento, caminando por los Alpes suizos, se asomaban a un precipicio al otro lado del cual estaba Italia, y «¡Mira! En un abrir y cerrar de ojos estamos en ese otro mundo». Se trata de un mundo donde imperan el orden y la racionalidad, la belleza y la conveniencia, la paz y la salud mental y física, y, por supuesto, donde rige un Gobierno Mundial, no elegido democráticamente, sino formado por una serie de «voluntarios aristócratas» inspirados en los guardianes de la república de Platón. Él los llamaba samuráis, y eran una casta de hombres y mujeres austeros, entregados e inteligentes que administraban los asuntos humanos pensando en el bien común. Debajo de los samuráis había cuatro clases de personas, caracterizadas según su naturaleza: los poéticos, que eran creativos; los cinéticos, que poseían una inteligencia práctica; los obtusos, que no tenían ningún don especial; y los villanos, que carecían de conciencia moral. Los primeros tres grupos actuaban bajo la dirección de los samuráis para contribuir de la manera más adecuada posible al bienestar común, mientras que los villanos, por su tendencia a cometer delitos, se veían obligados a vivir en islas remotas para garantizar que solo podrían cometer vilezas contra otros como ellos. En Utopía no habría cárceles porque «no hay hombres lo bastante sabios, lo bastante buenos o lo bastante mezquinos como para organizar una prisión como es debido». Disfrutó describiendo con todo detalle su sociedad

ideal, sobre todo sus reglas relativas al sexo y al matrimonio, en las que se reflejaban algunas de las negociaciones que, por aquella época, estaba llevando a cabo con Jane. En su Utopía, el matrimonio estaba reservado para quienes desearan tener hijos, mientras que las relaciones sexuales no eran un asunto que incumbiese al Estado, que ponía métodos anticonceptivos gratuitos a disposición de la gente. Las mujeres casadas recibían un subsidio estatal por tener hijos, de modo que eran independientes, pero, como era necesario conocer la ascendencia de los niños, se les exigía que fueran fieles a sus maridos bajo amenaza de divorcio. Los hombres casados, en cambio, eran libres de tener relaciones sexuales con otras mujeres, siempre y cuando sus esposas no se opusieran. Desde un punto de vista estrictamente novelístico, lo más interesante del libro era el personaje del botánico, un tipo bastante infeliz que en el mundo real sentía una gran frustración sexual porque la moral y las costumbres convencionales le impedían entablar una relación con la mujer que amaba, y que lo amaba a él, ya que esta se había equivocado al casarse con otro hombre. Por ello, el botánico era insensible al encanto de Utopía, y su negativa a conocer a su doble desencadenaba el súbito regreso de los dos protagonistas —el narrador y él— a un Londres sucio y deprimente en el que los periódicos proclamaban las últimas crisis y atrocidades, y donde «una madre lactante, andrajosa y mugrienta, llevando en brazos su última aportación a nuestro Pueblo Imperial, sale de una taberna, tambaleándose, y se limpia al mismo tiempo la boca y la nariz con el dorso de la mano enrojecida y agrietada».

El libro fue ampliamente reseñado y comentado, y fortaleció su posición en la Sociedad Fabiana, especialmente entre los miembros más jóvenes, que respondieron con entusiasmo a la audacia de sus puntos de vista. Él esperaba recibir más críticas de la Vieja Guardia, ya que era muy consciente de que su elitista Utopía guardaba pocas semejanzas con los modelos propuestos por el socialismo ortodoxo, pero su reacción, en términos generales, fue sorprendentemente favorable. De hecho, ni los Webb ni los Bland expresaban demasiado entusiasmo por el sistema democrático existente, y tampoco estaban muy a favor de concederles más poder a las masas carentes de educación. Se veían a sí mismos en un mundo ideal —los Webb, en particular—, cumpliendo la función de sus samuráis: proporcionando generosamente amabilidad y luz a la comunidad por medio de la aplicación de su inteligencia

superior, sin tener que responder ante nadie más. Solo las costumbres sexuales de esta Utopía causaron algo de sorpresa y malestar, pues permitían intuir ciertos problemas venideros.

En junio de aquel año su madre falleció tras caerse por las escaleras de su casita de campo. Estaba senil desde hacía algunos años y no logró comprender del todo hasta qué punto llegaba el éxito de su hijo. Hay una foto, tomada por Jane justo un año antes de su muerte, en la que aparecen los dos sentados en la soleada terraza de Spade House y que expresa muy elocuentemente su relación y el estado mental de ella. Él sale relajado, vestido con un mullido traje de lana marca Jaeger, con las piernas cruzadas y una mano apoyada en la rodilla, pero se lo ve inclinado hacia un lado y hacia delante, intentando conseguir la atención de su madre, que lleva un vestido largo, completamente negro, y un gorro —es la viva imagen de la reina Victoria, que había muerto hacía poco, en su viudez—, y mira hacia otro lado con una expresión de perplejidad y miedo en el rostro, pálido y redondeado. Resulta evidente que no podía creer que aquella magnífica y lujosa casa fuera de su Bertie, o que él hubiera llegado a poseer algo así por medios honestos. Su padre había engañado a su madre y a sus hermanos con respecto a su estatus económico, y al fallecer no les había legado más que una hipoteca y numerosas deudas. Sin duda, ella esperaba que en cualquier momento aparecieran los alguaciles y empezaran a llevarse el mobiliario de Spade House, y nada que su hijo le dijera de los ingresos que obtenía por sus libros, o que le contara sobre las eminentes personas que frecuentaba, era suficiente para que se disipase su ansiedad. Las historias que le relataba su hijo —sus encuentros en igualdad de condiciones con lores y damas y ministros— le resultaban ahora tan fantásticas e incomprensibles como sus novelas de ciencia ficción en la época en que todavía era capaz de leerlas.

—Mira tú por dónde —solía murmurar, incrédula, ante cualquier cosa que él le contara—. Mira qué bien.

Cuando ella murió, a su hijo le dolió que nunca hubiera entendido ni valorado la medida de su éxito. Lo había alcanzado tras una lucha de voluntades entre ambos, de la que él había salido victorioso, y le habría gustado que su madre hubiera podido darse cuenta de que él tenía razón y ella no, y que lo reconociera encantada de haberse equivocado. Entonces se

habrían reconciliado por fin. Pero eso no iba a suceder. Cuando estuvo lista para que la enterraran, envuelta en un chal blanco de encaje, él le dio un beso en la frente, fría y dura como el mármol, y le sacó varias fotos antes de que atornillaran la tapa del ataúd. Pero aquel recuerdo no le sirvió de consuelo: la difunta tenía los labios fuertemente apretados en lo que solo podría describirse como una expresión de decepción absoluta respecto a lo que le había brindado la vida. Entre sus efectos personales, él encontró un diario que databa de su juventud y que era una larga letanía de quejas, sobre todo contra su padre, cuya inutilidad era la causa de que ella tuviera que ponerse a trabajar de empleada doméstica, y contra su marido, que la había obligado a abandonar la cómoda posición que había alcanzado en dicho empleo, condenándola a pasarse años trabajando de ama de casa sin recibir salario alguno y en un hogar que solo era un poquito mejor que una pocilga. La única alegría de su vida había sido su hija Frances, a la que llamaba «Possy», que había muerto de apendicitis a los nueve años. Había decidido que su tercer y último hijo le había sido enviado para reemplazar a aquella niña divina, generando unas expectativas que él no había cumplido en absoluto. Leyendo el diario, sintió al mismo tiempo una profunda pena por la vida tan infeliz que había llevado su madre y una gran consternación por el hecho de que esa infelicidad la hubiera ido convirtiendo en una persona mezquina, egocéntrica y empalagosamente devota.

La muerte de su madre lo afectó, pero no quiso compartir estas ideas con Jane ni con nadie. Durante las semanas posteriores al funeral, estuvo inquieto e irritable, y no lograba avanzar con un libro que había empezado a escribir hacía poco y que se llamaba *En los días del cometa*. En una ocasión, riñó con Jane por alguna cuestión doméstica y les gritó a sus hijos por hacer demasiado ruido en el jardín, delante de la ventana de su estudio, lo cual provocó un ataque de llanto en el pequeño Frank.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jane.

—Necesito salir de aquí —dijo él.

—¿Y adónde vas a ir?

—No lo sé —dijo él—. Quizá al Reform. Allí podría trabajar en la biblioteca.

Lo habían hecho miembro de ese famoso club —otra condecoración en su pechera— en marzo. Metió algo de ropa y el manuscrito de *En los días del*

cometa en su maleta y partió rumbo a Londres, pero en el viaje pensó que quedarse en el Reform a mediados de julio, cuando todos los miembros que conocía, como Arnold Bennett y Henry James, estarían en el campo o en el extranjero, no sería muy buena idea. Necesitaba alguien que le hiciera compañía, alguien empático. Pensó en Edith Bland.

Se presentó en Well Hall inesperadamente, sin que lo hubieran invitado, sin haber siquiera anunciado su llegada por medio de un telegrama, con la maleta en la mano, y le dijo a Edith, cuando ella bajó a ver quién había llamado a la puerta:

—Hola, Ernest. He venido a pasar unos días.

La cara de ella se iluminó con una sonrisa de satisfacción.

—¡Qué encantadora sorpresa!

Lo tomó de la mano y le dio un beso en la mejilla.

—Se preguntará por qué... —comenzó a decir él, pero ella le hizo un gesto con la mano que significaba que podía ahorrarse las explicaciones.

—Siempre estamos encantados de verlo, H. G. Quédese todo lo que quiera.

Esa tarde, la familia estuvo jugando a hacer charadas con los títulos de sus libros, para entretenerlo y hacer que se sintiera como en casa. Paul se sentó en una mesa a leer libros de texto y a tomar notas mientras el pequeño John, disfrazado de Cupido, gesticulaba y le disparaba flechas con un arco. Se dio cuenta inmediatamente de que se trataba de *El amor y el señor Lewisham*, pero fingió estar desconcertado durante un rato, para que los actores se divirtieran. Tardó más en descubrir a qué título aludía la representación que llevaron a cabo Edith y la niñera y ama de llaves Alice Hoatson, pero al final exclamó:

—¡*Anticipaciones!*

Rosamund, que ya tenía dieciocho años y era una joven despampanante, con una cara preciosa y unos pechos enormes, hizo *La dama del mar*, fingiendo que nadaba a braza mientras Hubert Bland la perseguía por toda la habitación blandiendo una red de pesca. El propio autor no pudo resistirse a contribuir a la diversión con un par de improvisaciones referidas a títulos de obras de Nesbit, por las que recibió calurosos aplausos. Hacía semanas que no disfrutaba tanto, y se fue a la cama de muy buen humor.

—Espero que no le importe no verme el pelo mañana hasta la tarde —le dijo Edith tras desearle las buenas noches—. Siempre trabajo por las mañanas.

—Yo también —dijo él.

—Perfecto —dijo ella.

Le habían dado dos dormitorios: uno en el primer piso, para dormir, y uno en el segundo, para escribir. En este último había una mesa frente a la ventana, desde la que se veían las puertas de la finca y una casita con un letrero que decía solemnemente «El hospedaje». Pero, como esa semana hizo buen tiempo, tanto él como Edith trabajaron, casi todos los días, en sombreados escondrijos del jardín, a cierta distancia, para no distraerse. Si él decidía dar una vuelta para estirar las piernas y meditar sobre el siguiente pasaje de su novela, podía ocurrir que la viera sentada bajo una pérgola, con la cabeza inclinada sobre un bloc, cruzando las páginas a gran velocidad con su pluma, deteniéndose un momento, tachando algo, levantando la mirada hacia el cielo en busca de inspiración y volviendo a escribir. A veces trabajaba sin parar hasta mediada la tarde, y entonces paraba para merendar o para jugar al bádminton o para remar un rato en el foso. Estaba sometida a una presión considerable, ya que tenía que escribir dos novelas por entregas al mismo tiempo y siempre se esforzaba por ir uno o dos episodios adelantada. *Los chicos del ferrocarril* se había estado publicando mensualmente en la *London Magazine* desde enero, y el libro iba a aparecer para Navidad. *Historia de un amuleto* había estado saliendo en el *Strand* desde mayo y concluiría en el mismo mes del año siguiente. En él se empleaba un método mágico, similar al de los relatos anteriores, para transportar a unos niños ingleses a épocas y lugares remotos en los que vivían peligrosas aventuras.

—En realidad, el amuleto es su máquina del tiempo —comentó él astutamente una tarde en que charlaban sobre sus obras.

—Admito que estoy en deuda con usted, H. G. —dijo ella—, y pronto voy a contraer otra. He releído *Una Utopía moderna* y me ha gustado mucho más que la primera vez. Estoy pensando en escribir un capítulo en el que mis personajes viajan a un futuro donde los niños lloran cuando no pueden ir al colegio, porque les encanta.

—Ojalá llegue ese momento —dijo él, soltando una carcajada.

Estaban sentados en el jardín después de merendar, a la sombra, bajo el espeso follaje de un castaño, y Rosamund los escuchaba con atención, ya que deseaba seguir los pasos de su madre y estaba claramente embelesada por aquel diálogo entre dos escritores. Los demás habían vuelto a la casa después de merendar, dejándolos a los tres solos en la mesa de madera, junto a las avispas que se daban un festín sobre los platos llenos de restos de mermelada. Edith le dio una chupada a la boquilla de su cigarrillo y les echó el humo.

—Yo estoy disfrutando enormemente de *Historia de un amuleto* —dijo él—, sobre todo cuando trae a los personajes históricos al Londres moderno. La reina de Babilonia tratando de recuperar sus joyas de una vitrina del Museo Británico... ¡es muy divertido! Pero le voy a decir una cosa, Ernest: creo que *Los chicos del ferrocarril* va a ser su obra maestra.

—¡Ah, estoy de acuerdo! —dijo Rosamund—. Además de divertido, es muy conmovedor. Siempre tengo unas ganas terribles de leer el siguiente episodio.

—Eso es porque tiene una trama muy potente que recorre y sostiene toda la historia, Rosamund —dijo él—. ¿Qué le ha pasado al padre? ¿Qué ha hecho? ¿Va a volver alguna vez con su familia? ¡Queremos saberlo! —exclamó, echándole una mirada a Edith.

—Pues yo no se lo voy a contar —dijo ella sonriendo—. ¿Y usted, H. G.? ¿De qué trata su nueva novela?

—Está ambientada en el futuro. Se llama *En los días del cometa*. ¿Sabía que el año que viene va a pasar el cometa Encke?

—Me temo que nunca había oído hablar de él —dijo Edith, y Rosamund también negó con la cabeza.

—Pero seguro que ha oído hablar del cometa Halley, que tiene que pasar en 1910. Estaba pensando en estos cometas cuando se me ocurrió la idea en la que se basa la novela. Las brillantes colas de los cometas contienen una gran cantidad de gas, y recientemente se ha descubierto que este gas puede soltarse de la cola si un cometa entra en el campo gravitatorio de otro cuerpo astral, como la Tierra. Me imagino un cometa inmenso acercándose cada vez más a la Tierra y provocando una gran alarma, sembrando el pánico —porque, si impactara contra nuestro planeta, los efectos serían devastadores; quizá eso supondría el fin del mundo—, y todo sucede justo cuando estalla una guerra entre Inglaterra y Alemania. También hay una historia de amor y celos. Lo que

sucede es que el cometa no impacta contra la Tierra, sino que apenas la roza, y sus gases envuelven el mundo, lo cual tiene un efecto extrañamente benéfico: deja a la humanidad sumida en un profundo sueño del que despierta renacida. Todos se dan cuenta entonces de lo estúpidos que han sido, y de que no hay ninguna necesidad de ir a la guerra y de sentir celos, y empiezan a reconstruir el mundo de acuerdo con estas nuevas ideas.

—Otra Utopía, entonces —dijo Edith.

—Sí, pero con una historia más emocionante que la anterior.

—¡Suenan de maravilla! —dijo Rosamund, mirándolo fijamente y con los ojos muy abiertos.

Un rato después, antes de cenar, él fue a dar una vuelta con Edith. Cruzaron el foso y vagaron por terrenos frondosos y bastante descuidados hasta que llegaron a un antiguo cenador y se sentaron en un viejo sofá de mimbre, donde tuvo lugar una conversación de lo más interesante.

—¿Por qué no le gustó *Una Utopía moderna* la primera vez que lo leyó? —preguntó él.

—No me gustó la idea de que los hombres casados pudieran tener aventuras pero sus esposas no.

—¿Piensa que las mujeres casadas también deberían poder tener aventuras?

—No, creo que no deberían poder ni los hombres ni las mujeres —dijo Edith. A él le sorprendió esta respuesta, que no encajaba con lo que sabía de la historia del matrimonio de su interlocutora, pero esa era una cuestión que no podía mencionar. Al notar su silencio, ella dijo—: A ver, sé que la gente tiene aventuras. La carne es débil, el corazón es sensible... No voy a afirmar que Hubert y yo hayamos sido completamente... Pero no creo que deba ser algo aprobado públicamente o que se dé por hecho, como en su Utopía. Creo que debemos defender el principio tradicional de que las relaciones sexuales han de restringirse al ámbito del matrimonio.

—¿Aunque sepamos que no va a ser así?

—Sí. Si usted tuviera hijas como Rosamund, estaría de acuerdo conmigo. Las chicas jóvenes como ella lo saben todo y no le tienen miedo a nada. No creen en la religión y leen los libros que les da la gana: Darwin, Marx, novelas francesas, Havelock Ellis... No me sorprende, porque los hemos criado (me refiero a la gente liberal y progresista como nosotros), hemos

criado a nuestros hijos en un clima de absoluta libertad intelectual. Eso los hace terriblemente vulnerables. Iris no me preocupa nada, aunque está en la Slade,¹⁵ donde sucede de todo. Pero es una chica juiciosa y tiene un novio muy agradable, que es funcionario... En cambio, Rosamund...

—Pero Hubert y usted son católicos, ¿verdad? ¿Eso no...?

Dejó la pregunta sin formular, pero ella dedujo fácilmente lo que iba a decir.

—Nos convertimos hace poco. Hubert en 1900 y yo dos años más tarde. Fue demasiado tarde para que eso afectara a la educación de Rosamund. Me temo que la pequeña nos ha salido terriblemente pagana.

Él se quedó bastante sorprendido ante esta respuesta, porque Bland le había dado la impresión de provenir de una antigua familia católica del norte de Inglaterra a la que la Reforma había privado de su dinero y sus propiedades. Sin embargo, no quiso ahondar en esa cuestión, pero se arriesgó a plantear una pregunta directa sobre un tema que lo desconcertaba aún más:

—No quiero ser grosero, Ernest, pero ¿por qué ingresaron en una institución que se opone obstinadamente a casi todos los principios que defienden los fabianos?

Edith parecía un poco avergonzada.

—Sí, los amigos que se enteraron se mostraron muy sorprendidos, y algunos hasta se opusieron. Hubert siempre se había sentido atraído por la Iglesia católica, de un modo bastante romántico y literario, pero no hizo nada al respecto hasta que murió Fabian. ¿Usted sabía eso?

—Sí, lo sentí mucho cuando me enteré.

—Una vez tuve un hijo que nació muerto. Eso ya es bastante horrible. Y siempre estamos aterrorizados por la posibilidad de que los niños enfermen. Pero perder a un hijo de quince años, que tiene toda la vida por delante... y era un chico tan encantador, mi adorado, mi predilecto... —dijo ella, y se echó a llorar para la consternación de su acompañante.

—Ernest. Edith. Lo siento. Olvide esa pregunta tan impertinente que le he hecho —dijo—. Hablemos de otra cosa.

—No, no, es bueno hablar de estas cosas de vez en cuando —dijo ella, sacándose un pañuelo de la manga y enjugándose las lágrimas—. Fue una muerte muy tonta, muy innecesaria... por eso resultó tan insoportable. Era una operación sin importancia, y se la iban a hacer en casa. Fíjese cómo sería que

nos habíamos olvidado por completo del tema y Fabian estaba cavando en el jardín cuando llegaron el cirujano y el anestesista, y tuve que mandarlo a que se diera un baño y se pusiera el pijama para que pudieran operarlo. Los médicos lo dejaron durmiendo, bajo los efectos del cloroformo. Hubo una confusión. Yo pensaba que Hubert estaba con él, y Hubert pensaba que yo estaba con él. Cuando Hubert entró en su habitación, el pobre Fabian estaba muerto. Se había atragantado y ahogado mientras estaba anestesiado. El pobre niño murió solo. Imagínese cómo nos sentimos Hubert y yo. Nos destrozó perder a nuestro hijo adorado, y encima había sido por culpa nuestra. —Volvió a echarse a llorar.

—No debe pensar eso, Edith —dijo él, y le pasó el brazo por los hombros para consolarla—. Fue solo una mala suerte espantosa.

—Ya lo sé —dijo ella, sorbiendo y sonándose la nariz—. Y es usted muy amable por decirlo. Pero así fue como nos sentimos. Hubert se lo tomó fatal. Creo que decidió convertirse al catolicismo porque necesitaba que lo absolvieran. Los católicos disponen de la confesión, la confesión de verdad, no ese pobre sucedáneo que tiene la Iglesia anglicana. Cuando uno se convierte, tiene que confesar todos los pecados que ha cometido en su vida, y se le perdonan. Parece que a Hubert le funcionó. Logró perdonarse. Recuperó su antigua energía y su buen humor. Y entonces yo decidí convertirme también.

—¿Y a usted le funcionó? —preguntó él.

—Hasta cierto punto —dijo ella—. Pero no tan bien como a Hubert. Si quiere que le diga la verdad, en realidad no somos muy buenos católicos. Ninguno de los dos lo es. No vamos a misa muy a menudo; bueno, no vamos casi nunca. Pero es reconfortante formar parte de algo así. Está bien saber que la Iglesia está ahí por si uno la necesita, en las grandes crisis de la vida, cuando alguien muere. En esos momentos, la Sociedad Fabiana no es de gran ayuda, francamente. —Ella le sonrió con tristeza—. Querido H. G., qué amable es usted por escucharme con tanta paciencia. Y qué ojos tan extraordinarios tiene.

Los dos tomaron conciencia al mismo tiempo de que el brazo de él seguía apoyado sobre los hombros de ella y de que sus rostros estaban muy cerca. Lo más natural era sellar aquella conversación con un beso, y no fue, ni mucho menos, uno casto y decoroso. Fue un beso en la boca y duró un cierto tiempo, durante el cual él le pasó el otro brazo en torno a la cintura. Cuando el beso

acabó, Edith apoyó la cabeza en el hombro de él y se quedaron en silencio unos momentos, mientras él se preguntaba qué hacer y se imaginaba que también ella se estaría preguntando lo mismo. Entonces Edith soltó un suspiro, se incorporó apoyándose en su brazo y se separó de él.

—Creo que deberíamos volver a la casa —dijo.

Estaba completamente convencido de que, si hubiera actuado primero, podría haber gozado de más besos, y quién podía saber lo que habría ocurrido a continuación. «La carne es débil, el corazón es sensible...» Edith era una mujer apasionada, y Bland estaba convenientemente ausente, en un viaje por el norte de Inglaterra relacionado con sus actividades periodísticas. Pero, al pensarlo mejor, se sintió aliviado de no haber aprovechado la oportunidad para iniciar una *passade* con ella. Sus motivos no eran demasiado caballerosos. Ella era bastante más alta que él y, cuando la había estrechado brevemente entre sus brazos, se había percatado de que, bajo aquella túnica suelta, había una considerable corpulencia. Cuando pensaba en cómo sería hacerle el amor, desnudos sobre una cama, la imagen que se le venía a la cabeza era un poco ridícula. Por lo tanto, estaba muy bien que no se hubiera dicho ni hecho nada irrevocable en el cenador y él pudiera mantener una relación inocente y amistosa con ella, una relación que se había vuelto más íntima gracias a esa conversación, pero que no les iba a traer complicaciones emocionales. Cuando Bland regresó de su viaje por el norte, el invitado pudo mirar a su anfitrión a los ojos sin aprensión alguna.

Bland estaba de un excelente humor por motivos que se hicieron evidentes cuando salieron, a sugerencia de él, a tomar el aire después de una cena tardía retrasada por su llegada. Ya estaba oscuro, pero la luna llena les permitió seguir los senderos sin necesidad de usar linterna. La luna proyectaba unas nítidas sombras de los árboles sobre el césped, y se les ocurrió que, si por el cielo pasara un cometa igualmente brillante, todos los objetos tendrían dos sombras, cada una de las cuales apuntaría hacia una dirección distinta. Él anotó mentalmente aquella idea para introducirla en su novela. Bland, sin traspasar los límites del foso, lo llevó hasta un rincón del jardín que no se veía desde la casa gracias a una serie de árboles y arbustos, se detuvo junto a un montón de abono y se desabrochó la bragueta.

—Me encanta mear al aire libre, y lo hago siempre que tengo ocasión.

¿Usted no? —preguntó Bland.

—Bueno, hay otras cosas que me gusta más hacer al aire libre —dijo, siguiendo el ejemplo de su amigo. Ese no era su tipo de humor habitual, pero la presencia de hombres como Bland (Frank Harris o Sidney Bowkett, por ejemplo) solía fomentarlo, aunque sintiera cierto desprecio hacia sí mismo por competir en un nivel tan bajo.

Bland soltó una carcajada cómplice.

—¡Y no se refiere a jugar al bádminton! —Separó las piernas, se inclinó ligeramente hacia atrás y eyectó un arco de orina que brilló bajo la luz de la luna y cayó con un leve siseo sobre el compacto montículo de hojas y hierba—. Personalmente, prefiero una buena cama, bien grande y con los muelles firmes —dijo—. Hablando de lo cual... anoche hice buen uso de una cama así, propiedad de una joven que conozco en Mánchester. La llevé al cielo tres veces en otras tantas horas. —Concluyó su prolongada micción con un gruñido de alivio, se sacudió el pene, se lo guardó bajo los pantalones y comenzó a abrocharse la bragueta—. No está nada mal para un hombre de mi edad, ¿eh, Wells?

—No está nada mal para un hombre de cualquier edad, Bland —dijo él, que ya había terminado y estaba perfectamente arreglado.

—¿Cuál es su récord en una sola noche? —le preguntó Bland cuando reanudaron la marcha.

—No lo sé —dijo él—. Me cuesta recordar los números de dos cifras.

Bland comenzó a reírse estruendosamente y le dio una palmada en la espalda.

—¡Granuja! Pero, si prefiere hacerlo al aire libre, debería ir a Blackheath alguna noche calurosa. Está cerca de las puertas de Greenwich Park. Ahí puede uno conocer a toda clase de damas interesantes.

Su acompañante no pudo resistir las ganas de preguntarle a Bland cómo conciliaba aquellas aventuras con la doctrina de su religión adoptiva:

—¿Y eso no es un pecado, según su fe?

—Por supuesto que lo es. Es algo muy malo —dijo—. Pero precisamente saber que es un pecado es lo que lo vuelve interesante. Para los no creyentes como usted, no tiene más interés que estornudar. Para nosotros, significa poner en riesgo nuestra alma inmortal. Por suerte, siempre tenemos la confesión.

Se preguntó si Bland estaba de broma, pero tuvo la impresión de que

hablaba completamente en serio. No pudo evitar pensar que, si Bland estaba guardándose todos sus pecados para confesarlos en su lecho de muerte, le llevaría un tiempo peligrosamente largo declararlos todos, pero logró contenerse.

* * *

Pasó en Well Hall una semana e hizo grandes avances con *En los días del cometa*. A fines del siglo xx, el anciano narrador, Willie Leadford, se dedica a recordar su vida antes del gran cambio que supuso la aparición del cometa. El personaje de Willie se parecía mucho a él mismo cuando era joven: inteligente, pero con sus ambiciones limitadas por el hecho de tener un origen humilde, y frustrado sexualmente. Ambientó los primeros capítulos en las Potteries, arriesgándose a que lo acusaran de caza furtiva en el territorio de Arnold Bennett, porque asociaba dicho lugar con la peor etapa de su propia vida. Pero el hogar de Willie se parecía mucho al Atlas House de Bromley.

Un fregadero era, en el viejo mundo y en casas como la nuestra, una zona húmeda, desagradable y casi siempre subterránea que se encontraba detrás de una cocina-salón oscura, y que en nuestro caso estaba sucia, con una frecuencia más que alta, debido al hecho de que en ella se abría la carbonera, un profundo agujero de mugre negra, esparciendo por el suelo de ladrillos irregulares unas pequeñas partículas crujientes. Era la zona de «fregar», esa actividad grasienta y húmeda que tenía lugar después de cada comida; en el ambiente siempre había un vapor refrescante y un recuerdo de repollo cocido, y las manchas negruzcas de hollín que siempre aparecían donde se hubiera apoyado un momento una sartén o una tetera, las mondas de patata que habían quedado atrapadas en el filtro del tubo de desagüe y los andrajosos trapos cuyo aspecto era tan horrible como indescifrable su procedencia y que recibían el nombre de «bayetas para lavar los platos» vienen a mi recuerdo cada vez que alguien pronuncia esa palabra.

Teniendo en mente la existencia monótona y sacrificada de su madre en aquel sórdido lugar, superó las complejas emociones que le había despertado

su muerte y las empleó para hacer un conmovedor retrato de una mujer que había sido víctima de su sociedad. «La habían sometido e intimidado, como a tantas otras mujeres de su tiempo, por medio de la sencilla brutalidad de la costumbre. El orden existente la obligó a aceptar, e incluso a adorar, ciertas prácticas abyectas; la había doblegado y envejecido, y le había robado la vista, de modo que a los cincuenta y cinco años me miraba a la cara a través de unos lentes baratos y solo me veía vagamente, lo cual le generaba una inmensa ansiedad...» Por medio de los intensos celos de Willie y de su frenética persecución de Nettie, su antigua amada, y del nuevo amor de esta, Verrall, un hombre de clase alta, exploró los sentimientos que albergaba hacia Isabel tras su divorcio y cuando ella volvió a casarse. Como siempre, la plasmación de los hechos en una obra de ficción, con la libertad que esto le proporcionaba para modificar y realzar lo que le pareciera y para interpretar retrospectivamente su experiencia, fue una catarsis.

El último día, mientras daba un paseo por el jardín antes de comer, se encontró con Rosamund, y tuvo una fuerte sensación de que aquello no había ocurrido por casualidad. Caminaba a la sombra de una pérgola cuando ella apareció por el otro extremo y se le acercó sonriendo. Era como una muchacha hermosa surgida de una idílica escena pastoril. Iba calzada con unas sandalias y llevaba un sombrero de paja y un amplio vestido de muselina azul, con un escote que permitía apreciar sus magníficos pechos.

—¿Ya ha terminado de trabajar por hoy, señor Wells? —le dijo.

—Sí. He llegado al final de un capítulo y todavía no estoy listo para empezar el siguiente. Seguiré mañana, cuando vuelva a casa.

—Acabo de enterarme de que nos deja. Qué pena, ha sido estupendo tenerlo aquí. Ha pasado a formar parte de la familia.

—Para mí sí que ha sido estupendo —dijo él—. Pero yo ya tengo una familia, y la verdad es que debo volver a su lado. ¿Qué le parece si...? — Señaló un banco y se sentaron—. Well Hall es un refugio perfecto para un escritor.

—Bueno, quizá lo sea para usted... —dijo ella, haciendo un leve mohín. Como su madre, tenía una barbilla carnosa y sensual que recordaba a las beldades que pintaba Rossetti, aunque su pelo era distinto al de Edith: más corto y rubio y delicadamente ondulado.

—He oído que usted también tiene ambiciones literarias, Rosamund.

—Sí. Bueno, lo cierto es que he publicado un par de libritos infantiles.

—¿En serio? No lo sabía. La felicito.

—Bueno, no son gran cosa. No estoy demasiado orgullosa de ellos. Son unos libritos para niños pequeños. Uno se llama *Cuentos de gatos* y el otro se llama *Cuentos de vaquitas*. Cosas muy de andar por casa, para rellenar páginas de publicaciones periódicas. Edith me consiguió los encargos. Me vino bien el dinero, para mis gastos, pero eso fue todo. Me gustaría escribir algo más adulto, más original, pero es difícil cuando una tiene por padres a dos escritores famosos y exitosos como Edith y Hubert analizando lo que escribe. Y encima me arman un escándalo si quiero ir a alguna parte por mi cuenta. ¿Cómo voy a ser escritora si no tengo experiencias?

—Todo se andará. Tiene la vida entera por delante —dijo él con cierto paternalismo—. Mientras tanto, su hogar le puede proporcionar muchas ideas.

—¿A qué se refiere?

Por un instante, él percibió una leve sorpresa, casi alarma, en los ojos castaños de la joven.

—Es un lugar muy romántico. Impregnado de historia. La cabeza de Tomás Moro está enterrada en alguna parte del terreno, por ejemplo, y nadie sabe dónde. Eso podría servir para escribir un cuento. Me sorprende que Edith no lo haya hecho.

—Ah, eso...

—¿Por qué no lo intenta usted?

Ella lo miró y le sonrió con descaro.

—Si lo intentara, ¿usted lo leería y me daría su opinión?

—Desde luego.

—Entonces lo haré —dijo ella, dando palmas—. Gracias. Tendré que leer cosas sobre Tomás Moro.

—No deje de leer su *Utopía* —dijo él.

—¿Ese libro no es un poco aburrido?

—En absoluto. El capítulo sobre el matrimonio es particularmente interesante.

—¿Por qué?

—Léalo y lo descubrirá.

—Lo haré —dijo ella.

Se oyó una voz procedente de la casa, probablemente la de Alice, que gritaba «Ros-a-mund».

—¡Vaya! —dijo Rosamund—. Supongo que querrá que la ayude a preparar el almuerzo. Discúlpeme.

—Por supuesto —dijo él, y se quedó observándola alejarse bajo la pérgola, que parecía un túnel. Cuando llegó al final, se detuvo, se dio la vuelta y le dijo adiós con la mano. Le recordó a algo, o a alguien.

Regresó a Spade House de un excelente humor y de inmediato le escribió a Edith un «techador»; tal era el nombre que, por motivos desconocidos, recibían las cartas de agradecimiento en el argot de la familia Bland. Comenzaba así: «Querida señora: ¡Un techador! ¡No tengo palabras! Creo que Jane debería asumir la tarea de describir la partida de un hombre gris, amargado y completamente hecho una mierda un jueves y su vuelta el jueves siguiente lleno de color, en parte propio y en parte ajeno», y concluía diciendo: «Unos hilos delgados e impalpables de agradables asociaciones recorren el camino que va desde el dormitorio hasta las escaleras, me atan a las habitaciones de su casa, me llevan bajo los árboles y por los senderos del jardín... Han sido unos días maravillosos. Siempre suyo, H. G. Wells».

Aquella visita marcó el comienzo de una nueva fase, mucho más íntima, en la relación entre los Wells y los Bland, que se estaban forrando gracias a los derechos de autor que cobraba Edith y que habían adquirido una residencia de verano aún más grande en Dymchurch: una casa de estilo georgiano, construida en ladrillo rojo y con hastiales típicos de Holanda, llamada Sycamore House, aunque con su indiferencia característica la familia Bland siempre se refería a ella como «la Otra Casa» para distinguirla de la que reemplazaba. Los Bland solían pasar allí los meses de agosto y septiembre, y las dos familias se visitaban con asiduidad. En Spade House había una pista de bádminton, y sobre la arena dura y lisa de la playa de Dymchurch se podía jugar al cricket francés cuando bajaba la marea. También organizaban excursiones en bicicleta por las pequeñas carreteras de los Romney Marshes y comidas a las que cada invitado llevaba algo y divertidísimas charadas. Él le daba consejos literarios a Rosamund en conversaciones privadas, disfrutando de las generosas alabanzas que ella dedicaba a sus obras. Rosamund nunca logró darle a la historia de la cabeza de Tomás Moro la forma que deseaba para mostrársela,

pero leyó el capítulo sobre el matrimonio de *Utopía*.

—¿Y qué le pareció lo de que a las parejas que estén pensando en casarse se les permita verse desnudos antes de formalizar el compromiso? —le preguntó él.

—Una idea estupenda —dijo ella—. A mí no me importaría nada si se hiciera de una manera decente, como se explica en el libro, llevando a alguien de carabina. ¿A usted qué le parece, señor Wells?

—Creo que habría muchos menos matrimonios infelices si adoptáramos esa costumbre —dijo él—, pero los ingleses somos muy mojigatos con el tema de la desnudez.

—Sí, yo le pregunté a Iris si no le gustaría ver a su Austin desnudo antes de comprometerse con él y me dijo que no fuera desagradable. ¡Y eso que en la Slade está todo el tiempo dibujando a modelos desnudos! Bueno, no del todo desnudos. —Soltó una risita—. Por lo visto, los hombres se ponen unas pequeñas fundas.

—¿Y qué me dice del resto de la *Utopía* de Moro? —preguntó él.

—Pues la verdad es que no me pareció demasiado interesante —dijo ella—. Prefiero claramente la suya. El final, cuando vuelven al sórdido Londres, es estupendo.

Esa tarde, durante el viaje de regreso de la Otra Casa a su hogar, tras haberlos visto charlando en el jardín muy entusiasmados, Jane le dijo:

—Espero que seas prudente con esa joven.

—No te preocupes, cariño. Es una chica muy agradable, pero no estoy enamorado de ella —contestó él.

—Lo que me preocupa es que sea ella la que se está enamorando de ti —dijo Jane—. Sería una lástima que se estropeará una relación tan bonita como la que tenemos con los Bland.

—No te preocupes, estoy completamente de acuerdo —dijo él.

Era cierto que estaba de acuerdo. Parecía existir una especie de simbiosis entre las dos familias que a los escritores que había en ellas les resultaba sumamente útil. En octubre, Jane lo acompañó por primera vez a Well Hall, donde pasaron un fin de semana en el que todo fue muy bien. Cuando se marcharon, Edith les escribió: «¡Ay, queridos míos, queridísimos míos! Los dos deben de haber segregado mucha virtud este espléndido fin de semana, porque de una manera inesperada, y muy emocionante y repentina, ¡¡¡he

terminado *Los chicos del ferrocarril*, que he estado llevando como una losa sobre mis viejos y encorvados hombros durante casi un año!!! Muchísimas gracias. ¡Esto, como se habrán dado cuenta, es un *techador!*».

En diciembre, Edith le envió una versión preliminar del libro. Cuando lo recibió, él se metió en su estudio y se lo leyó de una sentada, rápidamente al principio, recordando los primeros capítulos, que ya había leído por entregas, y más lenta y atentamente después. Su dictamen inicial había sido correcto: se trataba de la obra maestra de Edith, pues tenía una profundidad y una unidad de la que, pese a sus demás méritos, carecían sus otros libros, y, en su opinión, *Los chicos del ferrocarril* estaba destinado a convertirse en un clásico.

Tres niños se veían arrancados abruptamente de su cómodo hogar londinense, debido a la inexplicable desaparición de su padre, y obligados a vivir casi en la pobreza con su madre en una casita de campo. Una línea de ferrocarril que pasaba cerca de su nueva casa se convertía en su principal fuente de entretenimiento: saludaban con la mano a los pasajeros y se hacían amigos del personal de la estación local. Cuando ya habían pasado tres cuartas partes de la historia, la mayor, Bobbie, descubría en un periódico antiguo que su padre estaba en la cárcel. Su madre le aseguraba que su encarcelamiento había sido injusto y le pedía que, de todos modos, no les dijera nada a sus hermanos. Como sucedía a menudo en las obras de Edith, los niños realizaban una buena acción que posibilitaba la aparición en el relato de un anciano caballero muy bondadoso que lo encaminaba hacia un final feliz apelando contra la condena del padre, pero antes, al llegar al clímax, la autora jugaba con gran maestría con los deseos, las expectativas y las emociones del lector.

Un día, los tres niños atraviesan los campos para ir a saludar a los pasajeros del tren de las 09:15, como de costumbre, y se quedan muy sorprendidos cuando todos los pasajeros les sonríen y les devuelven el saludo con periódicos en la mano. Esa mañana, incapaz de concentrarse en las lecciones de su madre, Bobbie se dirige a la estación para preguntar cómo se encuentra el hijito del guardavía, que está enfermo. Por el camino, toda la gente que se encuentra le sonríe con complicidad, pero sin decirle nada, conspirando con la autora para que Bobbie no sepa lo que está a punto de suceder. Audazmente, la autora se dirige así a los lectores: «Por supuesto, vosotros ya sabéis exactamente lo que iba a pasar. Bobbie no era tan lista. Tenía esa sensación vaga, confusa, expectante, que nos embarga a veces el

corazón durante el sueño. No sé qué era lo que esperaba su corazón —tal vez precisamente lo que vosotros y yo sabemos que iba a pasar—, pero su cabeza no esperaba nada». De este modo, la autora admitía la naturaleza convencional de las obras de ficción y, al mismo tiempo, adjudicaba a su relato un nivel de veracidad superior; de este modo, postergaba exquisitamente el estallido emocional que se producía cuando Bobbie se encontraba sentada en el andén de la estación mirando distraídamente cómo descendían los pasajeros del tren de las 11:54:

—¡Oh! ¡Mi papá! ¡Mi papá!

Aquel grito penetró como un cuchillo en el corazón de todos los que iban en el tren, y la gente sacó la cabeza por las ventanas y vio a un hombre alto y pálido con los labios apretados y a una niña pequeña que se abrazaba a él con brazos y piernas, mientras los brazos de él la rodeaban con fuerza.

La historia concluía en la página siguiente, ya que Edith no cometía el error de tratar de describir el alivio y el júbilo de la protagonista, ni cómo los compartía con el resto de la familia.

Bobbie entra en la casa, intentando que su mirada no hable por ella antes de que sus labios encuentren las palabras adecuadas para «contarle a Madre, en voz baja» que la pena y el esfuerzo y la separación han tocado a su fin, y que Padre ha vuelto a casa.

Había unas pocas frases más, pero le costó leerlas, pues las lágrimas le caían por el rostro.

Jane entró en su estudio en aquel momento y lo miró, sorprendida.

—Por el amor de Dios, H. G. ¿Qué te pasa? —gritó.

—Nada —dijo él, secándose los ojos y las mejillas con un pañuelo—. Me siento como un idiota, lloriqueando con un libro para niños, pero no he podido contenerme. —Le mostró a Jane el ejemplar de *Los chicos del ferrocarril*—. Esa mujer te toca la fibra sensible con la habilidad de una arpista.

Jane soltó una carcajada.

—Pues la verdad es que es todo un logro hacerte llorar con un libro para niños.

—Ya verás cuando leas el último capítulo. Seguro que te pasa lo mismo — dijo él. Se quedó unos instantes meditando sobre cómo funcionaba el truco. El desplazamiento del punto de vista, desde el de Bobbie al de los pasajeros, por ejemplo, cuando ella pega el grito y abraza a su padre con las piernas, además de con los brazos, y el lector recuerda que, pese a su gran madurez emocional, no es más que una niña, es brillante. Pero no era solo una cuestión de técnica —. Dime una cosa —le preguntó a su mujer—. ¿Alguna vez te ha hecho llorar algo de lo que yo he escrito?

Jane pensó unos segundos, con la mirada perdida mientras buscaba en su memoria, repasando los títulos de tantas novelas y cuentos leídos a lo largo de los años.

—No, creo que no —dijo finalmente y, al ver que él parecía abatido, añadió, tratando de consolarlo—: Ese no es tu fuerte, H. G.

2

Las consecuencias personales y sociales de formar parte de la Sociedad Fabiana eran mucho más interesantes y satisfactorias que las actividades oficiales de la organización, que consistían, sobre todo, en reuniones bastante aburridas en las que los miembros de mayor rango presentaban artículos y expresaban puntos de vista que ya eran muy conocidos para el público, que los debatía siguiendo cauces totalmente predecibles. No parecía existir demasiada voluntad de repensar radicalmente la función y la estrategia de la Sociedad, y él comenzó a plantearse que quizá hubiera cometido un error al ingresar en ella. Sintió un conocido impulso de fuga, y durante la primavera de 1904, cuando se produjo en la organización una fuerte controversia sobre la reforma arancelaria, pensó que aquella era la oportunidad para escapar de un modo honroso. El carismático político conservador Joseph Chamberlain estaba llevando a cabo una eficaz campaña a favor de un Imperio británico proteccionista, idea que la Ejecutiva fabiana, pragmáticamente, decidió no condenar, pero a la que su amigo, Graham Wallas, leal adalid del liberalismo, se oponía por una cuestión de principios. Cuando, por lo tanto, Wallas se retiró de la Sociedad, él aprovechó la ocasión para presentar su renuncia por los mismos motivos. Pero Shaw lo convenció de que retirara su renuncia enviándole una carta en la que combinaba con gran habilidad el sarcasmo con la adulación. En ella, afirmaba que no se creía que le importara un comino la reforma arancelaria y lo instaba a quedarse en la Sociedad, porque lo necesitaban. Él, entonces, le escribió a Pease, el secretario de la organización, retirando su renuncia y, al mismo tiempo, dejando claro que no estaba de acuerdo con el modo en que funcionaba la Sociedad y que se quedaba únicamente para tratar de modificarla por completo.

A lo largo del año 1904 y buena parte de 1905, redobló sus esfuerzos por

intentar convencer a los fabianos de que revisaran y cambiaran sus preciosas «Bases», el manifiesto redactado por Wallas, Shaw, Bland y otros padres fundadores de la Sociedad, que había adquirido, para la Vieja Guardia, el mismo estatus que tenían los Diez Mandamientos para los israelitas. La principal virtud de este documento era su brevedad, ya que podía imprimirse en una única hoja de papel, pese a que decía las mismas cosas varias veces de distintas maneras. «La Sociedad Fabiana está formada por socialistas», comenzaba. «Por lo tanto, aspira a reorganizar la sociedad por medio de la expropiación de la tierra y el capital industrial a sus propietarios particulares y de su entrega a la comunidad en beneficio de todos». Los dos siguientes párrafos repetían este mismo objetivo con escasos detalles adicionales, y predecían con mucha confianza que «la clase ociosa que ahora vive del trabajo ajeno necesariamente desaparecerá, y la acción espontánea de las fuerzas económicas dará lugar a una sociedad con verdadera igualdad de oportunidades». Y concluía: «Pretende lograr estos objetivos por medio de la difusión del conocimiento sobre la relación entre el individuo y la sociedad en sus aspectos económicos, éticos y políticos».

El rasgo más característico de este documento era su vaguedad con respecto a los medios por los que, en la práctica, iban a lograr sus aspiraciones, lo cual era una ventaja, ya que animaba a muchos intelectuales de clase media que se consideraban progresistas a firmarlo sin miedo alguno a tener que renunciar a sus propiedades y entregárselas al Estado, pero también suponía una desventaja, pues posponía de forma indefinida cualquier acción que fuera más allá de dar conferencias y publicar panfletos. Y la definición del socialismo en unos términos estrictamente económicos excluía la mención a ciertas reformas sociales y culturales que eran urgentemente necesarias, como, por ejemplo, acabar con el sometimiento de las mujeres. Las ideas radicales que él tenía sobre esta cuestión le granjearon la amistad y el apoyo de una de las mujeres más destacadas de la Sociedad Fabiana, Maud Reeves, que estaba casada con William Pember Reeves, el Agente General para Nueva Zelanda. Los Reeves habían llegado a Inglaterra a finales de la década de 1890 con muy buenas credenciales de progresistas: él por haber sido ministro del Gobierno liberal de Nueva Zelanda y por haber escrito un libro académico titulado *Experimentos con el Estado en Australia y Nueva Zelanda*, y ella por haber participado en una exitosa campaña a favor del sufragio femenino en su país

natal, el primero del mundo donde se otorgó este derecho a las mujeres. Inmediatamente, fueron muy bien recibidos en los círculos fabianos, donde ya tenían diversos contactos, y, aunque Reeves no podía adoptar un papel activo en la Sociedad debido a su estatus de diplomático, esto no inhibió en absoluto a Maud.

Era una dama vivaz, elegante e inteligente, y en la amistad que él forjó con ella no había ni un ápice de la atracción sexual recíproca que siempre estuvo latente en su relación con Edith Nesbit. Tal vez por esta razón ella siempre se mostró muy espontánea a la hora de debatir con él sobre cuestiones relacionadas con el sexo y el matrimonio. En una ocasión, a propósito del conservadurismo de los varones en relación con estos temas, comentó con total naturalidad que «Will nunca aceptaría emplear métodos anticonceptivos; se niega incluso a hablar de ello». A partir de este y otros comentarios, su amigo infirió que la vida sexual de los Reeves había concluido con el nacimiento de su tercer hijo, justo antes de trasladarse a Inglaterra, y que eso a ella no le suponía mayor problema. Desde luego, Pember Reeves no parecía un hombre de los que hacen que a las mujeres se les acelere el pulso de deseo: tenía una expresión adusta y lúgubre en el rostro, similar a la de un sabueso, parecía mayor de lo que era, contaba con un carácter taciturno y solía estar de mal humor, se mostraba siempre educado pero demasiado tieso y parecía tener siempre plena conciencia de su estatus, lo cual se agravó cuando lo ascendieron al cargo de alto comisionado. Durante su etapa de ministro, se había distanciado de sus compañeros de partido en Nueva Zelanda y lo habían cesado, concediéndole como compensación un puesto diplomático en Gran Bretaña, que él trataba de que pareciese más importante de lo que era en realidad. Pese a todo su apoyo a la causa del sufragio femenino, Reeves gobernaba su familia como si se tratara de una autocracia patriarcal, o eso era lo que él creía, ya que, en realidad, Maud y sus dos hijas adolescentes conseguían vivir con muy pocas restricciones gracias a la sencilla estrategia de no pedirle permiso para hacer lo que quisieran. Las chicas, por ejemplo, salían por Londres sin carabina, confiando con acierto en que la falta de perspicacia de su padre, unida a las numerosas preocupaciones derivadas de su cargo, le impedirían estar al tanto de lo que hacían ellas.

Pese a que Reeves carecía de encanto, las dos familias se llevaban muy bien, y Maud mostró mucho interés por hacerse amiga de Jane, que se había

incorporado a la Sociedad Fabiana en cuanto destetó a Frank. Comenzaron a visitarse mutuamente y, durante el verano de 1904, la familia Reeves pasó toda una semana en Sandgate, donde alquilaron una casa para estar cerca de sus nuevos amigos. A él le gustaba hablar con las dos hijas de Pember y Maud, sobre todo con la mayor, Amber, que apenas tenía diecisiete años y no solo era muy guapa, sino también muy inteligente. Su padre, en una típica muestra de su temperamento esencialmente conservador, trató de convencerla de que no fuera a Cambridge al acabar el colegio, como ella quería hacer, y le hizo, en cambio, la tentadora propuesta de presentarla ante la Corte y «exponerla» ante la sociedad londinense.

—¡Como si a mí me interesara una puesta de largo! —dijo Amber con desdén en una ocasión, mientras paseaba junto al mar con él y con su hermana Beryl—. Hacer reverencias a la realeza con un vestido blanco y bailar con jovencitos aburridos noche tras noche.

—¿Entonces va a ir a Cambridge? —le preguntó él.

—¡Por supuesto!

—Muy bien, Amber. ¿Y qué va a estudiar?

—Todavía no lo he decidido —dijo ella—. ¿A usted qué le parece que debería estudiar?

No había nada que le gustara más que poder hablar largo y tendido sobre la educación ante un público cautivo como el que formaban Amber y su hermana, de modo que les dio una conferencia improvisada sobre las ventajas y las limitaciones de las ciencias y las humanidades.

—Lo ideal —concluyó— sería que pudieras estudiar ambas cosas en la universidad. Pero según los prejuicios de esta nación ignorante, tienes que elegir una de las dos, así que supongo que deberías fiarte de tu intuición para decidir qué clase de conocimiento es el que más deseas.

«Dígale al señor Wells que tendría que haber sido institutriz —le escribió Maud a Jane en una carta de agradecimiento—. ¡Las niñas han disfrutado muchísimo con él, y su influencia ha sido magnífica!»

Un año después, cuando se encontraron en la gran casa que los Reeves tenían en Kensington, Amber le contó que en otoño iba a ingresar en el Newnham College para estudiar Ciencias Morales.

—¿Qué es eso? —le preguntó él—. Las ciencias no son morales o inmorales. Lo que es moral o inmoral es el uso que se hace de ellas.

—No, no tiene nada que ver con las ciencias naturales. Es el nombre que le dan en Cambridge a la filosofía —dijo ella alegremente—. Filosofía, antigua y moderna, mezclada con un poquito de psicología. Platón y Aristóteles, Bentham y Mill, Kant y Hegel. Cosas así. Tengo muchas ganas.

—¿Por qué eligió eso? —preguntó él.

—Estaba husmeando en una librería que hay en Charing Cross Road y resulta que abrí un libro de Kant en el que muestra cómo acabar con las afirmaciones de la Iglesia católica por medio de la razón. Entonces decidí que la filosofía era mi tema.

—¿Cómo se llama ese libro? —preguntó él—. Me gustaría leer eso.

Ella se ruborizó.

—Me temo que no me acuerdo —dijo—. No me compré el libro; no podía permitírmelo.

—Bueno, deberías buscar la referencia en la Biblioteca Pública y enviárselo al señor Wells —dijo Maud, que había oído la conversación—. Si no, va a pensar que te lo estás inventando todo para impresionarlo.

—¡No sea mala, Madre! ¡No me lo estoy inventando! —dijo Amber, y se marchó de la habitación haciendo aspavientos.

Maud levantó las cejas y soltó un suspiro.

—¡Qué sensibles son estas jovencitas!

Para Maud, las emociones que le proporcionaban las actividades políticas de los fabianos llenaban el hueco que, en la vida de otras mujeres con matrimonios insatisfactorios, ocupaban las aventuras amorosas, por lo que apoyó con gran entusiasmo a su amigo en su misión de reformar la Sociedad.

—No estoy haciendo demasiados progresos —se quejó ante ella una mañana de otoño de 1905, cuando estaban charlando tras una conferencia de Sidney Webb sobre el análisis estadístico de las tasas de natalidad y mortalidad en el municipio de Lambeth, que había sido bastante aburrida—. Los de la Vieja Guardia están bloqueando todos mis intentos por someter las Bases a debate en una reunión general extraordinaria. Envié una moción a la Ejecutiva, pero me la devolvieron.

—Esa no es la mejor manera de actuar —dijo ella—. Debería presentar un artículo en la Sociedad que sea una especie de manifiesto a favor del cambio. Llámelo...

—Los fallos de los fabianos —propuso él, mientras ella vacilaba.

—Perfecto. Así, ante todos los miembros, usted quedaría proclamado líder del movimiento por la reforma. La Ejecutiva tendría que responder.

—El problema —dijo él— es que no soy buen orador. No, no lo soy —insistió, cuando ella trató de plantear alguna objeción—. No me engaño al respecto. No tengo la voz adecuada para ese papel; en circunstancias de tensión, me sale aguda y chillona. Y no puedo elaborar un discurso partiendo de unas notas ni improvisar, como Shaw, con frases impecablemente construidas. Tengo que escribir un texto de antemano y después leerlo, lo cual no es ni la mitad de eficaz.

—Si lo escribe usted, H. G., y lo hace con pasión y convicción, le aseguro que será eficaz —dijo ella—. Siempre y cuando no empiece a farfullar y a comerse palabras, cosa que admito que tiende a hacer cuando se pone nervioso. Si consigue ser oído, será escuchado.

Al final, sucumbió a los halagos y el entusiasmo de Maud y accedió a presentar un artículo sobre «Los fallos de los fabianos» tras la Nochevieja, el 12 de enero. Pero, al cabo de poco tiempo, Balfour convocó elecciones generales para ese mes y la Ejecutiva decidió que su conferencia, por versar sobre un tema tan importante y polémico como ese, debería posponerse hasta febrero, para que la política nacional no le hiciera sombra.

—Entretanto, Wells, si tiene otra cosa menos ominosa que ofrecernos el 12 de enero, será muy bien recibida, desde luego, puesto que ya hemos reservado el auditorio —dijo Pease.

Él se fijó en la elección, levemente sarcástica, del adjetivo *ominosa*. Aunque Pease había sido uno de los primeros que lo habían invitado a formar parte de la Sociedad Fabiana, siempre lo había tratado con algo de condescendencia, y en los últimos tiempos, desde que se había hecho pública su intención de modificar por completo la Sociedad, el trato se había vuelto claramente frío. Pero el hecho fue que sí que tenía otra cosa: un artículo para una revista del que acababa de escribir un borrador y que podía adaptarse con mucha facilidad. Se llamaba «La miseria de las botas», y se lo ofreció a Pease, que aceptó la propuesta sonriendo, muy estirado, mientras anotaba el título.

Como él mismo había previsto, lo benefició presentar el artículo «La miseria de las botas» antes de su crítica a la Sociedad Fabiana, que era una

cuestión mucho más espinosa. Se trataba de un texto desenfadado que exponía los principios fundamentales del socialismo de un modo muy accesible y con bastante sentido del humor, y que resultó una auténtica delicia para su público. Empezaba con una pequeña anécdota que ilustraba las lamentables condiciones de vida que había conocido en la infancia: la primera imagen que tuvo de que el mundo era un lugar amplio y variado fue la visión de los pies calzados de la gente que andaba por la acera. Él los observaba por el ventanuco, alto y protegido por rejillas, de la cocina de su casa, que se encontraba en el sótano de Atlas House. Tal vez eso explicara su posterior preocupación por las botas, y el hecho de que llegase a considerarlas un índice de calidad de vida. Después procedía, en una especie de pastiche del método analítico de Sidney Webb, a señalar que una de cada cinco personas que habitaban aquellas islas sufría algún tipo de incomodidad provocado por las botas, ya fuera porque estaban nuevas, porque no le quedaban bien o porque estaban hechas con un cuero poco curtido, y a enumerar las diversas clases de raspaduras que las botas podían producir, los distintos dolores y heridas que causaban los tacones de desigual longitud y las suelas demasiado gastadas, las grietas y las filtraciones y los agujeros... El público reía alegremente hasta que él le recordó que «estas miserias de las botas no son más que un ejemplo. La ropa que lleva la gente no es mejor que sus botas, y las casas en las que vive son mucho peores. ¡Y piensen en las lamentables prendas que constituyen sus prejuicios y sus ideas equivocadas y sus opiniones parciales, prendas que sus desgraciadas mentes se han puesto a modo de educación! ¡Piensen en cómo estas prendas aprietan y raspan sus mentes!». El público, entonces, aplaudió.

Él continuó con su parábola. Conocía a un hombre (era él mismo) al que la fortuna le había permitido elevarse por encima de la clase social de quienes compran sus botas y su ropa con lo que les queda de su salario de una libra por semana después de pagar la comida y el alojamiento, y pasar a formar parte de la clase social de quienes pueden destinar setenta u ochenta libras por año a estas cosas, para que sus pies estén absolutamente cómodos. Pero pensar en las masas que están tanto peor que él en cuestión de calzado le generaba una gran incomodidad. «En el mundo hay suficiente cuero de calidad como para fabricar botas y zapatos buenos y vistosos para todos los que los necesiten, suficientes hombres desocupados y suficientes máquinas y energía

como para realizar todo el trabajo que sea necesario, suficiente inteligencia desempleada como para organizar la confección y la distribución de calzado para todo el mundo. ¿Qué nos impide hacerlo?» Lo que nos impedía hacerlo eran la propiedad privada y el capital privado, que controlaban todo el proceso de producción, desde la adquisición del cuero sin curtir hasta la venta del producto terminado, para poder obtener beneficios en cada una de sus fases. Los únicos que podían ponerle remedio a ese problema eran los socialistas. «Hay que cambiar todo el sistema si queremos erradicar la absoluta pobreza en que viven las masas, que hace que nuestro estado actual resulte detestable a ojos de cualquier hombre o mujer sensible. Eso, y nada menos, es el objetivo de todos los verdaderos socialistas: el establecimiento de un orden social nuevo y mejor por medio de la abolición de la propiedad privada de la tierra, de los productos naturales y de su explotación (...) si a alguien le da miedo esto, entonces debería basar su vida en una especie de felicidad personal y privada, en la aceptación de las cosas tal como son, y concluir que “no vale la pena pensar en las botas”.»

La sala estalló en un prolongado aplauso cuando terminó de leer, y él vio a Maud sonriendo con aprobación desde la primera fila mientras aplaudía también. Jane daba palmas con todas sus fuerzas, y los ojos le brillaban de lo orgullosa que estaba. Él contestó algunas preguntas y lo hizo adecuadamente, aunque con menos habilidad de lo que hubiera querido, y después se disolvió la reunión.

—Ha sido maravilloso, cariño —le dijo Jane cuando él acudió a su lado, y Maud estuvo de acuerdo:

—Desde luego. Bien hecho, H. G. Ha sido un aperitivo perfecto para «Los fallos de los fabianos».

—Quizá eso no caiga tan bien —dijo él, sin dejarse llevar por la soberbia. Pero cayó estupendamente.

El resultado de las elecciones generales fue un triunfo aplastante del Partido Liberal, que obtuvo 400 escaños frente a los 129 del Partido Conservador y que, teniendo en cuenta las alianzas que estableció con otros grupos políticos, consiguió una mayoría de 358, más que suficiente para poder gobernar sin tener que hacer concesiones. Pero lo más significativo, desde el punto de vista de los fabianos, fue la elección de 29 parlamentarios laboristas.

Era la primera vez que el socialismo contaba con una representación digna de tenerse en cuenta en el Parlamento. Esto provocó cierto bochorno entre los miembros de la Vieja Guardia, ya que diez años antes habían rechazado un acercamiento por parte de Ramsay MacDonald —que había solicitado a la Ejecutiva que contribuyera a financiar la creación del Partido Laborista— argumentando que, habida cuenta del dominio de los dos grandes partidos, montar un grupo político con la intención de llegar al Parlamento sería una pérdida de tiempo y de dinero, y habían empleado un gran legado que habían recibido en aquel momento para fundar la London School of Economics. Él, por su lado, sintió que las cosas se estaban poniendo de su parte. La gran victoria de los liberales mostraba que la nación estaba desencantada con el antiguo orden y deseosa de cambios, y los fabianos corrían el peligro de verse relegados y perder por completo el favor popular si no se remodelaban con urgencia y aprovechaban aquella oportunidad histórica. No podía haber pronunciado su conferencia sobre «Los fallos de los fabianos» en un momento más favorable. Nadie se sorprendió de que el salón de actos de Clifford's Inn estuviera completamente abarrotado la tarde del día señalado, el 9 de febrero.

Desde el comienzo de su charla, atacó la estrechez de mente y la autocomplacencia de la organización. «Me parece que en nuestra Sociedad, con sus setecientos y pico miembros, se tiene la impresión de que esos setecientos y pico son los únicos socialistas razonables y acreditados que hay en Inglaterra —dijo—. Quisiera corregir este tremendo error que algunos hemos cometido.» Mientras que el tono de «La miseria de las botas» era simpático y humorístico, esta segunda conferencia estaba escrita con un lenguaje satírico. La Sociedad, dijo, «a ojos de un observador imparcial, todavía resulta semejante a una sociedad de salón que, haciendo un esfuerzo tan alocado como valiente, se ha hecho con una oficina central en un sótano de Clement's Inn, agotando en dicha empresa todo el coraje que tenía» (y el público estalló en carcajadas). Se burló de la información dispersa e irrelevante que se proporcionaba a los miembros y lamentó la falta de iniciativas para atraer a más gente. «No nos publicitamos, gracias; no es nuestro estilo. Gritamos a favor del socialismo como una dama que hubiera perdido su posición y tuviera que gritar “naranjas” desde su puesto de frutas en el mercado: esperando que nadie nos oiga» (y el público volvió a reír). Todos los fallos de los fabianos, afirmó, procedían de los mismos orígenes del

movimiento. «Surgió como una reunión para hacer vida social; a día de hoy, sigue siendo como una reunión para hacer vida social. Nunca ha salido a plantar cara al público desconocido de un modo sistemático, tratando de sumar más miembros. En cierto momento de su desarrollo, pareció detenerse. Dejó de crecer, dejó de soñar, dejó de creer en algún tipo de triunfo del socialismo como socialismo. Experimentó ese tipo de detención del crecimiento que se ve en algunas plantas, que se ven limitadas por el tamaño de su maceta.»

Entonces comenzó a criticar una de las tablas de la ley, la famosa cita que figuraba junto a las Bases sobre el general romano Fabio Cunctator, del que la Sociedad había tomado su nombre: «Habrás de esperar al momento oportuno, como hizo Fabio con gran paciencia cuando combatía contra Aníbal, a pesar de que muchos criticaron su lentitud; pero, cuando llegue, deberás golpear con fuerza, como hizo Fabio, o toda tu espera habrá sido infructuosa». Aunque había sido escrito para parecer una traducción de algún historiador romano, nadie había logrado encontrar la fuente de este pasaje y se daba por hecho que se trataba de una imitación. Tampoco nadie parecía haberse dado cuenta de que, además, era falso. Una pequeña investigación en la obra de Plutarco revelaba que Fabio nunca había llegado a golpear; le correspondió a Escipión la tarea de combatir contra Aníbal en África y derrotarlo, pese a todo lo que hizo Fabio para impedirselo. «Ya ven lo peligrosa y paralizante que puede llegar a ser la tradición fabiana. No estoy insinuando ni por asomo que haya llegado a serlo en nuestra Sociedad» (este descargo de responsabilidad, desde luego, no engañó a nadie). «Lo digo únicamente a modo de advertencia.» Que aquel precioso fragmento de las escrituras fabianas se volviera contra ella fue un duro golpe para la Vieja Guardia —él mismo levantó la vista y se fijó en la expresión imperturbable de Pease y en Bland, que parecía querer fulminarlo con la mirada a través de su monóculo—, pero el hecho de que despachara las señas de identidad de la Sociedad Fabiana de aquel modo, no exento de erudición, resultó divertido e impresionante para los miembros más jóvenes de la misma. Concluyó la conferencia con una serie de propuestas concretas: publicar unos panfletos para atraer nuevos miembros, aspirar a tener diez mil integrantes en lugar de setecientos, lograr un incremento proporcional de los ingresos económicos, dar a los miembros jóvenes un papel más activo en los asuntos de la Sociedad y establecer delegaciones por todo el país. Se sentó en

medio de un aplauso rebotante de entusiasmo. Tras debatir un poco, se acordó crear un Comité de Consulta, bajo su dirección, para que redactara propuestas destinadas a reorganizar la Sociedad y revisar las Bases que se presentarían en una asamblea general.

El comité estaba formado por cuatro miembros de la Ejecutiva más o menos afines a él, entre los que se contaban Sydney Olivier y Charlotte, la esposa de Shaw. Charlotte, desde luego, le contaría todo lo que se hablara a su marido y haría lo que él le dijera, pero Olivier era un hombre que pensaba por sí mismo y, ahora que Wallas había dimitido por las divergencias surgidas en relación con el tema de la reforma arancelaria, el miembro de la Ejecutiva con el que más cómodo se sentía. Olivier, funcionario con un alto cargo en el Ministerio de las Colonias, hombre cosmopolita y de aspecto distinguido, combinaba una gran experiencia en cuestiones administrativas con el interés por la literatura, y escribía versos humorísticos con resultados nada desdeñables. Los restantes miembros del comité eran simpatizantes declarados de la reforma, como Maud Reeves. Olivier fue nombrado presidente y Jane ocupó el puesto de secretaria. La constitución de este prometedor comité pareció una victoria, en su momento, pero los integrantes de la Ejecutiva que se sentían amenazados por sus críticas acabaron empleándolo como una herramienta más para postergar los cambios y las decisiones.

A él nunca le había interesado la clase de trabajo propia de un comité, que lo hacía perder mucho tiempo sin producir resultados aparentes, pero decidió arremangarse y, tras diversas reuniones, redactó un documento que obtuvo la aprobación de sus colegas. Las nuevas Bases de la Sociedad plantearían tres objetivos fundamentales: la transferencia de la tierra y el capital al Estado, un estatus de ciudadanía igual para los hombres y las mujeres, y «la sustitución de la autoridad privada por la pública en la educación y el cuidado de los niños». En esencia, esto último suponía que el Estado tendría que subvencionar la maternidad, liberando así a las mujeres de la tiranía de la familia privada patriarcal, pero el comité, bajo la guía de Sydney Olivier, consideró prudente emplear una formulación más abstracta.

—Los miembros quizá acepten que pidamos prestaciones de maternidad para las mujeres casadas —dijo Olivier en su última reunión—, pero si se refiere a que también las solteras tendrían derecho a recibirlas, Wells...

—Así es —contestó él sin dudar.

—Entonces me temo que muchos lo verían como un estímulo a la inmoralidad —dijo Olivier—. Mejor dejémoslo sin precisar.

Al remitirle el borrador a Pease, a comienzos de marzo, pidió que se convocara una asamblea general antes del día 27, cuando tenía que partir con rumbo a los Estados Unidos para realizar una larga gira. Pease le escribió diciéndole que era imposible organizar una reunión así con tan poco tiempo de antelación, y que habría que postergarla hasta que regresara, y, entretanto, irían pasando las propuestas a los miembros. Pero cuando volvió de América, a finales de mayo, Pease le dijo que la revisión de las Bases había suscitado tantas preguntas, sobre todo el tercer objetivo propuesto, que lo mejor era que él les explicara y aclarara personalmente el documento a los miembros antes de presentarlo en una asamblea general; y que, ya que la gente muy pronto se dispersaría hacia sus diversos retiros veraniegos, dichas explicaciones habrían de posponerse hasta el otoño. En el programa de la Sociedad había una fecha disponible para ello a mediados de octubre. ¿Le parecía bien?

El espíritu de Fabio Cunctator seguía vivo.

Las interminables vueltas procedimentales de la Ejecutiva le resultaron particularmente exasperantes porque su viaje a los Estados Unidos había sido un gran éxito y había regresado a casa lleno de energía y sintiéndose muy seguro de sí mismo. Se había desplazado allí con el objetivo de dar algunas conferencias y escribir una serie de artículos sobre sus viajes para el periódico londinense *Tribune*, artículos que pensaba convertir muy pronto en un libro que se titularía *El futuro en América*. Lo idolatrarón allá donde fue: en Nueva York, en Boston, en Chicago, en Washington, e incluso tuvo un encuentro privado con el presidente, Theodore Roosevelt, en la Casa Blanca. América le gustó, y él reaccionó positivamente a ese ambiente impulsivo, ajetreado, igualitario y dinámico que personificaba el presidente, al que todo el mundo llamaba cariñosamente «Teddy». Los Estados Unidos eran un imperio joven y en desarrollo, pero su crudeza lo llevaba a uno a preguntarse si aquel país podría cumplir sus promesas de permanencia y plenitud. ¿Esa pujante nación representaba una gigantesca infancia o una gigantesca futilidad, nada más que el último de una larga sucesión de experimentos políticos que habían tenido lugar a lo largo de los siglos, conociendo una época de esplendor antes de la inevitable caída? Cuando, haciendo gala de una gran

audacia, sacó este tema durante su conversación con Roosevelt, mientras daban un paseo, después de comer, por los jardines de la Casa Blanca, cuyos árboles y arbustos estaban repletos de flores, le resultó intrigante —y halagador— descubrir que el presidente, pese a la gran confianza que públicamente decía tener en el futuro de los Estados Unidos, no se hallaba a salvo de momentos de pesimismo y había leído *La máquina del tiempo*.

—Sé que este país, que hoy se encuentra en un momento ascendente en cuanto a su prosperidad y a su poder, algún día se encontrará en declive —dijo Roosevelt, apoyando una rodilla en el asiento de una silla de jardín y hablándole por encima del respaldo, como si estuviera en un escenario—, pero prefiero vivir como si no fuera así. Supongamos que su relato sobre el futuro esté en lo cierto, y que todo vaya a concluir con sus mariposas —se refería a los Eloi— y sus Morlocks. Eso ahora no tiene importancia. El esfuerzo que estamos haciendo es real. Vale la pena seguir haciéndolo. Vale la pena.

Esta declaración lo impresionó, y también le dio ánimos; se trataba, al fin y al cabo, de los mismos principios por los que él había rechazado seguir una carrera de hombre de letras entregado al diletantismo y había ingresado en la Sociedad Fabiana. Pero sus superiores en la organización no se lo habían agradecido en absoluto. ¿Acaso un hombre que era tan famoso como para poder mantener una conversación como aquella con uno de los estadistas más poderosos del planeta no merecía un poco más de respeto? Esto era lo que refunfuñaba en voz baja mientras le escribía a Pease una carta sumamente seca en la que aceptaba la invitación para dirigirse a sus compañeros fabianos en octubre.

También tenía otro motivo para acordarse del día en que conoció a Teddy Roosevelt. Al marcharse de la Casa Blanca aquella cálida tarde de primavera, tuvo una sensación familiar, un lánguido anhelo de contacto carnal y alivio físico que lo recompensara por haber llevado a cabo satisfactoriamente una tarea compleja y le permitiese disfrutar de una liberación momentánea de la carga del pensamiento. Paró un taxi y le pidió al conductor que lo llevara a una casa de lenocinio.

—¿Blanca o negrata? —le preguntó el taxista.

—Negrata —dijo, tras dudar un instante.

Era la primera vez que pronunciaba aquella palabra odiosa, aunque la había oído con mucha frecuencia durante las últimas semanas: los blancos la empleaban como si nada para referirse a personas de color. Le sonó extraña al pronunciarla con su voz aguda y su acento inglés. Era como si estuviera pidiendo un plato local en un país extranjero, lo cual, en cierto modo, era lo que estaba haciendo: nunca antes había tenido relaciones sexuales con una mujer de color.

—Lléveme al mejor sitio que haya —añadió, entrando en el coche.

—No se preocupe. Conozco uno con muchísima clase —dijo el conductor.

Poco después se encontró en un salón espléndidamente amueblado, con unas persianas colocadas de modo que permitieran pasar la luz pero que impidieran que se viera nada desde fuera y un ventilador de techo que giraba, silencioso, sobre su cabeza. Invitó a unas copas a un grupo de atractivas damas, todas escasas de ropa, aunque en distintos grados, y cuyo color de piel oscilaba entre diversos tonos del negro y el marrón, y comentó con ellas el buen tiempo que hacía y los progresos del monumento a Washington, que en esa época se hallaba en construcción. Se fijó en una joven delgada y de ojos oscuros, que estaba sentada sola y llevaba un vestido de raso, y que tenía una piel tan perfecta como la arena que deja la marea al retirarse. Se sentó a su lado y la conversación empezó a fluir con facilidad entre ellos. Poco después, se levantaron y él la siguió hasta su habitación. Su nombre —el que empleaba en el trabajo— era Martha. Le contó que era mestiza, que tenía sangre blanca, india y negra, y que estaba intentando aprender italiano con un libro que le mostró. Estaba ahorrando para irse a Italia, donde tenía pensado vivir una temporada antes de regresar a América y hacerse pasar por italiana. Dados sus rasgos y la claridad de su piel, no se trataba de un proyecto imposible, aunque era una pena que se sintiera empujada a realizarlo. A él le había resultado impactante la antipatía que sentían muchos norteamericanos blancos que había conocido en sus viajes, sobre todo los procedentes de los estados del sur del país, hacia sus conciudadanos de color (que él, por su parte, consideraba muy amables y cordiales, se tratara de botones de hotel o de intelectuales), pero los intentos que había hecho por desmontar sus prejuicios, señalando que, genéticamente, aquellos descendientes de esclavos y de propietarios de esclavos debían de tener mucho más en común con ellos que las hordas de inmigrantes blancos que, llegados de Europa, se habían diseminado por todo

el país, no habían sido bien recibidos.

A medida que Martha contaba su historia, él se iba interesando más. Aquel relato bien podría haber sido obra de un novelista, y ella se vio obligada a recordarle delicadamente el motivo por el que estaba con ella. Su manera de hacer el amor no supuso para él la experiencia exótica que se había imaginado en el taxi; pero Martha era grácil y habilidosa, y, si sus suspiros y gemidos de placer eran fingidos, resultaban muy convincentes y contribuyeron a llevarlo a un clímax sumamente satisfactorio.

—Usted me gusta —dijo ella después—. ¿Volverá aquí alguna vez?

—Lo intentaré —dijo él, y lo habría hecho si no hubiera tenido que marcharse de Washington al día siguiente.

Cuando le dejó un billete de gran valor en la mesilla, ella le preguntó si realmente quería darle tanto dinero. Él le confirmó que sí, y entonces ella dijo con tristeza:

—Ah, entonces ya sé que no volveré a verlo.

Él no pudo dejar de pensar en ella durante el resto del día e incluso estuvo contemplando la posibilidad de esbozar un alocado plan para quedar con ella en Italia, hasta que el sentido común lo sofocó. El sentido común y una carta de Jane que recibió a la mañana siguiente.

Esta noche me siento agotada del papel de ama de casa y es como si en el mundo entero solo hubiera un lugar de descanso para mí y estuviera entre tus brazos y en tu corazón. Ese es el único lugar que jamás encontraré donde a veces hallar paz y descanso de la estúpida e inútil confusión en que consiste la vida... Pensar: estoy constantemente pensando en el decepcionante lío que supone todo esto, las elevadas ambiciones con que empezamos, las lamentables concesiones que hacemos, la manera en que van creciendo sobre nosotros, como una corteza dura que acabará por cubrirnos, el hogar y los muebles y los montones de ropa y libros y jardines y tantas otras cargas que me están hundiendo. Si resuelvo crear un hogar en el que puedas vivir y trabajar, lo único que logro es generar un espacio en el que te aburres mortalmente. Hago el amor contigo y te tengo por amigo y eso impide que te relaciones con personas que te proporcionarían infinitamente más satisfacciones. Bueno, cariño, la verdad es que creo que no debería enviarte una carta como esta. Solo expresa un estado de ánimo

pasajero, ya sabes, pero ya no tengo tiempo de escribirte otra. Me he dejado llevar de una manera muy tonta. En realidad, todo va bien, ya sabes, pero es solo que ya estoy cansada de hacer vida social conmigo misma y, como es natural, me estoy hartando de la persona que soy. ¡No entiendo cómo puedes soportarla! ¡Hay que ver!

Todo el cariño de tu Bits

Esta carta lo perturbó, lo conmovió y lo desconcertó casi por igual. Parecía estar hecha de varias cartas que se hubieran entretejido: una carta expresaba los tiernos anhelos de una esposa solitaria; otra, una profunda insatisfacción con una vida dominada por pequeñas preocupaciones domésticas y propiedades materiales; otra, una queja por no lograr jamás satisfacer las necesidades de él, por mucho que lo intentara; y otra, un sentimiento de culpabilidad por transmitirle todos aquellos pensamientos negativos. En cualquier caso, la disculpa del final no anulaba las acusaciones implícitas de las líneas anteriores, y la aseveración de que «en realidad, todo va bien, ya sabes» no apaciguaba su preocupación por el hecho de que ella admitiera tal grado de infelicidad, por muy transitoria que dijese que era. Le resultaba muy molesto pensar que él, que en los debates públicos siempre se mostraba como un gran defensor de los derechos de las mujeres, pudiera causar un arrebató semejante en su propia esposa. Tuvo la impresión de que ella no aceptaba del todo el acuerdo al que habían llegado —o al que él pensaba que habían llegado— sobre su libertad para relacionarse con otras mujeres, así que decidió mostrarse especialmente amable y cariñoso con ella cuando regresara a casa.

Y eso hizo: durante un tiempo, estuvo durmiendo con ella todas las noches, no necesariamente para hacer el amor, y abrazándola hasta que se quedaban dormidos. Sin embargo, no tardaron demasiado en recuperar sus costumbres. Él estaba muy ocupado escribiendo su libro sobre los Estados Unidos y corrigiendo las pruebas de *En los días del cometa*, y solía despertarse al amanecer con un montón de ideas en la cabeza y se levantaba y se metía a escribir en su despacho, de modo que al cabo de cierto tiempo le pareció que lo más sensato era dormir allí. Y, aunque no empezó a buscar la compañía de otras mujeres de inmediato, no pasó mucho tiempo antes de que surgieran nuevas oportunidades, tentaciones y obligaciones.

Los Bland pasaron una buena parte del verano en Dymchurch y él y Jane los veían de vez en cuando, pero no con tanta frecuencia como antes. Su relación se había enfriado claramente desde que pronunció la conferencia sobre «Los fallos de los fabianos». Era obvio que Hubert Bland había tardado un tiempo en darse cuenta de que él hablaba muy en serio cuando anunció su intención de reorganizar la Sociedad, una ambición que, de manera inevitable, implicaba una condena de quienes la habían dirigido hasta entonces, pero aquella charla y el entusiasmo que había despertado le habían abierto los ojos. En cuanto a los Webb, pensaba él, todavía no habían decidido qué opinaban; estaba claro que sentían un cierto resentimiento por la arrogancia que había demostrado al plantear unas críticas tan feroces y unas propuestas de cambio tan amplias, sobre todo teniendo en cuenta que había ingresado en la Sociedad hacía relativamente poco, pero era probable que dudaran de que tuviera la voluntad o la capacidad de liderazgo necesarias para mantener el ataque. Mientras tanto, Shaw seguía desempeñando el rol de titiritero y trataba de conservar la paz manejando los hilos desde arriba, sin intervenir directamente, por el momento. Junto a Pease, Bland era ahora su principal adversario en el comité ejecutivo y, cuando se veían en sociedad, Hubert le estrechaba la mano y lo miraba a través de su monóculo sin demasiada cordialidad. La política fabiana, en cualquier caso, había hecho un receso por el verano, y era posible evitar los temas polémicos cuando las dos familias se encontraban. Él se dio cuenta de que Edith se sentía incómoda cuando la conversación comenzaba a ir en esa dirección y cambiaba de tema con rapidez. A pesar de los evidentes defectos de carácter de su marido, ella parecía admirarlo sinceramente por su intelecto y siempre asumía sus opiniones sobre cuestiones políticas — oponiéndose al voto femenino, por ejemplo—, por lo que a él no le costaba nada imaginarse lo que Hubert le podía haber dicho a Edith en privado sobre el «Comité Wells» (como Pease llamaba, no sin desdén, al Comité de Consulta) para la revisión de las Bases. Aunque, cuando se encontraban, ella siguiera saludándolo con gran cordialidad, y sonriera cada vez que él le besaba la mano con ostentosa galantería o se dirigía a ella llamándola Ernest, ya no había entre ellos la misma intimidad que antes, cosa que él lamentaba.

Su relación con Rosamund, en cambio, fue desarrollándose en la dirección contraria. Mientras estaba en los Estados Unidos, la Ejecutiva fabiana había

creado un subgrupo para que los miembros más jóvenes debatieran cuestiones que tuviesen un interés particular para ellos y que fue llamado, con el típico humor cursi de la Sociedad, la Guardería Fabiana (era fácil imaginarse las risitas autocomplacientes con que había sido propuesto y aprobado aquel nombre), y Rosamund era la secretaria del comité que representaba a este nuevo organismo. Aparentemente, se trataba de una respuesta positiva a las propuestas que había planteado él en «Los fallos de los fabianos», pero en realidad constituía un intento de la Ejecutiva por reivindicar el mérito de la iniciativa y por mantener sus actividades bajo control. Sin embargo, si esa era su esperanza, amargo sería su desencanto, a juzgar por la primera conversación que tuvo con Rosamund tras su regreso de América.

Se vieron en la Otra Casa un fin de semana en que los Bland tenían de visita a algunos amigos de Londres y los invitaron a él y a Jane a una merienda informal. Rosamund estaba de un excelente humor, entusiasmada con su reciente nombramiento, y había empezado a sentirse muy segura de que resultaba atractiva a los hombres. Él la observó flirteando con Cecil Chesterton, el hermano menos famoso y menos amigable de Gilbert Keith, y atrayendo miradas de desaprobación de Clifford Sharp, un joven periodista que era el presidente del Comité de la Guardería. Cuando Rosamund se percató de que él había llegado, cruzó la habitación bamboleándose y muy sonriente para acercarse a saludarlo.

—Quiero pedirle un favor —le dijo—. ¿Aceptaría dar una charla para la Guardería, en otoño, sobre sexo y matrimonio? El comité decidió por unanimidad que se lo pidiera.

Él le contó que había aceptado hablar de ese tema ante el pleno de la Sociedad en octubre y que tenía que guardar todos sus cartuchos para ese momento, pero que estaría encantado de disertar ante la Guardería sobre cualquier otro tema.

—¿El socialismo y las artes, por ejemplo?

Ella pareció un poco abatida.

—Todos mis amigos se van a decepcionar. Lo admiramos mucho, nos encanta lo que usted dice sobre la opresión de las mujeres y las relaciones entre los sexos.

—Bueno, quizá pudiera comentar alguna cosa al respecto —dijo él, sonriendo.

—¡Qué bien! —dijo ella—. Ya le pasaré algunas fechas posibles para ver cuál le conviene. ¿Cómo va su novela sobre el cometa?

—Está prácticamente terminada —dijo él—. Va a salir en septiembre. Ahora estoy corrigiendo las pruebas, pero quiero añadirle un epílogo.

—El año pasado, en Well Hall, dijo que en ese libro había una historia de amor. ¿Qué clase de historia de amor es?

Él vaciló, pero se sentía muy orgulloso del libro y la tentación de hablar de él ante una admiradora joven y hermosa le resultó irresistible.

—¿Me promete no decírselo a nadie si se lo cuento?

—¡Por supuesto! —exclamó Rosamund, sonrojándose por el placer que le proporcionaba que le confiara aquel secreto. Él miró a su alrededor. La habitación estaba atestada de gente.

—No puedo contárselo aquí. Esta gente es demasiado ruidosa. ¡Y demasiado chismosa! Vamos al jardín.

Salieron al descuidado jardín por la cristalera y se sentaron en un banco al que unas malvarrosas enormes protegían de miradas indiscretas.

—Bueno, Willie, el protagonista, es un joven de origen humilde —comenzó—, bastante parecido al mío, en realidad, y está enamorado de una chica muy guapa que se llama Nettie, pero ella se enamora de un joven muy atractivo que se llama Verrall. Willie tiene unos celos terribles y, como Verrall proviene de una familia acomodada, el odio de clase se mezcla con los celos sexuales, generándole una gran amargura. Sigue a los jóvenes amantes hasta la costa...

—¿Son amantes, entonces...? ¿Sin haberse casado? —le preguntó Rosamund.

—Sí, son amantes. Se han ido a vivir a una localidad muy aislada, junto al mar, en la que no está mal visto tener este tipo de relaciones. Willie les va siguiendo la pista. Lleva una pistola y tiene la intención de matarlos.

—¡Ay!

Rosamund se cogió las manos y se las apretó contra el pecho.

—Y el clímax de su búsqueda coincide con el estallido de una guerra entre Inglaterra y Alemania. Es de noche. Se está desarrollando una gran batalla naval. Se oye el tronar de los cañones. Las explosiones iluminan el horizonte. El cometa brilla, cada vez más grande, inmenso, inundando la playa con una

luz espeluznante. Willie ve a los dos amantes, que han ido a bañarse a medianoche, saliendo del agua con sus ajustados trajes de baño, que revelan toda su belleza. —Se detuvo. Se le había ocurrido algo. La descripción de los bañistas estaba basada en su recuerdo de May Nisbet saliendo del mar en Sandgate, y acababa de darse cuenta de a quién le había recordado Rosamund aquel día en que se dio la vuelta y lo saludó levantando la mano al final de la pérgola de Well Hall.

—Qué maravilla —dijo Rosamund, inspirando con fuerza—. Lo veo vívidamente.

Él continuó con su resumen.

—En un arrebatado de celos enfermizo, Willie los sigue hasta su casita de campo con la pistola en la mano. Y entonces, de camino, de repente se ve rodeado por una especie de nube de vapor verde y cae al suelo, inconsciente. Así termina la primera parte. La segunda parte comienza cuando él se despierta de lo que le parece un sueño reparador. En realidad, ha pasado unos cuantos días inconsciente. Es un hombre nuevo. Ha cambiado. Su alma está llena de paz. Las cosas más simples (una flor silvestre, un montón de cebada madura) lo llenan de alegría. Cuando observa el mundo, se da cuenta de que todos los demás han sufrido un cambio semejante debido a la influencia del gas verde que ha dejado el cometa, que ha pasado muy cerca de la tierra, sin impactar contra ella por muy poco. Descubre en una zanja al primer ministro (esto es una coincidencia un poco forzada, pero, en esta clase de novelas, uno puede permitirse cosas así), que ahora considera que la guerra es una tontería y promete ponerle fin. Organiza un armisticio con Alemania. Convoca una conferencia para redactar una constitución para un Gobierno Mundial...

—Pero ¿qué pasa con Willie y los amantes? —preguntó Rosamund.

—Se encuentra con ellos, por supuesto, y ya no siente nada de celos. Al instante se hacen muy buenos amigos los tres. Pero hay un problema: Willie y Verrall se caen bien, pero ambos aman a Nettie. Tienen una conversación de hombre a hombre y acuerdan que uno de los dos debe renunciar a ella, y, evidentemente, Willie es el que está en una posición más débil. Pero entonces Nettie dice: «¿Por qué tengo que elegir? Os quiero a los dos, por distintos motivos. ¿Por qué el amor ha de ser tan exclusivo? ¿Por qué cada hombre debe poseer una mujer? ¿Por qué no podemos ser una unidad formada por tres iguales?», o algo parecido.

Rosamund estaba visiblemente entusiasmada por el giro que había dado la historia.

—¿Quiere decir que ella les propuso pertenecerles a ambos? ¿En todos los sentidos? —preguntó, asombrada.

—Sí, eso es lo que sugiere. Pero los hombres no pueden contemplar esa posibilidad. La antigua posesividad masculina está demasiado profundamente arraigada en ellos, así que Willie, muy triste, se marcha y se dedica a colaborar con la gran labor de rehacer la civilización humana, demoliendo las viejas ciudades, que son una inmundicia, y construyendo unas ciudades nuevas más limpias y luminosas.

—Ah —dijo Rosamund—. Qué pena. Pobre Willie.

Soltó las manos y las dejó caer sobre su regazo.

—Pero luego conoce a una mujer estupenda, que se llama Annie, y se casa con ella y tienen hijos, y después se juntan con Nettie y Verrall y viven todos felices, como una especie de gran familia.

—Ah, bueno, entonces no acaba tan mal —dijo Rosamund, sonriendo.

No le contó, porque todavía no había decidido cómo plantearlo, que en el epílogo que tenía pensado escribir iba a dejar claro que al final Willie y Nettie se hacen amantes, pero sin exclusividad, y las dos parejas cohabitan cordialmente en un mundo en el que el amor libre no solo ha sido aceptado, sino que se ha convertido en norma.

—Tal vez deberíamos volver a la fiesta —dijo él—. La gente se estará preguntando qué estamos haciendo.

—No sé a qué se refiere, señor Wells —dijo ella, coqueta.

—Creo que ya va siendo hora de que deje de llamarme señor Wells, Rosamund. Mis amigos me llaman H. G.

Ella volvió a sonrojarse de placer.

—¡Gracias, H. G.!

Él pensó que seducir a Rosamund sería tan fácil como coger una fruta madura de un árbol.

Pero no actuó de inmediato siguiendo esta intuición. De hecho, nunca lo hizo, ya que difícilmente se podría llamar «seducción» a lo que sucedió, salvo que se considere que él fue seducido por Rosamund. En sus siguientes

encuentros, ella le envió claras señales de que estaba deseosa de conocer el amor sexual y nada le gustaría más que ser iniciada por un amante maduro y con experiencia en cuya discreción pudiera confiar y cuyo intelecto admirase. Él dudó si responder, consciente de que aquella relación podría poner en peligro su amistad con los Bland. Rosamund era una mujer atractiva, bien formada, joven y saludable, pero él no sentía un deseo irresistible por ella, y ella, como si se diera cuenta de esto, decidió tratar de parecerle interesante haciéndole algunas revelaciones asombrosas sobre sus padres.

Todo empezó con un comentario aparentemente sin importancia que él mismo hizo sobre los ojos de ella, una tarde, en Spade House. Rosamund había ido desde Dymchurch y había llevado al pequeño John Bland para que jugara con Gip y Frank, y se iban a quedar a dormir. Cuando los niños se fueron a la cama, mientras Jane supervisaba la preparación de la cena, él sirvió unas generosas copas de madeira para Rosamund y para él y propuso salir a la terraza. Soplaban un frío viento del este, así que fueron al refugio del jardín (así llamaba él al cobertizo que había convertido en su estudio) y se sentaron a contemplar la puesta de sol a través de la puerta abierta. Ella levantó su copa hacia la luz y comentó lo bonito que era el color del vino.

—Es del color de sus ojos, Rosamund —le dijo él—. Y del de los de su madre.

—¿Se refiere a Edith? —dijo ella—. Edith no es mi madre.

Él la miró boquiabierto.

—¿Edith no es su madre? —repitió—. Y entonces, ¿quién lo es?

Ella lo miró con la copa en la mano, como si se sintiera al mismo tiempo satisfecha y asustada por el efecto que habían tenido sus palabras.

—Si se lo cuento, tiene que prometerme que no va a decir nada. Es un secreto secretísimo.

—De acuerdo.

—Alice —dijo ella.

—¿La señorita Hoatson? —Estaba perplejo—. Pero... usted no se parece a ella. Se parece mucho más a Edith.

—Es cierto —dijo Rosamund—. Eso fue una gran ventaja cuando me adoptaron. El mismo color de ojos y todo eso.

—Y ¿quién es su padre?

—Papá, claro —dijo ella.

—¡Hubert! Dios santo... ¿Cuánto hace que lo sabe?

—Él me lo dijo cuando cumplí dieciocho años. Y después Alice me dio un montón de detalles.

Entonces, tras haberle hecho jurar de nuevo que guardaría el secreto, ella le contó una historia tan extraordinaria que en algunos momentos él se preguntó si no se la estaría inventando, pero pronto se convenció de que era cierta.

—Alice era amiga de Edith a comienzos de los años ochenta —comenzó Rosamund—. Trabajaba por una miseria en una revista femenina en la que Edith solía escribir. Edith se quedó embarazada poco después de que naciera Fabian, demasiado pronto, y Alice se fue a vivir con Papá y con ella para descargarla de algunas de las tareas domésticas hasta que diera a luz. Por desgracia, el bebé nació muerto. Edith se quedó destrozada. Alice me contó que Papá prácticamente tuvo que arrancarle el pequeño cadáver de entre los brazos para ir al funeral. Alice siguió viviendo en la casa, que no era Well Hall, claro, sino una mucho más pequeña, en Lewisham, o puede que fuera en Lee... En esa época siempre estaban mudándose de un sitio a otro. En cualquier caso, Alice fue un gran apoyo para Edith durante aquella crisis. Pero muy pronto tuvo que ocuparse de sus propios problemas: estaba embarazada. De mí. No le contó a Edith quién era el padre, solo que se trataba de alguien con quien nunca podría casarse, de modo que Edith le propuso que se instalara con ellos de manera permanente, como una especie de ama de llaves, y que tuviera al bebé bajo su techo. Hubert y ella lo adoptarían y lo criarían como si fuera su hijo. Y eso fue lo que hicieron. Parecía una solución perfecta. Papá la aceptó encantado.

—No me extraña —no pudo evitar decir él mientras Rosamund tomaba un sorbo de madeira—. Le sirvió para salir de una situación muy complicada. ¿Cuándo descubrió Edith la verdad?

—Creo que cuando yo tenía unos seis meses. Parece que tuvieron una pelea terrible, pero para entonces ella me había cogido demasiado cariño como para repudiarme, o al menos eso es lo que dice. Papá me contó que ella amenazó con darme en adopción a otra familia y que él le dijo que, si yo me iba, él también se iría. Pero Alice piensa que Edith siempre sospechó que él era el padre. Sabía cómo se comportaba Papá con las mujeres y no intentó

impedir que se fijara en Alice y la cortejara. Más bien al contrario, porque Alice tenía un pretendiente que a Edith no le gustaba nada, y ella convenció a Papá para que lo ahuyentara. Edith no es muy coherente, ¿sabe?

—Debo decir que su padre tampoco lo es, Rosamund —afirmó él—. Lo he oído ensalzando la monogamia en más de una ocasión.

—No, tiene razón... —dijo ella—. Los dos están llenos de contradicciones. Supongo que por eso siguen queriéndose, a pesar de todo. Porque a su extraña manera se quieren, ¿sabe? Pero, cada vez que había algo de tensión entre ellos, creo que el hecho de que yo fuera hija de Alice y no de Edith aparecía de nuevo, abriendo viejas heridas y añadiendo un motivo de resentimiento. Recuerdo que durante mi infancia se peleaban mucho. Edith de repente se echaba a llorar, casi siempre en la cena, y salía de la habitación muy nerviosa y se metía en su cuarto, y entonces Papá mascullaba «¡Por Dios!», y subía a tranquilizarla.

—¿Y usted nunca sospechó la verdad, siendo niña?

—No. Ni siquiera cuando murió Fabian. Entonces yo tenía trece años, y oí que Edith, en mitad de un ataque de histeria, gritaba: «¿Por qué ha tenido que tocarle a Fabian? ¿Por qué no le habrá tocado a Rosamund?».

—¿Dijo eso? Qué horrible debió de ser para usted —dijo él, sinceramente impresionado.

—Sí que fue terrible. Pero nunca sospeché el motivo hasta que me lo contó Papá.

—¿Y entonces?

—Entonces, en cierto modo fue un alivio comprender lo que siempre había sentido de un modo intuitivo, que era la hija favorita de Papá, pero no tanto de Edith. Era inevitable. ¿Cómo podía sentir por mí lo mismo que sentía por sus verdaderos hijos? Si yo destacaba en algo más que Paul e Iris, si les hacía sombra de alguna manera, a ella le molestaba. Curiosamente, con John nunca le ha pasado eso, supongo que porque él nació mucho más tarde.

—¿John? —dijo él, estupefacto.

—Sí. John también es hijo de Alice... —dijo Rosamund tranquilamente.

—¿De Hubert? —Ella asintió con la cabeza—. Por el amor de Dios —murmuró él.

—Somos una familia bastante poco convencional, ¿sabe? —dijo Rosamund.

A él le vino a la cabeza una expresión que había oído con frecuencia durante sus viajes por los Estados Unidos, «Y que lo diga», pero no la pronunció. Lo que hizo fue agarrar con su mano libre la de ella y apretársela.

—Pobre niña —murmuró.

Se quedaron un rato en silencio, contemplando una escena espectacular: unas nubes violeta oscuro con los bordes dorados taparon el sol poniente, cuyos rayos quebrados se reflejaban en un mar moteado de espuma. Después, el viento del este llevó hasta sus oídos el sonido del gong que indicaba que era la hora de cenar y que alguien, probablemente Jane, estaba tañendo junto a una de las ventanas de la casa para llamarlos.

—Deberíamos volver —dijo él. Cuando se levantaron, se dio cuenta de que Rosamund tenía los ojos húmedos—. Mi pobre niña —dijo de nuevo, y abrió los brazos para tratar de consolarla. Ella se metió entre ellos al instante, y él notó la presión suave y cálida de sus pechos contra su delgada chaqueta de verano. La única manera que se le ocurría de salir de aquel abrazo era darle un beso en la mejilla, pero ella volvió la cabeza y presionó ardientemente sus labios contra los de él.

—Querido H. G. —le dijo—. Me alivia mucho poder hablar de estas cosas con alguien en quien confío.

Pensaba que no tenía por qué ocultarle el secreto a Jane, de modo que, en cuanto Rosamund partió para Dymchurch, le contó todo lo que esta le había confiado durante la conversación que mantuvieron en el refugio del jardín, omitiendo solo el abrazo con que había concluido, y se sorprendió ligeramente cuando Jane mostró empatía hacia el papel que había desempeñado Edith en aquel folletín.

—Al fin y al cabo —dijo—, fue muy generosa al aceptar criar a la hija de Alice como si fuera suya... y al segundo hijo también. Se podría pensar que se trata de un trío basado en el amor libre, ¿no? Como la relación de tus personajes al final de *En los días del cometa*.

Jane acababa de leer el epílogo que él había escrito.

—Pero eso presupone que la sociedad se ha transformado por completo —dijo su marido— y que el amor libre se acepta universalmente y que todo lo que sucede entre los hombres y las mujeres sucede de una manera abierta y sin tapujos. El hogar de los Bland es todo lo contrario. Resulta que Well Hall es

una casa llena de mentiras, de ocultaciones y de hipocresía.

Notó eso con mucha fuerza la siguiente vez que estuvo allí, poco tiempo después. Los Bland habían organizado una gran fiesta de verano para celebrar el compromiso matrimonial de su hija Iris con su funcionario. Habían invitado a los Wells a quedarse todo el fin de semana y estos habían aceptado; era como si las dos familias se hubieran puesto de acuerdo tácitamente para ocultar las tensiones que existían entre ellas desde hacía algún tiempo. En apariencia, se trataba de un acontecimiento de lo más alegre. El sol caía con fuerza sobre los muros cubiertos de hiedra de la antigua casa y sobre sus jardines, al atardecer, y, cuando se hizo de noche, la luz procedente de las ventanas abiertas y de los farolitos chinos que colgaban de los árboles se reflejaba en el agua del foso. En el enorme vestíbulo se dispuso, entre candelabros de plata, un magnífico bufet frío, preparado por dos cocineros suizos que los Bland habían contratado, en un acto bastante ostentoso, y en el salón se retiraron todos los muebles para poder bailar al son de un piano y un violín.

—¿No es maravilloso? —gritó Maud Reeves, llena de entusiasmo, cuando lo saludó, extendiendo un brazo para mostrar que se refería a todo el evento, y él, por supuesto, estuvo de acuerdo, aunque, en realidad, Well Hall ya no le parecía el lugar idílico, casi paradisíaco, que había sido para él apenas un año antes. Las revelaciones de Rosamund habían hecho que una sombra cubriera, retrospectivamente, su percepción de aquel sitio y de sus moradores, desposeyendo a estos últimos de su excéntrico encanto y presentándolos como personas retorcidas y peligrosamente irresponsables. La muerte del adolescente Fabian, por ejemplo, cuando uno se ponía a pensarlo, no era un trágico accidente, sino consecuencia de una conducta descuidada y culpable. ¿Cómo podía alguien olvidarse de que su hijo iba a sufrir una operación quirúrgica, por muy pequeña que fuera? Fabian habría desayunado ese día (¿por qué no iba a hacerlo?), lo cual va en contra del procedimiento habitual de ayunar antes de las operaciones. Probablemente se ahogase en su propio vómito al despertarse del cloroformo, solo y desatendido, mientras Edith sin duda se hallaba escribiendo en su habitación, absorta en el mundo fantástico de alguno de sus relatos, y Hubert, bueno, probablemente estaría cepillándose a Alice Hoatson...

Justo cuando estaba pensando en ella, la propia Alice se le acercó. Estaba

solo en la terraza que daba al foso, y ella le preguntó si no quería entrar y probar el bufet. Él le dijo que lo haría cuando hubiera menos gente alrededor de la mesa. Ella parecía dispuesta a quedarse charlando con él, lo cual le resultó bastante sorprendente, ya que, en todo el tiempo que había pasado desde que conoció a los Bland, apenas habían cruzado unas pocas palabras. Le parecía que era muy adecuado que la llamaran «Ratona», puesto que era bajita (y lo parecía aún más cuando estaba junto a los Bland), silenciosa y discreta, y siempre pasaba desapercibida. Nunca había conocido a nadie que causara una impresión tan débil y vaga. Alice apenas resultaba perceptible; era como una figura ligeramente desenfocada que apareciera en uno de los extremos de una foto de familia. Pero, ahora que sabía algo de su vida privada, se había convertido en un objeto de gran interés para él, aunque le pareciera difícil relacionar la melodramática historia que le había contado Rosamund con aquella mujer minúscula, canosa, que hablaba siempre en voz baja y que tenía un aspecto completamente común y corriente.

Charlaron durante un rato de temas banales, pero luego ella lo sobresaltó al decirle:

—Me alegra mucho ver que usted y Rosamund se están haciendo tan buenos amigos.

—Bueno, eh, hago todo lo que puedo por ayudarla con su escritura, ¿sabe? —dijo él, tartamudeando, aunque en realidad Rosamund todavía no le había enseñado ninguno de sus textos y él estaba demasiado ocupado con los suyos como para instarla a que lo hiciera.

—Sí, es muy amable por su parte. No estoy segura de que de verdad tenga talento para escribir, pero ya veremos. Y, al margen de eso, para ella es muy bueno poder contar con un hombre maduro como usted.

—¿Sí? —contestó él, sin mucha convicción y un tanto confundido por el tono y el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Sí. Rosamund es una chica muy guapa y muy popular, y los jóvenes la asedian, pero todavía no se siente preparada para comprometerse, con toda razón. Me temo que Edith y Hubert intentarán casarla lo antes posible, como han hecho con Iris. Lo hacen por su bien, pensando que más vale prevenir.

—¿Prevenir?

—Ya sabe a qué me refiero. Es una cuestión de honra. A pesar de que son muy informales, les gusta mantener las apariencias. Van a animar a algún joven

para que la corteje. Clifford Sharp, por ejemplo. A él le gusta Rosamund.

—¿En serio? —Sintió una pequeña punzada de celos al recibir esta información. Había tenido algunas conversaciones con Sharp y lo consideraba un chico hosco, que tenía la ambición de dejar su impronta en la Sociedad Fabiana, pero que carecía de originalidad y de encanto.

—Rosamund necesita un tiempo para autodescubrirse, para convertirse en una mujer sin pasar a ser propiedad de ningún hombre.

—No podría estar más de acuerdo —dijo él con total sinceridad.

—Por eso es muy bueno que cuente con un amigo como usted para darle consejos, para hablarle de la vida. El único hombre maduro que tiene cerca es Hubert. Y Hubert... —Alice soltó un suspiro—. Bueno, Hubert es Hubert.

Había muchas cosas implícitas en aquel comentario crítico, pero él no tuvo el valor necesario para tratar de averiguar a qué se refería. El tenor de sus observaciones sobre Rosamund permitía entrever en todo momento la preocupación de una madre, algo que él nunca antes había detectado en Alice. Resultaba evidente que Rosamund le había contado que le había revelado su secreto parentesco, pero no se atrevió a preguntar nada por temor a haberse equivocado.

—Sí, Hubert es Hubert —dijo, con un aire de profunda comprensión y empatía.

Entonces oyeron la voz de Edith, que la llamaba por una ventana abierta.

—¡Ratona! ¡Ratona! ¿Alguien ha visto a Alice?

—Tengo que irme, señor Wells —dijo ella, y entró en la casa a toda prisa, como una sombra a la hora del crepúsculo.

Avanzada la noche, bailó con Rosamund, no sin antes haber bailado el vals con Jane y con Edith, para guardar las formas.

—Voy a tomarme un respiro en el banco ese que hay debajo de la pérgola —le dijo en voz baja cuando se separaron, y allí, diez minutos más tarde, ella se reunió con él, acercándose, vacilante, hasta que él dijo su nombre. La escasa luz de la brumosa media luna se filtraba a través de las rosas que cubrían la pérgola. Casi no se veía nada.

—Dios, qué oscuro está aquí, H. G. —dijo ella, sentándose a su lado.

—Tus ojos no tardarán mucho en acostumbrarse —dijo él, empezando a

tutearla—. Quería estar a solas contigo.

—¿Para poder besarme de nuevo? —preguntó ella, traviesa.

—No, para que nadie nos oiga... Esta noche, hace un rato, he tenido una conversación rarísima con Alice. O, mejor dicho, ella la ha tenido conmigo. Me ha parecido que daba por hecho que yo sé... que yo sé que es tu verdadera madre.

—Sí, le conté que había hablado contigo —respondió ella, tuteándolo también—, y que te había pedido que guardaras el secreto, por supuesto.

—Ah, eso es lo que he pensado... Y me ha dado la impresión de que a ella le había parecido bien.

—Sí, así es —dijo Rosamund—. Ella piensa que tú eres como un contrapeso de Papá.

—¿Un contrapeso? —Por segunda vez en la noche, sintió que el suelo de la conversación se movía bajo sus pies. Como ella no contestó, dijo—: La verdad es que Alice ha comentado algo críptico sobre tu padre.

—¿Qué significa *críptico*?

—Difícil de interpretar. Ha dicho: «Hubert es Hubert».

—Sí. Hubert es Hubert —dijo Rosamund, asintiendo con la cabeza. Se sacó los zapatos y retorció los pies—. Dios, cómo me duelen los pies. Con estos zapatos nuevos...

—Rosamund —le dijo él suavemente—. Debo saber a qué os referís.

Tras un largo silencio, ella explicó:

—Es que últimamente está muy cariñoso conmigo, pero de una manera que me parece... más que paterna. No quiero decir que haya hecho nada grosero, pero... es solo que cuando me da un beso, o un abrazo, que son cosas que siempre ha hecho mucho, desde que era pequeña, bueno, me aprieta demasiado fuerte, o demasiado tiempo, sobre todo cuando estamos solos. Me hace sentir incómoda, pero no sé cómo evitarlo. Sé que, si le hiciera el más leve comentario, tendría un ataque de cólera atroz y me acusaría de tener una imaginación perversa... Y puede que realmente esto solo esté ocurriendo en mi imaginación...

—¿Le has dicho algo a Alice al respecto? —preguntó él.

—No explícitamente, pero ella lo sabe, se nota... No se le escapa nada.

—Entonces no ocurre solo en tu imaginación —dijo él.

—No, supongo que tienes razón. Pero es muy difícil saber qué hacer cuando una es una chica que... que no ha... que no tiene experiencia... ¿entiendes?

—Sí —dijo él—. Entiendo.

—Una oye hablar mucho de sexo, y lee un montón de cosas en los libros, y no sabe qué ni a quién creer, y, en cualquier caso, por medio de palabras no se puede saber cómo es eso en realidad. Dime, ¿es algo maravilloso o es más bien algo ordinario?

—Es al mismo tiempo maravilloso y ordinario —dijo él.

Entonces tuvieron una larga conversación sobre el amor sexual, en la que ella hizo la mayoría de las preguntas y él dio la mayoría de las respuestas, hasta que él inquirió:

—¿Quieres decir que te gustaría que yo te hiciera el amor, Rosamund?

—Sí, H. G. Me gustaría.

—¿Aunque no esté enamorado de ti? Me gustas, pero no estoy enamorado.

—No me importa. Yo estoy enamorada de ti. Tengo suficiente amor por los dos.

Al decir eso, Rosamund se arrojó entre sus brazos. Parecía dar por hecho que él completaría su educación sexual allí mismo, o en alguna edificación anexa de la finca, pero él la tranquilizó y le recomendó que fuera más prudente. Como los Bland pronto regresarían a Dymchurch, le dijo que pensaría en algún sitio cerca de allí donde pudieran encontrarse sin correr riesgos y que se lo comunicaría.

—Pero, si mientras tanto cambias de opinión, me...

—No voy a cambiar de opinión —dijo ella, y lo hizo callar con un beso.

3

Para el primer verano del nuevo siglo, mientras se estaba construyendo Spade House, había alquilado una casita de campo en la planicie que hay detrás de Lympne, un pueblo situado en el extremo norte de los Romney Marshes. Quería tener un lugar donde poder retirarse a pensar y a escribir cuando en Arnold House y sus alrededores hubiera demasiada gente. Se trataba de un alojamiento de lo más básico, pensado para agricultores pobres: no tenía más que dos habitaciones sin amueblar, con una letrina seca en el exterior y un pozo del que se podía sacar agua, pero cumplía con su función y apenas le costaba unos chelines por semana. La amuebló con una mesa y una silla, un sofá y algunas otras cosas que compró de segunda mano y que le salieron tan baratas que las dejó allí cuando rescindió el contrato de arrendamiento. Empezó a escribir *Los primeros hombres en la luna* en esa casita, e hizo que el narrador, Bedford, el único superviviente de la expedición lunar, amerizara cerca de Lympne al regresar a la Tierra en su esfera antigravitatoria y se recuperara en el hotel de la localidad. Tras regresar a Spade House después de aquella conversación con Rosamund en la fragante oscuridad de la pérgola de Well Hall, un día cogió la bicicleta y fue a inspeccionar la casita de campo, y descubrió que no estaba ocupada y que todo el mobiliario que él había dejado seguía en buen estado. Entonces fue a ver al propietario, que tenía una granja no lejos de allí y que se mostró dispuesto a volver a alquilársela en los mismos y muy razonables términos.

Era un lugar ideal para sus citas secretas con Rosamund mientras la familia Bland estuviera instalada en la Otra Casa, pues se hallaba en una zona aislada, al final de un camino para carros, lleno de baches, equidistante de Sandgate y Dymchurch. Jane no se sorprendió al enterarse de que él iba a volver a alquilar la casita para retirarse a escribir —estaba acostumbrada a

sus súbitas escapadas del hogar—, pero, cuando un día él le comentó con indiferencia que Rosamund había ido a verlo allí, entendió perfectamente lo que estaba ocurriendo.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le dijo.

—Lo sé perfectamente —dijo él, que consideraba que estaba completando la educación de una joven a pedido de ella.

Los Bland, por lo visto, no sospecharon nada del nuevo entusiasmo de Rosamund por ir a dar paseos en bicicleta sola por el campo. Edith, mejor dicho, porque Hubert, afortunadamente, tenía que pasar mucho tiempo en Londres. Y si Alice Hoatson, por su parte, sospechó lo que sucedía nunca hizo ningún comentario al respecto. La casa de campo no era el nidito de amor más cómodo que uno pudiera imaginarse, pero su rústica simplicidad confería a sus encuentros amorosos una especie de inocencia pastoril. El sofá estaba un poco húmedo, pero él lo arrastró fuera de la casa y lo puso al sol, donde no tardó mucho en secarse. Había una gotera en el techo, así que, cuando llovía, tenía que poner un cubo debajo. Después se lavaban con agua de lluvia, que era más suave y estaba más caliente que la del pozo.

El coito a veces se parecía demasiado a una clase como para resultarle realmente fascinante; Rosamund solía preguntarle si estaba «haciéndolo bien» en los momentos más inapropiados, pero la visión de aquella joven desnuda sería excitante para cualquier hombre que tuviera sangre en las venas. Rosamund tenía una belleza perfecta y voluptuosa, y ya había florecido por completo, y él se sentía afortunado por poder disfrutarla antes de que a ella se le subiera a la cabeza. Solía llegar un poco después que él, sonrojada y jadeante debido al viaje en bicicleta, o más probablemente a causa de la excitación y la emoción que le provocaba la conciencia de haberse convertido, al fin, en una mujer adulta que veía en secreto a su amante. A él le resultaba sorprendente y divertido observar lo rápido que progresaba su pupila, pasando de un recato tímido y virginal a un atrevimiento que indicaba su gran seguridad en sí misma a la hora de desvestirse: en muy poco tiempo, tardaba menos que él en completar el ritual de quitarse la ropa. Recostada en el sofá, cuya tapicería de mal gusto estaba cubierta con una antigua colcha marca Liberty procedente de Spade House, Rosamund lo miraba con sus oscuros ojos castaños y una sonrisa coqueta que podía ser tanto la de una amante libertina como la de una colegiala traviesa, mientras sus pechos turgentes y muy

separados sobresalían con orgullo de su torso, recordándole a una reproducción de *La maja desnuda* de Goya que había visto en una ocasión en la pared de un burdel. Se debieron de ver media docena de veces aquel verano, y la última vez ella se olvidó de preocuparse por si estaba haciéndolo bien y tuvo un orgasmo auténtico e incontrolable que la hizo gritar de sorpresa y placer.

—Me dijiste que era ordinario y maravilloso —le dijo después—, pero eso ha sido extraordinario y maravilloso. —Y él sintió algo parecido a la satisfacción que siente un profesor cuando ha dado una buena clase.

En el sofá apenas había espacio para que yacieran juntos después de tener relaciones sexuales, y menos aún para dormir, así que se quedaban abrazados mientras Rosamund soltaba, en un incoherente monólogo, todas las ideas que se le pasaban por la cabeza. A veces hacía asombrosas revelaciones confidenciales sobre su familia, en particular sobre Hubert. Por lo visto, había seducido a una amiga de Rosamund cuando la chica estaba pasando unos días con ellos en Well Hall.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó él.

—Eh, diecisiete, creo... No fue todo culpa de Papá. La verdad es que Georgina prácticamente se le tiró encima, pero después la muy tonta empezó a alardear de ello en el colegio y sus padres se enteraron. Se pusieron furiosos, desde luego, pero decidieron que era mejor echar tierra sobre el asunto que armar un escándalo público.

Él se quedó estupefacto ante aquella nueva prueba de la lujuria de Hubert y de su insólita capacidad para eludir las denuncias y la deshonra. Pero se abstuvo de hacer comentarios porque Rosamund no parecía muy dispuesta a criticar a su padre; daba la impresión de que consideraba que los amoríos de este eran más bien consecuencia de una especie de magnetismo que escapaba de su control.

—No puedes imaginártelo si no eres mujer. Te hace sentir que eres la única persona en el mundo que le importa. Alice me contó que siempre lo encontró irresistible, y estoy segura de que Madre también. Cuando se casaron, ya estaba embarazada de Paul. Me lo contó Alice. Su amante se dio cuenta, no sin cierta incomodidad, de que los líos de faldas de Hubert se parecían bastante a los suyos. La gran diferencia entre ambos era que él no fingía creer en la fidelidad matrimonial, no fingía que estaba enamorado de

todas las mujeres con las que se acostaba y con frecuencia era el perseguido en vez del perseguidor, como en el caso de Rosamund. Y también en el de Dorothy Richardson.

En agosto, Dorothy lo invitó inesperadamente a que recuperaran su relación, que había permanecido inactiva. Lo invitó a Sandgate y aprovechó la primera ocasión para informarlo de la última crisis acontecida en su psicodrama personal. Ya no compartía piso con la tremenda y antipática señorita Moffat y se había hecho una nueva amiga, una joven llamada Veronica Leslie-Jones, con quien sintió una afinidad instantánea y recíproca y que se acababa de mudar a su casa. Aunque Veronica tenía un amante varón, había dejado muy claro que también se sentía atraída por Dorothy, y Dorothy se había quedado desconcertada al descubrir que, por primera vez en su vida, sentía un deseo sexual genuino... por Veronica.

—¿Quieres decir que nunca sentiste un deseo sexual genuino por mí? —dijo él.

—Bueno, sí, hasta cierto punto —dijo ella, pensándolo mejor—. Pero no se parecía nada a lo que siento ahora. Contigo siempre estuve cohibida, con la mente separada del cuerpo, observando sus reacciones.

—Sí, me daba cuenta.

—Pero con Veronica... se disuelve el asunto ese del cuerpo y la mente. Son unas ganas muy intensas de fundir la identidad propia con la de la otra, como si fuéramos gemelas o nos hubiéramos conocido en una reencarnación anterior... y no es que crea en la reencarnación.

—Eso espero —dijo él.

—Estoy muy confundida. ¿Significará esto que soy lesbiana?

—Puede significar que eres bisexual —dijo él.

—No quiero ser bisexual —replicó ella con vehemencia—. No quiero ser un bicho raro. Y tampoco quiero ser lesbiana, por cierto.

—¿Qué es lo que haces con Veronica?

—Nos abrazamos —respondió ella—. Y hablamos. Eso es todo... por ahora.

Esta conversación tuvo lugar en el estudio-refugio que tenía él en el jardín, un sitio que parecía prestarse a actos de confesión secular.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó.

Ella hizo un mohín.

—Qué frío eres. Tú no me quieres, ¿verdad?

—Nunca dije que te quisiera, Dorothy. Me gustas. Te encuentro atractiva. He intentado hacerte feliz. Pero eres muy difícil.

—¿Por eso perdiste el interés por mí?

—Yo pensaba que eras tú la que había perdido el interés por mí.

—Pues no es así —dijo ella—. No sé cómo lo haces, pero desde que te conozco me parece que eclipsas a los demás hombres.

—Y entonces... ¿qué?

—Quiero que vuelvas a hacerme el amor.

Le dio la impresión de que Dorothy quería que la rescatara del lesbianismo, y su honor le exigía al menos intentarlo. En cualquier caso, tenía recuerdos muy agradables de su macizo cuerpo, espolvoreado con un fino vello dorado, y agradeció la oportunidad de volver a disfrutarlo. Empezó, por lo tanto, a encajar encuentros con Dorothy entre sus citas con Rosamund, a veces en la casita de campo y a veces en algún lugar de Londres. Una vez estuvieron paseando todo un día por la campiña cercana a Tunbridge Wells y, a propuesta de él, hicieron el amor sobre los helechos en un punto situado entre Eridge y Frant. A él siempre le había resultado especialmente excitante hacer el amor al aire libre —era algo que tal vez lo retrotrajera a sus fantasías adolescentes con Adán y Eva en su alcoba nupcial—, y una de las primeras señales de la incompatibilidad sexual que existía entre Jane y él había sido el rechazo frontal de ella a complacerlo al respecto, ni siquiera en una zona aislada de su jardín de Worcester Park. Dorothy, en cambio, aceptó despreocupadamente, se quitó las bragas, se acostó sobre el abrigo que él había extendido sobre los mullidos helechos y se abrió de piernas sin dejar de hablar de una novela rusa que estaba leyendo. En esta nueva fase de su relación no hubo grandes cambios, al margen de los escenarios de sus encuentros. Dorothy se esforzaba más que en el pasado por abandonarse físicamente en el acto amoroso, pero, en cuanto este concluía, volvía a sumirse en un estado de inagotable introspección o se ponía a sermonearlo, criticando su filosofía materialista, corrigiendo su manera *cockney* de pronunciar las vocales e incluso reprobando el estilo de su prosa.

—Escucha esto —le dijo ella una tarde en que, para variar, estaban en su

apartamento, y en su cama, pues Veronica se había marchado por unos días. Dorothy extendió el brazo por encima del cuerpo de él para coger de la mesilla el ejemplar de *En los días del cometa* que él le había enviado unos días antes. Se incorporó y, completamente desnuda salvo por sus quevedos, comenzó a leer un pasaje que había señalado. A él le había dado un placer especial escribirlo; en él describía el fregadero de Atlas House—: «Era la zona de “fregar”, esa actividad grasienta y húmeda que tenía lugar después de cada comida; en el ambiente siempre había un vapor refrescante y un recuerdo de repollo cocido, y las manchas negruzcas de hollín que siempre aparecían donde se hubiera apoyado un momento una sartén o una tetera, las mondas de patata que habían quedado atrapadas en el filtro del tubo de desagüe y los andrajosos trapos cuyo aspecto era tan horrible como indescifrable su procedencia y que recibían el nombre de “bayetas para lavar los platos” vienen a mi recuerdo cada vez que alguien pronuncia esa palabra.» Qué oración tan espantosa.

—¿Qué tiene de malo?

—Es demasiado larga y está toda congestionada. Tendrías que haber empezado una frase nueva después de «comida», en vez de poner un punto y coma. Y hay algunas cacofonías. Por ejemplo, «tan horrible como indescifrable». Pero el verdadero problema es la repetición de la palabra «recuerdo». Cuando aparece la primera vez, suponemos que es el sujeto de la oración larga y compleja que viene a continuación, pero cuando llegamos al predicado, vemos que dice «vienen a mi recuerdo», y eso nos confunde. ¿Cómo a alguien le va a venir un recuerdo a su recuerdo? Entonces volvemos al primer «recuerdo» y descubrimos que no es un sujeto, al fin y al cabo, sino un complemento: el complemento metafórico de «había»: «en el ambiente siempre había (...) un recuerdo de repollo cocido».

—«Un recuerdo de repollo cocido» es una buena frase —protestó él.

—Es buena en sí misma —dijo ella, mirándolo por encima de los quevedos como una severa maestra de escuela—. Pero, como está separada del verbo por otro complemento, esta vez no metafórico, «un vapor refrescante», no la conectamos con el «había» previo, en una primera lectura, sino que suponemos que es el sujeto de una nueva oración. Esa ambigüedad gramatical estropea la frase.

Él le quitó el libro y leyó el pasaje. Tuvo que admitir que tenía razón, y

pensó que quizá en el futuro le pediría que leyera las galeradas de sus libros y le sugiriera mejoras. Jane, que también era mejor gramática que él, siempre se mostraba demasiado respetuosa como para hacerle sugerencias editoriales cuando mecanografiaba sus obras. Él escribía con rapidez, las palabras salían disparadas desde el extremo de su pluma, y carecía de la paciencia necesaria para calibrar y pulir su estilo como hacía, por ejemplo, Henry James, aunque con frecuencia —pero por otros motivos— uno tenía que leer sus laberínticas oraciones más de una vez para poder entenderlas.

James al fin había ido de visita a Spade House, donde se había quedado un fin de semana de agosto. «Me resulta deliciosa la sensación de que al fin han concluido mis grotescos años de demora para pisar sus encantadores salones», escribió, cuando confirmó la hora de su llegada. Antes les había enviado una petición en la que informaba a la «Señora Wells, con mis mejores recuerdos, de que mi dieta es sumamente sencilla y se compone de débiles rechazos. Como bien poco, pero al comer tardo mucho». Esto era una referencia a sus «fletcherizaciones»: la costumbre de masticar los sólidos durante largo rato antes de tragarlos, recomendada por un charlatán norteamericano llamado Fletcher. Gip y Frank, cada vez que tenían ocasión de hacerlo, se quedaban contemplando aquel espectáculo fascinados. Gip llamaba a James «el Hombre Huevo», porque se comía tres huevos pasados por agua para desayunar, y quizá porque en esa época tenía un aspecto un tanto ahuevado, con la curva simétrica de su barriga, su rostro oval perfectamente afeitado y su frente amplia y despejada. En cualquier caso, James era un invitado cordial y amable que alababa los muebles de la casa esforzándose por ser al mismo tiempo galante y sincero.

—Mi querido amigo, ha tomado usted prestados (o ha vislumbrado, anticipándose) los mejores elementos del diseño de interiores de mi país nativo, pero ha logrado evitar su característica vulgaridad —afirmó tras hacer un recorrido por la vivienda. Incluso la idea de que cada dormitorio dispusiera de un baño con un inodoro provocó un comentario laudatorio que solo era levemente irónico: «¡Se trata de una utopía ciertamente higiénica!».

Los dos habían realizado recientemente una gira por los Estados Unidos, y los dos estaban a punto de publicar sendos libros basados en sus experiencias.

—El suyo, desde luego, se venderá mucho mejor que el mío —dijo James,

soltando un suspiro, y su anfitrión no encontró argumentos plausibles para refutar aquella predicción.

Las decepcionantes ventas de los libros de James, sobre todo de las tres grandes novelas que había publicado en los últimos años —*Las alas de la paloma*, *Los embajadores* y *La copa dorada*—, eran un constante motivo de queja en su correspondencia, y también, en cierta medida, una causa de bochorno en su trato. Cuando él le escribió a James para elogiarle *Los embajadores*, mencionó, con muy poco tacto, las ventas de un libro de cuentos suyo, y James le había contestado triste, casi acusatoriamente: «Mi libro ha salido hace más de un mes y, en vez de emular los 4 000 ejemplares del suyo, ha vendido, por lo que yo sé, cuatro copias». Su amigo se compadecía de él y puso su grano de arena para promover el interés por la obra de James —le recomendó calurosamente *Las alas de la paloma* a Arnold Bennett, por ejemplo, y eligió *La copa dorada* como uno de sus libros del año en la revista *Bookman*—, pero nadie esperó nunca que Henry James llegara a ser un escritor popular.

James había escrito un encomio generoso y gratificante de *Kipps* hacía un año, comparándolo favorablemente con Dickens, Thackeray y George Eliot, aunque, como de costumbre, había una cierta reserva que se ocultaba entre las extravagantes alabanzas: «¿Qué puedo decir sobre *Kipps* al margen de que estoy dispuesto, de que me siento obligado, a ponerme a babear y a soltar tonterías sobre él? No es tanto una obra maestra como un diamante que ha aparecido así: no sé cómo, pero usted se ha sumergido de cabeza en las misteriosas profundidades de la observación y el conocimiento, no sé cuáles, ni dónde, y ha vuelto a salir con esta perla redonda». Cuanto más pensaba uno en esta metáfora, menos le atribuía al novelista méritos artísticos y más parecía sugerir que lo que había logrado era cuestión de suerte. Él, de todos modos, se sintió agradecido por aquellas palabras de elogio, y un tanto sorprendido por el hecho de que James no le recriminara el tono travieso y juguetón con que terminaba la novela. Cuando se lo mencionó, en medio de una conversación, su invitado adoptó una actitud ligeramente esquiva, por lo que sospechó que en realidad no se había leído la novela hasta el final. No importaba; al fin y al cabo, él tampoco se había terminado *La copa dorada*. Ambos eran autores prolíficos y, evidentemente, no tenían tiempo para leer todo lo que escribía el otro.

James, de hecho, se mostró preocupado por que su amigo estuviera perdiendo demasiado tiempo con sus actividades políticas. En un primer momento, escuchó con respetuoso interés su relato pormenorizado sobre sus luchas con la Vieja Guardia fabiana, pero al poco tiempo empezó a expresar su hastío y su desaprobación.

—Esos comités y camarillas, esas mociones y enmiendas, esos debates y esos informes tan áridos suponen la muerte para el impulso creativo, mi querido Wells —afirmó James—. El trabajo del artista es iluminar y enriquecer la conciencia colectiva mediante el ejercicio de su imaginación en el medio que haya escogido. Esa es la mejor manera que tiene de hacer una contribución política.

—¿El arte por el arte? —le preguntó él.

—¡El arte por la vida! —dijo James, con el aire de quien pone sobre la mesa una carta imbatible.

—Yo quiero cambiar el mundo —dijo él—, no limitarme a describirlo. Por algún lado hay que empezar, y yo he decidido empezar por cambiar a los fabianos.

El primer indicio que notó de las luchas que se avecinaban fue la avalancha de cartas de miembros de la Ejecutiva que se produjo en septiembre. Charlotte Shaw le escribió para decirle que, después de todo, había decidido que no podía firmar el informe del Comité de Consulta; era obvio que había cedido a las presiones de su marido. Él le contestó secamente acusándola de haberlo traicionado. Pease le escribió para decirle que no podía aprobar la publicación de «La miseria de las botas» como un panfleto fabiano salvo que se eliminaran los comentarios personales y ofensivos sobre Shaw y los Webb. Él rehusó censurar su propio texto. Sidney Webb le escribió para decirle que, aunque el informe del comité contenía «muchas cosas interesantes y bien planteadas», no creía que la Sociedad Fabiana aceptara sus propuestas porque resultarían demasiado caras de implementar y no habría ningún miembro de la Ejecutiva dispuesto a trabajar en los tres «triunviratos» que, según el informe, deberían ocuparse de organizar distintos aspectos de la Sociedad. Él contestó que ya se vería. Shaw le escribió dos cartas muy seguidas, en ninguna de las cuales se hacía ni la menor referencia a la defección de Charlotte.

En la primera, Shaw se ponía del lado de Pease en la disputa sobre «La miseria de las botas» y le recordaba que él mismo le había anunciado a Shaw su intención de suprimir las burlonas críticas personales antes de publicar el texto. Él decidió capitular, aunque no con el denigrante apremio que le recomendaba Shaw: «Escríbale a Pease a vuelta de correo, mándele un telegrama, coja un coche y vaya a decírselo en persona, sin pérdida de tiempo». La segunda carta estaba escrita unos días más tarde, y era evidente que durante ese tiempo Shaw había leído *En los días del cometa*. Se trataba de un texto extravagantemente largo, animado por el ingenio característico de su autor, y no pudo contener su admiración por la elocuencia de Shaw a pesar de que le dolían sus ironías. Shaw comenzaba jugando a fingir que creía que el hecho de que el destinatario hubiera tenido un comportamiento grosero en los últimos tiempos se debía a una cuestión de celos. «¿Puedo preguntarle, sin faltar al decoro, si Jane ha estado especialmente solícita en los últimos tiempos? ¿Es posible que cuando usted estuvo ausente, viajando por los Estados Unidos, esa matrona romana haya establecido una relación con algún hombre de genio que tuviera más a mano? No diré nombres, pero podría tratarse, por ejemplo, de alguien con un juicio más maduro, una estatura más majestuosa, un temperamento más amable y una devoción más obvia hacia su persona, características que tal vez lo hayan situado a usted en una posición desfavorable a ojos de su esposa.» A continuación, Shaw le sugería que el problema quizá pudiera resolverse poniendo en práctica la solución que se insinuaba al final de su nueva novela. «¿Qué es todo eso que se dice en el *Cometa* sobre un *ménage à quatre*? ¿Qué significa eso? ¿Por qué el libro termina de una manera tan abrupta? ¿Por qué no inhalar un poco de gas verde y ser francos? Nunca he ocultado el afecto que le tengo a Jane. Si el mal humor y la disconformidad que han caracterizado su conducta reciente son síntomas de una pasión secreta por Charlotte, compórtese como un hombre y dígalos. Ella siente un gran interés por usted, un interés que podría convertirse con facilidad en un sentimiento más profundo si se cultivara con ardor.» Shaw desarrollaba ampliamente esta idea, y concluía así: «No permita que un mero tecnicismo legal se interponga entre nosotros. Si desea formar un matrimonio grupal, y logra convencer a Charlotte, y a Jane no le importa (si le importa, yo podría al menos ser un padre para ella), puede contar con que no encontrará ninguna clase de dificultades por mi parte». Esa divertida situación hipotética era especialmente absurda porque en los círculos fabianos se rumoreaba que el de

los Shaw era un matrimonio blanco, pero él se dio cuenta de que Shaw le estaba advirtiendo del escándalo que podría causar su novela, y sintió una incomodidad premonitoria mientras sonreía leyendo aquellas líneas.

Después la carta pasaba a comentar su campaña a favor de una reforma integral de la Sociedad Fabiana y señalaba astutamente los posibles inconvenientes del éxito. No se creyó ni por un instante la afirmación de Shaw de que todos los miembros de la Vieja Guardia salvo Pease estaban deseando encontrar alguna excusa para dimitir y librarse del trabajo que suponía la Sociedad —en la mayor parte de los casos, el ego de dichos miembros dependía demasiado de su estatus—, pero era cierto que, si dimitían en bloque, por resentimiento hacia él, y él se quedaba a cargo de todas las tareas de la Ejecutiva, se vería completamente atenazado por las numerosas responsabilidades y obligaciones a las que tendría que hacer frente. Tras haberlo asustado con esta idea, Shaw lo exhortaba a que aprendiera el arte de la persuasión política. «Debe acostumbrarse a los comités (...) si alguna vez quiere ser algo más que un novelista que parlotea solo, al margen de la realidad salvo por ciertas experiencias procedentes de su vida anterior. Todos hemos pasado por la fábrica de betún de Dickens, y todos nos hemos hecho socialistas como reacción ante eso, pero lo que el mundo les exige a los hombres de genio no es solo lo que han vivido, sino también lo que han presentado.» Él estaba completamente de acuerdo con eso, pero nunca podría dedicarse en cuerpo y alma a los comités y no tenía ninguna fe en que los comités pudieran funcionar como un instrumento de cambio radical. Por eso había propuesto que la Sociedad Fabiana fuera dirigida por triunviratos electos que ejercerían el mismo tipo de poder del que disfrutaban los samuráis de *Una Utopía moderna*. Pero, aunque no aceptaba todos los argumentos de Shaw, se quedó impresionado y conmovido por el tiempo y el esfuerzo que este había dedicado a exponérselos, y le contestó en estos términos: «Sus cartas son una maravilla. Me inclino ante usted. Es increíble. Pero lo más sorprendente es que, en determinado momento, las maravillas concluyen. ¿Por qué no se da cuenta de hasta qué punto estoy expresando también su punto de vista? Apoye mi idea de los triunviratos. (Nunca me elegirán)». Esto último era una esperanza, además de una predicción: consideraba que su función era proporcionar un proyecto de cambio y no quería saber nada de las responsabilidades que conllevaba asumir un puesto importante, aunque si lo

elegían para formar parte de uno de los triunviratos, tendría que llevar esa carga uno o dos años, desde luego.

No pasó mucho tiempo antes de que el escandaloso potencial que Shaw había entrevisto en *En los días del cometa* saliera a la luz. El reseñista anónimo del *Times Literary Supplement*, resumiendo la conclusión de la historia, comentaba con astuta malicia: «Las esposas de los socialistas, por lo visto, han de compartirse, al igual que sus bienes». Poco después, apareció un artículo en el *Daily Express*, un virulento periódico de derecha, que citaba la reseña del *Times* como prueba de que el objetivo final del socialismo era el amor libre e incitaba a un par de pastores anglicanos a que lo condenaran a él por promoverlo. Se trataba de una publicidad no deseada que llegaba en un momento de lo más inoportuno, justo cuando se estaba aprestando para guiar a la Sociedad Fabiana hacia una nueva etapa: tenía que dar la conferencia que le había pedido Pease, y que había decidido titular «El socialismo y la clase media», en octubre, y había pensado proponer la asunción del informe de su comité en una asamblea general que se celebraría en diciembre. Los fabianos, a título individual, tenían distintos puntos de vista sobre la moral sexual, y muchos de ellos, como los Bland, vivían de una manera muy poco convencional en lo tocante a esa clase de cuestiones, pero en conjunto estaban a favor de mantener una apariencia de respetabilidad; algunos, por principios, y todos, porque temían que la misión política de la Sociedad pudiera ponerse en peligro si la imagen y el nombre de la organización se asociaban a la promiscuidad sexual y al socavamiento del matrimonio tradicional. Él, por su parte, tuvo que admitir que este miedo no era infundado. *Amor y libre*, dos de las palabras más nobles y hermosas de la lengua, adquirían, al combinarse, una potencia extraordinaria para escandalizar y enfurecer no solo a los periódicos y las revistas conservadores, sino también al público británico en general, incluyendo a amplios sectores de las clases trabajadora y media, cuyas dificultades económicas los fabianos estaban decididos a aliviar. Una parte de él se rebelaba contra la idea de apoyar hipócritamente el *statu quo* sexual mientras se combatía contra todos los demás aspectos de un sistema social represivo, pero se había tomado muy en serio el sermón de Shaw sobre el pragmatismo político. ¿Qué se podía hacer? Releyó el pasaje del epílogo de la novela que había originado todo el problema, en el que el narrador de la

historia principal, que representaba al hombre de la calle de comienzos del siglo xx, cuestionaba el reencuentro del anciano Willie con Nettie:

Sentí un ligero embarazo por el hecho de hacerle la pregunta que tanto me desconcertaba...

—¿Y han...? —le pregunté—. ¿Eran... amantes?

Willie alzó las cejas.

—Desde luego.

—¿Y su esposa...?

Era evidente que no me comprendía.

Dudé aún más. Yo estaba desconcertado porque tenía la convicción de encontrarme ante una vileza.

—Pero... —comencé—. ¿Siguieron siendo amantes?

—Sí.

Tenía serias dudas sobre si lo estaría comprendiendo. O él a mí.

—¿Y Nettie no tuvo otros amantes?

—¡Una mujer tan guapa! No sé cuántos amaron su belleza, ni qué encontró ella en otros, pero nosotros cuatro, desde esa época, estuvimos muy unidos, ¿me entiende? Tuvimos una relación de amistad y de apoyo mutuo, y fuimos amantes personales en un mundo de amantes.

—¿Cuatro?

—También estaba Verrall.

Entonces, de repente, se me ocurrió que las ideas que tenía yo en la cabeza eran siniestras y viles, que las extrañas sospechas, las asperezas y los celos de mi antiguo mundo ya habían quedado atrás para siempre para esos espíritus más refinados.

—Ustedes —dije, tratando de adoptar una mentalidad liberal— formaron un hogar todos juntos.

—¡Un hogar! —Me echó una mirada—. Se me había olvidado —dijo— que usted hace como si el antiguo mundo siguiera existiendo. ¡Un hogar!

Y, entonces, Willie abrió una gran ventana para mostrarle a su interlocutor el mundo transformado, el mundo del futuro, en el que el opresivo hogar individual había quedado tan obsoleto como la opresiva familia tradicional.

Sin duda, aquello era bastante radical. No tenía sentido negar que en su libro se ensalzaba el matrimonio grupal en un contexto general de

promiscuidad tolerada. Lo mejor que podía hacer era afirmar que el epílogo no era una descripción de la sociedad que los socialistas querían construir y que consideraban alcanzable en la práctica, sino una visión profética de la transformación total del ser humano. Por lo tanto, escribió una carta que se publicó en el *Times Literary Supplement* en la que decía: «La intención de mi libro es lograr un efecto de contraste, narrar, con un tono oscuro y desesperanzado en el que hay un toque de intensa urgencia, la vida tal como es en el presente, y después transmitir una inmensa sensación de alivio, de claridad, de amanecer, de frescura, libertad y pureza (...) lo que hay al final no es en absoluto una sociedad socialista, sino un sueño que consiste en la exaltación mental y moral del ser humano. Tras ese cambio en el ser humano, y no es solo mi vulgar imaginación, sino una autoridad que su reseñista probablemente respetaría, la que asegura ante el mundo que la gente “no se casará ni se dará en matrimonio”». Se quedó especialmente satisfecho con esta invocación al Nuevo Testamento, y volvió a emplearla para escribir una carta de protesta al *Express*, esta vez empleando un tono mucho más fuerte. Dorothy le escribió para decirle que la frase de la carta publicada en el *Times* era gramaticalmente incorrecta y que tenía pensado reseñar *En los días del cometa* para una pequeña revista anarquista llamada *Crank* que editaba un amigo suyo.

Se enteró, por medio de algunas cartas y de conversaciones informales, de que sus adversarios de la Sociedad Fabiana se estaban frotando las manos, llenos de júbilo, ante la polémica que había generado su nueva novela. «Así aprenderá ese arribista a no ser tan petulante —se decían a sí mismos y a quien quisiera escucharlos—. Los socios se lo van a pensar dos veces antes de permitir que un partidario del amor libre se apodere de la Sociedad.» Pero, si pensaban que él reaccionaría retractándose de su punto de vista sobre el sexo y el matrimonio en la conferencia que iba a dar en octubre, estaban muy equivocados. Lo que hizo fue afirmar que la confusión reinante en la sociedad en relación con esas cuestiones proporcionaba una buena oportunidad para forjar una nueva ética sexual basada en los valores y las aspiraciones del socialismo, como la abolición de la propiedad privada y la ciudadanía igualitaria para hombres y mujeres. La unidad básica de la sociedad era la familia, pero su única representación ante el Estado era el cabeza de familia,

un hombre, que actuaba como el propietario del resto de los miembros del grupo familiar. «Cualquier mujer inteligente comprende que la cruda realidad es que, detrás de los gestos de urbanidad imperantes hoy en día, sigue siendo, de un modo real o potencial, propiedad del hombre, y tiene que comportarse como tal y asumir ese papel (...). El socialismo implica la ciudadanía responsable de las mujeres, su independencia económica de los hombres, y toda la libertad personal que esto conlleva (...).» La expresión «libertad personal» fue lo máximo que se acercó a respaldar el amor libre, y el único momento en que empleó este concepto amenazador fue para distanciarse alegremente de él. «Los socialistas habrían avanzado más en este campo si hubieran sido más francos. Todo esto ha dado lugar a algunos malentendidos ridículos, entre los cuales se encuentra la acusación de que el socialismo implica el amor libre. Creo que una explicación sencilla pero exhaustiva sobre en qué consiste la crítica socialista a la familia y cuáles son las propuestas que se hacen desde el socialismo para reemplazar las formas convencionales de establecer relaciones podría generar una respuesta extraordinaria en el momento presente.»

Rosamund y sus amigos de la Guardería Fabiana habían invertido gran cantidad de energía en publicitar la asamblea, de modo que el público que asistió fue mayoritariamente joven o juvenil, al menos la mitad del cual eran mujeres. Estos jóvenes reaccionaron con mucho entusiasmo ante el punto de vista que él defendió, y sus rostros sonrientes, sus miradas emocionadas y sus gestos de asentimiento, de los que tomó buena nota mientras hablaba, le inspiraron una elocución más eficaz que de costumbre. Concluyó así: «Yo creo que si empezamos a hablar claramente en medio de tantos silencios y ocultamientos, y si rechazamos la costumbre según la cual cada uno debe averiguarlo todo por sí mismo, conseguiremos atrapar a la clase media, en particular a las mujeres y a los jóvenes de ambos sexos, mostrándoles algo nuevo y extraordinariamente interesante, aliviaremos las tensiones de las parejas aburridas y las disputas familiares por medio de unas concepciones menos estrechas y, desde luego, podremos extender y estimular inmensamente el movimiento socialista».

El aplauso subsiguiente fue largo y fuerte, aunque Pease, Bland y otros miembros mayores se quedaron cruzados de brazos con una expresión de amargura en el rostro. Los Webb le aplaudieron educadamente; no podían no

hacerlo, ya que él había aceptado su invitación para alojarse en su casa aquella noche, como hacía a veces cuando se desplazaba a Londres por algún asunto relacionado con la Sociedad Fabiana. Al bajar de la tarima, se vio rodeado por un grupo de entusiastas admiradores. Maud Reeves y su hija, Amber, fueron las primeras que le estrecharon la mano.

—¡Ha sido maravilloso, H. G.! —exclamó Maud, sonriendo.

—Sí, ha sido maravilloso, señor Wells —repitió Amber—. Realmente inspirador.

—¿Usted no debería estar en Cambridge, Amber? —le preguntó él. La joven estaba en segundo de carrera y había madurado de un modo impresionante, tanto en lo relativo a su aspecto como en lo tocante a su conducta.

—En la universidad me dieron permiso para venir a esto —dijo ella—. No me lo habría perdido por nada en el mundo.

—Amber está organizando una sección universitaria de la Sociedad Fabiana —dijo Maud.

—Sí. ¿Podría venir a darnos una charla el próximo semestre, señor Wells? —preguntó Amber con cierta ansiedad—. Sería un estímulo enorme para la Sociedad.

—¡Amber! No te pongas a agobiar al señor Wells con eso ahora —le reprochó Maud.

—Bueno, si no tengo otro compromiso, me encantaría —dijo él—. Escríbame y lo confirmamos.

La joven sonrió triunfalmente.

—¡Gracias!

Desde detrás del gentío, Sidney Webb atrajo su atención.

—Voy a llamar a un taxi, Wells —le gritó—. No se demore demasiado. La cena nos espera.

Cuando logró librarse de sus numerosos y ardientes admiradores, fue a recoger el sombrero, el abrigo y el bolso de viaje al guardarropa masculino y, al regresar por los laberínticos pasillos de Clifford's Inn, cayó en una emboscada de Rosamund, que lo llevó a un despacho vacío y oscuro y lo abrazó apasionadamente.

—¡Has estado brillantísimo, H. G.! —le dijo cuando se tomaron un

respiro.

—Gracias, cariño —le contestó él, aferrándose a su cuerpo rollizo y cálido.

Hacía tiempo desde que habían hecho el amor por última vez. La casita cercana a Lympne se había vuelto demasiado fría e incómoda con el cambio de estación —no quería encender la chimenea por miedo a que el humo atrajera a algún curioso—, y le dijo que sería demasiado arriesgado quedar en secreto en Londres, ya que alguien podía verlos. Lo cierto es que él esperaba que aquel romance se fuera diluyendo, pues la devoción de ella, que le recordaba a la de una mascota, le parecía cada vez más aburrida. Sin embargo, en ese momento, eufórico por el éxito de su intervención, con la adrenalina todavía fluyendo por sus venas, nada le habría gustado más que descargar su excitación mediante una apasionada cópula con Rosamund. De no haber estado esperándolo los Webb, quizá la habría tomado allí mismo, de pie contra la puerta o despatarrada sobre el escritorio.

—¿Cuándo volveremos a hacer el amor? —le preguntó Rosamund soltando un suspiro, como si le hubiera leído el pensamiento.

—No lo sé, cariño. Lo pensaré.

—No me importa que esa casa esté fría y húmeda —dijo ella.

—Pues a mí sí —contestó él con una sonrisa—. Algún día te voy a llevar a un hotel elegantísimo. Tendremos una cama enorme, con dosel y sábanas de algodón egipcio, y un baño de mármol y calefacción.

—Ay, qué maravilla —gritó ella—. ¿Dónde iremos?

—Donde tú quieras —respondió imprudentemente él.

—¿A París?

—De acuerdo, a París. Pero ahora los Webb me están esperando en la calle Strand con un taxi, y deben de estar bastante impacientes. Más vale que te quedes aquí dentro unos minutos. Buenas noches, mi querida Rosamund.

Volvió a besarla y la dejó, lamentablemente sola, en la habitación oscura.

La casa que tenían los Webb en Grosvenor Street era un palacete de considerable tamaño pero carente de encanto, amueblado y decorado con un papel de pared resistente y oscuro y unas alfombras de cáñamo en lugar de moqueta. Beatrice lo felicitó por la buena recepción que había tenido su conferencia, pero no pudo evitar mostrar su desacuerdo durante la cena, un ágape sencillo y nutritivo servido por su ama de llaves escocesa, una mujer

alta que apenas hablaba. Lo cierto es que Beatrice trató de ser imparcial a la hora de opinar sobre las ideas expresadas aquella tarde, pero su puritanismo profundamente arraigado —o tal vez podríamos llamarlo idealismo— la hacía distanciarse de ellas. Aunque, como la mayoría de las personas inteligentes de su generación, Beatrice había abandonado la fe cristiana al hacerse adulta, conservaba la visión dualista típica de esta religión, según la cual la carne y el espíritu se encuentran enfrentados, así como el miedo a la primera y la alta valoración del segundo. Seguía creyendo en la oración, aunque no estaba claro a quién o a qué oraba. Cuando él la cuestionó por ello, Beatrice empleó la frase de Matthew Arnold para contestarle que le rezaba a «eso eterno que no somos nosotros y que hace posible la justicia» y que, a ese respecto, sus plegarias habían sido escuchadas. Él nunca había conocido a una mujer cuyas motivaciones para cada uno de sus actos, incluso para cubrir el suelo de su casa con alfombras, se basaran de un modo tan riguroso en lo que consideraba justo. Sin embargo, Beatrice era extremadamente inteligente, y arremetió contra el juego de manos retórico mediante el cual él había tratado de quitarse de encima el problema del amor libre.

—La verdad es que no veo cuál es la diferencia, en lo que a la conducta se refiere, entre «las propuestas que se hacen desde el socialismo para reemplazar las formas convencionales de establecer relaciones», como usted dice, y lo que se conoce como amor libre —dijo mientras tomaban el postre.

—En un sentido estrecho y conductual, no habría ninguna —admitió él—, pero la experiencia sería cualitativamente distinta en un Estado socialista.

—A saber —dijo ella, suspirando con escepticismo—. No crea que no veo los encantos del amor libre. Sé que podría amar a otros hombres además de a Sidney —añadió, y le lanzó una mirada sonriente a su marido para mostrar que solo se trataba de una hipótesis, pero él tenía la cabeza inclinada sobre su porción de pudín de melaza—, y quizá resultara intelectualmente estimulante tener una relación íntima con un hombre que tenga las mismas aspiraciones que yo. Quizá eso sirviera para que mi comprensión de la naturaleza humana fuera más profunda...

—Así sería, Beatrice. Se lo aseguro —dijo él con descaro.

—Pero, por cada unión ilícita que produce un efecto educativo y que mejora la vida de los dos implicados —afirmó ella muy en serio—, hay cien, mil, en las que el único motivo es la satisfacción de la lujuria. Los seres

humanos son tan volátiles e irracionales en lo que al deseo sexual respecta que me dan miedo las consecuencias que tendría eliminar los mecanismos tradicionales para contenerlo. Creo que los hombres y las mujeres solo evolucionarán por medio de la subordinación de sus deseos y apetitos físicos a los aspectos espirituales e intelectuales de la naturaleza humana. Esa es la fe en la que yo encuentro apoyo.

Él sintió la tentación de defender la lujuria, pero se lo pensó mejor.

—¿Ha leído mi última novela? —preguntó.

—No —dijo ella—. Todavía no. Pero he leído algunas cosas sobre ella, desde luego.

—Vaya, pues entonces tendrá una visión muy distorsionada del libro. La clave del final de esa novela es que los personajes que están disfrutando de eso que llamamos amor libre ya han evolucionado exactamente como usted espera que evolucione la humanidad. Son como dioses. El sexo, para ellos, ya no es un asunto sucio y furtivo que se lleva a cabo en secreto y genera vergüenza y remordimientos. Es algo bendito. Es un regalo que uno le da libremente a quienes ama, y que a la vez recibe de ellos. Es algo valioso y ocupa un lugar importante en la vida de la gente, pero no la domina ni la tortura ni la obsiona. Proporciona la libertad necesaria para que cada uno pueda continuar con la tarea de perfeccionar la vida colectiva.

—Bueno, tengo que leerla —dijo Beatrice, visiblemente impresionada.

Sidney no lo estaba tanto.

—¿Un poco más de pudín de melaza, Wells? —preguntó. Siempre se aburría cuando presenciaba esta clase de conversaciones. Las consideraba poco prácticas.

Beatrice cumplió su palabra: a fin de mes le escribió una breve nota en la que le decía que había leído *En los días del cometa*. El libro no le había hecho cambiar de opinión con respecto al amor libre, pero había terminado de convencerla de que las mujeres deberían tener derecho al voto y la había llevado a escribirle a la señora Millicent Fawcett, la líder de las sufragistas moderadas y no violentas, para pedirle su apoyo. Unos días más tarde, apareció en el *Times* una carta de la señora Millicent en la que hacía pública esta información. Él se quedó muy sorprendido y encantado: sorprendido, porque su novela no abordaba la cuestión del sufragio femenino, y encantado, porque el texto suponía un duro golpe a la ejecutiva patriarcal de la Sociedad

Fabiana. Maud Reeves estaba alborozada. En cuanto a él, parecía que volvía a tener el viento a su favor, y se sentía muy optimista ante la asamblea general que se celebraría el 7 de diciembre. Decidió tomarse un respiro de la política fabiana e irse a Venecia, solo, y empezar a escribir una novela, una obra ambiciosa y parcialmente autobiográfica sobre el estado de las cosas en Inglaterra para la que se le ocurrió el título provisional de *Desperdicios*. Escogió Venecia porque no conocía a nadie allí y en noviembre no habría turistas, y le dijo a Jane que no quería que lo molestaran con cartas ni telegramas salvo en caso de una auténtica emergencia. Se instaló en una habitación en el piso más alto del Grand Hotel, desde donde, por encima de la laguna cubierta de niebla, se disfrutaba de unas magníficas vistas de las basílicas de San Giorgio y Santa Maria della Salute, y se pasó tres semanas escribiendo sin parar.

Cuando volvió a casa, había una pila de cartas impresionante esperándolo sobre su escritorio y un paquete con los ejemplares que le correspondían de *El futuro en América*, que había salido durante su ausencia. Se lo había dedicado a Dorothy Richardson empleando sus iniciales, D. M. R., con la esperanza de compensar así el hecho de que en los últimos tiempos la había ignorado casi por completo. Jane se mostró muy sorprendida al ver la dedicatoria, que él había decidido incluir en el momento de corregir las pruebas del libro.

—¿Por qué? —le preguntó—. Dorothy no sabe nada de América. América ni siquiera le interesa.

—Es solo porque somos amigos —dijo él.

—¿Y la gente no va a pensar que sois unos amigos bastante íntimos?

—Nadie sabrá que la dedicatoria es para ella. Por eso he puesto sus iniciales. Casi nadie sabe que su segundo nombre es Miller.

Al reconocer la letra de Dorothy en uno de los sobres que había en la pila, lo cogió. No contenía, como él había supuesto, un agradecimiento por la dedicatoria, sino un recorte de la reseña anónima de *En los días del cometa* que había aparecido en las páginas de *Crank*. En cualquier caso, a su manera, se trataba de una especie de carta, ya que estaba marcada por un tono de reclamación por no tomársela lo bastante en serio. Dorothy expresaba su esperanza de que algún día él escribiría una gran novela, cosa de lo que lo consideraba capaz, pero ese día todavía no había llegado. Para lograrlo,

tendría que superar las limitaciones que mostraba en todas sus obras a la hora de caracterizar a las mujeres, que casi sin excepción eran «un espécimen que se había llevado de algún museo de ciencias naturales en su época de estudiante, emperifollado con diversos adornos, con distintos colores de pelo y cantidad de pecas, con unos instintos perfectamente tabulados y una leve sonrisa entre todos ellos». Pensó que probablemente aquella fuera la primera vez en la historia de la literatura que un libro recibía una crítica desfavorable por parte de la dedicataria de otro libro del mismo autor. Estaba claro que Dorothy era una persona difícil, y tuvo la sensación de que le causaría más problemas en el futuro.

Otra carta, que recibió con más agrado, era de Henry James. En ella lo felicitaba por *El futuro en América* —«Lo único que he hecho hoy es sentirme emocionado y avergonzado a causa de su libro, y vibrar de un modo casi febril y llorar de un modo casi abundante al leerlo (esto último, que conste, por la intensidad de los sentimientos que despierta y del interés que genera)»—, aunque, como de costumbre, la espumosa ola de elogios iba seguida por una estela de reservas: «lo que más me llama la atención es usted y su personalidad intelectual, tan sorprendentemente activa y ágil —incluso diría su sublime y heroica insolencia— que no logro evitar sentir (por mucho que lo intento) que siempre tiende a simplificar demasiado». Y, como de costumbre, también había una melancólica reflexión sobre el hecho de que James no había conseguido producir un impacto semejante con su última obra, *La escena americana*, que para colmo trataba acerca del mismo tema. «Creo que usted —o todo su libro— habla demasiado alto, como si el país le hubiera dicho a gritos, al visitarlo a toda prisa, todas las pistas que tenía que darle, y usted, a su vez, chillara sus comentarios al respecto; pero también, francamente, creo que la manera correcta, y la única, de exponer muchas de las cosas que usted saca ahí a la luz es gritándolas. Es un país de gritos, y mis semitonos, ante el espléndido fragor de sus platillos (y los de los americanos), nunca se oirán.» ¡James! No había nadie como él.

Esta carta lo puso de muy buen humor, pero después leyó una de Rosamund que interrumpió abruptamente ese estado de ánimo. Con su letra redondeada de colegiala, le decía que Edith había encontrado una comprometedor carta que él le había enviado para concertar uno de sus encuentros en la casita de campo durante el pasado mes de agosto.

Debe de haber estado revisando los cajones de mi escritorio —no tiene ningún escrúpulo a la hora de invadir la privacidad de los demás — y encontró esa carta. Sé que me dijiste que destruyera todas tus cartas, y por lo general lo hago, pero quise quedarme con una, como una especie de prueba de nuestro amor, una prueba de que no era todo un invento mío (...). Con frecuencia, la sacaba y la miraba y a veces la besaba. Por suerte, no había en ella nada demasiado explícito, pero decía que la última vez que habíamos estado juntos en la casita te había encantado y que estarías allí «el próximo miércoles», y firmabas «Con amor, H. G.». Hubo una pelea espantosa, claro; Papá estaba furiosísimo y me estuvieron interrogando y me hicieron llorar, pero creo que te habrías sentido orgulloso de mí, porque no admití en ningún momento que fuéramos amantes. Dije que teníamos una amistad muy íntima y que tú usabas la casita para escribir, pero que también era un lugar apropiado para quedar y charlar de vez en cuando, y que Alice te había dicho que le parecía muy bien que fuéramos amigos. No estoy segura de que me creyeran, pero decidieron no presionarme más. De todas formas, estoy bajo sospecha y me vigilan como aves de presa, así que estate prevenido. Con todo mi amor, Rosamund.

Soltó un juramento en voz baja, arrugó la carta y la tiró a la papelera. Pero se lo pensó mejor y la recuperó, la alisó un poco y se la enseñó a Jane.

—Temía que pudiera pasar algo así —dijo ella—. No dirás que no te lo advertí.

—No, no lo diré. ¿Qué hago ahora?

—Nada —dijo Jane—. Bueno, aparte de dejar de ver a esa chica, por supuesto.

—Bueno, eso no es un gran sacrificio —dijo él.

—Y esperar que ella no haga ninguna tontería —añadió Jane—. Por ahora, parece que se ha comportado muy bien, dadas las circunstancias.

—Creo que incluso es posible que esté disfrutando de la situación —conjeturó él—. De un modo bastante curioso, desde luego. Es evidente que se ve como la protagonista de una novela. —Pensó que tal vez para Rosamund esa fuera la mejor manera en que podía concluir su romance, con un clímax dramático en el que unos tiránicos padres frustran una historia de amor, en vez

de con una paulatina pérdida de interés por su parte.

Pero otra carta de la pila, una de Sydney Olivier, le proporcionó aún más motivos de preocupación y de rabia. Olivier le escribió para advertirle que Pease y Bland, alarmados por el éxito que había tenido su conferencia sobre «El socialismo y la clase media», estaban presionando con todas sus fuerzas contra él en vísperas de la asamblea general, y que Hubert Bland se dedicaba a difundir rumores escandalosos sobre él entre los miembros de más edad de la Sociedad Fabiana; decía, concretamente, que había traicionado a su amigo más antiguo, un tal Sidney Bowkett, manteniendo una relación adúltera con su esposa, y que él mismo había descubierto hacía poco que estaba tratando de seducir a su hija Rosamund y que acababa de desbaratar sus nefastos planes. «Sé que es bastante gracioso que Bland, precisamente, lo acuse a usted de libertinaje —decía Olivier—, y, por supuesto, no tengo la menor idea de si sus acusaciones tienen algún fundamento. Pero pensé que debía avisarle de lo que está haciendo. Todo el mundo sabe que Bland es un mujeriego; me refiero a la gente que tiene algún peso en la Sociedad. Lleva tanto tiempo siéndolo que ya es algo aceptado entre nosotros, como si se tratara de un lamentable rasgo de personalidad, semejante a una cierta debilidad por la bebida. Pero todos sabemos que Bland nunca va a controlar la orientación política ni el desarrollo futuro de la Sociedad Fabiana. Se lo considera, por lo tanto, inofensivo. A usted no. Usted tiene su peso. Tenga cuidado.»

Esta carta hizo que soltara otro juramento, en voz más alta que el anterior. ¡Sidney Bowkett! ¿Cómo demonios habría llegado Bland a conocer a Bowkett, y cómo le habría sonsacado que seguía guardándole rencor, después de tanto tiempo, por lo de Nell? Probablemente se hubieran conocido por casualidad en el bar de algún hotel de Mánchester; recordaba vagamente haber oído, años atrás, que Bowkett se había ido a vivir al norte. En cuanto a Rosamund, ahora comprendía por qué Bland no le había arrancado la confesión de que eran amantes: eso le permitía acusarlo de intentar seducirla sin poner en peligro la honra de su hija. La situación era tan fea como extraña. No podía negar la acusación de Bland relacionada con Bowkett porque era cierta, y no podía negar que había tratado de seducir a Rosamund sin revelar, muy descortésmente, que ella había tomado la iniciativa, instándolo a tener una aventura. Tampoco podía defender su conducta señalando que ambas mujeres eran adultas que se habían acostado con él por su propia voluntad sin resucitar

la polémica sobre el amor libre.

Al día siguiente, fue a Londres y se enfrentó a Pease en la oficina fría y húmeda que este ocupaba en Clement's Inn.

—Me he enterado de que Bland ha estado difundiendo rumores sobre mí —le dijo.

—¿De verdad? ¿Qué clase de rumores? —preguntó Pease desde detrás de su escritorio con un tono de voz de lo más encantador.

—No finja que no los ha oído —dijo él.

—La verdad es que no puedo contestarle hasta que no me diga a qué se refiere. Quizá entonces pueda aclarar algún malentendido.

—Creo que sabe muy bien de qué estoy hablando. Solo quiero decirle que, si usted y sus amigos de la Ejecutiva quieren una pelea sucia, la tendrán. Conozco un par de detalles de la vida privada de Bland que no dudaré en hacer públicos si él no deja de difamarme.

—Bland es católico, como sabemos —dijo Pease—. Por lo que yo sé, los católicos distinguen entre la difamación, que consiste en transmitir información falsa, y la injuria, en la que la información es verdadera. En una ocasión me dijo que la injuria se considera un pecado mayor, ya que no puede uno retractarse con sinceridad. —Sonrió—. Es una paradoja interesante, ¿no le parece?

Estuvieron discutiendo unos minutos. Pease se defendía de sus ataques simulando que no sabía de qué estaba hablando, y al mismo tiempo dándole a entender que lo sabía muy bien, hasta que él estalló:

—Maldito sea, Pease, y malditos sean sus amigos. Sé que me desprecia porque mis padres eran empleados domésticos y yo no fui a un colegio público ni a Oxbridge y todavía tengo un poco de acento *cockney*. Sé que a mis espaldas dice que soy un «granujilla vulgar»...

—Le aseguro que nunca he dicho nada parecido —dijo Pease altivamente.

—Bueno, pues si no lo dice, lo piensa. Puede que sea vulgar, pero no soy un granuja. Si quiere a un granuja de campeonato, ahí tiene a Bland. —Y con estas palabras se marchó, no demasiado satisfecho consigo mismo. Se había desahogado, pero a costa de exponer sus propias debilidades e inseguridades. Había sido un error presentarse allí.

Cuando se dirigía hacia la salida, pasó por la oficina central y vio a Rosamund charlando con el joven Clifford Sharp junto al tablón de anuncios

de la Guardería Fabiana. Ella lo vio y se puso pálida. Sharp le lanzó una mirada hostil. El repiqueteo de una máquina de escribir vaciló y se detuvo mientras su operadora observaba el encuentro con un interés apenas disimulado, lo cual mostraba que el cotilleo se había filtrado hasta las capas más bajas de la jerarquía fabiana. Él les dedicó un saludo formal —«Buenos días, señorita Bland, buenos días, Sharp»— y no se detuvo, simulando que llegaba tarde a otra cita. Fuera estaba lloviendo, y se había olvidado de llevar paraguas. Se quedó un momento sin saber qué hacer bajo la entrada abovedada de Clement's Inn, mirando el cielo plomizo, y Rosamund apareció a su espalda.

—Hola, H. G. —dijo, apoyándole una mano en el brazo—. ¿Recibiste mi carta?

—Ayer —dijo él—. No volví de Venecia hasta ayer.

—No sabía que estabas fuera. He estado muy preocupada. Pensaba que te habías enfadado conmigo.

—No estoy enfadado contigo, Rosamund —dijo él—. Estoy enfadado con Edith por leer una carta privada que no era para ella, y con tu padre por difundir rumores malintencionados sobre mí. Esto es lo último que necesito antes de la asamblea general de la semana que viene.

—Desde luego, es horrible. ¿Qué podemos hacer?

—Bueno, tú podrías empezar por no venir corriendo detrás de mí en los lugares públicos —dijo él con muy poca amabilidad—. Así solo confirmas los rumores.

—Lo siento —dijo ella. Parecía estar a punto de echarse a llorar. Él miró a su alrededor para comprobar que no los estaban observando y la cogió de la mano.

—Tienes que ser fuerte, cariño. No puedes perder la dignidad. No hemos hecho nada de lo que debamos avergonzarnos.

—No —dijo ella, asintiendo ansiosamente con la cabeza.

—No hagas caso a los rumores y no contestes a las preguntas indiscretas.

—De acuerdo —dijo ella—. Pero ¿podemos volver a vernos? A solas, quiero decir.

—Me temo que no. Al menos durante una buena temporada. Hasta que todo esto se haya olvidado.

—¿Y después me llevarás a París?

—Puede ser —dijo él, sonriendo y pensando que era igualmente probable que la llevara a la luna.

—Pero me lo prometiste —dijo ella.

—¿De verdad? Entonces desde luego que lo haré algún día.

Le apretó la mano con fuerza y le dio un rápido besito en la mejilla. Le pareció la única manera de escapar antes de que alguien los viera manteniendo una sospechosa conversación íntima.

El salón de actos de Clifford's Inn era demasiado pequeño para celebrar allí la asamblea general, de modo que se alquiló el Essex Hall. Varios cientos de miembros de la Sociedad —más de un tercio de los miembros totales, que habían aumentado considerablemente desde que él comenzó a desempeñar un papel protagonista en sus asuntos— atestaban los dos pisos de la sala. Un murmullo nervioso y expectante flotaba en el aire hasta que el presidente, un tal señor H. Bond Holding, dio unos golpes con su mazo para inaugurar la asamblea. Se habían repartido dos importantes documentos a todos los presentes: el informe del Comité de Consulta (como se conocía oficialmente al «Comité Wells») y la respuesta de la Ejecutiva. El informe proponía unas nuevas bases y una estructura ejecutiva más eficiente, atacaba la política de «impregnación» e instaba a la Sociedad Fabiana a que se ampliara enormemente incorporando nuevos miembros, a que pasara a llamarse la Sociedad Socialista Británica y a que se uniera a otras organizaciones similares para presentar candidatos al Parlamento. La respuesta de la Ejecutiva, en la que podía detectarse con facilidad la mano de Shaw, agradecía las críticas constructivas, pero se preguntaba cómo se pretendía financiar las nuevas y ambiciosas propuestas. El texto no mostraba demasiado entusiasmo por el plan de replantar las Bases, defendía la doctrina de la impregnación y afirmaba que resultaría prematuro tratar de participar directamente en unas elecciones parlamentarias. Shaw proponía que se presentara una moción larga y compleja para aprobar un avance cauteloso en la dirección que indicaba el Comité de Consulta, con lo cual, en la práctica, solo se adquiriría un compromiso muy pequeño.

Su discurso tenía la forma de una enmienda: respaldaba «el espíritu y el propósito» del informe y solicitaba que se eligiera una nueva ejecutiva para

que lo implementase. En rigor, tendría que haber sido Sydney Olivier, como presidente del Comité de Consulta, quien defendiera el informe, pero, en el estado de euforia en que lo había dejado la conferencia que había dado en octubre sobre «El socialismo y la clase media», había insistido en ocuparse él mismo de desempeñar esa función. Sin embargo, su confianza en sí mismo había recibido algunos varapalos desde entonces, por lo que se sentía bastante nervioso mientras, sentado en el estrado y escuchando las elegantes y pulidas frases que Shaw pronunciaba con su melifluido acento irlandés, esperaba que llegara su turno de intervenir. Entonces todos los defectos que tenía como orador regresaron en su peor versión. Evitando el contacto visual con sus oyentes, balbuceaba algo para el cuello de su camisa o hablaba con una voz tan chillona que parecía que iba a taladrar las vigas del techo; se trababa y perdía entre sus notas; hacía sin ninguna gracia las bromas que llevaba preparadas. Notaba cómo iba perdiendo el beneplácito del público y continuó hablando durante más de una hora, lo que era claramente demasiado tiempo, en un inútil esfuerzo por recuperarlo. Cuando terminó, no quedaba tiempo para un debate como habría correspondido. Webb hizo una breve intervención en la que dijo que parecía que los miembros de la Sociedad tenían que elegir entre una ejecutiva que había disfrutado de su confianza durante muchos años y una nueva dirección desconocida y carente de experiencia. Sydney Olivier dijo que la Sociedad corría el peligro de convertirse en una «organización pequeña, rígida y erudita» si no reformaba su constitución. El presidente afirmó que ya era demasiado tarde para continuar con el debate y llegar a alguna conclusión, de modo que aplazó el final de la asamblea hasta la semana siguiente. Él se quedó bastante abatido por su pobre actuación y se disculpó ante Olivier y otros colegas del comité.

—No pierda la esperanza, Wells —le dijo Olivier—. No ha sido su mejor discurso, pero no todo está perdido. Hay un montón de gente joven en la Sociedad que está deseosa de cambios.

Evidentemente, Shaw pensaba lo mismo, porque a la semana siguiente envió a todos los miembros de la Sociedad un mensaje en el que dejaba claro que, si la Ejecutiva era derrotada por la enmienda de Wells, todos sus integrantes dimitirían «con gravísimas consecuencias para la Sociedad Fabiana». Olivier negó con la cabeza al comentar esta misiva.

—Shaw es muy astuto. Está convirtiendo su enmienda en un voto de no

confianza en la Ejecutiva. Los miembros nunca votarán a favor de echarlos a todos al mismo tiempo. Eso sería como cometer un parricidio múltiple.

La víspera de la segunda asamblea, tuvo una conversación con Maud Reeves que confirmó los recelos de Olivier. Estaba previsto que ella hablara la primera en la continuación del debate, y le advirtió, con evidente bochorno, que no presionaría para que se aceptara su enmienda, sino que abogaría por una solución de consenso entre las dos posturas en conflicto.

—Lo siento mucho, H. G. —le dijo—, pero no puedo apoyar una enmienda que se ha convertido en algo tan divisorio que podría suponer el derrumbamiento de la Sociedad.

—Lo comprendo, Maud, no se sienta mal por ello.

—Sí, la verdad es que me siento mal —dijo ella—. Usted ha defendido de una manera incondicional la causa de las mujeres, y me da mucha rabia abandonarlo ahora. Pero Shaw dice que, con el reciente cambio de opinión de Beatrice, es muy probable que la ciudadanía igualitaria para los hombres y las mujeres pase a formar parte de las Bases muy pronto, sin necesidad de destrozar la Sociedad Fabiana.

Así que Shaw había estado comunicándose con Maud en privado. Además, supuso él, con mucha perspicacia, que a ella también la estaría presionando su marido para que no apoyara una toma del poder por parte de alguien a quien Reeves sin duda consideraría un peligroso defensor y, a la luz de los recientes rumores, exponente del amor libre. En cualquier caso, él la compadeció por la difícil situación en que se encontraba y le dijo que no se preocupara.

—Creo que el cambio tiene impulso suficiente como para que podamos salir victoriosos —afirmó—. Y creo que Shaw va de farol cuando amenaza con que la Ejecutiva va a dimitir en bloque si sale derrotada.

Cuando dio comienzo en Essex Hall la segunda sesión de la asamblea general, el 14 de diciembre, había un público aún más numeroso y más expectación en el ambiente. Después de que Maud hubiera hecho su declaración diplomática y conciliatoria, algunos miembros hablaron desde el patio de butacas en contra de la enmienda y a favor de la Ejecutiva. Entre ellos estaban Clifford Sharp, que anteriormente había apoyado el movimiento por la reforma, y Hubert Bland, que hizo algunos comentarios sarcásticos sobre hombres de mediana edad que simulaban proteger los intereses de la juventud cuando en realidad estaban defendiendo los suyos propios. Pero también hubo

algunos discursos que elogiaban el informe, y el ambiente en la sala era cada vez más tenso a medida que el reloj avanzaba hacia el momento crítico, el de la votación.

Eran las nueve cuando Shaw se levantó para tomar la palabra. Como había predicho Olivier, enfocó el problema desde el primer momento como una cuestión de confianza.

—Si el señor Wells retirara su enmienda, la Ejecutiva estaría feliz de debatir las principales propuestas del informe una por una —dijo—. Pero, con la enmienda, la aceptación del informe conlleva la disolución de la actual Ejecutiva (sería, dicho de otro modo, una destitución con deshonor), lo cual conduciría de manera inexorable a nuestra renuncia, mientras que, por su parte, el Comité de Consulta ha dejado igualmente claro que, si se rechaza su propuesta, abandonará su intento de regenerar la Sociedad.

Hubo un clamor en la sala; varias voces rechazaron esta interpretación de la enmienda, y él mismo se puso en pie de un salto para decir que no tenía la menor intención de dimitir, pasara lo que pasara.

—Me alegra mucho escuchar eso —dijo Shaw, con el aire triunfal de quien observa cómo su víctima cae en la trampa que le ha tendido—, ya que significa que puedo meterme con el señor Wells sin temer las consecuencias. Pero esta asamblea todavía tiene que decidir entre la aniquilación de la Ejecutiva y la rendición incondicional del señor Wells.

Entonces Shaw procedió a repasar toda la historia de la disputa haciendo flagrantes referencias *ad hominem*, atacando al «señor Wells» por emplear la tergiversación, el engaño y el insulto personal para apoyar su causa. Dijo todo esto con una sonrisa de lo más afable y el ingenio aparentemente espontáneo del que Shaw era un verdadero maestro. El público tenía una reconfortante sensación de que al final no habría renuncias ni la Sociedad sufriría un daño irreparable aquella tarde, y se relajó, dispuesto a disfrutar del entretenido espectáculo. En cierto momento, hablando sobre las limitaciones con que habían trabajado ambas partes, Shaw comentó:

—Durante las deliberaciones de su comité, el señor Wells escribió un libro sobre América. Y se trata de un libro muy bueno, por cierto. Pero yo, mientras estaba redactando nuestra respuesta, escribí una obra de teatro. —Entonces se quedó callado y se puso a mirar, absorto, el alto techo de la sala durante el tiempo suficiente para que el público pensara que había perdido el

hilo. Y después dijo—: Señoras y señores, he hecho una pausa para permitir que el señor Wells dijera: «Y se trata de una obra muy buena, por cierto».

La gente estalló en una estruendosa carcajada, que él tuvo que sufrir con una sonrisa forzada para no parecer un mal perdedor, y, en aquel momento, el evento dejó de ser un debate serio para convertirse en algo más parecido a un vodevil.

Cuando Shaw se sentó, en medio de un gran aplauso, el presidente se volvió hacia él y le dijo:

—Señor Wells, me pregunto si, en las actuales circunstancias, quiere que dé paso a la votación, o...

Él le echó una mirada a Sydney Olivier, que negó con la cabeza.

—No —dijo—. Retiro la enmienda.

Entonces hubo otro largo aplauso y la asamblea se dio por concluida.

4

El resultado de la asamblea del 14 de diciembre fue, desde luego, una humillante derrota personal, a pesar de que no llegó a celebrarse una votación. Si no lo hubieran embaucado para que dijera que no tenía la intención de dimitir, probablemente lo habría hecho, indignado porque dicha derrota se había producido en el campo de la retórica, no en el de los contenidos. No había tenido lugar un debate en profundidad sobre las propuestas del comité. Pero eso suponía, en cierto modo, un motivo para perseverar, como le dijeron muchos de sus aliados de la Sociedad, e incluso Shaw, su adversario en el debate y el principal responsable de la trivialización del mismo, adoptó este punto de vista. Un día después de la asamblea, Shaw le escribió una carta en la que no se disculpaba por el rol que había desempeñado en ella, pero le aseguraba que «usted podría revertir la situación fácilmente si estudiara con mucha atención sus movimientos, o si hiciera exactamente lo que voy a decirle». A continuación, señalaba que había más asambleas programadas para debatir la postura de la Ejecutiva sobre el futuro de la Sociedad y que los miembros del Comité Wells podrían lograr que se adoptaran sus ideas modificándolas un poco, y le recomendaba que se presentara a la Ejecutiva en las elecciones anuales que se celebrarían en marzo. Él no supo si deplorar o admirar la audacia y el descaro de aquel hombre que se atrevía a darle consejos a la víctima de sus taimadas estrategias de debate cuando esta todavía estaba lamiéndose las heridas.

De momento, decidió dar la espalda a la Sociedad Fabiana y sumergirse en la escritura. Volvió a trabajar en *Desperdicios*, que había pasado a llamarse *Tono-Bungay*, como un tónico medicinal que el tío del narrador había patentado y gracias al cual había logrado amasar una efímera fortuna. Ese personaje, Edward Ponderevo, estaba inspirado en su tío Williams, el que era

director de un colegio de Wookey y padre de Edith y Berta. Se trataba de un hombre amable y cordial que tenía un punto ciego moral y se había visto obligado a cerrar su colegio para evitar que lo enjuiciaran por distorsionar de manera fraudulenta su titulación. El formidable éxito del tónico de Ponderevo, que no servía para nada, se basaba exclusivamente en una publicidad mendaz y en una intensa campaña de marketing, pero le infundía unos delirios de grandeza que lo llevaban a adquirir y construir una serie de casas cada vez más extravagantes para él y su esposa hasta que su burbuja financiera explotaba y caía en bancarrota, arrastrando consigo a los miles de pequeños inversores que habían confiado en él. Ponderevo encarnaba una nueva clase de capitalismo irresponsable que se estaba convirtiendo en un rasgo característico del periodo eduardiano, dando lugar a lo que su sobrino George, el narrador de la novela, llamaba «la plutocracia más irreflexiva, sutil, exitosa y veleidosa que jamás haya amenazado el futuro de la humanidad».

Construyó el personaje de George basándose, en buena medida, en su propia experiencia —el hecho de ser el hijo de una sirvienta y criarse en una gran casa de campo, la lucha por superar esos orígenes humildes por medio de una educación científica, los problemas con el sexo y el matrimonio en una sociedad represora e hipócrita—, y se permitió analizar la situación de Inglaterra y establecer algunas generalizaciones al respecto haciendo que George se presentara, desde el principio, como un novelista aficionado: «Advierto al lector que este libro va a ser bastante desordenado. Quiero trazar mi trayectoria social (y la de mi tío), y esa será la principal trama de mi relato, pero, como esta es mi primera novela, y casi seguro la última, quiero meter en ella, también, toda clase de cosas que me han impactado, cosas que me han divertido e impresiones que me han asaltado, aunque no tengan absolutamente nada que ver con mi narración (...). Tendré que divagar y avanzar a trompicones, puntualizar y teorizar, para poder plasmar lo que hay en mi cabeza». Era dudoso que esta excusa lograra satisfacer a Henry James, pero él creía que el tono y la textura de la voz narrativa, junto a la insistente imaginería relativa a la enfermedad, la degeneración y la decadencia del tejido social, le proporcionarían unidad al libro.

A comienzos de año, sin embargo, tuvo otra idea. Había conocido a un hombre de extraordinarias experiencias y talentos llamado John William Dunne. Hijo de un general británico, se había criado en Sudáfrica, donde lo

colocaron de aprendiz de un granjero y sirvió en el cuerpo imperial de caballería voluntaria durante la Guerra de los Bóeres. Después se instaló en Inglaterra y estudió Ingeniería Aeronáutica. Diseñó un monoplano revolucionario con las alas en flecha, basado en sus observaciones de las aves marinas, que impresionó lo suficiente a la Oficina de Guerra como para que le ofrecieran un empleo en su departamento de investigación de Aldershot, aunque no autorizaron la producción de un prototipo y acabaron archivando el proyecto. Dunne le proporcionó mucha información interesante sobre nuevas líneas de investigación en el campo de la aeronáutica y su potencial aplicación en las contiendas bélicas, especialmente sobre el desarrollo de la aeronave rígida dirigible del conde Ferdinand von Zeppelin en Alemania. Tras una serie de fracasos y accidentes, recientemente el prototipo había conseguido mantenerse en el aire durante ocho horas.

—Esas aeronaves constituirían una plataforma perfecta para las armas y podrían construirse en un tamaño enorme, dándoles un alcance casi ilimitado —le dijo Dunne.

—¿Quiere decir que los alemanes podrían bombardear Londres desde ellas? —preguntó él.

—Con el tiempo, podrían incluso bombardear Nueva York —le aseguró Dunne.

No podía quitarse esa imagen de la cabeza: los orgullosos rascacielos de Nueva York desmoronándose bajo un bombardeo implacable, manzanas enteras en llamas, el pánico en la calle... Su imaginación no tardó en concebir el boceto de una novela del mismo género que *La guerra de los mundos*, que conectaría con la angustia que se sentía en Gran Bretaña en aquel momento a causa del imperialismo germánico y la escalada armamentística que se estaba produciendo entre las dos naciones. Como de costumbre, ambos países se estaban preparando para combatir en la próxima guerra con las armas del ayer, no del mañana, construyendo cada vez más barcos de guerra, y cada vez más grandes. Era evidente, cuando uno hablaba con hombres como Dunne, que las fuerzas aéreas estaban destinadas a desbancar a las fuerzas navales, y que la velocidad, el alcance y la movilidad de las primeras tendría como resultado una rápida globalización de la guerra. Esbozó una historia en la que estallaba un conflicto entre Gran Bretaña y Alemania, en el que después se involucraban los Estados Unidos, Japón y otros países, y que consistía principalmente en la

destrucción total de grandes ciudades mediante bombardeos aéreos y que acababa con la civilización. Un personaje aportaba la continuidad narrativa; se trataba de un *cockney* que se dedicaba a reparar bicicletas y que, tras viajar de polizón en una aeronave alemana, se convertía en testigo involuntario de un ataque sorpresa sobre Nueva York y del caos que se producía a continuación. La moraleja, como siempre, era que solo un Gobierno Mundial podía garantizar una aplicación benigna, no destructiva, de los nuevos avances en el campo de la ciencia y la tecnología. Pero lo que en realidad lo entusiasmaba era la perspectiva de presentar, una vez más, una visión apocalíptica del mundo autocomplaciente y familiar de su época desintegrándose bajo el devastador impacto de una fuerza militar sin precedentes. Escribir ese libro sería una manera de canalizar, de un modo inofensivo pero satisfactorio, la violencia que le gustaría ejercer contra la Vieja Guardia y sus partidarios.

También había una razón más prosaica para abordar con presteza ese nuevo proyecto: el saldo de su cuenta bancaria estaba preocupantemente bajo. Jane y él disfrutaban organizando reuniones con estilo. Casi todos los fines de semana se les llenaba la casa de invitados, y el coste de la comida y la bebida y el agua caliente que se empleaba *ad libitum* en todos los dormitorios era muy alto. Él estaba sumido en el proceso de añadir una pista de tenis a los entretenimientos que ofrecía Spade House, y para ello hacía falta ampliar y nivelar la propiedad, lo cual resultaba sumamente caro. Su implicación, durante el año anterior, en actividades relacionadas con la Sociedad Fabiana le había llevado una gran cantidad de tiempo que, de otro modo, podría haber dedicado a la rentable tarea de escribir. *Tono-Bungay* no era un libro que pudiera rematar rápidamente. Se trataba de su intento más ambicioso de escribir una novela literaria, con la esperanza de que llegara a convertirse en un clásico, pero precisamente por ello avanzaba más bien despacio, en comparación con su ritmo habitual, y era bastante improbable que fuera un *best seller*. Al considerar todos estos factores, pensó que había motivos para tratar de concluir *La guerra en el aire* lo más rápidamente posible, mientras la idea todavía estuviera fresca y bullendo en su cabeza. Por lo tanto, le envió un borrador a su agente, Pinker, y le dijo que podía escribirlo en unos meses si alguien le daba un adelanto de 1 200 libras, y, sabiendo que su editor habitual, Macmillan, no solía pagar cifras como esa, le escribió personalmente y le dijo que tenía un proyecto de novela mediocre y comercial y que estaba pensando

en publicarla con una editorial menos prestigiosa. Macmillan no planteó objeción alguna, George Bell & Sons puso el dinero sobre la mesa y él se comprometió a entregar el libro en septiembre.

Cuando fueron remitiendo su enfado y su frustración por lo que había sucedido en la asamblea de diciembre, volvió a involucrarse, aunque con bastante cautela, en las actividades de la Sociedad Fabiana. Aceptó que lo nominaran para las próximas elecciones a la Ejecutiva, y Maud Reeves convenció a Jane de que también se presentara y de que se uniera a un grupo de mujeres que estaba organizando en la Sociedad. En febrero, Maud consiguió que la Ejecutiva aprobara, en principio, la incorporación de la ciudadanía igualitaria a las Bases, que había de ratificarse en una asamblea general al cabo de seis meses, y consideraba que Jane podía ser una aliada muy eficaz para garantizar que aquel triunfo se pudiese llevar hasta el final.

Durante ese mismo mes, él cumplió su promesa de dirigirse a la filial de la Sociedad Fabiana de la Universidad de Cambridge, que había puesto en marcha Amber Reeves en colaboración con un joven del Trinity College llamado Ben Keeling, que ya era miembro de la aletargada rama «urbana» de la Sociedad. Le llamó la atención más que nunca el cambio que había sufrido Amber: se había convertido en una joven impresionante, lista, elocuente y hermosa, con unos ojos castaños, una nariz recta y griega en medio de un rostro con forma de corazón y una melena de pelo negro, denso y ondulado, por el que en su familia la llamaban Dusa, abreviatura de Medusa. Estaba estudiando mucho, le contó mientras daban un paseo y le mostraba los jardines del Newnham College antes de la conferencia, y tenía unas ganas terribles de obtener una matrícula de honor en los exámenes (llamados *trijos*) del primer curso de los Estudios de Ciencias Morales, a los que se presentaría en verano. Un año después, haría los del segundo curso.

—Las mujeres no tenemos derecho a que nos den el título, por supuesto —le dijo—, pero nos presentamos a los mismos exámenes que los hombres y nuestros resultados se publican con los de ellos. Siempre es muy emocionante cuando a una mujer le va bien; los hombres se ponen enfermos.

—¡Pero es absurdo que no le vayan a dar un título! —protestó él—. Tendría que haber ido a la Universidad de Londres.

—Bueno, no es tan bonita, ¿verdad? —dijo ella, abarcando con un gesto

los edificios de una elegancia tranquila, contruidos en estilo reina Ana con ladrillo rojo y ventanas de marcos blancos y hastiales también blancos, que se diseminaban espaciosamente entre zonas de hierba y arbustos, y él tuvo que admitir que tenía razón—. De todas maneras, lo que más me importaba era irme de casa.

—¿Y los del tercer curso? —preguntó él.

—No hay tercer curso. Los del segundo curso son los finales.

—Y, entonces, ¿por qué se llaman tripos?

—Creo que antes sí que había tres cursos —dijo ella—. Dicen que eso se remonta a la época medieval, cuando a los estudiantes les daban un taburete con tres patas al graduarse, una pata por cada año de carrera.

A él le pareció que era típico de la Universidad de Cambridge envolver un curso en filosofía en aquel lenguaje engañoso y fosilizado. Todo el lugar —se quedó a pasar la noche y estuvo explorándolo un poco— despertó en él unos sentimientos fuertemente contradictorios: le provocaba al mismo tiempo atracción y repugnancia, envidia y desprecio. Desde una perspectiva visual, era arrebatador, incluso en invierno; la magnífica arquitectura de los *colleges*, sus patios tranquilos y sus soportales desgastados por el paso del tiempo, la zona de los Backs, verdes y cuidados, el río flanqueado por sauces, todo se combinaba con una gracia y una belleza maduras a lo largo de siglos. Y era muy emocionante pasear por las calles adoquinadas de una ciudad tan claramente dedicada a la vida de la mente, espléndidamente provista de librerías, atestada de jóvenes que, vestidos con sus togas, se dirigían a toda prisa a alguna conferencia o charlaban y discutían en los salones de té. Sintió diversas punzadas de rencor y arrepentimiento al comparar el ambiente que había en aquel lugar con el de su época de estudiante, los largos desplazamientos diarios atravesando Londres —mugrienta, ruidosa e indiferente— hasta las aulas lóbregamente funcionales de la Escuela Normal de South Kensington. ¡Cómo le habría gustado estudiar allí! Pero, por supuesto, se trataba de un ambiente empapado de privilegios, y la conservación de una terminología arcaica y obsoleta, de ciertas costumbres de lo más peculiar y de algunos curiosos métodos para indicar el origen social de los estudiantes eran estrategias de exclusión y defensas contra el cambio. Si tuviera la capacidad para hacerlo, pensó tras pasar una mañana abordando a desconocidos por la calle para pedirles indicaciones, aprobaría una ley

obligando a los *colleges* a que pusieran sus nombres en la fachada y prohibiendo esa pronunciación tan estirada que tiene la gente en esos lugares.

Pero cuando dio su conferencia —una versión más atrevida y explícita de su charla sobre «El socialismo y la clase media»— en una sala abarrotada de jóvenes, en su mayoría estudiantes de grado, muchos de los cuales se sentaron literalmente a sus pies, la admiración y el entusiasmo de su público lo desarmaron. No tenía por qué sentirse inferior o excluido por no haber disfrutado de una educación privilegiada como la de ellos, ni por su pronunciación un tanto *cockney*. Lo consideraban un genio, un profeta, alguien con una visión mucho más amplia que la de sus tutores y profesores y con una concepción mucho más ajustada al mundo real en el que ellos se estaban preparando para entrar y que ansiaban mejorar. Escucharon con gran fascinación sus argumentos a favor de llevar a cabo una reforma política, económica y sexual por medio de la aplicación de la ciencia y la razón. Por supuesto, no representaban a la totalidad del alumnado. Sabía que no todos los estudiantes eran tan serios y reflexivos como los que se habían congregado para escucharlo; en Cambridge había numerosos jóvenes de aspecto arrogante y cuyas conversaciones, que él había oído de pasada y que se desarrollaban con el enfático modo de hablar de los colegios privados, mostraban que les interesaban más el remo y la caza que las ideas. En más de una ocasión, Ben Keeling había sido objeto de burlas y amenazas por parte de esa clase de alumnos. Pero aquellos jóvenes y entusiastas fabianos eran la esperanza del futuro, en particular las chicas. Eran las más brillantes y las mejores de su género y su generación, y tenían plena conciencia de que debían llevar el estandarte de los derechos de las mujeres, tras recibirlo de las manos de las generaciones anteriores que habían combatido con gran valor contra los prejuicios de su tiempo para lograr que las mujeres pudieran optar a una educación superior. De hecho, según le contó Amber, la Sociedad Fabiana de Cambridge era la primera organización del lugar que desde el momento de su fundación había admitido a las mujeres como miembros de pleno derecho. Tras la conferencia, el comité lo invitó a una simpática cena en los aposentos de Keeling, en el Trinity College, donde él respondió sus preguntas y estuvo, o al menos se sintió, especialmente ingenioso. Amber, radiante debido al éxito de la velada y a que había ganado mucho prestigio entre sus amigos por haber persuadido a semejante figura de que acudiera desde Londres, le dio las

gracias muy efusivamente cuando se despidieron.

—Ha estado absolutamente maravilloso, señor Wells —le dijo, estrechándole la mano—. Espero que regrese a Cambridge, si tenemos la desfachatez de invitarlo de nuevo.

—Creo que volvería —dijo él, sonriente—. Cambridge tiene muchos atractivos.

Uno de ellos, desde luego, era Amber. Pero acababa de librarse de un incómodo enredo con una joven admiradora y no tenía la menor intención de empezar con otra, aunque Amber fuera más guapa y mucho más inteligente.

* * *

De hecho, había comenzado una relación con una mujer que era cuatro años mayor que él, la novelista Violet Hunt. Se conocían porque tenían muchos amigos comunes en el mundillo literario y publicaban en las mismas revistas, de modo que con frecuencia los invitaban a las mismas fiestas. A finales de 1906, estos encuentros se volvieron más frecuentes y más insinuantes. Ambos se estaban recuperando de los reveses que habían sufrido —él, de la derrota en la Sociedad Fabiana y todo el lío con Rosamund; ella, del reciente fallecimiento de su primer amante y del abandono del segundo— y ambos buscaron consuelo en una nueva aventura amorosa sin ataduras. A comienzos del año, él la invitó a comer en Torino's, en el Soho, que tenía unos reservados en el piso de arriba. «El martes, sea buena con un hombre muy melancólico, por favor. Venga a Torino a la una. Estoy bastante hundido, enfadado, débil (...). No tengo nada esa tarde.» Ella captó la indirecta, y en su mensaje de aceptación comentó que también tendría la tarde libre. Así comenzó una aventura que a los dos les proporcionaría un gran placer libre de complicaciones.

Violet era hija de Alfred William Hunt, un acuarelista relacionado con los prerrafaelitas al que, debido a ello, muchas veces se confunde con el pintor Holman Hunt. Violet, cuyo aspecto, con su rostro alargado y su pelo ondulado, era un tanto prerrafaelita, se crio en contacto con este círculo de artistas y su mentor, Ruskin. En una ocasión, le contó que cuando tenía trece años, al enterarse de que el gran amor de los últimos años de Ruskin, Rose La Touche, había muerto trágicamente, se había ofrecido a casarse con él.

—Mamá le escribió a Ruskin, a quien conocíamos bastante bien, para contarle mi oferta, pensando que le haría gracia. Él reaccionó con mucha gratitud y una seriedad absoluta, y dijo que se lo iba a pensar y que ya nos contestaría algo. Le gustaban mucho las jovencitas, como es bien sabido, y se había pasado años esperando a que Rose creciera, pero decidió no esperarme a mí.

Esta era una de las típicas anécdotas con que Violet lo entretenía cuando yacían juntos, descansando lánguidamente después de tener relaciones sexuales en alguna habitación londinense alquilada a tal efecto. Con su larga experiencia en aventuras amorosas, Violet le dio a conocer numerosos restaurantes con *cabinets particuliers* y hoteles y pensiones que alquilaban habitaciones por horas, una secreta red metropolitana de lugares donde tener relaciones sexuales ilícitas. «¿Conoces algún lugar adecuado para pecar en Kensington? —le escribió él una vez, cuando estaba organizando un compromiso en el Museo de Historia Natural—. Si es así, escríbeme diciéndome cuál y yo te mandaré un telegrama si consigo escaparme.» A vuelta de correo, recibió la dirección de un discreto hotelito situado cerca de la estación de metro de South Kensington.

Ambos creían en el amor libre, pero Violet había comenzado a tener experiencias antes. La había instruido un amante en particular, un hombre llamado Crawford, un escritor menor que en otro tiempo había pertenecido al cuerpo diplomático y que era un libertino irredento. También era, según decía ella, un canalla absoluto, que la había utilizado como amante durante muchos años, cuando estaba casado, y que, tras la muerte de su esposa, se había casado de inmediato con una adinerada mujer en vez de con Violet. Habían transcurrido algunos años desde aquello, pero el dolor que le habían provocado el rechazo y la traición todavía no se le había pasado. Cuando quedaron para comer en Torino's, Violet seguía afligida por el fallecimiento de su primer amante, el pintor George Henry Boughton, otro hombre casado del que se había enamorado perdidamente a los diecisiete años y al que había estado persiguiendo hasta que él había sucumbido a su insistente devoción. Al final, Boughton había decidido poner punto final a su aventura para poder salvar su matrimonio, y la había dejado desconsolada, pero su reciente muerte había hecho que renaciera en Violet todo su cariño hacia él, generando en ella el anhelo de consolarse entre los brazos de alguien.

Violet ya era una Nueva Mujer antes de que se acuñara esta expresión: había buscado sin miedo la satisfacción erótica desde una edad temprana y estaba dispuesta a pagar el precio que le exigiera la hipócrita sociedad en la que vivía. Sus novelas trataban acerca de la experiencia de mujeres jóvenes parecidas a ella y en un contexto parecido, pero la normativa relativa a la reticencia sexual que ella se veía obligada a respetar, con sus castigos potenciales, se basaba en la misma realidad que había descrito él en sus historias sentimentales, aventuras amorosas redimidas por un ingenio cínico y epigramático que recordaba a las obras de teatro de Oscar Wilde. Violet le contó que Wilde había sido uno de los admiradores que tuvo de joven y que una vez había estado a punto de pedirle matrimonio. Ya en la madurez, sorprendentemente, se había hecho amiga de Henry James, que a veces la invitaba a Lamb House.

—Estimulo su imaginación —explicó—. Él sabe la vida depravada que he llevado y me exprime todo lo que puede para que le cuente historias libidinosas de la sociedad londinense, que a él le da miedo investigar por sí mismo.

Una vez citó una típica carta del Maestro, como se solía llamar a James, en la que declinaba una invitación a visitarla en Londres: «Usted *es* la sociedad, y yo soy cada vez más el desapego contemplativo: estoy aferrado al mundo como lo estaría una araña obesa, por medio de un fino hilo que yo mismo he tejido». Los dos se rieron ante aquel símil maravillosamente vívido.

—Merecería una ilustración de Max Beerbohm, ¿no te parece? —dijo Violet—. H. J. me llama «la gran devoradora» por mi apetito por la vida social, y «el remiendo florido» por un abrigo de flores que me vio una vez, pero no tengo ninguna duda de que también es una manera muy astuta de criticar mi prosa.

Era cierto que Violet a veces permitía que su gran labia pasara a formar parte de sus novelas, y que casi todas ellas eran demasiado largas para lo que tenía que decir, pero no podía dudarse de la capacidad imaginativa de la que hacía gala dentro de unos límites muy estrechos.

A los cuarenta y cinco años ya había perdido la belleza por la que había sido tan admirada en su juventud, y se maquillaba mucho para ocultar la lamentable expresión de su rostro, pero su cuerpo seguía siendo esbelto y flexible, capaz de adoptar cualquier postura en la cama que él le propusiera, y

de mostrarle algunas que él no conocía. Los años que había pasado con Crawford la habían convertido en una mujer desvergonzadamente versátil en el arte del amor, y no dudaba en emplear la boca y la lengua para excitarlo cuando tenían tiempo para permitirse un bis.

—Ahora ya sé por qué Henry James te llama la gran devoradora —le dijo él, observándola complacientemente mientras ella llevaba a cabo esa tarea y haciéndole soltar una carcajada a causa de la cual estuvo a punto de ahogarse. Le encantaban las mujeres que se reían en la cama. Violet era la compañera ideal para una *passade*. No como Dorothy Richardson.

Continuó viendo a Dorothy a intervalos infrecuentes. Sus encuentros sexuales no eran demasiado intensos, y siempre iban seguidos de largas conversaciones sobre los problemas emocionales, psicológicos y filosóficos de ella. Seguía atrapada en la curiosa relación triangular que mantenía con su célibe amante, Grad, y su ardiente y bisexual compañera de piso, Veronica, y no parecía que fuera a resolver a corto plazo la cuestión de su propia sexualidad. Él deseaba no haber comenzado nunca una relación con Dorothy y se culpaba por haberlo hecho. Había llegado a asumir una especie de responsabilidad terapéutica con respecto a ella, pero no tenía ni el tiempo ni la paciencia necesarios para poder ejercerla, ya que lo distraían su aventura clandestina con Rosamund y sus luchas contra la Vieja Guardia fabiana, por no mencionar los libros que estaba tratando de escribir en aquel momento. El sexo, para él, era una forma de recreo, como el tenis o el bádminton: algo que uno hacía cuando había concluido una sesión de trabajo satisfactoria, para liberar estrés y ejercitar durante un rato el cuerpo en vez de la mente, pero eso no era lo que Dorothy necesitaba, o al menos quería, de sus encuentros. Él decidió hablar con ella de esto una tarde, cuando se vieron en el hotel próximo a la estación de metro de South Kensington que tan provechosamente le había recomendado Violet Hunt. Al reservar la habitación, él había pedido una botella de vino blanco del Rin en un cubo con hielo. En vez de quedarse en mangas de camisa y quitarse el corbatín al entrar en el cuarto, como hacía siempre, se quedó completamente vestido, le hizo un gesto a Dorothy para que se sentara en una de las dos butacas y descorchó la botella. Ella lo miró y le dedicó una sonrisa burlona y escéptica en la que no había ni un ápice de humor.

—Ya sé lo que me vas a decir —dijo.

—¿Qué? —preguntó él, llenando las dos copas y dándole una.

—Que deberíamos dejar de vernos.

—Bueno, la verdad es que esto no te hace feliz, Dorothy, y si a ti no te hace feliz, a mí tampoco —dijo él, sentándose en la otra butaca, enfrente de ella—. Podemos seguir siendo amigos, por supuesto, tú y yo y Jane. Pero deberíamos afrontar los hechos. Nuestras relaciones sexuales son un desastre. No sé si es culpa mía o...

—¿O si es que soy lesbiana?

—No lo sé. A veces pienso que en realidad el sexo *per se* no te interesa en absoluto.

—A veces yo también lo pienso —dijo ella.

—Bueno, pues ahí está. ¿No crees que es mejor que dejemos de vernos? Me refiero a vernos así. Podríamos recuperar nuestra amistad de antes y tratar de olvidarnos de que hemos intentado ser amantes.

—Eso va a ser difícil —dijo ella—. Resulta que estoy embarazada.

—¿Qué? —preguntó él abruptamente, derramándose el vino en la pernera del pantalón—. ¿Estás segura?

—Bueno, todavía no he ido al médico, pero ya han pasado dos meses desde mi última... ya sabes. Estoy bastante segura.

La mente le zumbaba mientras contemplaba todas las implicaciones y alternativas a toda velocidad. ¿El bebé sería suyo? Eso era casi seguro, y no podía arriesgarse a ofenderla mortalmente preguntárselo. ¿Cuándo habría sucedido? ¿Y cómo? No recordaba haber tenido ningún percance: ni se le había roto un preservativo, ni había fallado con el *coitus interruptus*. Desde luego, ningún método era fiable al cien por cien... Pero ¿y si se trataba de un embarazo histórico, si era todo producto de la imaginación de Dorothy? Se acercó a ella, se sentó en el brazo de su butaca, le pasó el brazo por encima de los hombros y le dio un beso en la frente.

—Mi querida Dorothy —le dijo—. ¡Es maravilloso!

—¿Maravilloso? —Ella parecía sorprendida.

—Es maravilloso que tú y yo traigamos una nueva vida al mundo. Será un niño muy listo.

—¿Un niño?

—O una niña. Te daré todo el apoyo que necesites, por supuesto.

—¿Me vas a dar una pensión por maternidad?

—Exacto. No puedo convertirte en una mujer honrada, como dice esa expresión repugnante..., pero te daré todo lo que necesites para criar a nuestro hijo.

Ella lo miró, pestañeando como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—No me imaginaba que fueras a reaccionar tan bien —le dijo—. Gracias, pero me las arreglaré sola.

—¿Por qué? No tienes mucho dinero, y yo sí.

—Prefiero ser independiente —dijo ella.

—Bueno, no vamos a discutir sobre eso ahora. Tómate otro vino. —Volvió a llenarle la copa—. Por la nueva vida.

—Eres un hombre extraordinario —dijo ella. —Y tú eres una mujer extraordinaria, querida mía —dijo él—. ¿Cómo están tus amigos? El señor Grad y Veronica... ¿ya lo saben?

—No, por supuesto que no. No lo sabe nadie, solo tú. Benjamin se va a quedar de piedra. Probablemente no volverá a dirigirme la palabra. Veronica probablemente estará encantada y querrá adoptar al bebé cuando se case con Philip.

—¿Y eso te parecería bien?

—No. Me gustaría tener un bebé mío.

—¡Magnífico! —dijo él.

—No es magnífico en absoluto —dijo ella—. Es un lío. ¿Qué va a decir Jane?

—Lo llevará bien —dijo él—. A estas alturas, nada que tenga que ver conmigo le resulta sorprendente.

De todos modos, no comprobó de inmediato esa suposición contándoselo a Jane, y más adelante quedó claro que había obrado con sensatez. Al cabo de un tiempo, recibió una breve nota de Dorothy en la que decía que había sufrido un aborto. «Quizá sea lo mejor —le escribió—. Pero he estado muy enferma, y me siento muy desgraciada. He estado semanas sin ir a trabajar y me gustaría no tener que volver nunca más a Harley Street. Me gustaría vivir en el campo y dedicarme a escribir.» Él le envió una carta muy solidaria y un cheque, y le ofreció proporcionarle trabajo corrigiendo las pruebas de sus libros, cosa que

podía hacer desde casa. También le dijo que esperaba que siguieran siendo amigos y que siempre sería bienvenida en Spade House. Nunca llegaría a saber si Dorothy realmente había abortado o si en realidad no se había quedado embarazada, pero se sintió aliviado por el hecho de que su insatisfactoria aventura hubiera concluido por mutuo consentimiento y se hubiera podido evitar el escándalo. Por lo que él sabía, nadie, excepto Jane, se había enterado de nada. Pero la tranquilidad que le proporcionó este giro en el curso de los acontecimientos, sin embargo, no duró mucho: pronto hubo un nuevo motivo de escándalo —o, mejor dicho, resurgió un escándalo antiguo— que estropeó su intento de reconciliación con los fabianos.

Tanto él como Jane fueron elegidos para pasar a formar parte de la Ejecutiva a finales de marzo. Para su sorpresa, quedó cuarto en la votación, muy poco por detrás de Sidney Webb, Pease y Shaw, lo cual indicó que todavía conservaba un apoyo considerable entre los miembros a pesar de la derrota que había sufrido en las asambleas de diciembre. La nueva Ejecutiva acordó crear un pequeño subcomité formado por él, Shaw y Webb, con el objetivo de abordar una vez más la tarea de revisar las Bases. Él redactó a toda prisa un borrador y se lo envió a sus dos colegas, pero, como era predecible, ellos empezaron a discutir por nimiedades, tanto con él como entre ellos, de modo que se resignó a que el proceso fuera largo e, incluso, a que no concluyera nunca. Convirtió su borrador en una propuesta de Manifiesto Fabiano que envió a los setenta y dos miembros superiores de la Sociedad, pero solo veintiséis de ellos respondieron positivamente. Sus principales partidarios fueron los jóvenes. Amber Reeves, que había regresado de Cambridge para las vacaciones de Pascua, se dedicaba a contarle a todo el mundo lo brillante que había sido la conferencia que él había dado allí en febrero, y le preguntó si estaba dispuesto a dar algunas charlas públicas bajo los auspicios de la Sociedad Fabiana de Cambridge en otoño. La ocasión en que le hizo esta petición, a la que él accedió, fue una reunión de la Sociedad de las Artes Fabianas en la que Rosamund también estaba presente. Después, él se preguntaría si ella habría observado lo relajada que estaba Amber junto a él y si habría sentido la punzada de los celos. Ambas jóvenes se asemejaban en la manera en que admiraban sus ideas, pero Amber era capaz de debatirlas expresándose mejor y con mayor coherencia, además de que podía ponerlas en

contexto empleando unas referencias intelectuales que la hacían sentir segura de sí misma. Probablemente Rosamund, a la que nunca habían animado a plantearse que podía ir a la universidad, habría percibido esta diferencia con envidia.

Hasta entonces, Rosamund se había mostrado muy sensata, guardando las distancias para que las habladurías sobre ellos remitieran y conformándose con dedicarle una sonrisa cómplice cuando sus miradas se cruzaban en una habitación llena de gente o con apretarle la mano discretamente un poco más de la cuenta cada vez que tenía la oportunidad de estrechársela. Parecía aceptar que su relación había quedado suspendida por tiempo indefinido, si es que no había concluido, que era lo que deseaba él. De vez en cuando, se acordaba de su última conversación privada, en la entrada abovedada de Clement's Inn, y no podía evitar preocuparse al pensar que las últimas palabras que le había dicho a Rosamund aquel día tal vez hubieran sido imprudentes, pero ella no lo importunó hasta después de la reunión de la Sociedad de las Artes Fabianas y el regreso de Amber a Cambridge. Entonces le escribió recordándole su «promesa» de llevarla a París y preguntándole cuándo realizarían el viaje. Él organizó un encuentro con ella en la sala Constable de la National Gallery, donde podrían fingir, si era necesario, que se habían encontrado por casualidad. Se dio cuenta de que ella disfrutaba de la pequeña farsa que implicaba aquel plan: se saludaron aparentando que estaban gratamente sorprendidos y se sentaron en un banco, bajo la apática vigilancia de un miembro uniformado del personal del museo. Pero, cuando le dijo que no sabía que ella se había tomado tan en serio lo del viaje a París, Rosamund pareció afligirse considerablemente.

—¿No lo decías de verdad, entonces? —preguntó.

—Bueno, en el momento lo dije de verdad. Pero era más un deseo que una promesa. Algo que estaría muy bien, pero... A ver, ¿en serio nos imaginas haciendo ese viaje?

—Sí, claro. Lo pienso todo el tiempo —dijo ella con vehemencia, y el vigilante dio señales de comenzar a interesarse por su conversación. Él se llevó el dedo índice a los labios, y ella continuó en voz más baja—: Es lo último que pienso cuando me voy a dormir y lo primero que pienso cuando me despierto. Me acuerdo perfectamente de lo que me dijiste: que cogeríamos una habitación de hotel con una cama enorme con dosel, y sábanas de algodón

egipcio, y un baño de mármol y calefacción.

—¿Eso dije?

—Sí.

Hubo un largo silencio durante el cual ella se quedó mirándolo fijamente, nerviosa y anhelante.

—Entonces deberíamos ir —dijo él, y la manera en que a ella se le iluminó la cara fue, por un momento, suficiente recompensa para su insensato compromiso.

Más tarde se preguntó por qué demonios le había dicho eso. ¿Por galantería? ¿Por honor? ¿Por pena? Probablemente por vanidad, si lo pensaba bien. Sabía que Rosamund lo despreciaría durante toda su vida si él incumplía su promesa, y, aunque no tenía ninguna gana de prolongar aquel romance, tampoco quería vivir con esa certeza. La única forma que encontraba para justificarse a sí mismo la aventura que había tenido con Rosamund era que él, desde su mayor edad y experiencia, quería ayudarla a iniciarse en las cuestiones amorosas y después retirarse elegantemente en el momento apropiado, de modo que ella pudiera tener relaciones con gente de su edad. La separación tal vez fuera triste, pero no habría en ella amargura ni resentimiento. Ahora, la única manera que se le ocurría de conseguir eso era hacer el viaje a París. Tendría que decirle algo como: «Disfrutaremos de un fin de semana de éxtasis amoroso en un entorno exótico y lujoso y después, por el bien de los dos, dejaremos de ser amantes para siempre, y nos conformaremos con el recuerdo de esa última y maravillosa vez que estuvimos juntos». Aquello se parecía terriblemente a una frase de un diálogo de alguna de las novelas de Violet, pero estaba casi seguro de que funcionaría.

* * *

Por lo tanto, comenzó a hacer planes, y al cabo de un tiempo empezó a sentir un deseo genuino de emprender esa aventura y a obtener cierta satisfacción de la sutileza con que la había planeado. Decidió que no viajarían a París siguiendo la ruta habitual, que consistía en tomar un tren en Charing Cross o en Victoria y cruzar el canal de la Mancha desde Dover o Folkestone hasta Calais, sino que lo harían desde Plymouth, donde se detenían los transatlánticos para que desembarcaran algunos pasajeros antes de seguir su

ruta hacia Cherburgo. Así era mucho menos probable que se encontraran con algún conocido y, aunque el viaje sería más largo, sería también más cómodo y permitiría que Rosamund disfrutara de unas horas en el restaurante y los salones de primera clase del barco. Sacó dos billetes para el *Luciana* a nombre del señor y la señora Herbert, y también para el tren que los llevaría hasta el puerto desde Paddington. Como medida extra de precaución, le recomendó a Rosamund que se pusiera un sombrero con un velo para ocultar su aspecto; él había pensado en llevar una bufanda con la que podría tapar toda la parte inferior de su rostro, en caso de necesidad. Habiendo decidido no reparar en gastos para que el viaje fuera memorable, reservó una suite en el Ritz de París. Le escribía a Rosamund por medio de la oficina de la Guardería Fabiana de Clement's Inn, y ella le enviaba sus respuestas a su club. Eligieron un fin de semana y prepararon sendas coartadas. Rosamund se inventó que iba a visitar a una antigua amiga del colegio, que estaba al corriente de la situación; él le dijo a Jane que iba a pasar unos días en París a fin de hacer ciertas indagaciones para *La guerra en el aire*, lo cual no era completamente falso: tenía la idea de destruir el centro de París por medio de un bombardeo aéreo en algún momento del relato, y estando allí le resultaría más fácil imaginarse cómo se derrumbaría la torre Eiffel —de la manera más espectacular posible, desde luego— cuando estallaran sus gigantescas patas.

Con el objetivo de evitar encontrarse públicamente con Rosamund en el vestíbulo de la estación, le dio instrucciones para que se vieran en el tren. Le envió un billete de primera clase, el número de los asientos que había reservado y dinero para un taxi. Llegó a Paddington bastante temprano, nervioso y preguntándose si ella aparecería o se acobardaría en el último momento, y se acomodó en la barra de la cantina para relajarse con una copa de brandy. En cuanto llegó a la estación el tren de Plymouth, ocupó su asiento. Cada cierto tiempo, se levantaba para sacar la cabeza por la ventana y mirar el torniquete que había al principio del andén. No lo atravesaba mucha gente, y pensó con esperanza que tal vez dispusieran de todo el compartimento, que era nuevo y elegante, estaba opulentamente decorado y tenía unos asientos de cuero con botones, para ellos solos. Al fin vio a Rosamund acercándose desde lejos. Llevaba un sombrero de ala ancha, un velo y un vestido de viaje de color claro, y venía precedida por un botones que le llevaba la maleta. Él volvió a meter la cabeza rápidamente, se sentó y fingió que estaba muy

concentrado leyendo el *Times*. Unos instantes después, oyó que el maletero decía:

—Ya hemos llegado, señorita. ¿Está segura de que no prefiere un compartimento solo para damas? Podría encontrarle un asiento ahí sin ningún problema.

—No, gracias, este es estupendo —dijo Rosamund, transmitiendo una impresión de gran seguridad en sí misma.

El botones abrió la puerta, entró en el compartimento diciendo «Perdone, caballero» y colocó la maleta de Rosamund en el guardaequipajes. Oyó al hombre darle las gracias cuando ella le entregó la propina y bajó su periódico. Entonces la vio, en el marco de la puerta. Ella se echó a reír cuando le cogió la mano y la ayudó a subir al compartimento.

—¿Por qué llevas una bufanda tan gruesa, con el día tan bonito que hace? —preguntó.

—Se supone que es un disfraz —contestó él, quitándosela—. Pero estás preciosa, querida mía —le dijo cuando Rosamund se levantó el velo.

Realmente lo estaba, radiante y con las mejillas sonrosadas. Él ya no estaba representando un papel: sintió un arrebató de deseo hacia ella y un triunfal orgullo por haber organizado con tanta eficacia aquella escapada romántica. Cerró la puerta, subió las ventanas y bajó todas las pantallas del lado del andén. Después la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente, y ella respondió con un ardor similar. Se sentaron sobre el tapizado de cuero abrazándose.

—Estaba empezando a temer que hubieras cambiado de idea —dijo él.

—¡Jamás! —dijo ella—. Llevo meses soñando con esto, y ahora por fin va a suceder de verdad. Casi no puedo creérmelo. Piénsalo, esta noche estaré contigo en París.

—En una cama enorme y con dosel —dijo él, y volvió a besarla mientras ella se sonrojaba deliciosamente. Él se los imaginó vívidamente retozando entre los almohadones de pluma de ganso, como los amantes que aparecen en esos grabados eróticos antiguos que se pueden comprar en la orilla izquierda del Sena. ¡Iban a divertirse mucho haciendo travesuras!

—¿Has podido escaparte de Well Hall sin problemas? —preguntó él.

—Desde luego. Nadie ha sospechado nada. ¡Y tus instrucciones eran buenísimas! Tuve ciertos problemas para encontrar taxi en Cannon Street...

Estaba a punto de contarle los detalles de su viaje hasta la estación cuando de repente se abrió la puerta de su compartimento y apareció Clifford Sharp, mirándolos desde el andén. Ellos se separaron al instante y se pusieron en pie de un salto. Rosamund fue la primera en hablar:

—¡Clifford! ¿Qué demonios...?

Sharp se quedó observándolos un momento con una sonrisa de satisfacción, y después, volviendo la cabeza, gritó:

—¡Aquí están!

La escena que tuvo lugar a continuación no se parecía a las de las novelas de Violet Hunt, sino que resultó semejante al clímax melodramático de los libros de crímenes que se vendían por un chelín en el puesto de libros de la estación: el granuja de la historia es pillado justo a tiempo por un padre enfurecido y un galante admirador cuando se dispone a raptar cobardemente a una doncella inocente. Lo único que faltaba era que Hubert Bland hubiera llevado un látigo en el momento en que apareció frente a la puerta, mirándolos a través de su monóculo como si se tratara de Polifemo, con el bigote negro erizado y el rostro morado por la furia bajo su mata de pelo blanco.

—¡Sal de ahí, jovencita! —bramó.

Rosamund se encogió en el extremo del asiento, apartándose de la puerta, y negó con la cabeza.

—No, no quiero —dijo, temblorosa.

Bland trepó al compartimento como si tuviera la intención de sacarla del tren a rastras, y él se situó delante de ella para protegerla.

—Quítese de en medio, Wells —dijo Bland amenazadoramente—. Me ocuparé de usted más tarde.

—Rosamund es adulta —dijo él—, y puede tomar sus propias decisiones acerca de adónde viaja y con quién. No tiene derecho a tratarla como si fuera un mueble.

—Y usted no tiene derecho a seducir a una joven inocente. Un hombre casado, que podría ser su padre —le contestó Bland—. Dé gracias a Dios por que haya podido evitarlo... ¡por segunda vez! Quítese de en medio.

—Rosamund y yo nos hicimos amantes el verano pasado —dijo él—. Por su propio deseo y con su consentimiento. Pregúntele a ella.

Bland se quedó callado un momento, con los ojos en ascuas, respirando

pesadamente, y los anchos hombros le temblaban bajo la ajustada levita. Parecía un toro preparándose para embestir. Clifford Sharp hacía guardia junto a la puerta abierta del vagón, a través de la cual los pasajeros que llegaban a última hora, intuyendo que allí estaba ocurriendo algo dramático, echaban miradas curiosas al pasar.

—Es cierto, Padre —dijo Rosamund desde detrás de su amante.

—Entonces deberías avergonzarte —bramó Bland—. Nunca pensé que una hija mía entregaría su honor a un canalla como este... canalla. —Su don de periodista para las variaciones léxicas elegantes lo había abandonado temporalmente.

—Desde luego, usted siempre ha sido un perfecto ejemplo de castidad, ¿verdad, Bland? —dijo él... atropelladamente, porque Bland reaccionó cogiéndolo por las solapas de la chaqueta y tirándolo contra el asiento. Después lo apartó de un empujón para agarrar a Rosamund de la mano.

—¡No, Padre! ¡Me está haciendo daño! —exclamó ella mientras su padre la arrastraba hacia la puerta. Cuando él intentó evitarlo, Bland le dio un puñetazo en el pecho, haciéndolo tambalearse y caer despatarrado sobre el asiento—. ¡Ay, no le pegues! —gimió Rosamund mientras la sacaban del tren. Entonces se echó a llorar.

—Coja su maleta —le ordenó Bland a Sharp, que obedeció sin demora—. Esto no se ha acabado aquí, Wells —bramó antes de llevarse rápidamente a la llorosa Rosamund fuera de su vista.

Jadeando, él se puso en pie lentamente. Sonaron unos silbatos y escuchó el ruido que hacían las puertas de los vagones al cerrarse con fuerza. Consiguió bajar su maleta del guardaequipajes y descender del tren unos momentos antes de que partiera, llenando de humo y vapor el techo abovedado de la estación. En el andén, un poco más adelante, vio a Rosamund avanzando hacia la salida, escoltada —casi arrastrada a la fuerza— por los dos hombres. Volvió la cabeza y le echó una mirada compungida. Tiraron de ella y desapareció de su vista entre la multitud. Pobre Rosamund. Qué cruel despertar de su sueño. Él se sentó en un banco para recuperar la compostura y pensar cómo iba a confesarle a Jane aquel episodio absurdo y humillante.

Jane lo criticó con serenidad y lo perdonó con estoicismo, como solía hacer cuando él se ponía en ridículo, aunque tuvo un motivo más para el

resentimiento cuando Edith Bland, sin duda inducida por Hubert, le envió una carta muy ofensiva en la que la culpaba de que su marido hubiera corrompido a su hija. «Lo supiera usted o no (y me parece difícil creer que no sospechara nada), sin duda debe de ser consciente de los continuos amoríos de su marido, y su tolerancia equivale a un estímulo», le escribió. Él quiso que Jane contestara citando algunos ejemplos de los continuos amoríos de Hubert, algunos de los cuales Edith ciertamente conocía y toleraba, pero Jane afirmó, con razón a la vista de los posteriores acontecimientos, que guardar un digno silencio era la mejor respuesta. A pesar de la amenaza proferida por Hubert en el andén de Paddington, justo antes de marcharse, parecía que los Bland habían decidido no montar alboroto públicamente, sin duda porque querían proteger la reputación de Rosamund y porque Hubert era consciente de su vulnerabilidad ante un probable contraataque. Él y Jane se prepararon para un tremendo escándalo público que no llegó a producirse.

El incidente le provocó una persistente sensación de humillación, en cualquier caso. No podía dejar de preguntarse cómo habría sido descubierto su plan. Tenía sus sospechas, que no podía comentar con Rosamund porque entre las dos familias se había interrumpido todo contacto social, e, incluso en las reuniones de la Sociedad Fabiana, ella siempre iba protegida por Sharp o por sus padres. De todos modos, los Bland pasaron una larga temporada en la Otra Casa aquel verano, y él recibió una carta de Rosamund en la que ella le pedía que se vieran en Dymchurch cierto día en que Edith, Hubert y Alice tenían planeada una excursión a Hastings. Él fue en su bicicleta y se encontraron junto a una cabaña de pescadores abandonada que los dos conocían, cerca de la playa, a cierta distancia del pueblo. Rosamund estaba un poco más delgada que de costumbre, pero su aspecto seguía siendo saludable y sus mejillas conservaban su tono sonrosado. Se abrazaron con ternura, pero sin pasión, y él notó con alivio que ella había aceptado que su relación había concluido.

Esa tarde, el cielo estaba gris y cubierto y hacía mucho frío para aquella época del año, de modo que se veían muy pocos veraneantes. Él apoyó la bicicleta contra la pared de madera de la cabaña y comenzaron a andar rumbo al oeste por la playa, sobre la arena dura que había dejado la marea al bajar, charlando. Rosamund le contó que las cosas se habían puesto horribles en Well Hall cuando Bland la había obligado a volver allí. En un primer

momento, Edith y su padre la habían sometido a un juicio muy severo, pero poco a poco la situación se había ido tranquilizando.

—Me temo que Papá todavía te odia, y más que nunca —dijo Rosamund—. Cuando estaba criticando mis valores morales, le dije que mira quién fue a hablar, y se mostró convencido de que tú habías estado difamándolo delante de mí.

—Difamar es contar algo falso —dijo él, recordando su conversación con Pease—. Lo que yo te he contado es todo verdadero, y es solo la mitad de lo que sé.

—Y casi todo ya lo sabía —dijo Rosamund con una sonrisa burlona. Él estaba bastante sorprendido ante el hecho de que ella no pareciera guardarle ningún rencor a su padre, ni por su hipocresía ni por la manera violenta en que la había tratado ni, ya puestos, por cómo lo había atacado a él—. Espero sinceramente que Papá no te hiciera daño —dijo ella, y añadió, como si lo estuviera excusando—: Me temo que no es consciente de su propia fuerza.

—Me salió un pequeño moratón que me duró solo unos días —dijo él.

—Dios mío. Me pareciste increíblemente valiente cuando le plantaste cara —dijo Rosamund, y él se sintió mejor.

—¿Cómo se enteró de que nos íbamos a ir a París? —preguntó.

—No lo sé. No me lo quiso decir.

—Sospecho que se lo contaría Sharp. Si no, ¿por qué iba a estar con Hubert ese día?

—Papá me dijo que le pidió a Clifford que lo acompañara para asegurarse de no hacer nada que luego pudiera lamentar.

—¿Como tirarme debajo de un tren?

Rosamund se rio.

—Algo así.

—Creo que Sharp debe de haber leído la carta que te envié a la oficina de la Sociedad. Seguro que la puso al vapor y la abrió sin que se notara, y entonces se enteró de todos los detalles de nuestro plan y se los contó a tu padre.

—Puede que tengas razón —dijo Rosamund. Parecía ligeramente avergonzada—. Clifford ha sido muy amable conmigo, desde luego, y muy protector. Nunca ha aprobado nuestra relación.

—No, de eso ya me había dado cuenta.

—Supongo que acabaré casándome con él.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Se quedó estupefacto, pues nunca le había caído bien Sharp. Le parecía que la manera en que se dedicaba a labrarse una carrera en la Sociedad Fabiana era demasiado calculadora: se encargaba de la Guardería y daba la impresión de apoyar el cambio al tiempo que se ganaba la confianza y el respeto de la Vieja Guardia. No le parecía un hombre feliz, ni alguien capaz de hacer feliz a una mujer.

—Bueno, es listo, y compartimos las mismas ideas, y me quiere, o dice que me quiere. Papá y Edith piensan que debería casarme con él. Y Alice también.

—Me sorprendes. Una vez ella me contó que pensaba que no deberías tener ninguna prisa por casarte. Y yo estuve de acuerdo.

—Sí, bueno, Papá estaba muy enfadado con ella por animarme a hacerme amiga tuya, y la culpa de lo que pasó entre nosotros, así que Alice ha caído en desgracia y tiene que aceptar lo que digan ellos. Piensan que Clifford ha sido muy bueno por no rechazarme al enterarse de que tú y yo éramos amantes, y que tendría que estarle agradecida y casarme con él.

—Qué estupidez tan anticuada —dijo él—. No lo hagas.

—Bueno, en cualquier caso, no tengo prisa.

—Asegúrate de que os veis desnudos primero.

Rosamund volvió a reírse.

—¡Clifford se pondría hecho una furia si se lo planteara!

—Entonces no es el hombre adecuado para ti —dijo él.

En aquel momento, el cielo se abrió brevemente y un rayo de sol cayó sobre el mar en calma como un reflector. Se detuvieron para admirar el efecto.

—Creo que debería volver antes de que regresen de Hastings —dijo Rosamund.

Regresaron a la cabaña sin apenas hablar, los dos enfrascados en sus pensamientos sobre todo lo que habían compartido. Se abrazaron de nuevo al despedirse y ella lloró un poco.

—Gracias por todo —le dijo—. Siento haberte metido en este lío.

—Hay quien diría que fui yo el que te metió a ti en un lío —dijo él.

—Lo sé. Y no es justo. Espero que no me culpes demasiado.

—No te culpo en absoluto, Rosamund. Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que, si alguna vez te ves en problemas o necesitas cualquier cosa, me lo dirás.

—Vale, H. G., te lo prometo.

Rosamund volvió a abrazarlo, se dio la vuelta y se alejó, caminando arduamente por la parte de la playa donde la arena estaba seca y blanda. Mientras regresaba en su bicicleta por la carretera de la costa hacia el este, donde el cielo se veía cada vez más oscuro, él se preguntó por qué Rosamund, con su ideología radical, con sus creencias en el amor libre y en los derechos de las mujeres, no se marchaba de la casa familiar, donde había un ambiente tan opresivo. Tal vez lo hiciese al cumplir veintiún años, pero él tenía sus dudas. Simplemente no era lo bastante valiente, o lista, para liberarse del extraño y siniestro maleficio que los Bland habían lanzado sobre Well Hall, donde nada era lo que parecía y las distinciones entre la realidad y la ficción, entre la verdad y la mentira, eran confusas y borrosas. Rosamund seguía atrapada en la relación infantil que tenía con Hubert y Edith: a él lo idolatraba, y se sentía rechazada por ella. Mientras pedaleaba, cavilando sobre la complicada situación en la que se encontraba Rosamund, pensó que quizá fuera interesante escribir una novela sobre una joven que sí se condujera de acuerdo con sus principios radicales y afirmara su independencia desafiando la autoridad paterna y exponiéndose a la desaprobación social, sobre todo por su deseo de elegir un compañero por sí misma, y cuando llegó a casa apuntó unas cuantas ideas.

Charlotte Shaw les escribió para invitarlos a compartir una casa en Llanbedr, en Snowdonia, donde la Guardería Fabiana había organizado —la última de sus iniciativas experimentales— una escuela de verano. Él declinó, ya que era muy probable que Sharp y Rosamund estuvieran allí, pero se alegró de recibir la invitación, cuyo tono cordial sugería que a los Shaw no les había llegado rumor alguno relativo al melodrama que había tenido lugar en Paddington. Esta impresión se vio confirmada unas semanas más tarde, cuando recibió una carta larguísima de Shaw, dedicada exclusivamente a contarle que, mientras se bañaba con su amigo Robert Loraine en una playa galesa, habían

sido zarandeados por unas olas muy fuertes y arrastrados mar adentro y no habían podido regresar a la costa a nado; también le hablaba de las ideas que se le habían pasado por la cabeza cuando pensaba que se iba a ahogar. Aquella carta era como un buen relato corto: vívida, apasionante y muy entretenida.

«¡Qué gran oportunidad perdida! —le contestó él—. No tendría que haber vuelto. Ahí estaba usted, y lo único que le faltaba era un poco de determinación y de decencia para alcanzar un final digno. Tendría que haberse acercado nadando a Loraine, haberse abrazado a él y haberlo arrastrado hasta el fondo: una noble vida perdida en un insensato intento de salvar a un actor y mánager. Yo podría haberle dedicado un par de obituarios de primera que habrían mejorado su reputación en los Estados Unidos y en Alemania.»

El verano transcurrió en Sandgate como le gustaba a él: trabajaba duramente entre semana y recibía a un alegre grupo de invitados casi todos los fines de semana. El tenis se había sumado al bádminton y a la natación como forma de entretenimiento, y seguían haciendo charadas e improvisando piezas teatrales en el interior cuando hacía mal tiempo. Si organizaban una gran fiesta, los invitados se alojaban en el pueblo. Eso fue lo que hicieron, por ejemplo, un prometedor político liberal llamado Charles Masterman y su encantadora esposa, Lucy. Masterman había publicado un estudio bastante bueno acerca de la pobreza urbana que se titulaba *El abismo* y estaba basado en las experiencias del autor, que había pasado una temporada viviendo en una casa de vecindad de un barrio marginal. Además, era un gran admirador de la obra de su anfitrión y había escrito una reseña muy entusiasta de *Kipps* en el *Daily News*, «a pesar de que en la novela mi apellido no sale muy bien parado», como afirmaba, haciendo referencia a un personaje bastante desagradable llamado Masterman.

—Sí, espero que me disculpe —le dijo él—. En realidad, en el proyecto inicial del libro era un personaje mucho mejor; tenía que convertir a Kipps al socialismo. Pero luego decidí cambiar el final.

—La verdad es que no me importa —dijo Masterman, haciendo un gesto de conformidad—. ¿Qué está escribiendo ahora?

Cuando él le habló de *Tono-Bungay*, Masterman mostró un gran interés, por lo que prometió mandarle un ejemplar en cuanto estuviera disponible.

Los Reeves también pasaron por Sandgate con la maravillosa Amber y sus

hermanos pequeños, una chica y un chico, y también se instalaron en el pueblo. Su presencia era una señal que confirmaba que no tenían conocimiento del episodio acontecido en Paddington. También lo era el hecho de que permitieran que Amber se quedara en Spade House sola unos cuantos días, a petición de Gip y Frank, que estaban fascinados con ella. Amber se pasaba horas participando en los juegos de construcción y de soldaditos que él había inventado, y se implicaba en esas actividades tanto como cuando discutía cuestiones filosóficas con él. Estaba de un humor excelente, pues había conseguido la deseada matrícula de honor en los tripos del primer curso. Su padre ahora se pavoneaba por sus resultados académicos, y llevaba siempre en la cartera una carta del gran Gilbert Murray, que había escrito un artículo sobre los ideales que Amber había expuesto ante la Newnham Society, y que le había enviado la profesora de Literatura Clásica de su hija, Jane Harrison.

—Escuche lo que dice Murray —le pidió Reeves, desplegando la carta con un ostentoso ademán—. «Me parece que es de lejos el mejor trabajo universitario que he leído nunca (me refiero a los escritos por alguien joven y desde un punto de vista no metafísico). Amber parece comenzar donde se detuvo nuestra generación, que es lo que las nuevas generaciones deberían hacer y no hacen casi nunca. No me cabe ninguna duda de que estará orgulloso de ella.» ¡Y lo estamos! —añadió Reeves mientras se guardaba la carta. Parecía haber olvidado su renuencia a mandar a Amber a Cambridge.

Violet Hunt fue a visitarlo un par de veces ese verano, y se arriesgaron a jugar a los besos apresurados e impetuosos y a los tocamientos íntimos escondiéndose de los demás invitados entre los arbustos o en el refugio del jardín. Dorothy, para sorpresa de él, se autoinvitó a pasar un fin de semana de agosto cuando Violet estaba allí, y Violet se quejó, afirmando que se sentía constantemente atormentada por la posibilidad de ver los penetrantes ojillos de Dorothy espiándolos a través de las hojas de un arbusto de laurel o de la claraboya del refugio.

—Tú no sabes lo que es capaz de hacer una mujer celosa —le dijo cuando él se rio de ella.

—Quizá no le caigas bien a Dorothy, pero no tiene ningún motivo para sentirse celosa —contestó él—. Ya todo ha terminado entre nosotros. Ahora solo somos amigos.

Dorothy, de hecho, al fin había resuelto el problema de su identidad sexual y había aclarado sus estresantes relaciones con Veronica y Benjamin Grad de un modo sumamente característico de ella, según le contó cuando él le concedió una audiencia privada en el refugio del jardín. Por lo visto, hacía muy poco que el prometido de Veronica, Philip, un hombre bastante mayor que ella, había muerto repentinamente de un ataque al corazón. Dorothy, que todavía no estaba del todo recuperada de su aborto, había cuidado de la afligida Veronica a lo largo de toda aquella tragedia, y durante el proceso había tenido una revelación súbita y casi milagrosa.

—Sabía que tanto Veronica como Benjamin querían poseerme por completo, pero Veronica además buscaba un amante varón en Philip y Benjamin quería poseerme solo si estábamos casados, mientras que yo no quería casarme con nadie ni que nadie me poseyera. Por eso estábamos atrapados en ese triángulo agotador, haciendo un esfuerzo por llegar a una situación más satisfactoria. Pero, ahora que Philip había muerto, de repente di con la solución. ¡Veronica tenía que casarse con Benjamin! —exclamó Dorothy con una sonrisa triunfal.

—¿En serio? —preguntó él, reprimiendo el deseo de sonreír también.

—¡Sí! De ese modo, Veronica y Benjamin pueden poseerme espiritualmente al poseerse físicamente. Será un matrimonio místico de tres partes.

—¿Cómo la Trinidad? —se arriesgó a decir él, pero a ella no le vio la gracia a la analogía.

—Exacto.

—¿Y qué les ha parecido a ellos la idea?

—Maravillosa —dijo ella—. De hecho, ya están prometidos.

—¿Y vas a vivir con ellos en un *ménage à trois* platónico?

Ella negó con la cabeza.

—No. He encontrado en Sussex un sitio para vivir que es bastante barato, con una gente muy simpática que me cuida y me trata con mucho cariño. Voy a vivir ahí muy austera y tranquilamente, dedicada a escribir.

Entonces le contó que iba a escribir una novela que fuera un registro fidedigno de lo que sucede en la conciencia de una mujer joven como ella.

—La novela psicológica siempre ha estado dominada por autores varones —afirmó—. Ni siquiera los mejores, James o Conrad, nos entienden

realmente. A las mujeres, quiero decir. Siempre hay un orden impuesto en el flujo del pensamiento, y esa es una idea masculina: la de la frase principal que aparece al final, después de la subordinada, y que impone un punto y aparte al concluir. Yo quiero hacer algo que fluya más, que sea más orgánico, que plasme la forma en que piensa y siente una mujer.

—Bueno, te deseo buena suerte, Dorothy —dijo sinceramente él. No sonaba demasiado prometedor.

Su propia obra avanzaba muy bien. Terminó *La guerra en el aire* a comienzos de septiembre, cumpliendo con el contrato. Antes de ponerse de nuevo con *Tono-Bungay*, viajó a Suiza con Jane para disfrutar de unas merecidas vacaciones haciendo caminatas por los Alpes. Pese a su constitución menuda, Jane era una ágil y entusiasta caminante y tenía tanta resistencia como él. A los dos les encantaban la montaña, el aire limpio y cristalino, las sublimes vistas de los picos coronados por la nieve extendiéndose hasta el infinito, el silencio y la tranquilidad que solo rompía el sonido lejano de los cencerros y las campanas de las iglesias que se elevaban desde los valles, la sensación de salud y bienestar que infundían aquellas cosas. Durante ese interludio cordial y feliz, al final del día, agotados y eufóricos, se encontraban como marido y mujer como hacía mucho que no hacían en casa.

Pero a la vuelta de ese reconfortante y curativo receso se encontró con el indeseado resurgimiento de la polémica sobre *En los días del cometa*. William Joynson-Hicks, el candidato conservador para una elección parcial a un escaño de Lancashire que se iba a celebrar en octubre, que se presentaba contra un liberal de declaradas simpatías socialistas, había difundido un injurioso panfleto en el que advertía al electorado que votar a un socialista era como lanzarse por una resbaladiza cuesta que conducía a la promiscuidad sexual, y citaba, a modo de prueba, el viejo embuste que figuraba en la reseña del *Cometa* publicada por el *Times Literary Supplement* y que afirmaba que, en la Utopía socialista, las esposas se compartían. Un artículo del *Spectator*, «El socialismo y las relaciones sexuales», recogía esta calumnia y le daba una circulación mucho mayor. Estaba firmado por el director del periódico, Saint Loe Strachey, un hombre conservador y moralista, alma de la Campaña Nacional por la Pureza Social, y decía cosas como «vemos al señor Wells, en

su novela, haciendo del amor libre el elemento dominante para la regulación de los lazos sexuales en su Estado regenerado. El problema romántico de cuál de los dos amantes de la protagonista va a alcanzar la felicidad se resuelve por medio de la aceptación de los dos. La poliandria es “la salida”, en este caso, como en otro podría serlo la poligamia». Él, por su parte, se vio arrastrado a escribir una nueva y tediosa ronda de cartas al *Spectator* y a otros periódicos que también publicaron la historia, aunque con algunas variaciones, y tuvo que repetir la defensa de su novela que había empleado un año antes y que al repetirse daba la impresión —incluso a su autor— de ser un poco forzada. La baraúnda se extendió a lo largo de algunos meses, y en cierto momento él recurrió a amenazar con ponerle una demanda por libelo a Joynson-Hicks, que entonces admitió que el panfleto difamatorio que él firmaba había sido redactado por su agente, un tal Bottomley (que hacía honor a su nombre),¹⁶ y que él en realidad no había leído *En los días del cometa*, aunque se fiaba de lo que el *Times Literary Supplement* decía de él.

Al final, recibió suficientes «pseudodisculpas» de sus acusadores y suficiente apoyo de sus partidarios como para sentir que su reputación había sobrevivido a aquel nuevo ataque, pero la experiencia le resultó muy enervante y perturbadora. Se dio cuenta de que los rumores sobre el fiasco de Paddington estaban circulando entre los miembros de la Sociedad Fabiana y en el mundillo literario, fantasiosamente distorsionados y reelaborados, por supuesto: se decía que había tratado de huir con Rosamund con la intención de quedarse a vivir en Francia, que ella se había disfrazado de chico para la fuga (como si su voluptuoso busto pudiera ocultarse bajo un atuendo masculino) y que Hubert le había pegado una paliza delante de todo el mundo en el andén de la estación de Paddington. La frialdad con que lo saludó su viejo amigo Graham Wallas cuando se vieron y la mirada de disgusto que le dedicó Sidney Webb cuando se cruzaron y saludaron en la calle Strand le dieron a entender que a ambos les había llegado alguna versión del cotilleo. Era evidente que Shaw había oído un relato menos adornado, pero más hostil, de su romance con Rosamund —él sospechaba que su fuente era Edith—, pues le escribió para reprocharle el haber manchado la imagen pública de los fabianos y el haber puesto en riesgo su propia misión con sus irresponsables amoríos. Él le contestó en los siguientes términos: «Creo que está cometiendo una injusticia conmigo, no en su percepción general de mi carácter, sino en lo que respecta a

la cuestión de Bland. Puede pensar lo que quiera, pero es posible que no conozca todos los detalles de lo que sucedió. ¡Pero al demonio con los Bland! El problema es ese hogar infernal, lleno de mentiras. Por eso se ha ensuciado tanto esta historia, por eso me he quedado fuera de juego. Usted no ha comprendido nada, me ha juzgado a partir de unos presupuestos erróneos y se ha quedado tan ancho».

Cuando Shaw le contestó tratando de defender la integridad de Hubert Bland y su caballerosa inclinación a proteger a la «personita inocente» que era Rosamund, él perdió los estribos y le envió una respuesta llena de furia:

Cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de lo absolutamente victoriano que es usted. Maneja unas ideas que recuerdan a las de una vieja tía solterona, elocuente y osada, pero, cuando se trata de un asunto como el de los Bland, se descubre que su instinto lo hace querer parecer elegante y que su criterio se asemeja al de una gallina. Escribe sobre Bland con un tono exaltado y sentimental y me explica que tiene un hermoso carácter romántico, como si yo no conociera a fondo a ese hombre. Su carta podría haber sido escrita por la adorable señora Bland en un paroxismo imaginativo y romántico. Y todas esas bobadas que dice, presentando a Rosamund como una «personita inocente». Si es inocente, en cualquier caso, no es por culpa de sus padres.

El hecho es que usted es muy endeble intelectualmente, tiene un carácter codicioso, navega a la deriva y parlotea con gran brillantez sobre un mundo que no comprende. Usted no conoce, como conozco yo, de un modo ardiente y profundo, el deseo, el fracaso, la vergüenza, el odio, el amor o la pasión creadora. No comprende ni puede comprender los múltiples matices del caso en el que mete las narices y sobre el que pontifica sin ningún criterio, como tampoco los objetivos de la Sociedad Fabiana, destruida por su vanidad.

Y ahora, siga siendo deslumbrante.

En cuanto hubo enviado la carta, se arrepintió de haber empleado un tono tan extremo. Había dicho cosas que no serían fáciles de perdonar y de las que no resultaría verosímil que se retractara. No podía albergar la esperanza de volver a tener una relación relajada con Shaw hasta dentro de mucho tiempo. Se lamentaba por ello, pero tenía la opresiva sensación de que sus enemigos

daban vueltas en la oscuridad en torno a su tienda de campaña, conspirando, cotilleando, difundiendo rumores sobre él, y la segunda carta de Shaw lo había provocado de una manera insoportable. Solo se sentía al margen de aquel ambiente ponzoñoso cuando estaba con los jóvenes fabianos de Cambridge. Si sabían algo sobre su relación con Rosamund, no lo demostraban, y en cualquier caso pensaban que eso no era asunto suyo. Estaban al tanto de la campaña contra él que se había desatado en la prensa, por supuesto, pero lo consideraban un héroe, un mártir, por haberse atrevido a cuestionar la antigua ética sexual basada en la represión, la ignorancia y el doble rasero. Las tres conferencias que pronunció allí en octubre, una especie de credo personal que resumía su interpretación de lo que era el socialismo, congregaron a una gran cantidad de gente y fueron muy bien recibidas.

—¿Va a publicarlas, señor Wells? —le preguntó Amber Reeves al concluir la tercera—. Ahí hay tantas cosas que asimilar... Me encantaría poder leerlas.

—Bueno, había pensado que podría modificarlas un poco y convertirlas en un librito, cuando encuentre tiempo —dijo él.

—¡Estupendo! —dijo ella—. ¿Qué título le va a poner?

—Estaba pensando en que podría llamarse *Lo primero y lo último*. ¿Qué le parece?

—¡Perfecto! No veo la hora de que salga.

Antes de despedirse, ella le pidió que le diera recuerdos a Jane y le contó lo mucho que había disfrutado de los días que había pasado en Spade House aquel verano, sobre todo jugando con los niños.

—He inventado algunos juegos nuevos desde entonces —dijo él—. ¿No habíamos hablado de que usted volvería a visitarnos, pero sola?

—Así es —dijo Amber, y, por la forma en que le brillaron los ojos, él se dio cuenta de que ella había sacado el tema con la intención de refrescarle la memoria—. Podría ir durante las vacaciones de Navidad, en cualquier momento salvo el día de Navidad.

—Muy bien —dijo él, sonriendo al verla con tantas ganas—. Se lo recordaré a Jane para que le escriba.

—Gracias —dijo ella, casi en éxtasis.

Era realmente una chica fascinante, que no mostraba afectación alguna a pesar de su belleza y su inteligencia, y era imposible no disfrutar de su sincera admiración. Él estaba deseando acogerla en familia en Spade House y

mostrarle sus nuevos juegos, pero pensó que debía tener cuidado con la manera en que gestionaba su relación con ella. Mucho cuidado.

5

Querido señor H. G.:

Muchas gracias por sus cartas, y a la señora Wells por su cariño. Cada vez que recibo una carta suya, me da una alegría tremenda y me estimula a trabajar intensamente durante días. Me estoy esforzando bastante con las ciencias morales y muchísimo con los fabianos. Hemos conseguido numerosos afiliados para la Sociedad Fabiana y para su delegación de Cambridge, pero toda la universidad ha notado las consecuencias de este esfuerzo. Los hombres están terriblemente satisfechos consigo mismos, porque presentaron una moción socialista en el sindicato y solo fueron derrotados por cien contra setenta. En este momento me llevo fatal con las autoridades por haber dicho cosas muy revolucionarias en una asamblea pública, en la que tendría que haber hablado usted. Estaba demasiado asustada como para saber lo que estaba diciendo, con dos carabinas mirándome, furiosos, pero los hombres están encantados. Por cierto, el señor Keeling dice que, si no viene usted para el próximo semestre, será un mentiroso. Si no viene, me pondré tan triste que suspenderé los tripos. Si supiera cuánto me gusta recibir sus cartas, me volvería a escribir alguna vez.

Siempre suya,

AMBER REEVES

—Amber te da las gracias por mandarle recuerdos —le dijo a Jane al terminar de leer la carta, mientras desayunaban.

—Ya me parecía que había reconocido su letra en el sobre —dijo ella—. ¿Puedo leerla?

—Claro.

Le pasó la carta por encima de la mesa y untó una segunda tostada con mantequilla y mermelada mientras ella la leía. Estaban en febrero y hacía un día gris, con un viento tempestuoso que lanzaba las gotas de lluvia a intervalos contra las ventanas, haciéndolas sonar como si fueran puñados de grava, pero el ambiente en el comedor era cálido y acogedor.

Jane soltó una risita.

—Me gustaría saber qué fue lo que dijo para escandalizar a sus carabinas.

Él deseaba lo mismo, pero, en lugar de decirlo, masculló:

—Es absurdo que en Cambridge las estudiantes no puedan ir a ningún sitio sin carabina, ni siquiera a una conferencia.

Jane terminó de leer la carta y se la devolvió.

—Esa chica está enamorada de ti, desde luego. Espero que te hayas dado cuenta.

Él estuvo unos momentos masticando ruidosa y meditativamente su tostada antes de contestar.

—¿Tú crees?

—Es evidente. Lee las últimas frases. En realidad, a mí ya me pareció evidente cuando estuvo aquí después de Navidad.

Él echó un vistazo a las últimas frases.

—Pues yo nunca la he cortejado.

—Le dijiste que te llamara «H. G.». Eso para ella fue como un beso.

Él sonrió.

—Empieza diciendo «Querido señor H. G.», lo cual es bastante divertido. Evidentemente, le pareció demasiado descarado decir «Querido H. G.».

—Pero no quiso volver a la formalidad de «señor Wells» —observó Jane—. Debes recordar, querido, que puedo leer la mente de tus jóvenes admiradoras. Yo he sido una de ellas.

—Nunca le he dado esperanzas. No la he animado. De hecho, la he desanimado al decidir no asistir a esa asamblea.

—Solo porque querías ir a ver la obra de Arnold.

—Bueno, Arnold es un viejo amigo.

—A mí no me tienes que dar explicaciones, querido —dijo Jane.

La Stage Society había representado en Londres la obra de Arnold Bennett

Cupido y el sentido común, una dramatización de su novela *Anna de las cinco ciudades*, a finales de enero. Hubo dos funciones, y la única a la que podían asistir coincidía con la asamblea pública de la Sociedad Fabiana de Cambridge en la que le había prometido a Amber que participaría. Tenía motivos profesionales, además de los personales, para querer ver la obra, ya que Arnold y él tenían desde hacía mucho tiempo el proyecto de escribir juntos una pieza dramática. En cualquier caso, se había sentido un poco culpable o, mejor dicho, un tanto pesaroso por haber anulado su compromiso con los fabianos de Cambridge, porque no le gustaba pensar que había decepcionado a Amber. Le había enviado dos cartas muy seguidas para compensarla, y ahora había recibido aquella anhelante petición de más, con un seductor indicio de lo que se había perdido por no asistir. La obra de Bennett le había resultado placentera, pero nada comparable a escuchar a Amber dando un discurso revolucionario.

La recepción de esa carta lo tuvo perturbado toda la mañana, pero por la tarde le llegó otra misiva de Cambridge que lo tranquilizó.

—Qué coincidencia —le dijo a Jane tras echarle un rápido vistazo—. Un joven al que conocí en Cambridge, Rupert Brooke, que es uno de los amigos fabianos de Amber, me invita a dar una charla a un grupo en el King's College. Dicen que es un poeta muy prometedor, y, desde luego, tiene toda la pinta. Creo que voy a ir.

—¿Tienes tiempo para dedicárselo a algo así? —le preguntó Jane.

—Esos jóvenes valen la pena. Son nuestra esperanza para el futuro. Y yo también aprendo cuando les hablo.

Así pues, aceptó la invitación de Rupert Brooke y escogió la primera de las fechas que le había ofrecido. Unos días después, recibió una invitación similar de un tal Geoffrey Keynes, del Pembroke College, que podía combinarse con el otro compromiso, lo cual era muy conveniente. Decidió que se quedaría unos cuantos días.

Estaba inquieto y febril, como solía estarlo cuando acababa de terminar un libro, y ese tipo de actividades le venía muy bien para distraerse. Por fin, después de tanto tiempo, había logrado terminar *Tono-Bungay*, o al menos llegar al final, que decía así: «He llegado a verme a mí mismo desde fuera, y a mi país desde fuera, sin ilusiones. Vivimos y desaparecemos. Somos todo lo que vive y desaparece». Jane estaba ocupada mecanografiando el último

capítulo. Cuando él volviera a leerlo, tendría que reescribir algunas cosas y después habría que mecanografiar ciertas partes de nuevo, pero en esencia el libro estaba terminado. Iba a publicarse por entregas en una nueva revista literaria titulada provisionalmente *English Review*, que él mismo había ideado junto con Hueffer y Conrad y en la que iba a invertir algo de dinero a cambio de una parte de los beneficios. La idea era crear una plataforma para una escritura nueva que fuera de verdad «moderna», y Fordie tenía el gusto y los contactos necesarios para conseguir que el proyecto se convirtiera en un éxito. Todos coincidieron en que el primer capítulo de *Tono-Bungay* era perfecto para el primer número de la revista, ya que era un texto experimental de un escritor consagrado y con un amplio número de lectores. Él pensaba que su próxima novela podría abordar aquel tema que había estado considerando vagamente un año antes, el de la joven que se atrevía a afirmar su independencia a pesar de la desaprobación de sus padres y de la sociedad en general. Se le había ocurrido basarse en el tópico del movimiento sufragista, que en los últimos tiempos se había vuelto más combativo, pero por el momento el proyecto no era más que una idea y él no había pasado de la fase de tomar alguna que otra nota de vez en cuando. Entretanto, se estuvo dedicando a ampliar las conferencias que había pronunciado en Cambridge durante el otoño anterior para darle forma a *Lo primero y lo último*.

En Cambridge vio a Amber varias veces. Ella le pareció más cautivadora que nunca. Era lista y elocuente y hermosa, pero lo que más admiraba él era su audacia, que era justo el rasgo de carácter que definiría a la protagonista de su próxima novela. Ella lo cuestionaba todo y no daba nada por hecho, lo cual, como es natural, alarmaba a todos los que estaban en una posición paterna con respecto a ella. La última tarde que él iba a pasar en Cambridge, fue a visitarla a Newnham, donde ella le presentó a Jane Harrison, la profesora que le había pasado a Gilbert Murray el artículo que había escrito.

—Tenemos un elevadísimo concepto de Amber —le dijo confidencialmente al autor cuando la chica no podía oírla por haberse ausentado unos minutos—. Pero ojalá no fuera tan obstinada. Ya dice el refrán que los tontos se precipitan allá donde los ángeles no osan pisar.

—Pero ella no es nada tonta —se atrevió a decir él.

—Desde luego que no. No hay que tomarse los proverbios al pie de la letra —dijo ella, sonrojándose ligeramente—. Todos esperamos que obtenga

la matrícula de honor que sin duda merece.

Muchos alumnos brillantes emplean un sistema para evitar que su soberbia sea castigada, consistente en menospreciar sus posibilidades de conseguir buenos resultados. Amber no lo hacía. Al contrario, afirmaba que se tiraría al río Cam si no conseguía una matrícula de honor también en segundo. Habiéndolo presentado en Newnham como un viejo amigo de su familia, pudo invitarlo a tomar un té en sus aposentos de Clough Hall, que eran más pequeños que los de Ben Keelings, pero más alegres y confortables, con sus cortinas de quimón y sus paredes empapeladas con motivos florales. Había pilas de libros y revistas por todas partes y varios pósters socialistas. Amber le ofreció el único sillón tapizado que había en la habitación y se sentó al estilo indio en un puf de cuero junto al fuego, y empezó a tostar unos *muffins* que pinchaba con un tenedor muy largo.

—¿Por qué le importa tanto sacar una matrícula? —preguntó él.

—En parte es por vanidad, y en parte por irritar a los hombres —dijo ella—. Pero también porque quiero hacer una investigación de posgrado en la London School of Economics.

Tenía pensado un tema muy interesante para la tesis: la cuestión de la motivación en los servicios sociales. ¿Qué era lo que motivaba a quienes decidían trabajar en este sector del gobierno local y nacional, en los programas de erradicación de la pobreza, en los centros de salud comunitarios y en cosas así? ¿Se trataba de idealismo o de profesionalidad? ¿Los animaba una determinada visión de lo que debería ser la sociedad ideal o una preocupación práctica por mejorar las condiciones de vida de las masas? Se trataba de un tema muy cercano a la esencia del fabianismo, lleno de fascinantes ramificaciones morales y psicológicas además de filosóficas.

—¿Ha leído *Pragmatismo*, el último libro de William James? —preguntó él.

—No, pero tengo muchas ganas de hacerlo —dijo ella, entusiasmada—. Me encantan los *Estudios sobre el humanismo*, de Schiller, y este es un gran admirador de James.

Él conocía la obra del catedrático de Oxford F. C. S. Schiller e incluso lo había conocido en persona cuando dio una conferencia en la Oxford Philosophical Society, en 1903, de modo que aquella referencia no lo descolocó.

—Sí, tienen mucho en común. Pero *humanismo* es un término que se ha usado tanto y tan mal que no creo que sirva a los propósitos de Schiller. James habla de *pragmatismo*, una palabra mucho más precisa.

—Cuénteme más —dijo Amber, dejando el tenedor y dedicándole toda su atención.

—Bueno, en el primer capítulo, James hace una distinción interesante que podría servirle a usted para analizar las distintas clases de motivaciones: distingue entre los pensadores de «mente tierna» y los de «mente dura».

—Eso no suena a lenguaje filosófico —dijo Amber, sonriente.

—Pero eso es lo que me gusta a mí de William James: que usa un lenguaje corriente para volver inteligibles algunos conceptos difíciles.

—A diferencia de su hermano, que usa un lenguaje difícil para volver ininteligibles algunos conceptos corrientes.

—¡Muy bueno! —dijo él, soltando una carcajada—. Arnold Bennett estaría de acuerdo. ¿Has leído mucho a James? A Henry, digo.

—No mucho, tengo que admitirlo. Cuando era pequeña, leí *Daisy Miller* y me encantó, y también otras cosas tuyas, pero hace poco lo intenté con *Las alas de la paloma* y lo dejé por la mitad.

—Qué pena. La última parte es la mejor. Ese libro tiene algunos tramos bastante aburridos, desde luego.

—A mí me pareció que todo él era un tramo bastante aburrido —dijo ella—. Prefiero mil veces sus novelas. Cuando una las empieza, ya no las puede soltar.

—Muchas gracias, Amber. De todas maneras, como le dije a Arnold, hay algunas cosas en *Las alas de la paloma* que ni él ni yo seríamos capaces de hacer.

—La cuestión es si vale la pena hacerlas.

—Bueno, claro, esa es la cuestión siempre. Solo la posteridad puede decirlo. Pero volviendo a *Pragmatismo*...

Ella escuchó atentamente cómo él resumía la distinción que hacía James entre los dos tipos básicos de estructura mental. Los pensadores de mente tierna eran racionales, idealistas, optimistas, religiosos, monistas, dogmáticos. Los de mente dura eran empiristas, materialistas, pesimistas, irreligiosos, pluralistas, escépticos. Los filósofos idealistas y los defensores del

cristianismo solían ser de mente tierna. Los científicos y los ingenieros tendían a tener una mente dura.

—Quizá puedas clasificar a la gente que trabaja en los servicios sociales empleando estas categorías —concluyó.

—Sí, creo que pueden venirme bien —dijo ella, pensativa—. Gracias. Pero ¿usted a qué tipo pertenece?

—Bueno, creo que yo soy básicamente un pensador de mente dura, como la mayor parte de la gente que tiene una formación científica. Pero la clave es que ambas categorías son insatisfactorias por sí solas. Como dice James con toda razón, en nuestra época, los de mente tierna están a la defensiva, principalmente debido al darwinismo y a los avances de las ciencias físicas. Pero la mente dura, por sí misma, conduce al materialismo puro, que no satisface al espíritu humano, porque solo nos lleva a la muerte: a la muerte del individuo y, a largo plazo, a la muerte del planeta. Así que por ahí no hay esperanza. Los pensadores de mente tierna siempre proponen alguna forma de trascendencia: Dios, la mente absoluta, la inmortalidad personal...

—Pero esas ideas no tienen ninguna base lógica —objetó Amber.

—Exacto. Pero no podemos desecharlas sin más. Tiene que haber algún principio no materialista que le dé un sentido a la vida, que nos proporcione un objetivo, una esperanza. El pragmatismo, dice James, no valora una idea en abstracto, sino por sus consecuencias prácticas. Por ejemplo, preguntándose si contribuye de algún modo a mejorar la vida humana. El socialismo supera triunfalmente el test del pragmatismo.

—¿Porque es al mismo tiempo un sistema de pensamiento de mente tierna y de mente dura?

—Exacto.

—Todo esto es sumamente interesante. Tengo que leer *Pragmatismo* lo antes posible —dijo Amber.

—Espero que Wallas cuide de usted en la London School of Economics —dijo él.

—Lo cierto es que le hablé sobre mi tesis (en una fiesta que hubo en Navidad), pero le pareció un proyecto muy ambicioso para una chica tan joven como yo. Necesito una matrícula de honor para impresionarlo.

—Bueno, yo le hablaré de lo impresionado que estoy yo.

Amber se sonrojó y bajó la vista. Los dos se quedaron en silencio, un

silencio tenso y súbitamente cargado de connotaciones sexuales. Él lo rompió diciendo que conocía a un funcionario de sanidad llamado McCleary que sin duda sería una buena fuente de información y que podría ponerla en contacto con él cuando llegara el momento.

—¡Muchas gracias, H. G.! —dijo ella, volviendo a mirarlo con sus grandes ojos negros, sonriéndole y recuperando la compostura—. Es muy amable.

Esa tarde, él estuvo reflexionando sobre ese momento de tenso silencio durante su viaje de vuelta a Londres, mientras observaba, a través del reflejo borroso de su cara en la ventanilla del tren, los campos llanos de Cambridgeshire, en los que apenas se distinguía nada. No había duda de que aquella chica estaba enamorada de él; la cuestión era si él se estaba enamorando de ella. Su vida sexual, en ese momento, era escasa, lo cual resultaba sorprendente, ya que cuando terminaba un gran proyecto como *Tono-Bungay* solía buscar desahogarse por medio del sexo. Pero su romance con Violet Hunt había concluido. Ella había empezado una relación con Hueffer que parecía que iba en serio, de la cual, irónicamente, él había sido el causante, en cierto modo. Violet le había enseñado algunos cuentos que a él le parecieron bastante buenos, más honestos y menos prolijos que sus novelas, por lo que le había sugerido que se los ofreciera a Hueffer para la *English Review*. A Hueffer le habían gustado los cuentos, se habían conocido y ahora por lo visto estaban perdidamente enamorados y querían casarse. Por desgracia, Fordie ya tenía una esposa de la que se había separado, pero no había duda de que encontrarían alguna solución en su debido momento. Él les deseaba lo mejor y no sentía celos ni se arrepentía de nada, pues su romance con Violet ya había tocado a su fin. Por lo tanto, se encontraba sin nada que hacer en cuestión de mujeres. A veces se le presentaba la oportunidad de disfrutar de una nueva *passade*, pero por algún motivo no tenía ganas de aprovecharlas. Cada vez que sus pensamientos tomaban esa dirección, aparecía en su cabeza la imagen de Amber riéndose, gesticulando o discutiendo con sus amigos, o agachada en el cuarto de juegos de Spade House, construyendo un fuerte para los soldaditos de los chicos, o absorta en un libro, en silencio, sin darse cuenta de que estaba siendo observada. Y ahora una nueva imagen se sumaba a las anteriores: la de Amber sentada al estilo indio junto al fuego con un largo tenedor en la mano, hablando de filosofía. Si

todavía no se había enamorado de Amber, estaba peligrosamente cerca de hacerlo.

Ella le escribió poco después de que regresara a casa para decirle cuánto le había gustado la conversación que habían mantenido en sus aposentos y cuánto le agradecía su apoyo y su ánimo. Él se contuvo virtuosamente en su respuesta, al igual que en sus siguientes cartas, ateniéndose a un tono de preocupación paterno-profesoral por el bienestar de ella, y resistió la tentación de ponerse a buscar nuevos motivos para ir a Cambridge. En cambio, volvió a sumergirse brevemente en la política fabiana. En marzo, tanto Jane como él fueron reelegidos para la Ejecutiva, lo cual lo sorprendió mucho, ya que apenas había asistido a asambleas o reuniones durante el año anterior. Pero los miembros ordinarios de la Sociedad no lo sabían, y era evidente que muchos de ellos todavía lo consideraban su portavoz. Él sentía que la lealtad de sus seguidores le confería una gran responsabilidad, y volvió a centrarse en el tema de las Bases, del que tanto se había hablado, pero en el que habían avanzado tan poco. Al margen de la adición de la cláusula sobre la ciudadanía igualitaria para hombres y mujeres, que se había aprobado en septiembre gracias, sobre todo, al esfuerzo de Maud Reeves, las Bases se mantenían en su estado original, y el pequeño comité formado por él, Shaw y Webb, que el año anterior había recibido el encargo de revisarlas, no había logrado nada. Por lo tanto, recuperó los papeles y escribió otro borrador, con el que se quedó muy satisfecho y que envió a sus dos colegas para recibir, por parte de ambos, una respuesta desdeñosa en la que le decían que había muchas cosas en el documento con las que no estaban de acuerdo, pero que se encontraban demasiado ocupados con otras cuestiones —la reforma de la Ley de protección a los pobres, en el caso de Webb— como para contestar detalladamente. Él le escribió una furiosa misiva a Webb en la que le decía: «Ustedes dos son los hombres más intolerablemente egocéntricos, estrechos de mente, suspicaces y obstruccionistas que he conocido en mi vida», que Webb, evidentemente, le pasó a Shaw. Este le dedicó uno de sus sermones sarcásticos y condescendientes: «La vida pública es un arte que usted todavía no domina, por muy experto que sea en el arte de la vida privada». Como consecuencia de esta correspondencia, se arrepintió de haber permitido que propusieran su nombre para las elecciones a la Ejecutiva. Realmente estaba harto, más que

harto, de que los miembros de la Vieja Guardia lo trataran como a un joven alumno que es muy prometedor, pero también arma alboroto desde la última fila de la clase. Decidió dimitir de su cargo y abandonar la Sociedad Fabiana, pero elegiría el momento adecuado, para que no pareciera que se había enfurruñado.

A comienzos de abril, Jane recibió una carta de Maud Reeves en la que le decía que estaba preocupada por Amber, que había vuelto a casa para las vacaciones de Pascua y mostraba algunos indicios de tensión nerviosa debido a la proximidad de los exámenes y no comía ni dormía bien. «Creo que debería cuidarla más, pero el problema es que tengo tantas conferencias apalabradas con el movimiento sufragista que estoy todo el tiempo corriendo de un lado a otro del país y a veces paso varios días seguidos fuera de casa, y Will siempre está muy ocupado con su trabajo. Sé que a Amber le encanta quedarse en su casa —estaba en éxtasis después de los días que pasó con H. G. y con usted en Navidad— y me pregunto si les vendría bien acogerla de nuevo por unos días. Estoy segura de que el aire del mar y su compañía le vendrían fenomenal.»

—¿Qué le digo? —le preguntó Jane después de mostrarle la carta.

—Invítala, por supuesto —dijo él—. Que se quede todo lo que quiera. Los chicos estarán encantados.

—¿Y tú?

—Yo también, claro. Siempre me gusta ver a Amber. A ti también, ¿no?

—Sí, sí. Le tengo mucho cariño. Si tuviera una hija, me gustaría que fuera como Amber.

—Pues ya está. Dile que venga y todos contentos.

Cuando llegó, Amber no parecía padecer los problemas nerviosos de los que había hablado su madre. Comía con apetito, dormía estupendamente y daba la impresión de estar tan llena de energía como de costumbre. Por la mañana, mientras él trabajaba, se dedicaba a estudiar, y por la tarde se iba a pasear con él, lo cual, según le contó a Jane, era tan útil como el estudio, si no más, ya que siempre hablaban de libros y de ideas. En realidad, sus conversaciones se fueron volviendo más personales e íntimas a medida que pasaban los días. Ella le habló de su infancia, de lo mucho que había aborrecido Londres después de conocer la vida al aire libre de Nueva Zelanda

—«no hay libertad, ni mar, solo calles y calles llenas de casas de ladrillo tiznadas de hollín»— y del ambiente que había en su hogar, sorprendentemente falto de calor, tanto físico como emocional. Físico porque tanto Maud como Pember habían sido defensores de la ciencia cristiana en su juventud, y nunca habían perdido del todo la fe en el poder de la mente sobre la materia, así que dejaban las ventanas de la casa abiertas durante todo el invierno, aunque algún miembro de la familia estuviera resfriado, y, cuando las chicas llegaban a la menarquia, no recibían ninguna concesión ni ningún mimo especial; al contrario, cuando les venía el periodo, les hacían dar largas y tonificantes caminatas, hiciera el tiempo que hiciera. Amber le contó todo esto sin avergonzarse, echándole miraditas de vez en cuando para ver si se escandalizaba, cosa que no ocurrió, por supuesto, aunque lo impresionaron bastante el candor de ella y la confianza en él que implicaban aquellas confidencias.

Iban caminando junto al mar, haciendo crujir los guijarros bajo sus pies, mientras Amber compartía estos recuerdos. El compromiso de Maud con la causa de los derechos de las mujeres, por lo visto, no la había llevado a ser una madre empática.

—Una vez, cuando me quejé de que ella no me quería lo suficiente, me dio una bofetada y me dijo que tenía cosas más importantes que hacer que preocuparse por niños ingratos. Y, pese a todas sus ideas progresistas sobre los derechos de las mujeres, nunca nos ayudó ni a mí ni a Beryl, con los problemas que surgen cuando una niña se hace mayor. Le daba vergüenza hablar de sexo con nosotras; la parecía que bastaba con que tuviéramos acceso a la librería de Padre y pudiéramos buscar lo que quisiésemos saber.

—¿Y usted y su hermana lo hacían?

—Sí, claro. Pero las enciclopedias y los manuales de medicina no dicen todo lo que a una le interesa.

Amber se detuvo y se volvió para mirar unas escandalosas gaviotas que planeaban por encima del mar y se lanzaban en picado, probablemente sobre un banco de peces.

—No dicen nada del amor —continuó—. No dicen nada del deseo.

—No, eso hay que buscarlo en las novelas —dijo él.

—Pero los novelistas no hablan de lo que una realmente quiere saber. No se les permite hacerlo.

—Es cierto. Al final, cada uno tiene que descubrirlo por su cuenta.

—Yo quiero descubrirlo —dijo ella—. Pero es difícil.

Ninguno de los dos se atrevía a mirar al otro a la cara mientras hablaban. Su relación era como un cuenco que se hubiese ido llenando de sentimientos ignorados, y ahora estaba hasta el borde; la superficie, de hecho, había adquirido un contorno convexo, y solo faltaba una gota más para que el recipiente se desbordara inexorablemente.

Ese momento llegó dos días más tarde, cuando estaban los dos solos en Spade House. La señora Robbins no se encontraba bien y Jane se había marchado a Putney a visitarla. Se iba a quedar a dormir allí, por lo que los dos niños habían quedado a cargo de él y Amber y los criados. Amber se metió en el papel de madre suplente con mucho entusiasmo y para gran deleite de los niños. Pero, tras jugar con ellos, darles la cena, bañarlos, acostarlos, leerles un cuento y darles un beso de buenas noches, regresó al salón bastante apagada y pensativa. Era primavera y hacía una noche apacible, así que él le propuso que salieran al jardín antes de cenar. Pasearon un rato por el césped y después se sentaron en el banco que había delante del refugio, contemplando un mar surcado por minúsculas olas y teñido con el brillo anaranjado del sol poniente. Él comenzó a hablar de la elección parcial de Altrincham, una cuestión sobre la que había estado pensando aquella mañana. Winston Churchill, a quien las reglas parlamentarias exigían que se presentara a la reelección debido a su reciente nombramiento como presidente liberal de la Cámara de Comercio, se enfrentaba al mismo adversario que había tenido el año anterior, el conservador Joynson-Hicks, y a un candidato socialista llamado Irving, propuesto por el Partido Socialdemócrata, una facción extremista del movimiento laborista. Irving no tenía ninguna esperanza de resultar elegido, pero su candidatura dividiría el voto progresista. Él había decidido escribir una carta abierta al electorado de Altrincham instando a los socialistas a que votaran a Churchill, con el argumento de que esa era la mejor manera de apoyar la causa socialista a largo plazo, y quería saber qué opinaba Amber con respecto a esta iniciativa, que probablemente generaría bastante polémica entre los fabianos, ya que la política oficial de la Sociedad era apoyar a todos los candidatos socialistas al Parlamento. Se trataba de una cuestión de las que siempre despertaban un gran interés en ella, pero, en esa

ocasión, Amber reaccionó con indiferencia; parecía abstraída, casi aburrida.

—¿Qué pasa, Amber? —le preguntó él—. Esta noche está irreconocible.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Es porque pronto tiene que volver a casa?

—No, no exactamente —dijo ella.

—¿Es porque está preocupada por sus exámenes? No tiene ningún motivo para estarlo.

—No —dijo ella—. ¡Esos horribles exámenes no podrían importarme menos!

Él intuía perfectamente adónde conducía aquella conversación, pero soltó una carcajada de incompreensión.

—¡Bueno, vaya cambio! Y entonces, ¿qué le pasa?

Tras un largo silencio, ella dijo, en voz baja y sin mirarlo:

—Que me he enamorado, si de verdad quiere saberlo.

—Ya veo. —Y, tras un silencio aún más largo, preguntó—: ¿De quién?

—¡De usted, por supuesto! ¡De usted!

Amber se dio la vuelta y le echó los brazos al cuello y hundió la cabeza en su pecho, sollozando.

Él la abrazó con fuerza, apretando el cuerpo de ella contra el suyo por primera vez, notando su calor bajo el fino vestido.

—¿Por qué lloras, Amber? —preguntó, pasando al tuteo.

—Porque yo te quiero y tú no me quieres —dijo ella débilmente, con el rostro todavía hundido en la pechera de la camisa de él.

—Yo sí que te quiero, Amber.

—Pero como un padre... —murmuró ella.

—No, como un amante.

Ella se incorporó y lo miró a los ojos.

—¿De verdad?

A modo de respuesta, él la besó.

—¿Estoy soñando? —preguntó ella al abrir los ojos.

—No —dijo él, y volvió a besarla.

—¿Y qué pasa con Jane? —dijo ella—. También quieres a Jane.

—Sí, quiero a Jane y Jane me quiere a mí, pero hay muchas clases de

amor, Amber. Tú has leído *Una Utopía moderna*, has leído *En los días del cometa*, conoces mi punto de vista sobre las relaciones sexuales, sabes que pienso que deben ser libres y saludables y aportar intensidad a la vida. Jane está de acuerdo.

—¿Quieres decir... que a ella no le importaría?

—No le importará —dijo él.

A pesar de ello, sentía ciertos escrúpulos ante la posibilidad de consumir su nueva relación en ausencia de Jane, sin su conocimiento y en su propia casa. Le propuso a Amber que esa noche se fueran a la cama juntos y se acostaran desnudos, pero sin hacer el amor, como una especie de rito de compromiso.

—Y, si después decides que en realidad no quieres seguir adelante, tienes que decírmelo y lo entenderé.

—No, no me va a pasar eso —dijo ella—. Pero creo que es una idea maravillosa. ¡Es todo tan... tan... tan perfecto!

Él se presentó en la habitación de ella cuando la única criada que vivía en la casa ya se había ido a la cama y no había la menor duda de que se encontraba profundamente dormida. Amber estaba esperando en la más absoluta oscuridad, muy despierta y desnuda bajo las sábanas. Se abrazaron y empezaron a explorar y acariciar suavemente sus cuerpos como si estuviesen ciegos. Fue una experiencia intensamente erótica.

—¿Esto es tu...? —susurró Amber.

—Es mi pene erecto —le explicó él—, una columna de sangre, una de las maravillas de la naturaleza, un milagro de ingeniería hidráulica.

—Es enorme —dijo ella—. ¿Me va a doler cuando...?

—Puede que te duela un poco la primera vez —dijo él.

—Bueno, no me importa. Lo quiero dentro de mí. Te quiero dentro de mí.

De joven, le habría costado contenerse y no satisfacer el deseo de ella en ese mismo instante, aunque solo fuera para evitar eyacular, lo cual daría lugar a una situación embarazosa e incómoda, pero ahora, a los cuarenta y un años, había adquirido cierto control sobre sus reflejos sexuales.

—Yo quiero lo mismo, querida mía —dijo—, pero, si esperamos, será mucho más placentero cuando suceda.

Sucedió una tarde, unos días después, en una habitación alquilada del Soho, sobre una cama que chirriaba cada vez que hacían el menor movimiento, pero el hecho de que el marco fuera tan sórdido no importó en absoluto. Amber estuvo maravillosa. A la luz que se filtraba a través de unas finísimas cortinas, su cuerpo le pareció tan apetecible como había prometido serlo cuando lo estuvo recorriendo a ciegas en Spade House, curvilíneo pero flexible, con un delta de vello púbico denso y oscuro que contrastaba con su piel blanca como la leche. Amber soltó un grito en el que se combinaban el dolor y el placer cuando él la penetró, y quiso volver a hacerlo en cuanto él hubo eyaculado. Él sonrió ante su ignorancia de la fisiología masculina.

—Me temo que a mi edad (bueno, a cualquier edad) hace falta dejar pasar cierto tiempo. Ahora, durmamos un poco.

Cuando se despertaron, hicieron el amor de un modo más pausado, y ella tuvo un orgasmo exultante.

—Tienes un talento natural para el amor, Amber —le dijo él, sin un ápice de adulación, cuando estaban tumbados uno junto al otro, satisfechos y felices.

—Llámame Dusa. Mis amigos íntimos me llaman Dusa.

—De acuerdo, Dusa. Me encanta tu pelo de Medusa. El de arriba y el de abajo. —Le acarició el pubis y ella soltó una risita—. Pero ¿cómo me vas a llamar tú a mí? «H. G.» suena demasiado formal para la cama.

—Te llamaré «Maestro» —dijo ella—. Como los jóvenes samuráis a su profesor. ¿Te parece bien, Maestro?

Como única respuesta, él se dio la vuelta y la besó. ¡Que si le parecía bien! Esa palabra, en los labios de ella, bastaba para hacer que su pene blando volviera a la vida.

Durante el resto de las vacaciones de Pascua de Amber, aprovecharon todas las oportunidades que tuvieron para verse en el apartamento del Soho y copular felizmente, y, cuando ella regresó a Cambridge para el semestre de verano, la suerte les proporcionó una ocasión para encontrarse allí. Ben Keeling iba a dar una cena informal en honor de sir Sydney Olivier (había recibido el título tras su reciente nombramiento como gobernador de Jamaica), que acudiría acompañado por su esposa y sus dos hijas mayores, una de las cuales, Marjery, estaba en el Newnham College y era amiga de Amber. Los dos, Amber y él, estaban invitados a este evento, y él quedó en que pasaría a buscarla y la llevaría. Llegó a Newnham a la hora del té y aprovechó que allí

era de confianza para poseer a su joven amante en su dormitorio de Clough Hall, tapándole la boca con la mano para sofocar los sonidos que profería Amber al alcanzar el éxtasis y evitar que los oyeran las vírgenes y solteras que subían la escalera o paseaban por los jardines que había bajo la ventana abierta del cuarto.

—Muérdeme la mano, muérdeme —le dijo entre susurros, y ella lo hizo; le dejó una marca en el pulpejo de la mano que seguía siendo perceptible horas más tarde, pero ninguno de los asistentes a la fiesta de los Olivier se fijó con suficiente atención como para verla. Llegaron tarde, cuando la cena ya estaba servida, y fueron recibidos con aclamaciones, pero él recibió algunas críticas por su carta abierta a los votantes de Altrincham, que se había publicado hacía poco, y tuvo que defenderse mientras cenaba, sentado junto a Amber en el alféizar de una ventana con los platos apoyados en las rodillas porque todos los sitios de la mesa ya estaban ocupados. Los invitados ya se habían acostumbrado a verlos juntos en Cambridge, de modo que su llegada no levantó sospechas. Solo Olivier le dedicó una mirada de perplejidad y levemente admonitoria.

Al día siguiente, fue a escuchar una charla que dio Amber ante la Sociedad de Ciencias Morales, en la que desarrolló una idea de su filósofo favorito, Schiller, desafiando la presunción lógica de que A es B o no es B, cuando en realidad no hay nada que sea permanente y estable. A siempre se está convirtiendo en algo más o menos semejante a B, y viceversa. Lo que ocurre es que la mente humana tiene que sujetar una cosa y detenerla para poder pensar en ella. Él la escuchó con admiración y sintiéndose orgulloso de poseer a aquella criatura sin igual, que podía pasar sin ningún esfuerzo del abandono sensual a un lúcido análisis de cuestiones epistemológicas. Tras la reunión, ella lo acompañó a la estación y, mientras esperaban a que llegara el tren, se dedicaron a andar por el andén, que apuntaba hacia Londres como un enorme dedo, resistiendo a duras penas la tentación de entrelazar los brazos o darse la mano, por si alguien los estaba observando.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Maestro? —le preguntó ella.

Aquel nombre era como un bálsamo para su alma cada vez que ella lo pronunciaba, pero el tema que había sacado lo tenía un tanto preocupado.

—No lo sé, Dusa. No puedo presentarme aquí todo el tiempo sin despertar sospechas. Y, de todas maneras, tú tienes que estudiar para los exámenes.

—Preferiría mil veces estudiar contigo que aquí —dijo ella. Se quedó en silencio, pensativa, unos minutos, y después propuso un plan. Las alumnas que iban a presentarse a los exámenes ya no tenían clases ni tutorías; tenían tiempo libre para prepararlos por su cuenta—. Como consecuencia, Newnham parece un psiquiátrico en esta época del año. Las chicas se vuelven locas a causa de la ansiedad o del exceso de estudio y tienen crisis nerviosas por todas partes. Y es contagioso, claro. Creo que podría convencer fácilmente a Madre y a Padre de que estaría mucho mejor estudiando por mi cuenta, en alguna casita de campo. Tú podrías ir a verme allí.

—Bueno, vale la pena intentarlo —dijo él.

Le parecía poco probable que los Reeves aceptaran, pero, cuando volvió a casa y se encontró con una carta de Macmillan en la que la editorial decía que estaba de acuerdo con el anticipo que él había pedido por *Tono-Bungay*, sintió que la fortuna se había puesto de su lado y que la estratagema saldría bien.

Le contó a Jane que estaba pensando en marcharse una semana para empezar a trabajar en una nueva novela.

—¿Y Amber irá contigo? —le preguntó ella.

Aquella era la primera afirmación directa que hacía uno de ellos sobre el hecho de que él tenía un romance con Amber, aunque Jane había notado claramente que la relación había cambiado en cuanto regresó de visitar a su madre, en abril.

—Eso espero —dijo él.

—¿No debería estar preparando los exámenes?

—Bueno, de eso se trata. —Repitió los argumentos que Amber iba a plantearles a sus padres—. Yo empezaré a trabajar en mi novela y ella podrá dedicarse a estudiar. —Y, como Jane adoptó una expresión de escepticismo, añadió—: Así podrá concentrarse mucho mejor. Está perdidamente enamorada de mí. Y yo de ella, para ser sincero.

—Lo sé —dijo Jane, soltando un suspiro—. Se veía venir. Sabía que no podía hacer nada por impedirlo.

—Pero ¿por qué ibas a querer impedirlo? Es una chica encantadora. Te cae muy bien. Y ella te adora. No haría nada que te pudiera doler. Entiende perfectamente que esto no afecta a nuestro matrimonio.

—La carta de Maud me ha hecho sentir que hemos traicionado su

confianza.

—¡Qué bobada! ¿Te refieres a la carta de las hadas madrinas?

Maud les había enviado una efusiva carta de agradecimiento cuando Amber volvió a casa tras pasar unos días en Sandgate: «Muchas gracias por ser tan buenos con Amber. Creo que se encuentra mucho mejor. Los adora a los dos, y, cuando volvió, no hablaba de otra cosa. Se ha ido a Cambridge de muy buen humor y llena de confianza. Espero que haga realidad todos sus deseos. Es un ángel. Y ustedes son como las hadas madrinas de todos esos jóvenes».

—Sí, a esa.

—No invitamos a Amber aquí para que yo pudiera seducirla. Maud nos preguntó si podía venir, sin duda a instancias de Amber. Ella ha actuado exactamente igual que actuaste tú en el 93, querida, cuando nos invitaste a Isabel y a mí a pasar el fin de semana. Se ha enamorado y ha ido a por el hombre que le interesaba.

—No exactamente —dijo Jane—. Isabel no estaba dispuesta a compartirte conmigo. Y yo tampoco lo estaba, por cierto.

—Y por eso sufrimos tanto. Pero hemos madurado mucho desde entonces. Hemos derrotado a los celos.

Jane se quedó pensativa un momento y después se encogió de hombros, en señal de conformidad.

—Bueno... Yo solo te digo que tengas cuidado. Prométeme que vas a tener muchísimo cuidado.

—Te lo prometo —dijo él, y le dio un abrazo y un beso—. Tú y yo y Amber somos personas excepcionales. Podemos hacer que esto funcione.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y se metió en el refugio del jardín para escribir. Estaba terminando *Lo primero y lo último*, cuyo capítulo final trata del sexo y del matrimonio, y esto fue lo que escribió:

La mujer civilizada corriente y el hombre civilizado corriente están igualmente obsesionados con la idea de conocer y poseer a una persona particular con la que tener una relación íntima, un amante especial y exclusivo que sea solo suyo, de modo que ninguna tercera persona, del sexo que sea, puede acercarse a esa pareja sin que genere una sensación intolerable de que la privacidad y la confianza y la

posesión corren el riesgo de destruirse. Pero eso no anula la posibilidad de que haya en alguna parte personas excepcionales capaces de, acuñando una nueva expresión, tener una relación de reciprocidad triangular, y no veo por qué deberíamos prohibir o tratar con amargura u hostilidad una manera de establecer vínculos que quizá nosotros consideremos tan desaconsejable o impracticable como para no adoptarla nunca, si hay tres personas que, por libre elección, desean ponerla en práctica.

La treta de Amber funcionó, según ella misma dijo, «como un sueño». Alquiló ficticiamente una ficticia casita de campo en Epping Forest para compartirla con una amiga ficticia, mientras que ellos se instalaron en unas habitaciones que él encontró en Southend-on-Sea, un alegre y populachero centro turístico situado en el estuario del Támesis, donde las caseras eran más tolerantes y abiertas de mente. Ambos trabajaban por la mañana, en absoluto silencio, y por la tarde, si hacía buen tiempo, se llevaban unos libros a la playa y se bañaban y hablaban acerca de la revolucionaria tesis que iba a escribir ella en la London School of Economics. Cuando empezaba a atardecer, volvían al trabajo durante unas horas más, hasta que llegaba el momento de cenar en algún café o restaurante cercano, y después se iban a la cama. Hicieron el amor todas las noches que pasaron allí, y la última mañana, cuando llegó la hora de marcharse y ya habían bajado su equipaje al taxi, que había llegado antes de lo acordado, se detuvieron en el descansillo, dudaron un instante, se miraron a los ojos, que a los dos les brillaban a causa de la misma idea lasciva, y regresaron al dormitorio para disfrutar de una última y rápida cópula.

Hubo un intervalo de inactividad durante el tiempo que Amber pasó en Cambridge haciendo exámenes, pero cuando los terminó, mientras esperaba los resultados, pudo desplazarse de vez en cuando a Londres. Él alquiló un estudio en Eccleston Square, en el barrio de Pimlico, mucho más salubre que el Soho, y se veían allí más o menos una vez por semana para pasar todo el día dedicados a los placeres sensuales, y a veces también la noche, si ella podía inventarse algún pretexto que a sus padres les pareciera plausible. Amber era una compañera que parecía hecha a su medida, ya que disfrutaba abiertamente de la liberación física que supone el sexo: le gustaba hablar con claridad de lo

que le resultaba placentero y aportaba un sorprendente grado de atletismo a sus encuentros, que atribuía a las clases de jiu-jitsu a las que se había apuntado, junto con otras jóvenes emancipadas que estudiaban en Cambridge, bajo la tutela de un profesor japonés. Era capaz de cruzar los tobillos sin ningún esfuerzo por detrás de la cabeza de él cuando yacía debajo, y de, apoyando los pies en un colchón firme, arquear la espalda como se tensa un arco, con tanta fuerza como para levantar el peso de su amante. Además, durante las caminatas que daban por el campo, él descubrió encantado que ella compartía su afición a copular espontáneamente al aire libre, en medio de bosquecillos, en pajares, en cementerios y una vez incluso en el campanario de una iglesia. El riesgo de ser descubiertos aportaba un interés extra a esas actividades que él calificaba, en broma y en la intimidad, de «pecados».

En cualquier caso, si aquello era pecar, parecía tratarse de un tipo de pecado inmune al castigo divino, pues en julio Amber sacó una matrícula de honor, con lo que cayó sobre ella un diluvio de felicitaciones de la flor y nata de Cambridge y más allá. A finales de ese mes, se instaló una temporada en Spade House, en un momento escogido tras largas deliberaciones para que coincidiera con la llegada de William James, que iba a visitar a su hermano en Rye con su hija Peggy y al que habían invitado a pasar unos días con ellos. Henry siempre se mostraba bastante posesivo con sus parientes cuando lo iban a ver. Tal vez no le gustara juntarlos indiscriminadamente con sus amigos escritores por miedo a que les contaran algunos secretos de familia, pero en esta ocasión había aceptado dejar en libertad a su hermano y a su sobrina durante un par de días. «También va a estar alojada en casa la señorita Reeves, que tiene justo la edad de su hija —le escribió él a William James en una carta en la que le confirmaba que todo estaba preparado para su llegada—. Acaba de alcanzar una notoriedad pasajera sacando matrícula de honor en los tripos de segundo de Ciencias Morales de Cambridge, y es una joven tan dotada que es capaz de hablar hegeliano.» El día de la fecha acordada, alquiló un coche y fue con Amber a recoger a William y a su hija. Cuando llegaron a Lamb House, se encontraron con que estaba teniendo lugar un absurdo altercado entre los dos hermanos. Henry estaba todo rojo a causa de la indignación y William a la defensiva, aunque no se lo veía dispuesto a pedir disculpas. William había descubierto que G. K. Chesterton, cuyas obras admiraba, estaba instalado en la casa de al lado, e, incapaz de reprimir su

curiosidad, había colocado una escalera contra la pared y se había puesto a espiar el jardín del vecino con la esperanza de ver al autor de *El Napoleón de Notting Hill* y *El hombre que fue Jueves* tomando el aire. Henry lo acababa de pillar con las manos en la masa, saltándose escandalosamente la etiqueta, y le había ordenado al jardinero que retirara la escalera de inmediato.

—No se hace... Por favor, Wells, dígame que en Inglaterra sencillamente no se hace eso de espiar a los vecinos.

—No estaba espiándolo de manera evidente, Henry —dijo William con un tono de voz bastante suave—. Estaba haciendo como si recortara la vid que hay junto al muro. Incluso había cogido las tijeras de podar.

—Pero tú no eres jardinero, William. Eres mi hermano y mi invitado, y no es apropiado (incluso diría que es absolutamente inaceptable, al menos en este país) que un caballero, eh, eh..., se haga pasar por un jardinero para, para, para... —Henry James se exprimía los sesos en busca de *le mot juste*— para violar la privacidad de los vecinos. ¿No es así, Wells?

—Alguna gente podría pensar que es un tanto excéntrico, pero quizá Chesterton no, ya que él también es dado a ciertas excentricidades —dijo él diplomáticamente—. ¿Por qué no invita aquí a G. K. y ya está?

—¡Porque no lo conozco! —fue la respuesta—. No hemos sido presentados.

No había guardián más meticuloso de los modales tradicionales ingleses que aquel expatriado norteamericano. En cualquier caso, tras pasar un rato más jadeando y resoplando, Henry James se tranquilizó lo bastante como para liberar a William y a Peggy y dejarlos al cuidado de su amigo. En cuanto partieron en el coche alquilado y salieron de Rye, tomando la carretera de la costa, vieron que avanzaba hacia ellos la inconfundible figura de Gilbert Keith Chesterton, alto, corpulento y mal vestido, con el abrigo abierto y los rizos grasientos asomándole por debajo de un sombrero panamá, que había salido a dar un paseo con su esposa. Él detuvo el coche e hizo las presentaciones, y entonces tuvo lugar una agradable conversación al final de la cual Chesterton invitó a William a que lo visitara alguna noche («y traiga también a su hermano»). Cuando reemprendieron el viaje, William se mostró encantado por haber conocido a Chesterton de un modo ante el que Henry no tendría nada que objetar.

Amber hizo gala de un aplomo admirable en medio de tanta agitación, pero

estaba muy entusiasmada por haber conocido a tantos autores distinguidos en un solo día. William se mostró muy amable con ella: la felicitó por su matrícula, le preguntó sobre el tema de la investigación que iba a comenzar tras la graduación y le estuvo sonsacando los méritos y limitaciones de F. C. S. Schiller. La pobre Peggy James quedó un tanto eclipsada por el brillo de Amber, y las dos jóvenes apenas se relacionaron más allá de fingir un educado aprecio a lo largo de toda la visita. Peggy era muy simpática y bastante inteligente, pese a su carácter tímido y reservado. Él se enteró por William de que hacía poco había sufrido una enfermedad nerviosa, al igual que su tía Alice, la hermana neurasténica de los James que había fallecido unos quince años atrás, y, aunque ya estaba recuperada, Peggy se había quedado con muy poca vitalidad. No sabía nadar ni jugar al tenis, y sus intentos de jugar al bádminton fueron embarazosos. Observaba con interés cómo Amber y los chicos jugaban en el suelo del cuarto de juegos, pero no participaba. La verdad es que la pobre tenía un montón de taras y problemas, además de la palabra «solterona» escrita por todas partes, a modo de predicción sobre cuál sería su destino, y parecía casi cruel ponerla cerca de Amber, que rebosaba salud y confianza en sí misma y ganas de vivir.

Durante aquel verano y el otoño que lo siguió, Amber le pareció una chica maravillosa, una criatura casi mítica, como los dioses de la Grecia clásica que, llenos de deseo, descendían de las alturas del Olimpo para violar o seducir a los humanos adoptando su forma o la de algún animal o ave. Una vez por semana, más o menos, ella se entregaba voluntariamente para que él la violara, en el nidito de amor que tenían en Eccleston Square o donde hubiera ocasión, y él, entre un encuentro y otro, trabajaba a buen ritmo, espoleado por los recuerdos que le había dejado la última de estas citas apasionadas o por las expectativas que le suscitaba la siguiente. Ella no solo despertaba su lujuria, sino también sus ambiciones creativas e intelectuales. Amber lo llamaba «Maestro», pero él ansiaba que llegara el día en que ella ya no fuese su alumna, sino su colaboradora, y aportara a sus obras de no ficción el rigor filosófico que con frecuencia les faltaba, además de llevar a cabo las investigaciones sociológicas que él no tenía ni tiempo ni paciencia para realizar. Ese verano, ella escribió un cuento sobre una joven esposa que se quedaba abatida cuando se daba cuenta de que, al casarse, había perdido

prácticamente toda su independencia. A él le pareció que el texto era muy prometedor y que Amber podría destacar escribiendo cosas en esa línea, aunque todos los esfuerzos que hizo para lograr que se lo publicaran fueron en vano. Estaban destinados a hacer grandes cosas juntos. Él tenía la impresión de haber alcanzado al fin una especie de equilibrio vital: el trabajo, el amor y la vida doméstica se hallaban en perfecta armonía entre él, Amber y Jane. La clave, por supuesto, era la ausencia de celos entre las dos mujeres, que se llevaban extraordinariamente bien. Había un acuerdo tácito según el cual él no le hacía el amor a Amber en Spade House cuando Jane estaba en casa, mientras que Amber, por su parte, jamás desafiaba la soberanía de Jane sobre el hogar, y encontraba formas de echar una mano discretamente.

Una vez, cuando los dos amantes estaban tumbados en la cama de Eccleston Square tras una violación de lo más satisfactoria, comentando lo felices que eran, él le preguntó a Amber qué la había llevado a confesarle que estaba enamorada de él, y su respuesta fue muy interesante:

—Lo hice porque Jane no estaba y teníamos que cuidar a Gip y a Frank. Me encontré por un día en la posición de Jane, haciéndote compañía, diciéndoles a los criados lo que tenían que hacer, llevando a los niños a la cama... Y de repente tuve la sensación de cómo sería estar casada contigo, ser tuya, formar parte de tu vida cotidiana... Y sabía que al día siguiente Jane iba a volver, y que al otro yo me tendría que ir a casa y abandonar toda esperanza de tenerte alguna vez. Porque nunca se me había ocurrido que las dos pudiéramos tenerte, cada una a su manera. Entones me hundí en una terrible desesperación y, cuando empezaste a hablar sobre Winston Churchill en el jardín, no pude soportarlo y te solté que estaba enamorada de ti. Y pensé que así acabaría todo.

—Pero así empezó todo —dijo él, y la besó.

Se basó mucho en Amber para crear a la protagonista de su nueva novela. La joven Catherine Robbins también le sirvió de inspiración, y había algo de Rosamund en la descripción del personaje, pero Amber estaba siempre presente en su imaginación mientras escribía. Era como la modelo de un artista.

Ann Veronica Stanley tenía veintiún años y medio. Tenía el pelo negro, las cejas finas y una tez clara; y las fuerzas que habían

modelado sus rasgos amaban su tarea y le habían dedicado tiempo y esfuerzo, haciéndolos sutiles y refinados. Era esbelta, y a veces parecía alta y caminaba e iba por la vida con la ligereza y la alegría de quien suele sentirse bien, y a veces iba encorvada y preocupada. Sus labios se unían adoptando una expresión que se hallaba entre la satisfacción y un débil vestigio de una sonrisa, y su actitud era reservada y tranquila, pero detrás de esta máscara se sentía extremadamente descontenta y deseosa de libertad y de vida.

Hizo que la lucha de Ann Veronica por liberarse fuera más complicada de lo que había sido para Amber Reeves. Amber se había aprovechado de que su padre se hallaba absorto en sus deberes oficiales y de los principios ilustrados y feministas de su madre para obtener un grado considerable de independencia incluso antes de empezar a estudiar en Newnham, y allí, lejos de casa, fue logrando cada vez más libertad. Veronica no tenía tanta suerte. Dependía económicamente de un padre viudo y muy convencional y vivía bajo la mirada vigilante de su tía solterona, con la que compartían casa. Entre los dos, le impedían explorar el mundo y entablar relaciones con el sexo opuesto. La única manera de escapar de una vida marcada por sus prejuicios burgueses y su mojigatería era rebelarse. Al principio de la historia, el padre de Ann Veronica se niega, por razones morales, a darle permiso a asistir a un baile de disfraces, y ella huye de su casa, situada en las afueras, se instala en una habitación en el centro de Londres y se matricula en el Imperial College of Science, en South Kensington, para estudiar Biología. Allí se enamora de uno de sus profesores, un hombre llamado Capes, que también la ama, pero no sabe cómo reaccionar porque está pasando por una crisis con su mujer, que no quiere divorciarse de él aunque él le ha sido infiel. Mientras tanto, la corteja un decadente poetastro, el señor Manning, que cuenta con la bendición de su padre, pero ella lo rechaza, como tampoco se deja seducir por un avezado libertino, el señor Rammage, que, con gran habilidad, trata de obtener sus favores prestándole dinero para que se pague los estudios.

Disfrutó mucho creando el personaje de Rammage, que era en buena medida un autorretrato bastante hostil. Se trataba de un hombre de mediana edad que había tenido muchas «experiencias con las mujeres, aventuras perturbadoras, absorbentes, interesantes y memorables. Cada una de ellas había sido distinta de las demás, cada una tenía algún elemento propio, un

elemento novedoso y distintivo, una belleza particular. No podía comprender cómo otros hombres podían vivir ignorando aquel interés, que para él era predominante, aquella maravillosa indagación en las diversas personalidades y en las múltiples posibilidades del placer, aquellas expediciones complejas y fascinantes que él llevaba a cabo muy en serio y por medio de las cuales se elevaba hasta la más suprema y apasionada intimidad». Así era como él habría justificado, si alguien lo hubiera desafiado a hacerlo, su condición de mujeriego; pero al presentar a Rammage como el malo de la historia, un hombre sin escrúpulos que se dedica a acosar a la inocente Ann Veronica, pretendía desconcertar a quienes intentaran leer la novela como una *roman-à-clef*, haciendo que el personaje de Capes, su auténtico *alter ego* en el libro, pareciera, por contraste, más convencionalmente honorable y más aceptable como protagonista. Para confundir aún más a esa clase de lectores, también introdujo en la obra a un personaje secundario llamado Wilkins, que era un escritor muy conocido y un miembro de la Sociedad Fabiana dado a polemizar, es decir, alguien fácilmente identificable con el propio H. G. Wells.

Sola en Londres, Ann Veronica conocía a la señorita Miniver, una ferviente sufragista y defensora —sin demasiado criterio— de las ideas más «avanzadas», que la introducía en una serie de grupos como los fabianos, los tolstoyanos, los partidarios de la reforma del vestuario femenino, los partidarios de una reforma de los hábitos alimenticios, además de las sufragistas. Pero, cuando la señorita Miniver afirmaba que la gente más avanzada tendía a «generalizar» en el amor, Ann Veronica la escandalizaba preguntándole si acaso no quería que la amara un hombre.

La señorita Miniver miró casi torvamente a su amiga por encima de las gafas.

—¡No! —dijo al fin, y el tono de su voz le recordó a Ann Veronica al ruido que hace una raqueta de tenis al encordarse—. Nunca he conocido a un hombre cuyo intelecto pudiera respetar.

—¿Y si lo conociera?

—No puedo imaginármelo —dijo la señorita Miniver—. Y piense, piense —añadió, bajando la voz— en esa cosa áspera y grosera.

—¿Qué cosa áspera y grosera? —preguntó Ann Veronica.

—¡Mi querida Vero! —Y entonces bajó la voz aún más—. ¿Es que no lo sabe?

—¡Ah! Sí que lo sé. Pero ¿no le parece que todo lo que decimos sobre esa cosa áspera y grosera son tonterías? Me refiero a lo que decimos las mujeres. Siempre estamos haciendo como si los cuerpos fueran algo feo, pero en realidad son lo más hermoso del mundo.

—¡No! —gritó la señorita Miniver, casi apasionadamente—. ¡Se equivoca! No me imaginaba que usted pudiera pensar nada semejante. ¡Los cuerpos, los cuerpos! ¡Los cuerpos son horribles! Somos almas. El amor se halla en un nivel superior.

Aquella conversación suponía el fin de la influencia de la señorita Miniver sobre Ann Veronica, que se daba cuenta de que enamorarse de Capes consistía, al menos en parte, en sentir una poderosa atracción física hacia él. Cuando él se sentaba delante del microscopio, «ella se fijaba en la forma en que estaba modelada su oreja, en los músculos de su cuello y en las texturas del pelo que le caía sobre la frente, en la curva minúscula y delicada que dibujaba un párpado bajo una ceja», y esto, a su vez, la hacía tomar conciencia de su propia belleza y deseabilidad cuando se desvestía y se miraba en el espejo.

A finales de agosto, había avanzado hasta ahí con el libro, pero ya tenía el resto de la historia bien planeado: Ann Veronica iba a empezar a militar en el movimiento sufragista, sería arrestada y encarcelada y llegaría a la conclusión de que en realidad no formaba parte de aquel grupo de mártires, porque las mujeres que lo formaban odiaban a los hombres y ella no. Se vería obligada a humillarse ante su padre para escapar de las redes de Rammage, pero al final afirmaría triunfalmente su independencia logrando vencer los escrúpulos de Capes y fugándose con él. Tenía muy claramente delineada una escena en la que él le diría sin rodeos: «¿Qué es lo que quieres?», y ella le contestaría: «¡A ti!». Y después se irían de viaje a los Alpes suizos, que era el mejor lugar que conocía para evocar la felicidad, y disfrutarían de una luna de miel idílica sin necesidad de pedirle permiso a nadie. El 15 de septiembre avivó las ganas de Macmillan de ver la novela diciéndole por carta que era «la mejor historia de amor que he escrito nunca».

Al día siguiente, por fin se dio de baja en la Sociedad Fabiana. Describirla a través de los ojos de Ann Veronica (cuando asistió a una gran asamblea de la Sociedad celebrada en Essex Hall, a su protagonista «le causó

un gran impacto la extraña mezcla de asuntos personales y mezquinos con una devoción y un idealismo incuestionables») le sirvió para confirmar la idea de que nunca sería capaz de trabajar en aquella organización sin sentirse frustrado ni tener constantes fricciones. Además, tenía la sensación de que podría ocultar su relación con Amber más fácil y cómodamente si dejaba de asistir a las reuniones de los fabianos y de frecuentar los ambientes en que se movían ellos. Le escribió a Pease diciéndole que dimitía de la Ejecutiva y de la Sociedad y que solo quería continuar como suscriptor y seguir recibiendo información sobre eventos y publicaciones. Afirmó que su motivo principal era la negativa de la sociedad a incluir en sus bases el subsidio a la maternidad, pero también deploró su rechazo al principio de compensación para los propietarios de bienes inmuebles y los dueños del capital, que, en su opinión, era esencial para que el socialismo pudiera avanzar de un modo ordenado en Gran Bretaña. La oportunidad de convertir a la clase media británica al socialismo, escribió, «nos encontró divididos con respecto a la teoría e indecisos con respecto a la acción, y ahora debemos tratar de diseminar y elaborar esas ideas colectivas que todos llevamos en el corazón empleando otros medios y otros métodos». Su dimisión fue aceptada con celeridad y entusiasmo, y el suspiro de alivio que salió de Clement's Inn fue prácticamente audible en Sandgate; tal vez la Vieja Guardia la habría recibido con menos alegría de haber sabido que él ya estaba esbozando el plan de una nueva novela, sobre un hombre desilusionado con el fabianismo que intentaba transformar la sociedad formando una élite de líderes poderosos pero delicados, como los samuráis de *Una Utopía moderna*. A fin de mes ya había terminado *Ann Veronica*, tras una intensa explosión de energía creativa, y ya se la había enviado a Macmillan.

A mediados de octubre, Macmillan le escribió: «Lamento decirle que, tras considerarlo detenidamente, no vemos la manera de asumir la publicación de *Ann Veronica*. Podría explicarle los motivos, pero como sé que usted deplora la crítica literaria por parte de un editor me abstendré de hacerlo». Él estaba seguro de que los motivos no eran en absoluto literarios, y para sonsacárselos, le contestó sumisamente que le encantaría recibir las críticas de Macmillan, ya que estaba seguro de que serían iluminadoras. Unos días después, Macmillan admitía que «me parece un libro muy bien escrito y lleno de elementos atractivos, pero el desarrollo de la trama causaría un desagrado excesivo entre

los lectores que compren los libros publicados por esta editorial». No se trataba de una reacción totalmente inesperada —la novela pretendía ser polémica, y Macmillan era un hombre prudente y conservador por temperamento—, pero él había albergado la esperanza de que el editor superara sus dudas gracias a la animosa sinceridad de la protagonista y la ausencia de descripciones explícitas y provocativas de encuentros sexuales.

El rechazo de su editor habitual fue decepcionante, pero no alteró su fe en el libro, y la decepción no duró demasiado tiempo. Ese mismo día recibió una carta de Stanley Unwin, que acababa de incorporarse a la editorial de su tío, T. Fisher Unwin, y estaba, según decía, «decidido a invertir en el futuro». ¿Acaso el señor Wells tenía un libro nuevo que todavía no hubiera contratado ningún editor? Así era, de modo que el señor Wells contestó: «Muy bien, ¿cuánto daría por todos los derechos (entregas y libro) en los Estados Unidos, Gran Bretaña y las colonias de la versión inglesa de una novela mía que estoy a punto de terminar? Se va a llamar *Ann Veronica*. Será la historia de amor de una chica moderna y dinámica que se hace sufragista y se pelea con sus padres. Podría entregarla, lista para publicarse, antes de fin de año». Después empezaba a alardear sobre las excelentes ventas de sus libros recientes y del ruido que iba a hacer su próxima obra, *La guerra en el aire*, y concluía su carta diciendo: «Hágame una oferta de 1 500 libras pagaderas el 1 de octubre de 1909 y *Ann Veronica* será suya. Prescindiremos del agente». Siempre le había gustado implicarse en las negociaciones económicas de sus obras (quizá fuera el único vestigio que quedaba en su vida de aquel antiguo deseo de su madre, que había querido que fuera un exitoso hombre de negocios), y se sintió bien al llevar a cabo la sutil manipulación de los tiempos verbales por medio de la cual le ocultó a Unwin el hecho de que la novela ya estaba terminada y había sido rechazada por otro editor. No se sintió culpable ni le pareció que aquella fuera una mentira grave; al fin y al cabo, al libro no le vendría mal que lo trabajara un poco más. Su disposición a defender sus intereses fue recompensada de inmediato con un contrato que satisfacía todas sus estipulaciones.

El acercamiento fortuito de Fisher Unwin y sus consecuencias fueron el último golpe de suerte que tuvo durante un tiempo considerable, tanto en el ámbito profesional como en el privado, sin contar con el hecho de que poco

después contrató a una joya de institutriz para los chicos, aunque eso no fuera achacable a la pura suerte, desde luego, sino también al buen criterio que demostró tener Jane cuando entrevistó a la señorita Mathilde Meyer en Londres, entre unas cuantas candidatas más. Gip y Frank, que ya tenían siete y cinco años, eran demasiado mayores como para quedarse a cargo de Jessie, la niñera, y necesitaban un régimen educativo más regular que el que podían proporcionarles sus padres durante los intervalos que les dejaban sus múltiples actividades, pero ni Jane ni él tenían ninguna prisa por exponerlos a los antojos de la escolarización en un centro privado. También estaban de acuerdo en que había que estimular a los niños para que aprendieran otros idiomas desde pequeños, cuando la capacidad para hacerlo estaba en su punto óptimo. La señorita Meyer, que era suiza, y hablaba francés y alemán fluidos, además de inglés, estaba perfectamente cualificada para esa tarea. No tenía ni idea de que la señora Wells que le había ofrecido el puesto era la esposa del famoso escritor hasta que se presentó en Spade House y la hicieron pasar a una habitación llena de libros y de fotos enmarcadas de él, mientras la doncella iba a buscar a Jane al jardín. La señorita Meyer había estado hasta entonces dando clase en un anodino colegio para niñas de Bognor y nunca llegó a perder del todo el aire de incredulidad ante la buena fortuna que le había permitido entrar a trabajar en la casa de los Wells. Esto ayudó a que la relación entre empleadores y empleada resultara más fácil, y también lo hizo el hecho de que la institutriz, aunque tenía un aspecto irreprochable, carecía por completo de atractivo sexual, desde el punto de vista de él. Bajo su tutela, los chicos hicieron un progreso tan veloz en los dos nuevos idiomas que, para gran preocupación de la señorita Meyer, empezaron a combinarlos en un dialecto macarrónico inventado por ellos, pero, cuando él le sugirió que les hablara exclusivamente en francés o en alemán en semanas alternas, el problema desapareció.

Entretanto, el proyecto de la *English Review* comenzó a tomar forma, aunque Hueffer se reveló como un completo inútil para los negocios: no llevaba las cuentas como correspondía, no contestaba las cartas con suficiente rapidez, perdía los manuscritos que recibían e incumplía sus promesas. Por suerte, él se dio cuenta a tiempo de la incompetencia de su socio, de modo que se retiró del proyecto llevándose su inversión, pero ya había firmado un contrato para cederle a Hueffer los derechos para publicar *Tono-Bungay* a

cambio del veinte por ciento de los beneficios que obtuviera la revista durante el tiempo en que aparecieran las entregas de la novela. Pronto se hizo evidente que era muy improbable que la revista obtuviese beneficio alguno bajo la dirección de Hueffer, y que solo podría seguir editándose gracias a los préstamos desinteresados de sus amigos ricos. El hecho de que se retrasara el lanzamiento de la *English Reviews* suponía que se retrasara también la publicación de *Tono-Bungay* para garantizar que al menos la primera de las entregas precediese al libro, de modo que la aparición de la novela hubo de posponerse hasta el nuevo año. Estas frustraciones eran un mal presagio para un libro con el que él había querido reclamar el derecho a que se lo considerara un novelista literario de primera fila, sobre todo teniendo en cuenta que Arnold Bennett al fin había publicado una obra maestra aquel otoño, *Cuento de viejas*.

Siempre había habido un elemento competitivo en su amistad, ya que, como ambos eran escritores inmensamente populares de una extracción social bastante humilde, los críticos solían asociarlos y compararlos. Habían logrado superar su rivalidad y mantener una relación cordial criticándose mutuamente con humor y atemperando dichas críticas por medio de elogios que no siempre eran falsos. Pero, en aquel caso, él no tuvo nada que criticar y sus elogios fueron sinceros: «Es el mejor libro que he leído este año, y ha habido dos o tres muy buenos —le escribió a Bennett—. Estoy seguro de que le reportará el respeto de todos los distinguidos críticos que en este momento están tomando el biberón, aunque no vuelva a escribir ni una línea. Todo tiene un nivel tan alto que uno no sabe por dónde empezar a alabarlo (...). ¡Qué sabiduría, qué detalles, qué energía! No decae ni por un momento». Bennett le contestó en su estilo epistolar habitual, mucho más conciso y un tanto oscuro: «¿Qué puedo responder a sus comentarios? Me han emocionado considerablemente. Y seguro que usted también estaba emocionado, ya que no escribe a menudo en esos términos». Lo cual era cierto; le había llevado cierto tiempo contener la envidia y sentarse a escribir. No consideraba que *La guerra en el aire*, que había salido ese mismo mes, estuviera entre los libros «muy buenos» publicados a lo largo del año, ni esperaba que Bennett lo pensase. Su novela había hecho lo que se esperaba de ella: había vendido bien, había recibido buenas críticas en los tabloides y reseñas un tanto condescendientes en la prensa seria. *Tono-Bungay* era el libro adecuado para medirse con *Cuento de*

viejas, y lamentaba profundamente haber permitido que el incompetente de Hueffer se acercara a él.

Muy disgustado, recurrió a las dos mujeres de su vida en busca de consuelo: con Jane podía quejarse de las negligencias de Hueffer sabiendo que ella comprendería todos los aspectos implicados —la dimensión económica, la publicidad, las ventas, la recepción crítica— y empatizaría con su angustia, mientras que con Amber, que apenas tenía experiencia en nada relacionado con el mundo editorial, y sentía muy escaso interés por esas cosas, hallaba alivio y se relajaba cuando se veían, de vez en cuando, para hacer el amor apasionadamente. Sus encuentros seguían siendo maravillosos, pero la tranquilidad postcoital que le proporcionaban era efímera. Además, de lo que ella decía como sin darle importancia, se desprendía que no estaba haciendo grandes progresos en su investigación. Se había matriculado en la London School of Economics para hacer un posgrado, pero su existencia era mucho más solitaria que antes y muy distinta de la que había disfrutado en Cambridge, donde había un amplio programa de clases y tutorías y una gran abundancia de actividades extracurriculares, además de que contaba con los cuidados atentos y serenos del personal académico de Newnham y el constante estímulo y apoyo de sus colegas estudiantes. Ahora vivía en el hogar familiar y a veces se quedaba trabajando allí, sola en aquella casa grande y fría de Kensington, mientras sus padres y sus hermanos estaban fuera, dedicados a sus respectivas actividades. En otras ocasiones se iba a la sala de lectura redonda del Museo Británico, donde se sentía intimidada, más que inspirada, por los innumerables libros que cubrían los muros y las galerías en los que se apoyaba la cúpula, por los inmensos volúmenes forrados en cuero y pesados como adoquines que constituían el catálogo y que se hallaban colocados en círculos concéntricos en el centro de la sala, y por la diligencia de los estudiosos que ocupaban las mesas que había a su alrededor, dedicados a leer muy concentrados y a tomar notas constantemente, como si supieran lo que estaban haciendo. Su director de tesis no era Wallas, sino el profesor L. T. Hobhouse, un hombre distinguido al que acababan de poner al frente de la cátedra de sociología de la London School of Economics, pero lo cierto es que a él no le interesaba demasiado su proyecto y apenas le proporcionaba ayuda para llevarlo a cabo. Le dijo que escribiera un boceto de su tesis y un capítulo de muestra para comentárselos, pero ella parecía incapaz de centrarse en esta tarea y realizarla.

El principal foco de interés de su vida era su romance, y no podía guardar el secreto. Él entendió su deseo de confesárselo a su madre y estuvo de acuerdo con que debería hacerlo, confiando en que las ideas teóricas de Maud sobre la autonomía de las mujeres incluirían también a su hija, que ya tenía veintiún años y era libre tanto desde el punto de vista moral como legal. Según le contó Amber, Maud se quedó muy impresionada por aquella revelación, además de asustada ante las posibles consecuencias, pero aceptó a regañadientes su relación como un *fait accompli* y la ayudó a ocultársela a Pember Reeves, con la evidente esperanza de que el romance concluyera pronto y sin que él llegara a enterarse. De hecho, habría sido difícil no levantar las sospechas de Reeves sin la cooperación de Maud, que ayudó a Amber a ocultar algunos de sus movimientos a pesar de que nunca quiso admitir que sabía nada sobre el asunto. En las pocas ocasiones en que él coincidió con ella, Maud se mostró educadamente cordial con él, pero evitó con mucho cuidado cualquier oportunidad para confidencias íntimas, y lo mismo hizo con Jane.

—No es que yo estuviera buscando un *tête-à-tête* —le contó Jane a su marido cuando salían de una fiesta en la que habían visto a Maud—. De hecho, me daba bastante miedo que me abordara, como harían casi todas las madres en tales circunstancias. Pero se ha limitado a sonreír ligeramente y a charlar de cualquier cosa hasta que se nos ha acercado otra persona.

Él tenía la teoría de que Maud consideraba la aventura amorosa de su hija y sus ramificaciones de un modo similar a como los devotos de la ciencia cristiana consideraban la enfermedad y sus síntomas: como ilusiones irreales que acabarían desapareciendo si uno las ignoraba.

Los primeros indicios de que Amber había compartido su secreto con otras personas le llegaron por medio de Sydney Olivier, que había vuelto de Jamaica para las vacaciones de diciembre. Habían quedado a comer en el Reform y Sydney lo sorprendió al preguntarle, bastante al principio de la conversación y en un tono espontáneo y confianzudo:

—¿Y cómo está Amber?

—¿Amber Reeves? Está bien, creo —dijo, titubeante—. ¿Por qué lo pregunta?

Olivier sonrió sardónicamente y tomó una cucharada de su sopa de rabo de buey.

—He oído que usted y ella tienen una relación bastante estrecha.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó él, concentrándose en sus gambas en salsa de nuez moscada.

—Mi hija Marjery. Se lo contó la propia Amber.

—Ah —dijo él, ocultando su consternación lo mejor que pudo—. Amber ha sido muy indiscreta. Espero que Marjery haya respetado la confianza depositada en ella.

—Me temo que ya es un poco tarde para eso, Wells —dijo Olivier—. Marjery no es la única en la que Amber ha depositado su confianza. Lo saben hasta los catedráticos. Todo el *college* habla de sus amores con gran interés.

—¡Maldita sea! —dijo él en voz baja, y echó un vistazo a las mesas vecinas para ver si alguien había oído los comentarios de Sydney. Sabía que Amber había ido algunas veces a Cambridge, a ver a sus amigos de allí, entre sus encuentros amorosos en Eccleston Square, y evidentemente no había podido evitar jactarse de su apasionante aventura ante ellos.

Olivier se terminó su sopa y se limpió la barba y el bigote, perfectamente recortados, con una servilleta.

—Yo ya pensé que podía haber algo cuando lo vi entrar en los aposentos de Ben Keeling con Amber el pasado mes de mayo. Usted tenía el aspecto de un gato que se acabara de comer un plato de nata —dijo—. Como padre de cuatro hijas, tendría que desaprobarme enérgicamente su conducta, cosa que hago. Pero, con mi parte más vulgar, siento cierta admiración por el éxito que tiene usted con esas jóvenes guapas e inteligentes a las que dobla en edad. ¿Cómo lo hace?

—Me gustaría que supiera, Olivier —dijo él con mucha seriedad—, que no estamos hablando de una historia de seducción caprichosa. Estamos muy enamorados. Jane está al tanto de todo.

Olivier alzó las cejas.

—¿Jane lo sabe? ¿Y no le importa?

—Se lleva fenomenal con Amber. Hay muchas personas supuestamente «avanzadas» que afirman que están a favor de esta clase de relaciones personales, pero son demasiado pusilánimes como para llevarlas a la práctica. Nosotros lo estamos haciendo.

Olivier negó con la cabeza.

—Bueno, pues le deseo suerte, Wells. Pero no creo que pueda poner en marcha una revolución sexual usted solo. —Olivier hizo una pausa antes de añadir secamente—: Aunque la palabra *solo* no sea la más adecuada en este contexto.

Esta noticia estropeó un encuentro que él había esperado con ganas, y fue incapaz de entender —de hecho, apenas le prestó atención— la exposición que hizo Olivier de los problemas sociales, políticos y económicos de Jamaica. Se marchó lo más pronto que le permitieron las reglas básicas de la educación, y se dirigió a toda prisa al Museo Británico con la esperanza de encontrar allí a Amber. Tuvo que renovar su carnet, que había expirado, antes de poder entrar en la sala de lectura y ponerse a buscarla. Por las altas ventanas entraba cada vez menos luz. Aquel había sido un día neblinoso, y había entrado un poco de niebla en el gran espacio abovedado, oscureciéndolo aún más, de modo que, mientras recorría la sala en busca de Amber, pensó que las lámparas que había sobre las mesas parecían farolas callejeras de una ciudad en miniatura llena de calles curvas y rotondas. Al fin la encontró, con la mirada perdida, mordisqueando un lápiz, con un grueso volumen abierto delante de ella. Amber se sobresaltó cuando él le apoyó una mano en el hombro y su rostro se iluminó cuando lo reconoció, para palidecer un instante más tarde, al darse cuenta de que él la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —le dijo.

—Tenemos que hablar —susurró él, consciente de que los lectores cercanos lo estaban mirando mal, y esperó a que ella recogiera sus libros y los llevara al mostrador, donde se los reservarían hasta el día siguiente.

Para tener un poco de privacidad, la condujo fuera del edificio hasta uno de los extremos del gran pórtico, que aquella tarde húmeda y deprimente se encontraba desierto, salvo por unas pocas palomas con las alas tiznadas de hollín que iban de un lado a otro pavoneándose. Le dijo a Amber que se sentara en un banco y le reprochó su indiscreción.

—Solo se lo dije a algunos amigos íntimos... y a un par de catedráticos —protestó ella—, y todos me juraron que guardarían el secreto.

—Claro, claro, y seguro que sus amigos también les juraron que guardarían el secreto cuando se lo contaron, ¿verdad? Ya deberías saber que en Cambridge los cotilleos se extienden como la pólvora. No entiendo por qué sigues yendo tanto.

—Porque en Londres me siento sola. Ya sé que solo podemos vernos de vez en cuando, y lo acepto, pero el resto del tiempo tengo que hablar con alguien, y casi todos mis amigos están en Cambridge.

Él se dio cuenta de que se encaminaban hacia su primera riña de amantes, pero no pudo contenerse y siguió interrogándola.

—De acuerdo, pero ¿por qué tienes que hablarles de nosotros?

—Porque es lo que más me importa del mundo —dijo ella con franqueza, mirándolo fijamente con sus grandes ojos negros.

Él se derritió inmediatamente, la estrechó entre sus brazos y la besó. Tras decirse unas palabras amorosas y besarse de nuevo, él retomó la conversación:

—Siento mucho que te sientas sola en algunos momentos, Dusa. ¿No conoces a nadie en Londres?

—Solo conozco a Rivers, si te refieres a alguien con quien pueda hablar...

—¿Rivers?

—Rivers Blanco White.

—¡Ah, ese! —Se trataba de un joven miembro de la Sociedad Fabiana, un chico bastante agradable que había estudiado en Cambridge y que ahora, mientras se dedicaba a prepararse profesionalmente, vivía en una residencia del Colegio de Abogados. Él sabía quién era, pero, al preguntarle a Amber si no conocía a nadie en Londres, estaba pensando en alguna amiga chica—. ¿Lo conoces bien?

—Muy bien —dijo Amber—. Cuando estaba en segundo, en Cambridge, me dijo que quería casarse conmigo.

—¿Qué? Nunca me lo habías dicho.

Amber se encogió de hombros.

—No vi ninguna razón para hacerlo. Parece como si hubiera pasado muchísimo tiempo. Yo era otra persona, entonces.

—¿Y tú lo rechazaste?

—No exactamente. Lo hablamos y decidimos que no era buena idea. Y la verdad es que no lo era. Los dos éramos demasiado jóvenes e inmaduros, sobre todo yo. Rivers es unos años mayor. Ya se había licenciado, y estudiaba Derecho para ir después a Lincoln's Inn. Pero estaba enamorado de mí y tenía miedo de perderme si no nos prometíamos antes de que se marchara.

—¿Y tú estabas enamorada de él?

—Bueno, eso era lo que yo creía, pero, en realidad, lo único que quería era acostarme con él, cosa que tendríamos que haber hecho: habría sido lo más sensato, desde luego —dijo Amber, sonriendo al acordarse de algo—, pero yo sabía que Rivers se habría quedado de piedra si yo se lo hubiera propuesto, y él era demasiado convencional y caballeroso como para proponer algo semejante. Incluso se sentía culpable por el hecho de que nos diéramos besos sin estar prometidos.

¿Qué clase de besos?, quiso preguntar él. ¿Besos apasionados, besos con la boca abierta, con las lenguas retorciéndose una contra otra, los cuerpos apretados, los miembros entrelazados...? De repente, se sintió dominado por un ataque de celos que le daba vergüenza confesar, de modo que, en lugar de decir nada que revelara sus sentimientos, le hizo una pregunta trivial:

—Oye, por curiosidad, ¿de dónde ha sacado ese nombre ridículo y tautológico?

—Uno de sus antepasados era un irlandés que se apellidaba White. Emigró a España en el siglo xviii y se cambió el apellido y se puso Blanco. Pero el bisabuelo de Rivers, Joseph Blanco, se marchó de España en torno a 1810 y se estableció en Inglaterra, donde se hizo llamar Blanco White.

—Y el nombre, Rivers, parece el apodo de un niño pequeño —se burló—. Es un nombre muy raro también.

—Es su segundo nombre, siguiendo una vieja tradición familiar. Su primer nombre es George.

—¿Y todavía lo ves?

—Sí, claro, lo veo bastante. A veces cogemos el metro hasta el final de la línea y damos un paseo por el campo.

Él la miró fijamente.

—¿Por qué no me lo habías contado nunca?

Bajo sus largas pestañas, la mirada de Dusa adquirió un toque felino y taimado.

—Pensaba que a lo mejor te ponías celoso.

—¡Hum! —Él desvió la mirada, recorrió el patio ahora iluminado por lámparas de gas, cada una de las cuales irradiaba un halo de niebla. Los visitantes y los estudiantes comenzaban a marcharse del museo, pues ya se

acercaba la hora de cerrar, y descendían por la ancha escalinata para dirigirse hacia la puerta de Great Russell Street; a los estudiantes se los distinguía por sus maletines—. ¿Debería estarlo? —preguntó.

—¡Por supuesto que no...! Yo estoy enamorada de *ti*, y Rivers lo sabe.

—¿Se lo has contado? —Se giró y la miró acusatoriamente—. ¿Le has contado lo nuestro también a él?

La expresión de la cara de Amber cambió; volvió a ponerse a la defensiva.

—Tuve que hacerlo —dijo.

—¿Por qué?

—Para que dejara de hacerme la corte.

—Así que él sigue enamorado de ti, ¿no?

—Bueno, él cree que sí. Pero nuestra amistad es completamente platónica.

—Por lo que a ti respecta, puede ser. Pero ¿y él? ¿Qué piensa de nuestra relación?

—Le parece mal, por supuesto, pero...

—¡Le parece mal! ¡Apuesto a que sí! ¡Si yo estuviera en su posición, querría matarme!

Amber soltó una carcajada.

—¡No tienes que preocuparte por eso! Es abogado.

—No tiene gracia, Dusa —dijo él con gran severidad—. Puede que no intente asesinarme literalmente, pero podría causar muchos problemas. Imagínate que se lo cuenta a tu padre.

—No lo hará. Antes de contárselo, le hice jurar que guardaría el secreto. Y, a diferencia de mis amigos de Cambridge, Rivers se toma los juramentos muy en serio.

—¡Hum! —volvió a refunfuñar él.

—¿Estás enfadado conmigo, Maestro? —le preguntó ella en voz baja.

—Bueno, sí, la verdad es que sí —dijo él—. Si tanta gente sabe lo nuestro... antes o después va a haber problemas.

—Lo siento, Maestro. Pero yo te quiero, y eso es lo único que importa, ¿no?

Después de aquello, lo único que podía hacer era llevar a Dusa a Eccleston Square en una berlina y sofocar sus celos y sus dudas poseyéndola con una pasión tan violenta como ella pudiera soportar. En el coche, le susurró

al oído lo que pensaba hacerle, y notó cómo ella empezaba a temblar debido a una mezcla de excitación y miedo. Amber le plantó batalla con mucha entereza, y después se besaron tiernamente los arañazos y las mordeduras y se quedaron acurrucados como bebés. Era única.

Él no tenía ninguna duda de que en Londres circularían rumores en los que aparecían tanto el nombre de Amber como el suyo, pero a sus oídos no llegó ningún cotilleo, quizá porque se mantuvo alejado de la metrópolis durante la Navidad y el principio del año. Para amenizar las vacaciones, inventó un nuevo juego de guerra con los soldaditos de juguete, de los que sus hijos ya tenían una estupenda colección: ejércitos, o al menos batallones, de caballería e infantería, perfectamente uniformados. La reciente invención de un cañón de retrocarga de juguete, que se podía comprar en Hamley's y con el cual, si uno apuntaba bien, podía derribar a varios soldados a la vez disparando un pequeño proyectil desde una distancia de hasta cuatro metros, había ampliado enormemente las posibilidades de esa clase de juegos. Él había ideado uno que consistía en una serie de turnos cronometrados para maniobrar y disparar y que podía tardar horas en concluir. Esta actividad atrapaba a los adultos tanto como a Gip y Frank, o incluso más, como solía comentar Jane cuando iba en busca de su marido y sus invitados varones y se los encontraba tirados en el suelo de la sala de juegos que había en el desván, desplazando a los soldaditos por un paisaje en miniatura construido con bloques de madera, trozos de cartón y ramitas de algún árbol de hoja perenne, y atravesado por un río que habían dibujado con tiza azul en el suelo de linóleo, discutiendo a gritos sobre las reglas, mientras Gip y Frank se quedaban reducidos a meros espectadores.

Masterman, que había ido a visitarlos con Lucy en enero y se había instalado en el pueblo, estaba completamente fascinado con el juego y aportó algunas mejoras. Había ido a Sandgate para empezar un nuevo libro llamado *La enfermedad de Inglaterra* y había estado leyendo, muy entusiasmado, las entregas de *Tono-Bungay* a medida que iban apareciendo en la *English Review*.

—Es exactamente como el libro que quiero escribir yo, pero en novela — dijo Masterman—. Pienso citarlo copiosamente, si me lo permite.

El día en que se marchaban, él le dio a Masterman una versión preliminar

del libro y recibió una respuesta muy satisfactoria poco después: «Lo estuve leyendo en el tren de vuelta a Londres y apenas pude evitar ponerme a gritar y a enseñárselo a los desconcertados pasajeros blandiéndolo delante de sus narices, pues me di cuenta de que tenía en la mano una obra maestra». Beatrice Webb mostró menos entusiasmo al acusar recibo de su ejemplar, y le dijo que le había gustado más *La guerra en el aire*. Aguijoneado por esta perversa opinión, él reaccionó con desdén ante el regalo con que ella le había correspondido, el primer volumen del *Informe particular sobre la Ley de protección a los pobres* en el que Sidney y ella habían estado trabajando durante unos cuantos años. «No queda clara en absoluto la diferencia con el Informe general, y su argumentación resulta muy poco convincente. Quizá mis expectativas eran demasiado elevadas, pero, en cualquier caso, me pregunto qué cree usted que está haciendo», le escribió. Ella contestó irónicamente: «Qué carta tan interesante. Ocupará un lugar de honor en mi diario, pues es un documento sagrado». Un tanto escarmentado, él respondió: «Tal vez mi carta fuera un poco mezquina, pero el deseo de atacar su estupenda obra como usted atacó la mía y de resultar sumamente antipático era demasiado grande». Unos días después, ella se disculpaba por sus comentarios sobre *Tono-Bungay* e incluso le proponía que retomaran el contacto, con lo cual él se sintió muy aliviado. No tenía la menor intención de volver a relacionarse con ellos, pero aquel acercamiento le resultó reconfortante, ya que implicaba que, si los Webb se habían enterado de su relación con Amber, no pensaban hacer un drama al respecto.

Las primeras reseñas de *Tono-Bungay*, aparecidas tras la publicación del libro en febrero, fueron muy variadas. La que más placer le proporcionó fue, sorprendentemente, la del *Daily Telegraph*: «Salvo que nos equivoquemos mucho —escribía el anónimo reseñista—, *Tono-Bungay* es una de las novelas más importantes de la época moderna, uno de los análisis más honestos y audaces de los riesgos y peligros del mundo contemporáneo que un escritor se ha atrevido a ofrecer a su propia generación». Bennett se mostraba igualmente laudatorio en *New Age*, pero eso no le llamó tanto la atención. La crítica del *Spectator*, dado su historial de hostilidades hacia él y su obra, era mejor de lo que había esperado: aunque deploraba su «insistencia en el tema del sexo, que pasa de lo monótono a lo escabroso», elogiaba «los pasajes en que el señor Wells se ve arrastrado a la elocuencia por la contemplación de la

majestuosidad o la miseria de Londres, y por la magia de su antiguo río. El lado romántico del enloquecido juego de las aventuras comerciales y periodísticas modernas; las diversas artimañas que se emplean para imponer inútiles mercancías a un público crédulo e inocente y enriquecerse a toda velocidad; todo esto se describe con un enorme brío». Cuando vio que la reseña del *Daily Chronicle* iba firmada por Hubert Bland, se preparó para recibir una paliza verbal, pero Bland era un periodista demasiado avezado como para dejar translucir su animosidad personal, y era consciente de que un tono de apática decepción, viniendo de un antiguo admirador, resultaría más doloroso para él. Bland consideraba que la novela era «bastante incoherente, por no decir caótica (...). La costumbre del señor Wells de permitir que su pluma vague sin rumbo fijo está empezando a pasarle factura. Muy pronto, el artista que nos ofreció *El amor y el señor Lewisham* habrá dejado de existir. Nos quedará solo un Sterne de poca monta».

Tras tantos esfuerzos depositados en esta novela, que le había generado tantas esperanzas y tanta ansiedad, la publicación fue un auténtico anticlímax. No fue aclamada unánimemente como una obra maestra, pero tampoco fue universalmente condenada. No perdió la fe que tenía en la novela debido a las críticas, pero se dio cuenta de que, si su obra estaba destinada a dejar huella, lo haría poco a poco, con el tiempo. Entretanto, decidió, seguiría con la corrección de *Ann Veronica*. Entre otras cosas, añadió un epílogo en el que aparecían Ann Veronica y Capes cuatro años después de su fuga, de vuelta en Londres, casados (pues la mujer de Capes ha aceptado divorciarse) y disfrutando de una buena posición económica (él ha tenido éxito como dramaturgo). En la escena en cuestión han invitado a cenar al señor Stanley y a su hermana, con quienes Ann Veronica, que está esperando un bebé, finalmente se ha reconciliado. Era un final feliz muy forzado, concebido para apaciguar los recelos que Fisher Unwin pudiera tener con respecto a la recepción del libro en las bibliotecas públicas, y no estaba particularmente orgulloso de él, pero trató de tranquilizar su conciencia dándole a Ann Veronica un largo parlamento en el que la protagonista del libro admitía sentir cierto hastío ante la vida de respetabilidad y abundancia que se extendía ante ella, y le pedía a su marido: «Ni siquiera cuando seamos ancianos, cuando seamos todo lo ricos que lleguemos a ser, nos olvidaremos de la época en que no nos importaba nada más que la alegría del otro, en que lo arriesgábamos todo por el otro, en

que todas las cosas que envuelven y protegen la vida parecían haber caído, dejándonos a la intemperie. ¡Los dos desnudos! ¿Te acuerdas de todo eso? (...) ¡Dime que nunca lo olvidarás!».

Durante las primeras semanas del nuevo año, siguió viendo a Amber en Londres, además de invitarla ocasionalmente a Spade House, sin que le llegara ningún comentario ni condena por su comportamiento. Comenzó a pensar que su reacción al descubrir las indiscreciones de ella había sido exagerada, pero a finales de febrero se produjo un acontecimiento inesperado y alarmante. Una tarde, recibió un cable que se había enviado desde una oficina de correos de Kensington y que decía: «Padre lo sabe. Tengo que verte. Dusa». Él contestó con otro cable: «Eccleston Square mañana a las once». Aquella noche durmió mal.

Amber tenía llave del apartamento y lo estaba esperando cuando llegó, acurrucada junto a la estufa de gas. Hacía un día frío y el cielo se veía completamente cubierto a través de las ventanas mugrientas. La habitación que tan bien conocía le pareció deslucida y sombría sin la expectativa de alivio sexual con que siempre llegaba allí. Se abrazaron y ella se quedó aferrada a él, como si no quisiera soltarlo, pero al final se sentaron y Amber le contó lo que había sucedido.

—Rivers fue a hablar con Padre y le dijo que somos amantes.

—¿Qué? ¡Pero si te había jurado que guardaría el secreto!

—Lo sé.

—¡Ese mierdecilla! —El impropio se le escapó sin que pudiera hacer nada para evitarlo—. Perdona mi lenguaje, Dusa, pero es una verdadera ignominia. Lo había jurado.

—Bueno, no era exactamente un juramento —dijo ella, un tanto avergonzada—. Era más bien una promesa, y ayer me advirtió que iba a incumplirla. Le supliqué que no lo hiciera, por supuesto, pero él me dijo que no podía quedarse de brazos cruzados viendo cómo yo me arruinaba la vida. Me dijo que iba a contarle a Padre que seguía enamorado de mí y que quería casarse conmigo, si yo te dejaba. Parecía creer que de esa manera estaba bien faltar a su palabra. Yo le dije que no se me ocurriría casarme con él bajo ningún concepto, pero no sirvió de nada. Se fue directo al despacho de Padre y se lo contó. Y luego Padre me montó una escena terrible en casa, claro. Les

dijo a Beryl y a Fabian que se fueran a sus cuartos, nos metió a Madre y a mí en su estudio, cerró la puerta con llave y nos estuvo gritando, furioso, durante una hora. La pobre madre no paraba de llorar. Padre dijo que yo había deshonrado a la familia, que Madre había hecho la vista gorda y lo había engañado y que las dos habíamos arrastrado la reputación de las mujeres neozelandesas por el fango. Y no pienso contarte lo que dijo de ti...

—¡Me lo imagino! —dijo él lúgubrementemente—. Pero ¿qué dijiste tú?

—Bueno, yo te defendí, por supuesto. Dije que te amaba y que tú a mí también. Que Jane lo sabe y le parece muy bien. Que hay una relación muy especial entre los tres y que pensamos que podría ser un modelo para las generaciones futuras. Y que yo ya tenía veintiún años y era libre de tomar decisiones por mí misma y de elegir cómo quería vivir.

—¿Y él qué te dijo?

—Amenazó con echarme de casa y borrar me de su testamento, como un personaje de un melodrama victoriano, y madre dijo que eso era lo mejor que podía hacer si lo que quería era armar un escándalo, y entonces él reculó un poco y la acusó de haberme animado a ir a Cambridge, porque según él, ese fue el comienzo de mi decadencia moral. Entonces empezó a hablar maravillas de Rivers, y dijo que era un joven estupendo y que yo era muy afortunada por el hecho de que él todavía quisiera casarse conmigo a pesar de que yo ya estaba «mancillada», como dijo con gran delicadeza, y que, si a mí me quedara un ápice de conciencia y la mínima consideración por mí misma y por la familia, aceptaría la propuesta matrimonial de Rivers inmediatamente, en cuyo caso podría evitarse el escándalo y él estaría dispuesto a perdonarme.

—¿Y tú qué dijiste ante eso?

—Dije que no me casaría con Rivers ni aunque fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra. Lo cual no es cierto, en realidad, ya que me cae bien y sé que está haciendo lo que cree que es correcto, pero yo quería dejar claro que nada podría interponerse entre tú y yo.

—Y nada se interpondrá, Dusa —dijo él, extendiendo una mano y apoyándola sobre la de ella—. No lo permitiré.

Al final, esa mañana hicieron el amor, no con el alegre desenfreno habitual, sino de un modo sencillo, casi triste, como si aquello fuera una señal de su determinación a que nada los separara. Pero, a medida que fueron

pasando los días y las semanas, él comenzó a sentirse cada vez menos seguro respecto a las consecuencias que tendría su relación con Amber. Pensó que Pember Reeves no sería más capaz de guardar el secreto de su ultraje de lo que lo había sido su hija de guardar el secreto de su historia de amor. Se enteró por diversas fuentes de que Reeves andaba contándoles a sus amigos que «el canalla de Wells» había seducido a su hija y jurando venganza. Se decía que el alto comisionado se había procurado una pistola con la intención de pegarle un tiro, y, según una escabrosa versión del relato, todos los días, a la hora de comer, se sentaba en la ventana mirador del Savile Club, al que los dos pertenecían (de hecho, Pember Reeves era el que lo había propuesto como miembro), con un revólver cargado y esperando a que apareciera el canalla, lo cual asustaba tanto a los demás miembros que le habían pedido que se diera de baja. Era evidente que todos esos rumores no eran más que tonterías, ya que él, muy prudentemente, se había dado de baja del Savile el pasado verano; pero, por otra parte, estaba convencido de que algo de verdad habría en ellos, y para Amber la situación se había vuelto muy estresante. La pobre chica recibía una intensa presión por parte de su padre para que se casara con Blanco White o para que le exigiera a él que se divorciara de Jane y se casara con ella.

—En caso contrario —bramaba—, no tendrás una posición decente en la sociedad.

Maud, que estaba muy alterada por la exposición pública de la aventura de su hija, y se sentía culpable por el papel que había desempeñado en ella, aparcó sus principios feministas y se alineó con su marido, dedicándose a ensalzar los méritos de Blanco White, aunque admitía que Amber todavía podía salvarse de la deshonra social si cortaba toda relación con su amante de inmediato.

—Pero yo no quiero renunciar a ti, y tampoco quiero que te divorcies de Jane. No lo he considerado ni por un instante —le dijo Amber, entre sollozos, durante una de sus numerosas conversaciones sobre el tema—. ¿Qué puedo hacer?

Él le propuso que se fuera de casa y viviera de forma independiente en un apartamento que le pagaría él, pero la imagen que esta idea evocó en Amber se parecía demasiado al estereotipo de la amante mantenida como para que ella pudiera sentirse cómoda con ella.

Un día, a finales de marzo, Amber lo llamó por teléfono al Reform y le pidió que se presentara cuanto antes en la habitación de Eccleston Square. Parecía estar muy alterada emocionalmente.

—He tomado una decisión, Maestro.

—¿Qué decisión, Dusa?

—Ven —le dijo, y colgó el teléfono.

Él tomó un taxi rumbo a Pimlico, temiendo que ella le dijera que debían separarse. La idea de perder a Dusa, de perder a aquella criatura encantadora, deseable e inteligente, de no volver a tenerla desnuda entre sus brazos y, peor aún, imaginársela entre los de Blanco White, cruzando los tobillos por detrás de su cabeza, le resultaba sencillamente insoportable. Pero cuando entró en la habitación y ella le sonrió y le echó los brazos al cuello, supo que la decisión que había tomado Amber no era la que él temía. En cualquier caso, cuando ella se la comunicó, se quedó muy impresionado.

—¡Hazme un hijo! —le pidió.

—¿Un hijo? ¿Por qué?

—Si me quedo embarazada, no pueden hacer que me case con Rivers, porque él no me aceptaría. Y, si traigo al mundo a un hijo tuyo, siempre tendré algo de ti, pase lo que pase.

—¡Dusa, eres maravillosa! —dijo él, y la abrazó, eufórico y aliviado, dejándose llevar por el temerario romanticismo de aquella idea. Empezó a hacer planes para adoptar al niño; quizá incluso convendría fingir que era de Jane y que Amber viviera con ellos en calidad de amiga, secretaria, colaboradora... Si los Bland se habían salido con la suya, ¿por qué no iban a hacerlo ellos?

Por lo tanto, se pusieron manos a la obra en ese mismo momento, con más alegría que nunca, pues ya no tenían que tomar precauciones. Ahora sí que estaban verdaderamente cerca, sin que una membrana de goma se interpusiera entre ellos. Amber soltó un grito tremendo cuando llegó al orgasmo, y después, cuando yacía lánguidamente entre los brazos de él, dijo:

—Estoy segura de que me he quedado embarazada.

Él se rio.

—Solo la Virgen María lo supo tan pronto —dijo.

—Puedes burlarte todo lo que quieras —dijo ella—, pero he notado cómo

sucedía dentro de mí.

—Bueno, para asegurarnos, deberíamos repetir el procedimiento todas las veces que sea posible —dijo él, y le propuso que volvieran a verse al día siguiente, por la tarde.

Él fue el primero en llegar, y vio por la ventana cómo ella doblaba la esquina de la plaza y se acercaba a la casa. Andaba con prisa, pero sus movimientos y la expresión de su rostro parecían denotar más ansiedad que deseo, y, en cuanto entró en la habitación, él se dio cuenta de que traía malas noticias.

—Prométeme que no te vas a enfadar conmigo —le dijo ella.

—¿Qué has hecho ahora, Amber? —preguntó él.

—Dusa.

—¿Qué has hecho, Dusa?

—Esta mañana he visto a Rivers. Le he dicho que estaba embarazada de ti.

—¡Por el amor de Dios, Dusa! —exclamó él—. No hay manera de que sepas eso todavía. No lo vas a saber hasta dentro de un mes, por lo menos. ¿Por qué demonios se lo has dicho?

—Ya te dije ayer que estaba segura, pero, aunque me equivoque, antes o después será cierto. No quería tener que pasarme unas semanas esperando para decírselo. Quería quitármelo de encima de una vez, quiero decir, ese plan ridículo y caballeroso suyo de casarse conmigo para salvarme de tus garras. Estaba seguro de que se apartaría de mí con asco si le decía que estaba embarazada de ti.

Entonces Amber hizo una pausa muy significativa.

—¿Quieres decir que no se apartó?

—Parecía horrorizado, y dijo algunas cosas de ti que no pienso repetir, y luego se puso a andar de un lado a otro en silencio, pero al final me dijo que no le importaba, que todavía me ama y que quiere casarse conmigo.

—¿De verdad...? —preguntó sombríamente él.

Estaba empezando a sentirse bastante intimidado por la obstinada insistencia de aquel joven.

—Y también me dijo que así se lo plantearía a Padre.

—¡Dios mío! —gruñó él.

—Lo que me da miedo es que Padre intente obligarme a que me case con

Rivers para salvaguardar el honor de la familia. No es que pueda hacerlo, desde luego... Pero va a haber unas escenas terribles. Y madre lo va a apoyar, lo sé. ¿Qué podemos hacer?

Él se quedó pensativo unos instantes.

—Tendremos que escondernos en alguna parte —dijo al fin—. Huir a algún sitio donde no puedan encontrarnos, donde podamos estar tranquilos y reflexionar sobre todo esto. Nos iremos a Francia por una temporada.

A Amber se le iluminó la cara.

—¡A Francia! —dijo, dando palmas—. Qué idea tan maravillosa.

Jane, como de costumbre, reaccionó como una santa; pero como una santa perpleja y un tanto escéptica, eso sí.

—¿Vas a fugarte con Amber a Francia y a tener un hijo con ella? —preguntó cuando él le anunció sus planes—. ¿Crees que es una buena idea, H. G.? ¿Va a servir para que la situación mejore?

—No vamos a «fugarnos» en el sentido habitual del término, Jane —dijo él—. Solo queremos estar solos y que nos dejen en paz durante un tiempo para poder pensar con serenidad. Amber no quiere que te deje; eso es algo que siempre ha tenido claro.

—Sí, ya lo sé. Confío en Amber, y le tengo mucho cariño. Pero ¿acaso tener un bebé va a solucionar algo? ¿No va a suponer otro problema?

Cuando él hubo terminado de exponer los argumentos a favor de la gran «decisión» de Amber, que le parecían más débiles cuanto más profundizaba en ellos, Jane negó con la cabeza y dijo:

—Bueno, creo que estáis los dos locos, pero ya veo que también estáis convencidos. ¿Qué quieres que haga yo?

—Quédate al mando del fuerte. Dile a la gente que me he ido a escribir. No le digas a nadie dónde.

—De acuerdo, pero ¿dónde vas a ir?

—Se me ha ocurrido Le Touquet —dijo él—. Así puedo volver rápidamente desde Boulogne en caso de que sea necesario.

6

Blanco White no podía llevar a cabo inmediatamente su plan de contarle a Pember Reeves que su hija estaba embarazada porque el alto comisionado se hallaba fuera de Londres en un viaje oficial, de modo que contaron con unos pocos días para planificar la partida rumbo a Francia. Amber hizo un par de maletas y se marchó de la casa de Kensington sin que nadie se diera cuenta. Habían quedado en la estación Victoria, y desde allí ella envió una carta a sus padres en la que les decía que se «iba al extranjero» con su amante por una temporada, que no tenían por qué preocuparse y que no trataran de averiguar su paradero. Después tomaron el tren que los llevó al puerto de Folkestone, desde donde cruzaron el canal hasta Boulogne, y unas horas después llegaron a una mansión vacacional, situada a las afueras de Le Touquet, que él había alquilado para dos meses en una agencia de Londres. Parecía una casa de muñecas que hubieran agrandado hasta dejarla a tamaño real; estaba construida con listones de madera blanca y tenía unas contraventanas rojas y un pequeño porche protegido de la brisa marina por las dunas, cubiertas de hierba, que en aquella parte del Paso de Calais recorrían toda la costa. Cuando bajaba la marea, el mar quedaba casi fuera del alcance de la vista, dejando una vasta explanada de arena dura y compacta en la que los niños hacían volar sus cometas y los jóvenes montaban en unos triciclos a vela, manejándolos con tanta indolencia como habilidad. Él y Amber iban a dar largos paseos por la playa, y, cuando subía la marea, desafiaban al mar helado y se metían a nadar, para después secarse mutuamente delante de la chimenea de la mansión y ponerse a hacer el amor sobre la alfombra. Al atardecer, caminaban hasta el pueblo para cenar en algún *bistrot* y a veces, cuando hacía una noche apacible, se sentaban en las dunas, y él le pasaba a Amber el brazo por la cintura, y ella apoyaba la cabeza sobre su hombro, contemplando las

luces de dos faros que barrían el agua e iluminaban la cresta de las olas.

Fue una especie de luna de miel, pero, como todas las lunas de miel, tuvo que terminar; en realidad, el ambiente de encantamiento idílico en el que parecieron sumergirse al principio apenas duró una semana. Al fin y al cabo, habían ido hasta allí para tomar decisiones serias sobre su futuro, pero cuanto más hablaban sobre ello, menos probable parecía que se pusieran de acuerdo a la hora de definir un plan. Al pensar en ello con más detenimiento, se dieron cuenta de que la idea que había tenido él —un discreto *ménage à trois* siguiendo el modelo de los Bland— era impracticable: su romance ya era demasiado público como para que aquello saliera bien. Él consideraba que lo mejor era que Amber y el hijo de ambos se establecieran en un hogar aparte, en Londres, y desafiar valientemente la desaprobación de los demás, pero ella dijo que eso no sería justo para el niño. Por otro lado, no podía ni plantearse la posibilidad de vivir sola en Francia con su hijo y que él la visitara cada cierto tiempo, y él tampoco quería someterla a una vida tan solitaria y limitada. Se sentía muy agradecido por el hecho de que Amber fuera coherente y nunca dejara de afirmar que no quería que se divorciara de Jane, ya que se trataba de una solución que le producía una gran aversión, pero habría sido sorprendente que a ella no se le ocurriera de vez en cuando que quizá las circunstancias los obligaran a optar por ese camino. Se fue haciendo cada vez más evidente que el niño era el factor que hacía que fallaran todos los planes que ideaban. Por supuesto, no había ninguna certeza de que Amber estuviera embarazada, aunque ella seguía segura, y él tuvo que asumir que acabaría estándolo salvo que volviera a ponerse preservativos, lo cual suponría un doloroso rechazo del impresionante gesto romántico que había hecho ella, además de ser, muy probablemente, un acto inútil.

Sus conversaciones llegaron a un punto muerto, lo cual exacerbó la irritación de ambos y las pequeñas tensiones que surgían en su convivencia cotidiana. Él estaba acostumbrado a que Jane se ocupara, de un modo discreto y eficaz, de proporcionarle todas las comodidades que necesitaba. En Spade House, la comida se servía siempre puntualmente y siempre era sabrosa y nutritiva; había una provisión constante de camisas recién lavadas y ropa interior en su cómoda; las chimeneas siempre estaban encendidas y las camas siempre estaban hechas, los zapatos siempre estaban lustrados y la ropa siempre estaba planchada, pues para ello contaban con un pequeño equipo de

criados. Él estaba dispuesto a encargarse de algunas de estas tareas, dadas las circunstancias, pero no de todas ellas. Amber, sin embargo, carecía por completo de habilidades domésticas. Maud, según le contó, no había cocinado en su vida, pues consideraba que había cosas más importantes que hacer y, por lo tanto, tampoco había instruido a sus hijas al respecto. Amber ni siquiera era capaz de hervir un huevo sin que quedara demasiado duro o demasiado poco hecho para el gusto de su amante y, aunque se lavaba su ropa de cama y su ropa interior, se negó sin rodeos a lavar la de él. No tenía la menor idea del arte de planchar. Podía ir a comprar comida gracias a su excelente nivel de francés, pero no sabía qué hacer con los productos cuando se los llevaban a casa. Las cosas mejoraron un poco cuando encontraron una lavandería en el pueblo que iba a buscar la ropa y después la entregaba a domicilio, y cuando contrataron a una mujer que acudía a la casa a diario para limpiar y prepararles el almuerzo. En el pueblo había muchos restaurantes decentes para ir a cenar, pero, como tenían que desayunar café y panecillos sin huevos fritos ni beicon, siempre tenían la sensación de que el día comenzaba de un modo más bien triste. Había que dedicar tanto tiempo a realizar tareas inusuales, porque no había quién las hiciera o por la falta de comodidades en el domicilio, que él apenas tenía tiempo para avanzar con su trabajo, por lo cual estaba nervioso e irritable.

Jane le reenviaba diariamente el correo que recibía, recordándole la complejidad de la vida social y profesional que había abandonado, además de tentadoras invitaciones que él se veía obligado a rechazar en contra de su voluntad. Un compromiso que había adquirido antes de huir a Le Touquet era un homenaje a Anatole France por su sexagésimo quinto cumpleaños, que se iba a celebrar a mediados de abril con una comida en Londres organizada por un grupo de admiradores. Él insistió en que asistiría. Su plan consistía en cruzar el canal la tarde anterior y pasar la noche en Spade House, para poder vestirse y acicalarse adecuadamente por la mañana, acudir al almuerzo y volver directamente a Le Touquet. Volver a casa fue una experiencia bastante rara; por un lado, la disfrutó intensamente, pero, por otro, le resultó bastante perturbadora. Fue muy agradable volver a gozar de las comodidades de su hogar, incluido un desayuno inglés completo antes de partir hacia Londres, pero la alegría que expresaron sus hijos a su regreso y la decepción que mostraron al enterarse de lo breve que iba a ser su estancia lo hicieron

sentirse culpable. Tenía la costumbre de, cuando iba a darles las buenas noches, sentarse en el borde de sus camas y dibujarles unos pequeños «picshuas» con la pluma, refiriéndose humorísticamente a algún incidente que hubiera tenido lugar a lo largo del día o haciendo variaciones sobre su repertorio de temas favoritos, entre los que se contaban «Cómo evitar que te coma un cocodrilo» o «El papi bueno y el papi malo», que fue el que Gip le pidió aquella noche. Les había traído de Le Touquet unos triciclos de vela de juguete y dibujó al papi bueno, un hombre cargado como Papá Noel con regalos para sus hijos, y al papi malo, un hombre que les daba la espalda y no los dejaba jugar con sus soldaditos. Los niños actuaron como si estuviesen encantados, pero él se dio cuenta de que ambos pensaban que un papi bueno era uno que pasaba mucho tiempo en casa y un papi malo era uno que siempre estaba fuera.

El almuerzo en honor de Anatole France, que se celebró en un reservado del Savoy con vistas al Támesis, salió muy bien. Él llegó un poco tarde aposta, justo antes de que todos los comensales se sentaran, para evitar preguntas personales demasiado inquisitivas por parte de algún invitado al que le hubieran llegado rumores de su fuga. Pero nadie pareció sorprenderse al verlo, de modo que asumió que él no era, por el momento, objeto de cotilleos. Arnold Bennett, que también estaba allí, se las apañó para intercambiar unas palabras confidenciales con él en el baño de caballeros acerca de su relación con Amber.

—Mira que te gusta vivir peligrosamente, ¿verdad, H. G.? —dijo Arnold con un tono de voz que parecía significar: «Mejor tú que yo».

—Me gusta vivir —dijo él, con mucha más seguridad de la que realmente sentía.

Después decidió regresar a Sandgate; se había puesto su mejor traje, que en Le Touquet no le serviría para nada, y quería cambiarlo por un atuendo más informal y quedarse una noche más. Le envió un cable a Amber diciéndole que volvería a la mañana siguiente, pero, después del desayuno (huevos, beicon, riñones, tomate, champiñones...), los niños solicitaron estruendosamente que les permitieran descansar un rato de sus clases y jugar a algún juego de guerra en el suelo del cuarto de estudio, y él aceptó. Aquel juego, que duró hasta la tarde, era una manera de prolongar su disfrute de la comodidad del hogar evitando una conversación privada con Jane. Ella, como es natural, sentía

mucha curiosidad por saber cómo había ido todo en Francia, pero tuvo el tacto de no presionarlo. Él le contó algunas vaguedades, quitando importancia a los problemas e inconvenientes de su vida doméstica con Amber y ocultando el hecho de que, por el momento, no habían conseguido dar con ningún plan satisfactorio para el futuro. Pese a todo, tuvo la impresión de que Jane se había dado cuenta de ambas cosas.

Al llegar a Le Touquet, al anochecer, se encontró a Amber de mal humor y molesta por haber sido abandonada mucho más tiempo del que se había imaginado. Y unos días más tarde, cuando, tras aceptar una invitación a una fiesta en la casa de fin de semana de lady Desborough, dijo que le apetecía mucho el plan, Amber le habló con cierta hostilidad:

—Así que prefieres la compañía de lady Desborough a la mía, ¿no?

—En absoluto, Dusa —dijo él—. Quiero ir porque me ha dado a entender que asistirán tanto Asquith como Balfour, el primer ministro y el ex primer ministro. Va a ser una combinación de gente fascinante, sobre todo ahora que está en el aire el proyecto presupuestario de Lloyd George. Es una oportunidad para echar un vistazo a la historia. Ojalá pudiera llevarte conmigo.

—¿Y por qué no puedes?

—Lo sabes muy bien, Dusa. No te hagas la tonta. La invitación es para mí y para Jane. Si apareciera contigo del brazo, se armaría un escándalo terrible. No quiero avergonzar a lady Desborough.

—¿Vas a proponerle a Jane que vaya, entonces?

—Jane no va a querer ir —dijo él, aunque de hecho había estado sopesando esa posibilidad—. Las fiestas en casas de campo lujosas la intimidan.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo aquí sola mientras tú estás pasándotelo en grande con la aristocracia?

—Bueno, podrías avanzar un poco con tu tesis —dijo él imprudentemente, ya que su comentario hizo que Amber se enfureciera aún más al recordar que no había progresado nada en ese aspecto.

—¿Mi tesis? ¿Mi tesis? —dijo, casi gritando—. ¿Cómo voy a avanzar con mi tesis en un centro turístico de Francia, al lado del mar, sin libros ni una biblioteca decente?

—Bueno, tendrías que haberte traído algún libro —dijo él.

Entonces la discusión degeneró en una pelea mezquina sobre qué era factible meter en dos maletas cuando uno va a emprender un viaje inesperado de duración indeterminada al extranjero. Amber acabó llorando y él disculpándose por haber sido un animal y prometiéndole que declinaría la invitación. Sellaron su reconciliación yéndose pronto a la cama para hacer el amor.

Al día siguiente, cuando él estaba leyendo en el porche, Amber se le acercó y le dijo que le debería haber venido el periodo hacía una semana y que tenía la certeza de estar embarazada.

—¿Cómo puedes estar segura tan pronto? —dijo él, levantando la mirada del libro.

—Porque suelo ser muy regular —dijo ella—. Soy como un reloj. ¿No estás contento?

—Claro que estoy contento, Dusa.

—Pues no lo pareces —dijo ella de mal humor. Toda la ternura de la noche anterior parecía haberse desvanecido.

—Estaría encantado, de ser cierto —dijo él—. Es solo que Jane nunca me decía nada hasta que no estaba en un estado más avanzado.

—Eso es típico de Jane —dijo Amber—. Siempre tan considerada. Probablemente no quería inquietarte. Perdona que haya interrumpido tu lectura por una cosa tan poco importante. —Y se metió teatralmente en la casa.

Él estaba lleno de dudas con respecto al futuro: solo habían vivido juntos tres semanas y ya se habían acostumbrado a pelearse. Y, por primera vez, Amber había mostrado, como en un pequeño espasmo, ciertos celos de Jane, lo cual era una señal muy preocupante. Pero ¿cómo podía librarse de esa relación de un modo honorable y sin hacerle daño a Amber? Se fue a dar un largo paseo solitario por la playa para reflexionar sobre el asunto, y le pareció que solo había una solución posible.

A comienzos de mayo, dijo que tenía que regresar a Inglaterra para atender unos asuntos urgentes con Jane y para pasar algo de tiempo con los niños. Amber aceptó a regañadientes y lo acompañó en el tranvía eléctrico que iba desde Le Touquet hasta el puerto de Boulogne. Allí se despidió de él, saludándolo tristemente con la mano desde el muelle mientras el paquebote se alejaba. Él no fue directo a Sandgate, sino a Londres, y en la estación Victoria tomó un taxi a Lincoln's Inn, donde se encontraba el bufete de Blanco White.

Le dijeron que el señor Blanco White estaba en el juzgado, pero que regresaría al cabo de una hora, más o menos. Él dijo que podía esperar, y lo hizo durante una hora y media. Las recepcionistas, de vez en cuando, le echaban una miradita con curiosidad, pues evidentemente habían reconocido su nombre y tal vez supieran algo de los escándalos que había protagonizado. Blanco White se sobresaltó cuando entró en el bufete con un protuberante maletín en una mano y un montón de papeles bajo el brazo y lo vio ponerse en pie.

—Quisiera hablar unos minutos con usted. En privado —le dijo él.

Blanco White asintió.

—Sígame, por favor —dijo secamente, y lo guio por una estrecha escalera de madera raída hasta un pequeño despacho donde apenas había sitio para el escritorio y dos sillas, una a cada lado. Blanco White quitó una pila de informes de una de las sillas y le indicó con un gesto que se sentara, y después se instaló al otro lado del escritorio. Era un joven pálido que no destacaba por nada en particular, ni guapo ni feo, con el pelo oscuro peinado con raya al medio y aplanado con aceite de macasar y una barbilla bastante larga, que le daba a su semblante un aire resuelto.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Wells? —preguntó.

—Supongo que me odia, y no lo culpo por ello. Si yo estuviera en su posición, sentiría lo mismo.

—No lo odio —contestó Blanco White con serenidad—. Desapruebo su conducta. Creo que se ha portado con Amber de un modo deshonesto. Pero no lo odio. Los abogados no deberían odiar; el odio deforma el juicio.

—Bueno, intentaré emular su templanza —dijo él—. No me importa admitir que en los últimos meses he albergado algunos sentimientos poco amables hacia usted. Si no hubiera ido a ver al señor Reeves para hablarle de Amber y de mí, incumpliendo su promesa y traicionando su confianza...

—Hice lo que consideré que era mi deber —dijo Blanco White.

—Muy bien. En cualquier caso, no he venido aquí para recriminarle nada. Lo que está hecho está hecho, y lo que importa es el futuro.

Había tenido mucho tiempo para preparar lo que quería decir. Por mucho que a Blanco White le costara creerlo, no había seducido a Amber en el sentido melodramático de la palabra, que suele hacer referencia a un hombre mayor que se aprovecha de la inocencia de una chica joven. Realmente se

había enamorado de ella, y ella de él. Su esposa estaba al tanto de la relación, y los tres eran buenos amigos. Amber había tenido la idea —era una mala idea, pero él se había dado cuenta demasiado tarde— de sellar su compromiso teniendo un hijo juntos. No era absolutamente seguro que estuviera embarazada, pero parecía muy probable. Se habían ido a Francia para tratar de pensar sobre la situación con tranquilidad y para elaborar un plan de cara al futuro. Tenía que admitir que no lo habían conseguido. Él había llegado a la conclusión de que la sociedad inglesa simplemente no estaba preparada para tolerar un experimento en materia de relaciones humanas como el que ellos — Jane, Amber y él— habían intentado llevar a cabo. Lo único que podía proporcionarle a Amber un futuro seguro era el matrimonio, y él no podía casarse con ella porque ya estaba casado y no podía soportar la idea de separarse de su esposa y sus hijos.

—¿No debería haber pensado todo eso antes? —lo interrumpió Blanco White.

—Tal vez —dijo él, conteniendo el impulso de defenderse—. La cuestión es la siguiente. Yo sigo amando a Amber, pero me parece que la mejor manera en que puedo expresar ese amor es alejándome de ella y dejándola al cuidado de un hombre que la quiera y la proteja.

—¿Se refiere a mí?

—Exacto.

Blanco White se quedó en silencio unos momentos y después dijo:

—Yo quiero a Amber. La he querido desde que nos conocimos. Me he ofrecido a casarme con ella varias veces, a pesar de la deplorable relación que mantenía con usted. Ella me ha rechazado sistemáticamente.

—Creo que yo podría convencerla de que es lo mejor que puede hacer —dijo él—. Si es que usted todavía está dispuesto a casarse con ella.

—Estoy dispuesto. Y, si hay un niño, lo adoptaré y lo trataré como si fuera mío.

—Eso es muy generoso por su parte.

—Siempre y cuando ella finalice su relación con usted, por supuesto.

—Por supuesto —dijo él.

No se dieron un apretón de manos, pero habían llegado a un acuerdo.

Pasó la noche en Spade House y le explicó a Jane que el experimento de vivir unas semanas con Amber en Francia había sido un fracaso total y que pensaba que Amber debería casarse con Blanco White.

—Entiendo —dijo ella.

—No pareces sorprendida —dijo él.

—Ya nada de lo que hagas puede sorprenderme, H. G. ¿Y Blanco White quiere casarse con ella?

—Sí. He hablado con él esta tarde. El problema va a ser convencer a Amber.

A la mañana siguiente, tomó el barco que iba desde Folkestone hasta Boulogne, y cuando llegó a la mansión de Le Touquet, se encontró con Amber reclinada en una *chaise longue* en el porche, cubierta con una manta y con una intensa expresión de mártir en el rostro. Por lo visto, se había caído por las escaleras en mitad de la noche cuando iba al baño a tuestas, y se había hecho bastante daño. Temiendo haber puesto en peligro al bebé, se había quedado tumbada al pie de la escalera hasta que había llegado Marie, la mujer que limpiaba y cocinaba, a primera hora de la mañana. Muy preocupado, él llamó inmediatamente a un médico, que examinó a Amber con gran minuciosidad y afirmó que no había sufrido ningún daño importante y que era muy improbable que el feto, si es que estaba embarazada, se hubiera visto afectado. Cuando se hubo marchado, él le preguntó a Amber por qué no le había dicho a Marie que fuera a buscar un médico en cuanto había llegado, y su respuesta —que no confiaba en que Marie trajera un médico lo bastante bueno— le pareció muy poco convincente, sobre todo porque el médico al que él había llamado era el que le había recomendado Marie, que también había ido a buscarlo. Cuando él le señaló esto, ella lo acusó de hostigarla con preguntas absurdas en lugar de empatizar con su difícil situación. Él no pudo evitar sospechar que en realidad el accidente de las escaleras había sido algo casi insignificante, y que Amber había querido presentarlo de la manera más dramática posible para hacerlo sentir que, en cierto modo, él había tenido la culpa por ausentarse.

—En realidad no te importo nada —protestó ella—. Vuelves a Inglaterra cuando te da la gana y me dejas aquí sola toda la noche. No es justo. Y, desde luego, no es nada amable.

—Bueno, lo siento, Dusa, pero no puedo vivir aquí como un exiliado —le dijo él—. Tengo que cuidar de mi familia y de mi carrera; tengo que volver a

Inglaterra de vez en cuando.

—Bueno, entonces no sé qué sentido tiene que estemos aquí.

Lo indecible había sido dicho, y, afortunadamente, había sido Amber la que lo había hecho. Se quedaron pensando un momento, en silencio, hasta que él dijo:

—Esto no va demasiado bien, ¿verdad?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Entonces deberíamos volver —dijo él.

—Pero ¿volver a qué? —exclamó Amber—. ¿Adónde? Para ti es muy fácil decir «volver», pero yo no puedo vivir permanentemente contigo y con Jane, y no puedo regresar a mi casa. Ya nunca voy a poder regresar a mi casa. No quiero vivir sola, en uno de esos apartamentos diminutos que hay en Londres, esperando que vengas a verme cuando tu familia y tu carrera te dejen algún rato libre —continuó, repitiendo sarcásticamente lo que había dicho él—, con miedo a encontrarme con alguien que me reprenda o, peor, que se compadezca de mí cuando sea evidente que estoy embarazada. ¿Qué me propones que haga?

—Podrías casarte con Blanco White —dijo él.

Ella lo miró fijamente.

—No estarás hablando en serio.

—Muy en serio. Lo vi ayer en Londres. Es un joven muy educado y sigue deseando casarse contigo.

Amber echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada levemente histérica.

—Ah, ¿de verdad? Así que fuiste a verlo y le propusiste devolverme, ¿no? Sin consultarme. El gran defensor de los derechos de las mujeres, el valiente detractor de la familia patriarcal está dispuesto a librarse de su problemática amante endosándosela a un cortés abogado a quien ella no ama. ¿Le dijiste que me proporcionarías una dote para incentivarlo? ¿O acaso ya le has dado el dinero?

Él esperaba una diatriba como esa, y aguantó con mucha paciencia el enfado y los insultos de Amber, aguardando a que ella se fuera quedando sin fuerzas. La manera enérgica en que iba de un lado para otro mientras vociferaba y gesticulaba enfurecida al menos le confirmó que no se había

hecho nada grave. Después, lentamente, él comenzó a socavar su rechazo a la idea de tomar a Blanco White como esposo. De acuerdo, ella no lo amaba, no como se amaban ellos, pero había muchos matrimonios felices basados en el afecto más que en la pasión, y el suyo era un ejemplo de ello. Además, Amber había admitido muchas veces que Rivers le caía bien, y valoraba el cariño y la lealtad que le había mostrado. Era un joven estupendo, serio y responsable, y tenía toda la pinta de que le esperaba una exitosa carrera de abogado. Por otra parte, estaba decidido a hacerse cargo del niño, a adoptarlo, y eso era crucial. No había otro hombre en toda Inglaterra dispuesto a hacer eso. Estuvo diciéndole cosas así durante dos horas o más, argumentando contra todas las objeciones que le planteaba Amber, demostrándole que no había otra solución, hasta que al final ella, agotada, le dijo:

—De acuerdo, me rindo. Es evidente que quieres deshacerte de mí.

—Eso no es verdad, Dusa —dijo él.

—Sí, es verdad. Dile a Rivers que me casaré con él.

Ese fue el momento más duro para él de toda aquella épica discusión. Deseaba estrecharla entre sus brazos y decirle que seguía amándola y que renunciar a ella era la decisión más difícil que había tenido que tomar en su vida, pero tenía miedo de que, si lo hacía, tendría lugar otra reconciliación, otro coito apasionado, y todo volvería a estar como al principio. De modo que hizo de tripas corazón y le preguntó:

—¿Cuándo vas a verlo?

—Cuanto antes, mejor —dijo ella, sin abrir los ojos, como para protegerse de cualquier imagen del futuro.

Él fue al pueblo y le envió un telegrama a Blanco White en el que le decía que Amber había aceptado casarse con él y le preguntaba si podía ir a esperarla a Folkestone, donde llegaría en el paquebote que salía de Boulogne a las doce del mediodía. Recibió la respuesta esa misma tarde: «espero a amber en aduana stop pido permiso especial».

Acompañó a Amber a Boulogne por la mañana y la vio subir a bordo del barco. Era un día nublado, hacía mucho frío para el mes de mayo y desde el puerto se veía un mar lóbrego y gris, moteado por la espuma blanca de las olas. Amber estaba bastante pálida; había vomitado el desayuno, ya fuera por la ansiedad o por las náuseas matutinas, y afirmó que esperaba no marearse en

el barco para completar el castigo que sufría por sus pecados. Evidentemente había decidido ocultar lo que estuviese sintiendo tras un ingenio irónico y crispado, y él tenía la sensación de que, en el momento de la despedida, era más probable que se derrumbara él que Amber. La ayudó a instalarse en una esquina del salón de primera clase y le pidió una manta a un camarero para que ella estuviera más a gusto. Sonó la bocina del barco, advirtiendo a la gente de la inminente partida.

—Deberías bajar ya —le dijo ella—. Sería absurdo que me entregaras a Rivers en la aduana de Folkestone como si le estuvieras vendiendo una novia.

Cuando él se inclinó para darle un beso, ella le ofreció la mejilla en lugar de los labios.

—Adiós, Dusa —le dijo—. Buen viaje.

—Adiós, Maestro —dijo ella, y, al llamarlo así, expresó al fin un toque de ternura.

Él se apresuró a marcharse antes de romper a llorar y quedar como un idiota.

Compró una botella de coñac en una tienda que había cerca del puerto y aquella tarde estuvo bebiendo hasta quedarse inconsciente, cosa que hacía muy pocas veces. Se despertó, a la mañana siguiente, cuando Marie entró en el salón, donde él se había dormido completamente vestido en la *chaise longue*. Pasó un día espantoso, sufriendo una mezcla de dolor de cabeza y tristeza hasta que fue a nadar al mar helado, por la tarde. Entonces comenzó a sentirse mejor, y esa noche durmió bastante bien sin la ayuda del alcohol. Pero no empezó a planear una vida sin Amber hasta el día siguiente, tras recibir un sucinto telegrama de Blanco White: «nos casamos ayer en el registro civil de kensington».

Primero se puso en contacto con Jane y le dijo que acudiera con los niños inmediatamente, para aprovechar la mansión. Gip y Frank se mostraron encantados con esas vacaciones inesperadas al lado del mar, y él disfrutó llevándolos a dar paseos por la playa, enseñándoles a pescar camarones en las pequeñas piscinas que se forman cuando baja la marea y haciéndolos practicar francés en las tiendas y heladerías. Marie se quedó un tanto impactada al descubrir que había otra —la auténtica— madame Wells, pero se adaptó con rapidez al nuevo régimen y se dio cuenta de que Jane sabía llevar una casa muy bien. A su marido le pareció una bendición librarse de todas las

preocupaciones domésticas y poder empezar a escribir una nueva novela. Quería que fuera un libro divertido, un poco al estilo de *Kipps*, sin cuestiones políticas, ni sexuales, ni grandes ideas, sobre un tendero que vive en una pequeña ciudad, que es un calzonazos, que tiene un nivel cultural medio y al que no le va nada bien, y que, en cierto momento, casi por casualidad, se rebela contra su destino. La novela comenzaba así:

—¡Hoyo! —dijo el señor Polly, y después, para variar, y con cada vez mayor énfasis, añadió—: ¡Ole!¹⁷ —Se quedó un momento en silencio y después soltó una de sus peculiares expresiones privadas—: ¡Uf! ¡Menuda hoyo más bestia y pomposo!

Estaba sentado en la escalerita que llevaba al otro lado de una cerca que separaba dos campos de aspecto lamentable, y sufría una indigestión aguda.

Aquel libro fue una forma de huir de todas las preocupaciones, relativas a su vida pública y a su vida privada, que lo habían aquejado durante los años anteriores, y en él convirtió su frustración y su desencanto en una comedia liberadora y optimista. Mientras lo escribía, a menudo se reía solo, pero también había ocasiones en las que de repente se acordaba de Amber y, abrumado por la conciencia de todo lo que había perdido, tenía que continuar escribiendo alguna escena absurda con el rostro cubierto de lágrimas.

A medida que pasaban los días, fue adquiriendo la certeza de que no quería regresar a Spade House y reanudar la vida que había llevado allí. Ese sitio, para él, estaba arruinado para siempre por el fracaso del gran experimento de la «reciprocidad triangular» que habían llevado a cabo Amber, Jane y él. Renunciar a Amber había sido necesario, pero se trataba de un logro negativo, una especie de derrota. Tenía que empezar una nueva vida en un lugar nuevo. Una noche, le contó su plan a Jane: se mudarían a Londres. Era evidente que allí era donde ellos dos tenían que estar. Él se había hartado de perder tantas horas viajando de un lado a otro por el South Eastern Railway. A partir de ahora, él estaría en el centro de la vida literaria y a ella le resultaría mucho más sencillo asistir a los conciertos y las exposiciones que quisiera.

—Pero los niños echarán de menos el mar y el campo —objetó ella—. Han sido muy felices allí, y siempre han tenido una salud estupenda.

—Compraremos una casa en Hampstead —dijo él—. Cerca del parque.

Allí hay aire puro y se pueden dar largos paseos, y hay una nueva estación de metro muy cerca. En veinte minutos, uno puede estar en el West End. ¡Es perfecto!

Lo que no mencionó —aunque se tratara de una consideración que añadió íntimamente a las ventajas de mudarse— fue que, ahora que su gran aventura amorosa había concluido, viviendo en la capital le resultaría más fácil encontrar consuelo, ya que Londres ofrecía más oportunidades para disfrutar de *passades*.

Jane dejó de lado sus dudas, como solía hacer cuando él ya había tomado una decisión, y colaboró para convencer a los chicos de los grandes atractivos que tenía Londres con respecto a Sandgate. Él, por su parte, estaba ansioso por realizar la mudanza, y se los llevó a todos de vuelta a Spade House una semana antes de que concluyera el periodo por el que habían alquilado la mansión. Sabía que Henry Arthur Jones se alojaba con frecuencia en el Hotel Folkestone, que evidentemente consideraba un lugar agradable para escribir sus muy lucrativas piezas teatrales, de modo que tal vez pudiera tentarlo con la idea de tener una casa propia en la misma zona de la costa. Por lo tanto, le escribió en estos términos: «Se me acaba de ocurrir que quizá quiera plantearse la posibilidad de comprar mi casa. ¡No se asuste! Es que tengo muchas ganas de marcharme de aquí e instalarme en Londres por una miríada de razones que afectan a las personas con un temperamento como el nuestro, y, por lo tanto, corro el peligro de vender la casa por un precio irrisorio». Henry Arthur James mordió el anzuelo, y las negociaciones de la venta se llevaron a cabo con una facilidad inesperada.

Él y Jane vieron algunas casas en Hampstead que estaban a la venta, y él se decantó por una situada en Church Row, una calle llena de elegantes casas adosadas estilo georgiano que iba desde la principal avenida del pueblo hasta la iglesia parroquial de Saint John, y que estaba bastante cerca de la estación de metro, lo cual resultaba muy práctico. La vivienda tenía un diseño arquitectónico —la cocina en el sótano, un par de habitaciones separadas por puertas plegables en la planta baja y los dormitorios en los dos pisos superiores— que él había criticado en el pasado, por lo que era consciente de que había cierta incoherencia en elegirla, pero una parte de su deseo consistía en abrir un capítulo totalmente nuevo en su vida. En Sandgate, había creado una casa moderna y modélica, y la había disfrutado durante los años que había

vivido en ella, pero ahora quería algo distinto, algo antiguo, solemne e impregnado de historia. En Church Row, donde habían residido tantas celebridades a lo largo del tiempo, y en la propia iglesia, con su monumento a John Keats y con las tumbas de John Constable y George du Maurier, entre otros, en su cementerio, estaba el ambiente que él deseaba. Sintió una punzada de remordimiento por condenar a sus criados a trabajar en una cocina situada en el sótano y tener que subir tantas escaleras, pero tenía la idea de modernizar la casa y hacerla tan cómoda y fácil de llevar como fuera posible, y, aunque tenía menos dormitorios que la de Sandgate, allí también tendrían menos invitados que alojar, ya que muchos de los amigos que se quedaban a pasar la noche en Sandgate vivían en Londres. De este modo, fue acallando todas las dudas que tenía o que le planteaba Jane. Hizo una oferta por la casa y los dueños la aceptaron, pero la puso a nombre de Jane, renunciando al privilegio que habitualmente tiene el marido sobre la mujer con respecto a las propiedades. Al menos, así fue como le presentó su decisión a Jane, pero lo cierto es que aquello también le proporcionaba cierta libertad interior; sabía que, si el «impulso de fuga» volvía a apoderarse de él, ella tendría un hogar asegurado. No podrían disponer de la casa hasta agosto, y todavía estaban en junio, pero él apaciguó su impaciencia por mudarse pensando que disfrutarían de un último verano junto al mar, y continuó escribiendo *El señor Polly*.

Entonces tuvo lugar un acontecimiento de lo más sorprendente, anunciado por medio de un sobre que apareció en su buzón una mañana y en el que reconoció la letra de Amber. Se había prohibido a sí mismo pensar en ella desde que se marchó: cada vez que sus pensamientos se dirigían hacia Amber, debido a algún recuerdo o a alguna asociación azarosa, él hacía un esfuerzo para pensar en otra cosa. Y, en particular, sofocaba violentamente cualquier especulación íntima acerca de qué estarían haciendo Blanco White y ella, o dónde se habrían ido a vivir, cuestiones sobre las que no le había llegado ninguna información. Jane no tardó mucho en aprender a dejar de decir distraídamente «Me pregunto cómo le irá a Amber». Él pensaba que había conseguido pasar página, que ya había superado todo lo relativo a esa aventura, pero la mera visión de la letra de ella bastó para acelerarle el pulso. Abrió el sobre y leyó la breve nota que había en su interior. Amber contaba en ella que estaba casada con Rivers, pero que, por motivos demasiado

complicados como para explicarlos en una carta, no vivía con él. Se había instalado de manera temporal en la casa de unos amigos que vivían en Hertfordshire, y lo invitaba a visitarla allí si quería oír toda la historia. Ya se había confirmado que estaba embarazada, y tenía náuseas matutinas, pero por lo demás se encontraba bien, y esperaba que Jane y él estuvieran bien también. La carta iba dirigida a su «Querido Maestro», y la firmaba «Dusa».

La noticia de que Amber no estaba viviendo con Blanco White le produjo un fuerte impacto y una satisfacción intensa e irracional. Pero ¿por qué? Le enseñó la carta a Jane.

—Ay, Dios, ya deben de haberse separado —dijo ella, soltando un suspiro—. Parece que la vida de Amber consiste en ir de crisis en crisis.

—Tengo que ir a verla —dijo él.

—¿Crees que es sensato? —le preguntó Jane, devolviéndole la carta.

—No me importa si es sensato o no. Tengo que saber qué ha pasado —dijo él, y le escribió un telegrama a Amber comunicándole que iría a verla al día siguiente. Ella se hospedaba en un pueblo cercano a Hitchin, en la casa de la familia de una antigua amiga del colegio, cuyos padres (la amiga estaba ausente) lo recibieron con miradas recelosas y un tanto desaprobadoras y lo hicieron pasar al salón; allí lo esperaba Amber. Tenía un aspecto sorprendentemente bueno, y estaba tan guapa como siempre. Él se dio cuenta al instante de que no había logrado expulsarla de su organismo; ella estaba en su interior como un virus que se le hubiera alojado en el cuerpo, en la sangre y en el cerebro. Solo la presencia de los dueños de la casa le permitió controlar el impulso de abrazarla. Hacía un día muy bueno, y salieron por la cristalera a un jardín paisajista. Al final del mismo, hallaron un banco a la sombra de un roble, donde ella le contó su historia.

Era un relato sumamente dramático, lleno de vueltas y giros emocionales que, si se hubieran encontrado en una novela, habrían puesto a prueba la credulidad del lector. La tranquilidad con la que se había separado de él en Boulogne había sido, como él había sospechado, fingida. En su interior, Amber estaba deprimida y desesperanzada, y ese estado de ánimo se fue acentuando hasta convertirse en desesperación a medida que el paquebote avanzaba hacia Inglaterra. ¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a casarse con un hombre al que no amaba, llevando el hijo de otro en sus entrañas? ¿Acaso era eso justo para Rivers, al margen de lo que sintiera ella? Le parecía que había

arruinado su vida irremediablemente, además de la vida de mucha otra gente. Tuvo la tentación de arrojar al mar y acabar con todo.

—De hecho, traté de subirme a la barandilla para ver si me atrevía a tirarme, pero llevaba una falda demasiado ajustada. La vanidad me salvó del suicidio —dijo con una sonrisa burlona.

Un camarero la vio luchando con su falda, con un pie en la barandilla más baja, y se la llevó de allí, poniéndola fuera de peligro. La encerró en un camarote, volvió un rato más tarde con una taza de té y se quedó charlando con ella hasta que el barco llegó a puerto.

—Me gustaría darle las gracias a ese hombre —dijo él—. Me gustaría darle una gratificación. ¿Cómo se llamaba?

—No tengo ni idea —dijo ella—. Pero era muy amable. No me riñó. Solo me dijo: «En realidad, nada es tan horrible como parece cuando uno está hundido, señorita», y luego se puso a hablarme de su familia.

Mientras hacía cola en cubierta, esperando para desembarcar, Amber se preguntó si también Blanco White se lo habría pensado mejor y no habría ido a esperarla, pero allí estaba, fiable como siempre, al otro lado de la aduana. Se había puesto un traje oscuro y un bombín, y llevaba un paraguas en la mano, como si acabara de salir de Lincoln's Inn. La saludó tímidamente, le dio un beso en la mejilla y le preguntó cómo había ido la travesía. Ella no le contó que había estado a punto de arrojar al mar a mitad de camino. Mientras caminaban hacia el tren, precedidos por el maletero que llevaba el equipaje de Amber, Blanco White le dijo que había pedido cita en el Registro Civil de Kensington para casarse al día siguiente a las once de la mañana y que le había reservado habitación en un hotel cercano para que ella pasara allí la noche. Amber se quedó atónita por la poca antelación y le preguntó si tenían que casarse tan pronto.

—No tiene sentido postergarlo —dijo él—. Sé que tus padres van a estar encantados cuando les digamos que nos hemos casado, pero si les avisamos antes, querrán involucrarse, y pretenderán que tú vivas con ellos hasta la fecha de la boda. ¿Es eso lo que quieres?

—No —dijo ella enfáticamente—. Casémonos mañana.

—Me temo que no podremos disfrutar de una luna de miel como es debido. Habrá que posponerla —dijo él, y sonrió un tanto nervioso—. Pero me he cogido el día libre mañana, que es viernes, así que por lo menos tendremos un

fin de semana largo. He reservado habitación en un hotel que da al Támesis, cerca de Henley. Y un abogado de la corona que trabaja en mi bufete nos ha ofrecido, con gran generosidad, que nos instalemos en una segunda vivienda que tiene en Bloomsbury hasta que encontremos un sitio para vivir.

En su compartimento había otros pasajeros cuya presencia inhibía la conversación sobre cualquier tema que no fuera banal, y pasaron casi todo el viaje en silencio. Rivers se sentía muy satisfecho consigo mismo por la eficacia con que había organizado todo, pero Amber se quedó consternada al darse cuenta, por primera vez, de que las consecuencias de su decisión se volvían reales. La expresión «luna de miel» la había llenado de aprensión. No es que la idea de tener relaciones sexuales con Rivers le pareciera repulsiva, pero era evidente que la situación sería sumamente incómoda, ya que ambos eran conscientes de que ella había sido la amante de otro hombre hasta ayer mismo y lo más probable era que estuviese embarazada de él. Además, sospechaba sagazmente que Rivers no tenía mucha experiencia sexual, e incluso podía ocurrir que fuera virgen. ¿Qué sucedería la noche de bodas? ¿Acaso ella debería ayudarlo y arriesgarse a que él se escandalizara ante su desvergüenza o permitir que se humillara a causa de su torpeza? Le resultaba insoportable pensar en ello, pero Amber no pudo evitar darle vueltas a aquel asunto hasta que llegaron al hotel de Kensington. Para entonces, ya había decidido lo que iba a hacer.

Él le había reservado una pequeña suite con una sala de estar, así que ella pidió que les sirvieran allí la merienda y le dijo a Blanco White que se quedara mientras se cambiaba de ropa. Entonces, mientras tomaban un té con *scones*, afirmó que se casaría con él al día siguiente, pero con una condición: que, hasta que naciera su hijo, lo suyo fuera —iba a decir un «matrimonio blanco», pero se contuvo justo a tiempo, evitando hacer ese lamentable juego de palabras— un matrimonio no consumado. Cualquier otra posibilidad, dijo, sería poco delicada e indecente; la haría sentirse como una prostituta que pasa de un hombre a otro. Sin embargo, al cabo de nueve meses de casta compañía, cuando su hijo ya hubiera nacido y él lo hubiera adoptado como se había ofrecido tan generosamente a hacer, le parecía que podrían comenzar a comportarse como un matrimonio de verdad. Ella imaginaba que él rechazaría dicha condición, y en parte deseaba que lo hiciera, pero, para su sorpresa, él la aceptó con visible alivio. Por lo visto, lo habían aquejado pensamientos

similares, y se mostró de acuerdo con todo lo que ella había dicho. Blanco White canceló el fin de semana de luna de miel y se instalaron directamente en el apartamento que les habían prestado.

—Pero lo de la casta compañía no funcionó —dijo ella—. No duró ni dos semanas.

Amber estaba contenta con el acuerdo, pero Rivers lo fue estando cada vez menos, por motivos que él, su ex amante, comprendía muy bien. Tener a aquella encantadora criatura siempre cerca, compartir un pequeño apartamento con ella, entreverla vistiéndose y desvistiéndose, por muy discreta que ella tratara de ser, y no poder hacerle el amor debía de generar una tensión insoportable. Al principio, Rivers logró que ella le permitiera darle algunos abrazos y hacerle algunas caricias, todo dentro del recato, pero cuando dio señales de querer ir más allá, ella se resistió y lo acusó de incumplir el contrato que tenían. Rivers dijo que la situación le resultaba intolerable, y ella dijo que en ese caso deberían vivir separados hasta que naciera el bebé. Él se mostró reacio a aceptar esta solución, pero, mientras la estaba considerando, ella le escribió a su amiga de Hertfordshire y esta le propuso que se instalara en su casa. El tiempo por el que les habían prestado el apartamento estaba a punto de concluir, y, por suerte, todavía no se habían comprometido con el propietario de ninguna otra vivienda, de modo que Amber hizo las maletas y le dijo a Rivers que se marchaba. Y esa era la historia hasta la fecha.

—¿Y dónde está Rivers? —preguntó él.

—Ha vuelto a su habitación de soltero en el Colegio de Abogados —dijo ella—. Vino a visitarme la semana pasada. Fue a ver a Padre y Madre y les contó que estamos casados, pero que no vivimos juntos por mutuo acuerdo hasta que nazca el bebé. —Mientras pronunciaba esta última frase, se acarició el vientre, donde todavía no se veía ningún cambio, con un gesto tierno y automático—. Ellos estaban contentos con el hecho de que me haya convertido en una mujer decente, por supuesto, pero también un poco preocupados por cómo voy a apañármelas yo sola mientras estemos separados.

—No me extraña. ¿Cómo vas a apañártelas, Dusa? —dijo él.

Pronto quedó claro que Amber lo había invitado a Hertfordshire para pedirle consejo y ayuda al respecto. Ella no podía quedarse mucho más tiempo con la familia de su amiga; estaría abusando de su amabilidad e importunándolos. Tenía muy poco dinero, no lo bastante como para encontrar

un alojamiento decente donde prepararse para la llegada de su hijo, y no podía pedirle a su padre que aumentara la modesta asignación que le estaba dando sin colocarse de nuevo bajo su autoridad o arriesgarse a que se la retirara. Rivers se había ofrecido a encontrarle un techo en alguna parte de Londres, pero ella temía que eso volviera a situarlos en una situación de proximidad y, por lo tanto, de tensión.

—Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras —dijo él.

—Gracias, pero no sería buena idea —dijo ella, negando con la cabeza—. Si se enterara Rivers, y si se enteraran mis padres (y seguro que se enterarían), se armaría un lío terrible. Rivers diría que has faltado a tu palabra, y con razón. Lo que realmente me gustaría es tener un sitio donde poder estar sola, en el campo, en algún lugar parecido a este pueblo. Me encanta estar aquí. Un sitio donde Rivers pueda venir a visitarme, pero no muy a menudo.

—Yo me encargo —dijo él.

* * *

Durante las semanas siguientes, hubo momentos en que se sintió más un agente inmobiliario que un escritor. Se dedicó a la venta de su casa, a organizar la compra de la casa de Hampstead y a buscar una casita de campo para Amber, todo al mismo tiempo. «Me ocupa mucho tiempo y mucho espacio mental», le escribió a una nueva amiga, Elizabeth Robins, pidiéndole ayuda para la tercera de estas tareas. Era una actriz muy distinguida y amiga de Henry James, en cuya primera obra de teatro había actuado, pero en aquel momento era más conocida por sus novelas y sus piezas teatrales feministas. Él, por su parte, la había conocido hacía poco tiempo en una cena, y, al descubrir que tenía algunas propiedades en el campo, cerca de Londres, le había pedido que lo ayudara a encontrar una casita adecuada para Amber. Cuando, en el curso de la correspondencia que mantuvieron, la señorita Robins se enteró de la relación que él tenía con la joven a la que estaba tratando de ayudar, hizo algunos comentarios secos y desaprobatorios sobre el amor libre y le recomendó que se librara de aquel enredo. Él le contestó muy enfadado: «¿Alguna vez en su vida ha sabido lo que es tener una comunión de carne y sangre y dolor y comprensión con otro ser humano? Es imposible librarse de eso». A pesar de este estallido, o probablemente debido a él, Elizabeth

Robins le preguntó poco después si le interesaba alquilar una casita que tenía en Blythe, una pequeña aldea situada a las afueras de Woldingham, en una exuberante zona de Surrey, cerca de Caterham. Él fue a verla y le pareció perfecta. Era una casita con el techo de paja, ventanas abatibles con las bisagras de plomo y un jardín cercado lleno de árboles frutales. A su vuelta, le escribió a Elizabeth Robins en los siguientes términos: «Me enfadé y le envié una carta muy grosera. Ahora me inclino ante usted (aunque se equivocó con respecto a mí). Voy a llevar a Amber a Blythe». A comienzos de julio, Amber ya estaba instalada allí. Él pagó el alquiler de seis meses prorrogables —el bebé se esperaba para principios del año siguiente— y se comprometió a proporcionarle una asignación a Amber en el caso de que necesitara más dinero para cubrir sus gastos.

—¿Qué es lo que quieres conseguir exactamente? —le preguntó Jane un día, al verlo frunciendo el ceño mientras estudiaba la factura del alquiler.

—Echarle una mano a esa joven pareja, por supuesto —dijo él—. Aportar algo de estabilidad a una situación muy volátil.

Eso era verdad, en cierta medida, pero también lo era que, al tomar la iniciativa en la cuestión de la casita de campo, había hallado un vacío legal, una grieta, en los términos del acuerdo por el cual había renunciado a Amber. Blanco White estaba muy molesto por su intervención, pero carecía de los medios para ofrecerle a Amber una alternativa aceptable. El matrimonio no se había consumado y Amber viviría separada de su marido hasta que trajera al mundo a *su* hijo. Eso, desde luego, le otorgaba a este el derecho moral a seguir viéndola. Y ¿quién podía decir lo que ocurriría en el futuro? Si tanto Dusa como Blanco White lo deseaban, podrían divorciarse con facilidad. Y, si a ella le gustaba la vida campestre tanto como decía, tal vez la idea de ser su amante, teniendo una casa propia, no le parecería tan extraña como antes. A finales de julio, él le escribió alegremente a Arnold Bennett para felicitarlo por una nueva obra de teatro que acababa de estrenar en Londres «y, por cierto, quizá le interese saber que aquella apasionada aventura filoprogenitora no ha concluido. Los dos protagonistas parecen haber subestimado la red de sentimientos y recuerdos que los mantenían juntos. El marido, un hombre completamente admirable, intentó desempeñar el papel de marido al casarse. Tuvo lugar entonces una serie de violentas tormentas emocionales, y creo que me será necesario, por una cuestión de justicia, darle razones para solicitar el

divorcio, así como hacerme cargo de una casita de campo a la vista de todo el mundo. Le digo estas cosas para plantearle un desafío a su discreción, sabiendo que no se las contará a nadie». Pero, en agosto, le escribió a la señorita Robins para tranquilizarla con la siguiente información: «No habrá divorcio. Se ha llegado a un acuerdo satisfactorio al respecto. Yo pasaré bastante tiempo en Blythe y Blanco White irá los fines de semana. Todo el mundo se va a mostrar ostentosamente cordial con todo el mundo y *honi soit qui mal y pense*.¹⁸ Todo apunta a que Amber será feliz en Blythe. —Y no se olvidó de añadir—: Por ahora, tiene dos perritos y a mis dos hijos para satisfacer sus grandes ansias de maternidad, que están allí hasta que nos mudemos a Hampstead».

Enviar a Gip y a Frank, acompañados por la señorita Meyer, a pasar dos semanas con Amber mientras Jane y él se ocupaban de preparar la mudanza no era solo práctico; era también el mejor anuncio posible de su actitud ilustrada con respecto a las relaciones sexuales. Si todos los que consideraban que esa manera de organizarse era una muestra de depravación hubieran podido leer la carta que Amber le envió a Jane cuando la visita de los chicos tocaba a su fin, y percibir la completa ausencia, en su lenguaje, de cualquier indicio de tensión, animosidad o celos —al contrario, el tono constante de cariño y relajación con que se comunicaban ambas mujeres—, quizá se habrían visto forzados a cambiar de opinión. Jane se la había pasado a su marido mientras desayunaban. «Querida Jane: Muchas gracias por sus hijos. Ha sido una absoluta delicia tenerlos aquí, y me da muchísima pena que se vayan (...). He tratado de que admitieran que a lo mejor les apetece volver alguna vez (...). Usted vendrá en cuanto termine de organizar lo de la casa, ¿verdad? (...). ¿Sabía que con un único toque de betún Wood Milne las botas quedan brillantes durante días? Me he enterado porque lo pone en un bote que hay en mi escritorio. Pensé que a lo mejor le resultaba útil la información (...). Querida Jane, ¿qué debería preparar de antemano para recibir a cuatro personas por semana? Rivers, H. G. y un par de visitas.» A veces él pensaba que si pudiera publicar en el *Times* la correspondencia completa de Amber y Jane, la polémica sobre el amor libre y el hecho de que ellos lo practicaran se desinflaría como un globo pinchado, pero como aquello era imposible solicitaba el apoyo de personas respetuosas e influyentes como Elizabeth Robins. No había manera de impedir que circularan numerosos rumores y

relatos sobre su huida a Francia con Amber, su embarazo, el apresurado matrimonio con Blanco White y sus secuelas, sobre todo entre los fabianos, de modo que escribió a todas las personas que consideró que podían simpatizar con él, presentando la historia de la manera más favorable posible.

El alivio que sintieron los Reeves ante la boda de Amber desapareció rápidamente cuando se enteraron de que el seductor de su hija seguía viéndola y pagándole el alquiler de la casita de campo. En los círculos fabianos, la mayoría de la gente estaba de su lado. La Vieja Guardia lamentó no poder expulsarlo de la Sociedad, cosa evidentemente imposible puesto que ya no era miembro, pero Pease le escribió una gélida carta a Jane pidiéndole que renunciara a su puesto en la Ejecutiva debido a determinadas circunstancias que ella bien conocía y que podían constituir una deshonra para la Sociedad. Los Webb se horrorizaron particularmente al tener noticia de dichas circunstancias y comenzaron a interferir. Sidney, empleando a Shaw como intermediario porque estaba demasiado enfadado como para escribir personalmente, afirmó que deploraba aquellas cartas autojustificativas y que lo más honorable que podía hacer era encontrar alguna excusa para irse al extranjero por un año. Pero Shaw pasó el mensaje con un tono de sofisticada indiferencia que habría disgustado a su creador. «Webb se ha exasperado con usted por lo que ha escrito para mantener vivo el escándalo. Quiere que se marche a Oriente por un año y que escriba un libro sobre prácticas matrimoniales orientales, para evitar que siga haciendo trastadas con las occidentales —le escribió, para después adoptar un tono sorprendentemente empático hacia su implicación en la historia de Amber y Blanco White—: Es perfectamente adecuado que la joven pareja cuente con la amistad de un hombre tan distinguido, si tiene la suerte de merecerla. Y A. es una joven diablilla tan incontrolable que la única manera de evitar que siga teniendo aventuras alocadas es que obtenga el permiso de los sectores más liberales de la sociedad, los que a ella le resultan más interesantes. De modo que, si usted sigue la parte negativa de la propuesta de Webb (basta de cartas) y omite la parte que se refiere a Asia, todo irá bien, con cotilleos o sin ellos.» Él se quedó encantado de recibir esta carta, en la que el tono era tan distinto al del sermón que le había echado Shaw en relación con su romance con Rosamund, y le contestó de inmediato: «Mi querido Shaw: De vez en cuando, usted no se limita a elevarse para abordar un asunto complejo, sino que además lo

contempla desde una posición de gran altura. Retiro todo lo que le pueda haber molestado de nuestra correspondencia de los dos últimos años (...). La situación está como usted supone. Amber se ha instalado en una casita de campo en Blythe, Woldingham. B. W. trabaja en Londres y va a verla cuando tiene tiempo libre. A mí él me cae bien y ella me encanta, se lo digo sin ninguna vergüenza, y voy a verla con bastante frecuencia. Los Reeves no saben con cuánta, y sería una catástrofe que se enteraran». Pember Reeves estaba más indignado que nunca con «el canalla de Wells y su amante», como por lo visto se refería a ellos cuando hablaba con sus amigos, y la verdad es que resultaba difícil no sentir cierta compasión por él. Tras frustrarse sus esperanzas de regresar a la vida política neozelandesa, aquel mismo año había dimitido del cargo de alto comisionado para aceptar el nombramiento como director de la London School of Economics, y había descubierto, al comienzo de su primer año académico en el puesto, que allí había un gran alboroto debido al escándalo que rodeaba a la estudiante de posgrado más célebre de la institución: su hija.

Le dio seguridad tener a Shaw de su lado en esa ocasión, sobre todo cuando comenzó a implicarse en el asunto Beatrice Webb, que en septiembre le escribió perentoriamente a Amber: «Tendrá que escoger (y en breve) entre un matrimonio feliz y conservar su amistad con H. G. Wells». Sorprendentemente, parecía haberse enterado de la historia hacía poco tiempo; Sidney debía de haber hecho todo lo posible para evitar que le llegaran los cotilleos. Beatrice afirmó que la amistad del escritor con los Webb había concluido y comenzó una despiadada campaña difamatoria contra él, como descubrió el interesado un día en que se había quedado en la casa de Sydney Olivier, que había vuelto de Jamaica para disfrutar de un permiso. Olivier, al abrir el correo durante el desayuno, soltó una risita mientras leía detenidamente una carta, y después se la pasó.

—Aquí hay una cosa que le va a hacer gracia, Wells.

No fue así. Se trataba de una circular firmada por los dos Webb, pero evidentemente escrita por Beatrice, y dirigida a «todos nuestros amigos con hijas de entre quince y veinte años», en la que los alertaba de los predatorios hábitos sexuales de H. G. Wells, afirmando que tenía la costumbre de seducir a chicas jóvenes e inocentes. Él envió inmediatamente una serie de cartas llenas de furia a Sidney, en las que amenazaba con una demanda por difamación, lo

cual, según Shaw, lo asustó lo bastante como para hacer que Beatrice dejara de mandar aquellas ponzoñosas cartas, aunque no dejó de inmiscuirse en el asunto.

Cuando llegó a la casita de Blythe un día de finales de septiembre, Amber lo recibió diciéndole:

—Ayer vino Beatrice Webb.

—¿De verdad? ¿Y qué te dijo?

—Me dijo que debería romper toda relación contigo y vivir con Rivers como marido y mujer o, si no quiero hacer eso, vivir con mi familia, y que si sigo manteniendo una relación tan anómala contigo, algún día me verá expulsada de la sociedad decente y probablemente acabe como acaban en las novelas las mujeres de mala vida. Bueno, no lo dijo así de claro, pero ese era su mensaje.

—Beatrice Webb es una zorra entrometida que tiene alma de solterona y que está casada con otra solterona —dijo él, muy enfadado—. Te ve radiante y esperando un hijo y no puede soportar la envidia y el rencor. ¿Qué se le ha perdido a ella aquí?

—Bueno, lo cierto es que yo le pedí que viniera —dijo Amber.

Él se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué demonios hiciste eso?

—Siempre me han caído bien los Webb. Para mí fueron una influencia importante cuando era niña. Admiraba mucho a Beatrice en particular. Me conmovió que me escribiera el otro día dándome consejos. Quería tratar de explicarle cómo veíamos nosotros las cosas, pero no sirvió para nada.

—Claro que no.

—Pero ella realmente quería ayudarme. Cuando le expliqué que no había ninguna posibilidad de que volviera a vivir con mi familia, me propuso mediar para tratar de que nos reconciliáramos, y lo decía en serio.

—Beatrice no puede ayudarnos. Está atrapada en un entramado moral muy rígido y basado en unas ideas en las que en realidad no cree.

—Me decía todo el tiempo: «Pero tienes que elegir, querida niña, tienes que elegir entre Blanco White y Wells. No puedes quedarte con los dos, la sociedad no te lo permitirá. Si quieres estar con tu marido, tienes que volver a

vivir con él. Si quieres estar con Wells (aunque no me imagino por qué ibas a querer tal cosa), tendrás que divorciarte de tu marido, y Wells de su mujer». Yo le contesté: «Bueno, ahora los tengo a los dos, a Rivers y a H. G., y nos llevamos muy bien». Y entonces ella me dijo: «No querrás decir que tu marido va a tolerar ese estado de cosas indefinidamente». Y yo le dije: «Bueno, tenemos esperanzas en él». Y ella levantó las manos, en un gesto de consternación... o rendición. —Él soltó una carcajada.

—¡Bien hecho, Dusa!

En realidad, no estaba nada claro qué pensaba Blanco White de la situación. Habían acordado que la relación entre Amber y el escritor sería casta, y este era uno de los motivos por los que él se dedicó a enviar tantas cartas autojustificativas a amigos y enemigos. No habían faltado a su palabra, pese a que cuando ella se trasladó a la casita de campo sintieron la tentación de hacerlo, pero a medida que la panza de Amber crecía, el problema desapareció. El embarazo, curiosamente, le proporcionaba una especie de halo de virginidad, o al menos de castidad. Amber presidía la casa como una reina virgen, y él y Blanco White eran los cortesanos que danzaban a su alrededor y le ofrecían sus cuidados. Era evidente que a ella le encantaba su rol. Para entretenerse cuando estaba sola, se puso a escribir una novela, e incluso empezó a adquirir ciertas habilidades domésticas que aprendió de Esther, una mujer de la zona que habían contratado como cocinera y «ayudante general» y que había resultado ser de lo más competente. En las escasas ocasiones en que coincidían en la casita de campo, Blanco White se mostraba amable y cordial con él, pero también era bastante reservado, y siempre evitaban comentar cuestiones personales y se dedicaban a hablar de política, sobre todo de la lucha entre el Gobierno y los Lores a raíz del «presupuesto del pueblo» que había presentado Lloyd George, que amenazaba con provocar una crisis constitucional y tenía a todo el país en ascuas. Teniendo en cuenta la cantidad de cotilleos que debía de estar generando y cómo debía de llamar la atención en su entorno profesional, aquel joven se estaba comportando con una dignidad y una mesura admirables. Pero ¿qué querría cuando naciera el bebé? Era difícil imaginárselo aceptando un acuerdo con el que él y Amber habían especulado, consistente en que Amber —la señora Blanco White— siguiera viviendo en Blythe, quizá con una acompañante femenina que le proporcionara cierta respetabilidad, y en que el escritor y su marido la visitaran

discretamente en distintos momentos. Él pensaba que Blanco White debía de tener en mente un futuro menos parecido al final de *En los días del cometa*, pero no quería presionarlo al respecto y arriesgarse a perturbar el delicado equilibrio que habían conseguido en Blythe.

Había llevado allí un ejemplar promocional de *Ann Veronica: una historia de amor moderna*, que estaba a punto de publicarse y que en la editorial Fisher Unwin consideraban el principal título de la temporada. Se lo regaló a Amber con cierto recelo. No le había enseñado el libro nunca, pues le parecía que le correspondía a Jane la prerrogativa de leer sus obras primero. Tras leer las pruebas de imprenta, Jane había dicho:

—Sabes que todo el mundo va a pensar que esto es el relato de tu historia con Amber, ¿verdad?

Él había rechazado aquel pronóstico, señalando todas las diferencias entre la ficción y la realidad que se había tomado la molestia de incluir.

—Ann Veronica procede de un ambiente mucho más provinciano que Amber, y es mucho más ingenua. Va a la Universidad de Londres, no a Cambridge, y estudia Biología, no Filosofía...

—Eso son meros detalles —dijo Jane— que no van a despistar a nadie.

—Y hay dos personajes mucho más parecidos a mí, o a lo que la gente piensa de mí, que Capes —continuó él—, y al final la mujer de Capes se divorcia de él, y nosotros no vamos a divorciarnos nunca. —Y le dio un beso para subrayar esa idea, lo cual complació a Jane.

En cualquier caso, la conversación lo perturbó; en el fondo, sabía que no le había enseñado la novela a Amber por miedo a que ella le pidiera que eliminase o modificase algunas cosas que él no quería cambiar. Últimamente, Amber había mostrado cierta curiosidad por el libro, y él ya no podía postergar por más tiempo el momento de enseñárselo. Ella cogió el ejemplar, elegantemente encuadernado en una tela marrón rojiza con letras y adornos dorados, exclamó «¡Por fin!» y lo abrió al azar por la página de la dedicatoria. «Para A. J.», decía.

—¿Quién es?

—Una mezcla de Amber y Jane, claro —le explicó él.

Ella sonrió y dijo que se lo llevaría a la cama y lo empezaría antes de dormirse.

A la mañana siguiente, bajó tarde a desayunar. Estaba pálida y ojerosa y

tenía el libro en la mano. Se había pasado toda la noche leyéndolo.

—Ann Veronica soy yo —le dijo de modo acusador—. Esta es nuestra historia.

—No, Amber, no lo es —respondió él un tanto irritado, y empleó los mismos argumentos que había usado con Jane, con la misma falta de éxito.

Siempre le molestaba que la gente no entendiera que la ficción solo podía construirse a partir de la vida, y que no había ni una novela decente que no se basara en buena medida en la experiencia de su autor, pero que eso no autorizaba a nadie a tratar las novelas como si fueran completamente autobiográficas.

—De todas maneras, lo harán si ven la menor oportunidad de hacerlo —dijo Amber—. Incluso el nombre Ann Veronica parece un anagrama del mío.

—Pero no lo es —señaló él con pedantería.

—Está bastante cerca de serlo —le contestó ella—. ¡Y va a clases de jiu-jitsu! Todos mis amigos de Cambridge van a reconocer eso. ¿Por qué lo has puesto?

—No lo sé —dijo él débilmente.

—¡Y este es el peor momento imaginable para publicar algo así! —dijo ella—. Está claro que va a llamar mucho la atención sobre nuestra relación.

Desde luego, Amber tenía toda la razón, pero hasta ese momento él había logrado no darse cuenta de una cosa tan obvia.

—¿No puedes parar la publicación? —preguntó ella.

—Me temo que no, Dusa —dijo él—. Ya es tarde. Los libros ya están en los almacenes de las librerías y ya se han enviado los ejemplares promocionales. Lo único que podemos hacer es cerrar las escotillas y aguantar el chaparrón.

* * *

Y cayó el chaparrón, aunque empezó muy poco a poco. Las primeras reseñas de *Ann Veronica*, que salieron en el *Times Literary Supplement* y en el *Athenaeum* fueron favorables, pero la que apareció en el *Daily News*, firmada por R. A. Scott-James, era toda una advertencia de lo que iba a suceder: «Se trata de una novela brillante y provista de interés —decía el reseñista—.

Pero, como todo el mundo sabe, el señor Wells emplea la novela como medio para expresar sus puntos de vista. Yo sostengo que el señor Wells tiene un problema psicológico. Acierta al protestar contra el mundo moderno, contra su escasez de oportunidades para el desarrollo, pero los impulsos sexuales frustrados no son la causa de todos los males, son únicamente un síntoma; las cosas no se van a arreglar por darle más espacio a ciertas potentes pasiones sexuales». Era una idea sensata y responsablemente argumentada. Pero una reseña firmada con el pseudónimo de John O'London y aparecida en el *T. P.'s Weekly* adoptaba un tono más populista y polémico: «Decididamente, pues, este invierno las jóvenes británicas van a leer y comentar *Ann Veronica*. Lo único que puedo decir es que espero que las jóvenes británicas mantengan la cabeza fría. Es evidente que el libro del señor Wells puede hacer mucho daño». John O'London temía que las jóvenes británicas, al sentir la tentación, citaran las palabras que le había dicho Ann Veronica a su amante casado y actuaran inspirándose en ellas: «Poseerte es lo más importante, no hay nada que pueda compararse a eso. Hasta que no ocurra, no tiene sentido hablar de moral. Me importa un comino si después no puedo casarme, no me da miedo nada, ni el escándalo, ni las dificultades, ni las peleas... Más bien deseo enfrentarme a todo eso. Sí, lo deseo».

En retrospectiva, ese pasaje parecía una provocación voluntaria; era como si él estuviera tentado a la suerte, planteando cosas que con toda probabilidad le iban a generar problemas. Amber y él ya habían tenido bastantes escándalos, dificultades y peleas, y a ninguno de los dos les había parecido agradable pasar por todo eso. La novela fue prohibida en las bibliotecas públicas y denunciada por la Cruzada Nacional por la Pureza Social, la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes, la Unión de Madres y la Sociedad de Apoyo a las Chicas. También fue anatémizada desde los púlpitos; un canónico afirmó que «preferiría enviar a una hija mía a vivir en una casa infectada con difteria o fiebre tifoidea que poner este libro en sus manos». La misma clase de condena pública que había caído sobre *En los días del cometa* se cebó ahora con *Ann Veronica*, pero con más intensidad, impulsada por el rumor de que la historia de amor central del libro estaba basada fielmente en una experiencia personal del autor, un romance que todavía seguía vivo. El final que le había añadido a la novela, en el que Ann Veronica aparecía legalmente casada con Capes, que se había divorciado de su mujer, y

reconciliada con su padre y su tía no sirvió para evitar la indignación y la furia de los moralistas, y muchos críticos literarios lo tildaron de artificioso, de modo que él se arrepintió de no haber sido más sincero y haber dejado a sus protagonistas viviendo en pecado.

Toda esta polémica hizo que se dispararan las ventas, por supuesto, y en Fisher Unwin se frotaban las manos mientras llovían los encargos, que compensaban más que de sobra las pérdidas producidas por el hecho de que el libro hubiera sido prohibido en las bibliotecas públicas. Para él, sin embargo, las cifras de ventas no compensaban el malestar que sentía. Era consciente de que algunos de sus amigos le tenían lástima o se avergonzaban de él, y de que habían empezado a evitarlo. Cada vez lo invitaban menos a eventos sociales, y cuando se presentaba en sus clubs, los miembros que reconocía a cierta distancia parecían desaparecer misteriosamente de su vista si les quitaba los ojos de encima. Si no se equivocaba, un día Henry James le hizo este truco de magia en el Reform y desapareció de un momento para otro. Poco después le escribió una carta agradeciéndole el envío de *Ann Veronica*. En ella, intentaba, como era su costumbre, alabar y reprobar la novela en una única larga frase, y al hacerlo alcanzaba unas cotas de tensión inusitadas: «La cantidad de cosas que usted ha hecho, en términos generales, suscita mi más entusiasta admiración, hasta el punto de que pude dejarme llevar, en un raptó de receptividad y asentimiento, por la potencia del sentimiento expresado y del estímulo aceptado, casi tanto como si su “método” y otras cincuenta cosas (me refiero a las intensas preguntas que se me planteaban) solo me provocaran un mero estado de pasividad y convencimiento, de sumisión e indiferencia (cosa que no es cierta; ¡no, no es cierta!)».

Su antiguo adversario John Saint Loe Strachey, el director del *Spectator*, tenía una opinión mucho más clara y categórica sobre *Ann Veronica*, aunque esperó hasta noviembre para expresarla. El artículo que apareció en esta publicación era anónimo, pero su estilo de condena magistral resultaba inconfundible desde el título, «Un libro tóxico», hasta el final:

El asco y la indignación que nos genera este libro se deben al efecto que probablemente tenga: debilitar el autocontrol de los individuos, algo esencial para que el Estado mantenga su solidez y su buena salud. Esta novela, en efecto, nos enseña que no existe la honra de las mujeres, o que, si existe, es solo un baluarte para protegerse

contra cualquier tentación débil (...). Si un anhelo animal o un deseo lujurioso son lo bastante absorbentes, han de ser obedecidos. El sacrificio es un sueño y la continencia, una ilusión. Tales cosas no tienen lugar en el turbio mundo de las elucubraciones del señor Wells. La sociedad, tal como él la concibe, no es más que una parva de armiños y hurones que no dejan de pelearse y a los que nunca ilumina la luz del deber ni de la abnegación.

Strachey concluía anticipándose a los posibles defensores de la conducta de Ann Veronica citando a Samuel Johnson: «Boswell nos habla de una conversación en la que defendió, empleando excusas y sofismas, a una mujer que había traicionado a su marido. El doctor Johnson lo interrumpió con una frase inmortal: “Mi querido señor, no ha de permitir jamás que su mente se habitúe a mezclar la virtud y el vicio. Esa mujer es una **** y no hay más que hablar”». Albergaba la esperanza de poder impedir que Amber leyera esta reseña, pero la siguiente vez que fue a visitarla descubrió que alguien anónimo se la había enviado a «la ocupante» de la casita de Blythe, y ella la tenía preparada para enseñársela.

—Ya la he leído —dijo él—. Es repugnante.

—Me pregunto qué palabra se supone que representa esa línea que hay al final —dijo ella, fingiendo una curiosidad distante y neutral.

—Creo que es *puta* —dijo él—. Pero Strachey es demasiado remilgado como para publicarla.

—Ya veo —dijo ella, y se sonrojó perceptiblemente.

Unos minutos más tarde, dijo que estaba cansada y se metió en su habitación. Era evidente que se sentía muy molesta. Él maldijo a la persona mezquina que hubiera enviado la reseña. Al principio sospechó de Beatrice Webb, pero, al examinar con más atención la letra del sobre, se dio cuenta de que se parecía más a la de Hubert Bland, que podía haberle pedido la dirección a Beatrice y que sin duda estaría disfrutando de la hostilidad con que había sido recibida la novela y querría asegurarse de que Amber leyera aquella reseña particularmente hiriente. Por una extraña coincidencia, Rosamund Bland se había casado aquel mismo mes con Clifford Sharp, justo cuando la publicación de *Ann Veronica* había sacado a la palestra el escándalo de él y Amber. O tal vez no se tratara de una coincidencia; tal vez el

espectáculo de ellos dos siendo sometidos al escarnio público había asustado tanto a Rosamund como para llevarla a aceptar, al fin, casarse con el hombre con quien sus padres querían que se casara. En cualquier caso, para él era muy raro que sus dos jóvenes amantes se hubieran casado el mismo año con sus leales pretendientes, ambos mucho más jóvenes que él.

Recibió una carta de Violet Paget, que era amiga suya y admiradora de su obra desde hacía muchos años y que firmaba sus libros con el pseudónimo de Vernon Lee. A Violet le habían llegado rumores sobre el escándalo en que él se hallaba enredado y le escribió muy preocupada. Él le contestó resumiendo cándidamente la situación. Su carta concluía así: «¡Ya lo ve! Usted no lo va a tolerar ni por un instante, lo sé; nadie parece estar dispuesto a tolerarlo. No pienso abandonar a mi esposa, cuya vida se levanta sobre la mía, ni a mis hijos, que me necesitan. No pienso renunciar a mis ideas ni a mis encuentros con mi amante. Tengo la intención de ver a mi amiga y a mi hijo como sea, y de protegerla con todas mis fuerzas de toda esa gente tan obstinada que quiere obligarla a que su matrimonio sea “auténtico”».

Le supuso un alivio escribir esa carta, pero fue muy consciente, al leerla, de lo ilógica e impracticable que le parecería a la destinataria su actitud desafiante. Envió la carta de todos modos, pero comenzaba a estar agotado de tanto luchar; se sentía como un ciervo acorralado, herido y exhausto, rodeado de sabuesos que no dejaran de ladrar. Sospechaba que Amber y Jane también empezaban a cansarse, aunque ninguna de ellas lo admitiese. Jane no fue a visitar a Amber a Blythe, pero le escribía y compraba para el bebé ropa que él se encargaba de llevar. Era una suerte que acabaran de mudarse a Londres, ya que, en Sandgate, Jane habría sido objeto de todos los cotilleos locales. Sus vecinos de Hampstead eran menos inquisitivos, u ocultaban su curiosidad tras unos modales más sofisticados. Pero él sabía, y eso lo hacía sentirse culpable, que muchos de los amigos y conocidos londinenses de Jane habían dejado de contar con ella y ponían cualquier excusa para no aceptar sus invitaciones.

En cuanto a Amber, se fue volviendo más pasiva y contemplativa a medida que avanzaba su embarazo: se desplazaba lentamente por la casita de campo, como si estuviera drogada, absorta en todo tipo de especulaciones sobre el bebé que llevaba en su interior. A veces le cogía las manos y se las ponía en la panza para que él notara las patadas que daba el bebé, y entonces él acariciaba

con suavidad aquella convexidad por encima del vestido, dibujando círculos con la punta de los dedos. Fue lo más cerca que estuvieron de hacer el amor en esa época.

—¿Quieres un niño o una niña? —preguntó él mientras le tocaba la tripa, sentado junto a ella en un sofá frente a la chimenea encendida una oscura tarde de comienzos de diciembre.

—No me importa —dijo ella.

—Yo espero que sea niña —dijo él—. Me gustaría tener una hija, y que fuera tan valiente y guapa como tú.

Ella sonrió.

—¿Y qué nombre le pondrías?

Él se lo pensó un momento.

—Anna Jane —dijo al final—. «Anna», porque es lo que más se parece a «Amber» sin llegar a causar confusión...

—¿Y por «Ann Veronica»? —preguntó ella.

—Puede ser... Y «Jane», porque Jane se ha portado como una santa.

—Muy bien. Pues, si es chica, se llamará Anna Jane —dijo Amber—. Siempre que Rivers esté de acuerdo, claro.

—Claro —dijo él. Pero recordar la prerrogativa de Blanco White le resultó un tanto deprimente, y continuó acariciándole la panza a Amber en silencio.

—Rivers estuvo aquí ayer —dijo ella al cabo de un rato.

—¿Sí? No suele venir entre semana.

—Quiere que vuelva con él —dijo ella.

—¿Sí? —preguntó él, tratando de que no se le notara cuánto le molestaba aquella idea—. ¿Y tú quieres? —Dejó de masajear.

—No lo sé —dijo ella—. A veces pienso que es lo que debería hacer, que es lo mejor para el bebé. Aquí estoy muy aislada, cuando no venís ni Rivers ni tú.

—Me encargaré de que tengas una buena aya cuando traigas al bebé —dijo él. Ya habían acordado que Amber daría a luz en una buena clínica y que él pagaría todos los gastos.

—Gracias, H. G., pero... no es solo por el bebé —dijo ella—. Rivers no puede seguir así. Ayer me dijo: «Hay que poner fin a esta situación absurda

antes de que tengas el niño».

—¿Sí? Parece que se le han subido los humos de repente. ¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que tendría que hablar contigo.

—Rivers puede hablar conmigo hasta cansarse —dijo—, pero no me hará renunciar a ti.

—Pues él piensa que puede hacerlo.

—¿Cómo?

—No lo sé —dijo Amber.

Cuando regresó a Hampstead, al día siguiente, se encontró con una carta de Blanco White en la que le pedía que fuera a verlo a su bufete; no era una petición, en realidad, sino una orden, y le ofrecía unas cuantas posibilidades en los días posteriores. Él optó por la primera y a la mañana siguiente se dirigió en metro a Lincoln's Inn con la sensación de que iba a suceder algo malo. Aquel Blanco White autoritario y seguro de sí mismo era un personaje completamente nuevo, y debía de haber alguna razón que lo explicara.

Cuando llegó al bufete y dijo quién era, no lo guiaron al pequeño despacho lleno de cosas que había en el piso de arriba, donde habían celebrado su anterior reunión —¡qué lejana parecía!—, sino que lo hicieron pasar a una especie de sala de juntas en la que había una gran mesa rectangular de madera oscura y pulida y unas sillas de respaldo recto, y lo dejaron allí unos minutos, mano sobre mano, mirando los archivos, con sus puertas acristaladas, llenos de libros jurídicos. Después apareció Blanco White con varias carpetas de papel de manila en la mano.

—Buenos días —le dijo secamente, y se sentó al otro lado de la mesa. Dejó las carpetas sobre la superficie pulida y las colocó exactamente una sobre otra—. Gracias por venir —añadió, sin un ápice de calidez en la voz—. Creo que no lo entretendré demasiado tiempo. Le hablo, ya se imaginará, como abogado, en representación del marido de Amber, que soy yo mismo. La farsa de Blythe ya ha durado lo suficiente. Amber debe regresar a mi lado y vivir como mi esposa, y usted debe firmar un acuerdo garantizando que no va a volver a verla ni a comunicarse con ella durante un mínimo de tres años. Lo tengo aquí —concluyó, y le pasó una de las carpetas haciéndola deslizarse sobre la mesa.

—Amber debe decidir por sí misma —dijo él sin tocar la carpeta—. Y de ninguna manera voy a firmar un acuerdo como ese.

—Entonces lo demandaré por difamación —dijo Blanco White con mucha serenidad—. Tengo aquí —dio una palmadita sobre las otras carpetas— una serie de declaraciones juradas de personas muy respetadas que afirman que reconocieron en el personaje de Ann Veronica un retrato de Amber, y que es un retrato claramente difamatorio. Sin duda habrá leído el artículo que apareció en el *Spectator* sobre su novela, en el que decía «Esa mujer es una puta y no hay más que hablar». También estará al tanto de otros comentarios similares aparecidos en otros periódicos y revistas.

El semblante del abogado permanecía impassible, pero él percibió un brillo triunfal en sus ojos. Soltó una carcajada de desdén, adoptó una pose arrogante y burlona, dijo que vería a Blanco White en los tribunales y salió de la habitación dejando sobre la mesa la carpeta con el acuerdo, sin haberla abierto. Pero, en realidad, sabía que había sido derrotado. No había manera de defenderse de una demanda por difamación sin que Amber tuviera que presentarse como testigo en el juicio, y él no estaba dispuesto a hacerla pasar por una cosa semejante, aunque ella quisiera. Fue directamente desde Lincoln's Inn a Blythe y le contó a Amber el ultimátum que le había dado Blanco White.

—¿Sabías que iba a hacer eso? —le preguntó.

—No exactamente, pero sabía que iba a tratar de provocar alguna clase de crisis —dijo ella.

—¿Quieres volver con él y renunciar a mí?

—No quiero renunciar a ti, Maestro —dijo ella—, pero creo que quizá no tengamos alternativa. Hemos llegado al final del camino. Ha sido una gran aventura, y te echaré muchísimo de menos, pero, por el bien de nuestro hijo (y por el bien de Jane, porque no es justo seguir exponiéndola a esos espantosos cotilleos y calumnias), creo que será lo mejor.

Amber se echó a llorar, y él la abrazó y también lloró.

Demoró el proceso todo lo que pudo, puso algunas pequeñas objeciones a los términos del acuerdo, reduciendo el periodo de tres años a dos, retiró su oferta de pagar la clínica (Pember Reeves tendría que hacerse cargo de la cuenta), pero acabó firmando el acuerdo a mediados de diciembre. Para

entonces, Amber ya se había ido de la casita y había ingresado en una clínica de Londres para esperar a que llegara el momento de dar a luz a su hijo. Como el acuerdo no entraba legalmente en vigor hasta el nuevo año, él la visitó allí y la acompañó a dar paseos por el cercano Hyde Park, pero aquel fue su último gesto de desafío. La idea de que su separación era inevitable lo perseguía, y él intentó distraerse por medio de los preparativos para las primeras navidades que pasarían en la casa nueva. Jane organizó un almuerzo prenavideño para el 22 de diciembre, al que asistieron Arnold Bennett, Robert Ross, Constance Garnett, Sidney Low y su esposa, William Archer... y May Nisbet, a quien siempre recibían por Navidad, siguiendo una antigua tradición. Henry James también estaba invitado, pero declinó disculpándose de un modo muy poco convincente, sin duda a causa del escándalo, que no dejaba de propagarse. El anfitrión le pidió a Arnold que fuera un poco antes y se lo llevó a su estudio para hacerle un relato completo de los últimos nueve meses.

—No sé cómo puede aguantar tanta tensión, amigo mío —observó Arnold cuando hubo terminado.

—Yo tampoco —dijo él con candidez—. La verdad es que ha habido momentos en que he estado a punto de tener un ataque de nervios.

—Pero, ahora que todo ha terminado, debe de sentirse aliviado.

—No siento nada. Es como si me hubieran anestesiado —dijo él. Sin embargo, durante el almuerzo logró fingir que estaba contento y todo salió muy bien.

Al día siguiente, recibió carta de Violet Paget en respuesta a la desafiante misiva que le había enviado él. Como siempre, lo que tenía que decir esta dama era algo muy meditado y que instaba a la reflexión. Aunque le había parecido que la posición de él «se entiende con facilidad, suscita empatía con facilidad e incluso se puede excusar con facilidad, no concuerda con algunas de las ideas más profundamente arraigadas en mí. Mi experiencia personal, y la de otras mujeres amigas, me indica que una chica, por mucho que haya leído y pensado y conversado, por mucho que desee asumir ciertas responsabilidades, no puede tener el criterio que tiene una mujer casada o mayor, y que tiene razón el código no escrito que afirma que un hombre con experiencia debería protegerla de él y de sí misma». Violet no era una mojigata ni una puritana; era lesbiana, y no lo ocultaba ante sus amigos. Si hasta ella pensaba así, realmente nunca había habido ninguna posibilidad de

que Amber y él pudieran llevar a cabo su osado experimento en materia de relaciones humanas. Violet añadía que «En toda esta historia, la persona más interesante para mí es su esposa, y es su futuro y su felicidad lo que más me preocupa». Él la bendijo por albergar esa preocupación. Lo único bueno de que su aventura con Amber terminara era que Jane sentiría, de un modo muy discreto y nada triunfal, que la larga lucha había concluido.

En Nochevieja, recibió un mensaje que decía que Amber había dado a luz a una niña y que todo había ido bien, y él le escribió a Violet para darle la noticia:

Querida amiga:

Esta mañana ha nacido mi hija. Su última carta es amabilísima. Valoro mucho su amistad y me alegro de conservarla. No creo que Amber y yo debamos disculparnos de nada. Hemos actuado con alegría y pasión. No tenemos ninguna excusa, salvo que nos amábamos intensamente y ambos contábamos con un desmesurado apetito vital. En cualquier caso, ahora tenemos que aguantar muchas cosas, de las cuales la peor es la separación, y lo hacemos sobre todo por amor a mi esposa y a mis hijos.

Con mis mejores deseos para el nuevo año,

H. G. WELLS

CUARTA PARTE

1

—Fue extrañamente oportuno que Amber diera a luz el mismo día en que tú tenías que dejar de verla, el último día del año (y de la década, por cierto). Eso señalaba el final de un capítulo de tu vida.

—También señaló el final de mi relación con la Sociedad Fabiana.

—Aunque ya habías dimitido, en 1908.

—Dimití por sus políticas y las cuestiones organizativas. Pero seguía habiendo un motivo de disputa entre la Vieja Guardia (dejando a Shaw al margen) y yo: lo que podríamos llamar «política sexual». Mi aventura con Amber, después de la que tuve con Rosamund, fue la gota que colmó el vaso. Generó una gran desaprobación entre los fabianos y, cuando se hizo pública, me dieron completamente la espalda. No había ninguna manera de que yo pudiera seguir colaborando con ellos para convertir a Gran Bretaña al socialismo.

—¿Crees que alguna vez fue posible que eso ocurriera?

—Al mirarlo en retrospectiva, diría que probablemente no. Pero podríamos haber llegado a esa conclusión de una manera amistosa y razonable, y sin perder tanto tiempo y tanta energía en inútiles intrigas y chismes.

—En Experimento en autobiografía **asumes parte de la culpa de todo eso: «No hay ninguna época de mi carrera que me aflija y exaspere de un modo tan agudo como aquella tormenta en el vaso de agua fabiano: tengo la convicción de que tomé decisiones equivocadas y actué de un modo caprichoso, dejándome llevar por los impulsos y por una vanidad realmente intolerable».**

—Es verdad; en parte, lo que sucedió fue culpa mía. Pero se debió a que

creía en la liberación sexual de las mujeres y actué de acuerdo con esa creencia, y eso dio lugar a toda esa pelea. Yo no buscaba el escándalo, no alardeaba de mis relaciones con mujeres con las que no estaba casado, pero, cuando esas aventuras se hacían de dominio público sin que yo hubiera dicho nada, me negaba a desmentirlas o a disculparme. Eran mi franqueza, o mi audacia, como decían ellos, y el hecho de que Jane me apoyara lo que impactaba y asustaba tanto a gente como Pease y los Bland y los Webb. Pero no podía escribir francamente sobre aquello en la *Autobiografía*, por supuesto.

—Asumiendo que estabas tratando de poner en práctica honestamente tu fe en el amor libre, ¿no fue una gran falta de tacto que lo hicieras con las hijas vírgenes de miembros destacados de la Sociedad Fabiana?

—Yo no me dedicaba a perseguirlas; eran ellas las que venían detrás de mí. Y nunca he podido rechazar las insinuaciones de una mujer. No está en mi naturaleza.

—¿No estabas intentando vengarte de tus adversarios en la Sociedad Fabiana desflorando a sus hijas?

—Quizá hubiera algo de eso en la aventura que tuve con Rosamund. Puede ser. Empezó justo después de que Pease y Bland y Sidney Webb comenzaran a bloquear mis intentos de reformar la Sociedad. No puedo decir que sintiera una atracción irresistible hacia ella, y me daba una especie de satisfacción ocuparme de la educación sexual de esa chica delante de las narices de su hipócrita padre. Pero lo de Amber fue una historia de amor completamente auténtica. La eché muchísimo de menos cuando tuvimos que separarnos.

—Las dos eran mujeres muy jóvenes, a las que doblabas en edad. Considerando la cuestión desde el punto de vista de los que te criticaban, esas aventuras les suponían una presión emocional tremenda, las hacían distanciarse de sus padres durante largos periodos, las sometían a las complejidades de las relaciones adultas antes de que fueran lo bastante maduras y las convertían en objetos de cotilleos hirientes y en protagonistas de grandes escándalos. ¿Te parece que eso era justo?

—Bueno, lo único que puedo decir es que ninguna de las dos me guardó ningún rencor. Recibí una carta de Amber justo antes de la guerra, en la que me decía algo así. Me complació enormemente.

Se pone a buscar en un archivador en el que guarda la correspondencia privada particularmente valiosa y no tarda en encontrar la carta, clasificada bajo el nombre de «Blanco White, Amber» y fechada el 25 de agosto de 1939. Ella le había escrito para agradecerle el envío de un ejemplar de *El destino del Homo Sapiens*, que acababa de publicarse.

Querido H. G.:

Anoche regresamos de Gales y encontramos tu libro. Es algo con lo que podremos distraernos, un regalo del cielo. En épocas como esta, cuando parece que se acaba la vida tal como la conocíamos, es normal dedicarse a recordar el pasado y, aunque no me hubieras enviado el libro, creo que te habría escrito para darte las gracias. Todo lo que me regalaste hace tantos años —una esperanza que me parecía perfecta, la influencia de tus ideas y Anna Jane— sigue a mi lado desde entonces. Nunca, ni por un momento, he pensado que no valiera la pena pagar el precio que pagué.

—**Unas palabras muy generosas.**

—Amber es una persona muy generosa.

—**¿No crees que podría haber tenido una carrera más distinguida si tú no la hubieras llevado, o empujado, hacia el adulterio, la maternidad y el matrimonio antes de que cumpliera veinticuatro años?**

—Ha tenido una vida muy satisfactoria desde entonces.

—**Pero era una de las estudiantes más brillantes de su generación. Podría haber tenido una carrera académica impresionante sin las distracciones que le supuso la relación contigo.**

—Sé que eso es lo que decían en Cambridge, y probablemente seguirán diciéndolo, pero en Cambridge siempre piensan que son el centro del mundo intelectual. Y no es así. Amber ha tenido una carrera muy respetable. Se ha dedicado a trabajar como profesora de Filosofía y Psicología en Morley College, dando clase a adultos, hombres y mujeres comunes (sobre todo mujeres) que no habían podido ir a la universidad, pero que tenían muchas ganas de aprender.

—**Es un logro meritorio y respetable, pero no está a la altura de lo que prometía Amber.**

—Yo no creo que Amber pudiera haber sido una filósofa o una socióloga realmente original; es una de esas personas que llegan a su apogeo en su época de estudiantes, que son muy hábiles para captar las pistas y los consejos que les dan otros y sintetizarlos, creando algo que parece brillante y novedoso. Creo que carecía de la perseverancia y la confianza en sí misma necesarias para producir una obra auténtica. Hizo muy buenas aportaciones a mi libro *El trabajo, la riqueza y la felicidad de la humanidad*, pero aquello era básicamente un compendio más o menos habilidoso de fuentes secundarias.

—**¿Y sus novelas? Publicó unas cuantas después de que os separarais.**

—Son obras competentes, y una de ellas, *Una dama y su esposo*, que salió en 1914, era realmente buena. Trataba de un ama de casa de mediana edad, una mujer muy mimada, casada con un hombre de negocios bastante exitoso, que de repente toma conciencia de que su calidad de vida se basa en que las condiciones laborales de otras personas estén muy próximas a la esclavitud. Pero las demás novelas son bastante poco originales. Al final, le faltó valor para enfrentarse a su experiencia vital y explorarla por medio de la ficción.

—**Tal vez no quisiera avergonzar a Blanco White.**

—Tal vez. Pero, si quieres ser novelista en serio, no puedes permitirte esa clase de escrúpulos. Yo he avergonzado a unas cuantas personas.

—**Desde luego. A Amber, entre ellas.**

—Amber me perdonó por lo de Ann Veronica. Pero no creo que Blanco White la hubiera perdonado si lo llega a retratar en una novela. Al final, una novelista mujer tiene que elegir entre dar prioridad a su matrimonio o a su vocación, sobre todo si hay niños de por medio. Y Amber eligió su matrimonio.

—**Teniendo en cuenta lo poco halagüeño que fue su comienzo, ese matrimonio ha durado y funcionado bastante bien.**

—Desde luego. Fue muy irónico que lo nombraran comisario de divorcios cuando se liberalizó la ley del divorcio. Creo que ahora es registrador en Croydon. No ha tenido una carrera jurídica demasiado gloriosa, pero sí estable. Es un tipo honrado.

—**¿Y él te ha perdonado?**

—No lo creo, la verdad es que no, pero al final aceptó que nos estrecháramos la mano y dejó de desconfiar de mí tras un almuerzo en el que coincidimos en Easton Glebe, en los años veinte. Fue una situación bastante

embarazosa. Y luego, cuando Jane murió, empezó a ser más sencillo encontrarme con Amber y con él en sociedad.

—**Nunca volviste a encontrarte con Rosamund.**

—No.

—**Tuvo una vida bastante desgraciada después de su aventura contigo.**

—No me echas a mí la culpa. Échasela a sus padres por presionarla para que se casara con Clifford Sharp. Él se volvió alcohólico, perdió su puesto de director del *New Statesman* y nunca fue capaz de conservar ningún otro trabajo. Rosamund recordaba que yo le había aconsejado que no se casara con él.

Las pocas cartas que tiene de Rosamund están archivadas como «Bland», bastante cerca de «Blanco White», lo cual resulta muy adecuado. Saca una fechada el 29 de enero. El año no figura, pero debía de ser alrededor de 1929. Ella le escribió para pedirle permiso para usar su retrato en uno de esos cromos que venían en los paquetes de cigarrillos. Sharp se encontraba en Nueva York, buscando un empleo, y ella se había quedado sola en casa, completamente desesperada: estaba a dos velas, le costaba mantener a raya a los acreedores, y tenía un trabajo a tiempo parcial en una agencia de publicidad. «Es muy extraño, pero recuerdo que hace veintidós años, en Dymchurch, junto a la orilla del mar, te prometí que, si alguna vez me veía en problemas, te lo diría. También me dijiste que Clifford no era el hombre adecuado para mí. ¡Es terrible, espantoso, pensar cuánta razón tenías! Por supuesto, una promesa como esa no tiene por qué implicar nada para nadie. Pero yo me acuerdo, y tú probablemente no.»

—Yo también me acordaba, desde luego.

—**¿Le diste permiso?**

—Y un cheque, aunque no me había pedido dinero. Amber tampoco me pidió dinero nunca, desde que nos separamos. Ni para ella ni para Anna Jane, aunque me habría gustado que lo hubiera hecho, porque más adelante descubrí que había pasado por unas penurias terribles, a comienzos de la Primera Guerra Mundial. Las dos eran unas jóvenes muy íntegras y honestas que me amaron de verdad y no quisieron mancillar su afecto imponiéndome obligaciones económicas.

En el archivador hay otra carta de Rosamund, una que le envió muchos años antes, tras ver un dibujo de William Orpen en el que él aparecía retratado. «La otra noche, cuando Clifford llegó a casa, me puso una página del *Tatler* delante de las narices y me dijo: “Aquí tienes a H. G.”. Y realmente ahí estabas. Orpen es increíblemente hábil. Ha conseguido plasmar todo lo que forma parte de tu esencia, y eso es algo que nadie había hecho antes. Ese es el auténtico H. G., el que escribe cosas inolvidables y encantadoras, el H. G. que una ama y siempre ha amado y al que no podría malinterpretar. Ese que una vez fue mi H. G. y que, yo creo que, en lo más hondo de mí, sigue siendo mi H. G. Ahora que lo he escrito, parece bastante descarado, porque en realidad es al revés. El invierno pasado descubrí una cosa. Estuve enferma, en cama, durante cinco meses, y estaba bastante convencida de que no me iba a recuperar, y, en los mejores momentos, leía tus primeros libros, que son lo único que leía cuando tenía diecinueve o veinte años. Descubrí que lo que yo tomaba por “Rosamund” era simplemente una invención de H. G. Wells. Me impresionó mucho darme cuenta de que no existía un “yo” en absoluto, que las ideas y los sentimientos que suponía que eran míos, en realidad, surgían de ti.»

—Me pareció bonito que me dijera eso, pero también me dio pena que tuviera una identidad tan débil. Luego, en algún momento, se hizo discípula de ese charlatán de Ouspensky.

—**Y ella también escribió una novela, ¿verdad?**

—Sí, una novela muy rara, *El hombre de la casa de piedra*. La protagonista es una niña de doce años que se enamora inocentemente de un autor de relatos de detectives. Él odia a las mujeres porque una lo traicionó, pero descubre que corresponde a la niña. En el desenlace, otra niña resulta asesinada por un abusador de menores, y el escritor a su vez lo asesina a él y se marcha a recorrer el mundo con la idea de regresar cuando la protagonista se haya hecho mayor. Empieza como los cuentos para niños de Edith y después se convierte en una cosa oscura y para adultos. Y el nombre que aparecía en la cubierta era «Rosamund E. Nesbit Bland».

—**Sin duda, esperaba que el apellido de su madre ayudara a incrementar las ventas.**

—Pues me temo que no funcionó.

—**¿Y no escribió más novelas?**

—No. Una pena, porque *El hombre de la casa de piedra* tiene algunas partes muy bien escritas.

—**Es una historia bastante triste, la de su vida.**

—La historia de toda la familia se volvió triste cuando Edith dejó de tener éxito. Habían despilfarrado todo el dinero en distracciones lujosas, de modo que, cuando las ventas de sus libros comenzaron a descender, se quedaron a dos velas y tuvieron que vender la Otra Casa. Edith se obsesionó con la teoría de que Shakespeare en realidad era Francis Bacon y desperdició un montón de tiempo investigando sobre ello, y Bland se estaba quedando ciego, así que sus ganancias también disminuyeron. A su muerte, en 1914, estaba completamente ciego.

—**¿Crees que tenía sífilis?**

—Se me pasó por la cabeza, teniendo en cuenta la clase de vida que llevaba.

—**La existencia de la sífilis quizá sea el argumento más convincente en contra del amor libre.**

—No tiene por qué serlo. Se pueden tomar precauciones. Yo, cuando me parecía que debía ser prudente, siempre he usado preservativos. Pero Bland probablemente no lo hiciera porque eso iba en contra de su absurda religión.

—**¿Viste a Edith después de que él muriera?**

—Me escribió inesperadamente un año más tarde, en medio de la guerra, y me dijo que se tenía que dedicar a vender verduras a la puerta de Well Hall para poder llegar a fin de mes. Era el primer contacto que teníamos desde mi aventura con Rosamund. He perdido la carta, pero me acuerdo de que decía: «¿No cree que las disputas deberían tener un límite en el tiempo?». Creo que quería que fuera a visitarla.

—**¿Y fuiste?**

—No. No podía olvidar ni perdonar las cartas tan crueles que le había enviado a Jane después del episodio de la estación de Paddington. Le contesté con educación, dándole el pésame por la muerte de Hubert con mucho retraso, pero no le propuse que nos viéramos. Me dijeron que se volvió a casar unos años después.

—**Con un marinero, ¿verdad?**

—Una especie de marinero. Tommy Tucker. Era ingeniero naval y estaba a cargo del ferry de Woolwich. Todo el mundo lo llamaba «el capitán». Los hijos de Edith pensaban que era de una clase inferior, me parece, pero la cuidó hasta que ella murió en 1924. Después de la guerra, tuvieron que vender Well Hall e instalarse en un par de cobertizos de las fuerzas aéreas que había en los Romney Marshes, cerca de Dymchurch, que ellos llamaban el «Barco Largo» y el «Barco Feliz».

Berta Ruck le había contado todo eso tras la muerte de Edith. Berta había sido una invitada habitual en Well Hall en los buenos tiempos, y Edith la había ayudado en sus primeros intentos de escribir novelas románticas. Habían discutido por alguna cosa, lo cual no era nada raro cuando uno era amigo de Edith, y habían dejado de hablarse durante quince años, hasta que un día Berta recibió una carta de Iris Bland en la que le decía que Edith estaba gravemente enferma y fue a visitarla. El capitán le dijo «¡Bienvenida a bordo!» al abrir la puerta del Barco Largo, o tal vez fuera la del Barco Feliz. Berta dijo que era como si Edith se hubiese convertido en uno de sus personajes, ya que vivía en una situación de pobreza pintoresca y elegante, aunque la autora de aquella historia no podía sacarse un final feliz de la manga. Estaba muriéndose de cáncer de pulmón. Se puso muy contenta de volver a ver a Berta y de poder reconciliarse con ella, y Berta la visitó varias veces antes de su muerte. Le leía pasajes de libros. La primera vez, le leyó un poco de *Jane Eyre*, y, la segunda vez, Edith pidió un capítulo de *Kipps*. Él se sintió conmovido cuando Berta le contó eso, y se arrepintió de no haber aprovechado la oportunidad para reconciliarse con ella cuando le escribió diciéndole que las disputas deberían tener un límite en el tiempo.

—Mucha gente pensó que, a partir de 1910, empezaste a cambiar; que te volviste mucho más duro, que para afuera seguías siendo alegre y sociable, pero que en tu interior eras más egoísta, más calculador, menos indulgente.

—Tuve que volverme duro. El año anterior había sufrido un estrés terrible por la aventura con Amber, había sido vilipendiado y difamado en público y en privado, y al final la había perdido. Había desarraigado a mi familia y me la había llevado a Londres para empezar una nueva vida. Había abandonado la

esperanza de emplear la Sociedad Fabiana para transmitir mis ideas al público. A partir de entonces, mis libros serían el único medio para hacerlo. Estaba solo. Tenía que ser duro.

El primer libro que publicó en la nueva década, aparecido en la primavera de 1910, fue *La historia del señor Polly*, una novela en la que no había ninguna referencia evidente a los escándalos sexuales y las polémicas ideológicas en los que se había visto envuelto durante los años anteriores. El señor Polly y los otros personajes principales eran todos de clase media baja, habían recibido una educación bastante pobre y tenían una visión muy inocente o poco aventurera de las relaciones sexuales. Quizá por este motivo, la novela fue recibida con muy poco entusiasmo, como si los reseñistas estuvieran perplejos o decepcionados por la ausencia de contenido polémico. Sin embargo, poco a poco se fue convirtiendo en una de sus novelas más populares. Los críticos consideraron que con esta obra retrocedía al nivel de algunos libros anteriores, como *Kipps*, y, en buena medida, era así. Pero aquel idilio cómico contenía un mensaje bastante subversivo para quienes supieran entenderlo: que un hombre podía incumplir las leyes y saltarse las reglas de la sociedad y, pese a ello, vivir feliz por siempre jamás. El señor Polly pretendía huir de un matrimonio infértil y un trabajo poco gratificante suicidándose tras prender fuego a su tienda para que su esposa cobrara el dinero del seguro, pero todo le salía mal: no lograba matarse, prendía fuego a unas cuantas tiendas más (que generaban tan pocos ingresos como la suya y cuyos propietarios se sentían muy agradecidos tras cobrar el dinero del seguro) y se convertía en un héroe al rescatar a una anciana de uno de los edificios en llamas. Entonces Polly se embolsaba la mayor parte del dinero, abandonaba a su esposa para empezar a vivir como un vagabundo y acababa instalándose en una pensión, junto al río, donde convivía castamente con la maternal hostelera y hacía de manitas del establecimiento. Gracias a una mezcla de suerte y astucia, lograba derrotar a un violento rival, que, en el desenlace de su enfrentamiento, le robaba la ropa y se ahogaba, de modo que su cadáver era identificado como el señor Polly, que, por consiguiente, podía vivir en la pensión con un nombre nuevo durante el resto de su feliz vida, mientras que su esposa se beneficiaba de otra póliza. Era la obra más inmoral que había escrito nunca, pero el público británico la recibió sin un murmullo de

desaprobación porque no contenía ni una palabra sobre sexo.

Sin embargo, la siguiente novela, *El nuevo Maquiavelo*, en la que había estado trabajando mientras escribía *El señor Polly*, era un libro muy distinto y mucho más provocativo. Como *Tono-Bungay*, estaba escrito en primera persona y en un estilo locuaz y digresivo, y combinaba la historia personal del narrador con una visión general de la situación de Inglaterra, pero con una perspectiva mucho más política. De hecho, la novela se basaba enormemente en la decepcionante experiencia que había supuesto su implicación política de la última década. El protagonista, Richard Remington, estudiaba Ciencias Políticas en Cambridge y se instalaba en Londres para desempeñar un trabajo radical como periodista. Allí conocía a Margaret, una mujer cuya ambición era ser la esposa de un político importante, y se casaba con ella. Después se presentaba al Parlamento por el Partido Liberal y resultaba elegido. Antes de que pasara mucho tiempo, Remington ya se sentía desencantado con el Partido Liberal y con el Laborista, y decidía que su estado ideal —«Inglaterra, nuestro país, podría ser, sin despreciables ricos ni despreciables pobres, una nación armada y ordenada, de gente bien formada y resuelta que habitara entre sus valles y ríos»— solo podía alcanzarse contando con los poderosos hombres de negocios que en realidad eran quienes hacían que giraran las ruedas de la sociedad moderna; habría que convencer a los más idealistas de entre ellos para que formaran una élite de líderes entregados a la causa, similar a la de los samuráis. Con este fin, cambiaba de bando, se incorporaba al Partido Conservador y ponía en marcha una nueva facción *tory*. Lo asistía en esta empresa una joven muy atractiva y poco convencional llamada Isabel Rivers. Para entonces, ya se había separado de su esposa, que nunca lo había satisfecho sexualmente ni había compartido su punto de vista político, y no tardaba en enamorarse de Isabel, y ella de él. Su relación se convertía en motivo de escándalo, lo cual ponía en peligro la carrera de Remington. Para protegerlo, Isabel estaba dispuesta a casarse con un hombre al que respetaba, pero no amaba. Al final, no soportaban la idea de separarse, se marchaban de Londres, «la descuidada madre de mi mente y de todas mis ambiciones», y se iban a vivir a la costa de Liguria, donde, comparándose con Maquiavelo, que también había tenido que exiliarse, Remington escribía la historia de su vida.

En la última parte de la narración, el autor evocaba el drama de su relación con Amber, pero cambiaba el verdadero final, que había sido un

anticlímax, para poder presentar a su yo ficticio como un héroe trágico, en la tradición de *Todo por amor, o el mundo bien perdido*.¹⁹ En la primera parte, ajustaba cuentas con los fabianos, sobre todo por medio de los personajes de Altiora y Oscar Bailey, una pareja que organizaba encuentros para debatir de política en una casa muy similar a la que tenían los Webb en Grosvenor Street.

Ella era alta e imponente, una mujer espléndida, pero un tanto desaliñada con sus sedas negras y sus abalorios rojos. Tenía unos ojos oscuros y carentes de profundidad, una voz clara y dura tan prominente que casi resultaba visible, unos rasgos aguileños y un pelo negro y lacio que solía descarriarse como las plumas de la cabeza de un águila en medio de un vendaval (...). Oscar no tenía en absoluto el aspecto elegante de su esposa, pero contaba con una capacidad bastante impresionante para recordar los hechos y era un auténtico maestro del análisis en detalle. Muy pronto logró la limitada distinción con que se premian tales aptitudes, y creo que se habría quedado en ese punto durante el resto de su vida de no haber conocido a Altiora (...).

No tenía ninguna duda de que en estos personajes se reconocerían los retratos de Beatrice y Sidney Webb, pero confiaba en haber dicho suficientes cosas elogiosas sobre ellos, especialmente sobre Beatrice, como para suavizar el sarcasmo y evitar que lo demandaran por difamación. Y, aunque no podía negar que la parte final de la novela se asemejaba mucho al clímax de su romance con Amber, lo que había escrito en el libro sobre Isabel era una especie de carta de amor dirigida a Amber que a ella no le parecería ofensiva sino preciosa, llena de detalles íntimos sacados de su vida juntos (como la costumbre de Isabel de llamar «Maestro» a Remington) que solo ella reconocería. Por otra parte, no creía que Blanco White, tras haberlo derrotado en una cuestión crucial amenazándolo con un juicio por difamación, se arriesgara a generar publicidad desagradable con una demanda que, además, no podía reportarle grandes beneficios.

Los editores, sin embargo, se mostraron extraordinariamente pusilánimes con respecto al libro. Macmillan lo había contratado basándose en la descripción que le había hecho él, y no encontró un momento para leerlo hasta que llegaron las pruebas de imprenta. Lo horrorizó la franqueza con que el narrador hablaba de su vida sexual y halló «el doble de motivos» para

rechazar la novela que en el caso de *Ann Veronica*. El editor intentó convencer primero a Heinemann y después a Chapman and Hall para que se hicieran cargo del libro, pero ambas editoriales declinaron por miedo a una demanda por difamación, a pesar de que él le había enviado a Amber la novela y ella le había escrito una carta muy cordial y útil diciendo que ni ella ni Blanco White veían en el libro motivo alguno para emprender acciones legales. Al final, John Lane, que era algo así como un especialista en publicar libros arriesgados con valor literario, aceptó la novela y la sacó en enero de 1911. Tanto el autor como Lane quedaron plenamente justificados: no hubo ninguna demanda y él incluso se enteró de que Beatrice Webb se había mostrado muy impresionada con el libro y había afirmado que las caricaturas de Sidney y de ella eran «maliciosamente ingeniosas».

La novela había despertado un gran interés cuando empezó a aparecer por entregas en la *English Review* a finales de 1910, y fue ampliamente reseñada tras publicarse en enero de 1911. Por lo general, se la consideró una novela impresionante pero fallida, aunque los distintos críticos le achacaban distintos fallos: hablaron de la endeblez de la estructura narrativa, o del tedio que generaban las grandes digresiones del protagonista sobre cuestiones sociales y políticas, o de los maliciosos retratos de personajes públicos reales, o de la excesiva atención que se prestaba a los problemas sexuales del narrador, o de cualquier otra cosa. Henry James envió desde América, donde había acompañado a su hermano William durante su enfermedad final, uno de sus característicos sermones disfrazados de panegíricos: «Su gran capacidad para captar la vida, para masticar el espesor del mundo, para darle esos bocados enormes, mientras se permite momentos de una empalagosa sentimentalidad, del gusto del público multitudinario: todo esto constituye, en sí mismo y desde mi punto de vista, una exhibición extraña, maravillosa y admirable por su parte, de modo que uno sin duda debería preguntarse sinceramente qué más, en cuanto a efectos y evocaciones y actividades diabólicas, se puede pedir. —Sin embargo, desde luego, James quería más, o, mejor dicho, menos, menos materia y mejor modelada—. Planteo mi protesta (pues he de protestar) por el mal servicio que le ha hecho a su causa al volver a emplear esa detestable forma autobiográfica que privilegia lo impreciso, lo improvisado, lo barato y lo fácil». Él no quiso debatir, y menos aún discutir, con Henry James, debido al respeto que sentía hacia el anciano escritor y a que empatizaba con su dolor

por el reciente fallecimiento de William, así que respondió cortésmente a sus críticas, intentando hacer el mismo truco que hacía James, es decir, simulando que las recibía como elogios: «Ya que su correctivo está lleno de cariño, le diré que estoy completamente de acuerdo y que beso la vara con la que me lo aplica. Expresa con tanta belleza su percepción de la confusa turbidez, tensión y violencia que hay en mi libro que casi hace que parezcan méritos».

En cualquier caso, era consciente de que las novelas que pretendía escribir en el futuro serían más o menos del estilo de *El nuevo Maquiavelo*, y que nunca cumplirían con el criterio vigente sobre lo que es una obra narrativa literaria. Le pareció oportuno, por lo tanto, publicar un manifiesto a favor de un tipo de narrativa distinto, empleando, para darle visibilidad, una conferencia que tenía que pronunciar en el Times Book Club sobre «El alcance de la novela». En ella se presentaba a sí mismo como miembro de un nuevo movimiento cuyo objetivo consistía en reemplazar a los personajes y las relaciones personales de las novelas por otra cosa: «Vamos a tratar de cuestiones políticas y religiosas y sociales. No podemos presentar personas a no ser que tengamos esta mano libre, este campo ilimitado (...). Vamos a escribir sobre el mundo de los negocios y las finanzas y la política, sobre la superioridad y la pretenciosidad y la decencia y la indecencia, hasta que mil pretensiones y diez mil imposturas se marchiten a la intemperie, expuestas, secas gracias a nuestro esclarecimiento (...). Antes de que hayamos terminado de hacerlo, tendremos la totalidad de la vida al alcance de la novela». En el *New Age* apareció un artículo sobre este evento, firmado por Arnold Bennett, la única persona que él podría haber mencionado como miembro potencial del nuevo movimiento si alguien le hubiera pedido que citara más nombres. Bennett describió al público, un tanto frívolamente, en estos términos: «Los bibliófilos que asisten a misa (...) mil mujeres y el señor Bernard Shaw». En cualquier caso, Bennett aplaudió su argumentación y el artículo le proporcionó bastante publicidad.

El nuevo Maquiavelo también propició la ocasión, o el pretexto, para que entrara otra mujer importante en su vida: la condesa Elizabeth von Arnim. La conocía un poco desde 1907, cuando Constance Smedley, escritora feminista y fundadora del muy exitoso Lyceum Club de Londres, una organización para escritoras y artistas, se lo presentó. Por aquel entonces, él ya estaba al tanto, y

desde hacía mucho tiempo, de la reputación que tenía ella como escritora. ¿Cómo no iba a serlo? *Elizabeth y su jardín alemán* había sido la sensación literaria de 1898: una narración breve y estilosa que se publicó como novela, pero que se leía como si fuera autobiográfica, y que resultaba aún más provocativa y enigmática debido al hecho de que en la cubierta no aparecía más nombre que el que formaba parte del título. El libro contaba la historia de una mujer inglesa, o al menos angloparlante, que estaba casada, no del todo felizmente, con un aristócrata prusiano venido a menos al que en todo momento se refería como «el hombre de la ira», que la había hecho madre de tres niñas con apenas un año de diferencia y a las que llamaba «bebé de abril, bebé de mayo y bebé de junio». Elizabeth vivía en un apartamento y, para huir del tedio de la vida urbana, comenzaba a pasar mucho tiempo en una finca abandonada e improductiva que tenía su marido en Pomerania, donde creaba, a pesar de los numerosos obstáculos y elementos disuasorios que se iba encontrando, un hermoso jardín inglés, que era para ella un refugio y una fuente de placer y alegría, y donde recibía a varios invitados cuyo egocentrismo e insensibilidad se destacaban con una ironía digna de Jane Austen. El libro resultaba irresistiblemente entretenido, en particular para las mujeres, que adoraban la animada resistencia de la narradora ante los prejuicios patriarcales de su marido, pero los lectores varones ingleses también lo apreciaban, sobre todo porque era una traviesa sátira de las costumbres y los modales alemanes. Además, ambos sexos disfrutaban de las descripciones, líricas y cómicas a un tiempo, que hacía Elizabeth de sus actividades hortícolas. Y el misterio de la autoría de la obra le añadía atractivo. Pronto se convirtió en el libro más vendido de la temporada: se reeditó once veces durante el primer año, diez más en el segundo, y (según supo él de buenas fuentes) le reportó a la condesa diez mil libras en derechos de autor. Jane se quedó fascinada con el libro y lo obligó a leerlo, cosa que él hizo de una sentada para después dictaminar que era una obra ingeniosa pero menor, veredicto en el que había un toque de envidia, ya que las ventas de aquella novela hacían que las de *La guerra de los mundos*, publicado el mismo año, parecieran modestas en comparación.

Cuando le presentaron a la autora, su identidad ya era ampliamente conocida. Había publicado varios libros más, no tan exitosos como el primero, pero tampoco desdeñables, y le había dado al conde otros dos hijos.

En aquel primer encuentro, él se enteró de que el hombre de la ira estaba languideciente, enfermo y oprimido por los problemas económicos, y de que Elizabeth se hallaba a cargo de la familia y era la principal fuente de ingresos del hogar. Se trataba de una mujer menuda, con una bonita figura que se curvaba hacia dentro y hacia fuera en los lugares adecuados a pesar de todos los hijos que había tenido, y cuyos rasgos eran agradables de contemplar sin llegar a ser hermosa, ni siquiera convencionalmente guapa. Como él había supuesto, era una persona muy divertida, pero además tenía destellos de auténtica inteligencia y algunos talentos imprevistos —para la música, por ejemplo— que iban más allá de la conversación trivial. Le caía bien la pequeña condesa, pero cuando ella le propuso que comieran juntos en el Lyceum Club, él declinó educadamente la invitación, pues en aquel momento había demasiadas cosas que requerían su tiempo y su atención, sobre todo relacionadas con la Sociedad Fabiana, como para cultivar una nueva amistad. Más adelante, Constance Smedley, evidentemente instada por Elizabeth, le escribió y le dijo que esta se había quedado dolida por su rechazo y que seguía teniendo muchas ganas de volver a verlo, aunque eso supusiera tener que viajar a Inglaterra expresamente para ello, y él le envió un desabrido mensaje en el que le pedía que disculpara su involuntaria descortesía y la invitaba a visitarlo en Sandgate cuando encontrara una ocasión para hacerlo.

Elizabeth no tardó mucho en encontrar una. Ese verano, llevó a sus hijos a Inglaterra para pasar unas originales vacaciones recorriendo los condados del sudeste del país en unos carromatos gitanos tirados por caballos; tenía la intención de escribir un libro basándose en aquella experiencia, pero pareció como si le hubieran echado una maldición: ese fue el verano más lluvioso que nadie recordaba. En cierto momento, cuando los viajeros se habían refugiado en el castillo de Leeds, se desplazaron en coche hasta Spade House para almorzar. Al concluir la comida, los niños Von Arnim se pusieron a jugar con Gip y Frank mientras los adultos charlaban. Jane y Elizabeth se llevaron muy bien. El clima, que tantos inconvenientes había causado a los Von Arnim, pasó a ser una fuente de situaciones divertidas en la novela, que se tituló *En carromato* y fue magníficamente recibida cuando se publicó, alrededor de un año después, y originó, entre la gente del mundillo literario, un culto consistente en imitar esa clase de vacaciones.

Él no volvió a tener noticias de la pequeña condesa hasta 1910, cuando se

enteró indirectamente de que su marido había muerto y ella se había trasladado a Inglaterra con sus hijos para dedicarse a su carrera literaria. Ese mismo año, Elizabeth demostró su versatilidad escribiendo una obra teatral de carácter feminista llamada *Priscilla huye de casa*, que tuvo un estreno triunfal y se estuvo representando durante mucho tiempo en el Teatro Haymarket. Él sabía, por su escasa experiencia teatral y por las numerosas aventuras de Arnold en ese ámbito, que eso era un gran logro, y no pudo evitar sentir admiración por la gran capacidad que tenía la condesa para obtener el favor del público sin necesidad de venderse o rebajarse. Mientras tanto, Elizabeth estaba leyendo *El nuevo Maquiavelo* con una admiración incontrolable a medida que se publicaba en la *English Review*. «Debe perdonarme por molestarlo con mi absoluto entusiasmo por su maravilloso Maquiavelo —le escribió en noviembre, después de la última entrega—. Nunca ha habido un hombre que comprendiera las cosas como usted. Los demás se limitan a suponer y a teorizar, pero usted sabe. Y toda esa poesía, y toda esa verdad dolorosa y desoladora. Lo que uno quisiera leer, gracias a su pluma, es el relato de lo que sucede después, de lo que ocurre cuando pasan los años y estos lo revisten todo de espantosa ordinariez.» Elizabeth concluía la carta expresando la esperanza de volver a verlo. Él le escribió una nota para agradecerle sus generosos elogios y añadió una posdata en la que le decía que, si estaba libre algún día de la semana siguiente, la invitaría encantado a comer y a dar un paseo por el parque de Hampstead Heath, ya que Jane estaría en Devon, visitando a una antigua amiga, y a él le vendría muy bien un poco de compañía. Ella le contestó a vuelta de correo que iría a visitarlo el martes siguiente salvo que él le dijera otra cosa, y cumplió su palabra.

La llevó a comer a la posada de la localidad y después, como hacía buen tiempo, a dar un largo paseo por el parque. Aquella tarde se enteró de un montón de cosas sobre Elizabeth, pues ella le habló de su vida con sorprendente franqueza. Había nacido en Australia y su nombre real era Mary Beauchamp. Su padre era un próspero inmigrante de primera generación que se dedicaba al transporte marítimo y que regresó a Inglaterra con su familia cuando ella apenas tenía tres años. Elizabeth y sus hermanos disfrutaron de una buena educación en Inglaterra y, durante un tiempo, en Suiza, pero, en su juventud, sus ambiciones y expectativas eran muy convencionales y estaban completamente al margen del feminismo; su principal deseo era encontrar un

buen partido y casarse. A tal fin, su padre la llevó de viaje por la Europa continental, donde conocieron al conde Henning August von Arnim-Schlagenthin, que les causó muy buena impresión. Su abuelo materno era sobrino de Federico el Grande y él estaba buscando esposa, pues había perdido recientemente a la suya.

—Fue un error terrible, y yo soy la culpable —dijo ella cuando estaban en Parliament Hill, desde donde se podía contemplar la planicie sobre la que está emplazada Londres, velada por el humo del carbón como una inmensa chimenea humeante bajo una capa de hollín—. Bueno, también Papá, que no supo ver más allá de la fachada aristocrática de Henning, pero yo estaba aterrorizada por la posibilidad de quedarme soltera porque mi hermana y mi prima adoptada ya estaban casadas, y, en aquel momento, me pareció un hombre muy glamuroso. Para ser justa con Henning, él tenía sus dudas y quería ir despacio, pero yo lo seduje, más o menos, para que se casara conmigo. No nos habíamos dado cuenta de que estaba prácticamente arruinado, y yo, desde luego, no tenía la menor idea de lo que se esperaba de las amas de casa en Alemania, ni de lo aburridas que eran sus vidas. Bueno, de eso ya se habrá enterado por *Elizabeth y su jardín alemán*. Pero en la realidad era mucho peor; Henning me hizo quitar un montón de cosas antes de permitirme publicar el libro.

—¿Cómo lo sedujo, si me permite la indiscreción? —preguntó él.

—Henning estuvo en Inglaterra una temporada, dudando si casarse conmigo o no, y yo le hice saber que pasaría un fin de semana en un hotel de Goring-on-Thames con una carabina que en realidad no ejercía como tal, y él mordió el anzuelo. Perdí la virginidad escuchando el sonido del río que pasaba junto a mi ventana. Fue el único elemento romántico de esa experiencia.

—Pero usted siguió adelante y se casó con él.

—Tenía que hacerlo. Supongo que pensé que los aspectos físicos del matrimonio mejorarían, pero no fue así. Eran cinco minutos de placer para él y nueve meses de embarazo para mí. Me dejaba embarazada una y otra vez porque quería desesperadamente tener un hijo varón. Yo me instalé en Nassenheide (esa es la finca que sale en el libro) para tomarme un respiro de aquel estado de maternidad perpetua, porque a él no le gustaba mucho ese sitio y prefería quedarse en el apartamento que teníamos en Berlín. Después se

buscó una amante.

—Y usted encontró consuelo en su jardín.

—Sobre todo, en escribir sobre él. El jardín del libro es más bien una fantasía. Alguna gente se sintió muy decepcionada al verlo en la realidad. Yo me había resignado a vivir sin conocer el amor verdadero, y, como muchas otras mujeres antes que yo, buscaba la autorrealización por medio de la creación literaria.

—Pero ahora es libre y puede encontrar el amor verdadero —dijo él, sonriendo y mirándola fijamente con sus ojos de color azul grisáceo que, según le habían dicho, tenían un efecto hipnótico.

Ella le sostuvo la mirada con serenidad, manteniendo la compostura, y le sonrió enigmáticamente.

—Sí, supongo que sí —dijo—. Si encuentro al hombre adecuado.

La acompañó hasta la estación de metro de Hampstead, y le cogió la mano durante un rato al despedirse.

—Tenemos que volver a vernos —dijo.

—Me encantaría —dijo ella—. Ahora yo vivo con mi hermana en Haslemere, pero estoy buscando un apartamento en Londres.

—¡Haslemere! —exclamó él—. Cerca de ahí hay una granja con una casa de invitados donde a veces voy a trabajar. Tenía la idea de ir próximamente.

Dicha idea, en realidad, se le había ocurrido una fracción de segundo antes de decirla.

—Bueno, pues si va... no deje de avisarme.

—Lo haré. —Le besó la mano—. *Au revoir*, pues.

—*Au revoir*.

Elizabeth sonrió y se dirigió a los torniquetes. Su hermoso trasero redondeado se bamboleaba bajo su abrigo hecho a medida.

A la mañana siguiente, él le escribió una carta a Jane: «Ayer a la una apareció de repente la alegre condesita Von Arnim con una propuesta de ir a almorzar y a dar un paseo, lo cual me alivió mucho del trabajo y de la gravedad de la vida. Habla muy bien, se sabe *El nuevo Maquiavelo* de memoria y creo que puede ser una amiguita estupenda». Consideró que era prudente añadir: «Conversando es muy libre, pero su moral es estricta (lamentablemente, ha aprendido por experiencia que basta con pensar en

ciertas cosas para quedarse embarazada)». Tras enviarla, pensó que incluir aquella última idea en realidad no había sido prudente en absoluto: Jane sabría inmediatamente cuáles eran sus intenciones.

No llevaban mucho tiempo viviendo en el número 17 de Church Row cuando él se dio cuenta de que comprar esa casa había sido un error. Era demasiado pequeña para sus propósitos, y le pareció que allí había un ambiente demasiado ruidoso y frenético como para trabajar. Los criados se pasaban todo el día subiendo y bajando las escaleras, y si alguien entraba en la sala de estar, él lo oía desde su estudio a través de las puertas plegables que separaban ambas habitaciones. Y había más desventajas. El jardín, un terreno delimitado por unos muros muy altos, resultaba demasiado pequeño como para jugar al bádminton, y no crecía nada de lo que Jane había plantado. En el momento de comprar la propiedad, les había parecido que la proximidad de la antigua y pintoresca iglesia aumentaba su valor, pero también suponía que entre semana muchas veces hubiera coches funerarios, elaboradamente engalanados con los adornos negros del luto, esperando delante de la fachada de su casa mientras tenían lugar los servicios religiosos y los sepelios, proyectando un aire melancólico por toda la calle. Sin embargo, su principal queja era que carecía de un lugar tranquilo y aislado para trabajar. Por ello, alquiló un pequeño apartamento en Candover Street, en la anodina zona que hay al este de Great Portland Street, con una innecesaria «kitchenette», como la llamó el agente inmobiliario, que él no usaba casi nunca, un pequeño cuarto de baño y un salón apenas lo bastante grande como para albergar un escritorio, un sillón y un diván cama. La cama, oficialmente, era para que pudiera echarse una siesta cuando lo necesitara, o quedarse a dormir allí si perdía el último metro por tener algún compromiso vespertino, pero también le sirvió para entretenerse con diversas damas que lo consolaron por la pérdida de Amber: antiguos amores a los que había enviado mensajes informándolas de su malestar, o amantes nuevas que conocía y seducía en las fiestas, los cafés y los restaurantes frecuentados por la gente del mundillo literario y artístico, y que se acostaban con él porque empatizaban con su dolor, o por los viejos tiempos, o porque admiraban su obra, o simplemente como agradecimiento por haberlas invitado a comer. Él no pensaba que su pacto con Jane exigiera que la mantuviera informada de aquellas cópulas ocasionales, pero ella debía de

sospechar que las horas que pasaba en Candover Street no estaban dedicadas exclusivamente al trabajo, y a él, hasta cierto punto, le molestaba no ser del todo franco con ella. Elizabeth le hacía plantearse la posibilidad de tener una relación que no se avergonzaría de contarle a Jane y que ella podría aceptar con gusto. Apenas tenía dudas, tras su conversación de Hampstead Heath, de que Elizabeth también estaba buscando un amante, se había fijado en él y lo consideraba un candidato apropiado: un hombre maduro, cuyo intelecto admiraba y cuyo apetito amoroso era legendario, pero que no tendría ninguna gana de dejarla embarazada.

Por lo tanto, se instaló en la casa de invitados de Crotchet Farm, cerca de Haslemere, para poder trabajar «sin distracciones», como le dijo a Jane, en una nueva novela. Se trataba de otra historia sobre un hombre y una mujer que, para realizarse, tenían que superar los numerosos obstáculos que una sociedad rígida y materialista les ponía en el camino, pero en esta ocasión no les resultaría necesario cometer adulterio a lo largo del proceso, ya que se casarían muy al comienzo de la narración y, con el tiempo, encontrarían la redención en el matrimonio.

De hecho, la novela iba a llamarse *Matrimonio* y la había ideado, en parte, para convencer al público lector británico de que él no estaba empecinado en destruir esa venerada institución y para disipar el aura de escándalo que rodeaba su nombre desde hacía algunos años. En la primera parte del relato, que ya había escrito, la protagonista, Marjorie, se casaba con el protagonista, un científico llamado Trafford. No era el más idóneo de todos sus candidatos, pero era el que ella amaba. Sin embargo, más adelante, Marjorie no se identificaba con la desinteresada búsqueda del conocimiento que guiaba la vida de él. Para hacerla feliz y satisfacer sus deseos convencionales, Trafford abandonaba la investigación y hacía fortuna dedicándose a la manufactura de goma sintética, pero en cierto momento sentía que su vida carecía de sentido y decidía irse a vivir, como Thoreau, a las tierras deshabitadas de Labrador. Así salvaría su alma. Marjorie, para su sorpresa, insistía en acompañarlo. Allí tendrían una experiencia cercana a la muerte de la que saldrían reforzados y más unidos en espíritu que nunca. Entonces regresarían a Inglaterra para colaborar en alguna clase de empresa intelectual y progresista. Él no conocía personalmente Labrador, pero pensó

que lo mismo podría decirse del 99,9 % de sus lectores y que, si se estudiaba bien unos cuantos libros, reuniría suficiente información como para resultar convincente.

Combinó la escritura de este edificante relato por las mañanas con su romance con Elizabeth von Arnim por las tardes. La iba a visitar a la casa de su hermana, que estaba apenas a un par de kilómetros de la granja, la llevaba a dar caminatas y de excursión por los montes de Surrey y, cuando empezaba a oscurecer —temprano, pues ya estaba comenzando el invierno—, la metía sin que nadie se diera cuenta en el dormitorio que tenía en la casa de invitados de la granja y le mostraba de forma muy satisfactoria cuánto placer se le había negado por casarse con el difunto conde.

—Nunca había sentido nada así —murmuró ella, soltando un suspiro, tras un gratificante orgasmo—. Y no sabía que un hombre pudiera durar tanto. — Elizabeth era muy sincera y resultaba sumamente entretenido escucharla hablar de lo defectuoso que había sido su marido en la cama—. Nunca se quitaba el pijama, y tampoco me pedía a mí que me desvistiera; me levantaba el camisón como un tendero que abriera las persianas de su establecimiento, me separaba las piernas y se ponía de inmediato a la faena.

—Y la faena no duraba mucho.

—No, pero eso era más bien un alivio, porque él no olía demasiado bien.

—¿Y yo huelo bien?

—Tú hueles deliciosamente —dijo ella—. Hueles a miel. Me gustaría lamerte.

—Hazlo, por favor —dijo él—. Donde más te apetezca.

Y ella lo hizo.

Aunque en Hampstead Heath habían hablado de que ella era libre y podría encontrar el «amor verdadero», ambos entendían que esas palabras significaban «buen sexo», de modo que no era necesario fingir que estaban poseídos por una pasión romántica para justificar su disfrute mutuo, como tampoco hubo que hacer declaraciones de devoción eterna cuando concluyeron las dos semanas que él iba a pasar en la granja. Se despidieron alegremente, acordando volver a verse cuando se presentara la ocasión, pero sin hacer ningún plan concreto.

De hecho, esa prometedor relación se interrumpió durante un tiempo considerable. Llegaron las navidades con sus celebraciones, y después, tras la

Nochevieja, él llevó a toda la familia, incluida Fräulein Meyer, a Wengen, una localidad del Oberland bernés, para pasar las vacaciones practicando deportes de invierno. Era la primera vez que los niños esquiaban, y les encantó la experiencia. Pero por desgracia hubo un brote de gripe en el hotel y se contagiaron todos; tuvieron que pasar la mayor parte de la segunda semana de vacaciones en la cama y algunas semanas más en casa para recuperarse. Entretanto, la condesa había regresado a Alemania para organizar todo lo relativo a la herencia de su marido. Él, por lo tanto, continuó escribiendo *Matrimonio* en Candover Street y distrayéndose de vez en cuando con algunas visitantes femeninas, Amber —de un modo totalmente inesperado— entre ellas.

Ocurrió por iniciativa exclusivamente suya: le escribió preguntándole si podían verse en privado en algún sitio y, aunque él pensó que era muy arriesgado para ella, no pudo negarse. El riesgo, en su caso, era insignificante: si no cumplía el acuerdo que había firmado, lo único que podía hacer Blanco White era demandarlo por difamación, como había amenazado desde el primer momento, y ya era demasiado tarde para eso. Pero, para Amber, verlo suponía poner en peligro su matrimonio. Él se preguntó si no lo estaría ya, pero se equivocaba al imaginar tal cosa.

Ella se presentó en Candover Street con un aspecto feliz y saludable, habló largamente de la alegría que le proporcionaba la pequeña Anna Jane y le mostró una foto del bautizo de la hija que habían tenido juntos.

—¿La has bautizado? —preguntó él, levantando una ceja.

—Ya sé lo que piensas —dijo ella, un tanto avergonzada—, pero no es más que un ritual, en realidad, y Rivers quería que la bautizáramos, así que no discutí.

Cada vez que mencionaba a Blanco White, comentaba algo positivo.

—Es un buen padre —dijo en determinado momento de la conversación— y un buen marido.

—Me alegra oírte decir eso —dijo él—, ya que, en cierto sentido, yo hice de casamentero.

—Tenías razón, Maestro —dijo Amber—. Era la única solución.

Él se estremeció al oír su antiguo apelativo cariñoso. Pero ¿por qué había ido ella a verlo? Le contó que estaba escribiendo una novela —una nueva— y que quería darle los primeros capítulos para que los leyera y le diese su

opinión. Él aceptó, pero pensó que aquello era más un pretexto que una explicación, y le pareció que, en realidad, Amber sencillamente estaba haciendo una declaración interna de independencia. Un año antes, Shaw había escrito una obra de teatro titulada *Matrimonio desigual*, que se representó en privado porque era demasiado picante como para superar la censura. Era una especie de farsa intelectual sobre las aventuras sexuales que tenían lugar entre un grupo de personas de distinta extracción social. Algunos amigos que habían visto la pieza le contaron que la protagonista, una joven sin pelos en la lengua llamada Hypatia, estaba inspirada en Amber. Él no había visto la obra, pero la había leído. Hypatia, una chica descocada y con mucha labia, le había parecido una versión muy superficial de Amber, pero en un determinado momento decía una frase que definía a la perfección a su modelo: «No quiero ser buena ni quiero ser mala; no quiero tener que preocuparme por el bien ni por el mal; quiero ser una oración activa». Amber quería, siempre había querido, ser una oración activa y no una oración pasiva. El acuerdo al que se había sometido, consistente en cortar toda comunicación con él durante dos años, suponía para ella una violación de su libertad, y aquel acto de resistencia, aunque fuera privado, le resultaba necesario para poder respetarse a sí misma.

Él había puesto a enfriar una botella de Mosela, antes de la llegada de ella, por si se sentían incómodos o avergonzados al verse por primera vez tras un intervalo de tiempo tan largo. Resultó innecesaria, pero sirvió para que la conversación fluyera más fácilmente. Estuvieron hablando de los viejos tiempos, y en algunos momentos se rieron, pero en otros a Amber se le saltaron las lágrimas. Se sentaron en el diván cama, abrazados, y al cabo de un rato les pareció más cómodo tumbarse. Acabaron convertidos en la oración más activa posible.

—No vine con esta intención, Maestro —dijo Amber al concluir—, pero estoy contenta.

—Yo también, Amber —dijo él, y la besó con ternura.

Ella volvió a visitarlo a la semana siguiente, esta vez con la intención de hacer el amor, pero también de decirle que sería la última vez.

—No quería que pensaras que me he arrepentido de lo que pasó la semana pasada —le explicó—. Pero, si seguimos así, al final Rivers lo va a descubrir, y no quiero hacerle daño.

Él estuvo de acuerdo y se alegró de estarlo. Se había dado cuenta de que el tiempo había curado la herida de su separación forzosa. La amargura que había sentido ya no era más que un recuerdo cada vez más débil, como la pasión de su antiguo romance, y no tenía ninguna gana de que aquellas perturbadoras emociones resucitaran. Estaba intentando construir una vida más tranquila.

No mucho después, Elizabeth von Arnim regresó a Inglaterra y dio señales de estar disponible. Se había comprado un apartamento en Saint James' Court, en Westminster, y le escribió diciéndole que estaba deseando recibirlos a él y a Jane allí, y tal vez verlo a solas en algún otro sitio. Él la invitó a Candover Street y ella se presentó una tarde, elegantemente vestida, como de costumbre, pero con un sombrero del que caía un opaco velo.

—Me siento malvada y pícara —le dijo, quitándose esta parte de su atuendo—, como si fuera un personaje de una novela francesa.

—Eso es parte de la gracia, ¿no? —dijo él, quitándole otras prendas de ropa.

—¡Por Dios! —dijo ella, ayudándolo con los corchetes de su vestido—. ¡Qué impaciente estás!

—Bueno, te he echado de menos —dijo él—. Llevo semanas desvistiéndote en mi cabeza.

—Sí, seguro —dijo ella.

Pero él se dio cuenta de que Elizabeth se había excitado con aquella broma y muy pronto los dos estaban entrelazados sobre la cama, haciendo el amor vigorosa y placenteramente.

Después de dormir una breve siesta, ella se dio una ducha mientras él preparaba el té, y cuando él salió de la kitchenette con la bandeja, vio que ella estaba de nuevo recatadamente vestida, con todos los corchetes y botones abrochados. Quizá se hubiera encontrado un pelo largo en el baño, o hubiera divisado una horquilla debajo de la cama, porque le dijo, pensativa, mientras revolvió el contenido de su taza:

—¿Traes a otras mujeres aquí?

Él no lo negó.

—Si vamos a seguir siendo amantes, debes dejar de hacerlo —dijo ella.

—Muy bien —dijo él, sonriendo—. Hagamos un trato. Yo dejaré de ver a otras mujeres, pero tú tienes que aceptar que nunca dejaré a Jane.

—Por supuesto —dijo ella—. No pretendo interponerme entre tu familia y tú. Debemos tener cuidado para que ella no se entere.

—No, a Jane no le molesta —dijo él, y se dio cuenta de que a ella su respuesta le resultó sorprendente, e incluso ligeramente impactante—. De hecho, estoy seguro de que le parecerá muy bien —añadió.

—Ya entiendo —dijo ella, pero él no estaba seguro de que fuera cierto.

En cualquier caso, él tenía razón, claro. Tras haber aceptado hacía mucho tiempo que no podía corresponder a las necesidades sexuales de su marido, y que él buscaría la satisfacción con otras, Jane prefería que eso sucediera con una sola persona y no con varias, y también que se tratara de alguien que ella quisiese y respetase, en cuya responsabilidad y discreción se pudiera confiar. La condesa Von Arnim, o «la pequeña E», como él comenzó a llamarla, era absolutamente idónea para ese papel, más aún porque declaró su intención de pasar la mayor parte del tiempo en Suiza, aunque conservara su residencia inglesa. Él podría ir a visitarla allí sin llamar la atención ni abochornar a nadie. Ella había ganado una gran cantidad de dinero con su obra de teatro, y con la venta de las propiedades del conde, que había que añadir a los derechos de autor que generaban sus libros, y quería emplear su pequeña fortuna para construirse un chalet en la ladera de alguna montaña suiza, país que asociaba con la felicidad por los buenos tiempos que había pasado allí en su infancia. Él compartía su entusiasmo por Suiza, y también por la construcción de casas, y se apuntó entusiasmado a su búsqueda de un buen emplazamiento en el Jura. Daban largas caminatas durante el día y pernoctaban en posadas de montaña. Fräulein Teppi Backe, que había sido la institutriz de los hijos de Elizabeth y se había hecho amiga de ella, los acompañó para guardar las apariencias. Desde luego, Teppi sabía muy bien que él pasaba por la habitación de su amiga casi todas las noches. En dos ocasiones, se las apañaron para destrozarse la cama, y él disfrutó al observar, a la mañana siguiente, a la delicada y minúscula condesa, que tenía aspecto de pesar cuarenta kilos, informando tranquilamente a un incrédulo posadero de la rotura de una pieza del mobiliario en su alemán fluido pero formal. Elizabeth no logró encontrar en el Jura un emplazamiento que cumpliera sus requisitos, de modo que trasladaron su búsqueda a la zona del Valais. Allí descubrieron un

sitio ideal cerca de Randogne-sur-Sierre, en las estribaciones del centro turístico de deportes de invierno de Montana. Según les dijeron, aquel era el lugar más soleado de los Alpes, y tenía una vista impresionante sobre el valle del Ródano que se desplegaba hasta incluir en el panorama a los Alpes peninos, la cordillera del Mont Blanc y el Simplon. Elizabeth contrató a un arquitecto para que diseñara, siguiendo sus requerimientos, un enorme edificio que parecía más un castillo que un chalet; tenía dieciséis dormitorios, cuatro cuartos de baño y siete servicios. Elizabeth le explicó que tenía la intención de invitar a sus amigos a la casa y convertirla en un lugar de vacaciones para sus hijos y para las familias que estos formaran en su debido momento. Se pusieron de acuerdo con un contratista, que prometió que la casa estaría terminada para el otoño del año siguiente. Su propietaria ya le había puesto nombre: Chalet Soleil.

Entretanto, él y Jane habían decidido que querían irse de Hampstead y encontrar algún sitio en el campo, que no estuviera demasiado lejos de Londres, donde pudieran recuperar el tipo de vida del que habían disfrutado en Spade House, tal vez con algo más de lujo. Durante una visita a su amigo Ralph Blumenfeld, el director del *Daily Express*, que tenía una casa en Great Easton, cerca de Dunmow, en el condado de Essex, él se quedó fascinado con aquella zona: el campo allí era muy bonito, se seguía destinando a la agricultura y no se había echado a perder, y solo estaba a sesenta kilómetros de Londres. Casi todas las propiedades de la región pertenecían a lady Frances Warwick, que ocupaba una majestuosa mansión llamada Easton Lodge y que, después de que Blumenfeld se lo presentara, accedió a alquilarle la Vieja Rectoría de Little Easton por un tiempo limitado. Tanto la casera como el inquilino se quedaron encantados con el trato. lady Warwick, que supuestamente había sido amante del difunto rey Eduardo VII cuando todavía era príncipe de Gales, era una aristócrata bastante atípica; se había convertido al socialismo después de casarse, y, aunque continuaba llevando un estilo de vida patricio, era mecenas y anfitriona de un gran círculo de escritores y políticos progresistas al que él estaba más que invitado a incorporarse. La hermosa rectoría georgiana de ladrillo rojo, aunque necesitaba restaurarse y modernizarse un poco, le pareció al escritor un lugar ideal para vivir. Unos recibidores espaciosos daban a una sala cuadrada, con las paredes recubiertas

de madera y los suelos de losas de piedra, de donde ascendía una amplia escalera que llevaba a los pisos superiores con sus numerosos dormitorios. Desde la casa, por encima de los jardines y de los campos de trigo, se veía el pueblo. Tenía un enorme granero en el que se imaginó inmediatamente a sí mismo organizando juegos y actuaciones teatrales. Además, y esto era fundamental, aquel lugar idílico contaba con una excelente conexión ferroviaria con Londres, pasando por Bishop's Stortford. Los trenes se detenían, previa petición, en el apeadero privado de Easton Estate, situado a menos de dos kilómetros de distancia.

Firmó el contrato de alquiler en agosto de 1911, y al principio solo empleaban la casa como retiro de fin de semana, pero les gustó tanto que durante la primavera del año siguiente convirtieron la rectoría —rebautizada como «Easton Glebe» para atenuar las asociaciones eclesiásticas— en su domicilio habitual, y conservaron la casa de Church Row temporalmente para tener una base en Londres, pero con la intención de venderla y adquirir la casa de Easton para poder vivir allí a largo plazo. Los niños lo pasaban muy bien en los grandes espacios abiertos que rodeaban la casa y que podían explorar libremente. Él hizo poner una pista de tenis en una de las zonas de césped y limpiar y amueblar el granero para destinarlo a juegos de interior y a la representación de obras de teatro los días de lluvia. La mayoría de los fines de semana acudían unos cuantos amigos que se quedaban a dormir y que siempre expresaban su fascinación y su envidia por la casa. Él tenía un espacioso estudio en la planta baja, pero también quería hacerse una suite aislada en alguno de los pisos superiores donde pudiera dormir o escribir a cualquier hora del día o de la noche, cuando le viniera en gana. Jane, tan eficaz como siempre, se encargó de ejecutar sus planes, además de dedicarse a poner en orden los descuidados jardines.

Entretanto, él acompañó a la pequeña E a Suiza para ver los progresos del Chalet Soleil, que, como todos los demás edificios en construcción de la historia del mundo, eran más lentos de lo que se había acordado. El chalet no estaría listo para el otoño, pero les prometieron que lo estaría para Navidad. Ellos se quedaron en un chalet cercano, propiedad de la cantante Jenny Lind, y pasaron unos días dando largos paseos por las laderas de los montes y los bosques de pinos. Se llevaban un sencillo refrigerio para comer al aire libre y después hacían el amor sobre un colchón de agujas de pino cubierto con su

ropa. A la pequeña E le gustaba el sexo en espacios abiertos tanto como a él; adoraba la sensación que le producían el sol y la brisa en la piel desnuda. Sabían dónde trabajaban los campesinos locales y, como estaban a comienzos del verano, todavía había pocos turistas en la zona, de modo que el riesgo de que los sorprendieran in fraganti era mínimo. Aquel mismo año viajaron a Ámsterdam, París y Locarno, donde se alojaron en grandes hoteles y se entretuvieron decadentemente sobre colchones de muelles y entre almohadones rellenos de plumas de ganso, pero él no disfrutó nunca tanto como con esas cópulas rústicas en las laderas del Valais, que eran aún más naturales debido a la circunstancia de que ya no hacía falta tomar medidas anticonceptivas. Elizabeth había alcanzado ese punto de la vida de toda mujer convenientemente pronto.

Matrimonio se publicó en septiembre y fue recibido con enorme entusiasmo, satisfaciendo las expectativas de su autor, que esperaba que este libro le permitiera recuperar la respetabilidad ante el gran público británico. «Un libro que emociona con la vida, el cuestionamiento, del presente. Se publique lo que se publique este otoño, es improbable que encontremos algo más vital, más importante, que *Matrimonio*», afirmaba el *Daily Chronicle*. «Qué libro tan brillante y estimulante. Produce incluso exaltamiento (...). La capacidad de observación, el ingenio, el regocijo casi feroz, la curiosidad religiosa del libro son una maravilla», dijo el *Daily News*. «Animado por todas partes con destellos de una perspicacia impresionante (...). Atrapa al lector desde la primera página hasta la última», se admiraba el *Sphere*. No había tenido un aluvión de reseñas laudatorias semejante desde *La guerra de los mundos*. Incluso sus viejos enemigos, los críticos que habían flagelado *En los días del cometa* y *Ann Veronica*, estaban encantados y mostraban su admiración entre ronroneos. «El señor Wells ha puesto toda su inteligencia en esta larga historia del noviazgo y la boda de dos jóvenes atractivos y, podemos añadir, completamente morales», decía el *Spectator*, y el *T. P.'s Weekly* señalaba que se trataba de un «libro emocionante e inspirador, y que puede incluirse en la biblioteca de una familia puritana». Él se reía, incrédulo, mientras ojeaba los recortes que le había enviado Macmillan con una nota de felicitación. Ni siquiera su autor sabía que el libro era tan bueno. Pero los desmesurados elogios que recibía ahora servían para compensar algunas de

las injusticias del pasado, y él no iba a quejarse por ello.

Solo hubo una reseña claramente discrepante, y apareció en una revista de escasa circulación. Una escritora llamada Rebecca West escribió una crítica devastadora de *Matrimonio* en la *Freewoman*, una revistita muy encendida que había comenzado a publicarse hacía menos de un año y que pretendía ampliar los objetivos del feminismo, para que no se limitara a pedir el derecho a voto de las mujeres e incluyera también cuestiones relacionadas con la sexualidad y la cultura, y que incluso se atrevía a criticar algunos aspectos de las campañas de las sufragistas. Rebecca West no era conocida cuando empezó a publicar sus ingeniosos y combativos textos en esta revista, pero ya había llamado la atención del escritor; para empezar, había realizado un valiente ataque contra la señora de Humphry Ward, que encarnaba la idea inglesa de lo que es una novelista «seria», en parte debido a sus ilustres ancestros (era nieta del doctor Arnold, el director de la Escuela Rugby, y sobrina de Matthew Arnold), pero sobre todo porque sus novelas trataban acerca del declive de la fe cristiana e incluían personajes que debatían solemnemente sobre cómo se podía modernizar su teología y conservar su moralidad. «La idea de Cristo es la única herencia que los ricos no les han robado a los pobres —afirmaba Rebecca West en «El Evangelio según la señora de Humphry Ward»—. Actualmente, genera un gran interés (aunque no fe) a nivel nacional, y por lo tanto recibe un trato respetuoso y se la protege de la “modernización” con tanto celo como a la tragedia de *Hamlet*. Y, aunque la señora Ward se ha dedicado durante casi sesenta años a “analizar con su cualificado intelecto” (por citar a su editor) el universo, eso es algo que se le ha escapado. Considera que los ingleses van a la iglesia con la misma actitud con la que asisten al comité sanitario del ayuntamiento de su localidad, es decir, muy atentos y tratando de descubrir qué pueden aportar para que mejore el funcionamiento de la institución.» Él reconocía un buen texto polémico cuando lo veía, y sonrió con admiración al leer estas líneas. La señora de Humphry Ward estaba acostumbrada a esquivar las críticas tanto de los cristianos ortodoxos como de los ateos militantes, pero resultaba muy fácil imaginarse su malestar al ser atacada desde esa posición imprevista y quedar retratada como una ladrona ideológica de los pobres. Y él tampoco se sintió cómodo al recibir los afilados y desdeñosos dardos de la señorita West. La reseña comenzaba así:

En *Matrimonio*, los manierismos del señor Wells resultan más exasperantes que nunca. Uno se da cuenta de inmediato de que Marjorie sufre una crisis de castidad conyugal cuando dice, a intervalos regulares, «¡Dios mío! ¡Dios mío!» o, en los momentos de éxtasis, «¡Dios *mío*! ¡Dios *mío*!». Esto se debe a que las protagonistas del señor Wells, que no han dejado de amar a pesar de las dificultades legales, dicen «¡Mi hombre!» o «¡Maestro!». Pero claro, él es la vieja solterona de los novelistas; incluso los rastros de su obsesión sexual, que se hallaban en *Ann Veronica* y en *El nuevo Maquiavelo* semejantes a los coágulos que hay en una bechamel fría, no eran más que una manía de vieja solterona, la reacción ante la carne de una mente que ha permanecido demasiado tiempo absorta en aeronaves y coloides.

Al leer estas frases, se sintió como se había imaginado que se habría sentido la señora de Humphry Ward, pues no estaba acostumbrado a que lo compararan con una anciana célibe. La reseña era muy larga e impugnaba la novela muy concienzudamente. «Su primer pecado consiste en dar a entender que Marjorie, ese ser pálido y rollizo que a los cuarenta se parecería a una vaca (y la semejanza se daría también en un plano espiritual), representa a la mujer normal. El segundo consiste en la solución que propone: “Imaginemos que la comunidad mantuviera a todas las mujeres, imaginemos que todas las propiedades, las casas, los muebles y los niños se les adjudicaran a ellas (...). Entonces todas las mujeres serían princesas para los hombres que ellas aman”. ¡Hay que tener rostro! La cabeza me da vueltas ante la idea de que la comunidad se vea obligada a permitir a Marjorie que perpetúe su carácter vacuno.» La verdadera solución, afirmaba Rebecca West, era dejar que las mujeres se ganaran la vida.

Quizá se habría sentido más irritado por el hecho de que una crítica poco conocida escribiera una reseña tan demoledora en una revista que él consideraba aún ideológicamente si *Matrimonio* no hubiera recibido comentarios tan unánimemente favorables en todos los demás medios. Pero, tal como eran las circunstancias, podía permitirse ser magnánimo y admitir ante Jane, que había leído la reseña antes que él y se la había pasado recomendándole «Más vale que respire hondo antes de leer esto, H. G.», que aquella mujer había dado en el clavo, señalando algunos de los puntos más vulnerables de su novela, y que, desde luego, sabía escribir. Esa Rebecca

West parecía tener ideas interesantes y bastante seguridad en sí misma. ¿No sería estupendo invitarla a almorzar a Easton Glebe algún día, y ver si tenía el valor de meterse en la boca del lobo y defenderse?

—A mí me parece que vas a ser tú quien tenga que defenderse —dijo secamente Jane—. Pero invítala, si quieres.

Entonces le escribió a Rebecca West, a través de la *Freewoman*, diciéndole que había leído su reseña con interés e invitándola a comer para debatir sobre las cuestiones que planteaba en ella. También le daba información sobre los trenes que más le convenía coger en Liverpool Street y sobre qué debía hacer para pedir que pararan en la estación privada de Easton. Ella le contestó a vuelta de correo aceptando la primera de las fechas que le había propuesto, el 27 de septiembre. Llegó a la una y estuvieron hablando casi sin interrupción hasta las seis y media. Ya era demasiado tarde como para que ella regresara a Londres, de modo que se quedó a pasar la noche.

—Y así fue como empezó...

—Así fue como empezó.

—¡Otra vez! Otra joven virgen, a la que doblabas en edad, brillante, impresionable, rebelde, deseosa de tener experiencias, igual que Amber. La invitas a entrar en tu vida y ella, por supuesto, se enamora de ti, el gran escritor, como habías imaginado...

—No lo había imaginado. Por su reseña, pensaba que me consideraría un viejo carcamal.

—Y eso te resultaba estimulante, ¿verdad? Lo de la «bechamel fría» y las bromas despectivas sobre la conversión de tu protagonista a la idea del subsidio por maternidad... Esos agravios te hicieron querer darle una lección a esa zorra joven e impertinente...

—No sabía que era joven.

—Podías suponer que una colaboradora de la *Freewoman* de la que nadie había oído hablar debía de ser joven. Y pensaste que la invitarías a tu elegante casa de campo, la harías pasar a tu estudio, donde estaría rodeada por todas las ediciones de tus libros y otras señales de tu fama, y exhibirías ante ella toda la fuerza de tu personalidad, esa seductora combinación de inteligencia chispeante y encanto que sabías por

experiencia que solía ser irresistible para las mujeres. El hecho de que ella resultara ser extremadamente atractiva hizo que todo fuera muy fácil.

—Yo no tenía la intención de hacer que se enamorara de mí, y me resistí a sus insinuaciones durante mucho tiempo.

—**Pero al final sucumbiste.**

—Al final me enamoré de ella.

—**Y la dejaste embarazada, y te volviste a meter en una vorágine de complicaciones y situaciones vergonzosas y responsabilidades, con todo el tiempo que eso consume, igual que te había pasado con Amber.**

—Pero esta vez todo duró más. Mucho más.

—**¿Es que no ibas a aprender nunca?**

—En lo que respecta a las mujeres, por lo visto, no.

2

Una de las muchas cosas interesantes que descubrió sobre Rebecca West el día en que se conocieron fue que ese no era su verdadero nombre. En realidad, se llamaba Cicily Fairfield. Era la menor de tres hermanas. Su madre era escocesa y su padre, un anglo-irlandés, había desaparecido misteriosamente cuando ella tenía trece años y no volvió a saberse nada de él hasta que murió en la pobreza cinco años más tarde. Con muchísimo mérito, la señora Fairfield, que tenía muy escasos medios a su disposición, había conseguido que sus tres hijas recibieran una educación excelente. Las dos hermanas mayores de Cicily habían ido a la universidad, y una de ellas ya había comenzado una prometedora carrera profesional en el ámbito de la medicina. Ella, en cambio, había optado por formarse para ser actriz, lo cual había sido un error, según afirmó, porque descubrió que nunca destacaría siguiendo esa vocación, y abandonó los estudios antes de terminarlos. Sin embargo, a él le pareció que dicha formación le había proporcionado la confianza necesaria para expresar su vivaz personalidad sin sentirse cohibida. Desde luego, no le había impedido leer un montón. Además, ella parecía poseer el valioso don de recordar todo lo que había leído, igual que él. Sorprendentemente, teniendo en cuenta la amplia variedad de referencias literarias e intelectuales que era capaz de mencionar en una conversación, todavía no había cumplido los veinte años. Él, desde luego, pensó que era una joven excepcional.

Dado el modo en que las había tratado el señor Fairfield, no resultaba sorprendente que su mujer y sus hijas simpatizaran con el feminismo, pero Rebecca era, de lejos, la más radical y comprometida de la familia con respecto a esta causa. Le contó que durante un tiempo había sido una sufragista muy activa: participaba en los desfiles y las manifestaciones y había sufrido el

maltrato de la policía, y también se había unido a los Jóvenes Fabianos después de que él se marchara de la Sociedad. Pero se había sentido insatisfecha debido a la estrechez de miras de estas dos agrupaciones y había descubierto que en el círculo que se congregaba en torno a la *Freewoman* había gente más afín a su concepción heterodoxa del feminismo. Sin embargo, en su casa se consideraba que esta revista tenía una tendencia inmoral y peligrosa, y la señora Fairfield había llegado a prohibirle que la leyera, de modo que, cuando Rebecca empezó a colaborar en ella, consideró que era prudente emplear un pseudónimo. Se decantó por el nombre de la radical protagonista de la tragedia de Ibsen *La casa de Rosmer*, que era uno de los últimos papeles que había representado en la Academia de Arte Dramático, y con el tiempo había adoptado ese nombre para todas sus actividades.

—De todas maneras, nunca me ha gustado mi verdadero nombre —dijo, revolviendo la crema y el azúcar de su segunda taza de café. Había almorzado con él, con Jane y con Fräulein Meyer, participando de forma muy inteligente en la conversación mientras daban buena cuenta de una sopa de berros y un salmón escalfado, y después él había propuesto que los dos se trasladaran a su estudio y que les sirvieran el café allí.

—No, no le pega nada el nombre Cicily —dijo él—. Ni el apellido Fairfield, en realidad. —Rebecca era bastante bajita, pero tenía una constitución sólida y un abundante pelo castaño que hacía juego con sus ojos y que contrastaba con una piel muy blanca. Sus rasgos expresaban un carácter fuerte, desde la frente amplia hasta la barbilla, que sugería una gran determinación, y su manera de dejar los labios entreabiertos mientras lo escuchaba hablar parecía mostrar un deseo de inhalar profundamente el oxígeno de sus ideas—. «Cicily Fairfield» es un nombre que podría haber inventado yo para un personaje de novela, que fuera rubia y con ojos azules, la típica inglesa guapa.

—Sí —dijo ella, sonriendo—. Habría sido un nombre perfecto para su Marjorie si ella no fuera pelirroja. Por cierto, quiero disculparme por el tono áspero de mi reseña. Esta mañana me la he leído entera en el tren, consciente de que estaba a punto de conocerlo, y de repente me ha parecido imperdonablemente grosera. Me he sonrojado tanto que seguro que el caballero que iba en el asiento de enfrente ha pensado que debía de estar leyendo algo muy indecente.

—Ah, no se preocupe por eso —dijo él, haciendo con la mano un vago gesto de absolución—. Es estimulante que alguien discuta las ideas de uno con tanta contundencia.

Entonces comenzaron a debatir sobre si las mujeres podrían obtener alguna vez tanta satisfacción del trabajo como los hombres.

—No es que las considere inferiores. No es eso en absoluto —dijo él—. Pero un hombre puede olvidarse de todo para concentrarse en su trabajo, y emplear el sexo meramente para relajarse y desconectar. En cambio, para una mujer, el sexo tiene una importancia vital porque está asociado a la reproducción. Encontrar un compañero y reproducirse es un imperativo biológico del que las mujeres no pueden librarse. Por eso estoy a favor del subsidio por maternidad.

—Suena como un personaje de Shaw, señor Wells —dijo ella.

—Bueno, Shaw tiene buenas ideas entre todas sus ideas tontas —dijo él—. ¿Lo conoce?

—Lo vi una vez, en unos cursos de verano de los fabianos —dijo ella—. Era como si hubiera venido Moisés a coquetear con todos los asistentes.

—¡Qué bueno! —dijo él, sonriendo—. Pero escuche, al final de su reseña dice... —Cogió la revista, que estaba sobre el escritorio, y leyó en voz alta un pasaje que había subrayado—: «¿Y si tuviera que trabajar?» Habla de Marjorie. «¿Cuánto tiempo podría soportarlo? Las Marjories más débiles caerían en la prostitución y se irían deslizando hacia la muerte, y las Marjories más fuertes desarrollarían cualidades como la decencia, el valor y la ferocidad. Vale la pena probar y ver qué pasa.» Es un ejemplo brutal de darwinismo social. Usted condena a la mitad de las mujeres a la desgracia y a la muerte arrojándolas a todas al mercado del trabajo, en el que solo las más aptas van a poder sobrevivir. Si un hombre sugiriera algo semejante, lo molerían a palos.

—No tiene por qué ser tan brutal —dijo ella—. Si a las mujeres se les permitiese competir con los hombres en el mercado laboral en igualdad de condiciones, y los hombres se encargaran de la mitad de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos, todas las Marjories se sentirían realizadas.

Él soltó una carcajada.

—¡Y yo que me consideraba un idealista utópico! —dijo—. Pero ¿usted, personalmente, a qué quiere dedicarse? Supongo que a la escritura, ¿no? Pero

¿a qué tipo de escritura? ¿Crítica? ¿Narrativa?

—A todos los tipos que existen —dijo ella—. Y a algunos que todavía no han sido descubiertos.

Él volvió a reírse. Le gustaban la seguridad y la ambición de Rebecca.

Hablaron de literatura contemporánea, comenzando por Henry James, sobre quien Rebecca tenía opiniones muy categóricas: adoraba algunas de sus obras, sobre todo las historias de escritores, pero reprobaba otras, incluso la muy admirada *Retrato de una dama*, aduciendo que el motivo de la protagonista para casarse con el odioso Gilbert Osmond —que él le daría un mejor uso a la fortuna de ella que ella misma— era completamente inverosímil.

—Cualquiera diría que a ella se le tendría que pasar por la cabeza, al menos de vez en cuando, que él en la cama iba a ser como un pescado frío —dijo Rebecca—, pero parece que nunca piensa en él como amante. No siente ningún deseo por él. ¿Cómo puede casarse una mujer sin sentir deseo?

—Me temo que muchas lo hacen —dijo él—. Mi primera esposa, por ejemplo.

—¿En serio?

Ella parecía estar muy interesada y deseosa de escuchar más revelaciones. Él pensó que no debía hacerle confidencias íntimas a una persona que había conocido hacía apenas unas horas, y que para colmo era periodista, y desvió rápidamente la conversación de nuevo hacia la literatura.

—Siempre es difícil escribir honestamente sobre el deseo sexual en las novelas. A mí no se me da muy bien, lo admito, pero es que a los novelistas ingleses nunca se les ha dado bien, al menos desde Fielding. Desde su época, la mojigatería y la hipocresía se han apoderado de nuestra sociedad. Hay que ir a los franceses para encontrar representaciones veraces del sexo en las obras de ficción.

—¿Ha leído a D. H. Lawrence? —preguntó ella.

—He leído algunas cosas suyas en la *English Review*. De hecho, yo fui una de las primeras personas de Londres que oyó hablar de él. Una vez estaba cenando con Ford Madox Hueffer y Chesterton y Belloc en el restaurante Pall Mall, y Fordie nos dijo que acababa de recibir unos poemas de un tal D. H. Lawrence que, en su opinión, eran obra de un genio. Recuerdo que me giré hacia las mesas que había alrededor, y que estaban llenas de escritores, como

siempre, y me puse a gritar: «¡Hurra! ¡Fordie ha descubierto a otro genio literario! ¡Se llama D. H. Lawrence!». Todos habíamos bebido bastante.

—Bueno, yo creo que realmente es un genio —dijo Rebecca, sin mostrarse impresionada, o al menos sin dejarse distraer, por el hecho de que él hubiera mencionado tantos nombres de gente importante—. Su nueva novela, *El intruso*, tiene algunos pasajes extraordinariamente poéticos sobre las relaciones sexuales.

—Ah, pues ahí se me ha adelantado usted. No lo he leído —dijo él, preguntándose cuánto sabría ella por experiencia sobre relaciones sexuales. Muy poco, sospechó, ya que seguía viviendo en el hogar familiar con su madre y sus hermanas. La serena familiaridad con que hablaba de tales cuestiones seguramente se debería a sus lecturas.

Se sorprendió cuando Jane apareció en la puerta de su estudio para preguntarles si querían tomar el té.

—¿Ya es la hora del té, cariño? ¿Nos lo pueden traer aquí? —preguntó.

—Sí, claro —dijo ella—. Pero no te olvides de que la señorita West tiene que coger el tren.

—No, no. Y, de todas maneras, si lo pierde, se puede quedar a pasar la noche. No tiene ningún compromiso en Londres que lo impida, ¿verdad? —dijo, volviéndose hacia Rebecca, y ella sonrió y negó con la cabeza.

—No, pero no quisiera abusar de su amabilidad —dijo ella sin demasiada convicción.

Llegó el té con unos pastelitos y unos bollos, y ellos se dedicaron a comentar los fallos de los fabianos y la incapacidad del Partido Liberal para aprovechar su aplastante victoria de 1906 para conseguir la justicia social, y la carrera armamentística con Alemania. Ella le preguntó si pensaba que era probable que estallara la guerra, y él dijo que no en un futuro cercano, pero que, salvo que las grandes potencias entraran en razón y avanzaran hacia un Gobierno Mundial, su predicción era que habría una guerra tremenda en veinte o treinta años. Se corría el peligro de que la carrera armamentística fuera lo que provocara la guerra creando un clima de beligerancia que la prensa también alimentaba, y el Gobierno británico manejaba la situación con su torpeza característica. Él estaba muy preparado para hablar de este tema, pues acababa de reunir tres artículos escritos aquel mismo año para el *Daily Mail* en un panfleto titulado *La guerra y el sentido común* que se iba a publicar muy

pronto, y le expuso a Rebecca su teoría, según la cual los almirantes y los generales siempre combatían en la última guerra con los métodos de la anterior, hasta que el fracaso los obligaba a actualizar sus tácticas y su armamento.

—La próxima guerra se ganará empleando submarinos y aeronaves, y deberíamos estar invirtiendo dinero en perfeccionar esa tecnología en lugar de despilfarrar nuestros recursos en la construcción de acorazados cuya única función es hundir buques de guerra alemanes antes de ser hundidos por ellos. Y en vez de reclutar un gran ejército del tamaño del de Alemania, como exige alguna gente, tendríamos que formar unos cuerpos de élite compuestos de oficiales entrenados con un enfoque científico y hombres provistos de las armas más modernas.

—Pero todo esto de las armas y la guerra me horroriza —dijo ella—. Como si la guerra fuera inevitable y la única cuestión fuese cómo matar tantos enemigos como sea posible sin que nos maten ellos.

—Bueno, desde luego, ese debe ser el objetivo en cualquier contienda —dijo él—. He inventado un juego con soldaditos de juguete para mis dos hijos basado precisamente en este principio. Si los dirigentes de las grandes potencias jugaran con soldaditos de juguete, como nosotros, en vez de con soldados de verdad, el mundo sería un lugar mucho más seguro.

—No se puede tener mucha esperanza en que vaya a ocurrir eso —dijo ella, sonriendo.

—No. Y la ciencia está avanzando a tal ritmo que las posibilidades que ofrece su aplicación al desarrollo de las armas son aterradoras. Imagínesse que logramos emplear la energía contenida en el núcleo de un átomo. Hay algunos elementos radiactivos, como el radio o el uranio, que producen una cantidad enorme de energía a medida que se desintegran, pero a un ritmo infinitesimal, a lo largo de millones de años. Si pudiéramos encontrar la manera de acelerar ese proceso, podríamos liberar una cantidad extraordinaria de energía empleando un solo átomo. Eso podría usarse con fines pacíficos, y transformar el mundo mucho más de lo que lo han hecho la máquina de vapor y la electricidad, o podría usarse para crear bombas atómicas.

—¿Bombas atómicas? —repitió Rebecca, perpleja—. ¿Cómo serían?

—Serían unas bombas pequeñas que podrían lanzarse desde la cabina de un aeroplano y devastar toda una ciudad. Por eso creo que es necesario un

Gobierno Mundial. Pero me temo que, hasta que no se produzca una guerra global y totalmente catastrófica, la humanidad no se dará cuenta de esa obviedad.

En ese punto, Jane volvió a aparecer en la puerta del estudio para decir que suponía que la señorita West se quedaría a pasar la noche y preguntar si le gustaría que le enseñara su dormitorio.

La conversación —en la que participaba sobre todo él— se prolongó durante la cena, y en el tren que tomaron a la mañana siguiente rumbo a Londres. Como él tenía cosas que hacer en la ciudad, viajaron juntos, y él insistió en pagar la diferencia entre el billete de tercera clase de ella y el suyo, que era de primera. Al concluir el viaje, ya se llamaban «Rebecca» y «H. G.». En la estación de Liverpool Street, se estrecharon la mano y ella le dio las gracias, con evidente sinceridad, por haberla invitado a Easton y por la conversación más intelectualmente estimulante que había tenido en su vida.

—Así que has hecho una nueva conquista, H. G. —comentó Jane al día siguiente, cuando él repitió las palabras con que se había despedido Rebecca.

—Bueno, creo que la he convencido de que soy más interesante de lo que ella pensaba —dijo él—. O, por lo menos, más de lo que juzgó tras leer *Matrimonio*.

De hecho, al parecer, como consecuencia de su encuentro, ella consideró que *Matrimonio* también era más interesante de lo que había pensado inicialmente, ya que unas semanas más tarde le envió otra reseña de la novela que había publicado en una revista llamada *Everyman*, que era más corta pero considerablemente más elogiosa que la primera. Él le escribió para agradecerse la y mencionó jovialmente que la satisfacción que le había proporcionado se había visto anulada por una carta que había recibido de Henry James en relación con la novela. También citó algunas de las características frases de James para divertir a Rebecca: «Lo he leído, como siempre lo leo a usted, como no leo a nadie más, con una absoluta renuncia a todos esos “principios críticos”, a los cánones formales, a los prejuicios sobre lo que suena natural y lo que no, a cualquier referencia a la idea de método o a las sagradas leyes de la composición, a los que, cuando deambulo tambaleándome por las páginas de otros autores, en cierta medida recurro, pues la teoría, por débil que sea, me aporta estabilidad, pero de los que me

libero cuando avanzo bajo el embrujo de su escritura, con una incoherencia de lo más cínica». La carta continuaba durante un par de páginas más, repitiendo por medio de frases largas y tortuosas el mensaje de que Henry James solo podía leerlo si ponía en suspenso todas sus facultades críticas. Él volvió a agachar las orejas y le dio las gracias a James por combinar «una bondad enorme y alentadora con unas críticas y unos reproches sumamente sabios, penetrantes y orientadores. Como tantas señoras pobres, mi destino es empeorar antes de mejorar; mi próximo libro es “escandalosamente” malo en cuestiones formales, una mezcolanza absurda, y lo sé. Después, trataré seriamente de que mi pluma lleve una vida decente, de reconducirme y de pensar en la Forma».

El «próximo libro» en el que ya estaba trabajando se llamaba *Amigos apasionados* y guardaba cierto parecido con sus predecesores inmediatos. Sabía que a James le iba a parecer infame, aunque solo fuera porque estaba escrito en «esa detestable forma autobiográfica»: se trataba de una larga carta confesional que el protagonista le escribía a su hijo para que la leyera después de su muerte. Stephen Stratton era, una vez más, un personaje un tanto puritano que intentaba conciliar su idealismo con su sexualidad en un mundo que hacía que tal conciliación resultara difícil, si no imposible. Pero ¿se trataba acaso del mundo, o de un defecto inherente a la naturaleza humana, el de los celos, que impregnaba tanto la dimensión personal de la vida como la dimensión colectiva, política? «En esto consisten realmente las leyes y el gobierno; en esto consisten realmente los hábitos y las instituciones: en un acuerdo entre distintos celos —escribía Stephen—. La cuestión más profunda que se le plantea a la humanidad es simplemente en qué medida la celosa codicia puede someterse a una pasión más generosa.» Este era, en realidad, el tema del libro. En la trama había algún adulterio, pero esperaba no espantar a los lectores que había conquistado con *Matrimonio*. La protagonista, lady Mary, incapaz de satisfacer el deseo de Stephen sin destruir la carrera de él con un escandaloso divorcio de su vengativo marido, se suicidaría al final para liberar al protagonista de una decisión intolerable. Aunque las novelas de Henry James muchas veces terminaban con un gesto de renuncia por parte del o de la protagonista, él no esperaba que James aprobara un final tan melodramático, y estaba bastante seguro de que Rebecca West tampoco lo haría. Mala suerte. Él tenía que escribir lo que tenía que escribir, necesitaba desahogarse y pasar al

siguiente libro. El trabajo, la práctica incesante de la escritura, con interrupciones ocasionales para distraerse por medio de encuentros sexuales o de juegos, era algo esencial para él si no quería verse abrumado por el nihilismo y la desesperación. Como decía su último portavoz, Stratton, «Casi siempre avanzo valientemente, creo, pero la desesperación siempre anda cerca de mí, tan cerca como puede estarlo un tiburón de alguien que duerme en un barco (...). Una sensación de que la vida es una corriente abismal, llena de crueldad, densamente fútil, negramente desprovista de sentido». Solo el continuo ejercicio de la mente y el cuerpo podía mantener a raya esa negra corriente, y por eso él siempre tenía un libro recién publicado y otro en proceso de escritura.

Ya estaba dándole vueltas a esa idea que le había comentado a Rebecca West, la de una guerra global en la que se combate con bombas atómicas, como contexto en el que situar un «romance científico». Tendría un prólogo donde se relataría el desarrollo de la civilización humana a partir del descubrimiento, cada vez más acelerado, de nuevas formas de energía: el fuego, el viento, el vapor, la electricidad y, finalmente, la energía atómica, que en un primer momento transformaría la vida humana y después, habiendo dado lugar al arsenal nuclear, amenazaría con destruirla. En 1958 estallaría una gran guerra: Inglaterra, Francia y Rusia contra Alemania y el Imperio austrohúngaro. Los Estados Unidos se verían arrastrados a entrar en combate. Los bombardeos aéreos arrasarian las principales ciudades y destruirían los diques de los Países Bajos, con lo cual los impotentes ejércitos de tierra perecerían ahogados. Entonces se negociaría un armisticio y surgiría un Gobierno Mundial. Esta historia podría contarse retrospectivamente, adoptando la forma de un libro autobiográfico escrito, por ejemplo, en 1970 por un hombre que hubiera vivido todos esos acontecimientos.

La señorita West le escribió sin demora para contarle cuánto le había gustado la cita de la carta de Henry James. «Empecé a reírme en voz alta al ver la larga postergación de la palabra *recurro*, que me hizo pensar que había perdido el control de la sintaxis. Pero no es más que un truco: a él nunca le pasaría algo semejante, desde luego», decía Rebecca, y él tuvo que releer la carta de James para acordarse de a qué se refería, y entonces también se echó a reír en voz alta. Además, ella lo invitaba a tomar el té con su madre y sus hermanas en su casa de Hampstead Garden Suburb a modo de modesto

agradecimiento por su hospitalidad. La señora Fairfield y sus dos hijas mayores, Lettie y Winnie, eran mujeres inteligentes y cultivadas, pero se notó que la fama de él las impresionaba bastante, y que estaban muy sorprendidas por el hecho de que la pequeña Cicily (como seguían llamándola, aunque ya conocieran el secreto de su pseudónimo) le hubiera llamado la atención tan favorablemente. «Muchas gracias por venir —le escribió ella más adelante—. Mamá y mis hermanas dijeron que estuvo usted brillante y encantador (cosa muy cierta) y ahora me tienen en mucha más alta estima por haberlo atraído hasta nuestra humilde morada. Que usted muestre algún interés por mí les ha hecho creer que tal vez yo pueda tener éxito como escritora, y ha reforzado enormemente mi confianza en mí misma.»

A comienzos del nuevo año, Rebecca volvió a escribirle. En esta ocasión, le envió una carta larga en la que le decía que durante los últimos tres meses no había podido olvidar su visita a Easton ni la generosidad que él había mostrado al pasarse tantas horas charlando con ella. Todas las conversaciones que había mantenido posteriormente con otras personas le habían parecido planas y banales, y desde ese día había estado alimentándose mentalmente de las ideas y alusiones que él había dejado caer de un modo tan natural y luminoso. No podía soportar la idea de que aquella experiencia tal vez no se repitiera y por eso se había puesto a escribirle, haciendo gala de una gran desvergüenza, para preguntarle si podían volver a verse, solo para hablar como habían hablado en Easton, antes de que se olvidara completamente de ella. Sentía que se encontraba en el umbral de una gran aventura, una carrera literaria, pero necesitaba guía y consejo, y no tenía ninguna duda de que él podía proporcionarle ambas cosas.

Él leyó la carta por encima y rápidamente, y después volvió a leerla con más atención. Era muy consciente, y desde antes de que Jane lo expresara con palabras, de que en Easton había conquistado a aquella joven. La había seducido intelectualmente, y seducirla también físicamente sería lo más fácil del mundo; tal vez ella lo estaba invitando a hacerlo entre líneas. No había duda de que se trataba de una mujer deseable: su impactante aspecto tenía el precioso y frágil encanto de la juventud, y en las profundidades de sus ojos oscuros se podía adivinar la promesa de un carácter apasionado. En otro momento, habría sentido la tentación de aprovechar aquella oportunidad, pero acababa de alcanzar cierta estabilidad en aquella dimensión de su vida y no

quería arriesgarse a perderla. Tenía una amante de su edad, sofisticada, discreta, independiente, que su esposa aprobaba y que lo había obligado a renunciar a otras mujeres. No quería incumplir ese acuerdo. Por otra parte, no era capaz de despreciar la apelación a su generosidad que había hecho aquella chica negándose sin más a ayudarla, y le daría mucha pena no volver a verla. Si se andaba con cuidado, y definía su relación con ella estrictamente como la de un mentor, no tendría por qué pasar nada malo. Además, sería interesante observar su desarrollo como escritora. Por lo tanto, le contestó en estos términos: «Es usted una persona muy convincente. Supongo que tendré que hacer lo que me pide que haga. Estoy dispuesto a ayudarla todo lo que pueda en su gran aventura» y la invitó a tomar el té en Church Row la siguiente vez que fuera a Londres.

—**¡Menudo tonto! ¿De verdad pensaste que ibas a poder tener conversaciones privadas con esa chica sin que hubiera consecuencias emocionales? Debiste de parecerle un regalo de Dios: mentor literario, figura paterna y amante, todo en uno.**

—Las conversaciones debían ser sobre libros, sobre ideas...

—**Y la primera vez que la besaste fue al lado de una estantería llena de libros, ¿no? La primera vez que fue a Church Row.**

—Le estaba enseñando algunos libros sobre socialismo que todavía no me había llevado a Easton, los que había leído de joven: Marx y Engels, William Morris y Henry George. Levanté el brazo para coger *Progreso y miseria*, de George, que en esa época era una especie de biblia para mí, y, cuando me di la vuelta, ella estaba muy cerca, y no miraba los libros, sino a mí, me miraba a los ojos, y tenía tal aspecto de estar fundiéndose de adoración que...

—**La besaste.**

—Era imposible no hacerlo.

—**Y ella te dijo: «Te amo».**

—Y yo le dije: «Eres un encanto, querida, pero no debes decir eso. Soy un hombre casado, y tengo el doble de años que tú».

—**Pero eso no supuso ninguna diferencia. Ella consideró que ese beso era una prueba de amor.**

—Sí, y me lo dijo en varias cartas que me escribió después.

—**Y tú contestaste esas cartas.**

—Al principio, sí.

—**¿Le diste esperanzas?**

—No.

—**Pero tampoco la desanimaste.**

—No quería hacerle daño. Intenté ser empático de un modo paternal. Le dije que pensaba que era una persona muy especial, pero que no podía corresponder a su amor debido a otros compromisos.

—**¿Le dijiste que te parecía que su disposición a amarte era «algo hermoso y valiente»?**

—Puede que le dijera alguna cosa parecida.

—**¿Y eso no era darle esperanzas?**

—No era mi intención dárselas. En cualquier caso, dejé de contestar a sus cartas.

—**Solo porque Jane te dijo que lo hicieras.**

Un día le entregó las cartas a Jane y le dijo, fingiendo indiferencia:

—¿Qué hago con esta joven? Se está poniendo un poco pesada.

Jane leyó las cartas. Él la observaba disimuladamente, sin ser capaz de deducir por su expresión qué estaba pensando. Cuando ella le devolvió las cartas, le preguntó:

—¿Cuántas veces la has besado?

—Solo una —dijo él—. Ha exagerado absurdamente la importancia de ese beso.

—Yo, en tu lugar, tendría mucho cuidado con ella, H. G. Una chica que se hace llamar Rebecca West es capaz de cualquier cosa.

—¿A qué te refieres?

—¿Has visto alguna vez *La casa de Rosmer*, la obra de Ibsen? —le preguntó Jane.

—No.

—Yo tampoco, pero la he leído. La verdad es que la leí el otro día. Y Rebecca West es un personaje muy retorcido.

—Pensaba que era la heroína.

—Bueno, en cierto modo lo es, pero tiene muchos defectos. En determinado momento de la obra se revela que ha logrado entrar en la casa de

Rosmer haciéndose amiga de su esposa, que es estéril, y después ha llevado a la pobre mujer al suicidio haciéndole creer que Rosmer la ha dejado embarazada. Hace todo eso para poder quedárselo para ella sola, y al final, cuando se sabe la verdad, los dos se suicidan tirándose en un caz de molino, igual que había hecho la esposa.

—¡Dios santo! —exclamó él, verdaderamente estupefacto.

—Una chica tiene que ser bastante rara para ponerse el nombre de Rebecca West, ¿no te parece?

—Bueno, no fue una decisión cuidadosamente meditada —dijo él—. Lo eligió sin pensar, para ocultarle a su madre que escribía en la *Freewoman*.

—De todas maneras... Yo, en tu lugar, cortarí toda relación con ella. No contestes más a sus cartas. Vete de viaje. Pensabas irte a Suiza dentro de poco, ¿no?

—Sí.

—Me parece un viaje muy oportuno —dijo Jane—. Elizabeth te cuidará, H. G.

El Chalet Soleil no estuvo listo para Navidad, como habían prometido, sino para la primavera. Se elevaba sobre la empinada ladera de un monte y tenía tres alturas. Era enorme y contaba con numerosas ventanas —las que estaban justo debajo del tejado a dos aguas eran abalconadas— y una pequeña construcción aneja llamada el Pequeño Chalet, que era el lugar de trabajo de Elizabeth y sobre cuya puerta había una inscripción que decía: «odio a la masa vulgar y la mantengo alejada de mí». No le daba ninguna vergüenza representar el papel de dama aristocrática ni emplear sus propiedades inmobiliarias para expresar sus tajantes opiniones. Sobre el porche de la casa principal se podía leer: «en las alturas, el amor vive alegremente, glorioso y feliz», y, encima de la puerta de entrada, «aquí solo hay felicidad»; lo cual, en una etapa tan temprana de su ocupación, parecía un tanto arrogante. El interior de la casa tenía el agradable olor de la madera con la que estaba construida, como una inmensa caja de puros, estaba confortablemente amueblado y contaba con todo el equipamiento necesario para recibir invitados. Su dormitorio estaba al lado del de la pequeña E y tenía un dispositivo especial que ella le enseñó muy contenta, surgiendo, de repente, de un armario cuando él estaba deshaciendo la maleta. Elizabeth había pedido que pusieran una

puerta corredera secreta entre los dos dormitorios, que iba colocada sobre unas silenciosas ruedecillas y se escondía entre dos armarios, de modo que ella pudiera ir a visitarlo durante la noche sin arriesgarse a que la vieran otros ocupantes de la casa.

—¿Y esto se ha hecho especialmente para mí? —preguntó él cuando se recuperó de la sorpresa.

—Claro —dijo ella—. No tengo otros amantes. Confío en que tú tampoco, G. —En respuesta al mote que él le había puesto, o tal vez en venganza, Elizabeth había comenzado a llamarlo irónicamente «gran hombre», apelativo que se había contraído a «G».

—Bueno, en este momento hay una joven en Londres que me persigue —dijo alegremente, y le habló de Rebecca West.

Elizabeth echaba un vistazo a la *Freewoman* de vez en cuando y conocía el nombre de Rebecca.

—Es una escritora inteligente, pero sus artículos tienen un toque bastante salvaje e irresponsable —dijo, frunciendo levemente el ceño—. Yo me mantendría lejos de ella.

—Eso es lo que dice Jane.

Elizabeth seguía con el ceño fruncido. Él ya había notado antes que a la pequeña E no le gustaba que le recordaran la existencia de Jane, a pesar de que la relación que tenía con él gozaba de la tolerancia de su esposa. La semilla de la duda —una semilla minúscula— comenzó a germinar en su cabeza: tal vez Elizabeth no hubiese sido completamente sincera al decirle que no tenía la menor intención de expulsar a Jane de su vida. En cualquier caso, decidió abandonar esos pensamientos por el momento.

La novedad de esperar a que Elizabeth apareciera por la noche atravesando la puerta secreta le resultó excitante al principio, pero le imponía un rol más pasivo de lo que estaba acostumbrado. La puerta solo podía abrirse desde el lado de ella y si la pequeña E decidía no atravesarla después de que él se hubiera quedado un rato despierto, tumbado en la cama y expectante, se sentía desairado y bastante incómodo. Aquello era muy distinto de su antigua costumbre de deslizarse inadvertidamente por el pasillo, cuando dormían en el mismo edificio, y comprobar la manilla de la puerta de Elizabeth. En tales ocasiones, la puerta podía abrirse o no, pero era él quien tomaba la iniciativa, mientras que la puerta corredera de la pequeña E parecía diseñada para

otorgarle a ella el control sobre sus relaciones sexuales. Sin embargo, no se quejó y, cuando salían a dar una caminata por las laderas de las montañas, a veces trataba de reafirmar sus derechos de amante iniciando un encuentro sexual al aire libre. En una de tales ocasiones estuvo implicada indirectamente Rebecca West.

Rebecca escribía regularmente para un semanario socialista llamado *Clarion*. En un número que él leyó en Suiza, aparecía un artículo de ella titulado «La guerra de los sexos: pensamientos sueltos sobre los hombres». «Les hemos pedido el voto a los hombres, y ellos nos han dado consejos — comenzaba—. En el momento presente, también nos están sometiendo a un maltrato. Estoy cansada de los constantes comentarios sobre la conducta beligerante de mi sexo, pronunciados con una seguridad insolente y una enorme autocomplacencia. Así que yo también voy a hacerlo.» Los principales blancos de su elocuente menosprecio eran periodistas y políticos y otros personajes públicos que recientemente habían denunciado la militancia sufragista de una manera fatua e intolerante, pero Rebecca iba ampliando el ámbito de su polémica y acababa atacando al sexo masculino en general, con un eficaz uso de una especie de estribillo que salpicaba su artículo en una escala de desprecio ascendente: «Los hombres son lamentables. (...) Los hombres son muy lamentables. (...) Ay, los hombres son desgraciadamente lamentables». Él no tenía ninguna duda de que, por medio de ese artículo, ella estaba descargando la rabia que sentía hacia él por su silencio, pero como se encontraba fuera de su alcance pudo apreciar su ingenio y su habilidad para la polémica.

Ay, los hombres son muy lamentables, desde luego. Y yo empiezo a dudar incluso que sean razonablemente eficaces en el terreno en el que se han especializado. No afirman que son buenos. A nivel colectivo, no afirman que son bellos, aunque a nivel individual puedan ser muy enérgicos en este sentido. Pero, desde luego, afirman que son listos. Y, al echar un vistazo a la multitud de confusas actividades que llamamos la City, una comienza a dudarlos. Una duda todavía más si se pone a reflexionar sobre la justicia, de la que los hombres se han apropiado desde el principio. La justicia resulta ridículamente cara. Una podría someterse a cuatro operaciones de apendicitis por el mismo precio que cuesta librarse de un marido infiel.

Cuando terminó de leerle estas líneas a Elizabeth, lleno de admiración, se dio cuenta de que ella estaba muy seria y nada impresionada. Se consideraba feminista, pero una clase de feminista más sutil y diplomática que Rebecca West.

—Puede que sus opiniones sean feministas —dijo—, pero ese tipo de sátiras tan exageradas solo servirán para reforzar los prejuicios de los hombres contra las mujeres. Es el equivalente periodístico a los actos vandálicos cometidos por las sufragistas de la señora Pankhurst.

Por la respuesta de Elizabeth, no pudo evitar la sensación de que ella estaba un tanto celosa, lo cual se hizo evidente al día siguiente, cuando se fueron a dar una larga caminata por la montaña, llevándose comida para hacer un pícnic, como era su costumbre, y un ejemplar del *Times* de Londres de hacía dos días que les llegó al Chalet Soleil justo cuando estaban a punto de salir. Almorzaron en un altozano cubierto de hierba desde el que se disfrutaba de una magnífica vista de la cima del Mont Blanc y después se repartieron el periódico y empezaron a leer cada uno su parte, comentándole al otro los artículos más interesantes. En las páginas que le tocaron a él había una carta de la señora de Humphry Ward en la que denunciaba la escasa moral de la generación más joven y citaba, como prueba, los artículos de Rebecca West. La leyó en voz alta, soltando ocasionales resoplidos burlones.

—Es obvio que esto es una venganza largamente meditada por lo de «El Evangelio según la señora de Humphry Ward» que apareció en la *Freewoman* —dijo—. ¿Lo has leído, E?

—No me acuerdo —le contestó ella.

—Bueno, si lo hubieras leído, te acordarías. Era muy brillante —dijo él—. Fue lo primero que me impresionó de ella.

—¿En serio? ¿Y qué fue lo segundo? —preguntó Elizabeth—. ¿Su cara o su figura?

No tardaron casi nada en empezar a pelearse de la manera más tonta: él le dijo que estaba celosa sin motivo y que eso distorsionaba su manera de pensar, y ella lo acusó de prodigarle muchos más elogios a las insignificantes creaciones de una novata con mucha labia de los que nunca le había dedicado a su obra, que era considerablemente más sólida.

—Esto es absurdo, E —dijo él, tras intercambiar unos cuantos comentarios venenosos—. Dejemos el tema.

—Tú eres el que lo ha sacado, así que te concederé el privilegio de hacerlo... —dijo ella, y continuó leyendo las páginas de economía del *Times*, adoptando un aire de intensa concentración.

Él no tenía ninguna gana de pasar el resto de la tarde en silencio y de mal humor, de modo que, al cabo de unos minutos, dijo:

—Hagamos el amor, E.

—Desde luego que no —dijo ella, sin levantar la mirada.

—Es la única manera de olvidar esta riña estúpida —dijo él, y, en un súbito raptó de inspiración, continuó—: Vamos a desnudarnos y a hacer el amor encima del periódico, encima de la carta de la señora de Humphry Ward sobre Rebecca West, y después vamos a quemarla, y todos nuestros sentimientos negativos se irán con el humo y desaparecerán en el aire cristalino de estas montañas.

Ella lo miró y se echó a reír.

—¡Eres un canalla, G! Eres un canalla de lo más astuto. Es imposible estar enfadada contigo mucho tiempo.

—¿Te animas, entonces?

—Claro que me animo.

Así pues, se levantaron y, mirándose, se quitaron la ropa que llevaban, prenda por prenda, hasta que se quedaron desnudos bajo el sol brillante, y desplegaron el *Times* sobre la hierba con la página de las cartas al director hacia arriba, y luego se tumbaron e hicieron el amor con el trasero de Elizabeth cuidadosamente colocado sobre la carta de la señora de Humphry Ward. Al concluir, él le prendió fuego al arrugado y manchado periódico con una cerilla y los dos de cuclillas, como un par de salvajes, contemplaron cómo le brotaba una llamarada en el borde y después comenzaba a ennegrecerse y desintegrarse y cómo la brisa se lo llevaba, convertido en resplandecientes pedazos, dejando apenas un poco de ceniza grisácea sobre la hierba.

—Ahí va nuestro enfado —dijo él, y la besó. Volvieron a Chalet Soleil de un humor excelente.

A Rebecca, en cambio, el enfado no se le iba a pasar tan fácilmente. Cuando él regresó a Inglaterra, se encontró con unas cuantas cartas de ella en las que le solicitaba una cita con urgencia. La invitó a tomar el té en el apartamento que acababa de alquilar en Saint James' Court, en el barrio de

Westminster, para tener una base en Londres tras haberse marchado de Hampstead. La idea fue de Elizabeth, pues ella tenía un piso en el mismo edificio y, según dijo, que él se instalara allí resultaría «muy práctico». El apartamento olía a pintura fresca y todavía no tenía el aspecto de un lugar confortable y habitado. Le faltaban muebles, las ventanas carecían de cortinas y los suelos, de alfombras y moquetas. Albergaba la esperanza de que aquel ambiente inhóspito disuadiera a Rebecca de realizar un indecoroso despliegue de emociones, pero ella pareció no darse cuenta del entorno en que se hallaba. Sus ojos oscuros se clavaron en él mientras lo seguían por el apartamento, desde la sala de estar hasta la cocina y vuelta a la sala de estar (no había criados, de modo que tuvo que encargarse él mismo de preparar el té), y atisbó en sus profundidades una tormenta de emociones —deseo, frustración, enfado, desesperación— mientras intentaba que la conversación no fuera más allá de temas ligeros o neutrales. Le preguntó qué había estado haciendo mientras él estaba fuera y ella le contó que había ido a España con su madre. ¿Dónde? A Valladolid, Madrid y Sevilla. ¿Y lo había pasado bien? No, en absoluto, había estado deprimida y al borde del suicidio casi todo el tiempo. Él hizo como si no la hubiera oído, de modo que ella le repitió la información de una forma distinta: solo el hecho de viajar con su madre le había impedido quitarse la vida. Entonces él le preguntó por qué iba a hacer una cosa tan tonta.

—Porque tú me rechazaste —dijo ella—. Hiciste que me enamorara de ti y después me tiraste a la basura, como un niño tira a la basura un juguete por el que ha perdido el interés. No te entiendo. ¿Por qué me besaste si no querías ser mi amante?

Él suspiró y negó con la cabeza, y después soltó el discurso que se había preparado.

—Mi querida Rebecca, eres muy joven. Y, al ser joven, y apasionada, y guapa, y vagamente consciente, cuando te miras al espejo, del placer que tu cuerpo podría proporcionar y recibir al abrazar a otro cuerpo, quieres, como es natural, experimentar ese placer. Pero no es necesario tener una gran historia de amor para eso; la gran historia de amor puede esperar, y yo, desde luego, no puedo tenerla contigo. En realidad, lo que mejor te vendría es divertirme con un joven agradable que esté en la misma fase de exploración y experimentación en la que estás tú, o quizá que vaya un poco por delante, y que sea responsable con respecto al control de la natalidad. Te han

adoctrinado para pensar que, sin las emociones que supone un gran amor, el sexo es algo feo. Pero no es feo en absoluto; es hermoso, y algún día...

Pero, al llegar a ese punto de su homilía, la congregación se puso en pie, recogió sus pertenencias y salió del apartamento sin decir ni una palabra.

Poco después, Rebecca le escribió una carta larga y extraordinaria que comenzaba así:

Querido H. G.:

En los próximos días me pegaré un tiro en la cabeza o haré algo más autodestructivo aún que suicidarme. En cualquier caso, seré una persona bastante distinta. Me niego a que me saquen mediante engaños de la escena en la que me encuentro en mi lecho de muerte. No comprendo por qué me querías hace tres meses y ahora no me quieres. Ojalá supiera por qué ocurre eso. Es algo que no comprendo y que desprecio. Y lo peor es que, si te desprecio, me enfurezco, porque tú te interpones entre la paz y yo.

Y concluía así:

Una vez dijiste que mi disposición a amarte era algo hermoso y valiente. Yo sigo pensando que lo era. Tu temperamento de vieja solterona te hace pensar que una mujer que está absoluta y desesperadamente enamorada de un hombre es un espectáculo indecente y una inversión del orden natural de las cosas. Pero alguien como tú no debería pensar eso.

Daría mi vida entera por volver a sentir tus brazos alrededor de mi cuerpo.

Ojalá me hubieras amado. Ojalá te gustara.

Tuya,

REBECCA

Había una posdata:

No me dejes completamente sola. Si sigo viva, escíbeme de vez en cuando. Me aprecias lo bastante como para eso. Al menos, eso es lo que quiero creer.

Leyó la carta primero alarmado, después enfadado y al fin aliviado. No era más que un puro y simple chantaje emocional. Si esa chica estúpida realmente fuera a matarse dejando una carta tan comprometedora, lo destruiría: su reputación, su matrimonio, su carrera, su romance con la pequeña E, todo quedaría irreparablemente destrozado, como ella sabía muy bien. Pero las últimas frases y, sobre todo, la posdata, la delataban, revelando que su histriónica retórica era algo hueco, vacío. La melodramática frase «Si sigo viva», que podría haber sido pronunciada sobre el escenario por uno de los personajes femeninos de Ibsen, iba seguida por una sensiblera demanda de más cartas. Aquella chica no pensaba matarse, solo estaba intentando asustarlo para que le hiciera el amor, pero no iba a conseguirlo. Él le contestó con una carta muy seca: «¿Cómo voy a ser tu amigo con las cosas que me dices? No veo que haya ninguna manera de ayudarte. Siento una gran simpatía por ti, pero, hasta que no podamos relacionarnos de un modo más razonable, adiós».

Suavizó ligeramente el duro tono de esta carta de rechazo añadiendo una posdata en la que le decía a Rebecca que buscaría sus artículos en las revistas. Y lo cierto es que esperaba volver a tener noticias de ella: deseaba que le escribiera una carta humilde y autodenigratoria disculpándose por la histeria que se había apoderado de ella en el momento de redactar su misiva anterior y prometiéndole que de ahí en adelante actuaría con más sensatez, si es que él accedía a volver a verla. Pero no recibió nada parecido. En julio, leyó algunos textos de Rebecca en la *New Freewoman* —publicación sucesora de la *Freewoman* en la que se mantenía la dirección, pero que se caracterizaba por un sesgo más literario— que lo impresionaron profundamente. El primero era un artículo sobre una cantante llamada Nana que Rebecca había escuchado en un café de Sevilla y que tenía una voz tan sensual y una figura tan voluptuosa que el público había entrado en una especie de trance por identificación con la artista y que había generado un estado de percepción medio mística en ella.

Me acordé de que una vez había visto el sol cayendo sobre las enormes entrañas grises y marmóreas y el lomo surcado de arrugas de un clydesdale gris, y me había fijado en que sus patas traseras estaban crispadas y conservaban una suerte de deseo de soltar una coza. Por aquel entonces, yo estaba demasiado impregnada por múltiples intereses del alma y el intelecto como para comprender el mensaje de aquel alegre cadáver: si en la primera infancia me había dado cuenta

de que el mero marco en el que se desarrolla nuestra existencia es tan imperecedero y precioso que vale la pena vivir, aunque se haya perdido todo lo demás, lo había olvidado. Ahora, el deslumbrante cuerpo de Nana lo proclamaba con lucidez: «Aquí estoy, nada más que carne y hueso. Cuando vuestros juguetes de la mente y del espíritu se hayan roto, volved a mi revitalizante ser de carne y hueso».

Se trataba de un texto impresionante para una chica de veinte años, aunque tuviera una influencia evidente de D. H. Lawrence, y mostraba que Rebecca no había estado tan obsesionada consigo misma durante su viaje a España como para no sacar ningún provecho de la experiencia. Leyó otro ensayo que se llamaba «Árboles de oro» y que era igual de bueno. No pudo evitar enviarle una nota para darle la enhorabuena por su escritura, aunque en ella dejaba claro que no había cambiado de idea desde la última vez que se habían visto. «Otra vez estás escribiendo de maravilla. Por favor, volvamos a ser amigos. Has tenido tiempo para darte cuenta de que es completamente imposible que obtengas de mí esa corriente de excitación profunda y pura y esa plenitud vital, y de que he sido cordial y abnegado al no permitir que desperdicies tu llamarada (solo se arde bien una vez) con mis cenizas. Lo de Nana es tremendo.» Ella no le contestó de inmediato, y cuando lo hizo, le envió una postal con un mensaje muy breve agradeciéndole sus alentadores comentarios y contándole que la habían nombrado directora literaria de la *New Freewoman* y que estaba ocupadísima. Entretanto, él había leído otro impactante texto que ella había publicado en la revista, un cuento titulado «En Valladolid» en el que una joven que se encuentra de vacaciones en España intenta que un médico muy cascarrabias le trate una herida de bala que se le está infectando y que se hizo en Inglaterra, al intentar suicidarse tras ser rechazada por un amante. Él sintió cierta incomodidad al reconocerse en este último personaje, pero también admiración por la precisión con que ella lo había retratado: «Aunque mi amante me había dejado el cuerpo inmaculado y casto, había seducido mi alma: se mezcló conmigo hasta que fue más yo de lo que soy yo misma, y después me abandonó».

En la misma época en que Rebecca estaba escribiendo estos textos literarios para la *New Freewoman*, también escribió unos artículos muy distintos, pero igualmente brillantes, para el *Clarion*, en los que daba rienda suelta a su travieso ingenio y revelaba su desilusión, cada vez mayor, con el

movimiento sufragista, que no tenía que ver con las beligerantes tácticas empleadas por sus militantes, sino con el hecho de que la intolerancia de su política sexual era una imagen en espejo de los prejuicios masculinos. Incluso se atrevió a ridiculizar un panfleto de la hija de la señora Pankhurst, Christabel, en el que se advertía solemnemente contra «Los peligros del matrimonio». Él se alegró mucho al observar este giro en el pensamiento de Rebecca, porque ahora sus puntos de vista eran muy similares, como le dijo en una carta que le envió para felicitarla por este y otros artículos aparecidos en la misma publicación. Rebecca estaba empezando a escribir con seguridad y solvencia, y a él le resultaba apasionante seguir su rápido desarrollo casi semana tras semana, y se enorgullecía por haberse dado cuenta de su gran potencial al leer sus primeros escritos. Por otra parte, estaba ligeramente molesto por la brevedad y la contención de las respuestas que ella le enviaba ante sus cartas llenas de entusiasmo. Quería que Rebecca le pidiese que volvieran a verse, pero no lo hacía, y él sentía que no podía proponerle sin enviarle señales confusas (y, para ser sinceros, sin rebajarse).

Aquella constante tensión que le provocaban las expectativas frustradas y los impulsos contradictorios hizo que se volviera irritable y que se sintiera insatisfecho. Jane andaba preocupada supervisando algunas reparaciones urgentes y algunas mejoras que estaban llevando a cabo en Easton Glebe, con lo que no le prestaba tanta atención como de costumbre, y cuando buscó consuelo y cariño en Elizabeth, se sintió decepcionado. Se había vuelto muy crítica con él en los últimos tiempos, como si tomar posesión del «Chateau Soleil» (así lo llamaba él irónicamente algunas veces) le hubiera insuflado más pretensiones aristocráticas, aunque, al fin y al cabo, su aristocratismo solo consistía en un sofisticado apellido que ella había adquirido por medio del matrimonio, y siempre estaba criticando la pronunciación de su amante, o sus modales en la mesa, y haciendo bromitas sobre su humilde origen social. Una vez, en Londres, durante una cena a la que ambos habían sido invitados, él estaba relatando una reciente visita a Up Park (o Uppark, como se lo llamaba ahora, aunque él prefería la antigua manera de escribirlo y de pronunciarlo) que había hecho que revivieran sus primeros recuerdos del lugar, y ella le preguntó:

—¿Entraste por la puerta principal o por la de servicio?

Entonces se hizo un incómodo silencio en torno a la mesa.

—Quería saberlo, tenía curiosidad —dijo ella, encogiéndose de hombros, cuando él se lo reprochó más tarde.

También comenzó a referirse a Jane empleando apodosos ligeramente burlones, como «tu mujercita» o «la guardiana de los pergaminos» (debido a que ella mecanografiaba sus manuscritos) y a imitar sus frases y sus gestos. Cuando él protestó por ello, un día, en el apartamento de Elizabeth de Saint James' Court, tuvieron una pelea terrible; ella prácticamente dijo que pensaba que él debía divorciarse de Jane y casarse con ella si quería que su relación tuviera algún futuro. Él se marchó, enfadado, y al día siguiente descubrió que ella se había ido a toda prisa al Chalet Soleil. Entonces le escribió una carta disculpándose por haber perdido los estribos y suplicándole que no destruyera aquella relación tan satisfactoria y civilizada que tenían y que habían disfrutado durante dos años. «Mi esposa tiene todas las virtudes y todos los encantos, pero es como un pescado muerto. Para mí, tú eres los ojos del universo», le decía, dorándole la píldora, pero la respuesta de ella tardó en llegar y su tono fue muy frío. Cuando él le propuso ir a visitarla pronto, ella sugirió una fecha de noviembre para la que faltaban varias semanas.

A comienzos de octubre, Rebecca West reseñó *Amigos apasionados* en la *New Freewoman*. Él, al ver el texto en el índice de la publicación, sintió una intensa curiosidad mezclada con cierta aprensión y lo buscó para leerlo de inmediato. Se trataba de un artículo largo que asociaba la novela, de un modo un tanto degradante, con la última entrega de Hall Caine, un escritor tan popular como poco talentoso. Él registró con satisfacción el menosprecio absoluto con que Rebecca hablaba de *La mujer que me has dado*, pero leyó estas páginas muy por encima, pues estaba ansioso por ver qué decía de él. ¿Acaso habría aprovechado la oportunidad para vengarse por haber resistido a sus solicitudes de amor escribiendo una reseña aún más destructiva que la primera que había hecho de *Matrimonio*? ¿O habría escrito un panegírico para intentar que se derritiera? Lo cierto es que Rebecca no había hecho ninguna de las dos cosas. Se trataba de una reseña sensata y bien escrita que encontraba cosas que elogiar generosamente en la primera parte de la novela («El primer capítulo, con su melancólica meditación sobre un niño adorable y terco que tiene episodios de mala conducta y de náuseas, supone una de las más logradas representaciones de la niñez»), pero hallaba defectos en casi todo el resto del

libro: «Al cerebro se le pone la piel de gallina debido a lo irritante del estilo (...). Stratton se casa con un felpudo espectral llamado Rachel que se puede describir, para la vergüenza eterna del señor Wells, con una sola frase: “Suena un poco impúdico que lo diga una chica, lo sé, pero tenemos muchos intereses comunes”». Lo que más lo intrigó, en cualquier caso, fueron los comentarios de Rebecca sobre el dilema sexual y moral de los protagonistas. Si, como parecía dar por hecho la pareja, los hombres necesitan la inspiración que proporciona una pasión realizada para poder hacer frente a cualquier gran tarea, esto carga a las mujeres con una enorme responsabilidad, afirmaba Rebecca. «Sin duda, la única manera de atenuar los destrozos de esta fiebre vital es tratar el sexo con ligereza, reconocer que, en ese terreno, como en el de la filosofía, la unidad no es superior a la multiplicidad, no pensar peor de dos amantes que se separan pronto de lo que pensamos de la primavera por abandonar la tierra a comienzos de junio». Él halló reflejada en este texto su actitud hedonista con respecto al sexo, la que siempre había tratado de poner en práctica, aunque de vez en cuando cayera en estados de posesividad y celos, pero que nunca se había atrevido a expresar claramente en sus obras de ficción. Le encantó descubrir que Rebecca la compartía, y también lo sorprendió: había dado por hecho, por sus apasionadas declaraciones de amor, que ella no se sentiría satisfecha con nada que no fuera un compromiso absoluto por su parte. Evidentemente, no era así. ¿Acaso le estaba enviando, por medio de aquella reseña, el mensaje de que estaba dispuesta a ser una *passade* más en su vida?

Poco después, se encontró por casualidad con Rebecca una tarde en Piccadilly. Estaba saliendo de Hatchard's cuando ella salía de la Royal Academy y se vieron a la vez, como si alguna fuerza telepática hubiera dirigido sus miradas, posándose la una sobre la otra, en la acera de enfrente, mientras los taxis y las furgonetas y los autobuses pasaban entre ellos como sombras parpadeantes en el primer plano de una película cinematográfica. Ella se quedó quieta y esperó mientras él cruzaba imprudentemente la calle, zigzagueando entre el tráfico, hasta llegar a su lado.

—¡Rebecca! —le dijo, y le cogió la mano y no se la soltó—. Tienes un aspecto estupendo. —Era verdad. Estaba radiante, vital, hermosa. Había olvidado lo encantadora que era—. Te he echado de menos. ¿Por qué estabas

evitándome?

—No estaba evitándote —dijo ella—. Si querías verme, ¿por qué no me lo dijiste?

—Bueno, he estado muy ocupado... pero no importa. Deja que te invite a merendar en algún sitio. Podemos ir a Fortnum's. Tenemos mucho de que hablar. Tu reseña de *Amigos apasionados* me pareció interesantísima.

—¿No te sentó mal?

—Bueno, algunos comentarios me dolieron, lo admito, pero ya estoy acostumbrado. Y también decías cosas buenas. Pero, oye, ¿no quieres que vayamos a merendar?

—Sí, me encantaría —dijo ella, sonriendo.

Él la cogió del brazo y cruzaron la calle. Entraron en Fortnum and Mason's, donde tomaron una suntuosa merienda consistente en sándwiches de cangrejo y pepino, bollos con pasas tostados con mermelada de ciruelas y pastelitos de crema, en la que Rebecca participó con entusiasmo, mostrando un saludable apetito mientras le hablaba de su trabajo en la *New Freewoman*, donde se dedicaba a escribir y a encargar informes de lectura. Después, él le habló sobre *El mundo liberado*, la novela que estaba escribiendo, que trataba de una guerra global en la que se combate con bombas atómicas.

—La verdad es que la idea de escribir esta novela se me ocurrió gracias a esa conversación que tuvimos sobre la carrera armamentística, el día que viniste a Easton —dijo él, modificando la verdadera secuencia de los hechos, y vio que ella se sentía halagada—. Es una de las múltiples razones por las que me alegro mucho de haberte invitado.

—Harold Rubinstein profetizó que me invitarías —dijo ella, mordiendo un trozo de hojaldre lleno de crema.

—¿Quién es Harold Rubinstein? —preguntó él, desconcertado por esa información.

—Es abogado, está en los Jóvenes Fabianos y es feminista, aunque sea hombre. Siempre viene a las reuniones de la *Freewoman*.

—Y es amigo tuyo, evidentemente.

—Sí. Nos conocimos en la Escuela de Verano Fabiana. De vez en cuando, me lleva a conciertos, cuando tengo tiempo.

—¿Y cuándo profetizó que yo te iba a invitar a Easton Glebe?

—Cuando leyó mi reseña de *Matrimonio*. Dijo que no podrías resistir las ganas de conocerme y ponerme en mi sitio.

—¿En serio? —dijo él. Tuvo una sensación conocida: una emoción desagradable recorrió su cuerpo como un espasmo producido por las náuseas. Eran los celos. Una repentina intuición le indicaba que, si al final decidía responder a los deseos de Rebecca, aquel joven increíblemente perspicaz se convertiría en un rival que tendría el mismo papel que habían desempeñado Clifford Sharp y Rivers Blanco White en anteriores romances, mostrando de manera retorcida y obstinada su desaprobación. ¿Si? Ya no había ningún «si». Como efecto instantáneo y visceral de esa idea, sintió la determinación de eliminar al señor Rubinstein poseyendo a Rebecca mientras tuviera la oportunidad. Desvió la conversación hacia la reseña de *Amigos apasionados* —: Me interesó mucho tu opinión sobre la necesidad de tomarse el sexo con ligereza. Es algo que siempre he creído, aunque admito que no siempre lo he llevado a la práctica.

Rebecca hizo un mohín.

—He tenido unos problemas terribles en casa por eso —dijo—. Mamá se escandalizó mucho. Y Lettie me dijo que estaba diciendo tonterías sobre un tema del que no tenía ni idea.

—No eran tonterías en absoluto, pero, si quieres ampliar tus conocimientos sobre el tema, tendrás que irte de tu casa.

—Lo estoy deseando. Pero no me lo puedo permitir —dijo ella.

La camarera se acercó con la cuenta, y, cuando hubo pagado, él le dijo:

—Mi nuevo apartamento ya está terminado y amueblado del todo. ¿Quieres verlo? —Y, como ella dudaba, añadió—: Ahora no hay nadie.

—Me encantaría —dijo ella, y él vio en su mirada que sabía perfectamente lo que iba a pasar allí.

Así comenzó la aventura. En esa primera ocasión, Rebecca estuvo ardiente pero sumisa: el simple hecho de que él la abrazara la llenaba de alegría, se sentía contenta porque él la considerase deseable, estaba deseosa de hacer todo lo que él quisiera y no tomaba la iniciativa, sino que seguía los movimientos de él como quien aprende los pasos de un baile nuevo. Pero aprendió muy rápido, y la intensidad de su deseo a él le resultaba muy excitante. Un día, al principio de su romance, ella llegó a Saint James' Court y

había una criada en el apartamento, una mujer que Jane había contratado hacía poco para que limpiara y cocinara cuando se instalaban allí, los dos juntos o solo uno de ellos. Él recibió a Rebecca en la sala de estar y se disculpó por la presencia de la mujer.

—No sabía que iba a venir —dijo—. Pensaba que hoy tenía medio día libre. Pero ven aquí y déjame que te bese.

Se sentaron en el sofá y comenzaron a besarse y acariciarse, excitándose cada vez más. Al poco rato, él le había desabrochado la blusa y le estaba besando un pecho, mientras le metía la mano entre los muslos. Rebecca comenzó a gemir y a mover la pelvis, frotándose contra el dedo índice de él.

—¡Tómame! ¡Poséeme! —gimoteó.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—¡Sí! ¡Sí!

Era imposible llevarla al dormitorio, donde guardaba los preservativos, sin correr el riesgo de encontrarse con la criada, pero estaba demasiado excitado como para detenerse, tanto a causa de la desvergonzada premura de Rebecca como de su propio deseo, de modo que se desabrochó el pantalón a toda prisa e hizo lo que ella le había pedido. Él se consideraba un habilidoso practicante del *coitus interruptus*, pero en esa ocasión, apoyado sobre Rebecca y con un pie en el suelo, se resbaló sobre una alfombra y el repentino cambio de posición lo hizo eyacular antes de poder retirarse.

—Lo siento —dijo más tarde, pero ella pensó que se estaba disculpando por lo indecoroso de su situación más que por el riesgo de que se quedara embarazada.

—Ha sido culpa mía, por incitarte —dijo ella—. Imagínate que esa mujer hubiera entrado mientras estábamos... —Soltó una risita—. Debería darme vergüenza, pero no me la da.

Él la besó y le dijo que seguramente querría ir al baño.

—Hay un bidé —le dijo—. Yo, si fuera tú, lo usaría a conciencia.

Ella entendió lo que quería decir, y de repente se puso muy seria.

—Ah. Sí, lo haré. Gracias.

Pero volvió del baño sonriendo. Evidentemente, tenía una gran confianza en la eficacia de la ducha vaginal, y él no quiso preocuparla con sus recelos. Después de aquel día, se mostró muy escrupuloso con respecto al empleo de

los preservativos cada vez que hicieron el amor, hasta que en su debido momento ella adquirió un dispositivo intrauterino, que acababa de salir al mercado.

Tras dos años de tener relaciones sexuales con la pequeña E, que en la cama era muy juguetona y en ocasiones excesiva, y que le hizo mostrarle todo su repertorio de posturas, pero nunca se abandonó por completo, la violenta pasión que Rebecca aportaba al acto amoroso le resultaba fascinante y le recordaba al éxtasis que había sentido con Amber, aunque se trataba de algo claramente distinto. Siempre había considerado a Amber una especie de atleta del sexo, una especie de Atalanta, bien proporcionada, ágil, pagana, mientras que Rebecca, cuando estaba desnuda y deseosa de amor, tenía algo salvaje. Desde el punto de vista de las proporciones clásicas, su cuerpo no era tan hermoso como el de Amber, pero resultaba muy sensual gracias a su busto prominente, su cintura estrecha, sus amplias caderas y las generosas curvas de su trasero. Además, tenía una exuberante mata de vello púbico.

—Cuando me creció, me daba vergüenza —le contó ella—. Pensaba que se parecía al pelaje de un animal.

—Por eso es tan bonito —dijo él—. Tienes un toque animal que es muy excitante. Algo felino, una especie de energía contenida que da la impresión de que puede mostrarse en cualquier momento, como el salto de una pantera en la jungla. Te voy a llamar «Pantera».

—¿Y cómo te llamo yo a ti?

—Llámame «Jaguar». Seremos dos grandes felinos apareándose en la jungla.

Aquella fantasía infantil les encantó a los dos, y se convirtió en un elemento fundamental de su relación.

Él le confesó a Jane que estaba viendo a Rebecca y descubrió que, como de costumbre, ella ya se había imaginado algo parecido.

—Elizabeth no lo soportará, si lo descubre —le dijo.

—¿Tú crees? —preguntó él.

—Lo sabes muy bien. ¿Vas a contárselo cuando vayas a Randogne?

Su visita al Chalet Soleil era inminente.

—No lo sé —dijo él—. Ya veré.

* * *

Viajó a Suiza en un estado de profunda indecisión. Lo cierto es que prefería no romper con Elizabeth y quería intentar evitarlo. Por muy irritante que se hubiera vuelto en los últimos tiempos con las pequeñas pullas condescendientes que les dirigía a Jane y a él, era una amante ideal: tenía una conversación interesante e inteligente y consideraba, como él, que el sexo era una fuente de placer y no la expresión de un profundo compromiso emocional. El hecho de que fuera una mujer acaudalada y con buenos contactos, además de propietaria de una casa estupenda en su parte favorita de Europa, donde podía instalarse durante prolongados periodos de tiempo para trabajar y descansar, también suponía una ventaja considerable a la que lamentaría tener que renunciar. Por otro lado, estaba embelesado con la joven Rebecca: nunca había conocido a una mujer que combinara una sensualidad tan excitante con la inteligencia, la elocuencia y el ingenio que tenía ella, y que manifestaba tanto oralmente como por escrito. Elizabeth era una conversadora entretenida y una escritora muy hábil, pero en ambas facetas se movía dentro de unos límites más bien modestos. Era básicamente una animadora: se deslizaba con elegancia por la superficie de la vida, sin sondar jamás las oscuras profundidades, sin desafiar ni perturbar jamás a sus lectores. Rebecca apenas se hallaba al principio de su carrera, pero estaba seguro de que con el tiempo llegaría a ser una escritora de gran altura, y sería muy gratificante observar y guiar su desarrollo. ¿Acaso tenía que elegir entre esas dos relaciones? ¿O había alguna manera de disfrutar de ambas? ¿Debía hablarle a la pequeña E de Rebecca cuando llegara a Randogne, arriesgándose a una ruptura irreversible, o tratar de limar asperezas para acabar con la mala sensación con que se habían despedido la última vez y mantener su relación con Rebecca en secreto durante todo el tiempo que ella quisiera estar con él?

Como al llegar al Chalet Soleil todavía no había decidido qué hacer, logró no hacer nada satisfactoriamente. Elizabeth lo recibió cortésmente, pero sin demasiada alegría. Él tuvo la sensación de que esperaba una humilde disculpa por cómo se había comportado la última vez, pero le parecía que ya lo había hecho por carta, y que ella no le había correspondido aceptando que también tenía parte de la culpa. Pasaron unos primeros días muy agradables, como de costumbre. Los dos trabajaban por la mañana, él en la casa principal y ella en

el Pequeño Chalet, y después salían a dar una caminata por la tarde; a la vuelta, cenaban y leían algo ligero, y algunas veces Elizabeth tocaba un poco el piano, cosa que hacía extraordinariamente bien. Pero por la noche ella no atravesaba la puerta secreta que unía sus dormitorios. Él tenía la sensación de que los dos estaban actuando, representando a unos personajes que para fuera eran muy amables, pero por dentro se mantenían siempre vigilantes, cercándose mentalmente como luchadores que estuvieran preparándose para abalanzarse el uno sobre el otro, pero que no lo hacen nunca. Le preguntó a Elizabeth qué estaba escribiendo, y ella le dijo que una novela sobre el adulterio.

—El mejor deporte del mundo —dijo él, refiriéndose a su manera civilizada y desenfadada de permitirse, pero se dio cuenta de que la sonrisa que ella le devolvió era ligeramente forzada y se preguntó si sospecharía que le había sido infiel. Elizabeth le preguntó si Rebecca West seguía «molestándolo» y él contestó, sin mentir pero ocultándole la verdad, que no. Cuando ella hizo algún comentario despectivo sobre los artículos que Rebecca había publicado en la *New Freewoman*, él le dijo que en su opinión, y en la de unos cuantos más, como Fordie Hueffer y Violet, era la periodista joven más brillante de Londres.

—¿En serio? —preguntó ella, poniendo un tono de voz que denotaba al mismo tiempo aburrimiento y escepticismo, pero mirándolo fijamente, como si quisiera descubrir el significado oculto de sus palabras.

Él había llevado consigo las pruebas de *El mundo liberado* para trabajar en ellas, y una tarde le leyó unos pasajes, pero ella no mostró demasiado interés.

—¿Por qué destruyes el mundo de esa manera? —le preguntó.

—Para impedir que la humanidad lo destruya de verdad —dijo él.

—Pero en tu relato hay una especie de goce ante la destrucción —dijo ella —, como el de un niño travieso que destroza un castillo de arena ajeno, que alguien se ha pasado horas construyendo. ¿Cómo puedes ponerte a bombardear París, a dejar la hermosa París reducida a escombros, aunque sea en la imaginación? Al fin y al cabo, esas bombas no existen, así que nadie podría hacer una cosa semejante.

—Algún día existirán —dijo él.

—Eso es lo que dices tú —se burló ella.

Esa noche tampoco fue a su dormitorio, ni la siguiente. Él notaba que Elizabeth estaba esperando a que le suplicara que lo hiciera, pero no pensaba arrastrarse ante ella. ¿Por qué iba a hacerlo? Se hallaban sumidos en una especie de duelo silencioso. ¿Quién desenfundaría primero? Quien provocara el enfrentamiento tendría que asumir la responsabilidad de lo que sucediera después.

Al final, fue él. Había pasado seis noches esperando vanamente en la oscuridad, en tensión, deseoso de oír el débil sonido de la puerta al abrirse, y ya estaba harto, de modo que le dijo a Elizabeth que se iba a marchar por la tarde, dos días antes de lo previsto. Estaban contemplando el valle, cuya parte más baja permanecía cubierta por una capa de niebla matinal que parecía algodón.

—¿Por qué? —dijo ella, sin apartar la mirada del fondo del valle.

—Creo que no tiene ningún sentido que me quede más tiempo —dijo él.

—¿Estás diciendo que todo ha terminado entre nosotros?

—Todas las noches, desde que llegué, me he quedado despierto en mi cuarto, esperándote sin que tú fueras. Asumo que eso es una especie de declaración.

—Supongo que tienes razón —dijo ella.

—Es porque soy una persona vulgar, ¿verdad? —preguntó él.

—No, no es por eso —dijo ella, mirándolo a la cara—. La verdad es que eres un poco vulgar en algunos aspectos, G. De hecho, lo que acabas de decir es bastante vulgar. Pero también eres un genio, y a un genio se le pueden perdonar muchas imperfecciones. La cuestión es que hay alguien más, ¿no?

—Imaginemos que hubiera alguien más —dijo él—. ¿Por qué habría de afectar eso a una relación que a los dos nos ha colmado plenamente durante dos años?

—Sé que hay alguien más —dijo ella—. Lo siento. No me gusta. No pienso aceptarlo.

—Muy bien —dijo él—. Iré a hacer las maletas.

Al Chalet Soleil se llegaba desde Randogne por un pequeño ferrocarril de montaña que paraba un par de kilómetros más abajo de la casa. Al descender andando el empinado sendero que conducía a la estación, precedido por un criado que llevaba un carrito con su equipaje, tuvo la certeza de que Elizabeth lo estaba observando desde una ventana, o desde la terraza, pero no se dio la

vuelta. A medida que se alejaba del chalet, se iba sintiendo más animado. Y mientras atravesaba Europa con rumbo a Londres, donde lo esperaba Rebecca, se fue animando todavía más. Si era imposible estar con las dos mujeres, no tenía ninguna duda de que había tomado la decisión acertada. La pequeña E no podía ofrecerle nada nuevo. Rebecca representaba la juventud y la vida, y tenía un potencial infinito.

En cuanto llegó a Easton Glebe, le contó a Jane lo que había sucedido: Elizabeth ya era historia y Rebecca era el futuro.

—Como quieras, H. G. —dijo ella, soltando un suspiro—. Pero yo no quiero volver a coincidir con Rebecca y, desde luego, no quiero que duerma aquí.

Él aceptó aquellas condiciones sin poner reparos y pensó que comprendía los sentimientos de las que procedían. Jane no podría relacionarse con Rebecca como se había relacionado con Elizabeth, una mujer de su edad, ni con Amber, una chica a la que conocía desde la adolescencia, que había sido casi una hija adoptiva para ella. Rebecca —que no solo era joven, sino también tajante y ambiciosa— podía suponer un desafío, incluso una amenaza, para Jane si se le permitía entrar en el ámbito de su vida doméstica y social.

Por lo tanto, tuvo que continuar su aventura con Rebecca en otra parte y en la clandestinidad. Dejó de encontrarse con ella en Saint James' Court, pues allí corría el riesgo de que la empleada doméstica se enterara y se fuera de la lengua, por no mencionar la embarazosa posibilidad de encontrarse con Elizabeth al entrar o salir del edificio llevando a Rebecca colgada del brazo. Rebecca se había marchado de su casa familiar y se había instalado en un estudio situado en Maida Vale, pero él no podía visitarla allí por cuestión de decoro. Durante un tiempo, solían quedar en la casa de una amiga casada de Rebecca, Carrie Townshend, y después él la llevaba a un apartamento que alquilaba por horas en Warwick Street, en el barrio de Pimlico, cuya propietaria, la señora Strange, simpatizaba con los amantes furtivos. Allí podían escenificar sus fantasías de Jaguar y Pantera sin restricciones. Ella se agazapaba en la cama, desnuda, como una pantera, y lo seguía con la mirada mientras él, también desnudo, merodeaba por la habitación, emitiendo unos roncós bramidos. Entonces, de repente, él se lanzaba sobre ella y, entrelazados, rodaban por toda la cama, por el suelo, lamiéndose,

mordiéndose y clavándose las garras mutuamente hasta que comenzaban a aparearse, lo cual desembocaba en un ruidoso clímax. Después ella se ponía a ronronear entre sus brazos hasta que los dos caían en un delicioso sueño. Él nunca había tenido una experiencia sexual tan liberadora, una experiencia sexual que admitiera la naturaleza animal de la lujuria y la convirtiera en una especie de teatro erótico. Además, todo esto les proporcionaba un vocabulario privado para su frecuente intercambio de cartas de amor. «Pantera es la única pantera, y es la profeta del Altísimo Jaguar, que representa la alegría y la perfección del ser», le escribió él en una carta, al final de la cual había hecho un «picshua» de dos grandes felinos. Le escribió diciéndole que quería acariciar su «amado pelaje» con el hocico, y que iba a desplazarse a la ciudad para «agarrarte de las orejas y tirarte de la cola». Pero también le escribía en serio: «He pasado dos horas en casa y dos veces me he dado la vuelta para decirte algo, pero no estabas. Mi querida Pantera, es como si de repente me diera cuenta de que me falta una pierna». No se trataba de una *passade*: para su sorpresa, estaba auténtica e irremediabilmente enamorado y, por primera vez en su vida, de una mujer que, si todavía no estaba a su altura desde el punto de vista intelectual, podría estarlo en un futuro. Ella no lo adulaba ni le concedía una gran autoridad ni se degradaba ante su genio, sino que lo desafiaba y lo estimulaba gracias a la perspicacia y la inteligencia con que comentaba su obra y la de otros autores. Y podía ser muy divertida. Últimamente la habían acogido Fordie y Violet Hueffer, que vivían juntos como marido y mujer a pesar de los rumores de que él no estaba legalmente divorciado, y, cuando Rebecca le contó que Fordie le había dado un beso y que se había sentido «como una tostada debajo de un huevo escalfado», él se pasó el día teniendo intermitentes ataques de risa. Una vez en que un grupo de gente estaba comentando que Cecil Chesterton parecía tener siempre la cara sucia y una mujer dijo que ese era su aspecto natural, porque lo había visto bañarse en el mar en Le Touquet y al salir del agua estaba igual que cuando había entrado, Rebecca preguntó inmediatamente:

—Pero ¿miró cómo quedó el mar?

Esa primera etapa de su romance, que parecía una larga luna de miel, concluyó a principios de 1914, cuando Rebecca le dijo que probablemente estuviera embarazada. Quedaron en la casa de la señora Strange y, en cuanto él le vio la cara, supo lo que le iba a decir. Tenía un retraso considerable y sufría

náuseas matutinas.

—¿Qué hago? —preguntó Rebecca, llorando.

—Querrás decir: ¿qué hacemos? —dijo él, y ella sonrió con gratitud sin dejar de llorar—. Lo primero es ir a un médico para asegurarnos. Pero deberíamos asumir que estás embarazada, y creo que sé cómo sucedió. —Entonces le recordó la ocasión en que habían hecho el amor en el sofá de la sala de estar de su piso de Saint James' Court—. Fue culpa mía.

—No, fue culpa mía por apremiarte —dijo ella.

—Bueno, no vamos a ponernos a discutir por eso —dijo él.

—¿Qué hago? —volvió a preguntar Rebecca.

—Lo que debes hacer es tener el bebé —dijo él—. No estarás pensando en otra posibilidad, espero.

Ella negó con la cabeza, pero sin mucha convicción.

—¿Hay alguna otra salida? —dijo—. Acabo de empezar mi carrera, y ahora la he estropeado totalmente.

—Tonterías —dijo él rápidamente—. Y no, no hay ninguna otra salida. Abortar es peligroso e ilegal. Ni lo pienses. Te buscaré un sitio aislado y tranquilo, en el campo, donde pueda ir a visitarte, y te instalarás allí y podrás seguir escribiendo durante el embarazo. Después tendrás el bebé y encontraremos una pareja que esté a la altura para adoptarlo, y serás libre de seguir viviendo de manera independiente y yo seguiré siendo tu amante. ¿Qué me dices?

—Eres un Jaguar maravilloso —dijo ella, sonriendo y enjugándose las lágrimas—. Pero ¿qué va a decir Jane?

—Jane lo llevará bien. Me temo que no es la primera vez que pasa.

En realidad, Jane estuvo a punto de perder los nervios cuando él se lo contó.

—¡Por el amor de Dios, H. G.! —exclamó—. ¡Otra vez no!

—Ha sido un accidente, desde luego —dijo él—. Fue culpa mía. Debo asumir la responsabilidad, y es lo que voy a hacer. No tienes por qué preocuparte de nada. Yo lo organizaré todo.

—Bueno, ya tienes mucha experiencia —dijo Jane con aspereza—. No esperes que yo me encargue de comprar la canastilla esta vez.

Él se sorprendió de la alegría que le produjo la situación. Quizá, admitió

ante sí mismo, no lamentaba haber creado un vínculo mucho más estrecho y fuerte con Rebecca por medio de aquel accidente, y se puso a buscarle un sitio aislado con muchas ganas. Era cierto, como dijo Jane, que ya había pasado por una experiencia similar con Amber, pero había una gran diferencia entre ambos casos: en aquella ocasión, habían izado la bandera del amor libre en la casita de campo en la que ella se había instalado a esperar el nacimiento de su hija, y habían pagado un alto precio por desafiar la moralidad convencional. El escándalo resultante le había provocado una tensión intolerable y había estado a punto de destruir su carrera y su imagen pública, pero poco a poco el episodio se había ido borrando de la memoria colectiva y ahora él había vuelto a ser respetado y —en casi todos los ambientes— aceptado. No tenía la intención de arriesgarse con otro escándalo del mismo estilo. Por lo tanto, se dedicó a buscar un lugar seguro, alejado de Londres y sus correveidiles, y, tras una larga investigación, se decidió por una localidad vacacional de la costa galesa llamada Llandudno. Se inventó una identidad ficticia, haciéndose llamar «señor West», y se puso en contacto con algunos agentes inmobiliarios locales para que le proporcionaran información sobre casas y apartamentos de alquiler. Llegados a ese punto, sin embargo, se vio obligado a dejar el asunto temporalmente en manos de Rebecca, pues emprendió un viaje de tres semanas a San Petersburgo con Maurice Baring, que ya estaba organizado desde antes de que supiera que ella se había quedado embarazada.

* * *

Baring, a quien conocía desde hacía algunos años, le caía muy bien, a pesar de que tenían orígenes y creencias muy distintos: era hijo de un banquero que había conseguido el título nobiliario de baronet, famoso por sus arriesgadas especulaciones financieras, y se había convertido al catolicismo. Había estudiado en Eton y Cambridge, de donde se marchó sin ninguna titulación, pero debía de haber sido una cuestión de aburrimiento ante el currículo más que de fracaso académico, ya que tenía una gran inteligencia y un envidiable don para los idiomas, lo cual lo había llevado a tener una vida distinguida y aventurera ejerciendo de diplomático y corresponsal extranjero. Había cubierto la guerra ruso-japonesa para el *Daily Telegraph*, y después se había quedado en Rusia como corresponsal de dicha publicación y había escrito un

libro excelente sobre literatura rusa. Por Baring, él se enteró de que todos sus libros se habían traducido al ruso y publicado en una obra reunida en 1909, y de que era un autor muy leído. No tenía ni idea de nada de esto y le resultó muy gratificante, aunque no recibiera nada por derechos de autor. En cierto momento, había manifestado su interés por visitar el país algún día, y Baring le había prometido organizarle un viaje, recomendándole que fuera en mitad del invierno para poder comprender mejor el carácter ruso.

—El clima es completamente distinto del nuestro —le dijo Baring—. Es mucho más extremo. Y la gente también.

Desde luego, a él le pareció que San Petersburgo —una Venecia muy agrandada, encerrada entre canales helados y cubierta por una gruesa capa de nieve sucia— era el lugar más distinto de Inglaterra en el que había estado nunca. La impenetrabilidad del idioma y la rareza del alfabeto cirílico reforzaban la sensación de irrealidad que tenía en aquel lugar. «San Petersburgo es más parecida a Rebecca que cualquier otra capital que yo haya visto —le escribió poco después de haber llegado—, viva y oscura y desordenada (aunque tratando de mejorar) y misteriosamente bella.» Solo conocía a una persona allí: Maxim Gorki, a quien le habían presentado en 1906 en Nueva York, donde coincidieron sus respectivas giras por el país. En aquella ocasión habían descubierto que tenían mucho en común y se habían llevado muy bien, aunque necesitaron un intérprete para poder mantener una conversación. Además de ser ambos narradores procedentes de familias humildes y con simpatías socialistas, compartían el hecho de ser vulnerables a los críticos moralistas. Al poco de la llegada de Gorki a Nueva York, donde lo recibieron con gran entusiasmo, se descubrió que la elegante dama que lo acompañaba, Maria Andrevieva, no era su legítima esposa, y la prensa desató una tormenta de indignación. La pareja, desconcertada, fue expulsada de su hotel, y en otros hoteles se negaron a admitirles la entrada. Corrían el peligro de pasar una temporada encarcelados en la isla Ellis, esperando su deportación, para que no corrompieran el Nuevo Mundo con su depravación, cuando fueron rescatados por un norteamericano rico e ilustrado que los acogió en su casa, donde acabaron quedándose unos cuantos meses.

—La mejor época de mi vida —recordaba Gorki, soltando una carcajada franca y sonora, cuando volvieron a verse en San Petersburgo—. Nunca he escrito tanto en tan poco tiempo.

En esa ocasión, así como cuando él se reunió con escritores, periodistas, políticos y aristócratas liberales, Baring hizo de intérprete. Sin él, se habría sentido completamente perdido.

El inestable ambiente político de San Petersburgo le pareció apasionante. Sintió que, aunque Rusia estaba muy atrasada desde el punto de vista de Europa occidental, entre la *intelligentsia* local había una disposición al cambio radical que hacía que los fabianos y los políticos ingleses que recibían el apoyo de los sindicatos parecieran tímidos por contraste. Las posturas políticas progresistas, de todos modos, no eran incompatibles con el hedonismo en San Petersburgo. Todas las noches, asistía a fiestas en las que el vino y el vodka fluían generosamente, y a cenas en restaurantes en los que la provisión de *cabinets particuliers* era más descarada que en Londres e incluso que en París. El reluciente salón comedor del Hotel Metropole, con sus altos techos que hacían resonar con fuerza las risas, las conversaciones y la música de una orquesta gitana, tenía una terraza que recorría los cuatro lados del edificio y a la que daban numerosas puertas y unas pequeñas ventanitas tapadas con cortinas. Allí los clientes se distraían con unas damas ataviadas con vistosos vestidos de noche y abundantes maquillaje y joyas.

En otro momento, podría haber sentido la tentación de aprovechar aquella circunstancia, pero estaba decidido a serle fiel a Rebecca. Le escribía con regularidad, combinando declaraciones de amor con instrucciones prácticas sobre qué decirles a las caseras de Llandudno. «Tú eres la señora West. Yo soy el señor West. Escríbeles para confirmar que vas a estar en Llandudno hasta que nazca el bebé. El señor West trabaja en la industria cinematográfica, y tiene que dedicarse a escribir. Quiere una habitación tranquila, con un buen escritorio, y un dormitorio aparte. (Aunque se propone pasar mucho tiempo en tu deliciosa cama.) Deja esto bien claro y asegúrate de que todo quede bien arreglado. Esa casa tiene que ser nuestro hogar. Tenemos que sentirnos cómodos y trabajar allí y amarnos allí y vivir allí, y tú tienes que asegurarte de que todo esté bien. Tienes que cuidarme y encargarte de que esté bien alimentado y sereno y a gusto. Vas a ser mi esposa.» Detuvo el veloz movimiento de su pluma estilográfica sobre el papel de carta del hotel, pues se dio cuenta de que era bastante temerario decirle eso a Rebecca, pero no podía tacharlo sin revelar que había reconsiderado algo y tampoco tenía tiempo para volver a escribir toda la carta; Baring estaba esperándolo en el vestíbulo para

llevarlo a cenar con Vladimir Nabokov, un distinguido criminólogo que por lo visto era admirador suyo y tenía un hijo de catorce años al que le encantaban sus novelas científicas. Dejó la palabra «esposa», pero continuó escribiendo en una vena sumamente eufórica e hiperbólica, de modo que Rebecca no pudiera tomarse nada de forma literal. «Hallaremos grandes misterios cada vez que nos abracemos, caminaremos juntos y comeremos juntos y hablaremos juntos. Tú eres la mujer y tú has de ser tanto la creadora como la ejecutora de todo lo que hagamos mientras estemos ahí. Pantera, te amo como nunca he amado a nadie. Te amo como si se tratara del primer amor. Me entrego a ti. No puedo estar más contento de que vayamos a tener un hijo. Te beso los pies, te beso los hombros y las partes más suaves de tu cuerpo. Quiero entrar en ese hogar que estás a punto de construir para mí. Me daré prisa. Prepáralo.»

* * *

Volvieron a verse a mediados de febrero y pasaron dos días con sus noches en la casa de la señora Strange, en Pimlico. Cuando su apetito sexual quedó saciado, tras varias cópulas tórridas y selváticas, comenzaron a pensar en cuestiones prácticas. Rebecca no había escrito a Llandudno durante su ausencia, pues había descubierto que las conexiones ferroviarias con Easton eran espantosas y que a él le iba a llevar todo el día realizar el viaje. Por lo visto, había elegido esa localidad tras cometer un error absurdo al leer los horarios en Bradshaw, y ahora propuso que ella se instalara en Hunstanton, en la costa del norte de Norfolk, un lugar que estaba igual de apartado de Londres, pero al que era relativamente fácil llegar desde Easton vía Bishop's Stortford. Tenían que ir allí a buscar un alojamiento adecuado lo antes posible, afirmó, pero en trenes distintos, para que no los vieran juntos. Rebecca soltó una carcajada, pensando que se trataba de una broma, y, cuando se dio cuenta de que no, dijo:

—¿No te estás pasando con la discreción y la prudencia?

—Lo hago por Jane —mintió él—. Si conseguimos mantener el secreto, le evitaremos un montón de situaciones embarazosas.

—A madre se lo he contado, por supuesto —dijo ella—. Y a Lettie y Winnie también.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—Mal. Madre piensa que has traicionado su confianza, que me sedujiste cuando estabas invitado en su casa.

—Pero tú me invitaste a merendar —dijo él—. Y fuiste tú la que me sedujo a mí. Bueno, o al menos empezaste a perseguirme.

—Así es. Se lo he explicado, pero no ha servido para nada. Lettie piensa que he sido una tonta y que tú te has aprovechado de mí. No creo que vuelvan a invitarte a merendar, al menos hasta que estemos casados.

—Bueno, eso no va a ocurrir pronto. Deberías intentar que no se hagan muchas ilusiones.

—Pero si lo decías en tu carta... —comenzó ella.

—Ya lo sé, Pantera —dijo rápidamente él—. Pero me refería a que íbamos a estar casados espiritualmente. Mi matrimonio con Jane no es un auténtico matrimonio; somos compañeros, lo cual a los dos nos resulta muy conveniente. Hace años que no nos acostamos. Mi pareja eres tú. Eres mi alma gemela y mi amante. Algún día, cuando mis hijos sean mayores, quizá pasemos por las tediosas formalidades legales del matrimonio para satisfacer a tu madre y a tus hermanas, pero eso no cambiará la naturaleza de nuestra relación. —Intentaba transmitirle la idea que tenía para el futuro: dos matrimonios y dos hogares, uno oficial y carente de sexo, y el otro secreto y apasionado.

—¿Quieres decir que deberíamos quedarnos con el niño y criarlo nosotros? —preguntó ella.

—Si tú quieres, sí. Es una decisión completamente tuya.

—No, no quiero —dijo ella—. Quiero tener libertad para escribir.

—Perfecto —dijo él.

—Pero ¿no me voy a poner triste cuando llegue el momento de entregarlo, o entregarla, a otra persona?

—Encontraremos una pareja ejemplar que nos permita ir a verlo (porque estoy seguro de que va a ser chico) cuando nos apetezca, y llevarlo a tomar algo o de vacaciones cuando queramos. Nos llamará tío y tía.

—El tío Jaguar y la tía Pantera —dijo ella, riéndose, encantada con el panorama que él había pintado.

Viajaron a Hunstanton por separado, se encontraron, como habían quedado, en la cafetería de la estación, y encontraron un apartamento amueblado en una casa que no los fascinó, pero que cumplía con sus

necesidades. El edificio en que se encontraba, llamado «Brig-y-don», estaba en Victoria Avenue, y formaba parte de una hilera de casas de ladrillo rojo con ventanas mirador que daban al jardín delantero. Desde el primer piso se veía el estuario del Wash y se podía atisbar una pequeña franja del mar del Norte, que en esa época del año tenía un aspecto frío y gris. Hunstanton, localidad de veraneo para gente que quisiera disfrutar de unas vacaciones tranquilas respirando aquel aire tonificante, en febrero era un lugar más silencioso que una tumba. Rebecca se puso un poco melancólica ante la idea de pasar allí los siguientes seis meses, pero él hizo todo lo que pudo para animarla.

—Vas a poder escribir un montón —le dijo—, y yo pasaré todo el tiempo que pueda aquí contigo.

Mantuvo su palabra; iba a verla todas las semanas y se quedaba al menos dos días, y con frecuencia más. Cuando estaba fuera, avivaba el fuego de su pasión escribiéndole lujuriosas cartas en las que le contaba cómo se imaginaba su próximo encuentro. «Este miércoles, por la noche, te pondré la zarpa encima y te olisquearé debajo de la barbilla y te morderé el pecho y te lameré el flanco y continuaré con otras muestras de confianza. Te daré la vuelta y haré contigo lo que me plazca. Te haré jadear y devolverme los mordiscos. Luego te daré un buen achuchón para tranquilizarte y me dormiré encima de ti, y, si ronco, ronco. Tu señor, el Jaguar.» Rebecca a veces le reprochaba que escribiera aquellas cartas tan explícitas y picantes, y le decía que se imaginara las consecuencias que tendría que su casera, la señora Crown, leyera alguna, pero él sabía que a ella le resultaban excitantes. Su vida sexual era tan fogosa como siempre y, a medida que crecía la panza de Rebecca, era más cómodo, además de propicio para sus fantasías secretas, llegar al clímax en la posición natural de la copulación felina, con Rebecca agazapada debajo de él, con la cabeza hundida en una almohada para sofocar sus aullidos y que no llegaran a los oídos de la señora Crown, que se encontraba en el piso de abajo, mientras él la montaba por detrás. Para la señora Crown y los demás vecinos escenificaron la historia que habían ideado y revisado: él era un periodista que estaba muy ocupado y que de vez en cuando podía ir a visitar a su hermosa y joven esposa, a la que había llevado a aquel lugar saludable para que no pasara el embarazo en un lugar tan lleno de humos como Londres. Daban relajantes paseos por la playa, cogidos del brazo, cuando la marea bajaba, o por las colinas cubiertas de hierba, cuando

subía, respirando profundamente para llenarse los pulmones del célebre aire de la zona y sonriendo educadamente a los viandantes.

Las dos nubes que ensombrecían su estado de ánimo, aquella primavera, tenían que ver con su vida profesional: *El mundo liberado*, tras su publicación, había sido muy mal recibido por la crítica. La hipótesis de la energía y las bombas atómicas, en la que se basaba la narración, se consideró demasiado absurda como para generar la suspensión de la incredulidad, por mucha voluntad que pusiera el lector; aquella historia ya se había oído demasiadas veces; y el intento del autor por animar el relato al final haciendo que un malvado emperador alemán intentara sabotear la creación de un Gobierno Mundial se consideró más adecuado para un semanario infantil que para una novela destinada a un público adulto, además de que era probable que exacerbara los ya enardecidos prejuicios populares contra Alemania. Esta recepción supuso un golpe para su autoestima, un golpe que le resultaba aún más duro cuando se imaginaba la petulante satisfacción que sentiría Elizabeth al leer las reseñas. Pero poco después recibió un golpe aún más doloroso —le pareció más bien una puñalada en la espalda—, y el que se lo propinó fue nada menos que Henry James.

Seis meses antes, James había reaccionado ante *Amigos apasionados* como su autor sabía que reaccionaría: profesando una exagerada admiración por lo ambicioso de la empresa, pero hallando numerosos defectos en su ejecución, y él le había respondido como siempre hacía, admitiendo sus errores con el estilo hiperbólico característico del maestro: «Cuando usted me escribe comunicándome sus fiables y magistrales conclusiones, y teniendo en cuenta sus logros divinos, obtenidos a un ritmo pausado (aunque no lento) y de un modo infinitamente sencillo, es entonces cuando la sensación de mi falta de mérito y refinamiento se vuelve más vívida, más acuciante. Entonces lo que quisiera es echarme a sus pies, abrazarlos y rociar sus rodillas con mis lágrimas, con estas lágrimas de improductiva contrición». Tal vez se hubiera excedido en su imitación del estilo epistolar de James en aquella ocasión, y este se hubiese percatado, o tal vez fuera la imagen de la Magdalena lo que reveló su juego, ofendiendo al escritor mayor. En cualquier caso, burlarse de la pomposidad de un viejo amigo en una carta privada era una cosa, y atacar a un colega en el *Times Literary Supplement*, otra bien distinta. En un largo

artículo, dividido en dos partes que aparecieron en dicha publicación a finales de marzo y a comienzos de abril, James evaluaba a «La generación joven» de novelistas británicos. Por supuesto, el título aludía a los que eran más jóvenes que él: Wells y Arnold Bennett, que tenían cuarenta y tantos años, ocupaban un lugar prominente y recibían una severa reprimenda. Eran los más exitosos de todos los novelistas ingleses contemporáneos, y por ello los peores, ya que daban un pésimo ejemplo a los demás: sacrificaban la belleza de la forma, la intensidad del sentido y todas las restantes cualidades que hacían de la novela un arte a favor de «los valores derivados de la saturación (...). Exprimen al máximo la oronda y más o menos jugosa naranja de una situación particular bien conocida y permiten que la afirmación de la energía, sea directa o indirecta, constituya para ellos el “tratamiento” del tema». James le cantaba las cuarenta a Bennett al respecto, y después le dedicaba estas palabras a Wells:

Cuanto más sabe y sabe, o al menos, aprende y aprende —cuanta más, en otras palabras, saturación genera—, más fuerte es nuestra impresión de que nos presenta las cosas tratando de hacerlo de una manera lo bastante buena para nosotros, tal como somos, y de que prácticamente va a arrojarnos su mente y el contenido de esta con un gesto espontáneo y familiar, como quien lanza algo desde una alta ventana permanentemente abierta (y el señor Wells tiene tantas ventanas como un agente inmobiliario que hubiera adquirido las más adecuadas para venderlas al por menor cuando va a pasar un gran desfile por debajo de ellas).

Él se sonrojó al leer estas líneas, y volvió a leerlas unas cuantas veces. Le pareció extremada y voluntariamente insultante aquella imagen de su mente como un recipiente lleno de todo tipo de desperdicios, vaciándose irresponsablemente desde lo alto sobre la cabeza de cualquiera que tuviera la mala fortuna de pasar por allí, con la insinuación añadida de que obraba con una cínica mentalidad comercial, adquiriendo numerosas ventanas desde las que llevar a cabo sus actividades. Le enseñó el artículo a Jane, que no pudo evitar echarse a reír.

—Está hablando de los residuos que tiraban por la ventana en los edificios de apartamentos, como solían hacer en Escocia, gritando «¡Agua va!».

—Lo dudo —dijo él—, pero ya era lo bastante ofensivo sin esa interpretación. No sé qué le habrá pasado.

—Tendrá envidia, probablemente —dijo ella.

—Nadie puede envidiar las reseñas que me hicieron por *El mundo liberado* —dijo él.

—Envidiará tus ventas y tu fama. A eso me refiero —dijo ella—. De ahí que se meta contigo y con Arnold. Ya sabes que siempre deseó tener un gran éxito y nunca lo consiguió.

—Puede que tengas razón —dijo él—. Pero es que tenemos ideas completamente distintas de para qué sirve una novela. Los dos hemos pasado años escribiéndonos cartas cada vez más hipócritas, y es un alivio, en cierto modo, saber que eso ya no va a seguir ocurriendo. Se acabaron las contemplaciones.

Jane lo miró con perspicacia.

—Espero que no estés pensando en escribir algo al respecto en el *Times Literary Supplement*, H. G. —dijo—. Lo único que conseguirías es parecer pequeño e hipersensible.

—No, no voy a escribir nada en el *Times Literary Supplement* —respondió él.

—Muy bien —dijo ella—. No te lo tomes demasiado a pecho.

Pero lo cierto es que se lo tomó muy a pecho, y decidió escribir algo que le calmara la irritación. Se metió en su estudio y sacó de un cajón cerrado con llave el manuscrito de un libro en el que había estado trabajando intermitentemente, a largos intervalos, durante casi una década, y que llevaba el título provisional de *Boon*. No tenía claro que fuera a publicarlo cuando lo terminase, si es que lo terminaba alguna vez. Era un libro difícil de clasificar o describir, aunque nunca había intentado describírselo a nadie. Se trataba de una obra sumamente privada, casi secreta, en la que cada cierto tiempo descargaba bilis expresando sus opiniones sobre la vida literaria e intelectual en la Inglaterra del siglo xx. Era una obra satírica, iconoclasta, fragmentaria, digresiva, libresca, que guardaba cierto parecido con *Cuento de una barrica*, de Swift, y con *Tristram Shandy*, de Sterne; que tenía mucho en común con las novelas conversacionales de Peacock y una deuda muy evidente con *La nueva república*, de Mallock, pero que había llegado a ser más heterogénea que cualquiera de sus precursoras. En ella, presentaba las supuestas «sobras

literarias» de un escritor llamado George Boon, editadas por un gacetillero de lo más fatuo llamado Reginald Bliss. Boon era un autor respetado y exitoso, como habría podido ser él si se hubiera quedado en Sandgate y hubiese llevado la vida convencional de un hombre de letras del periodo eduardiano. Uno de los capítulos, que parecía el primero, pero que en realidad estaba por la mitad del libro, comenzaba así: «Hubo una vez un escritor que buscaba la fama y la prosperidad en una agradable casa de campo situada al sur de Inglaterra, en la costa. Escribía historias bastante aceptables y gozaba de la estima de un público cada vez más amplio. Se cuidaba mucho de ofender a nadie; solo quería agradar». Las inéditas sobras literarias de Boon, sin embargo, revelaban, para gran bochorno de su editor, una personalidad mucho más subversiva y anárquica y una furiosa rebeldía interna contra el *establishment* literario y cultural, que se manifestaban en diversos proyectos que tenía en mente para parodiarlo y combatirlo.

Se puso a escribir un nuevo capítulo para este libro, titulado «Acerca del arte, de la literatura y de Henry James», en el cual «Boon se sentó sobre el muro de su huerto y comenzó a disertar sobre James», pasando a retratar la estética novelística jamesiana en un tono que se iba volviendo cada vez más hostil a medida que avanzaba el relato:

Exige homogeneidad (...). ¿Por qué habría de tenerla un libro? En el caso de un cuadro, es una demanda razonable, ya que se contempla todo de una vez. Pero no hay ninguna necesidad de contemplar un libro todo de una vez (...). Habla de la importancia de la selección (...). En la práctica, la selección, para James, consiste en omitir cosas, nada más. Por ejemplo, omite las opiniones. En ninguna de sus novelas aparecen personajes con opiniones políticas definidas, ni con opiniones religiosas, ni que apoyen una causa o sientan deseos o tengan caprichos (...). No hay gente pobre, dominada por la necesidad de llegar a fin de mes (...). Tras haberse asegurado de que no tiene nada por expresar, se pone manos a la obra para intentar expresarlo (...). Emplea todos los recursos del lenguaje para enunciar y definir. Rara vez tolera los verbos que no van seguidos por un adverbio. Aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para mostrar su pedantería y su conocimiento de las expresiones coloquiales que pronto pasarán de moda. Sus enormes párrafos realizan grandes esfuerzos y acaban

empapados en sudor. Y todo para no contar nada (...). Es un leviatán buscando guijarros. Es un magnífico pero penoso hipopótamo decidido a comerse un guisante que ha rodado hasta una esquina de su guarida, y quiere recuperarlo a toda costa, aun a costa de su dignidad. Insiste en que casi todas las cosas están fuera de su alcance, pero modestamente cree, con una fuerte determinación mental por hacer las cosas de una manera artística, que puede atrapar ese guisante.

Boon era para él una especie de aceite de ricino del espíritu: al leer este capítulo, a la mañana siguiente, descubrió que había logrado purgar la rabia y el resentimiento. Aquel día se lo pasó muy bien, pues Boon se dedicó a esbozar una novela jamesiana titulada *El botín de la señorita Blandish*, que tenía un argumento que no comenzaba hasta la página 150 y que trataba de la búsqueda, por parte del protagonista, de un mayordomo perfecto. Era tan divertido que tuvo ganas de verlo publicado. Tal vez algún día acabara de escribir *Boon*, después de todo.

Había dado instrucciones para que cortaran el césped de un prado que había en Easton Glebe y lo convirtieran en un campo de hockey, poniendo las marcas necesarias, así como unas porterías con sus redes y todo, y cada vez que invitaba a sus amigos a pasar allí el fin de semana, era con la condición de que participaran en los partidos mixtos de hockey que se organizaban en tales ocasiones. Les proporcionaba palos de hockey —había para diestros y para zurdos—, espinilleras acolchadas y zapatillas blancas de tenis o de cricket, que guardaba en una gran caja y de las que había en todas las tallas. Jugaban con una pelota de cricket, de un cuero muy duro. Había hombres adultos —no solo estetas londinenses, sino también miembros del Parlamento, periodistas veteranos e incluso deportistas que solían entretenerse con una caña de pescar o una escopeta— que palidecían al ver dicha pelota, imaginándose el daño que podía hacerles si impactaba contra su cuerpo tras haber sido propulsada por algún jugador temerario y descontrolado, pero se los hacía sentir que no podían excusarse de un modo honroso. A las damas se les daba más libertad, pero, como casi todas habían jugado al hockey en el colegio, solían mostrarse más dispuestas a participar que los hombres. La edad avanzada, por otra parte, permitía disfrutar de ciertas concesiones. Los jugadores más jóvenes y vigorosos hacían de delanteros, y eran los que más tenían que correr; los más

maduros se situaban en la defensa, y a los ancianos se les daban algunas prendas protectoras extra y se los colocaba en la portería. Él, en cualquier caso, se sentía obligado a dar ejemplo, y siempre jugaba de delantero, aunque también echaba una mano en defensa al tiempo que arbitraba el partido (ya que era el único que conocía las reglas particulares del hockey de Easton).

—Un día de estos te vas a hacer daño —lo previno Jane tras un partido particularmente intenso.

Y eso fue lo que ocurrió en la siguiente ocasión, a comienzos de junio: sufrió un esguince de ligamentos en la rodilla izquierda. El médico se la vendó, le prescribió reposo absoluto durante una semana y le prohibió viajar por un periodo de tiempo indefinido. Esto le supuso varios inconvenientes. Le impidió mejorar sus habilidades al volante del coche que acababa de adquirir, un Willys-Overland de cuatro plazas con neumáticos de banda blanca que había bautizado con el nombre de «Gladys» y a cuyo mecanismo de cambio de marchas estaba empezando a cogerle el truco. También le impidió ir a visitar a Rebecca, lo cual, comprensiblemente, suscitó algunas quejas por parte de esta; pero no había nada que él pudiese hacer, salvo escribirle ardientes cartas todos los días, compartiendo con ella sus amargas reflexiones: para cuando pudieran verse, el embarazo quizá estuviese tan avanzado que para ella hacer el amor ya no sería ni cómodo ni seguro. Con la intención de mantener en secreto su estado, que en aquel momento ya era totalmente visible, Rebecca fingió ante sus amigos londinenses que estaba enferma y no podía ir a visitar a nadie ni recibir visitas, por lo que se sentía muy sola. Afortunadamente, su hermana Lettie accedió a hacerle compañía mientras él se recuperaba de la rodilla. La forzosa interrupción de sus encuentros también tenía sus ventajas: él pudo avanzar con su principal proyecto del momento, otra novela «mojigata» titulada *La investigación sublime*, cuya protagonista, Amanda Morris, guardaba un parecido cada vez mayor con Rebecca West (llamaba al protagonista «Leopardo», y él a ella «Guepardo»). La convalecencia resultó bastante agradable. Dedicaba los días laborables a trabajar tranquilamente y los fines de semana a descansar en compañía de los amigos que lo iban a visitar y que se ponían muy contentos al descubrir que no tendrían que jugar al hockey. Además, hacía un tiempo excepcionalmente bueno.

Y entonces, el 28 de junio, el archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa Sofía fueron asesinados por unos terroristas serbios en Sarajevo y

un escalofrío de miedo recorrió todo el continente europeo. Durante el resto del verano, el tema de la guerra dominó todas las conversaciones. ¿Habría una o no? Y ¿hasta dónde se extendería? A primera vista, la cuestión no parecía ser más que una disputa territorial entre el Imperio austrohúngaro y Serbia en la zona de los Balcanes, pero podía implicar a las demás grandes potencias europeas, Alemania, Rusia, Francia y el Reino Unido, que estaban vinculados unos con otros por diversos tratados y alianzas que tal vez los arrastraran al conflicto. Rebecca, tras leer en la prensa un artículo que afirmaba que la contienda era inevitable, le envió una carta en la que expresaba toda su inquietud, pero él la tranquilizó: no habría guerra. El mundo estaba loco, pero no tanto. Y él lo creía sinceramente. Aunque se había pasado la última década prediciendo que, si la humanidad no encontraba una manera racional de organizar sus asuntos y de arreglar sus conflictos, habría una guerra a gran escala, una guerra global, solo había hecho tal profecía a modo de advertencia, para estimular a los gobernantes a actuar de forma que sus predicciones resultaran falsas, y siempre había calculado que la conflagración se produciría unas cuantas décadas más adelante. Parecía impensable, incluso ridículo, que los líderes políticos de las grandes potencias fueran a permitir que estallara la guerra ahora, en el verano de 1914; y el hecho de que se tratara de un verano particularmente espléndido hacía que la amenaza pareciera todavía más irreal. Día tras día el sol se alzaba en un cielo límpido y azul y brillaba hasta el atardecer sobre el trigo maduro de los campos de Essex, sobre el césped y los arbustos verdes y bien regados de Easton Glebe, sobre la mesa del té, cubierta con un mantel de damasco, y las tumbonas a rayas, que había que llevar a la sombra de un enorme cedro. Todo era idílico. ¿Cómo iba a hacerse añicos semejante paz?

Sin embargo, las noticias eran cada vez peores, y en el hogar de los Wells se daba una circunstancia que hacía que las implicaciones de la guerra fueran más problemáticas que en el caso de la mayor parte de las familias inglesas. El verano anterior, él había decidido que sus hijos necesitaban un nuevo tutor, uno varón, más riguroso y cualificado que la señorita Meyer, lo cual no significaba que el trabajo de esta no le pareciera admirable. Por lo tanto, la había despedido de un modo cordial y con gran generosidad y la había reemplazado por un joven alemán procedente de la región de Pomerania, herr Karl Bütow, que estaba haciendo el doctorado en Filología, para que les

empezara a enseñar latín y griego a Gip y Frank y estableciera un currículo más sistemático en relación con las demás materias. Era un joven muy agradable, amable, cortés, metódico, que no siempre comprendía el humor ni los modales ingleses, pero que se había adaptado sin rechistar a las peculiaridades y caprichos del hogar de Easton. Le encantó descubrir que los chicos tenían una ardilla marrón a la que habían domesticado y entrenado, llamada Fritz, y la adoptó como mascota, permitiéndole que durmiera en su habitación. Karl Bütow encarnaba el mejor tipo de alemán, y el hecho de que formara parte de la familia hacía que la perspectiva de la guerra pareciera más horrible y al mismo tiempo más improbable. Él tenía la convicción de que los alemanes normales, la gente como Karl, no querían la guerra, y de que se veían empujados hacia ella por la terrible combinación que formaban el imperialismo prusiano y la codiciosa industria armamentística alemana —«káiser y Krupp», en pocas palabras—, que estaban intentando salirse con la suya por medio de intimidaciones y amenazas. Desde luego, solía decir cada vez que salía el tema, y el tema salía a diario, desde luego, si seguían adelante con el engaño y el káiser declaraba la guerra, la mayoría decente del pueblo alemán rehusaría combatir, ¿no? Entonces Karl Bütow negaba con la cabeza, disintiendo melancólicamente.

—En mi país hay mucha gente con ganas de ir a la guerra —decía—. Lo he notado. Y, además, los que no están de acuerdo tampoco se van a negar a luchar. Somos un pueblo obediente.

Como todos los jóvenes alemanes, Karl había hecho el servicio militar y era susceptible de ser reclutado en el caso de que estallara la guerra.

Durante unas semanas, no ocurrió nada verdaderamente alarmante en la Europa continental, y los periódicos ingleses se mostraban más preocupados por la posibilidad de que estallara una guerra civil en Gran Bretaña, porque los protestantes del Úlster, encabezados por sir Edward Carson, amenazaron con oponerse por la fuerza a la ley del Estatuto de Autonomía Irlandés si el Parlamento la aprobaba. Irlanda estuvo un tiempo dominando los titulares y relegando el problema de los Balcanes a un segundo lugar. Pero el 23 de julio llegó la noticia del ultimátum perentorio que Austria-Hungría le había dado a Serbia.

—Esto es muy triste —dijo Karl—. Rusia se movilizará a favor de Serbia, Alemania se movilizará a favor de Austria y a mí me llamarán a filas. Es

realmente molesto. Voy a tardar muchísimo en terminar la tesis.

Realizó algunas pesquisas y unos días más tarde recibió una carta oficial en la que se le requería que volviera inmediatamente a Alemania para incorporarse al servicio militar. Toda la familia y algunos criados fueron a despedirlo a la estación, y muchos lloraron cuando el tren arrancó y Karl se asomó a la ventanilla para decir adiós tristemente con la mano.

—Bueno, si hay guerra, no durará mucho —le dijo él a Jane cuando el tren desapareció de la vista, envuelto en humo y vapor—. Alemania tendrá que enfrentarse al mismo tiempo contra Rusia, Francia y nosotros. No pueden ganar. Tendremos a Karl de vuelta en Easton el año que viene.

Se expresaba con más confianza de la que realmente sentía, pues era bien sabido que el ejército alemán contaba con un armamento formidable y estaba muy bien entrenado.

—Espero que tengas razón, H. G. —dijo Jane—, pero estoy asustada.

Mucha gente estaba asustada. Se supo que había quien estaba haciendo acopio de víveres y que se corría el riesgo de que los bancos se quedaran sin liquidez, ya que muchos clientes estaban tratando de convertir su efectivo y sus depósitos en soberanos de oro. Rebecca estaba muy alarmada y le mandó un telegrama para pedirle consejo. Se hallaba tan perturbada que lo envió a nombre del «señor West». Él le contestó en estos términos: «Guarda el oro para hacer la compra hasta que los tenderos vuelvan a aceptar billetes y págale a la señora Crown con billetes». En broma, le prohibía que se marchara a hacer de corresponsal de guerra, citando unos titulares imaginarios —«La primera corresponsal de guerra embarazada. Impresiones de un recién nacido sobre el campo de batalla»—, y concluía animándola: «Prepara a tu ciudadano para la era de la paz».

Pero esta exhortación tan optimista se vio desautorizada muy pronto por el curso de los acontecimientos. La respuesta de Serbia al ultimátum no satisfizo a Austria-Hungría, que declaró la guerra el 29 de julio. El jueves 30, Rusia reaccionó movilizándose. El viernes 31, Alemania le dio un ultimátum a Rusia exigiéndole el cese de las actividades militares. Francia se reafirmó en su apoyo a Rusia. Alemania amenazó a Francia. Gran Bretaña trató de que tanto los franceses como los alemanes dieran garantías de que, en caso de que se desataran las hostilidades, se respetaría la neutralidad de Bélgica. Todo el mundo sabía que esa era la única ruta por la que Alemania podía atacar

eficazmente a Francia, y Gran Bretaña estaba obligada por un tratado a defender la soberanía belga. Francia, por supuesto, accedió. Alemania no contestó. El sábado, primer día de agosto, Francia y Alemania movilizaron sus ejércitos y Alemania declaró la guerra a Rusia. De repente, el apocalipsis estaba a la vista.

Y, sin embargo, seguía resultando difícil de creer, especialmente en Easton. El lunes, 3 de agosto, se celebraba un Bank Holiday²⁰ y era la fecha de la fiesta anual en Easton Lodge, cuando lady Warwick abría las puertas de su finca para permitir la entrada a los habitantes de la localidad. Se organizaba una feria con tirovivos que funcionaban a vapor y juegos de puntería: numerosos puestos ofrecían premios tan llamativos como chabacanos a quienes hicieran demostraciones de fuerza o habilidad con martillos, escopetas de aire comprimido o dardos. También había carpas en las que se dispensaban pasteles, té y limonada para quien quisiera tomarse un refrigerio. Podían visitarse los jardines de lady Warwick pagando una modesta entrada, cuyos beneficios se destinaban a diversas organizaciones benéficas de la región. Los Shaw habían ido a pasar el fin de semana a Easton Glebe, y algunos amigos que tenían casa en la vecindad, como Ralph Blumenfeld y su hijo John, decidieron ir a pasar el día con ellos. Hizo tan buen tiempo como en la semana precedente, y después de comer recorrieron a pie el kilómetro y pico que los separaba de la feria. Las damas iban con sombrillas para protegerse del ardiente sol, y los hombres llevaban chaquetas de lino y sombreros de paja (todos salvo Shaw, que sudaba copiosamente con su habitual traje Jaeger), y al acercarse comenzaron a oír el sonido del órgano de vapor mientras hablaban de la guerra, que ya parecía inevitable. La multitud que se había congregado en la feria, en cambio, parecía sorprendentemente despreocupada con respecto a las últimas noticias, tal vez porque nadie se había dado cuenta de su gravedad o, más probablemente, porque todos pensaban que no podía hacerse nada al respecto, de modo que más les valía disfrutar mientras pudieran. Por todas partes resonaban las risas, los gritos de alegría, los hurras y las cadencias del órgano de vapor, a las que pocos podían resistirse sin mover los pies.

Shaw había acudido a Easton directamente desde la Escuela de Verano Fabiana, donde la línea ortodoxa seguía defendiendo su fe en el desarme, que podría imponerse mágicamente a los gobiernos coordinando una serie de

huelgas generales.

—Sidney Webb no cree que vaya a haber guerra en Europa porque sería «una locura» —contó Shaw—. Y, bueno, es verdad, pero es lo que va a ocurrir. Podríamos haberlo previsto si no nos hubiéramos distraído con los chantajes de Carson y los suyos.

—Espero que no niegue que, por una cuestión de honor, nos veríamos obligados a intervenir si Alemania invadiera Bélgica —dijo él.

—No siempre hemos sido tan escrupulosos con respecto al honor nacional, sobre todo cuando nuestros intereses ordenaban otra cosa —dijo Shaw—. El tratado en cuestión se firmó hace ochenta años, cuando Europa era completamente distinta, y no había ninguna necesidad de comprometernos a defender Bélgica en cualquier circunstancia. Fuimos muy estúpidos al dejarnos atrapar en ese juego de tratados y garantías y ultimátums que permite que los políticos se sientan muy importantes.

Él compartía el punto de vista de Shaw, pero su sardónica indiferencia le pareció irresponsable.

—¡Eso ahora no importa! —gritó—. Si los alemanes invaden Bélgica, acabarán invadiéndonos también a nosotros. Debemos prepararnos para oponerles resistencia. Debemos empuñar las armas y guarnecer las barricadas y las trincheras. Si Alemania gana esta guerra, será el fin de la civilización tal como la conocemos.

—Es probable que eso ocurra gane quien gane —dijo Shaw con severidad.

La actitud de Shaw parecía implicar que nadie estaba libre de pecado, pero él comenzó a sentirse cada vez más poseído por un sentimiento antialemán violento y muy personal. Al provocar aquella guerra de dimensiones incontrolables, Alemania se estaba burlando de sus utópicas esperanzas para la humanidad. Sentía que crecía en su interior una nueva convicción, una nueva sensación de tener una misión en la vida: había que hacer frente al militarismo alemán y derrotarlo a toda costa.

Los Shaw se marcharon al día siguiente. Tras acompañarlos a la estación, se dirigió a la oficina de correos, donde se enteró de las últimas noticias: Alemania le había declarado la guerra a Francia e, ignorando las advertencias de los británicos, había exigido permiso para que sus tropas pasaran por Bélgica. Gran Bretaña se vería inevitablemente arrastrada al conflicto.

Rebecca le envió un cable en el que, muy agitada, le decía que estaba enferma y que temía por el bebé.

—Tengo que ir a verla —le dijo él a Jane, que se mostró de acuerdo al instante.

Ya se le había curado la rodilla, pero no se sentía con fuerzas para emprender el largo viaje hasta Hunstanton, donde nunca había ido, de modo que condujo la relativamente corta distancia que lo separaba de Bishop's Stortford, dejó a Gladys allí y continuó en tren hasta su destino.

Al llegar, halló a Rebecca en la cama. Sufría unos dolores abdominales que le causaban un malestar considerable. El médico que la había ido a ver había dicho que temía que pudiera haber «complicaciones», como le telegrafió a Jane a la mañana siguiente. Ella contestó: «me he quedado muy triste por tu telegrama stop no es rebecca la que corre peligro verdad stop intento pensar que el mensaje se refiere al niño no a ella stop esto es horrible stop le mando todo mi cariño stop». Sentado junto a su cama, él le leyó este mensaje a Rebecca, que tendía a ver a Jane como una esposa celosa y vengativa y a hacer comentarios en ese sentido de vez en cuando.

—¿Ves? —dijo él—. Jane no te odia. Te manda cariño.

—Pero dice que quizá me muera. Creo que inconscientemente quiere que me muera —dijo Rebecca sin agradecer el gesto de Jane.

Sin embargo, aquel telegrama pareció generar en ella una fuerte determinación a seguir viviendo, y el médico, cuando regresó para examinarla, se mostró más optimista con respecto a sus síntomas y los atribuyó a una indigestión. Además, les dio la noticia de que Alemania había invadido Bélgica. Rebecca le había pedido a Lettie que fuera a acompañarla, y esta llegó esa tarde y confirmó que Asquith había anunciado que Gran Bretaña estaba en guerra con Alemania.

—Tengo que volver a casa —le dijo él a Rebecca.

—No te vayas —le suplicó ella—. Tengo la sensación de que el bebé puede nacer en cualquier momento.

—Todavía no has salido de cuentas.

—Lo sé, pero a lo mejor se adelanta. ¿Por qué tienes que irte?

—Tengo que escribir algo sobre la guerra para el *Daily Chronicle*. —Tenía un lucrativo acuerdo con dicho periódico para escribir sobre temas de actualidad cuando le apeteciera—. No puedo combatir, pero puedo escribir, y

solo puedo hacerlo en casa. Con Lettie, te dejo en muy buenas manos. —Y, pese a las protestas de ella, tomó el último tren que iba de Hunstanton a Bishop's Stortford.

Ya estaba oscuro cuando descendió del tren y, durante el trayecto por las carreteras secundarias que conducían a Easton Glebe, se alegró de que la luz de la luna complementara las débiles luces de los faros de Gladys. En cierto momento, estuvo a punto de acabar en una zanja, cuando un zorro cruzó la carretera y le hizo dar un volantazo. Sin embargo, se sentía más eufórico que nervioso, y conducir por la noche, que era algo a lo que no estaba acostumbrado, adquirió tintes épicos en su imaginación, como si fuera el comandante de un carro blindado que estuviese llevando a cabo alguna misión secreta y urgente en vísperas de la batalla. La suerte estaba echada. Había comenzado la guerra, y él sabía cómo habría que presentársela al pueblo británico, y cómo convertir la aparente negación de todas sus esperanzas en una cruzada positiva.

Era más de medianoche cuando llegó a la puerta principal de Easton Glebe. Jane oyó el zumbido del motor y el crujido de la grava bajo los neumáticos y bajó las escaleras en bata para abrirle la puerta. Lo llevó a la cocina y le preparó un chocolate caliente y un sándwich de jamón mientras hablaban.

—Pobrecillo, debes de estar agotado —le dijo cuando él se acabó el sándwich y dejó la taza vacía—. Ven a la cama. Duerme en mi habitación esta noche. Quiero que me abracés.

—No, Jane. Lo siento. Tengo que trabajar.

—¿Trabajar? —protestó ella—. ¡Por el amor de Dios, H. G.! ¿Qué tienes que hacer ahora?

—Un artículo para el *Chronicle* —dijo él.

Se dieron un beso de buenas noches en el rellano de la escalera y él se metió en su dormitorio, que estaba equipado para poder trabajar por la noche: tenía en un rincón un escritorio sobre el que había una lámpara con una pantalla verde, un infiernillo para hervir agua y hacer té, una lata de galletas y una botella de whisky para tomarse una copa cuando terminara, antes de dormir. Se quitó la ropa y se puso el pijama, para estar más cómodo; aunque pareciera un bebé enorme, para esas sesiones de escritura a altas horas de la noche prefería el pijama a la bata. Se sentó frente al escritorio, sacó un bloc

de folios de un cajón y relleno su pluma estilográfica con tinta *blue-black*.

Ya había estado dándole vueltas a su argumentación durante el viaje desde Hunstanton, y no tardó demasiado tiempo en redactarla. La impresionante escala de la guerra en la que Europa se había sumido, y que probablemente acabaría involucrando también a los Estados Unidos y a Japón, era una medida del premio que supondría la victoria: una paz permanente a nivel mundial. Por ese motivo, se trataba de una guerra que había que ganar:

No puede haber un acuerdo diplomático que permita al imperialismo alemán explicarle su fracaso a su pueblo y empezar de nuevo a hacer preparativos. Tenemos que seguir adelante hasta que quedemos completamente destruidos o hasta que Alemania tome conciencia de que ha sido derrotada y se convenza de que la guerra no le conviene.

Estamos combatiendo a Alemania. Pero estamos combatiendo sin odio alguno hacia el pueblo alemán. No pretendemos acabar ni con su libertad ni con su unidad. Pero debemos destruir un sistema de gobierno funesto y la corrupción mental y material que se ha apoderado de la imaginación y de la vida alemana. Debemos aplastar el imperialismo prusiano tan concienzudamente como Alemania aplastó, en 1871, el imperialismo de Napoleón III. Y también debemos aprender del fracaso de esa victoria a no mostrarnos vengativos en el triunfo.

Esta ya es la guerra más grande de la historia. Es una guerra que no libran unas naciones, sino la humanidad. Es una guerra para exorcizar al mundo de la locura que lo aqueja y ponerle punto final a una época.

Cuando hubo terminado el artículo, se sirvió dos dedos de whisky y fue tomándose a pequeños sorbos mientras leía el borrador y hacía algunos cambios aquí y allá. Después escribió, en lo alto de la primera página y con letras mayúsculas, «LA GUERRA QUE ACABARÁ CON LA GUERRA», apagó la lámpara del escritorio, fue a tuestas hasta la cama, se tapó bien y cayó en un profundo sueño. Lo despertó a las ocho una criada que traía un telegrama: «bebé nació cinco minutos después de medianoche stop madre y niño bien stop lettie».

—¿Va a mandar una respuesta, señor? —dijo la empleada—. El chico está esperando.

Lo que él quería decir no era apto para los ojos inquisitoriales de la

oficina de correos de Easton.

—No, pero te voy a dar un soberano para el chico.

—¿Un soberano, señor? —La criada parecía perpleja, y con razón: era más de lo que cobraba ella por una semana de trabajo.

—Quiero decir un chelín —dijo él, sonriendo y negando con la cabeza, y se lo dio.

Más tarde le escribió a Rebecca:

Esta mañana estoy radiante. Me cuesta evitar darle a la gente unas propinas desmesuradas. Estoy tan contento de tener un hijo varón y de que seas tú la que lo ha traído al mundo. Trataré de mantener el mundo en orden para él (...). Pienso todo el tiempo en tu carita seria y amada, amadísima, apoyada en la almohada, y en ti y en él. Te quiero tremendamente, Pantera.

JAGUAR

3

—«**La guerra que acabará con la guerra**». **Tu reputación de profeta no mejoró precisamente con ese título.**

—No eches más sal en la herida, por Dios. Me han hecho tragarme esas palabras tantas veces que ya he perdido la cuenta. No era una simple predicción, sino un objetivo. En ese mismo artículo también dije que podíamos hundirnos. Solo quería hacer hincapié en todo lo que estaba en juego y afirmar que valía la pena luchar hasta la muerte. Y dije que debíamos evitar ser vengativos a la hora del triunfo, un buen consejo que fue ignorado, con consecuencias desastrosas.

—**Pero descartabas la posibilidad de negociar la paz. «No puede haber un acuerdo diplomático».** Esa actitud, que compartía la mayor parte de la gente, condujo a una guerra que duró cuatro años y que generó un gran arrepentimiento, una guerra que se libró casi por completo en un territorio muy reducido y que supuso la pérdida de millones de vidas.

—Nadie previó que duraría tanto tiempo. Y eso fue culpa, sobre todo, de la cúpula militar, con su absoluta falta de imaginación con respecto a las estrategias que convenía seguir y al armamento que convenía emplear. No se les ocurrió nada más que efectuar bombardeos de artillería, que se suponía que servían para inutilizar las trincheras enemigas, pero que la mayoría de las veces no lo lograban, seguidos por cargas de infantería a través de una tierra de nadie hasta que los soldados eran detenidos por las ráfagas de las ametralladoras. Yo inventé los tanques (me refiero al concepto de tanque) en 1903, en un cuento llamado «Los acorazados terrestres», pero a nadie se le ocurrió construirlos hasta que ya íbamos por la mitad de la guerra, y no fueron realmente eficaces hasta casi el final.

—**Pero el tono de los artículos periodísticos que escribiste al principio**

de la guerra hizo que se alinearan contigo todos los patriotas y nacionalistas acérrimos que había en Gran Bretaña. ¿Eso no te preocupó?

—Al principio, no. Ya sabes cómo estaba la gente en Inglaterra durante los primeros meses... Una especie de histeria se apoderó de todo el país. El impacto que nos produjo encontrarnos en guerra dio lugar a una mentalidad muy particular; era como si nos hubiéramos embarcado en una cruzada. Los obispos identificaron la causa de los aliados con la cristiandad. Los hombres atestaban las oficinas de reclutamiento para alistarse. Los niños y los mayores falsificaban sus edades para poder incorporarse al ejército.

—Y se demonizó a los alemanes con historias de atrocidades cometidas en Bélgica, pero en su mayor parte eran falsas. Vesta Tilley cantaba «No queremos perderos, pero creemos que deberíais ir» para convencer a los jóvenes de que se enrolaran, y los niños les daban plumas blancas a los hombres que no se alistaban de inmediato.

—A mí nunca me pareció bien eso de las plumas blancas. Los artículos que publiqué en el *Daily Chronicle* pasaron a formar parte de una corriente de sentimientos populares en la que cabían tanto la basura pretenciosa como el idealismo.

—De todas maneras, no publicaste solo esos artículos, ¿verdad? También escribiste cartas a los periódicos. Una al Times, por ejemplo, en la que hacías una llamada a la población civil para que se armara con el objetivo de resistir la invasión alemana. «Muchos hombres, y no pocas mujeres, dispararán contra los invasores alemanes. Y si estos están tan mal aconsejados como para intentar tomar represalias terribles, como hicieron en Bélgica, los civiles, sin duda, liquidaremos a todos los rezagados alemanes que se nos pongan a tiro».

—No puedo defender eso. La verdad es que no era una sugerencia muy práctica, y las autoridades se limitaron a reírse de ella. Pero yo pensaba que debíamos demostrarle al mundo que toda la nación estaba decidida a resistir el militarismo alemán. Muy al principio de la guerra, Charlie Masterman organizó una reunión en Whitehall con un montón de escritores para que tratáramos de pensar qué podíamos hacer para levantar la moral del país. Éramos un grupo de gente muy variado, pero también muy distinguido (Robert Bridges, Henry Newbolt, Granville Barker, Barrie, Conan Doyle, Chesterton, Gilbert Murray, John Masefield, Arnold, por supuesto, y yo, y muchos otros

que ahora no recuerdo, algunos liberales y algunos conservadores) y no hubo forma de ponernos de acuerdo en nada, así que yo propuse que cada uno actuara de manera individual. Y eso fue lo que hice. Al pensarlo retrospectivamente, me parece que algunas cosas que escribí entonces, en caliente, fueron bastante imprudentes.

—**Te hicieron perder algunos amigos, como Violet Paget, que escribió sobre ti: «se alistó enseguida para combatir en el frente de Fleet Street y nos pidió que desenfundáramos la espada de la paz para proceder a la exterminación final del militarismo».**

—Nunca me perdonó que apoyara la guerra. Tampoco me perdonaron los del grupo de Bloomsbury, pero eso me dio igual. Nunca me interesaron mucho, ni yo a ellos.

—**¿Y Shaw?**

—Siempre tuvimos una amistad muy combativa, interrumpida por periodos de abierta hostilidad, y este fue sin duda uno de esos. Yo lo atacé por su panfleto *El sentido común y la guerra*, publicado en noviembre de 1914, y por otros textos similares. Él recomendaba a los soldados de ambos bandos que les dispararan a sus superiores y regresaran a casa. Desde luego, eso no era en absoluto algo de sentido común; eran florituras retóricas que enfurecían a la opinión pública. Pero en esencia tenía razón. La guerra era fútil, y tendría que haberse parado antes de que se volviera imparable. Tuvo que pasar cierto tiempo hasta que pude darme cuenta de eso. Y tuvieron que producirse cientos de miles de bajas.

—**Pero no te volviste pacifista.**

—No, pero Shaw tampoco, en realidad. No resultaba fácil saber cuál era su verdadera postura, como de costumbre. Le gustaba incitar a la gente a cuestionarse sus creencias, pero, por lo general, lo único que conseguía era irritar tremendamente a todo el mundo. Algunos de los escritores que asistieron a la reunión que organizó Masterman querían cubrirlo de alquitrán y plumas.

—**En conjunto, los escritores más mayores y consagrados no salieron muy bien parados de la guerra, ¿verdad? Desde la seguridad de sus estudios, llenaron los periódicos de poemas patrióticos y diatribas antialemanas y confiadas predicciones sobre el curso que tomaría la guerra, pero se equivocaban constantemente y sin excepción. Los héroes**

fueron los jóvenes poetas que murieron en combate, y los objetores de conciencia que fueron vilipendiados y en algunas ocasiones encarcelados por sus principios.

—No voy a decir que no. Fue una guerra muy rara: mientras en el frente occidental ocurrían cosas espantosas e inimaginables, en casa, a apenas unos cientos de kilómetros de distancia, la vida continuaba con bastante normalidad. Desde luego, había escasez, y después sufrimos algunos ataques aéreos, pero durante la mayor parte del tiempo, si no leías los periódicos ni tenías un familiar cercano implicado, podías olvidarte por completo de que estábamos en guerra. De hecho, convenía intentar olvidarse; de lo contrario, todo era muy deprimente. En Easton seguimos invitando a amigos a pasar el fin de semana durante toda la guerra, y jugando al hockey y al tenis y al bádminton, y haciendo charadas y bailando en el granero, donde teníamos una pianola.

—Tenías cuarenta y un años, así que tuviste la suerte de ser demasiado mayor como para que se esperara que fueras a combatir y de que tus hijos fueran demasiado pequeños como para que los llamaran a filas.

—Era consciente de eso. Era consciente de que generaba envidia, y casi resentimiento, en aquellas de mis amigas que tenían a sus maridos o a sus hijos en el frente, sobre todo si estaban entre las bajas. El pobre Pember Reeves, por ejemplo, se quedó completamente destrozado cuando mataron a su hijo, y no contestó a mi carta de condolencia. Nunca se lo eché en cara. Desde luego, las muertes de los jóvenes que conocía me afectaron, sobre todo las de algunos jóvenes muy brillantes que había conocido en Cambridge, como Rupert Brooke o Ben Keeling. Pero, a medida que la guerra se iba recrudeciendo, yo sentía que mi inmunidad personal minaba mi autoridad para hablar de ella. Cada vez estaba menos cómodo con la labor de propagandista y más frustrado porque no lograba encontrar otro papel en el que fuera más útil. Y en el ámbito privado también tenía motivos de frustración...

El entusiasmo, casi eufórico, que había sentido el primer día de la guerra era producto de la convergencia del nacimiento, perfectamente sano, del hijo que había tenido con Rebecca y de la revelación de que en el gran conflicto histórico que se presentaba ante él tenía una misión personal. Pero del mismo

modo que la guerra se empantanó, convirtiéndose en una costosa lucha en la que no se sabía qué hacer y sin un final a la vista, también se empantanó su relación con Rebecca, si es que se pueden comparar dos cosas de tan distintas dimensiones. Con el tiempo, al mirar atrás, se dio cuenta de que el origen de todos los problemas había sido dejar que Rebecca se quedara con el bebé, pero ¿cómo iba a negarle algo semejante? Cuando llegó a Brig-y-don para ver por primera vez a su hijo, ella estaba amamantándolo, y lo observaba con una sonrisa afectuosa mientras él se acurrucaba entre sus brazos, con la boca pegada a su pezón y la nariz aplastada contra su generoso pecho. Ella levantó la mirada brevemente y le dijo:

—Hola, Jaguar.

Después volvió a mirar al niño.

—Qué bonito espectáculo —dijo él, agachándose para darle un beso en la frente a Rebecca—. La Madonna con el niño.

—Lo adoro —dijo ella—. Quiero quedármelo. No podría soportar entregárselo a otra persona.

—Entonces debes quedártelo, Pantera —dijo él.

—¡Gracias, Jaguar! —dijo ella, con una sonrisa radiante, y levantó la cara para que él volviera a besarla, esta vez en los labios.

Más adelante, no sin ciertas dudas, él volvió a sacar el tema de la adopción: criar al niño supondría una gran responsabilidad y le llevaría mucho tiempo, por lo que interferiría con la carrera literaria que ella deseaba tener. Por otra parte, haría que resultara mucho más difícil mantener en secreto su relación.

Pero ella negó vehementemente con la cabeza, rechazando aquellas verdades evidentes. No se podía estar escribiendo todo el tiempo, y, en cualquier caso, él podía permitirse contratar a algunas criadas para que la ayudasen, ¿no? En cuanto al riesgo de exponerse a la desaprobación pública, no le importaba. Lo único que sabía era que el bebé era hijo suyo y que quería criarlo.

—De acuerdo, entonces —dijo él—. ¿Cómo lo vamos a llamar?

Se pusieron de acuerdo en llamarlo Anthony Panther West. Rebecca escogió el nombre de «Anthony» sobre todo porque no había nadie en la familia de ella ni en la de él que se llamara así. «Panther» fue sugerencia de él: era una desafiante referencia al amor del que había surgido el niño. El

funcionario del Registro Civil, perplejo ante ese segundo nombre, levantó la vista mientras sujetaba el bolígrafo en el aire, listo para escribir, y le pidió que se lo deletreara antes de anotarlo, con evidente reprobación, en el certificado.

Lettie, que hasta entonces no había dado ninguna señal de haberlo perdonado por seducir a su hermana menor, al fin comenzó a tratarlo con cierta simpatía y le agradeció el haber aceptado mantener a Rebecca para que esta pudiera cumplir su deseo de quedarse con el niño.

—No digo que sea sensato que se lo quede —dijo Lettie—, pero usted ha mostrado una gran generosidad.

—Bueno, soy un hombre rico —dijo él—. Puedo permitirme hacerle ese regalo.

La señora Townshend, que llegó unos días más tarde, aprobó la decisión de él.

«Fue estupendo ver a R. W. con su niño —escribió—. Sería una verdadera pena separarlos. Dar de mamar es maravillosamente relajante. Un amante a intervalos discretos no es suficiente para ella: también necesita un bebé y un hogar. Incluso le irá mejor como escritora si tiene eso. No sé cómo piensa usted gestionarlo.»

La primera tarea, evidentemente, consistía en encontrar un hogar más apropiado que Brig-y-don para la madre y el niño. Por lo tanto, le pidió a la señora Townshend que buscara algún sitio que estuviera a una distancia de Easton que le permitiese desplazarse con comodidad, y ella pronto encontró una vivienda independiente llamada «Quinbourne» en las afueras del pueblo de Braughing, en Hertfordshire, apenas a unos veinte kilómetros de Easton Glebe. En septiembre, instaló allí a Rebecca con un equipo completo de criadas —ama de llaves, niñera, asistenta y cocinera— y, durante un tiempo, ella se sintió feliz. Estaba totalmente prendada de su bebé y contenta de ser la señora de su hogar por primera vez, e incluso comenzó a hacer pequeños trabajos periodísticos. Pero después, cuando el otoño dio paso al invierno, se dejaron sentir las desventajas de su situación. Quinbourne, que había sido una granja, estaba muy aislada; se encontraba al final de un embarrado camino y a cierta distancia del pueblo, y, aunque él podía montarse en Gladys e ir a ver a Rebecca a intervalos frecuentes, durante la mayor parte del tiempo ella solo tenía contacto con sus criadas. La comadrona irlandesa que la había asistido

en el parto, y que se quedó en calidad de niñera de Anthony, era una joya, pero su compañía no resultaba demasiado estimulante intelectualmente. Las otras mujeres, que habían descubierto la verdadera identidad de él y suponían que Anthony era hijo suyo, comenzaron a sugerir su desaprobación con una serie de insinuaciones maliciosas ante las que ella no se atrevía a reaccionar. Ese acoso, mezquino pero leve, se volvió más desagradable cuando Rebecca pilló al ama de llaves tratando de sisarle dinero y esta contraatacó chantajeándola: la amenazó con contarle a Jane que su marido tenía una amante. Rebecca respondió a la amenaza diciéndole simplemente que Jane ya lo sabía, y la mujer fue despedida, pero insistió en hacer correr el rumor, tratando de generar un escándalo en el barrio. Más adelante, un día, la cocinera irrumpió en el comedor y comenzó a plantear unas acusaciones enloquecidas y obscenas contra la niñera y la asistenta. Al final, se reveló que la pobre mujer se acababa de enterar de que había perdido al menor de sus tres hermanos, que había muerto en Flandes, y había tratado de ahogar sus penas en brandy. No merecía más que compasión, pero el incidente fue bastante molesto e hizo que Rebecca se sintiera aún más insatisfecha con su situación.

—Es como si me hubieras abandonado en la cara oculta de la luna —dijo, creando la analogía a partir de un comentario astronómico que había hecho él—. Esta casa es un satélite de Easton Glebe. Anthony y yo giramos alrededor de tu otra vida, pero no podemos compartirla, y debemos permanecer invisibles ante tu familia y amigos.

Su certeza de que, a tan solo unos kilómetros de distancia, él disfrutaba de otra vida, una vida llena de visitas interesantes y fantásticos entretenimientos, de la que ella estaba excluida, era una fuente constante de exasperación y malestar. De nada servía que él le dijera que en aquel momento Easton Glebe era un lugar insoportablemente ruidoso y desagradable a causa de las enormes obras que se estaban realizando allí, y que Jane se quejaba de que él no le hacía caso porque pasaba demasiado tiempo en Braughing. Rebecca respondía aludiendo a su «promesa» de casarse con ella algún día, y le daba a entender que, cuanto antes se divorciara de Jane a tal fin, mejor. Él siempre rechazaba con firmeza esta posibilidad, pero estaba de acuerdo con que debían organizarse de un modo más satisfactorio, y al final accedió a que ella se mudara a Londres. Allí, Rebecca podría ver a sus amigos con mayor facilidad y participar más activamente en la vida literaria. Dedicaron la primavera de

1915 a llevar a cabo este plan, y, a mediados de verano, ella y Anthony ya estaban instalados en una casa de campo llamada «Alderton», en Hatch End, al norte de Londres, junto con Wilma Meikle, una amiga de su época de sufragista que hacía de ama de llaves y le proporcionaba compañía, y el equipo habitual de criadas. Él pensó que resultaba necesario, para presentarse ante los vecinos, inventar una nueva historia encubridora que se adaptara a la nueva situación. Rebecca era la «señorita West», que estaba criando a su sobrino huérfano, y él era un amigo de la familia que velaba por el bienestar de ambos y que de vez en cuando iba a visitarlos y se quedaba a pasar la noche en la habitación de invitados. Sospechaba que aquel relato no engañaba a nadie, pero servía para mantener la respetabilidad, aunque fuera de un modo un tanto precario.

Había momentos en que sentía que, en vez de tener una esposa y una amante, tenía dos esposas, dos hogares que mantener, dos series de obligaciones domésticas y una cantidad insuficiente de sexo. Cuando se quedaba a pasar la noche en Alderton, se veía obligado a escenificar toda una pantomima consistente en retirarse a la habitación de invitados, esperar un rato y cruzar a hurtadillas el descansillo de la escalera hasta la habitación de Rebecca; y, una vez allí, debía tener cuidado para no hacer mucho ruido. Solo durante algunas estancias breves en un hotel de Monkey Island, en el Támesis, donde lograban escaparse ocasionalmente mientras Wilma se quedaba a cargo de Anthony, podían dejarse llevar en la cama. Tal vez Rebecca fuese más feliz ahora, pero él no.

La guerra, que, según había predicho con gran seguridad en uno de sus artículos de periódico, habría concluido en 1915, iba muy mal, sin un final a la vista en el frente occidental, y ya había quedado claro que la campaña de los Dardanelos planeada por Churchill para salir de ese punto muerto había sido un fracaso. Él había comenzado una nueva novela sobre un próspero escritor de mediana edad, el señor Britling, que al principio pensaba que la guerra nunca tendría lugar, pero que, cuando empezó, se había identificado con mucho entusiasmo con la causa de los aliados. Britling se iba a ir desilusionando poco a poco a medida que la estéril destructividad del conflicto se fuese haciendo evidente, y sufriría un dolor atroz con la muerte de su hijo en el frente occidental, pero lograría escapar de la desesperación al encontrar algún tipo de proyecto positivo. Todavía no tenía ni idea de qué tipo de proyecto se

trataría, ya que aún estaba en la parte del relato previa a la guerra. El señor Britling tenía «una mente irritable por naturaleza, que le proporcionaba sentido y pasión a su vida (...). Le encantaba escribir y hablar. Hablaba acerca de todo, tenía ideas acerca de todo». Se trataba de un personaje evidentemente autobiográfico, que incluso conducía de un modo bastante poco fiable y sentía un fuerte entusiasmo por una idiosincrásica forma del hockey, pero se había casado dos veces y tenía un hijo adulto, Hugh, de su primera esposa, que había fallecido, y dos pequeños de la segunda, Edith, con quien tenía una relación que se parecía mucho a la del matrimonio Wells. «Eran profundamente incompatibles (...). Durante varios años de infelicidad, ella estuvo boicoteándolo y decepcionándolo sin parar, mientras él le causaba a ella una angustia estúpida e inexplicable (...). Tardaron mucho tiempo en darse cuenta de cuál era la verdadera naturaleza de su relación y en admitir que el hermoso capullo de amor que había entre ellos no había podido florecer, y solo al cabo de muchos años lograron delimitar unas fronteras donde antes se imaginaban que estaban unidos, y convertirse en aliados (...). Aunque no se amaran ni disfrutaran juntos, se tenían un verdadero afecto, derivado de la rutina, y se apoyaban el uno al otro». Mientras buscaba en vano a una mujer con quien tener una relación del todo satisfactoria, Britling le era repetida y a veces escandalosamente infiel a Edith, y en la actualidad tenía una amante que vivía en una casa a la que tardaba muy poco en llegar en coche desde la suya. El personaje de la amante, sin embargo, no estaba basado en Rebecca, sino en la pequeña E: era «la señora Harrowdean, la más radiante y lista de las viudas», una mujer que, al entrar en su vida, le había parecido justo lo que necesitaba, pero que en los últimos tiempos se había revelado como una persona agotadoramente crítica y demandante, de modo que él estaba buscando una manera de cortar la relación que le generara el mínimo estrés posible. Britling vivía en una localidad de Essex llamada Matching's Easy, en una mansión que era una réplica muy fiel de Easton Glebe. Tenía empleados a un tutor alemán para sus hijos menores llamado herr Heinrich y a un secretario llamado Teddy, casado con una chica de la zona llamada Letty, que a su vez tenía una hermana llamada Cissie. La novela era un caleidoscopio que contenía muchos fragmentos reconocibles de su vida, combinados con cosas inventadas para crear situaciones y personajes nuevos. No se sentía nada seguro de cómo quedaría, pero Rebecca lo animó mucho cuando él le enseñó los primeros capítulos.

Rebecca, por su parte, se estaba preparando para escribir un libro breve de crítica literaria para una serie llamada «Escritores de hoy». El editor, que admiraba sus reseñas, la había invitado a participar en la serie escribiendo sobre el tema que ella eligiese, y ella propuso hablar acerca de Henry James, lo cual supuso una desagradable sorpresa para su amante, ya que Rebecca era plenamente consciente de hasta qué punto lo había ofendido la forma en que James había abordado su obra en el *Times Literary Supplement*. Él sabía que la admiración que sentía Rebecca por James distaba mucho de ser incondicional, pero, en cualquier caso, le pareció una especie de deslealtad la dedicación con que ella afrontó el proyecto: Rebecca leyó y releyó la inmensa obra de James con una diligencia bastante desproporcionada, teniendo en cuenta la importancia del encargo que le habían hecho. Con cierto resentimiento, él sacó el manuscrito de *Boon* del cajón y se puso a leer su diatriba contra James en busca de un efecto balsámico, y lo disfrutó tanto que continuó con el libro, que le pareció un modo estupendo de distraerse de la guerra, sobre la que tanto escribía y pensaba. Trabajó con tanto entusiasmo que lo terminó, o al menos, detuvo la escritura, ya que el libro nunca dejó de ser una serie de episodios y disertaciones sin conexión alguna. No se lo enseñó a Rebecca; no se lo enseñó a nadie más que a Jane, que lo mecanografió, y a Fisher Unwin, que decidió publicarlo. Se justificó pensando que era mejor no desconcentrar a Rebecca, cuyo libro estaba en proceso, con aquel irreverente enfoque de James, y que el libro tendría un impacto mayor si aparecía de forma inesperada, sin previo aviso; pero el verdadero motivo para no dárselo a leer a otras personas, como solía hacer cuando terminaba cada obra, era que intuía que tal vez le recomendaran no publicarlo, lo cual constituía una posibilidad que prefería no contemplar. Cuando recibió los primeros ejemplares, a mediados de junio, y leyó lo que decía en la portada, sintió una repentina y pícaro alegría.

Boon, La mente de la raza, Los asnos silvestres del diablo y El último trompetazo.

Una selección de las sobras literarias de George Boon. Apropiada para la época. Preparada para publicarse por **REGINALD BLISS**, autor de *Los primos de Charlotte Brontë*, *Una historia infantil del palacio de cristal*,

Paseos a la luz de la hoguera, Hongos comestibles, Ballenas en cautividad
y otras obras.

Con una ambigua introducción de H. G. Wells.

Para gran disgusto de Fisher Unwin, que sostenía que aquello afectaría negativamente a las ventas, él había insistido en que su nombre solo apareciera como autor de la introducción, y que en el lomo del libro figurara el de Reginald Bliss. No pretendía, de este modo, engañar a nadie con respecto a la autoría del libro; era una forma de indicar que *Boon* no debía considerarse al mismo nivel de sus demás obras literarias, sino como un divertimento carnavalesco. Abrió por una página al azar y se encontró con Henry James expresando sus reservas sobre una propuesta de dar una conferencia sobre *La mente de la raza*:

—Tratándose de algo que debemos —dijo— en tamaña medida a nuestro amigo Gosse, a la peculiar, a la honesta pero inquieta y, por así decirlo, en ocasiones casi malignamente ambiciosa energía organizativa de nuestro amigo, no puedo aceptar de ningún modo; de ningún modo, aun si en algún caso yo hubiera dado un paso tan extremo, tan devastadoramente aislante como sería el de, por expresarlo de un modo violento, destacar; y, sin embargo, debo confesar una considerable ansiedad, una especie de malestar, una aprensión, el terror, si se me permite, del bordillo, ante toda esta corriente de tráfico intelectual, ante este ir y venir excelso e imponente, sin duda, pero ir y venir al fin y al cabo, en vez del sentido absoluto de la expresión llegar a puerto que constituye, en gran medida, el conjunto de ideas y actividades por las que nos vemos invitados a transitar.

Soltó una risita y continuó; no podía parar de leer debido al orgullo y al placer que le provocaban la exactitud y el realismo de su parodia, y llegó hasta el final del capítulo. Después, garrapateó una nota: «Querido H. J., espero que se entretenga con este *jeu d'esprit*. H. G.», la deslizó en el interior del libro y lo metió en un sobre dirigido al «Señor Henry James, Club Reform», donde lo dejó al día siguiente. Sabía que Henry James se había marchado de Lamb House y se había instalado en Londres hasta que terminara

la guerra.

Transcurrió más tiempo del que esperaba antes de que James acusara recibo del libro, tiempo durante el cual tuvo algunos recelos sobre si aquel anciano tendría suficiente sentido del humor como para disfrutar del hecho de que se bromeara a su costa. Cuando, cumplida ya la primera semana de julio, al fin le llegó una carta en la que reconoció la letra torcida de James, cogió el sobre (estimando con el índice y el pulgar que contenía varias páginas) y se lo llevó a su estudio, cerró la puerta y se sentó frente a su escritorio para leer la carta, en un desagradable estado de incertidumbre. La forma de dirigirse a él —«Mi querido Wells»— era tranquilizadora, como lo era el tono sereno y cortés de las primeras líneas, en las que le explicaba que había recibido el libro con cierto retraso. «Acabo de leer, para poder agradecérselo de una forma inteligente, un número considerable de sus páginas, aunque no todas; pues, para serle del todo franco, es la primera vez que he sido derrotado en ese sentido por un libro suyo: no me he visto, en esta ocasión, arrastrado por la corriente tan indefectible e irresistiblemente como de costumbre (cosa que siempre le he hecho saber con insistencia). —Había un toque de reproche en ese paréntesis que se iba volviendo más y más explícito a medida que avanzaba la carta—. Volveré a intentarlo, pues detestaría perderme algún fragmento suyo que pueda resultarme iluminador o placentero. Mientras tanto, he asimilado más o menos su valoración de H. J., que me ha parecido muy curiosa e interesante, en cierto modo, aunque, como es natural, no me ha llenado de alborozo. Para un escritor, desde luego, es difícil ponerse del todo en el lugar de otro escritor que lo considera extraordinariamente fútil y vacío, y que se ve impelido a publicar eso ante el mundo...»

En aquel punto, tuvo que dejar la carta y dar una vuelta por su estudio. No, el viejo no había apreciado la broma, no se había divertido ni entretenido, sino que se había sentido mortalmente ofendido. Volvió a la carta con desgana: «... y creo que es aún más complicado cuando resulta que disfruta enormemente de los libros de ese otro escritor, desde hace mucho tiempo; porque, en tal caso, ha desarrollado el hábito de dar por hecho que entre ambos hay una zona de encuentro, un territorio común, y la pérdida de esto es como el derrumbamiento de un puente que hacía posible la comunicación». En ese símil había una nobleza y un patetismo que resultaban aleccionadores y que lo llenaron de remordimientos. No es que deseara retirar las críticas a la

obra de James que había en *Boon*, ya que la sátira era así, la parodia era así, y él solo había exagerado ligeramente las reservas que incluso los lectores más devotos de James admitían tener. Pero se arrepentía de haberle causado dolor a James y lamentaba su amenaza de ponerle fin a su amistad. Leyó a toda prisa el resto de la carta, en la que James defendía su derecho a seguir las indicaciones de su musa por muy distinta que fuese de la de él, impaciente por redactar una respuesta que tendría un tono conciliatorio de disculpa sin ser una rendición hipócrita.

«Desde luego, hay una diferencia real y muy importante en nuestras concepciones innatas y adquiridas de la vida y la literatura —escribió—. Para usted, la literatura es, como la pintura, un fin. Para mí, la literatura es, como la arquitectura, un medio, tiene una utilidad. Me pareció que su punto de vista tenía una posición demasiado dominante en el mundo de la crítica y lo atacué en un tono duro, adoptando una postura completamente antagónica. Y escribir eso sobre usted fue la primera forma que encontré de escapar de la obsesión por la guerra. *Boon* no es más que una papelera donde tiro los desechos (...). Pero, desde que se publicó, me he arrepentido cien veces por no haber expresado nuestros contrastes y diferencias, profundos e incurables, con más elegancia. —Decir «cien veces» era un tanto exagerado, pero concluyó la carta diciendo—: Espero que me crea, mi querido James. Su atento y apreciativo lector, su apasionado aunque rebelde y resentido admirador, y, por innumerables motivos, su agradecido y afectuoso amigo, H. G. Wells.»

Pero nada de eso apaciguó a James, que le contestó con una carta mecanografiada (con la palabra *dictada* entre corchetes en la parte superior de la página) que empezaba así: «Me veo obligado a decirle que su carta no supone ningún argumento para defender los malos modales de *Boon*. —Y continuaba en esa línea—: La comparación de su libro con una papelera me parece lo contrario de afortunada, ya que lo que uno arroja a tal receptáculo es precisamente lo que uno no quiere hacer público». Resultaba notable cuánto más lúcido y directo se había vuelto el estilo epistolar de James tras tener lugar lo que él consideraba un ataque a sus principios más esenciales. La carta concluía con la siguiente declaración: «Es el arte lo que constituye la vida, y lo que le confiere interés e importancia para que nosotros podamos apreciar todas estas cosas y disfrutarlas, y no conozco nada capaz de reemplazar la fuerza y la belleza de este proceso. Si yo fuera *Boon*, diría que cualquier

pretensión de hallar algo sustitutorio es una estafa inútil, una patraña inverosímil; pero yo no sería Boon por nada en el mundo, y solo soy suyo, Henry James».

Él le escribió otra carta hablando de los posibles significados de la palabra *arte* en ese contexto, con la intención de elevar el tema de su correspondencia por encima de las cuestiones personales, pero no recibió respuesta. En octubre se enteró de que James tenía graves problemas de salud y, en diciembre, de que había tenido un derrame. Le envió un mensaje de apoyo que fue respondido secamente por su secretaria, la señorita Bosanquet. Nunca volvió a tener noticias de James ni a verlo hasta que su muerte, a finales de febrero de 1916, acabó con cualquier posibilidad de reconciliación. James no lo había perdonado.

—No puede decirse que fuera una sorpresa, ¿verdad? Tu caricatura de la narrativa de James resultaba increíblemente cruel. «Es como una iglesia iluminada, pero sin una congregación con la que distraerse, con todos los focos apuntados hacia el altar mayor. Y sobre el altar, colocados con gran reverencia, intensamente allí, hay un gato muerto, una cáscara de huevo, un trozo de cuerda.» Y luego lo del hipopótamo tratando de coger un guisante...

—Bueno, los comentarios que él hizo sobre mí en el artículo ese del *Times Literary Supplement* eran igual de ofensivos. Parecía haberse olvidado de que él me había insultado primero.

—Pero eso ocupaba solo un párrafo. Tu dedicaste un montón de páginas a atacarlo.

—Él se extendió mucho más que un párrafo.

—Pero era una crítica sana, en su mayor parte.

—Y lo que escribí yo también era una crítica sana, solo que estaba expresada en un estilo ligero y satírico. Además, en ese libro les di estopa a prácticamente todos los escritores conocidos del momento. Incluso hice una sátira de mí mismo, por medio del personaje de Hallery, que da una conferencia tan aburrida sobre la mente de la raza que el público se larga.

—El hecho es que Henry James era el objetivo principal, o al menos eso es lo que debió de parecerle a él y lo que le parecería a cualquier lector objetivo. De toda la gente que se menciona en el libro, a nadie se le

dedica ni de lejos la cantidad de espacio que se le dedica a él.

—Supongo que me dejé llevar porque escribir eso me resultaba divertido. Me convencí de que a él le gustaría, de que lo disfrutaría pensando que era una especie de reconocimiento ambiguo de su importancia y su estatus literario. Al fin y al cabo, le había gustado la parodia que hacía de él Max Beerbohm en *Una guirnalda de Navidad*, que se llamaba «La mota a media distancia».

—Pero eso era tan tierno, con respecto al original, que funcionaba más bien como un homenaje. Comparadas con eso, tus parodias eran brutales. Fue una cosa mezquina hacerle eso a un escritor mayor, mucho menos exitoso que tú en cuestión de ventas y celebridad, con problemas de salud...

—Desde que lo conocí, James siempre estuvo quejándose por su salud. Cuando en diciembre me enteré de que había tenido un derrame, le envié un mensaje de apoyo. Cuando Gosse puso en marcha una petición para que le concedieran la Orden del Mérito, yo la firmé encantado, y cuando se publicó en la lista de condecoraciones del año nuevo que se la habían dado, y él estaba prácticamente en su lecho de muerte, le envié un telegrama de felicitación. No me contestó. Dos meses más tarde, me enteré de que había muerto. Me dio pena que nos hubiéramos peleado, pero tenía que ocurrir. Éramos dos escritores completamente distintos, con objetivos completamente distintos, y ya llevábamos demasiado tiempo confabulados para ocultar nuestras diferencias. La incompatibilidad de nuestras concepciones de la novela tenía que conducir a una confrontación antes o después. Yo podría haber actuado con más tacto, como admití ante él en su momento. Dios sabe que recibí un duro castigo por mis malos modales.

Boon fue un fracaso. El mundo literario, o al menos buena parte del mismo, comenzó a tratarlo como a un paria, e incluso sus amigos se sintieron avergonzados por el libro. A su debido momento, también Rebecca sufrió sus consecuencias, ya que, cuando se publicó su estudio sobre James al año siguiente, Percy Lubbock y el resto de la camarilla jamesiana se aseguraron de que el *Times Literary Supplement* lo ignorara. Era un milagro de concisión estilística y de refinamiento valorativo, pero no un panegírico, y la relación de Rebecca con él era lo bastante conocida como para que este círculo de fieles condenara su obra. La inoportuna combinación de las fechas en que salieron

estos dos libros provocó que ambos fueran recibidos, en términos generales, muy negativamente. El mismo mes en que se publicó *Boon*, James había solicitado la ciudadanía británica para demostrar su identificación con la causa de los aliados y, tras haber sido ignorado por la inmensa mayoría del público lector durante años, se convirtió súbitamente en un tesoro nacional que había que tratar con un respeto incondicional y que había que proteger de cualquier posible crítica, un sentimiento que su fallecimiento reforzó vigorosamente. No era un buen momento para criticar a Henry James.

El anuncio de la muerte de James llegó cuando él estaba trabajando en el final de *El señor Britling lo entiende muy bien*. Este era un libro en el que había invertido mucho tiempo y esfuerzo, y que ejemplificaba a la perfección esa concepción instrumental de la novela que él oponía a la concepción estética de James. Su novela aspiraba a resultar útil, tenía un propósito, que, por decirlo en pocas palabras, consistía en sacar una enseñanza positiva de la guerra, pero sin eludir ni minimizar el espanto ni el dolor. Le atribuía al señor Britling una serie de posturas ante la guerra que se parecían mucho a las suyas: había tardado en darse cuenta de que realmente iba a producirse, se había implicado con mucha energía tratando de dar todo su apoyo en aras de la victoria, y después se había ido desilusionando, no solo con la estrategia aliada, sino con la justificación patriótica de la guerra. Britling se daba cuenta de la fuerza corruptora que tenía el odio generado por el conflicto y deploraba la demonización de Alemania y los alemanes, que los hacía exclusivamente responsables de aquella matanza. La libertad creativa que confiere toda obra de ficción, sin embargo, permitía al novelista poner a su *alter ego* bajo mucha más presión de la que él había sufrido nunca, y de este modo, de manera indirecta, ganarse el derecho a soltar al final del libro una especie de sermón laico, osado y arrogante.

Hugh, el hijo del señor Britling, siguiendo el ejemplo de su secretario, Teddy, se alistaba voluntariamente en el ejército en cuanto se lo permitían y enviaba a casa vívidos relatos de los combates que se estaban librando en el frente occidental (ya había numerosas fuentes en las que basarse para escribir esta parte del libro). Al cabo de un tiempo, Hugh moría. La secuencia en la que Britling recibía la noticia y salía a la oscuridad del jardín, donde «de repente, el chico estaba por todas partes, jugando, trepándose a los cedros, dando vueltas milagrosamente por el césped en bicicleta, hablando, muy serio,

sobre su futuro, acostado sobre la hierba», le supuso a su autor un gran esfuerzo imaginativo, por medio del cual trataba de proyectarse una situación que en la vida real tenía lugar a diario en cientos de hogares de todo el país. Sentía que había hecho justicia a dicha situación. La recuperación del señor Britling, la superación de su desesperanza, le planteaba un desafío aún mayor. La presentó en dos fases. Llegaba la noticia de que también Teddy había muerto, y Britling tenía que consolar a su consternada esposa, Letty, que estaba llena de una rabia nihilista contra los alemanes y contra Dios. «El mundo es cruel —dice—. Es muy cruel. En cuanto a Dios..., o bien Dios no existe, o bien es un idiota. Es un idiota que se dedica a arrancarles las alas a las moscas (...). ¿Cómo puede usted creer en Dios después de lo de Hugh? En un Dios que ha matado a mi Teddy y a su Hugh, y a millones de personas más.» Entonces Britling le contesta que él sí cree, pero no en el Dios de los teólogos. «Tienen unas certezas absolutas muy tontas, como que es omnipotente. Pero el sentido común nos indica otra cosa (...). Al fin y al cabo, el verdadero Dios de los cristianos es Cristo, no Dios Todopoderoso; un pobre Dios ridiculizado y herido, clavado en una cruz material (...). Algún día, triunfará (...). Pero ahora no es justo decir que él es la causa de todo lo que sucede. Dios no es absoluto; Dios es finito (...). Un Dios finito que lucha a su manera, grandiosa y extensa, como nosotros luchamos a la nuestra, débil y tonta. ¿Para qué? Si yo pensara que existe un Dios omnipotente que contempla desde lo alto las batallas y las muertes y toda la devastación y todo el horror de esta guerra, un Dios capaz de evitar estas cosas, le escupiría en su inexpresivo rostro. Dios se encuentra en la Naturaleza y en la Necesidad. La Necesidad es lo más extremo, pero Dios es lo más íntimo.» «Nunca había pensado en él de esta manera», dice Letty. «Yo tampoco —dice Britling—. Pero ahora lo pienso así.» Y ahí Britling hablaba en nombre de su creador. El autor se había sorprendido al descubrir en su escritura una especie de elocuencia mística que no era consciente de poseer, y que había salido a la luz al poner a sus personajes en una situación de angustia casi insoportable.

La historia de Letty tenía un final feliz, ya que Teddy regresaba inesperadamente, herido pero vivo; en cambio, el protagonista del libro no hallaba alivio a su sufrimiento con tanta facilidad. El señor Britling empezaba a recuperarse del trauma que le había supuesto la muerte de su hijo cuando se enteraba de que su antiguo tutor alemán, herr Heinrich, también había muerto

en un campo de prisioneros de Rusia, y decidía enviarles a los padres de Heinrich el violín que su hijo se había dejado por tener que partir a toda prisa hacia el frente, junto con una nota explicativa que rápidamente se iba convirtiendo en una larga carta en la que encontraba cierto alivio al compartir sus sentimientos. «Si ustedes piensan que estos dos chicos no han perecido en una causa común y noble, sino uno contra el otro, en una lucha de dinastías y fronteras y rutas comerciales y linajes tiránicos, entonces supongo que sentirán, como siento yo, que esta guerra es la cosa más trágica y horrible que le ha sucedido nunca a la humanidad.» Para escribir este texto, Britling empezaba y abandonaba un borrador tras otro; se pasaba toda la noche trabajando, esforzándose por ser honesto y evitar el falso sentimentalismo y la falsa retórica, cuestiones a las que se refería despectivamente como «estilo de pacotilla». A medida que la carta se hacía cada vez más larga, iba dejando de ser una carta privada para convertirse en una profética declaración pública. «El señor Britling nunca había visto con tanta claridad que era un escritor débil, tonto, desinformado y precipitado, y nunca había sentido con tanta fuerza la convicción de que el espíritu de Dios se hallaba en su interior y de que le correspondía desempeñar algún papel en el establecimiento de un nuevo orden, de una nueva forma de vivir en la tierra.» Su último párrafo comenzaba así: «Dediquémonos en cuerpo y alma a perfeccionar y hacer funcionar las estrategias de la democracia y a acabar con los reyes y los emperadores y el clericalismo y las bandas de aventureros, los comerciantes y propietarios y especuladores que han traicionado a la humanidad y la han llevado a esta ciénaga de odio y sangre en la que hemos perdido a nuestros hijos, en la que seguimos revolviéndonos». Pero entonces reflexionaba: «¡Qué débil es este gemido de exhortación!», y dejaba el texto sin terminar. Luego Britling pensaba en enviarles el violín a los padres de Heinrich sin acompañarlo de carta alguna, pero: «No. Tengo que escribirles llanamente. Sobre Dios tal como yo lo he encontrado. Tal como él me ha encontrado a mí». El libro terminaba con el señor Britling, exhausto, de pie junto a la ventana de su estudio, mientras el sol empezaba a salir. «Una tras otra, las extensas oleadas de calor y luz iban cayendo sobre el mundo de Matching's Easy. Era como si en todo el orbe no existiera nada más que la mañana y el amanecer. Desde la distancia, hacia la iglesia, llegaba el sonido de algún trabajador madrugador que afilaba una guadaña.» La imagen de la guadaña lo satisfizo debido a la ambigua serie de asociaciones que se mezclaban en ella: la Parca,

los arados forjados con espadas, el ciclo de las estaciones que prometía la renovación de la vida tras la muerte.

Cuando decidió llamar a su novela *El señor Britling lo entiende muy bien*, pensaba que, para el momento de su publicación, la guerra ya habría concluido o estaría a punto de concluir; pero en julio, cuando la novela entró en imprenta, empezó la batalla del Somme, que todavía continuaba en septiembre, mes en que salió el libro. Para cuando al fin pudo decirse que la batalla había terminado, lo cual no sucedió hasta noviembre, un millón de hombres habían muerto o resultado heridos en ambos bandos, y el final de la guerra no parecía estar ni un poco más próximo. Temió que, en semejante contexto, el título que había elegido pudiera parecer inapropiadamente optimista y afectar de forma negativa a la recepción de la novela, cosa que le preocupaba mucho porque su situación económica no era buena. Le parecía que los dioses lo habían castigado por la soberbia que había demostrado al comentarle a Lettie, al principio de la guerra, «Soy un hombre rico». Todos los gastos a los que había tenido que hacer frente en los últimos dos años —la ampliación y reforma de Easton Glebe, la prodigalidad con que se trataba allí a las visitas, el mantenimiento del hogar de Rebecca, el alquiler de su apartamento de Londres, la compra de Gladys y el coste de la educación de los chicos, que habían empezado a estudiar en Oundle, un internado—, todas estas cosas, y muchas otras, habían hecho que sus ahorros mermaran de una manera alarmante, y se había dado cuenta de que solo le quedaban 5 000 libras en el banco. *La investigación sublime*, publicada en 1915, no había funcionado particularmente bien, lo cual no resultaba sorprendente, pues en esencia no era más que una nueva versión de sus anteriores novelas mojigatas, aunque ambientada en lugares más exóticos. Si seguía siendo solvente, solo se debía a su abundante actividad periodística; necesitaba desesperadamente que el libro fuera un *best seller*.

Para su enorme alivio y satisfacción, *El señor Britling* lo fue. Lograba captar a la perfección el estado de ánimo colectivo en un momento en que las noticias del frente occidental empezaban a ser cada vez peores. Reflejaba y expresaba el dolor de la gente por las jóvenes vidas desperdiciadas en la contienda, su enfado ante la incompetencia de los líderes políticos y militares, su esfuerzo para conciliar los estragos monstruosos de la guerra con los ideales como el deber, el patriotismo y la fe religiosa que les habían sido

inculcados desde niños. El libro tuvo unas reseñas muy entusiastas, fue alabado por muchos de sus antiguos adversarios —incluso por la señora de Humphry Ward— y sirvió para inspirar numerosos sermones solidarios en las iglesias. Comenzó a recibir una gran cantidad de cartas de lectores a los que les había gustado mucho la obra, sobre todo de mujeres cuyos maridos o hijos habían muerto en la guerra, muchas de las cuales enviaban sus condolencias, pues había descrito tan vívidamente el luto del señor Britling que asumían que él también había perdido a un hijo mayor. El libro se reeditó trece veces antes de Navidad, y para entonces ya le había reportado 20 000 libras por los derechos de autor generados en los Estados Unidos. Sus preocupaciones económicas habían quedado atrás, al menos por un considerable periodo de tiempo.

—Entonces se podría decir que te beneficiaste de la catástrofe del Somme. De toda aquella guerra sangrienta, de hecho.

—Bueno, también podrías decir que Homero se benefició de la guerra de Troya. Es una paradoja de la escritura que trata acerca de tragedias: los escritores cogen una experiencia negativa y la convierten en algo positivo. Si la cosa da resultado, nos elogian, y también nos pagan. Eso no significa que *El señor Britling* me ponga al mismo nivel de los que se aprovecharon de la guerra para hacer negocio.

—Pero ¿de verdad te creías todo ese rollo religioso que aparece al final? ¿O era solo una hábil estrategia para congraciarte con el público británico?

—Me lo creí mientras estuve escribiendo el libro. De lo contrario, no habría funcionado. No puedes fingir una cosa así. Escribir *El señor Britling* supuso una especie de experiencia religiosa para mí. Es lo que William James llama «conversión» en *Las variedades de la experiencia religiosa*. Cuando Britling se acusa a sí mismo de ser «un escritor débil, tonto, desinformado y precipitado», yo también estoy entonando un *mea culpa* al mismo tiempo que él. Me sentía avergonzado por algunas de las cosas grandilocuentes y jactanciosas que había escrito sobre la guerra durante sus primeras fases, y quería confesarme. Y, cuando escribí la escena en la que Britling intenta consolar a Letty, empezó a brotar todo ese lenguaje religioso, supongo que procedente de mi infancia, pues mi madre era muy piadosa. Yo había

rechazado ese lenguaje en mi juventud, pero ahora me parecía muy adecuado. Comencé a percibir una manera de expresar mi utopismo secular en el lenguaje cristiano, lo cual quizá lo hiciera accesible para un público más amplio. En *Dios, el rey invisible*, publicado un año más tarde, desarrollé las ideas de Britling de forma un tanto confusa y con mi propia voz.

—**Muchos de tus amigos librepensadores creyeron que habías perdido el juicio al leer ese libro.**

—Sin embargo, con el público fue como la seda. Me acuerdo de que le envié una especie de salmo a Rebecca.

*Los libros teológicos se venden,
se venden como Pastelitos,
y los Pechos de mi Patria
están rebosantes de la Leche de la Palabra.
En cuanto a mí, voy a almorzar con Clérigos Liberales,
ceno con Obispos,
el Palacio de Lambeth es la Vasija en que me lavo.²¹*

—**¿Era un ejercicio de cinismo, entonces?**

—En absoluto. Más adelante repudié mi conversión, pero, en aquel momento, fue algo muy sincero. Me daba cuenta de que mi súbita popularidad como teólogo cristiano radical tenía un lado raro y absurdo, pero era algo sincero. Y, digas lo que digas, *El señor Britling lo entiende muy bien* fue una buena novela. Britling vive.

—**De hecho, fue la última buena novela que escribiste. La última que alguien podría querer releer.**

—Probablemente tengas razón.

—**Pero escribiste veintidós más. Y todas están muertas y enterradas. Atestando las librerías de segunda mano.**

—Sí. Pero entonces no sabía que iba a ser así.

En septiembre de 1916, tenía varios motivos para sentirse satisfecho consigo mismo: *Boon* había quedado en el olvido, *El señor Britling* había triunfado, Winston Churchill le escribió para felicitarlo por «el éxito con el que se ha llevado a la práctica su idea de un acorazado terrestre» (los tanques

británicos Mark I en realidad tuvieron un éxito muy limitado en la batalla del Somme, pero le gustó que sus carros blindados gozaran de cierto reconocimiento) y el día 21 cumplió cincuenta años con buena salud. Incluso su vida sexual había mejorado. En agosto, por fin había expresado su insatisfacción con las posibilidades libidinosas que ofrecía Alderton en una carta que le envió a Rebecca: «Me gustaría que pudiéramos organizarnos la vida de alguna manera que nos permitiera ser amantes, alejarnos un poco de la cuna. Quiero hacerte el amor y estar contigo en calidad de amante día y noche y divertirnos más y estar más cerca de lo que estamos ahora (...). Tal como es la naturaleza, no nos quedan más de diez o doce años de amor y desnudez y todas esas cosas maravillosas. Es una pena tener la vida dispuesta de manera que solo podamos arrancar algunos momentos de la noche para estar juntos y que tengamos que pasar las tardes con las aburridísimas Wilma y Gugú» (Gugú era el nombre que Anthony le había puesto a su cuidadora). Le pedía a Rebecca que encontrara algún modo de encajarles a Anthony a sus hermanas para poder salir juntos o incluso viajar al extranjero. Ella no lo logró, pero estuvo de acuerdo con su propuesta de alquilar un estudio en Chelsea y emplearlo como nidito de amor. «Prepárate para unos concienzudos lametones en el estudio de Londres», le contestó él lascivamente. No encontró ningún estudio en Chelsea, pero sí un apartamento en Claverton Street, en Pimlico, donde en otra época tenía sus dominios. Era un lugar bastante sórdido, pero durante un tiempo les sirvió para poder encontrarse. El secretismo y la privacidad hicieron que aumentaran sus actividades sexuales, pero las tensiones subyacentes de la relación seguían sin resolverse.

En la primavera de 1917, Rebecca se mudó con Anthony a Leigh-on-Sea, una localidad situada en la costa de Essex, para escapar de la amenaza de los zeplines que se cernía sobre Londres. La casa tenía mucho encanto, pero el lugar fue una mala elección, ya que resultó hallarse en la ruta habitual de los Gotha, unos nuevos bombarderos alemanes de dos motores cuyos pilotos empleaban el Támesis para orientarse de camino hacia Londres y que a veces soltaban sus bombas sobre poblaciones que se hallaban en el estuario del río, como Leigh, pues las confundían con las afueras de la capital. «Es tan desagradable sentarse a cenar con un Gotha intentando anidar en el tejado y un estruendo que cae del cielo como si la Santísima Trinidad estuviera tratando de mover un piano sin demasiada destreza», le escribió Rebecca a una amiga

común, pero el tono desenfadado de la carta era completamente fingido, como descubrió él cuando estuvo con ella durante una de esas incursiones. Al oír el sonido de las bombas explotando a la distancia, Rebecca sacó a Anthony de su cuna y se escondió con él bajo la mesa del comedor, gimiendo «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!» mientras el zumbido de los motores de los aviones se volvía cada vez más fuerte y gritando «¡Vamos a morir! ¡No quiero morir!» cuando pasaban por encima de ellos. Él mismo también sintió algo de miedo, pero su manera de gestionarlo fue salir al balcón, muy decidido, y ponerse a escudriñar el cielo, simulando serenidad, y el ataque de histeria de Rebecca le pareció muy poco digno y bastante irritante.

Cuando volvió a casa, le envió una larga carta en la que empezaba quejándose por su comportamiento y acababa haciendo especulaciones sobre su incompatibilidad innata. «Tengo la impresión de que estas trivialidades me han permitido pensar de otra manera y fijarme en un montón de hechos que antes me había negado a ver. “¿Realmente amo a esta mujer?”, pensé. “Me he inventado un relato sobre ella, un relato que no es el verdadero.”» ¿Cuál era el verdadero? ¿Cuáles eran esos hechos? Que él tenía una mirada esencialmente positiva, mientras que ella parecía atraer las experiencias negativas y recibirlas con los brazos abiertos. Un ejemplo de esto era que Rebecca mantenía una relación muy estrecha con sus hermanas y su madre, que lo odiaban, y con ese entorno de criadas y acompañantes aburridas y sombrías de las que se había rodeado y que interferían en su intimidad. «Los últimos cuatro años, que podrían haber quedado en nuestra memoria como una aventura amorosa, se han visto convertidos por tu peculiar genio en una historia absolutamente desagradable, en la que se sustenta mi absoluta desesperanza con respecto a cualquier posibilidad de futuro. Por naturaleza, te dedicas a oscurecer tu mundo y mancillar todos los recuerdos. Mientras te ame, seguirás oscureciendo el mío.» Él escribió y envió esta carta más por una necesidad de alivio, de atenuar sus sentimientos, y con la esperanza de lograr que ella se plegara a sus deseos, que con la intención de ponerle punto final a su relación, y se quedó un tanto descompuesto cuando recibió una violenta respuesta en la que Rebecca afirmaba que no lo amaba desde hacía un año y que era perfectamente capaz de mantenerse y de mantener a Anthony si llegaban a un acuerdo económico adecuado y si dejaba de molestarla con sus exageradas y

poco razonables demandas. Él le contestó con mucho temple: «Si no voy a ser tu amante, entonces seré tu amoroso hermano. Nos hemos dicho algunas verdades muy impactantes. Ahora conservemos las apariencias durante un tiempo, aunque sea breve, antes de cambiar nada». Para finales de mes, la disputa había terminado y sellaron una tregua en la cama de Claverton Street, estableciendo una pauta que se mantendría durante los siguientes años.

Entretanto, en el otro campo de batalla, no había ninguna perspectiva de alcanzar una tregua y los ejércitos combatían con gran esfuerzo, como púgiles agotados y cubiertos de sangre cuyos entrenadores se niegan a tirar la toalla. Pero en 1917, cuando los Estados Unidos entraron en la guerra apoyando a los aliados, para él quedó claro que Alemania estaba condenada, por mucho tiempo que tardara en caer, y un año más tarde le pareció que se le presentaba una oportunidad para desempeñar un papel útil en el acto final de la contienda. Lloyd George, que era entonces el primer ministro en lugar del desacreditado Asquith, había colocado a dos magnates de la prensa en el Gobierno: a Rothermere en el Ministerio del Aire y a Beaverbrook en el de Información, y este último había nombrado a otro magnate de la prensa, Northcliffe, director de propaganda en los países enemigos. Los periodistas lo tenían en más alta estima que los políticos y funcionarios, y, cuando Northcliffe lo invitó a unirse al equipo de Crewe House en calidad de presidente del recién formado Comité de Políticas de Propaganda en los Países Enemigos, el escritor aceptó con entusiasmo. Pensaba que era de vital importancia preparar al pueblo alemán para aceptar la derrota dejando claro que los aliados no se mostrarían vengativos en la victoria y que el final de la guerra supondría una oportunidad para lograr una paz permanente en todo el mundo. Últimamente se había involucrado en diversos comités para promover la idea, planteada por primera vez por Leonard Woolf y otros en 1915, de crear una Liga de las Naciones con el fin de supervisar la redacción y el cumplimiento de los tratados de paz que se firmarían tras la guerra y para garantizar la seguridad internacional de manera permanente. Pensó en emplear su presidencia del Comité de Propaganda para asegurarse de que estos mensajes positivos se incorporaran en los folletos que se editaban en Crewe House y que se distribuían, de muy diversas formas, entre los soldados y los civiles de las potencias centrales. Antes de que pasara mucho tiempo, envió desde su comité una contundente

circular al Ministerio de Asuntos Exteriores, en la que presentaba una serie de argumentos a favor de un acuerdo de paz constructivo, incluyendo un borrador bastante plausible de la constitución de una Liga de las Naciones. La respuesta del director de la Oficina de Inteligencia Política fue un sermón de lo más condescendiente. A pesar de ello, el equipo de Crewe House no cesó en su empeño de promover la idea de crear una Liga de las Naciones en sus publicaciones, y acabó recibiendo un tibio respaldo del Gobierno. Por supuesto, resultaba esencial educar, en este sentido, a la opinión pública británica, pero esto estaba fuera del alcance de su comité. Northcliffe y los restantes magnates de la prensa no hicieron nada, sin embargo, para apoyar el proceso en sus periódicos: siguieron apareciendo vitriólicos reportajes y editoriales antigermánicos en la prensa popular, sobre todo en el *Daily Mail* de Northcliffe y en el *Evening News* londinense. Cuando él le escribió a Northcliffe señalando esta incoherencia, este se negó rotundamente a hacer nada al respecto. Su respuesta fue muy seca: «Estoy completamente de acuerdo con la política adoptada por mis periódicos, que no tengo la intención de debatir con nadie». Tardó en darse cuenta de que la propaganda que se generaba en Crewe House para prometer un acuerdo de paz constructivo y generoso estaba ideada cínicamente para consumo exclusivo de los alemanes, y de que el Gobierno tenía la intención de castigar a Alemania, además de derrotarla. Se sintió explotado y traicionado y renunció a su cargo de presidente del comité apenas unos meses después de haberlo asumido.

Por fin, en noviembre, llegó la victoria, lo cual dio ocasión a una orgía de celebraciones, cuando hubiera sido más apropiado establecer una semana de luto nacional por los caídos, o al menos realizar un sobrio examen de conciencia nacional. Pero no; había que colgar al káiser y hacer pagar a los alemanes. El país se iba a convertir en la tierra de los héroes —aquellos que habían tenido la suerte de sobrevivir— y que Dios salvara al rey, que, junto con la reina, fue montado en una carroza a través de las calles atestadas de patriotas que daban hurras y agitaban sus banderas hasta llegar a la Catedral de San Pablo para dar gracias al Todopoderoso por haber demostrado, finalmente, que Él era inglés. Aquel día, casualmente, los Wells dejaron su apartamento de Londres para regresar a Easton Glebe. La multitud impedía el paso de su taxi y se vieron obligados a salir del vehículo y arrastrar su equipaje hasta la estación de Liverpool Street. Él pensó para sí, mientras

observaba la alegre autocomplacencia de los rostros de todos los ciudadanos que se amontonaban en las aceras: «Esta es la gente real. Esta bulliciosa muchedumbre de mentes confusas, amables y acríticas es en lo que el bueno de Marx confiaba para ejercer la dictadura del proletariado», y soltó una sonora carcajada que hizo que Jane, que iba cargada con una maleta y una sombrerera, se diera la vuelta y lo mirara inquisitivamente.

Aquellos decepcionantes episodios, sin embargo, tuvieron consecuencias positivas. Su experiencia con los comités interesados en el proyecto de la Liga de las Naciones lo había convencido de que incluso sus educados y bienintencionados miembros, incluido él mismo, estaban lamentablemente desinformados sobre la historia de cualquier nación que no fuera la suya, mientras que la mayor parte de los británicos no sabía casi nada acerca de dicho tema. Era evidente que no había ninguna esperanza de conseguir que una idea como la de la Liga prendiera entre la gente si no se ponía antes remedio a esa ignorancia, por lo que se le ocurrió escribir un «Esquema de la historia universal» que procuraría contar la historia de toda la humanidad hasta el presente en un único volumen. A finales de 1918 ya había contactado con una serie de prestigiosos expertos, como Gilbert Murray y Ernest Barker, para que lo asesoraran y revisaran sus borradores en busca de errores. Jane y otros conocidos lo ayudaron con la investigación, pero estaba resuelto a escribir todo el libro él solo. Por supuesto, no pretendía descubrir nuevos hechos — todos los hechos que necesitaba ya estaban a su disposición en enciclopedias y otras obras de referencia—, sino hilvanarlos de un modo en que a nadie se le había ocurrido hilvanarlos antes. Como dijo en un artículo publicado en la revista de la Inu:²²

Nadie ha intentado nunca enseñarles a nuestros niños la historia del hombre en cuanto que Hombre, con todos sus esfuerzos y triunfos iniciales, su agrupación en distintas tribus y naciones, sus conquistas de la naturaleza, sus creaciones artísticas, su desarrollo científico (...). Ha de realizarse un gran trabajo si pretendemos enseñarles a los pueblos del mundo cuál es la verdad, a saber, que todos están implicados en un esfuerzo común, que todos proceden de un origen común y que todos pueden aportar algo especial y concreto al bien común.

En un primer momento, el libro fue concebido para niños mayores, pero, a medida que la idea fue madurando, pensó que también podía destinarlo a los lectores adultos. Se trataba de una tarea descomunal que lo tuvo ocupado dos años, realizando un «sacrificio fanático», como se lo describió a Arnold Bennett, y que llegó a tres cuartos de millón de palabras, casi todas suyas. Pero el resultado justificó plenamente el esfuerzo. La publicación por partes del *Esquema de la historia universal* vendió extraordinariamente bien, y, cuando salió en un único y grueso volumen, vendió más de dos millones de copias en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, y en las numerosas traducciones que aparecieron. Sus preocupaciones económicas habían desaparecido, al menos para el futuro próximo. Era un hombre verdaderamente rico.

—Y también eras famoso. Probablemente, gracias al Esquema, a comienzos de los años veinte llegaste a ser el escritor más famoso del mundo. Sin duda, Orwell se equivocó cuando dijo que dejaste de tener influencia sobre los jóvenes a partir de 1920, ¿no?

—En esa época, fui famoso durante una temporada, en el sentido de que la gente corriente de casi cualquier parte conocía mi nombre. Mis artículos se publicaban en periódicos de todo el mundo y mis libros siguieron circulando en ediciones baratas, influyendo y educando a la gente, incluida la gente joven. Pero yo ya no era un autor cuya última obra uno tenía que leer si quería estar al día de las ideas y las tendencias de moda, y esto se fue volviendo cada vez más evidente a medida que pasaba el tiempo. A comienzos de los años treinta publiqué dos compilaciones enormes, *La ciencia de la vida* y *El trabajo, la riqueza y la felicidad de la humanidad*, que, junto con *Esquema de la historia universal*, formaban una trilogía que resumía todo el conocimiento moderno sobre la humanidad (histórico, biológico y sociológico), pero estos dos últimos libros no tuvieron tanto éxito. Después traté de despertar el interés de algunos editores por hacer una enciclopedia que incluyera todo el conocimiento, pero había demasiadas dificultades relacionadas con los derechos de autor. Mi idea era que debería ser gratis. Me imaginaba una Organización Enciclopedista internacional que recopilara y actualizara continuamente todo el conocimiento humano verificable, guardándolo en microfilms y poniéndolo a disposición de todo el mundo. Escribí un libro al

respecto llamado *Cerebro mundial*, pero no funcionó. Una vez un periodista me llamó «el hombre que inventó el mañana», pero a la gente ya no le interesaba mi mañana. Yo era un hijo de la Ilustración, un enciclopedista moderno, un heredero de Diderot, pero los horrores de la Gran Guerra habían minado la fe en la Razón. Los intelectuales buscaron la salvación en el fascismo, o en el comunismo al estilo soviético, o en el cristianismo, católico romano o anglocatólico, y yo me oponía a todas esas corrientes. En el periodo de entreguerras, me fui quedando cada vez más solo como pensador; mi voz clamaba en el desierto.

—**¿Y como novelista?**

—Como novelista estaba pasado de moda. Los escritores experimentales de vanguardia eran los que marcaban el ritmo en los años veinte: James Joyce y D. H. Lawrence y Virginia Woolf. Todo era flujo de la conciencia, simbolismo, mito, con apenas historia y apenas ideas, o al menos lo que yo llamaba ideas. Incluso Dorothy Richardson comenzó a impresionar a la gente con *Tejados puntiagudos*, un libro que consistía en mirarse el ombligo de un modo épico e interminable. Era la teoría de la novela de Henry James, pero llevada aún más lejos: la narrativa aspirando a la condición de poesía lírica. Y a los nuevos escritores les gustaba definirse por oposición a los carcamales como Arnold Bennett y yo. Virginia Woolf, en su ensayo sobre *La narrativa moderna*, por ejemplo, nos acusaba de ser «materialistas»: «cuanto antes les dé la espalda la narrativa inglesa (...), mejor para su salud espiritual», decía. Es bien sabido que Lawrence atacó a Galsworthy, al que muchas veces se asociaba con nosotros, y en *The Calendar of Modern Letters*²³ puso a caer de un burro mi novela más ambiciosa de los años veinte, *El mundo de William Clissold*. Dijo que el libro era una serie de «artículos de periódicos e informes científicos regurgitados, como en la madriguera de un ratón».

—**Y en cierto momento Rebecca también se metió contigo. Se burló de tus escenas de amor: «esos pasajes en que su prosa pierde repentinamente su firmeza y comienza a temblar como un flan». Os llamó «tíos», a ti, a Bennett, a Galsworthy y a Shaw: «Durante toda nuestra juventud, se dedicaban a vigilar las casas de nuestras mentes como si fueran nuestros tíos».**

—Eso fue en 1926. Para entonces, ya nos habíamos separado. Llamarme «tío» fue una manera en clave de decir que era definitivo.

Perdió la cuenta de la cantidad de veces que habían estado a punto de separarse y que habían reculado para darle otra oportunidad a su relación. Una de las más graves crisis de este tipo tuvo lugar tras su viaje a Rusia en el otoño de 1920.

Había sentido un vivo interés por las revoluciones de marzo y octubre de 1917, y en marzo del año siguiente le escribió a su viejo amigo Maxim Gorki para aplaudir el tratado de paz que había firmado el nuevo Gobierno bolchevique con las potencias centrales, «mostrándole al mundo el camino para salir del matadero». Gorki, por su parte, era un gran admirador de *El señor Britling*. «Es sin ninguna duda el mejor libro que se ha escrito en Europa durante esta maldita guerra, el más audaz, el más justo y el más humano», le escribió, y se ocupó de que se tradujera y publicara en Rusia, donde por lo visto había sido muy aplaudido. Él pensaba que Rusia iba a ser tan importante en la escena política del periodo de posguerra que convenció a Sanderson, el progresista director de Oundle, de que en su centro dieran clases de ruso a los alumnos interesados, entre los que se encontraba Gip. Parece que fue la primera vez que se enseñó dicho idioma en una escuela inglesa. En 1920, pensó que a Gip le vendría muy bien visitar Rusia, y él también tenía una gran curiosidad por ver por sí mismo cómo se vivía tras la Revolución. Un hombre llamado Kamenev, que formaba parte de la delegación comercial rusa de Londres, ya se había puesto en contacto con él para proponerle que hiciera una visita oficial. Beaverbrook estaba muy entusiasmado con la idea de que escribiera sobre ese viaje en el *Express*, que cubriría sobradamente los costes del mismo, y la experiencia además podía servirle para empezar un nuevo libro. Por lo tanto, telegrafió a Gorki diciéndole que iba a «ir a echar un vistazo a Rusia» con su hijo y, como había esperado, Gorki le ofreció generosamente alojarlos en su casa de San Petersburgo. Dicha casa resultó ser un apartamento-editorial-oficina con numerosas habitaciones, en las que anidaba una población cambiante de andrajosos poetas, novelistas, intelectuales y ayudantes femeninas. Era un lugar con unas vistas privilegiadas para evaluar el estado del país, más auténtico y menos estrechamente vigilado que el gran hotel en el que solía instalarse a los visitantes extranjeros.

Gorki gozaba de un gran reconocimiento en la Rusia bolchevique. Sus cuentos y sus obras de teatro sobre los padecimientos de las clases sociales

más bajas durante la época de los zares, admirados internacionalmente, y las crónicas de su sufrimiento particular en aquellos tiempos lo habían convertido en el mascarón de proa literario de la Revolución, y él empleaba su posición, en detrimento de su propia obra creativa, para ayudar y proteger a escritores y artistas de todo tipo. Pese a sus problemas de salud —solo tenía un pulmón, tras un intento de suicidio que había llevado a cabo en su juventud—, dedicaba largas horas a trabajos de edición y publicación, organizando toda clase de asuntos y buscando trabajo y cobijo para mucha gente que, sin su ayuda, habría perecido en las caóticas condiciones de vida de la Rusia posrevolucionaria. Una de las ayudantes de Gorki era una joven que vivía en el apartamento de la Kronverski Prospekt y que se llamaba Moura Budberg. La conoció el mismo día de su llegada, y ya no pudo olvidarla. Ella entró en la desordenada oficina de Gorki, que estaba llena de pilas de libros y papeles, llevando unas pruebas de imprenta. Era alta y tenía los ojos negros y el pelo moreno y ondulado. El hecho de que llevara un impermeable militar británico sobre un harapiento vestido negro realzaba sus impactantes rasgos y la hacía parecer una personificación femenina de la Revolución: la Esperanza desafiando a la Privación.

—Esta es Moura —le dijo Gorki—. Moura, H. G. Wells.

Gorki añadió algo en ruso, y la joven le contestó y después le estrechó la mano al extranjero.

—Ya nos conocemos —dijo ella, para su sorpresa.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Sí, cuando vino usted con Maurice Baring en 1914.

Hablaba inglés con un acento ruso muy fuerte, pero también con seguridad y fluidez.

—Bueno, me avergüenza decir que no me acuerdo —dijo él, mirándola con atención y tratando de recordar cuándo había visto aquel rostro—, pero en ese viaje conocí una gran cantidad de gente.

Ella sonrió.

—No me sorprende. Yo llevaba un vestido largo de seda en esa ocasión, y un montón de joyas. Estábamos en una gran fiesta en la casa de mi padre, Ignaty Zakrevski, pero, cuando nos presentaron, le dijeron que me llamaba Marie von Benckendorf. Mi marido, el conde Ivan Benckendorf, era diplomático. Habíamos vuelto a San Petersburgo desde Berlín, donde él

trabajaba en la Embajada, durante un permiso.

—Ah, tengo un leve recuerdo —dijo él por cortesía, aunque aquellos nombres no le sonaban en absoluto.

Gorki observó esa conversación con una sonrisa cordial pero desconcertada bajo su poblado bigote y dijo algo en ruso.

—Gorki dice que yo debería ser su intérprete y guía oficial durante toda su visita —le explicó Moura.

—Me encantaría —contestó él—. Muchas gracias.

—Será un placer —dijo ella.

Gorki y él se pasaron uno o dos días manteniendo largas conversaciones, que podían resultar bastante tediosas debido a que necesitaban un intérprete y también, para ser sinceros, por su contenido, ya que Gorki estaba deseoso de proporcionarle a su invitado una visión positiva del estado bolchevique y de excusar de antemano las imperfecciones que él pudiera encontrar. Por ello, sus encuentros consistían en sermones del anfitrión más que en diálogos interactivos. Fue un alivio poder salir del apartamento y formarse su propia opinión con Moura como guía, algunas veces con Gip, pero casi siempre solo, porque unos jóvenes del entorno de Gorki tomaron a su hijo bajo su protección, lo cual resultaba más adecuado para que mejorara sus conocimientos del ruso. Moura lo acompañó a la Casa de la Ciencia y a la Casa de la Literatura y el Arte, al teatro Mariinski y a la Nevski Prospekt, a pasear por los diques del Neva, a la Catedral de San Isaac, que estaban convirtiendo en un Museo del Ateísmo, y a los tristemente abandonados Jardines de Verano, donde las hojas ya estaban cayendo sobre los descuidados senderos. Sin la compañía de Moura, se habría sentido deprimido y melancólico.

Petrogrado, como se llamaba ahora, era una ciudad desgastada por la guerra, una sombra del San Petersburgo que él recordaba de 1914. Prácticamente no había tiendas abiertas, porque no había nada que pudiera venderse salvo té, cigarrillos y cerillas (y, de un modo bastante conmovedor, flores cortadas). Las calles tenían un aspecto inexpresivo, cerrado, que hacía pensar en un domingo eterno en una ciudad inglesa de provincias. La comida estaba racionada por el Gobierno, pero lo que se podía conseguir apenas mantenía a la población por encima del nivel de la inanición. El sistema económico al completo —la manufactura, el crédito y el comercio— se había

detenido, y resultaba imposible reemplazar cualquier utensilio o producto básico. No podía adquirirse ropa nueva; el mismísimo Gorki tenía un solo traje, que llevaba todo el tiempo. Las calzadas estaban llenas de baches tan profundos como los cráteres que dejan las bombas, los desagües se habían desplomado y, en muchas calles, la gente había arrancado las aceras de madera para emplearlas como leña. Los tranvías eran gratuitos, pero iban completamente abarrotados y había numerosos accidentes, pues algunos pasajeros se caían al viajar agarrados de cualquier manera a la parte de fuera, probablemente debilitados por el hambre. Por la calle, la gente tenía un aspecto lúgubre, tal vez por la llegada del invierno, tal vez por la desnutrición, pero era más verosímil la idea de que todo el mundo estuviera preocupado, ya que el país se hallaba en un estado tan ruinoso que era difícil imaginar que pudiera recuperarse alguna vez. Cuando se lo dijo a Moura, ella pareció desanimarse mucho.

—¿Eso es lo que les vas a contar a los ingleses cuando vuelvas a tu casa?
—le preguntó.

A diferencia de los oficiales bolcheviques que conoció, Moura no era una ferviente propagandista de la Revolución, y de hecho rara vez hacía comentarios sobre política, pero él se dio cuenta de que si escribía un relato muy desfavorable sobre Rusia cuando volviera a casa, como había hecho Bertrand Russell para gran disgusto de sus anfitriones, le echarían al menos parte de la culpa a ella.

—Lo que les voy a decir a los ingleses es lo siguiente: en primer lugar, las ruinas que veo por todas partes no son, como les han contado casi todos los políticos y los periódicos de mi país, culpa del Gobierno bolchevique; son consecuencia del derrumbe total del zarismo, un régimen podrido, capitalista e imperialista, bajo el impacto de la guerra. Y, en segundo lugar, les diré que el Gobierno bolchevique, por el momento, ha logrado evitar que el país caiga en la anarquía absoluta, y que es el único gobierno posible para Rusia en el futuro próximo.

Moura mostró su aprobación asintiendo con la cabeza. Parecía satisfecha. Él había hablado con sinceridad, pero no había querido inquietarla señalando que los bolcheviques se veían gravemente limitados, ante el monumental esfuerzo de reconstrucción que debían realizar, por la lealtad doctrinaria que les profesaban a Marx y al marxismo. La revolución que había predicho Marx

tendría que haber comenzado en los países industrializados de Europa occidental, donde la clase trabajadora educada y urbana se componía de una masa crítica adecuada; pero había tenido lugar en Rusia, cuya población consistía mayoritariamente en un campesinado agrario, cuyas creencias en materia de religión se podían calificar de supersticiosas y que no tenía la capacidad para ejercer la dictadura del proletariado ni la voluntad de intentarlo. Los líderes bolcheviques que él conoció eran conscientes de aquella anomalía, lo cual los ponía bastante nerviosos, y de su posición aislada y vulnerable en el mapa político de Europa, e invariablemente le preguntaban cuándo iba a comenzar la revolución en Gran Bretaña. Cuando él les aseguraba que no había ninguna expectativa de que eso sucediera, siempre se mostraban incrédulos o abatidos. Al principio del viaje, Moura lo acompañó a una sesión del Sóviet de Petrogrado, donde lo habían invitado a hablar.

—¿Será usted quien traduzca mi discurso? —le preguntó él el día anterior.

—No, hay un intérprete oficial —dijo ella.

—¿Cómo puedo estar seguro de que traducirán correctamente mis palabras? —preguntó él, recordando que Bertrand Russell se había quejado de que su discurso ante esa misma asamblea había sido alterado al traducirse para que pareciera mucho más elogioso en relación con el estado de Rusia, y así lo había denunciado en los periódicos.

—Lo mejor que puede hacer es escribir su discurso y yo lo traduciré y se lo daré al intérprete para que lo lea —dijo ella, y eso fue lo que hizo, para consternación de este último.

Moura se había confabulado implícitamente con él para evitar que manipularan sus palabras, lo cual requería un valor considerable, dada su situación, y aquel episodio hizo que él se fijara aún más en ella. Durante sus caminatas, se enteró de algunas cosas de la vida de Moura, que era al mismo tiempo triste y dramática. Su marido había muerto —asesinado tras la Revolución, según le contó ella, por un campesino rencoroso en su finca de Estonia— y había tenido que vender su anillo de boda hacía mucho tiempo, con todas sus demás joyas, para poder comer. Su aristocrática familia había perdido toda su riqueza y sus propiedades, y sus parientes habían muerto, se habían desperdigado por el mundo o, como ella, se habían unido a la Revolución para sobrevivir. También le contó que tenía dos hijos en Estonia,

que habían quedado a cargo de alguien de confianza y a quienes ella tenía muchas ganas de ver, pero que le resultaba imposible salir de Rusia: en una ocasión había intentado hacerlo y como consecuencia se había pasado una temporada en la cárcel, tras lo cual había corrido un peligro considerable hasta que Gorki la había tomado bajo su protección.

Él hizo un breve viaje a Moscú con Gip, con el objetivo principal de conocer a Lenin, que le planteó la acostumbrada pregunta sobre la inminencia de la revolución en Gran Bretaña, aunque era demasiado inteligente y sofisticado como para mostrarse sorprendido o decepcionado al escuchar la respuesta. Lenin hablaba un inglés magnífico y, al conversar, era mucho más relajado y menos doctrinario de lo que él esperaba por los panfletos y discursos suyos que había leído. En cualquier caso, la entrevista no fue satisfactoria. No congeniaron: Lenin solo quería hablar sobre la electrificación de la Unión Soviética, su grandioso plan para modernizar el inmenso territorio de la Rusia soviética extendiendo sobre él una red de cables y torres de alta tensión, un proyecto ridículo e irrealizable en un futuro cercano teniendo en cuenta la capacidad industrial del país, y no mostró ningún interés por las ideas de su interlocutor, por su fe en el colectivismo global y en la implantación de un programa de educación masivo que impulsara a la humanidad hacia adelante y la acercara a la meta de su camino evolutivo.

Él, por su parte, se alegró de regresar a Petrogrado unos días antes de la fecha de su vuelta a Inglaterra. A Petrogrado y, más concretamente, junto a Moura, cuya compañía había echado intensamente de menos. Su enigmática sonrisa, sus ojos negros y brillantes sobre aquellas altas mejillas eslavas y las suaves curvas de su cuerpo, a las que se adhería el fino vestido negro, avivaban en él un deseo al que, de una manera intuitiva, sentía que ella correspondía. Lo atormentaba la idea de separarse de esa mujer fascinante sin haberle hecho el amor para, con toda probabilidad, no volver a verla nunca más. Hasta entonces, lo que lo había refrenado de intentar acercarse a ella era que pensaba que podía ser la amante de Gorki, pero no había detectado ninguna señal que le hiciera pensar tal cosa cuando los había visto juntos. Además, la concubina de Gorki, la actriz Maria Fiodorovna Andreieva, cuya presencia había generado tantos problemas en los Estados Unidos, se ocupaba con total serenidad del apartamento de Petrogrado y de sus invitados. Decidió

que sus escrúpulos eran tan infundados como innecesarios.

La última noche del viaje, se organizó un banquete de despedida consistente en cinco latas de sardinas y tres botes de pimientos rellenos, conseguidos gracias a algún turbio contacto de Gorki, junto con algunas botellas de vino y vodka. Después, en el relajado ambiente que generaron la comida y la bebida, cuando Gorki y «Andereievna» se hubieron retirado y Gip se hubo ido a dormir en la habitación que compartían, él comenzó a flirtear discretamente con Moura en un sofá situado en una esquina de la gran sala de estar, y luego, animado por la reacción de ella, fue dejando de lado la discreción. Las circunstancias eran propicias: habían cortado el suministro eléctrico —lo cual sucedía con frecuencia en Petrogrado— y la habitación estaba iluminada románticamente por la luz de las velas y de la chimenea. Los demás comensales continuaban emborrachándose con vodka, sentados en círculo en torno al fuego, charlando y, de vez en cuando, cantando alguna canción en ruso.

—¿Se acuesta usted con Maxim, Moura?

Ella abrió mucho los ojos y soltó una carcajada.

—Por supuesto que no, Aigee —murmuró—. Él duerme con Andereievna y yo duermo en la otomana que hay en el cuarto de Molécula.

«Molécula» era el apodo de una joven estudiante de Medicina que Gorki había tomado bajo su protección.

—Pero Molécula no está aquí esta noche —señaló él.

—No, se ha ido con su amigo Tatlin, el artista —dijo Moura.

—Así que hoy usted podrá dormir en una cama de verdad —dijo él.

—Sí —dijo ella.

—Y estará sola.

—Sí —dijo ella, mirándolo a los ojos y sonriendo.

Se habían entendido.

Unas horas más tarde, cuando estuvo seguro de que todo el mundo, incluido Gip, estaba dormido, salió de su habitación y, descalzo, avanzó a tientas por los pasillos oscuros hacia la de Moura. Por si lo interceptaban, se había preparado una historia: que se había perdido yendo al baño. De todos modos, el corazón le latía con fuerza, pues resultaría difícil que alguien se la creyera y las consecuencias serían profundamente embarazosas. El riesgo que

asumía, sin embargo, incrementó el éxtasis que alcanzó cuando al fin se encontró a salvo en la habitación de Moura. Ella tenía la piel más suave que él hubiera acariciado jamás. Murmuró palabras y frases en ruso, incomprensibles pero excitantes, cuando llegó al clímax y él liberó la simiente acumulada tras tres semanas de abstinencia en un preservativo que prudentemente se había llevado de Inglaterra.

No se sintió culpable por serle infiel a Rebecca. En su mente y en su recuerdo, durante el viaje de regreso a Inglaterra, aquel acto de amor en el dormitorio oscuro de Moura (apenas había visto vagamente cómo era ella desnuda), en el centro de la ciudad, de ese Petrogrado oscuro y en ruinas, no pertenecía al conocido mundo del adulterio ordinario, de habitaciones de hotel y *cabinets particuliers* con lámparas con pantallas rosas y lujosos muebles tapizados, sino a un ámbito exótico, aventurero, casi imaginario, donde las restricciones de los lazos domésticos y las lealtades familiares quedaban suspendidas. Tal vez por este motivo, cuando volvió a ver a Rebecca, poco después de su regreso, en el apartamento de Queen's Gate, en Kensington, donde ella se había mudado tras la guerra, y le hizo un relato de su viaje, de un modo un tanto irreflexivo no ocultó ni minimizó el papel que había representado Moura como intérprete y guía, sino que, por el contrario, describió sus talentos con tal entusiasmo y mostró tal conocimiento de su llamativa vida que despertó las sospechas de Rebecca.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó esta abruptamente.

—Sí —contestó él, dejándose llevar por un estúpido impulso de sinceridad. Entonces vio que ella palidecía, y después se ruborizaba, debido a la impresión y al enfado, y le dijo—: Solo una vez. —Y añadió estúpidamente —: La última noche.

Hubo ríos de lágrimas y una pelea tremenda, que terminó con Rebecca afirmando que tenía la intención de buscarse un amante joven y guapo lo antes posible.

—Y no me va a costar nada encontrar uno.

—No digas eso, Pantera —le dijo él—. No podría soportarlo.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Ojo por ojo.

—Para un hombre es mucho peor —dijo él.

—¡Ja! —gritó ella, dirigiéndose al techo—. ¿Estoy oyendo hablar al gran

crítico del doble rasero? —Y después, mirándolo con un odio feroz, añadió —: ¿Por qué no te vas a casa con tu esposa frígida y le cuentas a ella todo lo de Moura? A ella no le importará.

Entonces Rebecca se metió en su dormitorio y cerró la puerta con llave, y él se marchó del apartamento.

En cuanto llegó a su casa, le escribió una carta, suplicándole que no cumpliera su amenaza: «Te quiero y quiero conservarte a toda costa, pero sé que, por mucho que lo intente, no seré capaz de soportar una infidelidad tuya. Ahora tengo un miedo terrible a perderte. Sería un desastre para los dos. Me quedaría sin lo más importante que hay en mi vida. Y no creo que en la tuya sobreviviera casi nada». Como ella no le contestó de inmediato, le envió más cartas, decoradas con dibujos de jaguares desconsolados contemplando tristemente las espaldas de panteras rencorosas. «Me siento solo y abatido, de una forma casi insoportable —le escribió—. He trabajado mucho y bien. El *Esquema de la historia* va a cambiar la Historia. Pero eso no alivia nada mi desgracia. Las autoalabanzas, aunque estén justificadas, no proporcionan la felicidad. Rusia me resultó muy estimulante. Ahora estoy deprimido. Solo. Cansado. Quiero un pecho y un cuerpo cálidos. Quiero amor. Quiero un amor que pueda tocar y sentir. Y no merezco amor. Te he molestado y amedrentado. No he mantenido la fe. Probablemente tú seas la única persona que puede darme amor y hacerme amar de verdad. No creo que vayamos a vernos en abril. Si no nos vemos entonces, querré morir.» Este último deseo era una exageración, pero a comienzos del nuevo año él iba a emprender un largo viaje por los Estados Unidos, dando conferencias, y ella estaba a punto de irse a Capri a visitar a una amiga, por lo que él ardía en deseos de reconciliarse antes de que empezara aquella larga separación. Al final, Rebecca se rindió ante su asedio epistolar e hicieron las paces, sellando la reconciliación a la manera habitual.

Rebecca se fue a Capri en noviembre, dejando a Anthony al cuidado de un internado, pero él se puso enfermo y tuvo que cancelar su gira americana. Después la amiga de Rebecca también enfermó y ella se vio obligada a quedarse en Capri durante unas semanas que se convirtieron en meses, para cuidarla, o al menos eso es lo que le dijo a él en una carta. El gusano de los celos había penetrado en su relación desde que Rebecca lo amenazó con vengarse por su infidelidad, y él se preguntaba si el joven novelista Compton

Mackenzie, que vivía en Capri y del que ella le había contado que se había mostrado muy amable, no formaría parte de los atractivos de la isla. Le propuso ir a verla a Italia a finales de enero, lo cual sería muy bueno para su salud, y así ambos podrían dedicarse a escribir bajo el suave sol del invierno meridional. Se encontraron en Amalfi y ocuparon habitaciones contiguas en el Hotel Cappucini. La «señorita West» se hacía pasar por su secretaria y acompañante, y todo iba bien hasta que uno de los huéspedes, un comandante inglés retirado, lo reconoció y montó una desagradable escena una noche en que estaba bebido, quejándose de las «parejas adúlteras» que corrompían el ambiente moral del establecimiento. Al cabo de no mucho tiempo, apareció en el hotel otro inglés, un conocido de él, y pronto todos los huéspedes conocían sus identidades. La sensación de ser objeto de aquella curiosidad morbosa lo volvió irritable y propenso a montar escenas, cosa que Rebecca le señaló quejándose amargamente.

—Incluso cuando la gente es simpática con nosotros, los desairas de alguna forma y me haces sentir fatal —le dijo después de que él se portara mal con unos inofensivos hermanos de Croydon, un chico y una chica que los habían acompañado en una excursión a Paestum.

Tras pasar un mes en Amalfi, se marcharon con rumbo a Roma y a Florencia, todavía riñendo entre sus encuentros amorosos y criticándose con dureza cuando, como era su costumbre, se mostraban sus respectivas obras en proceso de escritura.

Rebecca había obtenido un merecido éxito en 1918 con su primera novela, *El regreso del soldado*, un relato breve y exquisitamente escrito sobre un soldado que perdía la memoria a consecuencia de una herida de guerra y que, gracias a eso, recuperaba la felicidad al volver junto a su primer amor, aunque luego la abandonaba cuando, tras la intervención de su amargada esposa, recobraba la memoria y era enviado al frente, donde probablemente lo esperara la muerte. El libro apareció en el momento oportuno, recibió numerosos elogios y vendió muy bien, pero ahora Rebecca estaba tratando de avanzar con su segunda novela, una obra oscura y compleja llamada *El juez*, mientras él se dedicaba a escribir una novela peligrosamente confesional titulada *Los rincones secretos del corazón*. El protagonista, sir Richmond Hardy, un experto mundial en combustible, sufría una crisis nerviosa debido al exceso de trabajo y a la frustración por no poder, pese a sus esfuerzos,

establecer un control internacional del petróleo y del carbón, y buscaba la ayuda de un psiquiatra, que aceptaba realizar la terapia mientras lo acompañaba a hacer un viaje en coche por el sudoeste de Inglaterra. El historial sexual de Hardy se parecía bastante al suyo propio: era una mezcla de promiscuidad ligera y un anhelo insatisfecho por encontrar la pareja perfecta. En el momento de la acción, Hardy tenía una amante llamada Martin Leeds que no satisfacía sus ideales, lo cual le resultaba irritante. Durante el viaje en coche, Hardy conocía a una encantadora joven estadounidense de la cual se enamoraba y con quien mantenía profundas conversaciones sobre el sentido de la vida y su misión para salvar el mundo gestionando el combustible de un modo razonable. En la última parte de la novela, sienten la tentación de tener una aventura, pero renuncian por motivos elevados. Hardy muere poco después y Martin hace una tardía aparición en el libro, lamentándose por no haber apreciado todos sus méritos cuando aún estaba vivo. Empleó una fuente autobiográfica para construir el personaje de la chica norteamericana: Margaret Sanger, la polémica líder del movimiento por el control de la natalidad en los Estados Unidos. Mucho tiempo atrás, él había firmado un documento de protesta por la persecución que la justicia de ese país había emprendido contra ella por distribuir información sobre anticonceptivos, ambos se habían carteadado y finalmente la había conocido en el verano de 1920, durante un viaje que ella había hecho a Inglaterra. A él le pareció sumamente atractiva y sintió que no sería difícil tener una aventura con ella, pero debido a la falta de tiempo y a la complejidad de las circunstancias, además de a sus escrúpulos, no hizo caso a aquella intuición. Rebecca no había conocido a Margaret Sanger, pero también se había escrito con ella, a sugerencia de él, para pedirle consejo sobre los últimos métodos anticonceptivos femeninos, y era consciente de la admiración que sentía su amante por la activista americana. Él sabía que Rebecca detectaría esta historia personal en las partes de la novela que le enseñó, y esperaba que ella infiriera, y de algún modo agradeciera, que su relación con Margaret había sido completamente casta. Sin embargo, a ella no le gustó su propio papel en el relato; se pasaba la mayor parte del tiempo fuera del escenario. Afirmó que «Martin Leeds» era el nombre de personaje femenino más inverosímil de la historia de la literatura, y se rio en voz alta, con muy poco tacto, mientras leía capítulos en los que él no recordaba haber incluido ninguna broma. Él se vengó criticando la estructura de *El juez*, que comenzaba con una situación

dramática estupenda —un juez recoge a una prostituta a cuyo marido condenó a muerte diez años atrás y la mujer planea desquitarse matándolo— y a partir de ahí iba retrocediendo hacia el pasado.

—La escritura es excelente, Pantera, llena de un vívido color local, pero nos tienes impacientes, esperando el regreso a la escena inicial para descubrir qué pasa después. ¿Qué pasa?

—Todavía no lo he decidido —dijo Rebecca de mal humor.

—Por eso no dejas de ir hacia el pasado —dijo él.

Cuando volvieron a Inglaterra, consciente de que no había sido el compañero de viaje ideal, le escribió una carta agradeciéndole los «dos meses y medio de felicidad casi ininterrumpida», y ella le contestó agriamente que ojalá hubiera expresado su gratitud en el momento, ya que no había sido nada evidente, teniendo en cuenta su actitud.

* * *

—Aquí hay una pauta que se repite, ¿no? Siempre estabas tratando de convencerla de que se liberara de los lazos domésticos y familiares, que se fuera contigo de viaje, los dos solos, pero, cuando ella lograba hacerlo, te comportabas de una manera deplorable. Ocurrió lo mismo un año más tarde, aunque entonces estuviste todavía peor. Fuiste a los Estados Unidos para informar sobre la Conferencia de Paz de Washington, tuviste una aventura con Margaret Sanger, viajaste por el país disfrutando de la adoración de la gente y cogiste el barco de regreso para encontrarte con Rebecca en Gibraltar, con el objetivo de pasar unas vacaciones en España. Pero convertiste esas vacaciones en un infierno para ella. En cuanto os subisteis al María Cristina en Algeciras, empezaste a mangonear a todo el mundo. La pobre pasó un bochorno terrible.

—No me encontraba bien. Estaba agotado de tanto viaje y me dolía la garganta.

—Le ordenaste al director del hotel que llamara al almirante de la flota de Gibraltar para que te atendiera un médico de la armada. «Solo dígame que el enfermo es H. G. Wells», le ordenaste. «Enviaré a alguien al instante».

—Eso fue un poco presuntuoso, lo reconozco. Pero el médico jubilado

inglés que habían encontrado en las laderas de las montañas de Algeciras era un matasanos espantoso. Lo único que se le ocurrió prescribirme para el dolor de garganta fue que hiciera gárgaras.

—Quizá bastara con hacer gárgaras para que se te pasase. Cuando fuisteis a Sevilla, trataste a Rebecca de una forma tan grosera en público que el capellán inglés que había allí se la llevó aparte y le preguntó si no quería que telegraficara a sus padres para que fueran a buscarla. En Granada, te fuiste en mitad de una fiesta con bailarines y poetas que había organizado en tu honor Manuel de Falla. Cuando pasasteis por París, de camino a casa, no la dejaste ir contigo a visitar a Anatole France porque, según le dijiste, no estaba lo bastante guapa.

—Eso es lo que dijo ella. Quizá le dijera que no estaba lo bastante elegante. Acabábamos de llegar a París, y tenía la ropa arrugada y el pelo despeinado.

—Es un comentario insultante, de todos modos.

—Ella también me decía cosas desagradables. Me dijo que me estaba saliendo panza.

—¡Y era verdad! No puedes negar que en ese viaje te comportaste de una manera abominable.

—Estuve un poco raro durante esos años. Sufrí una especie de crisis nerviosa prolongada, como sir Richmond Hardy. Tenía mucho éxito (decían que era «el escritor más famoso del mundo»), pero me sentía insatisfecho. Los elogios que recibía no eran los que yo deseaba, ni me los decía la gente que yo quería que me elogiara. Eso me hizo volverme arrogante e irritable, y era consciente de ello, pero en algunos momentos no podía controlarme.

—¿Por qué demonios te aguantaba Rebecca? Una y otra vez teníais peleas terribles, una y otra vez ella decía que estaba harta y una y otra vez tú conseguías que te perdonara y meterte de nuevo en su cama.

—No siempre me comportaba como esa vez en España, e incluso entonces tuvimos algunos intervalos felices; hubo días en los que nos llevamos muy bien y disfrutamos mucho. Los dos éramos personas excepcionales y lo sabíamos. Nos interesaban las mismas cosas, nos estimulábamos el uno al otro intelectual y creativamente, además de en el plano erótico. Parecíamos destinados a ser amantes. Pero sí, viéndolo en retrospectiva, resulta sorprendente que estuviéramos tanto tiempo juntos, porque teníamos

temperamentos incompatibles. La sensibilidad de Rebecca era esencialmente trágica. Jane tenía razón: no había tomado su nombre de ese personaje de Ibsen por casualidad. Toda la vida le gustó representar el papel de la heroína trágica, con lágrimas, ataques de histeria, gestos melodramáticos... Yo la detestaba cuando se ponía así. Mi temperamento es esencialmente cómico; lo que quiero es disfrutar de la vida. Me gustan las celebraciones, las fiestas y los finales felices, me gustan el sexo y los juegos, y, cuando las cosas se ponen de verdad mal en mi vida (no me refiero a cosas como un dolor de garganta, sino a los auténticos desastres), intento no permitir que la gente se dé cuenta.

—**Y, entonces, ¿por qué duró tanto esa relación?**

—Principalmente porque Rebecca mantenía la esperanza de que me divorciaría de Jane y me casaría con ella. Por eso aguantaba mis cambios de humor y quería que nos reconciliáramos después de cada pelea. Y yo tenía una actitud similar. Más de una vez le escribí diciéndole que pensaba que lo mejor para nuestra salud mental sería separarnos, pero ella nunca me contestó diciendo inequívocamente: «Sí, estoy de acuerdo, separémonos».

—**Quizá eso fuera porque las cartas que tú le escribías nunca fueron inequívocas. Estaban llenas de recuerdos nostálgicos de épocas felices, y en ellas admitías tus errores y expresabas tu admiración eterna hacia ella. Parecían más cartas de amor que cartas de ruptura. No es de extrañar que ella dudara cuando le proponías que os separarais; no estaba claro si debía tomarte la palabra.**

—Ella dudaba porque todavía tenía esperanzas de casarse conmigo. En realidad, no creía que yo no fuera a divorciarme de Jane. En mi opinión, al principio teníamos una relación potencialmente perfecta: Jane se ocuparía de mi hogar, organizaría mi vida profesional y sería la anfitriona perfecta en las reuniones que tanto disfrutábamos ambos; Rebecca sería mi amante, mi compañera de aventuras artísticas, mi alma gemela. Pero ella no se sentía satisfecha con solo ese papel; quería los dos papeles, y pensaba que Anthony le daba una especie de derecho a ambos. Él encarnaba las reclamaciones que me hacía Rebecca, y también era un constante motivo de discordia entre nosotros, incluso después de separarnos. Nos peleábamos sobre cuánto debía contribuir yo a su educación, sobre si podía adoptarlo y (cuando ella rechazó categóricamente esa posibilidad) sobre cuánto podía verlo. Me temo que Anthony tuvo una infancia bastante difícil. Cuando era muy joven, pensaba que

su madre era su tía y que yo era su tío, y después Rebecca le contó que era su madre, pero que debía seguir llamándola «tía», y más adelante, años más tarde, le contó que su tío en realidad era su padre.

—Parece una pesadilla freudiana. Rebecca y tú no podríais haber hecho nada para volverlo más neurótico ni aunque lo hubierais intentado.

—Admito que, en cierta medida, soy responsable de que saliera tan inútil. Pero él casi nunca me reprochó nada. Siempre me idolatró y culpó a Rebecca por su educación, lo cual es injusto e hizo que ella estuviera resentida conmigo durante mucho tiempo. Teníamos una relación triangular que se había convertido en un lío terrible; éramos una familia infame. Habría sido mejor para Anthony que lo hubiera adoptado una pareja cariñosa y responsable, como yo propuse en su momento, o que Rebecca y yo nos hubiéramos separado mucho antes.

Y la separación nunca supuso una ruptura limpia y definitiva. Resultaba imposible señalar una carta concreta o recordar una conversación concreta y decir: «Aquí se produjo la separación. Esta es una declaración de intenciones irrevocable». Ni siquiera la aventura de él con Hedwig Verena Gatternigg tuvo ese efecto.

Esta joven procedente de Austria tenía treinta y pocos años y estaba casada con un oficial de un navío que se dedicaba a patrullar el Danubio y que pertenecía a la reducida marina austríaca de la posguerra. Había llegado a Londres durante el otoño de 1922 con una carta de presentación de su madre, a quien él conocía vagamente, y se presentó en el apartamento de Whitehall Court, que era su base de operaciones londinense en aquella época, para proponerle traducir un libro suyo, o quizá más, al alemán. En esa ocasión, Jane estaba con él e invitaron a merendar a Frau Gatternigg. Era guapa. Tenía los ojos castaños, largas pestañas, una melena abundante y lustrosa y una figura elegante, pero también una mano paralizada que le proporcionaba cierto patetismo y contribuyó a que él se mostrara empático ante su petición. Hablaba un inglés excelente. Como ella estaba interesada en la educación, le sugirió que tradujera *La historia de un gran maestro de escuela*, un libro que estaba escribiendo sobre Sanderson, el ya mencionado director de Oundle, que había muerto repentina y trágicamente de un ataque al corazón aquel mismo año mientras daba una conferencia en la que él presidía la mesa de ponentes. Le

dio una copia en papel carbón de los capítulos que Jane ya había mecanografiado y ella regresó al cabo de unos días para preguntarle algunas cosas sobre el texto. La siguiente vez que se presentó en el apartamento, fue sin haber fijado una cita antes. Jane había vuelto a Easton y Hedwig Verena dejó muy claro que esperaba de él algo más que los derechos de traducción al alemán. «Te deseo», le dijo, demostrando que había leído *Ann Veronica* con mucha atención.

No estaba en su naturaleza rechazar las propuestas directas de las mujeres cuando se encontraba frente a ellas. Las que recibía de vez en cuando por correo eran otra cosa muy distinta, y últimamente casi nunca contestaba a las desconocidas. Hacía muy poco que había declinado una de una escritora llamada Odette Keun, cuyo libro *Sous Lénine, mis aventuras en la Rusia bolchevique* él había reseñado favorablemente cuando se tradujo del francés y se publicó en Inglaterra. Ella le había agradecido la reseña con mucha efusividad y se había declarado admiradora devota de su obra, contándole que le había dedicado un libro anterior sin que él se enterara. También le había dicho que se encontraba en un punto muerto, sin nada que hacer ni por lo que vivir, y le había pedido que fuera a París y le diera dos o tres días para hacerlo feliz. Por muy interesante que sonara aquella oferta, la prudencia recomendaba no aceptarla por varias razones. Él le contestó que ya tenía una amante a quien no podía serle infiel, y ella aceptó con resignación esta virtuosa excusa. Pero la de Frau Gatternigg, que se había presentado en persona ante él, era una propuesta distinta, y él pensó que, si la rechazaba, ella probablemente lo atribuiría a su mano paralizada y se sentiría herida, de modo que respondió con gallardía. De hecho, cuando ella se desnudó en su dormitorio, tuvo la impresión de que su extremidad deforme le resultaba fascinante de una manera novedosa y ligeramente perversa, de modo que estuvo particularmente vigoroso. Ella, por su parte, se mostró apasionada y muy agradecida, y, si él no la hubiera vuelto a ver, solo habría guardado un recuerdo agradable de aquel encuentro, en el que casi podía considerarse que había hecho una buena acción.

Por desgracia, ella comenzó a acosarlo con cartas de amor y solicitudes urgentes de encontrarse de nuevo, algunas de las cuales, en momentos de debilidad, satisfizo. Una vez, ella lo engatusó diciéndole que estaba cerca de Easton, invitada en la casa de una pareja de amigos que admiraban mucho su

obra y a los que les encantaría conocerlo. Cuando él mordió el cebo, cogió el coche y se presentó en la casa, le abrió la puerta Hedwig Verena. Llevaba puesta una vaporosa bata de andar por casa y poco más, y lo condujo inmediatamente a un dormitorio del piso de arriba mientras le explicaba que sus amigos habían salido y le habían pedido que cuidara la casa. Él se sentía muy incómodo en esa aventura, si se puede llamar así, pero no fue capaz de ponerle punto final discretamente hasta que ella acabó regresando a Austria para gran alivio de él.

Pero recibió una desagradable sorpresa cuando ella lo llamó por teléfono en junio del año siguiente, un día en que hacía un calor terrible y él se encontraba solo en el apartamento de Whitehall Court.

—He vuelto, H. G. —le dijo—. ¿Cuándo podemos vernos?

—No podemos, Hedwig —contestó él—. Lo siento, pero estoy muy ocupado y lo voy a estar durante una buena temporada.

Hedwig Verena no se dejó disuadir tan fácilmente y se presentó un rato después en el apartamento. Fingió que tenía una cita ante la doncella que le abrió la puerta y logró que la hicieran pasar a su estudio. Cuando intentó abrazarlo, él dio un paso atrás y levantó la mano.

—No, Hedwig.

—¡Pero yo te quiero! —exclamó ella.

—Lo siento —dijo él—. Yo no te quiero, nunca te he querido y nunca te he dicho que te quisiera. Tuvimos una *passade* muy agradable el año pasado, pero ya está.

Entonces ella se sentó, aunque él no la había invitado a hacerlo, y dijo con mal tono:

—Eres muy cruel, H. G. Eres muy frío. Es por Rebecca West, ¿no?

—¿Qué sabes tú de Rebecca West? —le preguntó él muy enfadado.

—Lo que sabe todo Londres, que eres su amante —dijo ella, sonriendo con malicia. Él tuvo la sensación de que su mano paralizada ahora le daba un siniestro aspecto de bruja. Ella añadió—: Quizá le cuente que el año pasado fuimos amantes.

—¿Estás tratando de chantajearme? —dijo él, irguiéndose, amenazante, junto a ella, cada vez más enfadado.

—No, no, claro que no. Nunca lo haría. Te estoy bromeando —dijo ella,

cometiendo un error gramatical, cosa rara en ella—. Pero me gustaría conocerla y hablar con ella sobre libros e ideas. Tal vez pudiera entrevistarla. Dame una carta de presentación y te prometo no mencionarle que tuvimos lo que tú llamas una *passade*.

Al final le pareció que era la única manera de librarse de ella, así que garrapateó una breve nota de presentación para Rebecca y envió a Hedwig a Queen's Gate. En cuanto ella salió, él le dio instrucciones a la doncella para que no volviera a dejarla entrar en el caso de que regresara. Más tarde se enteró de que Rebecca había recibido a la visitante con gran perplejidad, y de que su doncella se había quedado tan preocupada por el aspecto de esta que había salido a la calle para comprobar que había un agente de policía en su puesto, en la esquina, por si hacía falta recurrir a él. Hedwig estuvo parloteando de un modo bastante extraño; elogió con extravagancia los libros de Rebecca, la invitó a visitarla en su apartamento de Viena y le contó con todo detalle un desgraciado romance que había tenido allí con un diplomático inglés, gesticulando todo el tiempo de una forma tan exagerada que acabó dándole un golpe a un costurero, que cayó al suelo y se rompió. Pero mantuvo su promesa de no revelar la relación íntima que había tenido con él, y Rebecca, tras sufrir un ferviente abrazo, logró deshacerse de ella.

Aquella noche él se encontraba en su vestidor, cambiándose para ir a cenar con lord Montagu, el secretario de Estado para la India, y preguntándose cómo iba a aguantar una camisa almidonada y un esmoquin durante toda la velada con el calor sofocante que hacía, cuando oyó que habían dejado pasar a alguien a su estudio. Era Hedwig. Por desgracia, la doncella tenía la noche libre y no le había pasado sus instrucciones a la sustituta, de modo que Hedwig había conseguido entrar en el apartamento. Cuando él llegó al estudio, ella estaba en el centro de la habitación, de cara a la puerta, y llevaba un impermeable puesto. Él apenas había tenido tiempo para pensar que era una prenda muy extraña para un día de tanto calor cuando ella se lo abrió, mostrando que estaba desnuda salvo por unas medias, un ligero y unos zapatos de tacón alto.

—¡Tienes que amarme o me mataré! —gritó ella—. Tengo veneno. Tengo una navaja de afeitar.

Él se dio cuenta inmediatamente de que era urgente conseguir no solo ayuda, sino también algún testigo que presenciara la enloquecida conducta de

ella. Fue hasta la puerta y le gritó a la doncella que llamara al portero del edificio, pero, cuando se volvió hacia Hedwig, esta ya se había zafado del impermeable y se había cortado las muñecas y las axilas con una navaja tremenda.

Por suerte, no se cortó ninguna arteria, pero sangraba profusamente cuando él le quitó la navaja, la sentó en un sillón y la cubrió con el impermeable tras comprobar que no llevaba un vial de veneno en los bolsillos.

—Déjame morir, déjame morir —declamaba, y cuando llegaron más personas, añadió—: Lo amo, lo amo.

El portero, un antiguo sargento mayor del ejército, resultó ser un modelo de serenidad y eficacia a la hora de llamar a la policía y a una ambulancia, que se llevó rápidamente a Hedwig al Hospital de Westminster; a su debido momento le comunicaron que la paciente se encontraba fuera de peligro. Esto supuso un inmenso alivio para él: si Hedwig hubiera logrado suicidarse, habría sido el fin. Habría tenido lugar una investigación y el escándalo público habría alcanzado tales dimensiones que lo de Amber Reeves, en comparación, habría parecido una nimiedad. En cualquier caso, él sabía muy bien que la prensa podía convertir aquel incidente en algo muy dañino, si así lo deseaba, y Hayes, su abogado, al que llamó inmediatamente por teléfono, estuvo de acuerdo.

—Debemos tratar de convencer a tus amigos de la Asociación de Proprietarios de Periódicos para que oculten la historia todo lo posible —dijo—. Pero me temo que no vamos a poder evitar que algo salga en la prensa mañana.

Y así fue. Los policías y los enfermeros de la ambulancia parecían empáticos y discretos, pero un reportero del *Star*, un periódico popular vespertino, se enteró de la historia a la mañana siguiente, quizá a través del hospital, y, tras haber confirmado, por medio de la casera de Hedwig Verena, que esta había ido a visitar a Rebecca West antes del incidente, se presentó en Queen's Gate acompañado por un fotógrafo y le preguntó a Rebecca si tenía algo que comentar y si podían sacarle una foto con Anthony. Ella les cerró la puerta en las narices y lo llamó a él, presa del pánico, para preguntarle qué había ocurrido.

—¡Dios mío...! ¿Y qué les digo? —exclamó cuando él se lo hubo explicado.

—Nada. Mándalos a hablar conmigo —le dijo él, sabiendo que los periodistas no se quedarían satisfechos hasta que tuvieran algo que publicar.

Cuando llegaron, hizo una declaración breve y solemne:

—Es cierto que una joven entró en mi apartamento sin que nadie la hubiera invitado y que me amenazó con suicidarse, y de hecho intentó hacerlo mientras yo buscaba ayuda. Por suerte, no lo consiguió; se hizo unas heridas leves y se encuentra en el hospital, donde la están atendiendo. No quisiera que se hable sobre este asunto y no pienso contribuir a los rumores.

Llamó a Rebecca y quedó con ella en Kensington Gardens esa tarde para comentar la situación. Ella no se había enfadado con él por mandarle a su casa a Frau Gatternigg, como había temido, pero tampoco tenía ni idea de la relación que él había mantenido con aquella mujer; por lo que Rebecca sabía, la irrupción de Hedwig en el piso de él y su enloquecida conducta eran algo completamente inesperado.

—Siento que te hayan arrastrado a esto, Pantera —dijo él—. Esta tarde saldrá algo en el *Star*. Hayes dice que lo mejor que podemos hacer es salir a cenar fuera, a un sitio donde nos vea todo el mundo, y luego ir al teatro, comportándonos como si no hubiera pasado nada grave y no estuviéramos afectados en absoluto.

Aquella noche, llevaron a cabo la representación —realizando una actuación bastante buena, en su opinión— en el Ivy, y después en el teatro Wyndham's, sabiendo que la edición nocturna del *Star* ya estaba en la calle con un relato largo y bastante certero del incidente. «Una mujer intenta suicidarse en el apartamento de H. G. Wells», decía el titular. En el artículo se mencionaba que dicha persona había «estado en el hogar de una conocida novelista que vivía en Kensington y se había comportado de una manera extraña» el mismo día.

La historia apareció en algunos otros periódicos a la mañana siguiente, pero sin más detalles; se mostraron compasivos y no se pusieron a investigar. Él bendijo su buena relación con Beaverbrook y Rothermere, que le habían prometido ayudarlo cuando había acudido a ellos y que les dieron la consigna a los directores de sus periódicos de que «H. G. Wells no es noticia durante las dos próximas semanas». Hedwig, tras recibir la advertencia de que podía ser juzgada por intento de suicidio, regresó a Austria lo más rápido posible. El plazo de silencio impuesto por Beaverbrook y Rothermere resultó sumamente

útil y, antes de que este concluyera, la historia, en términos periodísticos, ya estaba muerta.

—**Tuviste mucha suerte.**

—Desde luego. Eso sí, Hedwig en realidad no tenía la intención de suicidarse. Tenía cierta práctica en cortarse sin hacerse demasiado daño. Un tiempo después, descubrí que ya había empleado ese mismo truco con anterioridad, en Austria, cuando la había rechazado un amante.

—**Tu relato de aquel episodio en la «Posdata» a tu autobiografía es muy confuso en lo que respecta al papel que desempeñó Rebecca. Ahí dices que, cuando quedaste con ella en Kensington Gardens, descubriste que Hedwig, «simulando ser una admiradora de su obra y una potencial entrevistadora, había visitado a Rebecca el día anterior, supongo que con la idea de crear una relación triangular», como si tú no tuvieras nada que ver con todo eso.**

—No me pareció que fuera relevante.

—**¡Era muy relevante! El hecho de que Rebecca estuviera implicada era lo que hacía que la historia pudiera llegar a resultar tan impactante. No se trataba solo de un famoso escritor y una admiradora perturbada; como tú dices, se convirtió en un triángulo, formado por el famoso escritor, su amante y una rival celosa de la amante. Y fue todo culpa tuya.**

—Sí, es cierto.

—**¿Por qué demonios mandaste a aquella mujer a Queen's Gate? Podría haber pasado cualquier cosa. Podría haber atacado a Rebecca.**

—La verdad es que no lo sé. Estaba desesperado por librarme de ella, y ese día en Londres hacía un calor terrible. Treinta y tres grados. A veces pienso que el calor me afectó hasta perturbarme tanto como Hedwig. Por supuesto, yo todavía no sabía lo peligrosa que podía llegar a ser, pero sin duda lo de mandarla a ver a Rebecca fue una cosa de lo más irracional. Cuando me puse a escribir sobre el episodio, la verdad es que no fui capaz de explicarlo, así que lo dejé fuera del libro.

—**En otras palabras, ¿incluso en el contexto de esas confesiones supuestamente sinceras te sentías demasiado abochornado como para admitir que habías hecho una tontería?**

—Sí, supongo que sí.

—Más adelante, Rebecca le contó a alguna gente que el episodio de Hedwig fue lo que al fin la convenció de que eras totalmente egoísta, de que en realidad no la querías y de que tendría que romper contigo.

—Eso no es verdad, o es solo una verdad a medias. Era egoísta, pero sí que la quería. Y, de todas maneras, no rompió conmigo inmediatamente.

—No, se marchó a Marienbad con una amiga a disfrutar de una cura de reposo y tú fuiste detrás de ella y estuviste pesadísimo, como de costumbre.

—Así es. La cuerda que nos mantenía unidos se estaba deshilachando, pero todavía no estaba rota. Después de aquello, pasamos unas breves vacaciones en Swanage con Anthony. Lo hicimos por su bien, y fuimos bastante felices juntos durante unos días, hasta que ella volvió a sacar el tema de mi posible divorcio de Jane. Yo le dije que no tenía la intención de divorciarme, así que volvimos a reñir sobre la pensión que yo le pasaba. Quería que le diera 3 000 libras al año, pero lo que hice fue entregarle una gran suma de dinero y decirle que me ocuparía de los gastos escolares de Anthony. Ella estaba pensando en empezar una nueva vida con Anthony en los Estados Unidos, donde tenía buenos contactos en el mundo del periodismo, y durante el otoño del 23 realizó una larga gira americana, dando conferencias y tratando de evaluar las posibilidades que tenía de instalarse allí. Se quedó hasta la primavera del año siguiente y al final decidió que no quería emigrar, pero, por la poca frecuencia con que me escribía y el tono de sus cartas, estaba claro que no iba a volver conmigo cuando regresara a Inglaterra. Y sin embargo...

—¿Y sin embargo?

—No nos resultaba fácil, a ninguno de los dos, escribir la palabra *Finis* debajo de nuestra historia. El mundo estaba lleno de hombres con los que ella no podía hablar como hablaba conmigo, y de mujeres que a mí solo me interesaban para una cosa breve y simple. Me fui a Lisboa, donde los Galsworthy estaban pasando el invierno, y conocí a una joven pelirroja muy agradable que había enviudado hacía poco y estaba tan necesitada de consuelo como yo, pero fue solo una *passade*. Rebecca, según me enteré más tarde, tuvo experiencias similares en los Estados Unidos, todas efímeras y algunas preocupantes y perturbadoras. Cuando volvimos a Londres en primavera, los dos pensábamos mucho en el otro y nos veíamos ocasionalmente. Una vez nos

encontramos por casualidad en el teatro, y quedamos en un par de ocasiones. Incluso volvimos a hacer el amor, pero todo había cambiado, ya no podíamos recuperar la complicidad que había habido entre Pantera y Jaguar. Nos habíamos hecho demasiado daño. En septiembre, Rebecca se marchó a Austria con Anthony y algunos amigos, y yo decidí que haría un viaje alrededor del mundo, un plan que había pensado muchas veces y nunca había llevado a cabo, pero antes tuve que ir a Ginebra para hablar ante la Asamblea de la Liga de las Naciones.

—Y allí apareció Odette Keun.

—Se había enterado, no sé cómo, de que Rebecca y yo nos habíamos separado, y había leído en el periódico que iba a estar en Ginebra, de modo que fue para allá a toda prisa desde Grasse, donde vivía en esa época, y me llamó para invitarme a ir a verla a su hotel esa misma noche.

—Y dio instrucciones en recepción para que te mandaran a su habitación, donde había apagado todas las luces y te esperaba detrás de la puerta, empapada en perfume de jazmín y vestida solo con un salto de cama, y te condujo, como si estuvieras ciego, directamente a la cama.

—Fue muy inteligente por su parte, porque su cara no tenía una belleza convencional, como descubrí a la mañana siguiente: tenía una nariz enorme y una barbilla muy prominente. Pero también un cuerpo muy flexible y esbelto, y en la cama parecía una monja en celo. Se había convertido al catolicismo cuando era una niña y se había pasado tres años en un convento, en Bélgica, preparándose para monja, pero la habían echado supuestamente por tentar a un sacerdote para que la besara. Entonces se dedicó a recuperar el tiempo perdido adquiriendo experiencia en materia de sexo con algunos personajes bastante sórdidos de Marsella y París. Descubrí que no era francesa; su padre era holandés y su madre, italiana, y ella se había criado en Constantinopla. Era un cóctel burbujeante de genes y culturas, pero muy lista y elocuente, y había leído prácticamente todos mis libros.

—Y entonces, cuando te dijo que te adoraba y que quería dedicar su vida entera a atenderte en los términos que tú ordenaras, sucumbiste y te fuiste con ella a Provenza tras dar tu discurso ante la Liga de las Naciones, y alquilaste una masía llamada Lou Bastidon, en las colinas de los alrededores de Grasse, desde donde se veían los huertos de árboles frutales y los olivares que se extendían hacia el Mediterráneo, y te

gustaban tanto la situación y el clima que durante los siguientes nueve años estuve viviendo entre Francia e Inglaterra, pasando la mayor parte del tiempo en una masía que hice construir, siguiendo un diseño tuyo, y que llamaste Lou Pidou y donde hice poner una placa encima de la chimenea que decía «Esta casa fue construida por dos amantes».

—Fue idea de Odette y yo acepté, pero teníamos unas peleas tan feroces y frecuentes que me pasaba todo el tiempo llamando al cantero para que viniera a quitarla, y después le pedía que volviera a ponerla cuando nos reconciliábamos. Al final, se hartó y se negó a seguir haciéndolo. Pero la verdad es que no quiero hablar de Odette.

—**¿Por qué no?**

—De todas las mujeres que he conocido bien (y que he conocido en el sentido bíblico), es la única que recuerdo sin ningún cariño. A veces pienso en ella con perplejidad, por lo extravagante de su manera de actuar, y con frecuencia con amargura, pero nunca con cariño. Hubo otras mujeres de las que me separé sintiéndome muy triste, pero con las que al cabo de un tiempo volví a tener una relación amistosa. Isabel, Rebecca y la pequeña E, por ejemplo; incluso Hedwig, que se recuperó de su locura y me envió una carta pidiéndome que la perdonara. Volví a verla unos años más tarde, junto a su marido, y le di algunos consejos sobre qué hacer para publicar una novela. Pero Odette estuvo a punto de volverme loco con sus cambios de humor y sus celos y su conducta demente, que fue a peor a medida que pasaba el tiempo. Al comienzo de nuestra relación, hice un pacto con ella: sería mi compañera en Francia pero no interferiría en mi vida en Inglaterra, y tendría libertad para hacer lo que quisiera mientras estuviéramos separados. Para que pudiera ser independiente, le empecé a pasar una renta y le dejé el usufructo de Lou Pidou. Durante unos años, cumplió el pacto y le escribía unas cartas muy obsequiosas a Jane, asegurándole que estaba cuidando de mi salud y de mi bienestar general. Jane estaba bastante contenta con cómo se había organizado todo, ya que podía irse a Suiza a pasar las vacaciones mientras yo estaba en el sur de Francia (los deportes de invierno y las caminatas por la montaña ya me resultaban demasiado extenuantes) y consideraba que Odette era una amenaza mucho menor para su estatus de lo que lo había sido Rebecca. Incluso nos dio un bonito cuadro de Nevinson para Lou Pidou. Pero cuando Jane murió, en el 27, Odette empezó a mostrarse muy descontenta. Quería ser mi pareja oficial

en Inglaterra, además de en Francia.

—**Probablemente tenía la esperanza de que te casarías con ella.**

—Y tal vez lo habría hecho (¡Dios santo!) si ella hubiera jugado bien sus cartas y hubiera sido dulce y tierna conmigo durante el duelo, pero no era capaz de controlar su egocentrismo, su competitividad ni su temperamento. Me estuvo insistiendo e importunando, se ponía a presumir delante de mis amigos cuando los invitábamos a Lou Pidou y disfrutaba escandalizándolos con palabras malsonantes que afirmaba falsamente que yo le había enseñado y haciendo comentarios embarazosos sobre nuestros hábitos sexuales. Se quejaba de que yo pasaba demasiado tiempo lejos de ella y de que se sentía sola en Grasse, así que compré un piso en París para que se instalara allí y poder visitarla más fácilmente durante periodos cortos. A pesar de todo, seguía insatisfecha y vino a verme a Londres, incumpliendo el pacto que habíamos hecho. La amenacé con dejarla, pero ella no creía que yo estuviera dispuesto a sacrificar Lou Pidou e insistió. Al final, renuncié a Lou Pidou (con gran tristeza, pues me encantaba ese sitio) porque ya no podía soportar nuestra relación. Era como si la mona se me hubiera subido a la espalda y me estuviera clavando las garras todo el tiempo. Tenía que librarme de ella. De todas maneras, siguió atormentándome: se instaló en Londres y empezó a difundir rumores sobre mí y sobre Moura, con quien había vuelto a entrar en contacto. Un día se presentó en casa de Amber Reeves y le dijo que, como yo las había tratado mal a las dos, debían llevar a cabo un plan para vengarse de mí: venir a mi apartamento y pegarme un tiro. Incluso tenía un pequeño revólver. Amber se hizo con él y lo llevó un rato más tarde a la comisaría de policía de Hampstead, fingiendo que lo había encontrado en el parque de Hampstead Heath. Odette publicó un libro que se llamaba *Descubro a los ingleses*, en el que afirmaba que los hombres ingleses eran muy poco imaginativos en la cama y que el acto sexual con ellos era tan aburrido como un pastel de carne frío, sabiendo que los lectores que estuvieran al tanto de nuestra relación pensarían que se trataba de un comentario sobre mí. También intentó chantajearme amenazándome con vender las cartas eróticas que le había enviado. Yo la reté a que llevara a cabo su amenaza, pues no me avergonzaba en absoluto de aquellas cartas, que habrían demostrado de manera concluyente que nuestros juegos sexuales, lejos de ser como un pastel de carne frío, habrían hecho sonrojarse a los pintores de vasijas etruscos.

—Y escribió una reseña sobre Experimento en autobiografía titulada «H. G. Wells, el jugador», publicada en tres partes en la revista *Time and Tide*.

—Sí.

—A la que aludes desdeñosamente con la expresión «unos artículos muy tontos» en la «Posdata», aunque en realidad no eran tontos en absoluto.

—Desde luego, no constituían una reseña en el sentido habitual del término. Era una serie de injurias que se extendía a lo largo de ocho mil palabras, un malicioso acto de venganza, y no solo por parte de Odette. La editora literaria de *Time and Tide* por aquel entonces era Theodora Bosanquet.

—La leal secretaria de Henry James que había mecanografiado la última carta que él te había enviado, cuando se sentía tan dolido contigo.

—Exacto. Llevaba casi veinte años esperando a que se presentara la ocasión para castigarme por lo que había escrito en *Boon*, y entonces vio su oportunidad: le pidió a una mujer rechazada que reseñara el libro de su examante. Fue un lamentable abuso de poder editorial. Rebecca se quedó horrorizada cuando la leyó y me envió una carta de solidaridad. Estaba en el consejo de redacción de la revista, pero ya era demasiado tarde para hacer nada.

—Tienes que admitir que la reseña da en el blanco varias veces. ¿Quieres que le echemos un vistazo una vez más?

—Preferiría no hacerlo.

—Entonces lo haré yo. Odette comienza rindiéndote un homenaje al mencionar la gran influencia que tuvieron tus primeras obras. «Es totalmente imposible que nadie que no pertenezca a esas generaciones que él ayudó a liberar entienda la gloria y la alegría salvajes de nuestro alivio. Recuerdo que cuando leí, siendo una adolescente, esa noble obra que es *Lo primero y lo último*, lloré debido al éxtasis, a la sensación casi intolerable de liberación física que me proporcionó.» Odette se adelantó a lo que Orwell diría sobre ti: «Sería un acto de justicia ponerle su nombre al periodo de veinticinco años que transcurrió entre los noventa y la guerra, pues fue él, más que nadie, quien confeccionó el tejido intelectual de esa etapa». Pero también tiene una teoría muy interesante sobre cuál era tu motivación. Te presenta como a un genio que, a comienzos de su vida, se vio atrapado en un ambiente empobrecido en todas las dimensiones (la

material, la espiritual, la cultural y la sexual), y dice que, cuando lograste escapar de ahí, te pasaste toda la vida tratando de vengarte del mundo que había estado a punto de condenarte a la oscuridad y a una muerte prematura. «Su motivación era, ante todo, la rebelión de un ego poderoso y ofendido.»

—¡Ja! ¡Qué cara más dura...! ¡Mira quién fue a hablar de egos ofendidos!

—«Su cuerpo y su alma habían sufrido mucho. Muchas veces lo he oído decir, con una indignación que nunca fue a menos, que si en la infancia hubiera recibido una alimentación adecuada habría llegado a ser bastante más alto.»

—Y es cierto.

—«Su vanidad física y sexual, constantemente activa, siempre clamando por ser satisfecha, también es resultado de las humillaciones que sufrió su cuerpo en la juventud.»

—¡Sandeces!

—¿No admites que había algo compulsivo en tu carácter de mujeriego, como si tuvieras que aprovechar cada oportunidad para demostrar tu virilidad?

—Simplemente resulta que me gusta el sexo, y, si encontraba a una mujer que tenía el mismo deseo que yo, me lo pasaba bien con ella. Nunca he forzado a ninguna mujer a hacer nada que ella no quisiera, y he tenido amistades muy duraderas con mujeres que en su momento me rechazaron.

—Pero hay una contradicción en tus ideas con respecto al sexo. A veces dices que debería considerarse simplemente como una diversión, una saludable forma de recreo, como el golf; y otras veces afirmas que, con una compañera amada, es la experiencia física, emocional y espiritual más sublime que se puede tener, la forma de acceder al ideal, a la «amante-sombra».

—Así es. He estado oscilando entre esos dos puntos de vista sobre el sexo sin poder conciliarlos jamás, pero así es el ser humano. Somos un montón de atributos incompatibles, y nos dedicamos a inventarnos historias sobre nosotros mismos para ocultar ese hecho. La unidad mental del individuo es una ficción. En la máquina humana hay multitud de modelos de conducta, solo vagamente vinculados, que se hacen con el control del cuerpo y participan en el engaño colectivo de tener un único yo. Explicué todo esto en la tesis

doctoral, titulada «Sobre la cualidad de la ilusión en la continuidad de la vida individual de los metazoos superiores, haciendo referencia particularmente a la especie *Homo sapiens*», que defendí con éxito en la Universidad de Londres en 1943.

—Los examinadores no podían suspenderte, dada tu edad y tu prestigio, pero evidentemente se quedaron un tanto perplejos al escuchar tu argumentación.

—Bueno, quizá todavía no haya llegado el momento de compartir estas ideas.

—¿No hay algo de cierto en la teoría de Odette, al menos cuando sostiene que tu carrera procede de un deseo de destruir el sistema social que estuvo a punto de asfixiar tu potencial?

—Yo quería salvar a las generaciones futuras, evitar que sufrieran cualquier clase de asfixia.

—Pero ella dice que tú siempre fuiste sobre todo un «jugador», no un líder, alguien más interesado por ganar que por construir, y que siempre estabas cambiando de un juego a otro. «Lo que no hizo, en ningún país, fue crear una escuela, un grupo consolidado de seguidores y discípulos. Sin eso, ninguna idea puede perpetuarse (...). Era paradójico: personalmente, era un anarquista, incapaz de marcarse una disciplina interna o de someterse o respetar un sistema de trabajo en equipo, pero al mismo tiempo intentaba imponerles un orden mundial a los demás.»

—¿Has terminado?

—Todavía no. Escucha su último párrafo: «En su posición actual, cerca del final de la competición, contempla cómo la realidad y su concepción del mundo están cada vez más alejados; los hombres que combaten sus ideas se han convertido en gobernantes de naciones y han echado por tierra su Utopía. Ya no puede moldear mentes ni generar devoción. Esto no era inevitable. Contaba con la inteligencia, la lucidez y las capacidades para hacerlo. Pero eso que hace que el hombre corriente se esfuerce por la consecución de un fin, eso que hace que el hombre noble muera por la consecución de un fin, eso que tiene que ver con la integridad de una doctrina y la abnegación del idealismo, esa autenticidad suprema que, al fin y al cabo, es lo único que constituye una fuerza y una capacidad de influencia permanente, eso es algo que él no ha tenido nunca, en ninguna

medida, en ninguna de sus posibles formas. Todo era solo un juego. Él solo era un jugador». No hay duda de que este juicio iba motivado por el deseo de venganza y el resentimiento, es decir, por cuestiones personales. Pero ¿no tienes miedo de que tal vez Odette tuviera razón?

—No. Nunca tuve discípulos porque nunca quise tenerlos. Los discípulos convierten la liberación en tiranía. A Cristo le fue bien hasta que empezó a tener discípulos. Quizá fracasara en mi intento de cambiar el mundo, pero hice infinitamente menos daño que esos gobernantes de naciones que, según lo que ella escribió en 1934, habían triunfado gracias a «la integridad de una doctrina y la abnegación del idealismo». ¿A quién se refería? ¿A Hitler y a Mussolini? ¿A Stalin? ¿A los gobernantes de Japón? Mira lo que le han hecho al mundo entre todos. Y deja de molestarme.

QUINTA PARTE

En la primavera de 1945, la fachada de Hanover Terrace tiene un aspecto muy similar al del año anterior; quizá esté aún más destartada y necesite más urgentemente una reforma. Casi todas las ventanas siguen selladas con tablones, ya que en marzo los V1 y los V2 siguen cayendo sobre Londres. Se trata de los últimos espasmos del desafío alemán mientras las tropas aliadas avanzan inexorablemente desde el este y el oeste. Se ha acabado la incertidumbre sobre cómo terminará la guerra en Europa; solo falta saber cuándo, y si serán los rusos o los británicos y estadounidenses los primeros en llegar a Berlín, y si podrán capturar vivo a Hitler. La gente estudia los mapas que publican en portada los periódicos, mapas en blanco y negro, sombreados con líneas cruzadas, sobre los que aparecen unas grandes flechas curvas que muestran los movimientos de los distintos ejércitos y que apuntan todas hacia el mismo objetivo, al que se acercan un poco cada día. Todo el mundo está atento a los boletines informativos de la radio. Hay una extraña mezcla de agotamiento y tensión en el ambiente, como cuando uno ha inspirado profundamente y desea soltar el aire. Sería prematuro expresar alegría o mostrarse triunfal ante las noticias de cada nuevo avance, ante cada nuevo cómputo del número de alemanes tomados prisioneros, mientras los misiles V siguen cayendo aleatoriamente sobre Londres y todavía hay tantos seres queridos en peligro en los ejércitos desplegados por toda Europa y el Lejano Oriente.

H. G., desde luego, no manifiesta ninguna emoción de ese tipo mientras ojea el periódico del día y, fatigado, lo deja caer al suelo. La perspectiva de la victoria final no lo entusiasma. Las noticias le transmiten más bien una sensación de derrota: la derrota de sus utópicos sueños con respecto al futuro de la humanidad. Las fotos de las ciudades alemanas bombardeadas, y en particular las de Dresde, en las que se ven innumerables manzanas con edificios de los que no quedan más que sus esqueletos, meras fachadas que parecen decorados, pues los tejados y el interior de las viviendas han sido consumidos por las llamas, lo dejan horrorizado, y el hecho de haber

profetizado tal espanto en sus obras de ficción no le proporciona ningún consuelo. Hace treinta o cuarenta años, en novelas como *La guerra de los mundos*, *La guerra en el aire* o *El mundo liberado*, había descrito la destrucción masiva de grandes ciudades, las masas de refugiados aterrorizados atascando las carreteras, el desmoronamiento del orden civil y la caída en la barbarie, es decir, el espectáculo que Europa ofrece hoy en día. En muchos aspectos, su imaginación había superado los horrores de la Primera Guerra Mundial en dichas novelas, que profetizaban mejor el desarrollo de la Segunda. Aquellos libros siempre concluían con un toque de esperanza, planteando la posibilidad de que de las cenizas surgiera un mundo más afable, pero su autor ya no era nada optimista. Como ha escrito en *La mente ya no aguanta más*, que está a punto de publicarse, «el límite del desarrollo secular y organizado de la vida siempre había parecido algo fijo, definitivo, de modo que era posible esbozar el porvenir. Pero dicho límite fue alcanzado y rebasado, y desde entonces vivimos en un caos increíble. Cuanto más analizaba la realidad que nos rodea, más difícil le parecía esbozar el porvenir».

Por supuesto, está bien que los aliados vayan a ganar la guerra; desde un punto de vista personal, porque se sabía que tanto su nombre como el de Rebecca estaban en una lista de alrededor de 2 000 personas que habrían sido arrestadas inmediatamente por la Gestapo si Alemania hubiera logrado invadir Inglaterra en 1940, pero también por razones éticas universales. Cuando aparecen, a mediados de abril, las primeras fotos del campo de concentración de Belsen, poco después de su liberación, y se revela todo el horror de la ideología nazi no por medio de esqueléticos edificios, sino de esqueléticos seres humanos, algunos de los cuales apenas se mantienen con vida y miran, cadavéricos, a la cámara, mientras que otros, muertos, se apilan en montones como si de desechos se tratara, y a medida que se van conociendo más detalles sobre los campos de exterminio polacos que descubren las tropas rusas al avanzar, las cámaras de gas, los incineradores y los montículos de ceniza, la justicia de la guerra se confirma irrefutablemente. En cualquier caso, el hecho de que la contienda haya tenido lugar, el hecho de que haya sido necesaria apenas veinte años después de la Primera Guerra Mundial, es una derrota para la civilización, una derrota que él se toma como algo personal, ya que ha dedicado mucho tiempo a trabajar por la paz entre una guerra y la otra. Le

pareció muy simbólico que en septiembre de 1939 los tanques alemanes entraran en Polonia y los Stukas bombardearan Varsovia justo cuando él se estaba preparando para hablar en el congreso del PEN Club que se iba a celebrar en Estocolmo sobre «El honor y la dignidad de la mente humana», obligándolo a cancelar su discurso y a volver a casa a toda prisa en busca de una precaria seguridad, como hicieron todos los demás delegados. Ahora la mente humana ya no aguanta más, o al menos la suya.

A medida que la persecución de los judíos por parte de Hitler se va volviendo el asunto central de la iniquidad nazi en la percepción pública, él toma conciencia, con bastante incomodidad, de que ciertos aspectos del tratamiento de los judíos en sus obras, tanto narrativas como ensayísticas, han ofendido a algunos lectores judíos en el pasado y es probable que en el futuro se empleen en su contra aún en mayor medida, sobre todo algunos pasajes de un libro llamado *La anatomía de la frustración*, publicado en 1936, en el que, aunque condenaba enérgicamente la persecución emprendida por los nazis contra los judíos, afirmaba que «esto no debe impedir que los escritores gentiles realicen la crítica más franca y minuciosa de los numerosos elementos intolerantes y reaccionarios que, lamentablemente, todavía persisten en la tradición judía», invitaba a los judíos a reflexionar sobre si la larga historia de su persecución no demostraba que dichos elementos eran intrínsecamente provocativos y sugería que la ideología del nacionalsocialismo «es un judaísmo invertido, que ha conservado la forma del Antiguo Testamento y le ha dado la vuelta». El hecho de que esta opinión y otras similares se atribuyeran a un personaje ficticio llamado William Burroughs Steele, cuya enciclopédica e inconclusa obra maestra se suponía que él estaba compendiando, no le serviría de excusa.

Un par de años atrás, había iniciado una correspondencia con Chaim Weizmann, que era el líder del movimiento sionista, pero también un químico de primera categoría por cuyos trabajos científicos sentía un gran respeto. En una de sus cartas, se disculpaba por haber, «debido a mi irritabilidad y a mi falta de tacto, generado resentimiento en judíos con los que, en esencia, comparto el deseo de un orden mundial sensato e igualitario. Durante siglos, la comunidad judía, independientemente de la tradición del Antiguo Testamento, ha sido la menos agresiva de todas las comunidades con conciencia de nación. *Mea Culpa*». En cierto momento, le propuso a Weizmann que publicara la

correspondencia, pero, por lo que sabe, este no le hizo caso. Y, aunque se publique, no cree que lo descargue de culpa a ojos de la posteridad. Si uno escribe tanto como ha escrito él, y de un modo tan apresurado, es inevitable cometer algunos errores de juicio de vez en cuando. Le llevó mucho tiempo, por ejemplo, darse cuenta de hasta qué punto el Estado policial de Stalin había traicionado los ideales de la Revolución rusa. Pero por lo menos nunca se había dejado seducir por Mussolini y Hitler, como muchos analistas y políticos británicos.

La guerra concluye al fin con el suicidio de Hitler el 30 de abril y la rendición incondicional de Alemania el 7 de mayo. Se declara el 8 de mayo como Día de la Victoria en Europa, y las celebraciones que tienen lugar por todo el país se retransmiten en directo por el servicio nacional de la bbc. La multitud se congrega en torno a la columna de Nelson, en Trafalgar Square, y en el Mall, frente al Palacio de Buckingham, donde el rey y la reina salen al balcón central, acompañados por sus dos hijas y por Winston Churchill, para saludar y recibir los vítores de sus súbditos. Se organizan fiestas infantiles en todos los barrios y desfiles de la Guardia Doméstica, de los *boy scouts* y de la asociación de voluntarios para la defensa antiaérea en los espacios verdes de los pueblos. Al caer la noche, las hogueras iluminan las zonas devastadas por los bombardeos y las luces brillan en las ventanas de las casas, donde por fin se han podido descorrer las cortinas. Un mes más tarde, un desfile para celebrar la victoria de los aliados recorre la calle Whitehall: columnas de soldados, marineros y aviadores, además de auxiliares femeninas procedentes de toda la Commonwealth, saludan al rey, que está junto a la reina, y son saludados por él. El estado de ánimo de estas celebraciones no alcanza el nivel de histeria que él recuerda de noviembre de 1918, en parte porque la guerra contra Japón todavía no ha concluido, pero siempre hay algo moralmente repugnante en estos festejos.

—Los que ganan las guerras son los muertos y los heridos... —le dice a su enfermera nocturna, que ha presenciado el desfile de Whitehall y se muestra entusiasmada cuando llega para empezar su turno—. Pero los muertos no pueden desfilan, y los heridos no quieren o no son capaces.

—Bueno, hay algo de verdad en lo que dice, señor —contesta la mujer, pero da la impresión de sentirse desairada.

Cuanto más se regocijan los demás, más misántropo se vuelve él. A finales de mayo, le escribe a Bertrand Russell: «Este gran retorno al caos que se llama paz, la infinita mezquindad de esas inmensas masas de criaturas que son mis compañeras, la maldad de la religión organizada me hacen anhelar caer en un sueño del que no despierte nunca». En esta última frase resuenan los ecos de unos versos que escribió la esposa de Thomas Huxley para la lápida de este y que él había encontrado en el costurero de su madre tras su muerte, escritas en un trozo de papel de carta barato con su letra torcida.

*Y si no hay un reencuentro más allá de la tumba,
si todo es oscuridad y silencio, también es descanso;
que nada teman vuestros llorosos corazones expectantes,
pues Dios otorga el sueño a los que ama,
y, si es un sueño eterno lo que otorga, mejor.*

Le resultó sorprendente y bastante agradable descubrir que su piadosa madre, hacia el final de su vida, parecía haber comenzado a albergar ciertas dudas con respecto a la inmortalidad personal sin que estas la perturbaran demasiado, y quiso que también inscribieran esos versos en la lápida de ella, pero el vicario vetó esta propuesta. Últimamente tenía esas líneas en la cabeza porque las había buscado para citarlas en un artículo que publicó en la revista *Cornhill*, un irónico autorretrato titulado «Bien está lo que bien acaba:²⁴ una exhibición completa de este tristemente célebre fraude literario». El texto, supuestamente, había sido escrito por un biógrafo lleno de prejuicios llamado Wilfred B. Betterave. «Es tan miserable el carácter de este hombre, son tan miserables sus circunstancias —escribía Betterave—, que yo no tenía ningún motivo para suponer que habría superado la vergüenza hasta el punto de aceptar que todo saliera a la luz. Se lo planteé con la mayor delicadeza de la que fui capaz, y él me respondió: “¡Claro! Usted está hecho para llevar a cabo este trabajo. Hable sin tapujos. Tiene carta blanca. Desprestígeme todo lo que quiera. El público estará encantado, y algunas de las cosas que cuente quedarán unidas para siempre a mi nombre. Y así debe ser. No me siento demasiado orgulloso de lo que he hecho”».

A comienzos de julio se celebran elecciones generales. Finaliza entonces una larga etapa de gobiernos de coalición y se restablecen los partidos

políticos. En la Gran Bretaña de la posguerra hay un extendido deseo de cambio que genera esperanzas en los partidarios del laborismo, pero también una presunción general de que Churchill, que ha sido primer ministro durante la guerra que su país acaba de ganar, es una garantía de victoria para los conservadores. En cuanto a él, sus simpatías hacia el Partido Laborista han sufrido muchos altibajos a lo largo de los años. Cuando estaba en la Sociedad Fabiana, más de una vez cambió de opinión con respecto a si esta organización debería unir su destino al del laborismo, que estaba dominado por los sindicatos, y al final decidió que no, aunque en los años veinte se presentó en dos ocasiones como candidato laborista por el escaño de la Universidad de Londres y fue el menos votado en ambas. Después abandonó el partido para promover su idea de la «Conspiración Abierta», un movimiento político que nunca tuvo más de un miembro, él mismo, y que nunca existió fuera de sus libros. El Partido Laborista moderno es en buena medida creación de los fabianos; muchas de sus figuras más prominentes, muchos de sus potenciales ministros han sido miembros activos de la Sociedad Fabiana, y el hecho de que lord Beveridge, cuyo informe de 1942 sobre la reforma de los servicios sociales marca las líneas maestras de la política laborista, fuera el joven funcionario que veinticinco años antes había ayudado a Beatrice y Sidney Webb a elaborar su *Informe particular sobre la Ley de protección a los pobres* ilustra muy claramente esta genealogía. Votar a los laboristas en las próximas elecciones sería como conceder que los fabianos siempre tuvieron razón sobre cómo alcanzar los objetivos del socialismo, y que él se equivocaba. Pero ¿a quién puede votar si no? No al viejo Partido Liberal, que es una fuerza política desgastada y hueca.

—Creo que voy a votar a los comunistas —les dice un día a Gip y a Marjorie, que se quedan perplejos.

—Pero si tú detestas al Partido Comunista, H. G. —le dice Gip.

—La Iglesia católica es mi bestia negra, y el Partido Comunista es mi bestia roja —dice Marjorie. Da la impresión de que está citando a alguien.

—¿Quién dijo eso? —pregunta él.

—Lo dijiste tú. En *Del 42 al 44* —contesta Marjorie, refiriéndose a un libro que recopilaba los artículos que él había escrito durante la guerra y que ella había mecanografiado.

—Bueno, el partido no me gusta, pero en él hay alguna gente decente.

Averigua por mí quién es el candidato comunista por este distrito —dice él.

Pero por el distrito de Marylebone no se presenta ningún candidato comunista, así que se ve obligado a apoyar al laborista, lo cual al final no resulta ser un trago tan amargo, porque se trata de Elizabeth Jacobs, la abuela de un viejo amigo suyo, el escritor de relatos cortos W. W. Jacobs, fallecido un par de años atrás, y que en el espectro ideológico de los laboristas se sitúa bastante a la izquierda. Marjorie lo lleva en coche hasta el colegio electoral, pero él está demasiado débil como para entrar, de modo que el presidente de la mesa le lleva una papeleta hasta el coche, junto con una urna donde depositarla.

—¿Esto está permitido? —pregunta él, solo medio en broma.

—Probablemente no, señor Wells —le dice el presidente de la mesa—, pero estoy dispuesto a hacer una excepción con usted.

Al día siguiente, para sorpresa general, resulta evidente que el laborismo ha obtenido un triunfo aplastante. Clement Attlee será primer ministro en lugar de Winston Churchill. Por primera vez, Gran Bretaña tiene un Gobierno con una posición adecuada para crear un Estado socialista, a diferencia de lo que le ocurrió en los años veinte a Ramsay MacDonald, que tuvo que gobernar en minoría y se vio muy limitado y obligado a pactar constantemente. Attlee tiene un programa de gran envergadura que incluye la nacionalización de las industrias clave, una política fiscal redistributiva, educación gratuita hasta el nivel universitario, un servicio nacional de salud, un subsidio pagadero a las madres por cada hijo que tengan y una pensión pública para todo el mundo. Se trata de un panorama que lo habría entusiasmado hace cincuenta años, cuando él defendía precisamente esa clase de políticas, pero que ahora no logra despertarle ningún tipo de interés. No es que cuestione los valores en que se fundamentan dichas políticas, pues es evidente que prometen una sociedad más justa en el futuro; es que ya no cree en el futuro. Es decir, no cree en una realidad que, con el paso del tiempo, proporcionará una base firme para el progreso. La realidad, tal como la perciben empíricamente y la entienden las personas corrientes y racionales, ahora le parece tan insustancial como las imágenes reflejadas en la pared de la caverna de Platón o, por emplear una analogía más contemporánea, como las parpadeantes formas y sombras que se ven sobre una pantalla de cine —analogía que aparece en *La mente ya no aguanta más*—.

La pregunta «¿Esto es todo?» ha preocupado a innumerables mentes insatisfechas a lo largo de la historia y ahora, cuando parece que ya no aguantamos más, sigue aquí, persistente y desconcertante. Para las mentes perplejas, el mundo de la realidad cotidiana es solo una historia más o menos entretenida o angustiada que se proyecta en una pantalla de cine. La historia está bien construida y los conmueve enormemente y, sin embargo, los espectadores sienten que es falsa. La inmensa mayoría acepta todas sus convenciones, es parte de la historia de forma completa y vive y sufre y disfruta y muere con ella. Pero la mente escéptica afirma tenazmente: «Esto es un engaño». (...) Hasta ahora, la recurrencia ha dado la impresión de ser una de las leyes elementales de la vida. Pero, en esta extraña fase de su existencia en la que está entrando nuestro universo, se ha vuelto evidente que los eventos ya no se repiten. Se avanza constantemente hacia un misterio impenetrable, hacia una oscuridad silenciosa e ilimitada, contra la cual los obstinados apremios de nuestras mentes insatisfechas pueden luchar durante un tiempo, aunque al final serán derrotados.

El 6 de agosto tiene lugar un acontecimiento que parece una confirmación definitiva de esta lóbrega visión del mundo: la fuerza aérea estadounidense lanza una bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima. Decenas de miles de personas mueren al instante, y muchos kilómetros cuadrados de edificios son reducidos a escombros como consecuencia del lanzamiento de una única bomba desde un único avión que volaba a gran altura. Esto remite a un pasaje de su novela *La guerra en el aire* en el que se describe la destrucción de Nueva York por parte de la flota aérea alemana, «una de las masacres más despiadadas de la historia del mundo, en la que unos hombres que no estaban alterados ni, salvo algún caso excepcional, en peligro, derramaron muerte y destrucción sobre las casas y las personas que tenían debajo». Esas aeronaves alemanas, por supuesto, empleaban bombas convencionales; fue en una novela posterior, *El mundo liberado*, donde anticipó que el descubrimiento de la fisión nuclear conduciría a la creación de bombas atómicas y se imaginó su asombroso poder destructivo, que cancelaría definitivamente la distinción — ya muy vulnerada— entre combatientes y civiles en tiempos de guerra.

Él había escrito esos libros para advertir de las consecuencias inevitables de aplicar los avances científicos y tecnológicos a las armas, al menos

mientras la guerra no quedara abolida por la instauración de un Gobierno Mundial. Unas semanas antes, había tenido lugar otro evento que parecía un buen paso en esa dirección: la firma de la Carta de las Naciones Unidas por parte de los cincuenta países miembros. Se trataba de una causa por la que había trabajado toda su vida. Además, él mismo había desempeñado un papel fundamental en la elaboración del boceto de la Declaración de los Derechos Humanos de Sankey que se incorporó a la Carta. Sin embargo, no tenía ninguna fe en que la Organización de las Naciones Unidas, a largo plazo, resultara más eficaz que la Liga de las Naciones. Las reglas procedimentales del Consejo de Seguridad exigían la unanimidad de los cinco miembros permanentes, las llamadas «grandes potencias», lo cual suponía que cualquiera de ellos podía vetar una propuesta que consideraran perjudicial para sus intereses, y había señales de que las grandes potencias ya estaban empezando a distanciarse con respecto a la organización política del mundo de la posguerra: la Rusia soviética no estaba de acuerdo con Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia. Este distanciamiento podría conducir fácilmente a otra guerra, en la que los combatientes dispondrían de una nueva arma mortal.

Pero el efecto inmediato que tuvieron las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y, tres días más tarde, sobre Nagasaki fue la rápida conclusión de la Segunda Guerra Mundial. En las dos cámaras del Parlamento y en la prensa solo unas pocas voces se alzaron para cuestionar si era ético destruir vidas humanas de una forma tan masiva e indiscriminada. La reacción generalizada de las naciones aliadas fue mostrar alegría y alivio, y se trata de una reacción que él comprende y, en buena medida, comparte. Es bien sabido que Japón, una autocracia imperialista y militarista gobernada por un emperador supuestamente divino, tenía la firme determinación de resistir una invasión aliada de su territorio hasta el final, por muy amargo que este fuera y al margen de su coste en vidas humanas, y ya había demostrado dicha determinación en la batalla de Okinawa, enviando a cientos de jóvenes a la muerte en ataques kamikazes contra la flota aliada. Era triste y curioso recordar que él ya había prefigurado estos pilotos, fanáticamente valientes, en su descripción de la aviación de combate japonesa que aparecía en *La guerra en el aire*: máquinas voladoras que tenían unas alas curvas y flexibles, como las de las mariposas, y un fuselaje sobre el que sus pilotos se montaban como si fueran a caballo. Así se lanzaban a la carga en aquellas aeronaves

gigantescas con un rifle en una mano y una espada de doble filo desenvainada en la otra. Miles, tal vez decenas de miles de soldados, mayoritariamente norteamericanos, habrían muerto en una invasión de Japón. ¿Quién podía culpar a los Estados Unidos por salvar todas esas vidas mediante una demostración de fuerza que incluso los obstinados dirigentes japoneses tendrían que admitir que era irresistible? ¿Quién podía culpar a los soldados aliados, y a los familiares y amigos que los esperaban en casa, por dejar de lado cualquier escrúpulo relativo a la liquidación masiva de civiles japoneses y sentir alivio por haberse liberado al fin de la sombra de la muerte?

Él tiene un interés personal en que termine la guerra contra Japón porque Eric Davis, el marido de Anna Jane, la hija que tuvo con Amber, es una de las bajas de dicha guerra, y todavía no está claro cuál es su situación. Eric logró escapar de Singapur, donde estaba a cargo de una emisora de radio, justo antes de que la guarnición británica se rindiera en febrero de 1942, y emprendió, a la cabeza de un grupo formado por miembros de su equipo, una peligrosa huida hacia Java, desde donde continuaron retransmitiendo hasta que los japoneses también ocuparon ese país, y después desapareció sin dejar rastro. Anna Jane continuó trabajando en la India, donde tenía un puesto de funcionaria, en un estado de espantosa incertidumbre con respecto al futuro de su marido, y él siente aún más compasión hacia ella porque se formó una opinión muy equivocada de Eric Davis en el momento de conocerlo. En 1930, cuando ella estudiaba en la London School of Economics y anunció que tenía la intención de compartir su vida con Eric, trató de disuadirla por medio de una carta demasiado larga y, vista retrospectivamente, pomposa. Aunque ella sabía desde hacía cierto tiempo que él era su padre, y parecía sentirse a gusto con esa idea, aquella fue la primera vez en que él invocó explícitamente su paternidad para dotar de una mayor autoridad a sus consejos. Anna Jane, sin embargo, era hija de su madre —resuelta, intrépida e independiente— y lo rechazó educada pero firmemente. Más adelante, Eric justificó su elección: sus actividades profesionales resultaron ser muy útiles y demostró un valor y unas capacidades impresionantes durante la guerra, no solo tras la debacle de Singapur, sino también antes, con su actuación en el transatlántico *Benares*, que fue hundido en el Atlántico en 1940 por un submarino alemán con su consiguiente pérdida de vidas, incluyendo las de ochenta niños que estaban siendo evacuados a Canadá. Eric condujo a los pasajeros hasta los botes

salvavidas, negándose en varias ocasiones a ocupar él una plaza, y sobrevivió tras pasar una larga y oscura noche aferrado a una viga de madera. Aquella historia hizo que él tomara conciencia más agudamente que nunca de que ni él ni sus hijos habían sido nunca puestos a prueba por un peligro semejante, principalmente debido a una cuestión tan azarosa como sus fechas de nacimiento, que los habían eximido de incorporarse al Ejército durante las dos guerras mundiales que había vivido. En su correspondencia con Anna Jane, ha tratado de animarla para que no perdiera la esperanza en que Eric hubiera sido tomado prisionero, pero, a medida que pasan los años sin que se sepa nada de él, parece cada vez menos probable. Anna Jane, en sus cartas más recientes, dice que está resignada a haberlo perdido, pero sería muy sorprendente que íntimamente no soñara con un final feliz como el regreso de Teddy en *El señor Britling lo entiende muy bien*. Tal vez por fin ahora llegue información fiable sobre lo que le sucedió a Eric, lo cual, en un sentido o en otro, le proporcionaría paz.

En cuanto que ser humano común y corriente, que se identifica con los sentimientos de quienes siguen creyendo en la realidad y la continuidad de los hechos, no puede condenar sinceramente el lanzamiento de la bomba atómica. Pero, al filósofo de la ciencia que también es, la mera invención de la bomba —la liberación de una cantidad de energía tan impresionante por medio de la escisión de lo que en otro tiempo se consideraba la unidad más pequeña e irreducible de la materia— solo le genera terror, y el hongo atómico sobre Hiroshima le parece una señal ominosa y apocalíptica, que no sugiere únicamente el fin del mundo, sino el del universo.

Nuestro universo es el límite supremo de nuestras mentes. Es un sistema cerrado que vuelve sobre sí mismo. Es un continuo espacio-tiempo cerrado que termina con el mismo impulso de existir con que comenzó, ahora que la energía desconocida que lo evocó al fin se ha vuelto en su contra. El autor ha escrito la palabra *energía* porque es difícil nombrar esa cosa incognoscible que, por decirlo así, nos mira con tanta desaprobación. Pero no podemos negar la amenaza de la oscuridad. *Energía* es un término insatisfactorio. Necesitamos nombrar algo que se encuentra completamente fuera de nuestro «universo» (...). Pero si nos apoyamos en la estructura de la tragedia griega y pensamos en que el protagonista es la vida (...) podemos hallar algo que

satisfaga nuestras necesidades. *Antagonista*, pues, en ese sentido restringido, es el término que emplearé para referirme a ese algo implacable y desconocido que ha soportado la vida durante lo que desde nuestro punto de vista ha sido mucho tiempo y que ahora se ha vuelto en su contra para erradicarla implacablemente.

Gip, que está leyendo las pruebas de imprenta de *La mente ya no aguanta más* con creciente consternación, sentado en el pequeño despacho que tiene Marjorie en Hanover Terrace, le lee este pasaje en voz alta.

—¿Qué le ha pasado a H. G.? Esto son chorradas pseudomísticas. Es una especie de maniqueísmo cósmico —dice.

—¿Maniqué? —pregunta ella.

—Ojalá pudiera evitar que se publique este libro —dice él, ignorando la pregunta de su mujer—. Solo va a servir para dañar la reputación de H. G. Es un rechazo de todo aquello por lo que se ha pasado la vida trabajando.

—No puedes evitar que se publique —dice ella—. Es su visión del mundo. Eso es lo que cree ahora, te guste o no.

—Pero está enfermo —dice Gip—. Se está muriendo y lo sabe. No es de extrañar que esté deprimido. ¿Te acuerdas de Karenin, de *El mundo liberado*?

—La verdad es que no —dice Marjorie.

Los recuerdos que tiene Gip de la escena en cuestión son un tanto vagos, así que va al estudio de H. G. —que está en la cama, probablemente dormido—, encuentra un ejemplar de *El mundo liberado*, localiza las páginas que le interesan y, cuando ha terminado de leerlas, vuelve con el libro al despacho de Marjorie para iluminarla.

—Cuando el mundo ha quedado devastado a causa de la guerra atómica, las naciones entran en razón y hacen las paces. Se establece un Gobierno Mundial y una espléndida nueva civilización empieza a surgir de las ruinas de la antigua.

—Eso me resulta familiar —dice Marjorie, pero Gip ignora su comentario, ligeramente subversivo, y continúa su resumen.

—Uno de los líderes más estimulantes del nuevo orden es un intelectual ruso llamado Marcus Karenin. Es un miembro fundamental del Comité Mundial para la Educación. Es paralítico, debido a una enfermedad congénita, pero tiene una mente extraordinaria. Hacia el final de la historia, se encuentra

muy enfermo, en un sanatorio del Himalaya, donde tiene que someterse a una operación que tal vez le permita seguir viviendo, y varios personajes viajan hasta allí en peregrinación para oír sus sabias palabras mientras puedan. Karenin le dice a su secretario, Gardener, que espera morir en la mesa de operaciones. «Espero que el cirujano me mate, Gardener», dice. Y, un poco más adelante, añade: «Lo que más miedo me da son estos últimos jirones de la vida. Puede que siga adelante hecho un orillo maltrecho y sufriente. Y entonces todas las cosas que he ocultado y mantenido bajo control o dejado de lado o corregido reaparecerán para derrotarme. Me volveré quejumbroso. Puede que mi egolatría se me vaya de las manos. Nunca la he dominado del todo (...). No entiendo por qué una vida debe ser juzgada por un hilillo final de vitalidad (...). Acuérdate de esto, Gardener: si dentro de poco me fallan las fuerzas y empiezo a desesperar, y atravieso una breve fase de dolor e ingratitud y oscuros olvidos antes del final (...). No creáis lo que tal vez diga al final (...). Si la tela es buena, el orillo no importa».

Gip levanta la vista de la página.

—¿Ves, Marjorie? —dice, triunfal—. Es como si H. G. hubiera predicho su enfermedad final y nos hubiera dejado una advertencia: «No creáis lo que tal vez diga al final». Este grito de desesperación... —Gip deja caer la mano sobre las galeradas de *La mente ya no aguanta más*— no es la verdadera voz de H. G. Wells.

* * *

Anthony tiene una teoría distinta sobre la melancolía de H. G. Últimamente ve a su padre con menos frecuencia que antes, porque ya no vive en la casa del señor Mumford, al otro lado del muro que hay al fondo del jardín, sino con Kitty y los niños —se reconciliaron hace unos meses—, y porque, al trabajar en el departamento del servicio global de la bbc que se encarga del Lejano Oriente, el punto culminante de la guerra con Japón lo ha tenido muy ocupado. En cualquier caso, sigue yendo de vez en cuando a Hanover Terrace y charla con su padre e intercambia opiniones con Gip y Marjorie, si es que están por allí, sobre el estado mental y físico de H. G. Cuando Gip le enseña el manuscrito de *La mente ya no aguanta más*, y repite los argumentos que le expuso a Marjorie —que el pesimismo extremo y la renuncia a los principios

humanistas y progresistas de H. G. son consecuencia de su debilidad física y que, por lo tanto, habría que ignorarlos—, y cita las palabras de Karenin para apoyar su tesis, Anthony niega con la cabeza.

—No —dice—. Yo solo he ojeado un poco el libro, desde luego, pero diría que expresa una desesperanza muy real y muy personal.

—¿Y qué es lo que la ha provocado? —pregunta Marjorie.

—La manera en que ha caído su prestigio y ha menguado su público.

—¡Vamos, hombre! —protesta Gip.

—¿Habéis leído «Los papeles de Betterave»? —pregunta Anthony—. Salió en la *Cornhill* de julio.

—Sí, claro —dice Gip—. Pero eso es totalmente irónico. Betterave es una caricatura de los enemigos de H. G., un reaccionario lleno de prejuicios que se apropia, exagerándolos, de todos los insultos y calumnias que mi padre ha sufrido a lo largo de su vida. Así muestra lo ridículos que son. La ironía es decir lo contrario de lo que piensas.

—También puede ser una forma de decir algo que sí que piensas, pero indirectamente. Hacia el final de esa pieza hay algunas críticas a sus propios libros que son demasiado certeras como para que se las considere irónicas. Sobre *William Clissold*, por ejemplo... ¿Aquí hay algún ejemplar de la *Cornhill*?

En el despacho hay varios ejemplares de cortesía que la revista le ha enviado al autor, y Marjorie le pasa uno a Anthony.

—Escuchad esto —dice él, buscando la parte final del artículo—: «*El mundo de William Clissold* es un enorme edificio de tres plantas publicado en tres volúmenes llenos de embrollos que acabaron con la paciencia tanto de los lectores como de los librerías». No se puede decir que eso sea irónico; es completamente cierto. Y también lo es el resto del pasaje. «Supone el desmoronamiento de una reputación demasiado inflada. Después de aquello, el señor Wells podía escribir lo que quisiera y hacer todo lo posible, pero leerlo ya no se llevaba. Quizá los reseñistas lo elogiaran, quizá un menguante número de inocentes comprase sus libros. Estos desaparecieron de los escaparates y de las mesillas de noche de la gente culta.» Y después incluye una lista con algunos de sus últimos libros, que tienen unos títulos tan horribles que echan para atrás, como *La autocracia del señor Parham* o *El Bulpington de Blup*. Y continúa así: «La gente a la que embaucó en otro tiempo quizá lo mencionaría

entre las figuras de cierta importancia de la literatura inglesa, pero la reacción habitual de los que ya no lo leen y no tienen nada que decir sobre él es sencillamente la mueca propia de quien percibe el olor de la descomposición. “Ah, Wells”, dirían, y pasarían a otra cosa. Por lo tanto, Wells se está descomponiendo en vida y, para el día de su entierro, habrá sido olvidado». No es Betterave el que habla aquí, es H. G.

—No todo es así —dice Gip.

—No, es verdad —dice Anthony—. Antes hay algunas payasadas que podrían considerarse irónicas. Pero el final es lo que deja la impresión más profunda.

—Bueno, pero el día de su entierro (o de su incineración) no habrá sido olvidado —dice Gip.

—No, por supuesto que no. Habrá obituarios y homenajes, y algunos de sus libros perdurarán: *La máquina del tiempo*, *La isla del doctor Moreau*, *La guerra de los mundos*, *El señor Polly*, tal vez *Tono-Bungay*... Pero son todos libros antiguos. *El señor Polly*, me parece a mí, es la única de sus novelas que nunca ha estado descatalogada desde que se publicó, y se publicó en 1910... Corregidme si me equivoco.

—Probablemente tengas razón —dice Gip—. Pero creo que estás dándole demasiada importancia a «Los papeles de Betterave». Es solo una sátira. Para mí, *La mente ya no aguanta más* es una obra mucho más preocupante, con ese pesimismo tan radical.

—Pero las mejores obras de H.G. son esencialmente pesimistas... —dice Anthony—. Están inspiradas en ideas como la entropía, la aleatoriedad de la evolución, la estupidez y la vanidad innatas de los seres humanos, las maneras en que puede llegar el fin del mundo o en que puede extinguirse la civilización humana. Su auténtica vocación era explorar ese filón, inspirarse en esas cuestiones, y tratar de escribir novelas que perduraran, que llegaran a ser clásicos. Pero se distrajo al implicarse en política, y su vocación se vio alterada, y empezó a creer en el progreso y a escribir libros que mostraban distintos caminos hacia él. Afirmó que no le interesaba crear obras de arte duraderas, sino responder a las acuciantes preocupaciones sociales y políticas, como hace un periodista. Discutió sobre ello con Henry James y años más tarde, en *Experimento en autobiografía*, volvió a examinar el tema de aquella discusión para averiguar cómo lo veía entonces. En ese momento

no se arrepintió de nada. Pero un tiempo después (como muestra *La mente ya no aguanta más*) perdió la fe en el progreso, o en la perfectibilidad del hombre, que viene a ser lo mismo. Durante casi medio siglo estuvo haciendo campaña a favor de un Gobierno Mundial asumiendo que la única gente capaz de instaurarlo y dirigirlo sería indiscutiblemente ilustrada, generosa y razonable. Pero la historia reciente ha demostrado que es mucho más probable que los dirigentes sean tiranos despiadados o, peor aún, personas ilustradas, generosas y razonables que se convierten en tiranos despiadados.

—Los tiranos pueden ser derrotados —objeta Gip—. Hemos derrotado a Hitler.

—Sí, pero a qué coste —dice Anthony—. Creo que al final todo lo que ha pasado ha sido demasiado para H. G. El poder del mal se hizo evidente, y parecía burlarse de su fe en el progreso. No me sorprendería que sintiera que había malgastado su energía y su talento escribiendo a favor de una causa perdida. Si hubiera escuchado a Henry James, tal vez no estaría tan deprimido por la recepción que tiene hoy en día su obra.

—Pero Henry James en la actualidad está tan pasado de moda como H. G., ¿no? —dice Marjorie.

—Puede que sí —dice Anthony—. Pero todavía tiene admiradores entre los literatos, y, según mi madre, en las universidades estadounidenses dan clases sobre su obra y lo consideran un gran escritor.

Gip suelta un bufido de burla.

—El mundo sería igual si Henry James no hubiera escrito ni una sola palabra. No se puede decir lo mismo de H. G.

—¿Cómo está Rebecca? —le pregunta Marjorie a Anthony, pensando que ya es hora de cambiar de tema.

—Muy ocupada —dice Anthony—. Últimamente, el *New Yorker* le encarga un montón de cosas. Al director le encanta lo que escribe.

—Qué bien —dice Marjorie.

—Sí. Ojalá pudiera usar sus contactos para colocarme ahí —dice Anthony melancólicamente—. El *New Yorker* paga realmente bien.

En septiembre, Rebecca publica un artículo sobre el juicio al traidor William Joyce, «lord Haw-Haw», en el *New Yorker*, y le envía un ejemplar de la revista. «Tuve que entregar el texto al día siguiente de que terminara el

juicio —le dice en la carta que acompaña la revista—. Harold Ross me dijo: “Solo conozco cinco o seis autores en todo el mundo que habrían podido escribir una historia tan exhaustiva y tan competente desde el punto de vista periodístico en tan poco tiempo, y ninguno podría haber alcanzado este nivel de excelencia literaria”.»Rebecca se siente orgullosa por el elogio que le ha hecho Ross, un director que tiene fama de ser muy exigente, y la calidad del artículo lo justifica. En él, logra transmitir la personalidad y el aspecto de todos los actores que intervienen en el drama —porque un juicio por traición en el Old Bailey es necesariamente un drama—, y lo hace de una manera vívida y al mismo tiempo sucinta, consiguiendo cierto grado de empatía con todos ellos, incluso con el principal protagonista, el hombre que estuvo burlándose de los oyentes británicos durante la guerra con los programas propagandísticos que emitía desde Berlín. Mucha gente —aunque no es el caso del escritor— encontró algo horriblemente adictivo en dichos programas, lo cual por lo general se atribuía a la curiosa manera de arrastrar las palabras que tenía Joyce, a su voz nasal y a su desagradable ingenio. Era como el malo de una pantomima, un hombre que a la gente le encantaba odiar. Por lo tanto, lejos de atemorizar al público británico con sus celebraciones de las victorias nazis al comienzo de la guerra, en las que tanto se regodeaba, reforzó su determinación a resistir; pero ahora la gente sentía la tentación de regodearse a su vez al verlo en el banquillo de los acusados, tentación en la que Rebecca evitó hábilmente caer en su artículo. Lo que hizo fue sacar a la luz los extraños giros y las paradojas de su infancia y de su educación, y mostró cómo esos episodios hicieron de él primero un fascista y después un traidor. También explicó a la perfección la compleja disputa legal sobre si un hijo de irlandeses nacido en los Estados Unidos podía considerarse un traidor al Reino Unido. El juez dictaminó que sí, pero le concedió a Joyce permiso para apelar, y ahí es donde termina el artículo. Cuando le escribe para darle la enhorabuena, él le dice que ha disfrutado leyéndolo, pero que disfrutaría más si pudiera verla. Ella le responde disculpándose por no poder ir a visitarlo; le dice que está muy ocupada con la apelación y preparando un artículo para otro juicio por traición que aparecerá en el *New Yorker*. «Ross me mandó un telegrama que decía: “Nos interesa cualquier cosa que quieras escribir sobre el juicio de Amery”», afirma exultante. Es evidente que está gozando de un momento de éxito como escritora, lo cual ha hecho que aumente su autoestima, y él se alegra por ella.

Rebecca está demasiado ocupada como para ir a verlo, pero afortunadamente Moura no. Se trasladó a Londres al finalizar la guerra, se instaló en un nuevo apartamento situado en Kensington, y va a visitarlo con frecuencia. Pasa largos ratos sentada junto a su cama o —si él está levantado— en la pequeña sala de estar o en la solana, ayudándolo a combatir el aburrimiento y ocupándose de algunas de las tareas de secretaria de Marjorie. Cuando tiene que enviar una carta en francés o en ruso, él se la dicta y ella la traduce sobre la marcha. Moura le cuenta cosas de sus hijos, Paul y Tania, y de la familia de Tania, y le transmite su apoyo y su compasión por la triste noticia concerniente al marido de Anna Jane, Eric, del que ya se sabe que murió cuando el enemigo hundió el barco en el que trataba de escapar de Java en 1942. Lo entretiene contándole anécdotas sobre la gente que conoce y con la que se encuentra en las fiestas y recepciones a las que asiste en Londres y a la que invita a su apartamento a tomar un jerez, pues tiene un círculo de conocidos sorprendentemente amplio y promiscuo que incluye a exiliados rusos, funcionarios gubernamentales británicos, diplomáticos extranjeros, escritores, artistas, actores y directores de cine. Le lleva artículos recortados de periódicos y revistas que cree que pueden interesarle y se los lee en voz alta. A veces se quedan sentados en silencio, tranquilamente, durante unos minutos, como un matrimonio de ancianos para quienes el sexo no es más que un recuerdo y que se limitan a hacerse compañía; de hecho, este es exactamente su caso, salvo que ellos nunca se han casado. No hablan mucho del pasado, pues es un territorio lleno de minas: crisis, discusiones, infidelidades y misterios sin resolver de los que nunca hablan, pues sería una tontería sacarlos ahora a la luz. Pero, cuando ella se marcha tras apretarle con fuerza la mano y agacharse para darle un beso de despedida, él suele ponerse a recordar algunos momentos que compartieron hace mucho tiempo.

Durante veinticinco años, Moura ha estado entretejida en la tela de su vida; al principio era un brillante hilo que aparecía unos instantes y desaparecía durante una larga temporada, pero más tarde su presencia fue adquiriendo cada vez más importancia. Tras aquella noche memorable en el apartamento de Gorki, en Petrogrado, mantuvieron una correspondencia ocasional. Durante esos años, él estaba con Rebecca y con Odette y Moura era la secretaria y acompañante de Gorki, que se había instalado en Sorrento con

el permiso de Lenin, primero, y de Stalin, después. No volvieron a verse hasta 1929. En la primavera de ese año, él fue a Berlín para dar una conferencia sobre «El sentido común de la paz mundial» en el Reichstag (un lugar no demasiado apropiado para el tema, viéndolo retrospectivamente), sin saber que ella vivía allí, subsistiendo a duras penas en calidad de agente literaria de Gorki, a quien Stalin había convencido de que regresara a Rusia el año anterior. En el hotel, se encontró con una nota de Moura que decía que asistiría a su conferencia. No pudo distinguirla entre el público, pero, cuando concluyó la charla, ella lo estaba esperando en la parte de atrás del salón de actos: alta, hermosa y atractiva a pesar de que llevaba una ropa raída y harapienta.

—Aigee —dijo ella, sonriendo, cuando él se le acercó con los brazos abiertos, y aquella manera de pronunciar su nombre tuvo sobre él el mismo efecto que un afrodisíaco inyectado directamente en una vena. Durante los dos días siguientes, hasta que él tuvo que regresar a Lou Pidou con Odette, fueron otra vez amantes.

En ese momento, dieciocho meses después de la muerte de Jane, se encontraba bastante inestable emocionalmente. Odette estaba deseando ocupar el espacio que había quedado vacante en su vida, pero él se cansaba cada vez más con sus caprichos y pataletas. Se había convertido en una especie de esposa gruñona e irritante sin los derechos de una esposa; pero en vez de tomar la decisión sensata, que habría sido dejar a Odette y juntarse con Moura ahora que se había reencontrado con ella, mantuvo con esta última un romance oculto, semejante a un adulterio: tenían encuentros clandestinos en distintos puntos de la Europa continental. Más adelante, no lograba explicarse por qué había actuado así, salvo que previera que iba a tener dificultades para librarse de Odette sin perder Lou Pidou, pero cuando al final hizo ese sacrificio, en 1933, le pareció absurdamente obvio que Moura era el amor de su vida y la mujer con la que quería pasar los años que le quedaran, y la cortejó en consecuencia. Moura se alegró mucho de poder ser su amante oficial, pero insistió en conservar su independencia. Se negó a vivir con él, y siempre estaba yendo de un lado para otro, viajando al extranjero por su cuenta. Él nunca sospechó que ella pudiera serle infiel, ya que no era nada promiscua. Una vez le contó que solo se había acostado con cinco hombres además de él: uno que se llamaba Engelhardt —Moura dijo que se habían casado y divorciado antes de que ella se casara con Benckendorf, pero él sospechaba

que solo había sido su amante—, sus maridos Benckendorf y Budberg, Bruce Lockhart y un italiano al que había conocido en Sorrento, de quien no dijo cómo se llamaba. También le contó que ya no mantenía ningún contacto con los que seguían vivos, y él la creyó... hasta que la pilló mintiéndole con respecto a un viaje a Moscú que hizo en 1934.

Él lo tenía todo organizado para ir allí en julio de ese mismo año con el objetivo de entrevistar a Stalin tras haber entrevistado hacía poco a Roosevelt, en los Estados Unidos, para el mismo proyecto periodístico. Se le había ocurrido que sería interesante, teniendo en cuenta la depresión económica que afectaba a todo el mundo en aquella época, interrogar a los líderes de las dos grandes naciones para tratar de determinar si sus ideologías, el capitalismo y el comunismo, podían aprender algo la una de la otra. En ese momento, su nombre todavía contaba con el peso suficiente como para lograr la aceptación de ambas partes. Se acordaba de lo útil que había sido tener a Moura de intérprete y guía en Petrogrado en 1920 y quiso que lo acompañara a Moscú, pero ella se negó, causándole un gran disgusto. Moura justificó su negativa diciendo que le daba miedo que la arrestaran si regresaba a Rusia y después, cuando él le aseguró que conseguiría todos los permisos que fueran necesarios, argumentó que tenía que viajar a Estonia para ver a sus hijos, que seguían viviendo allí al cuidado de su fiel institutriz irlandesa, Micky. Como era habitual en ella, no dio ninguna otra razón; simplemente afirmó que tenía que hacerlo y se marchó alrededor de una semana antes de la partida de él. En cualquier caso, quedaron en que él iría a buscarla a su regreso y pasarían cierto tiempo en la casa de campo de Moura. Estaba tan blando que la acompañó al aeropuerto de Croydon, desde donde salía el avión rumbo a Tallin. Moura le prometió que le escribiría a Moscú.

En lugar de a Moura, se llevó a Gip al viaje, y agradeció poder contar con su compañía, aunque el nivel de ruso de su hijo era bastante limitado y él no pudo evitar depender de un guía e intérprete en quien no confiaba. Sabía que Intourist²⁵ lo estaba manipulando con fines propagandísticos, pero no podía hacer nada al respecto. La entrevista con Stalin fue tan frustrante como la que había tenido con Lenin unos años atrás. El líder soviético no mostró absolutamente ningún interés por una reconciliación con la democracia capitalista liberal. Al concluir, él escribió un reportaje periodístico sobre Stalin y su Rusia; se mostró más halagador de lo que pensaba que Stalin

merecía, pero no quería dar ánimos ni argumentos a las voces críticas de la derecha británica. De hecho, le resultó deprimente la uniformidad de opiniones que encontró allá donde iba. Incluso Gorki soltó una perorata siguiendo las consignas del Partido cuando fue a visitarlo a la amplia dacha que tenía en el campo, a las afueras de Moscú. No había duda de que ese conformismo era el precio que tenía que pagar por sus privilegios. Tuvieron una discusión completamente estéril sobre la libertad de expresión, en la que Gorki dijo que se trataba de un lujo que Rusia todavía no podía permitirse. Durante la velada, él le mencionó a su intérprete Umanski que, antes de volver a casa, iba a pasar por Estonia a visitar a su amiga la baronesa Budberg, y Umanski le dijo:

—Ah, estuvo aquí hace apenas una semana.

Él se quedó tan sorprendido y conmocionado que no pudo articular palabra durante unos instantes.

—Pero eso es imposible —dijo al fin—. La semana pasada me envió una carta desde Estonia.

El hombre de Intourist, Andreichin, le dijo algo en ruso a Umanski, que pareció desconcertado, añadió que tal vez se hubiera confundido y esquivó todas las preguntas que él le hizo al respecto.

Durante la cena, de la que Umanski se ausentó, le dijo a Gorki, empleando a Andreichin como intérprete:

—Echo de menos a nuestra antigua intérprete, Gorki.

Su anfitrión, sorprendido, preguntó:

—¿A quién se refiere?

—A Moura.

Hubo un apresurado diálogo en ruso entre Gorki y Andreichin, y, cuando terminaron de hablar, este último dijo:

—Gorki dice que estuvo aquí tres veces el año pasado.

Tras hacer algunas preguntas, se enteró de que la primera de esas tres ocasiones había sido en Navidad, cuando supuestamente Moura se había ido a Estonia a visitar a su familia.

—Siempre paso la Navidad en Estonia —había afirmado.

La segunda vez había coincidido con su viaje a los Estados Unidos para entrevistar a Roosevelt. La tercera había sido la semana anterior.

—Gorki dice que usted no debería mencionarle estas visitas cuando la vea en Estonia o en Inglaterra, ya que quizá le produzca cierta vergüenza —le dijo Andreichin.

—Evidentemente —dijo él, aunque la conclusión más evidente para él en aquel momento fue que Moura lo había engañado.

Siempre había habido rumores de que Moura era la amante de Gorki, y ahora él se dio cuenta de que Gorki debía de ser el amante italiano anónimo de la lista de hombres a los que ella se había entregado. No le habría importado que ella se lo ocultara si la relación con él hubiera concluido, como ella había afirmado con respecto a todos los hombres de dicha lista. Pero estaba claro que no era así. ¿Qué otros motivos podía tener para regresar con tanta frecuencia a Rusia a ver a Gorki? Bueno, había otro posible motivo, señaló Gip cuando comentaron la cuestión en privado: difícilmente Moura podría haber cruzado las fronteras de Rusia, que estaban tan vigiladas, sin la cooperación de las autoridades. Tal vez fuera una agente secreta que pasaba información sobre algunos líderes de opinión de Europa occidental, incluido él mismo, a los servicios de inteligencia soviéticos. Era una hipótesis verosímil, pero él se negó a aceptarla. Si fuera cierta, le dijo a Gip, ella solo había empleado su «información» para conseguir un visado y, en cuanto a él, no tenía nada que ocultarle al nkvd.²⁶ Pero Gorki tenía suficiente influencia como para facilitarle la entrada al país todas las veces que quisiera.

Gip tuvo que volver a Inglaterra poco después y, durante el resto de su estancia en Moscú, él sufrió el tormento de los celos: se pasaba el día en la habitación de su hotel, llorando enfurecido, y era incapaz de dormir por la noche, cuando se dedicaba a planear toda clase de castigos y venganzas. De hecho, redactó un codicilo en el que estipulaba que Moura debía quedar fuera de su testamento, que llevó a la Embajada británica para que lo autentificaran, y modificó su itinerario de modo que pudiera regresar directamente a Inglaterra para llevar a cabo otras acciones contra ella. Pero era tal su necesidad de hablar con Moura que al final volvió a cambiar los billetes y le envió una postal indicándole cuándo iba a llegar a Tallin y mencionando que había oído el absurdo rumor de que había estado en Moscú hacía poco, para que ella tuviera la desagradable sospecha de lo que le esperaba.

Por supuesto, de ese modo también le daba tiempo para tranquilizarse y preparar alguna excusa, pero en cualquier caso él se vio sorprendido por lo

serena que parecía cuando fue a buscarlo al aeropuerto de Tallin y lo besó con mucho cariño. En el taxi que los llevaba a la ciudad, él dijo:

—Qué curiosa la historia esa sobre que habías estado en Moscú.

—Sí. ¿Quién te la contó?

—Nadie. Fue algo que escuché por casualidad no sé dónde.

—A quién se le habrá ocurrido.

Así estuvieron un rato hasta que él dijo:

—Moura, eres una mentirosa. ¿Por qué me has hecho esto?

Ella tenía una respuesta preparada, por supuesto.

—El viaje se organizó de repente cuando ya estaba en Estonia... —dijo—.

Por eso no te conté nada.

—Y, entonces, ¿por qué hiciste que me mandaran una carta a Moscú desde Estonia en la que no decías nada al respecto?

Moura seguía imperturbable.

—Te lo explicaré cuando llegemos a Tallin, durante el almuerzo.

Él no pudo evitar reírse de ella.

—Me recuerdas a una viñeta que vi en *Illustration Française*. Aparecía una mujer a la que su marido había pillado in fraganti con un joven centinela que se estaba poniendo los pantalones, y le decía «Dame tiempo y puedo explicártelo todo».

Moura sonrió amigablemente y le dijo:

—Conozco un restaurante muy bueno con un jardín precioso.

Les ofrecieron una mesa a la sombra de un toldo que parecía una enorme vela y les llevaron un almuerzo excelente: langosta a la parrilla acompañada por un vino blanco muy seco y delicioso. La situación era muy agradable y, ya relajados y de mejor humor, comenzaron a charlar cordialmente, como si nada hubiera pasado, hasta que él percibió el peligro y la llamó al orden.

—Y ahora, Moura, es el momento de que me des una explicación.

Ella le dijo que la oportunidad de viajar a Moscú se había presentado de repente, inesperadamente. Gorki le había conseguido una autorización del Ministerio de Asuntos Exteriores ruso. Tenía muchas ganas de regresar al país tras su largo exilio, y no le había contado nada sobre el tema ni le había propuesto que se encontraran en Moscú porque, si alguien los hubiera visto juntos, podrían haber despertado sospechas.

—¿Qué te ha parecido el país después de...? ¿Cuántos años has estado fuera?

—Diez años. La verdad es que me he sentido decepcionada.

—Moura —le dijo él—. ¿Por qué sigues mintiendo? Has estado en el país tres veces en los últimos doce meses.

—No —dijo ella—. ¿Quién te ha contado eso?

—Gorki —dijo él, y le contó cómo había ocurrido.

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. El intérprete debe de haberse equivocado. —Su desfachatez era notable y provocaba irremediamente cierta admiración—. En cualquier caso —dijo—, ¿por qué estás tan disgustado, Aigee? No te imaginarás que Gorki y yo somos amantes, ¿verdad?

—¡Claro que me lo imagino!

—¡Bah! Gorki es impotente desde hace años —dijo ella—. Lo sabe todo el mundo.

—Bueno, pues yo no lo sabía —dijo él, muy sorprendido—. Pero ¿por qué iba a creerte, cuando me has mentido, ocultando los tres viajes a Rusia que has hecho este año?

—Eso es una equivocación del intérprete —repitió ella.

—Moura, si consigues demostrármelo de un modo indiscutible (haciendo que Gorki me escriba una carta, por ejemplo), te creeré. O llama por teléfono a Andreichin para que los dos podamos hablar con él. Podrías llamarlo esta tarde.

—Muy bien —dijo ella tranquilamente.

Sin embargo, como era predecible, Moura no presentó nunca ninguna prueba. Aquella tarde surgieron dificultades para realizar la llamada telefónica, la carta de Gorki nunca se materializó y, al cabo de un tiempo, él comenzó a aburrirse de su papel de inquisidor y a sentir cierta vergüenza al interpretarlo. Era imposible resistir el poder de atracción de la cama de Moura en las cálidas noches de verano de Estonia, y, cuando regresaron a Inglaterra, recuperaron las costumbres de su relación, aunque para él ya no volvió a ser igual: quedó empañada para siempre por un elemento de duda y desconfianza. Pasó un tiempo profundamente deprimido por aquella experiencia, que había hecho que se tambaleara su confianza en sí mismo, no solo por descubrir que podía estar tan ciego en una relación tan íntima con otro ser humano, sino también por lo violentamente que había reaccionado ante

el desencanto. Por segunda vez en su vida, sintió con fuerza la tentación de suicidarse, y solo logró superar ese estado de ánimo escribiendo *Experimento en autobiografía*, obra en la que trataba de realizar un análisis sincero de su vida y su personalidad.

Nunca llegó a saber con certeza si Moura le había dicho la verdad sobre su relación con Gorki y sus supuestos viajes a Rusia de 1934, pero poco a poco aceptó la idea de no saber si ella le estaba diciendo la verdad sobre algún tema. Moura consideraba que la realidad era algo que podía aplastarse y estirarse y retorcerse como la plastilina, para producir así toda clase de formas interesantes y atractivas en función de las necesidades del momento. Si uno cuestionaba la perfección de su representación, ella se limitaba a sonreír y se quedaba en silencio o cambiaba de tema. Por algún motivo, la vergüenza que da una mentira al ser descubierta la sentías tú y no Moura. Él sospechaba que se trataba de un curioso rasgo del carácter ruso. Ella era un espíritu libre que nunca podría ser capturado ni domesticado, y los esfuerzos que hizo a lo largo de los años para lograr que se comprometiera explícita e irrevocablemente casándose con él nunca dieron fruto. Una muestra casi ritual de esto tuvo lugar un día de 1935, cuando él le dijo:

—Por lo menos, prometámonos, Moura. Invitemos a nuestros mejores amigos a un gran almuerzo y anunciemos nuestro compromiso.

Para su sorpresa y deleite, ella aceptó. Por lo tanto, reservaron un salón privado en el Quo Vadis, en el Soho, e invitaron a sus amigos a la fiesta de compromiso, pero, justo antes de que se sentaran todos los comensales, Moura le dijo:

—Desde luego, Aigee, no me tomo en serio nada de esto.

—¿No te lo tomas en serio? —preguntó él, horrorizado.

—No. Voy a dar un pequeño discurso para que todo el mundo se entere de que era una broma, una excusa para organizar una buena fiesta.

Y así lo hizo, y él tuvo que sonreír y fingir que había sido cómplice de la broma desde el principio para evitar una humillación pública. Nunca descubrió si esa había sido todo el tiempo la intención de Moura o si había decidido anular su compromiso al entrar en el restaurante.

Tras aquel episodio, perdió la esperanza en casarse y se conformó con mantener con Moura una relación indefinida, que constituía lo único que ella aceptaba: era su compañera y amante, pero no quería cohabitar con él y

disponía de la libertad de ir y venir cuando y donde quisiera. Él estaba bastante seguro de que ella le era fiel, y cuando él le era infiel a ella, como sucedía de vez en cuando, y ella lo descubría, se ponía a tomarle el pelo en lugar de reprochárselo. Lo principal es que, a su particular y enigmática manera, ella lo quiere, y el hecho de que continúe yendo a visitarlo y se muestre amable con él ahora que es un anciano impotente probablemente sea más de lo que merece por parte de ninguna mujer. Se siente muy agradecido.

La mente ya no aguanta más se publica al fin en noviembre y es recibido con indiferencia por la prensa. Algunas breves reseñas lamentan que el señor Wells parezca haber abandonado toda esperanza en la civilización, en la raza humana y en el mismísimo universo, y una dice que semejantes divagaciones incoherentes avergonzarán a los admiradores y harán crecerse a los detractores de quien en otro tiempo fue un pensador eminente. Gip ya le había advertido que ese sería el tono general de la recepción del libro, tratando de convencerlo para que no lo publicara, de modo que nada de lo que lee en la prensa supone una sorpresa ni una decepción para él. Como de costumbre, la publicación del libro funciona como una especie de purga o evacuación de las intuiciones, angustias y obsesiones que motivaron su escritura, y ya no se halla oprimido por la desesperación cósmica expresada en *La mente*. No es que se sienta más optimista con respecto al futuro de la raza humana, pero el tema ya no le preocupa tanto. Ha dado su opinión; que la raza humana haga con ella lo que quiera. Él no tiene nada más que decir.

Sin embargo, todavía se lo puede persuadir para que colabore con otras personas para intervenir en cuestiones de interés público. Ese mismo mes comienzan en Núremberg los juicios contra criminales de guerra nazis: Göring, Hess, Ribbentrop y otros miembros de esa banda perversa. Algunas escrupulosas lumbreras del derecho han cuestionado la legitimidad de este tribunal, que no tiene precedentes, pero los crímenes en cuestión tampoco los tienen y las naciones victoriosas tienen la firme determinación de castigarlos. Lo que se juzga, en esencia, es el nazismo: «Los males que intentamos condenar y castigar son algo tan calculado, tan maligno y tan devastador que la civilización no puede tolerar que se los pase por alto», afirma el fiscal jefe estadounidense durante la sesión inaugural; todas las pruebas proceden de «libros y documentos llenos de notas que tomaron los acusados, llevados por

su pasión teutónica por la exhaustividad». Termina el año y el juicio continúa. Avanza muy lentamente, obstruido por la participación de cuatro equipos legales distintos procedentes de los cuatro países aliados. En febrero hay rumores de que los rusos están intentando eliminar ciertos documentos que indican cómo eran las relaciones germano-rusas durante los años veinte y treinta. En Gran Bretaña y los Estados Unidos se organiza un grupo de personas prominentes, en el que se incluyen el profesor Joad, del programa *Brains Trust* de la bbc, y el novelista Arthur Koestler, para firmar una petición solicitando al tribunal de Núremberg «que haga públicos todos los documentos que prueben o desmientan la supuesta relación entre el partido nazi, Trotski y otros antiguos bolcheviques condenados en los juicios de Moscú». Él mismo es invitado a firmar y lo hace satisfecho y convencido, ya que la falta de libertad de expresión y los juicios contra los supuestos traidores, que evidentemente estuvieron amañados y no fueron más que una farsa, siempre le han parecido de las cosas más graves y objetables del régimen soviético de Stalin.

Esta opinión se ve reafirmada tras la lectura de *Rebelión en la granja*, la inteligente sátira de George Orwell sobre la Revolución rusa y los acontecimientos que le siguieron, que su editor de los últimos años, el emprendedor Fredric Warburg, sacó en agosto de 1945 después de que T. S. Eliot rechazara su publicación en Faber. Según Warburg, tras unos titubeantes inicios, las ventas del libro comenzaron a crecer de manera sostenida a lo largo de los siguientes meses, durante los cuales en cada vez más estados de Europa del este se imponían regímenes comunistas controlados por los soviéticos, incluyendo Polonia, el país por cuya independencia Gran Bretaña había entrado en la guerra, y el benevolente tío Josef de la propaganda aliada comenzaba a asumir un aspecto siniestro. *Rebelión en la granja* se ha convertido en un gran éxito de ventas. Eliot se lo tiene merecido. Si uno de sus críticos tenía que triunfar sobre el otro, él habría querido que ocurriera exactamente lo que ha ocurrido.

A Moura le gustó mucho *Rebelión en la granja* —él le prestó su ejemplar del libro—, pero, para su sorpresa, se muestra contrariada cuando él le enseña la petición para el tribunal de Núremberg que ha firmado.

—No deberías meterte en esos asuntos, Aigee —le dice—. No sabes nada sobre el tema. Y, además, ¿qué tienen que ver esos documentos con lo que los

nazis hicieron durante la guerra? Todo eso es historia antigua. ¿Para qué removerla?

Está muy gruñona, cosa rara en ella, durante el resto de la visita, y se va antes de lo habitual. Cuando él comenta lo que ha pasado con Anthony, que va a verlo a Hanover Terrace un poco más tarde, este esboza una sonrisa cómplice y dice:

—Probablemente le preocupe que su nombre aparezca en esos documentos.

—¿Por qué iba a aparecer?

—Probablemente en esa época se dedicara a espiar a los alemanes para los rusos. O a los rusos para los alemanes.

—No deberías decir una cosa así ni en broma —dice él.

—No lo estoy diciendo en broma, H. G. —dice Anthony—. Y no soy el único que piensa que Moura es una espía.

—¿Es o era?

—Las dos cosas. ¿De verdad nunca lo has sospechado?

Él no contesta la pregunta. Desde luego, recuerda el episodio de Moscú en 1934, y la interpretación de Gip.

—No me refiero a que sea una espía en el sentido clásico —continúa Anthony—, que se haya dedicado a robar planos de armas secretas y cosas así. Creo más bien que se limita a tener los ojos y los oídos bien abiertos en los cócteles a los que va y en esas reuniones que organiza, y que luego transmite información que puede serle útil al servicio secreto ruso.

—Si esto es un hecho tan conocido que hasta tú lo sabes, ¿por qué no la han detenido?

—Tal vez la hayan detenido y el Servicio de Seguridad, el MI5, haya hecho que la soltaran.

—¿Por qué?

—Tras convertirla en una agente doble.

Mira fijamente a Anthony, pero este no pestañea ni sonríe para darle a entender que está bromeando.

—¡Bah! —exclama al final—. Me niego a creer nada de eso. No son más que bobadas.

—Bueno, como quieras, H. G. —dice Anthony—. No quería disgustarte.

Me imaginaba que tú siempre habías sabido mucho más que yo. Y ya sabes que adoro a Moura. La respeto muchísimo.

—La Revolución destruyó la familia de Moura. Ella nunca ha creído de verdad en el comunismo, aunque tuvo que fingir cuando vivía en Rusia, y se escapó en cuanto pudo hacerlo sin correr riesgos. ¿Por qué se iba a convertir en espía y a trabajar para el régimen soviético?

—¿Quién sabe? —dice Anthony, encogiéndose de hombros—. En 1918 tuvo graves problemas, ¿no? Por lo de la «conspiración Lockhart». A lo mejor eso le dio al nkvd cierto poder sobre ella.

—En esa época no se llamaba nkvd —dice él pedantemente—. Se llamaba la Checa.

Cuando Anthony se marcha, se ciñe con más firmeza la manta alrededor de las piernas y se queda en el sofá con la mirada fija en el débil fuego que arde en la chimenea —unos pocos trozos de carbón cubiertos por un polvoriento hollín—, dándole vueltas a la conversación que acaban de mantener. Cuanto más lo piensa, más espantosamente verosímil le parece lo que Anthony ha planteado. Desde luego, Moura estuvo en una situación muy comprometida cuando Lockhart, su amante, fue detenido en 1918 por, supuestamente, haber participado en una conspiración —fallida, pero por poco— para matar a Lenin. Lockhart, un agente británico enviado a Moscú en calidad de diplomático con la misión de animar a los bolcheviques a que volvieran a entrar en la guerra, afirmó en sus memorias, años más tarde, que no había tenido nada que ver con el intento de asesinato. Al final lo enviaron de nuevo a Londres a cambio de la liberación de un espía ruso. Moura fue detenida con él y pasó un tiempo en la cárcel. Tuvo suerte de que la soltaran; a mucha gente le pegaban un tiro sin mayor trámite en la Rusia de aquella época. Pero tal vez no había sido cuestión de suerte; tal vez había aceptado colaborar con la Checa a cambio de la libertad. Eso explicaría el sorprendente hecho —que él, en el momento, había considerado un golpe de suerte, pero que, si esta hipótesis era cierta, perdía su elemento de sorpresa— de que se la hubieran asignado como intérprete y guía en San Petersburgo en 1920. Quizá le hubieran dado instrucciones para que se hiciera amiga del influyente visitante británico e informara al Kremlin de sus actividades y sus puntos de vista. ¿Acaso ella había fingido que ya se conocían, de 1914, para ganarse su confianza? ¿Es posible incluso que se acostara con él para asegurársela? Esta idea le desgarr

el corazón como una daga. No puede soportarla. No está dispuesto a creérsela. ¿Por qué se iba a haber entregado a él de una manera tan calculadora cuando no había ningún motivo para pensar que volverían a encontrarse de nuevo? La hipótesis de que colaboraba con el servicio secreto soviético no solo explicaría sus tres viajes a Rusia de 1934, sino también los muchos otros viajes que había hecho sola a lo largo de los años. Tal vez esa fuese la verdadera razón por la que siempre se había negado a casarse o a vivir con él: porque necesitaba estar libre para poder desplazarse de Inglaterra a Rusia sin que él se enterara. Había descubierto —o creía haber descubierto— que ella lo engañaba con Gorki en 1934, pero ahora contempla consternado, tembloroso, desconcertado, el vertiginoso abismo que supone otra clase muy distinta y mucho más profunda de engaño: la posibilidad de que su larga historia de amor haya estado determinada desde el principio por la conveniencia, por la necesidad de Moura de sobrevivir. En cierto modo, se trata de una posibilidad que siempre había contemplado inconscientemente, pero la negaba o la reprimía, negándose a sacar conclusiones a partir de la información que tenía, porque prefería verse como un amante celoso que como un ingenuo en materia de política.

—Por Dios, H. G., ¿qué te pasa?

Marjorie ha entrado en la habitación y se agacha a su lado con cara de preocupación.

—¿Por qué lloras? —le pregunta. Le saca el pañuelo de seda que lleva en el bolsillo de la camisa y se lo da para que se seque los ojos.

—No es nada... —murmura él—. Estoy cansado. Quiero irme a la cama.

Se despierta de repente en mitad de la noche e inmediatamente recuerda su conversación con Anthony y el nuevo relato de la vida de Moura que ha generado. Le da vueltas y más vueltas, ajustándolo y corrigiéndolo, revisándolo y ampliándolo a la luz de ciertos recuerdos nuevos que se le presentan. Si es cierto, ella le ha tomado el pelo de una manera tremenda. Tiene que saber si es cierto. La próxima vez que Moura vaya a visitarlo, tendrá una conversación frontal con ella y le exigirá que le diga la verdad. Toca el timbre para que venga la enfermera de noche y le pide un somnífero, pues sabe que no podría volver a dormirse de otro modo.

Se despierta otra vez cuando la enfermera corre las cortinas de su habitación para que entre la luz grisácea de una húmeda mañana de marzo. Lo

ayuda a ponerse las pantuflas y la bata y lo acompaña hasta el baño para que haga pis y se ponga la dentadura postiza. Después él vuelve a meterse en la cama y ella le coloca sobre las rodillas la bandeja del desayuno, con té y tostadas y un huevo duro, y le deja un ejemplar doblado del *Times* en la silla que hay junto a la cama. Mientras ingiere lentamente la comida, sus pensamientos van en la misma dirección que durante la noche, pero con un tono distinto, más indulgente. Al fin y al cabo, ¿de qué otra manera podría haber superado Moura todas las crisis y los peligros con que se ha encontrado en la vida, si no transigiendo y engañando? Pero, si le planteara a Moura el tema del nuevo relato de su vida y ella admitiera que es cierto, supondría el fin de su relación. ¿Realmente quiere eso? No. Aprecia su compañía y espera con ganas sus visitas, que son de las pocas cosas que vuelven tolerable su tediosa existencia ahora que su vida parece estirarse más y más contra toda razón, contra cualquier expectativa. Por lo visto, su destino es morir muy muy lentamente, ir hundiéndose centímetro a centímetro hacia el olvido, en una sucesión de días y noches exactamente iguales salvo por las pocas cosas que le resultan interesantes y le proporcionan breves iluminaciones y por el contacto humano que tiene con las personas que van a visitarlo, sobre todo con Moura. No quiere perderla. Va a tragarse su orgullo, va a prescindir de la satisfacción que supondría saber la verdad. Después de todo, ¿qué bien le puede hacer eso ahora? Va a aceptar seguir viviendo, y morir, con la incertidumbre.

Para su sorpresa, ya que no esperaba volver a verla tan pronto, Moura vuelve esa misma mañana y trae consigo unos narcisos precoces que iluminan la habitación como una antorcha. Él sigue en la cama cuando ella entra alegremente en el dormitorio, pues rara vez se levanta antes de mediodía.

—¡Hola, Aigee! No me esperabas, lo sé, pero ayer estaba de mal humor y me fui antes de lo habitual, así que hoy he vuelto para compensarte. Te traigo unas preciosas señales de que ya llega la primavera —dice Moura, y se agacha para darle un beso en la mejilla.

—Gracias, Moura, eres un encanto —dice él, y la observa. Lleva un vestido recto bastante amorfo y se la ve corpulenta, pero todavía se mueve grácilmente. Va de un lado a otro, encuentra un jarrón, lo llena de agua en el baño y comienza a colocar las flores.

—¿Cómo te encuentras hoy, Aigee?

—Más o menos como siempre —dice él. Y entonces, horrorizado, se oye preguntándole sin premeditación alguna—. ¿Eres una espía, Moura?

El deseo reprimido de saber la verdad se ha apoderado de sus órganos vocales y lo ha hecho formular la pregunta que había decidido no hacer.

Moura no responde de inmediato. Continúa colocando los narcisos y se queda callada tanto tiempo que él piensa que tal vez no haya oído la pregunta, o que él se ha imaginado que la hacía. Pero al final le contesta.

—Aigee... Esa es una pregunta muy boba. ¿Quieres que te diga por qué? Porque, si se la haces a alguien que no es una espía, te va a decir que no. Pero si es una espía también te va a decir que no. Así que no tiene sentido hacer una pregunta así.

—No, desde luego que no —dice él—. Olvida que te la he hecho.

—Ya lo he olvidado —dice ella, sonriendo, y quita el periódico de la silla que hay junto a la cama para sentarse a su lado—. ¿Quieres que te lea el *Times*?

—Sí, por favor —dice él—. Léeme los obituarios.

* * *

El 6 de agosto, Rebecca West vuelve a Inglaterra desde Núremberg, donde ha asistido al juicio contra los criminales de guerra nazis para escribir un artículo para el *New Yorker*. Vuela de Berlín a Croydon en un avión civil británico. En la sala de embarque, en Berlín, le ha echado un breve vistazo a un periódico y ha visto que es el primer aniversario del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima, pero no piensa en ello mientras observa por la ventana del avión la costa de Kent, que va deslizándose lentamente hacia atrás, bajo el ala del Dakota. Piensa en una historia de amor muy inesperada y muy apasionada que ha tenido durante la última quincena. ¿Solo hace dos semanas desde que voló en la dirección contraria en un avión de las fuerzas aéreas con un grupo de periodistas que iban a realizar la misma tarea que ella? Le parece imposible que tantas experiencias tan intensas puedan comprimirse en un periodo de tiempo tan corto.

No es que el juicio haya tenido demasiada intensidad. Empezó hace nueve meses y no se espera que concluya hasta dentro de unos cuantos más. Con tantos acusados y cuatro equipos de fiscales, cada uno con sus propios códigos

de prácticas y tradiciones legales, y dada la preocupación del tribunal por ser escrupulosamente justo con los acusados (al margen de los rusos, que consideran que el resultado ya está determinado de antemano y que el juicio es un paripé), los avances han sido insoportablemente lentos. En algún momento, debido a lo tedioso del proceso judicial, el catálogo de maldades que se estaba investigando se ha convertido en algo cotidiano y ha dejado de tener un impacto emocional. Es evidente que quienes han asistido desde el principio están agotados de escuchar tantas atrocidades y lo único que quieren es que todo termine, salvo los acusados, en defensa de cuyos intereses el juicio se está alargando todo lo posible, ya que lo más probable es que casi todos ellos acaben colgados cuando termine. De una manera bien curiosa, los acusados controlaban el juicio y castigaban a los fiscales con el aburrimiento. La sala de vistas era un baluarte del aburrimiento. Aunque no para Rebecca, desde luego; a ella todo le resultaba nuevo y fascinante, pero cuando se pusiera a escribir su artículo iba a necesitar todas sus habilidades literarias para compensar la ausencia de dramatismo.

Fuera de la sala de vistas, el ambiente era muy distinto. Los abogados, los militares, los periodistas, los funcionarios y los secretarios civiles combatían el aburrimiento de la manera más fácil: por medio del sexo. Sobre todo, los estadounidenses, que constituían la presencia dominante en la comunidad aliada, tanto desde el punto de vista numérico como desde el económico. Entre ellos resultaba complicado encontrar un hombre que no estuviera separado por miles de kilómetros de su esposa o novia, que no se sintiera espiritualmente enfermo debido a un exceso de guerra y exilio y que no buscara consuelo y alivio en los brazos de la primera mujer que estuviera disponible. En cuanto llegó, Rebecca notó el embriagador aroma de la excitación erótica que había en el aire, y no pasó demasiado tiempo antes de que ella se embriagara también.

Francis Biddle era uno de los principales fiscales estadounidenses. Era un hombre de sesenta años con un aspecto viril, esbelto, guapo a pesar de haber perdido mucho pelo en la zona de la coronilla, inteligente y culto, lleno de energía y bastante ocurrente. Ella los había conocido a él y a su esposa Katherine en Washington y Filadelfia entre las dos guerras. Él le había gustado muchísimo; su esposa, no tanto. Katherine había estado con él en Núremberg durante un tiempo, pero había regresado a los Estados Unidos para ocuparse

de sus hijos, según le contó él casi en cuanto se encontraron. Fue el primer día que ella iba a la sala de vistas.

—¡Rebecca! —gritó él, al reconocerla entre la multitud que se agolpaba delante del tribunal, y se acercó a darle un beso en la mejilla—. Es estupendo verte. Estás tan guapa como siempre.

—No es verdad. Estoy hecha un espantajo —dijo ella con franqueza.

Él soltó una carcajada.

—Eso lo podemos arreglar.

Y lo hizo. Le consiguió una valiosa tarjeta que le permitía entrar en el PX, una imitación bastante aceptable de unos grandes almacenes norteamericanos que había surgido misteriosamente en Núremberg, una ciudad destruida por las bombas. Había allí un típico local estadounidense de refrescos y helados, además de una peluquería y tiendas donde podía comprar medias de nailon y lencería y otras prendas de ropa que eran inencontrables en Inglaterra incluso si uno tenía los cupones. Después de peinarse y hacerse la manicura y ponerse un veraniego vestido neoyorquino, casi estaba dispuesta a creerse lo que él repetía una y otra vez: que era una mujer que se había «descuidado» en el anodino ambiente de la austera Inglaterra y que ahora se había reencontrado con su belleza madura. La rescató del sitio donde la habían alojado con otras mujeres periodistas, que parecía una residencia universitaria llena de gente, y la llevó a la Villa Conradi, una impresionante residencia de estilo italiano rodeada por un parque privado en la que vivían con todas las comodidades él y otros abogados estadounidenses importantes. Allí la instaló en una espaciosa habitación de techos muy altos y con un cuadro sumamente erótico de Venus y Marte delante de la cama, que era una declaración pictórica de sus esperanzas e intenciones. No tardó mucho en confesarle que no se la había encontrado por casualidad el primer día; había visto su nombre en una lista y llevaba cierto tiempo deseando ansiosamente el momento del reencuentro. Había estado siguiendo la vida de Rebecca a distancia a través de sus libros, sobre todo *Cordero negro, halcón gris* —del que decía que a Katherine y a él les gustaba tanto que se lo solían leer en voz alta— con la esperanza de que volvieran a encontrarse algún día.

—Siempre te he deseado, Rebecca, pero no había tenido la oportunidad de dar el primer paso hasta ahora —le dijo la segunda vez que la besó, esta vez en la boca. Y, cuando ella sacó el tema de su esposa, él despachó sus

escrúpulos de esta manera—: Katherine es una buena compañera y una madre estupenda, pero eso es lo único que queda de nuestro matrimonio. De todos modos, nunca le gustó demasiado el sexo. Cuando nació nuestro segundo hijo, no quiso hacerlo hasta dieciocho meses después.

Ella no había tenido ningún amante durante un periodo considerablemente más largo y se había resignado al celibato de por vida, pero la oportunidad de disfrutar de una última aventura con un hombre tan encantador y atractivo era demasiado tentadora, así que se dejó llevar y la gozó enormemente, dándole las gracias a la diosa bajo cuya imagen se solazaba noche tras noche. Pero ahora todo había terminado.

—¿O tal vez no? —se pregunta, contemplando el acolchado verde y marrón de los campos ingleses y los sinuosos caminos que parecen cintas por las que se mueven unos pequeños coches de juguete. Cuando se han separado, esta mañana, Francis le ha rogado que vuelva a Núremberg para los veredictos, que probablemente se conocerán en algún momento del otoño, y le ha prometido escribirle e incluso le ha dicho que quizá pueda hacer una breve escapada a Inglaterra. La idea de volver a Núremberg para los veredictos es razonable, desde el punto de vista periodístico, y Rebecca confía en que Ross le encargue un segundo artículo. Tal vez, al fin y al cabo, piensa mientras el capitán indica a los pasajeros que se abrochen los cinturones de seguridad y el avión inicia el descenso, tal vez esta relación no tenga por qué ser solo una breve llamarada de pasión; tal vez tenga cierto recorrido. Desde luego, es un nuevo aliciente para seguir viviendo. Henry va a estar esperándola en el aeropuerto. ¿Notará en su rostro los rasgos distintivos del deseo satisfecho?

En Croydon, se lleva una agradable sorpresa: no solo Henry, sino también Anthony y Kitty y sus dos nietos han acudido a recibirla. Le encanta verlos a todos juntos y felices después de lo mal que lo han pasado en los últimos tiempos. Caroline lleva una pancarta que ha hecho ella misma y que dice «Bienvenida a casa, abuela»; sin duda, se ha inspirado en los numerosos carteles semejantes que adornan las casas de los soldados que vuelven a su hogar. ¡Si supieran lo que ha estado haciendo la abuela en Alemania! Todo el mundo comenta el buen aspecto que tiene.

—Es por la excelente comida que tienen allí —dice—. No está racionada. Los yanquis de Núremberg comen de todo.

Henry la mira un tanto desconcertado, frunce el ceño y le dice:

—Tienes un peinado nuevo, Rac.

—Sí. ¿Te gusta?

—Es muy bonito. —Le da un beso en la mejilla—. ¿Ha sido interesante?

—Muy interesante.

—Qué bien. Quiero que me lo cuentes todo.

Ella le habla de los juicios mientras él conduce, y menciona que se encontró con un amigo que conocía de antes de la guerra, Francis Biddle, uno de los principales fiscales estadounidenses.

—Qué agradable.

—Sí, fue muy agradable —dice ella. Ha vuelto a Inglaterra. El país de lo agradable. El país de Henry.

Al poco de llegar a Ibstone House, llama a Marjorie para preguntarle por la salud de H. G.

—No hay ninguna novedad —dice Marjorie—. Se levanta y se pasa unas horas en el piso de abajo, pero la mayor parte del tiempo se queda en su habitación. Creo que se está debilitando a un ritmo lentísimo, pero es difícil asegurarlo. Un día dijo: «Estoy esperando en la orilla del Estigio a que venga ese maldito barquero. Ojalá se dé prisa».

—Dios mío, qué triste —dice Rebecca—. Intentaré ir a verlo. He sacado unas fotos de la sala de vistas de Núremberg que creo que pueden interesarle.

—Se va a poner muy contento —dice Marjorie.

—Quizá dentro de dos semanas —dice Rebecca—. Tengo que escribir el artículo para el *New Yorker* antes de que me empiece a olvidar de algunas cosas.

Se pasa los siguientes seis días trabajando duramente en el artículo. Describe la actitud de Francis, sentado en el estrado, en la parte más alta de la sala de vistas, diciendo que era «como un cisne sumamente inteligente que de vez en cuando se inclinaba para entrar en contacto con otras aves acuáticas menores», y sonrío para sus adentros al imaginárselo leyendo esas palabras. Él le envía una carta de amor subida de tono y ella le contesta reprobándolo con juguetona ironía. Él vuelve a escribirle, pidiéndole que le mande una carta que pueda enseñarle a Katherine; la ha mencionado en muchas de las cartas

que le ha escrito a su mujer y teme que Katherine sospeche algo. Ella siente un pequeño escalofrío al leer esto y no le contesta.

El séptimo día desde su regreso de Alemania, se despierta sintiéndose incomprensiblemente ansiosa y preocupada y se pasa toda la mañana sentada en su escritorio sin poder producir nada de valor. Desecha cada cosa que escribe, hace un bollo con el folio y lo tira a la papelera. Por la tarde, le pide a Henry que la lleve a la cabecera de un valle cercano para poder recorrer a pie, colina abajo, los cinco kilómetros que hay hasta su casa. Hace un día muy bueno, cálido pero no caluroso hasta el punto de resultar desagradable, y unas nubes blancas pequeñas y esponjosas se desplazan como ovejas pastando en el cristalino cielo azul. Su estado de ánimo de por la mañana comienza a cambiar. Quizá lo hubiera provocado la humillante petición de Francis, que lo había rebajado a los ojos de ella y le había recordado la incomodidad que solía sentir hace años a causa de la relación triangular que mantenía con H. G. y Jane. Qué esclavos somos de nuestros genitales, piensa, qué cantidad de tiempo y energía y espacio mental perdemos para conseguir su encuentro con los de otra persona, y después para ocultarlo. Debería romper con Francis ahora mismo, pero soy demasiado débil, de modo que la aventura se estirará un poco más, hasta que él decida dejar de poner en riesgo su matrimonio. Es lo que pasa entre los hombres y las mujeres, lo que ha pasado siempre y lo que siempre pasará.

Cuando está llegando a casa, Henry sale a recibirla con una expresión muy seria en la cara.

—Ha llamado Marjorie —le dice—. H. G. ha muerto esta tarde.

—Dios mío —dice Rebecca—. Lo de esta mañana debe de haber sido una premonición.

Esa noche, cuando Rebecca la llama por teléfono, Marjorie le hace un relato pormenorizado de la muerte de H. G.

—Ha sido súbita e inesperada. Llevaba como una semana metido en su dormitorio, pero se sentaba en la mesa del estudio para comer y leía los periódicos y hacía el crucigrama del *Times* con la rapidez habitual. Esta mañana, la enfermera de día tenía que ausentarse durante dos horas, así que yo he ido a verlo varias veces y parecía que estaba igual que siempre. Quizá un poco más cansado y más amable. A veces podía llegar a ser muy irritable.

Pero cuando le he echado una mano para hacer no sé qué cosa, me ha dicho: «Gracias, señora Wells», y me ha sonreído. La enfermera ha vuelto a su puesto y yo me he ido a casa a la hora de comer, sintiéndome feliz por cómo lo había visto. Y un rato después, a las cuatro, la enfermera me ha llamado y me ha dicho que había muerto... —Se hace un silencio durante el cual es evidente que Marjorie está tratando de contener las lágrimas—. Perdona —dice, y continúa hablando—. Por lo visto, la ha llamado y se ha sentado al borde de la cama y le ha pedido que lo ayudara a quitarse la chaqueta del pijama, como si fuera a vestirse. Pero entonces ha vuelto a ponérsela y se ha metido de nuevo en la cama. Le ha dicho: «Váyase, estoy bien», y luego se ha acostado y ha cerrado los ojos. Diez minutos después, ella ha vuelto a echar un vistazo y se lo ha encontrado muerto.

—Entonces ha muerto solo —dice Rebecca.

—Es lo que él habría querido —dice Marjorie—. Siempre detestó estar enfermo y que lo compadecieran. Se ha escabullido cuando nadie lo miraba. Tenía una expresión muy serena.

—Sí, creo que tienes razón —dice Rebecca—. Me alegro de que el final fuera tranquilo e indoloro.

Sin embargo, al colgar el teléfono, piensa que hay una dolorosa falta de poesía en el fallecimiento de H. G. Que el escritor que había imaginado tantas muertes violentas y repentinas, que había incluido en sus historias tantas muertes individuales y masacres multitudinarias, la destrucción de ejércitos y flotas, la inundación de localidades enteras y la muerte del mismísimo planeta, haya abandonado este mundo de una manera tan silenciosa y banal le parece un poco decepcionante. Pero quizá no sea inapropiado. Su vida fue como la de un meteoro, o más bien como la de un cometa; él le había explicado la diferencia en una ocasión y Rebecca todavía puede oír su voz, la voz de un profesor nato.

—Los dos son cuerpos astrales que invaden el sistema solar de vez en cuando, conglomerados de piedra y hielo, procedentes de Dios sabe qué parte del espacio interestelar. Pero los meteoros se desintegran cuando entran en la atmósfera terrestre y dejan un rastro blanco en el cielo nocturno, y eso es lo que llamamos «estrellas fugaces», o, si son trozos de piedra más grandes, pueden impactar contra la tierra, y los llamamos «meteoritos». Los cometas entran en nuestro sistema planetario siguiendo sus propias órbitas excéntricas. Consisten sobre todo en partículas de hielo y polvo que se evaporan al pasar

cerca del sol. Entonces se crea una cola centelleante que puede tener millones de kilómetros de longitud y distinguirse a plena vista desde la tierra. Después desaparece durante cientos, a veces miles de años, antes de aparecer de nuevo.

A Rebecca le parece que esa es una buena analogía de la carrera de H. G., y, en cuanto escritora, depende de las metáforas y los símiles para dotar a las cosas de significado y de nitidez.

H. G. fue como un cometa. Surgió repentinamente de la oscuridad a finales del siglo xix y estuvo brillando en el firmamento literario durante décadas, fascinando y asombrando y alarmando a sus lectores, como el cometa de *En los días del cometa* que amenazaba con destruir la tierra, pero que al final la transformaba por medio de los efectos benéficos de su cola gaseosa. H. G. también aspiraba a dejar el mundo transformado a su paso, y, aunque no lo consiguió (¿quién podría conseguirlo?), tuvo un efecto iluminador y liberador sobre una gran cantidad de gente. Con el tiempo, la brillantez de su imaginación y su intelecto fue menguando, la gente poco a poco fue dejando de contemplarlo maravillada y ahora ha desaparecido de la vista. Pero también en la historia de la literatura hay órbitas excéntricas. Tal vez algún día vuelva a brillar en el firmamento.

AGRADECIMIENTOS

Las fuentes primarias que utilicé para escribir esta novela fueron las numerosas obras de ficción y no ficción de H. G. Wells que se mencionan en el texto, fundamentalmente su *Experiment in Autobiography* (dos volúmenes, 1934) [*Experimento en autobiografía*, Córdoba, Berenice, 2009] y la «Posdata» a dicho libro, que Wells escribió para que se publicara cuando tanto él como las mujeres que aparecen en ella hubieran muerto y que salió a la luz en 1984 bajo el título *H. G. Wells in Love*, editada por su hijo, G. P. Wells [*H. G. Wells enamorado*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986]; también *The Correspondence of H. G. Wells*, obra editada por David C. Smith (cuatro volúmenes, 1998), las cartas recopiladas en *Henry James & H. G. Wells: a Record of their Friendship, their Debate on the Art of Fiction and their Quarrel*, edición de Leon Edel y Gordon N. Ray (1958), y en *Arnold Bennett & H. G. Wells: a Record of a Personal and a Literary Friendship*, edición a cargo de Harris Wilson (1960), así como otras cartas no incluidas en estas recopilaciones, que aparecen en algunas de las biografías de Wells y otros autores que figuran a continuación.

Entre las biografías de H. G. Wells, *The Time Traveller: the Life of H. G. Wells* (1973; revisada en 1987), de Norman y Jeanne MacKenzie, y *H. G. Wells: Aspects of a Life* (1984), de Anthony West [*H. G. Wells*, Barcelona, Circe, 1993], me parecieron especialmente útiles, al igual que otros libros complementarios entre los que se cuentan: *The Invisible Man: the Life and Liberties of H. G. Wells* (1993), de Michael Coren; *H. G. Wells: His Turbulent Life and Times* (1969), de Lovat Dickson; *H. G. Wells: Interviews and Recollections* (1980), editado por J. R. Hammond; *Shadow Lovers: the*

Last Affairs of H. G. Wells (2000), de Andrea Lynn; *H. G. Wells and Rebecca West* (1974), de Gordon N. Ray; *H. G. Wells: Desperately Mortal* (1986), de David Smith; *H. G. Wells: Prophet of Our Day* (1950), de Antonina Vallentin; *H. G. Wells: a Pictorial Biography* (1977), de Frank Wells; y *H. G. Wells: a Sketch for a Portrait* (1930), de Geoffrey West. La biografía más reciente, *H. G. Wells: Another Kind of Life* (2010), de Michael Sherborne, se publicó cuando yo estaba terminando de escribir *Un hombre con atributos*, justo a tiempo para poder beneficiarme de su meticulosa erudición; contiene muchos datos que no aparecen en las biografías anteriores, lo cual me permitió hacer numerosas correcciones y añadir diversos detalles a mi novela. Con respecto a las guías de consulta sobre la vida y la obra de Wells, estoy en deuda con *An H. G. Wells Companion* (1979) y *An H. G. Wells Chronology* (1999), ambas de John Hammond, y con *The Works of H. G. Wells 1887-1925* (1926), de Geoffrey H. Wells. Entre los estudios críticos que utilicé figuran *The Early H. G. Wells* (1961), de Bernard Bergonzi; *H. G. Wells*, de John Batchelor; *H. G. Wells and the Culminating Ape* (1982), de Peter Kemp; y *H. G. Wells: the Critical Heritage*, editado por Patrick Parrinder.

Las biografías, autobiografías y compilaciones de cartas de las distintas personas que conocieron a Wells más o menos íntimamente también fueron valiosas fuentes de información. Entre ellas se cuentan: *A Little of All These* (1987), de Tania Alexander; *The Autobiography of Enid Bagnold* (1969), de Enid Bagnold; *Violet: the Story of the Irrepressible Violet Hunt and her Circle* (1990), de Barbara Belford; *Moura: the Dangerous Life of the Baroness Budberg* (2005), de Nina Berberova [*Moura Budberg: historia de la baronesa Budberg*, Barcelona, Circe, 1991]; *A Woman of Passion: the Life of E. Nesbit* (1987), de Julia Briggs; *George Orwell: A Life* (1980), de Bernard Crick; *Arnold Bennett* (1974), de Margaret Drabble; *Dorothy Richardson: a Biography* (1977), de Gloria G. Fromm; *Windows on Modernism: Selected Letters of Dorothy Richardson* (1995), de Gloria G. Fromm (ed.); *Maud and Amber: a New Zealand Mother and Daughter and the Women's Cause 1865 to 1981* (1992), de Ruth Fry; *Rebecca West: a Life* (1987), de Victoria Glendinning; *H. G. Wells and Rebecca West* (1991), de J. R. Hammond; *Bernard Shaw* (1988-1991, tres volúmenes), de Michael Holroyd; *Memoirs of a Secret Agent* (1932), de R. H. Bruce Lockhart; *C. F. G. Masterman* (1939), de Lucy Masterman; *H. G. Wells and his Family* (1956),

de M. M. Meyer; *E. Nesbit* (edición revisada en 1967), de Doris Langley Moore; *A Storyteller Tells the Truth* (1935), de Berta Ruck; *Rebecca West: a Saga of the Century* (1995), de Carl Rollyson; *Dorothy Richardson: the Genius they Forgot* (1973), de John Rosenberg; *Selected Letters of Rebecca West* (2000), de Bonnie Kime Scott (ed.); *William Pember Reeves: New Zealand Fabian* (1965), de Keith Sinclair; *'Elizabeth': the Author of 'Elizabeth and Her German Garden'* (1986), de Karen Usborne; *The Diary of Beatrice Webb*, vol. 3, 1905-1924 (1984), de Norman y Jeanne MacKenzie (eds.). Varios tomos de la serie de novelas autobiográficas de Dorothy Richardson, *Pilgrimage*, y especialmente *The Tunnel* (1919), *Revolving Lights* (1923) y *Dawn's Left Hand* (1931), retratan a H. G. Wells por medio del personaje de Hypo Wilson con una «asombrosa exactitud», según él mismo admitió, al menos en el primero de estos libros, y permiten entender la naturaleza de la relación que tuvo Richardson con Wells y Jane. *Agent Moura: My Secret Agent Auntie - Baroness Moura Budberg*, un documental realizado en 2008 para la bbc por su sobrino bisnieto Dimitri Collingridge, y disponible en dvd, fue de gran interés para mí.

Otros libros y artículos que leí o consulté en relación con este proyecto son: *The New Women and the Old Men: Love, Sex and the Woman Question* (1990), de Ruth Brandon; *The Intellectuals and the Masses* (1993), de John Carey [*Los intelectuales y las masas: orgullo y prejuicio en la intelectualidad literaria (1880-1939)*, Madrid, Siglo XXI de España, 2009]; la «Introducción» de Margaret Drabble a *Ann Veronica* de H. G. Wells (edición de Penguin Classics, 2005); «A Room of her Own» (sobre Amber Reeves), *Guardian* (2 de abril de 2005) de Margaret Drabble; *The Edwardian Turn of Mind* (1968), de Samuel Hynes; *The History of the Fabian Society* (1916), de Edward R. Pease; «H. G. Wells's Idea of a World Brain: a Critical Re-Assessment», en *Journal of the American Society for Information Science* 50 (15 de mayo de 1999), de W. Boyd Rayward; *Uncommon Arrangements: Seven Portraits of Married Life in London Literary Circles* (2007), de Katie Roiphe; *A Ring of Conspirators: Henry James and his Literary Circle 1895-1915* (1988), de Miranda Seymour; y *Writers, Readers, & Reputations: Literary Life in Britain 1870-1918* (2006), de Philip Waller.

Le estoy muy agradecido a A. P. Watt, quien, en nombre de los herederos

de H. G. Wells, me dio permiso para citar ampliamente las obras y cartas de H. G. Wells y las cartas de su esposa Amy Catherine Wells; a la Society of Authors, que, en nombre de los herederos de Bernard Shaw, me dio permiso para citar sus cartas a H. G. Wells; y a la doctora Dusa McDuff por permitirme citar extractos de tres cartas de Amber Reeves. Los extractos de los artículos que aparecen en *The Young Rebecca* (© Rebecca West, 1982) y de una carta personal de Rebecca West (© Rebecca West, 1974) se reproducen con permiso de Peters, Fraser and Dunlop (www.pfd.co.uk) en nombre de los herederos de Rebecca West.

Las citas procedentes de cartas son muy útiles para una novela como esta porque, además de mostrar la personalidad y la motivación de los personajes, aportan a los lectores pruebas de la autenticidad de la narración. En algunas ocasiones, sin embargo, me vi obligado a escribir cartas ficticias, o fragmentos de ellas, porque los originales eran inencontrables o porque me pareció que era la manera más verosímil de que se hubiera transmitido cierta información de una persona a otra. Todas tienen alguna base en el material biográfico que nos proporcionan las fuentes, y ninguna se atribuye a H. G. Wells. Son las siguientes: la de Rosamund Bland a H. G., contándole que su madre ha encontrado una carta suya muy comprometedora (pág. 251); la de Sydney Olivier a Wells, advirtiéndole que Hubert Bland lo acusa de ser un libertino (pág. 252-253); la de Dorothy Richardson a Wells, informándolo de que ha tenido un aborto (pág. 274); la de Edith Bland a Jane, atacándola por consentir que Wells sea un mujeriego (pág. 282); la de Maud Reeves a los Wells, preguntándoles si Amber puede pasar con ellos las vacaciones de Semana Santa de 1908 (pág. 304); la de Rebecca West a H. G., después de que este la visitara en la casa de su familia (pág. 430-431), y su respuesta cuando él le contó los comentarios que había hecho Henry James sobre *Matrimonio* (pág. 430).

Le doy las gracias al personal de las numerosas bibliotecas cuyos medios empleé en mi investigación: la London Library, la University of Birmingham Library (incluyendo su departamento de colecciones especiales), la Folkestone Library, la Birmingham Reference Library, la British Library (incluyendo su archivo sonoro, donde pude escuchar una entrevista que le hicieron a Amber Reeves en 1970 en la bbc radio) y la Women's Library of London

Metropolitan University. Paul Burns, el propietario de la antigua casa de H. G. Wells, Spade House, de Sandgate, que en la actualidad es una residencia para ancianos, suspendió amablemente las reglas y me permitió visitar y fotografiar el exterior de la casa y sus jardines. Andrea Lynn y Michael Sherborne me proporcionaron una inestimable ayuda a la hora de localizar a los propietarios de los derechos de los textos citados. Estoy muy agradecido a quienes leyeron este libro en diversas fases de su composición y me ayudaron con sus comentarios: Bernard Bergonzi, Maurice Couturier, Jonny Geller, John Hick, Geoff Mulligan, Claire Tomalin, Paul Slovak, Tom Rosenthal, Mike Shaw y, como siempre, mi esposa Mary.

D. L.
Octubre de 2010

UN HOMBRE CON ATRIBUTOS

I
IMPEDIMENTA

DAVID LODGE

Un hombre con atributos

Traducción de Mariano Peyrou



Encerrado en su casa de Regent's Park, en pleno blitz, el escritor Herbert

George Wells, «H. G.» para los amigos, intuye que se está muriendo. Una vez fue el novelista más famoso del mundo, «el hombre que inventó el mañana»; ahora se siente como un viejo anclado al pasado. Una voz en su interior lo obliga a recordar: su rápido ascenso a la fama como escritor; sus primeros escaños políticos como líder fabiano, su creencia en el amor libre. Sus dos esposas y a sus muchas amantes. David Lodge nos presenta a un personaje tan contradictorio como talentoso: un socialista que disfrutó de su riqueza, un aclamado escritor que se revolvió contra la novela literaria, un mujeriego feminista; sensual y romántico, irresistible y exasperante según soplara el viento, pero siempre vitalmente humano.

Lodge, David nació en Londres en 1935. Se licenció en Letras, y se doctoró en la Universidad de Birmingham, donde trabajó como profesor. Toda su obra de ficción se caracteriza por sus fuertes tintes autobiográficos, y por satirizar la vida académica, como en la Trilogía del Campus, compuesta por «Intercambios» (1975), «El mundo es un pañuelo» (1984) y «Buen trabajo» (1988) (las dos últimas finalistas al Premio Booker). También ha escrito crítica literaria y guiones para televisión y teatro. Es miembro de la Real Sociedad de Literatura y ha sido nombrado Comendador de la Orden del Imperio Británico.

NOTAS

¹ El Regent's Park tiene un Outer Circle (Círculo Exterior), que marca el perímetro del parque, y un Inner Circle (Círculo Interior), que rodea la zona donde están los jardines más cuidados. (*Todas las notas son del traductor.*)

² Edificio donde se encontraba por aquel entonces la sede de la sección internacional de la bbc.

³ *Picture* («dibujo») pronunciado a la manera *cockney*, es decir, a la manera del habla popular londinense.

⁴ Expresión inglesa empleada para referirse a una mujer común y corriente.

⁵ Obra de Edith Nesbit (1858-1924) que trata de un padre desaparecido durante años.

⁶ *Hangover* significa «resaca».

⁷ Forma en que Moura pronuncia las iniciales «H. G.».

⁸ Un taller donde se fabricaban cortinas, situado en la misma calle en que vivía Wells.

⁹ Zona industrial del condado de Staffordshire especializada en la producción de cerámica.

¹⁰ Alusión a un conocido soneto de Shakespeare que comienza así: «No me dejéis que acepte impedimentos / al matrimonio de dos espíritus puros. No es amor el amor / que se altera cuando alteraciones halla / o a distanciarse en la distancia tiende».

¹¹ El Boxing Day es el día después de Navidad, festivo en el Reino Unido.

¹² El título de la novela en inglés es *Love and Mr Lewisham*.

¹³ *Ernest* suena casi como *earnest*, que, entre otras cosas, significa «serio».

¹⁴ *Bland* significa «soso», «anodino».

¹⁵ Prestigiosa escuela de Bellas Artes que pertenece a la Universidad de Londres.

¹⁶ *Bottom* es, entre otras cosas, «fondo». El apellido sugiere algo bajuno, rastrero, soez.

¹⁷ Wells juega con la similitud fonética entre *hole* («hoyo») y *ole*.

¹⁸ Esta expresión francesa, que significa «Que la deshonra caiga sobre quien piense mal de ello», es el lema de la Orden de la Jarretera, la más antigua y prestigiosa orden de caballería del Reino Unido.

¹⁹ Conocida tragedia de John Dryden (1631-1700).

²⁰ Día festivo para los empleados de los bancos.

²¹ Referencia a los Salmos, 60:8 («Moab es la vasija en que me lavo»).

²² La League of Nations Union fue una organización fundada en 1918 en Gran Bretaña para fomentar la creación de la Sociedad de Naciones.

²³ Prestigiosa revista literaria de la época.

²⁴ El título juega simultáneamente con la obra homónima de Shakespeare —*All's Well That Ends Well*— y el apellido del autor.

²⁵ Agencia de viajes estatal rusa.

²⁶ Siglas del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos y antecedente del kgb.